LOS CHICOS DE HIDDEN VALLEY ROAD

EN LA MENTE DE UNA FAMILIA AMERICANA

ROBERT KOLKER

TRADUCCIÓN DE **JULIO HERMOSO**

sextopisorealidades

Los chicos de Hidden Valley Road

Los chicos de Hidden Valley Road

En la mente de una familia americana

ROBERT KOLKER

TRADUCCIÓN DE JULIO HERMOSO

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

TÍTULO ORIGINAL
Hidden Valley Road

Copyright © Robert Kolker, 2020

Primera edición: 2022

Traducción
© Julio Hermoso

Imagen de portada
© Air Force photo, 1961

La fotografía de la página 166 es cortesía de Robert Moorman. El resto de fotografías son cortesía de Lindsay Galvin Rauch y Margaret Galvin Johnson.

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2022
América, 109,
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Formación
Grafime

ISBN: 978-84-19261-19-9

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y

Deporte

Para Judy y Jon

La manera más clara de dar muestra de tu entereza es no abandonar a la familia.

ANNE TYLER[1]

PRÓLOGO

1972

Colorado Springs, Colorado

Hermano y hermana salen juntos de su casa, cruzan la puerta corredera de cristal de la cocina y acceden al jardín trasero. Forman una extraña pareja. Donald Galvin tiene veintisiete años, los ojos hundidos en la cara, lleva la cabeza afeitada por completo y luce en el mentón la sombra de una incipiente barba desaliñada de aires un tanto bíblicos. Mary Galvin tiene siete años, la mitad de la estatura de su hermano, el cabello rubio platino y la nariz chata.

La familia Galvin vive en Woodmen Valley, una extensión de bosques y granjas encajada entre las pronunciadas pendientes y los altiplanos de arenisca de la zona central de Colorado. Aquel patio trasero huele al dulzor de los pinos, fresco y terroso. Allí cerca, los arrendajos azules y los juncos vuelan disparados por el jardín rocoso donde un azor llamado Atholl, la mascota de la familia, observa y vigila desde una «muda», un recinto que el padre de los Galvin construyó hace años. La pequeña va delante, y así, hermano y hermana dejan atrás la muda de Atholl y ascienden por un pequeño promontorio de rocas cubiertas de líquenes. Bajo sus pies, unas piedras que ambos se conocen de memoria.

Entre Donald y Mary hay otros diez hermanos: una prole de doce Galvin en total, suficientes como para montar un equipo de fútbol, como le gusta bromear a su padre. Los demás se han buscado excusas para mantenerse tan lejos de Donald como sea posible. Los que no tienen edad suficiente para marcharse a vivir a otra parte se han ido a jugar al hockey, al fútbol o al béisbol. La hermana de Mary, Margaret –la única niña, aparte de ella, y la más próxima en edad a la pequeña–, podría estar con las hijas de los Skarke, en la casa de al lado, o calle abajo, con los Shoptaugh, pero Mary, que todavía va a segundo curso, no tiene más sitio adonde ir después de clase que su

propia casa, y no hay nadie que cuide de ella salvo Donald.

Todo en Donald desconcierta a Mary, empezando por la cabeza afeitada y siguiendo con la prenda que más le gusta vestir a su hermano: una sábana de color teja que luce a la manera de un monje. En ocasiones completa el atuendo con un arco de plástico y una flecha con los que antaño jugaban sus hermanos pequeños. Llueva o truene, Donald se pasea por el vecindario así vestido, un kilómetro tras otro, durante todo el día hasta después del anochecer: baja por Hidden Valley Road –el «Camino del Valle Escondido», su calle sin pavimentar–, deja atrás el convento y la vaquería de Woodmen Valley y continúa por los arcenes y las medianas de las carreteras. Suele detenerse ante los terrenos de la Academia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, donde trabajaba su padre tiempo atrás y donde muchos fingen ahora no reconocerlo. Más cerca ya de su casa, Donald se ha detenido a montar guardia mientras los niños juegan en el patio de la escuela local de primaria y, con ese tono suave de voz que tiene, de cadencia casi irlandesa, anuncia que él es el nuevo maestro de aquellos críos, y no deja de hacerlo hasta que el director del colegio exige que se lo lleven de allí. En esos momentos, Mary –alumna de segundo– se lamenta más que nunca de que su universo sea tan pequeño que todo el mundo sabe que Donald es su hermano.

La madre de Mary está ya muy acostumbrada a este tipo de situaciones y se las toma a broma, se comporta como si no hubiera nada raro en ello. Cualquier otra reacción equivaldría a reconocer que carece de control real sobre la situación, que es incapaz de entender qué está sucediendo en su casa y que es menos capaz aún de saber cómo detenerlo. A Mary, por su parte, no le queda otra que mostrarse impasible ante Donald, no reaccionar en absoluto. Se da cuenta de que sus padres están muy encima de todos sus hijos, de que les siguen la pista de cerca en busca de señales de advertencia: a Peter con su rebeldía, a Brian con sus drogas, a Richard con sus expulsiones, a Jim buscando pelea, a Michael cuando desaparece por completo. Si Mary se queja, se echa a llorar o muestra la más mínima emoción, estaría enviando a sus padres el mensaje de que tal vez a ella también le pasa algo malo.

Y lo cierto es que los días en que Mary ve a Donald envuelto en aquella sábana son mejores que algunos de los otros. A veces, después de clase, regresa a casa y se lo encuentra enfrascado en algún tipo de actividad que solo él comprende, como sacar de la casa todas y cada una de las piezas del mobiliario y trasladarlas al patio, o echar sal en el acuario y envenenar a todos los peces. En otras ocasiones, Donald está en el cuarto de baño, vomitando su medicación: el Stelazine y el Thorazine, el Haldol, el Prolixin y el Artane. A veces está sentado en mitad del salón en silencio, completamente desnudo. Otras ha venido la policía porque su madre la ha llamado después de que se desataran las hostilidades entre Donald y uno o varios de sus hermanos.

Sin embargo, la mayoría de las veces se encuentra a un Donald obsesionado con temas religiosos. Dice que san Ignacio le otorgó el título de Teología y Ejercicios Espirituales, y se pasa buena parte del día recitando a pleno pulmón el credo niceno, el padrenuestro y una lista confeccionada por él mismo y que denomina «la Santa Orden del Sacerdocio», cuya lógica tan solo él conoce. «D. O. M., benedictinos, jesuitas, Orden del Sagrado Corazón, la Inmaculada Concepción, María, María Inmaculada, congregación de los Padres Oblatos, la familia May, padres dominicos, el Espíritu Santo, franciscanos del convento, Una Santa y Universal, Apostólica, Trapense…».

Para Mary, aquellos rezos son como el goteo de un grifo que no se detiene jamás. «¡Para ya!», le grita ella, pero Donald nunca cesa, y apenas hace las pausas justas para que le dé tiempo a respirar. La niña ve lo que hace su hermano como una forma de reprender a su familia entera, pero por encima de todo a su padre, fervoroso católico. Mary idolatra a su padre tanto como lo idolatra el resto de sus hermanos, incluso Donald antes de enfermar. La pequeña siente envidia cuando ve a su padre, cómo entra y sale de la casa cuando quiere, y piensa en la sensación de control de la que él disfrutará, seguramente, a base de trabajar tanto a todas horas. Lo necesario para no poner un pie en aquella casa.

Y para ella, lo más insoportable es la forma en que su hermano la señala: no porque Donald sea cruel, sino porque es amable, incluso tierno. Su nombre completo es Mary Christine, y su hermano Donald

ha decidido que ella es María, la santa madre de Cristo. «¡Que no soy yo!», exclama Mary una y otra vez, y piensa que le está tomando el pelo. No sería la primera ocasión en que uno de sus hermanos ha intentado burlarse de ella, pero Donald habla tan en serio, de una manera inconfundible –tan ferviente, tan reverencial–, que solo sirve para que Mary se enfade más todavía. Él la ha convertido en el exaltado objeto de sus oraciones y la ha arrastrado a su universo, que es el último lugar donde ella desearía encontrarse jamás.

La idea que se le ocurre a Mary, la solución al problema de Donald, es una respuesta directa a la ira que siente por dentro. Se ha inspirado en una de las películas de romanos que ve su madre de vez en cuando en la televisión. Es una idea que comienza con una Mary que dice: «Vamos al montículo», y Donald lo acepta; todo sea por la Sagrada Virgen. Continúa cuando Mary sugiere que construyan un columpio en la rama de un árbol. «Nos llevamos una cuerda», dice la niña, y Donald sigue sus instrucciones. Concluye en lo alto de aquel montículo, donde Mary elige un árbol, uno de entre los muchos pinos altos, y le dice a Donald que le gustaría atarlo al tronco. Donald dice que sí y le entrega la cuerda.

Aunque Mary revelase a Donald su plan –quemarlo en la hoguera como a los herejes de las películas–, seguro que él no reaccionaría en absoluto. Está demasiado ocupado rezando. Allí de pie, se aprieta contra el tronco del árbol perdido en el hilo de su propia salmodia mientras Mary va dando vueltas al tronco con la cuerda, rodeándolo con ella y apretándola hasta que se convence de que su hermano no va a poder soltarse. Donald no se resiste.

Ella se repite que nadie lo va a echar de menos cuando no esté… Y que nadie sospechará de ella tampoco. Va a buscar yesca y regresa con brazadas de palos y ramitas que deja caer a los pies descalzos de su hermano.

Donald está preparado. Si Mary es realmente quien él asegura que es, no se resistirá. Se le ve tranquilo, paciente, amable.

Donald la adora.

Pero en este día de hoy, Mary solo va en serio hasta cierto punto. No ha traído cerillas ni tiene forma de encender un fuego, y hay algo

que es de una crucial importancia: que ella no es como su hermano. Mary es una persona sensata, con la cabeza bien anclada en la realidad, y está decidida a demostrárselo no solo a su madre, sino a ella misma, aunque sea lo único que haga.

Así que abandona su plan. Deja allí a Donald, en el montículo…, y allí se queda él, de pie, inmóvil, rodeado de moscas y de pulsatilas, y rezando durante un largo rato. El tiempo suficiente para que Mary disfrute de unos momentos para sí, pero no tanto como para que Donald no regrese de allí jamás.

Ahora sonríe cuando piensa en ello.

–Margaret y yo nos reíamos –dice Mary–. No estoy muy segura de que a los demás les pareciera tan divertido.

En una fría y despejada tarde invernal de 2017 –cuarenta y cinco años después de aquel día en el montículo, toda una vida–, la mujer a la que antes conocían como Mary Galvin aparca el SUV en una plaza libre en Point of the Pines, una residencia medicalizada en Colorado Springs, y entra para hacer una visita a ese hermano al que una vez deseó quemar vivo. Mary ya está en la cincuentena, y mantiene el mismo brillo en la mirada, aunque en su madurez decidió cambiar de nombre de pila: Lindsay, el nombre que eligió en cuanto se marchó de casa, una joven decidida en su intento por romper con el pasado y convertirse en una persona nueva.

Lindsay vive a seis horas en coche, a las afueras de Telluride, en Colorado. Es dueña de su propio negocio de organización de eventos corporativos y trabaja tanto como lo hacía su padre, siempre de aquí para allá, cruzando el estado entre su casa, Denver –donde se celebra la mayor parte de los eventos– y Colorado Springs, donde puede atender a Donald y a otros miembros de la familia. Su marido, Rick, se encarga de la formación de instructores para la escuela de esquí de Telluride, y tienen dos hijos adolescentes, uno en el instituto y una hija en la universidad. Quien conozca a Lindsay en estos tiempos no verá por norma más allá de su tranquila confianza, su sonrisa fácil. Después de años de práctica, tiene una ingeniosa manera de fingir que todo es de lo más normal, incluso cuando no es así en absoluto. Tan solo algún comentario cortante, afilado, que deja caer de tanto en

tanto sugiere algo distinto, algo melancólico e inmutable que se cuece a fuego lento bajo la superficie.

Donald la está esperando en el salón de la primera planta. Ataviado de manera informal, con una camisa de vestir arrugada que lleva por fuera de unas bermudas con bolsillos, el hermano mayor de Lindsay –ya en la setentena– luce un porte de una incongruente distinción, con unos mechones canosos en las sienes, la barbilla partida y unas cejas negras y espesas. Podría salir en una película de gánsteres si no tuviese una voz tan dulce y unos andares tan envarados. «Esa manera suya de andar, aún le queda un poco de ese arrastrar los pies propio del Thorazine», dice Kriss Prado, directora del centro. Ahora, Donald toma clozapina, una especie de psicotrópico de último recurso que tiene un elevado índice de eficacia pero también un elevado riesgo de padecer efectos secundarios extremos: inflamación cardíaca, una bajada del nivel de glóbulos blancos e incluso ataques. Una de las consecuencias de sobrevivir a la esquizofrenia durante cincuenta años es que, antes o después, la cura se vuelve tan dañina como la enfermedad.

Donald se levanta en el preciso instante en que localiza a su hermana, listo para marcharse. Por lo general, cuando Lindsay viene de visita, es para llevárselo a ver a otros miembros de la familia. Ella le sonríe con un gesto cálido y le dice que hoy no se van a marchar a ninguna parte, que ha venido a ver cómo está y a charlar con sus médicos. Donald también sonríe, ligeramente, y se vuelve a sentar. Ningún miembro de la familia viene a verlo aparte de ella.

Lindsay ha tenido décadas para tratar de entender su infancia, y, en muchos sentidos, es un proceso que no ha terminado todavía. Por el momento, ha averiguado que la clave para comprender la esquizofrenia es que, a pesar de un siglo de investigaciones, dicha clave continúa siendo esquiva. Hay todo un cóctel de síntomas, diversas maneras que tiene la enfermedad de presentarse: alucinaciones, delirios, voces, letargos comatosos. Hay también ciertas señales, como la incapacidad para captar las figuras retóricas más básicas del lenguaje. Los psiquiatras hablan de una «laxación de las asociaciones» y de un «pensamiento desorganizado», pero no hay uno

solo al que no le cueste explicarle a Lindsay por qué, en un día como hoy, Donald se muestra jovial, incluso contento, mientras que otros días se le ve frustrado y le exige a su hermana que lo lleve al hospital psiquiátrico estatal de Pueblo, donde ha estado ingresado más de una decena de veces en las últimas cinco décadas y donde él suele decir que le gustaría vivir. Lindsay no alcanza a comprender por qué, cuando alguien lleva a Donald al supermercado, él siempre se compra dos botes de detergente para ropa de la marca All y exclama con cara de ilusión: «¡El mejor gel de ducha para el cuerpo!»; o por qué, casi cincuenta años después, su hermano sigue recitando esa letanía religiosa: «Benedictinos, jesuitas, orden del Sagrado Corazón…»; o por qué, casi durante el mismo período de tiempo, Donald ha afirmado de forma constante e inquebrantable que es, en realidad, hijo de un pulpo.

Lo más espantoso de la esquizofrenia –y lo que más la distancia de otras afecciones cerebrales como el autismo y el alzhéimer, que tienden a diluir y disipar los rasgos más identificables de la personalidad del individuo– quizá sea lo tremendamente emocional que puede llegar a ser. Los síntomas no amortiguan nada y lo amplifican todo. Son ensordecedores, apabullantes para quien la padece, y aterradores para sus seres queridos: es algo imposible de racionalizar para cualquier persona cercana al enfermo. Para la familia, la esquizofrenia es fundamentalmente una experiencia en la que uno se ve inmerso, como si los cimientos de la casa estuvieran siempre inclinados en la dirección del familiar enfermo. Aunque solamente la padezca un miembro, todo cambia dentro de la lógica interna de esa familia.

Pero los Galvin nunca fueron una familia común. En los años en que Donald era el primero y más destacado de los casos, había otros cinco miembros de la familia que ya estaban enfermando en silencio.

Ahí estaba Peter, el más joven de los chicos y el rebelde de la familia, maníaco y violento, que se tiró años rechazando toda clase de ayuda.

Matthew, un artista de gran talento con la cerámica, que, cuando no estaba convencido de que era Paul McCartney, creía que el clima

variaba según su estado de ánimo.

Joseph, el más afable y dolorosamente lúcido respecto de su situación de entre todos los hermanos enfermos, que oía unas voces que eran para él tan reales como la vida misma, unas voces de otro tiempo y de otro lugar.

Jim, el segundo hijo, un espíritu libre que primero la emprendió con Donald de manera encarnizada y después continuó victimizando a los miembros más indefensos de su familia, sobre todo a sus hermanas Mary y Margaret.

Y Brian, finalmente, Brian, el perfecto, la estrella de la familia, que mantuvo en secreto sus temores más profundos y se los ocultó a todos ellos, el mismo que, en un repentino e incomprensible arrebato de violencia, iba a cambiar la vida de todos para siempre.

La docena de hijos de la familia Galvin abarca de manera perfecta el período del *baby boom*. Donald nació en 1945; Mary, en 1965. El discurrir del siglo de los Galvin corre paralelo al de los Estados Unidos de Norteamérica: sus padres, Don y Mimi, nacieron justo después de la Gran Guerra, se conocieron durante la Gran Depresión, se casaron durante la Segunda Guerra Mundial y criaron a sus hijos durante la Guerra Fría. En sus mejores momentos, Don y Mimi parecían encarnar todo lo bueno y lo grandioso de su generación: el sentido de aventura, la diligencia y laboriosidad, la responsabilidad y el optimismo (es lo menos que se puede decir de cualquiera que tenga doce hijos, varios de los últimos en contra del consejo de los médicos). Mientras iba creciendo su familia, el matrimonio Galvin asistió a la llegada y el desvanecimiento de movimientos culturales, y, finalmente, entre todos ellos hicieron su propia contribución a la cultura al convertirse en un monumental caso clínico de la enfermedad más desconcertante del ser humano.

Seis de los chicos de la familia Galvin enfermaron en una época en la que se sabía tan sumamente poco sobre la esquizofrenia –y en la que tantas y tan diferentes teorías chocaban entre sí– que la búsqueda de una explicación lo eclipsó todo en sus vidas. Vivieron las épocas de los internamientos y de la terapia de choque, del debate entre la psicoterapia y la medicación, de la búsqueda de los marcadores

genéticos de la enfermedad como quien busca una aguja en un pajar y la época de los profundos desacuerdos al respecto de la causa y origen de la propia enfermedad. No había nada genérico en el modo en que experimentaban el trastorno: Donald, Jim, Brian, Joseph, Matthew y Peter lo sufrían de manera distinta y requerían tratamientos distintos y toda una panoplia de diferentes diagnósticos que iban cambiando y que daban lugar a teorías contradictorias acerca de la naturaleza de la esquizofrenia. Algunas de esas teorías podían ser especialmente crueles con los padres, que solían cargar con las culpas, como si hubieran provocado ellos la enfermedad por acción u omisión. El sufrimiento y las dificultades de la familia entera hace también las veces de historia ligeramente velada de la ciencia de la esquizofrenia, un relato que, durante décadas, adoptó la forma de una interminable discusión no solo acerca de qué causaba el trastorno, sino de qué es realmente.

Los hijos que no sufrían enfermedad mental de ninguna clase se veían, en muchos aspectos, tan afectados como sus hermanos. Ya resulta bastante complicado diferenciarse en cualquier familia de doce hermanos, y esta era una familia regida por una dinámica desconcertante, donde sufrir una enfermedad mental era la norma de la casa, el punto de partida forzoso de todo lo demás. Para Lindsay, su hermana Margaret y sus hermanos John, Richard, Michael y Mark, ser miembro de la familia Galvin consistía en volverte loco o en ver cómo enloquecía el resto de tu familia: crecer en un clima de perpetua enfermedad mental. Aunque ellos no cayesen en el delirio, las alucinaciones o la paranoia –aunque no llegaran a convencerse de que alguien estaba atacando la casa, de que la CIA los estaba buscando o de que el diablo se escondía debajo de su cama–, tenían la sensación de llevar dentro de sí un elemento inestable. ¿Cuánto faltaba –se preguntaban– para que también se abatiera sobre ellos?

Siendo la más joven, Lindsay soportó algunas de las peores situaciones que sucedieron allí: en peligro e indefensa, herida por la gente que ella pensaba que la quería. Cuando era pequeña, lo único que deseaba era ser otra persona. Podría haberse ido de Colorado y haber empezado de cero, haberse cambiado el nombre de verdad,

asumir una nueva identidad y verter negro sobre blanco todo aquello por lo que pasó. Una persona distinta se habría largado en cuanto hubiese podido para no volver jamás.

Aun así, Lindsay se encuentra ahora en Point of the Pines, comprobando si aquel hermano al que tanto pavor le tenía antaño necesita un examen cardiológico, si ha firmado todos los formularios que hay que firmar, si el médico lo ha examinado lo suficiente. Hace lo mismo por los otros hermanos enfermos, los que siguen vivos. Con Donald, durante toda su visita de hoy, Lindsay presta meticulosa atención mientras él deambula por los pasillos. Le preocupa que él no se esté cuidando lo suficiente. Quiere lo mejor para su hermano.

A pesar de todo, ella lo quiere. ¿Cómo se produjo ese cambio?

Parece imposible calcular las probabilidades de que llegue siquiera a existir una familia como esta, y mucho menos de que se mantenga intacta el tiempo suficiente como para acabar saliendo a la luz. No ha resultado fácil hasta ahora detectar el patrón genético exacto de la esquizofrenia: su existencia se anuncia, pero de manera fugaz, como el parpadeo de unas sombras en la pared de una caverna. Durante más de un siglo, los investigadores tenían entendido que uno de los mayores factores de riesgo de padecer esquizofrenia era la heredabilidad. Lo paradójico es que no parece que la esquizofrenia se transmita de modo directo de padres a hijos. Psiquiatras, neurobiólogos y genetistas estaban todos convencidos de que tenía que haber en alguna parte algún fragmento de código genético que determinara la enfermedad, pero jamás han sido capaces de localizarlo. Entonces llegaron los Galvin, que, por el alarmante número de casos, ofrecían un mayor grado de información respecto del proceso genético de la enfermedad de lo que nadie hubiera considerado posible. Ciertamente, ningún investigador se había tropezado jamás con seis hermanos de la misma familia, hermanos al cien por cien, con los dos mismos progenitores en común, con la misma ascendencia genética.

A partir de la década de 1980, la familia Galvin se convirtió en sujeto de estudio para los investigadores que iban a la caza de una clave para comprender la esquizofrenia. Su material genético ha sido

analizado por el Centro de Ciencias de la Salud de la Universidad de Colorado, el Instituto Nacional de Salud Mental y por varias de las grandes compañías farmacéuticas. Igual que sucede con todos los que se enrolan en tales estudios, su participación fue siempre confidencial, pero ahora, tras cerca de cuatro décadas de investigación, por fin se vislumbra de forma clara la contribución de la familia Galvin. Las muestras de su material genético han constituido la piedra angular de una investigación que ha ayudado a desbloquear nuestros conocimientos sobre la enfermedad. A base de analizar el ADN de esta familia y de compararlo con las muestras genéticas de la población en general, los investigadores están a las puertas de lograr importantes avances en el tratamiento, la predicción e incluso la prevención de la esquizofrenia.

Hasta hace bien poco, los Galvin desconocían por completo el hecho de que podían estar ayudando a otras personas: ignoraban el enorme potencial que algunos investigadores percibían en la situación de su familia. Ahora bien, lo que la ciencia ha aprendido gracias a ellos no es más que una pequeña porción de su historia, un relato que comienza con sus padres, Don y Mimi, y una vida juntos que alzó el vuelo con una confianza y una esperanza sin límite y que se truncó, se agrió y se derrumbó en la tragedia, la confusión y la desesperación.

No obstante, el relato de los hijos –el de Lindsay, su hermana y sus otros diez hermanos– siempre consistió en algo distinto. Si entendemos su infancia como el reflejo deformado del sueño americano visto en los espejos de una feria, podemos decir que su relato consiste en lo que viene después de que esa imagen se haga añicos.

Es el relato de unos hijos, ya adultos, que investigan los misterios de su propia infancia, que reconstruyen el sueño de sus padres a partir de los fragmentos y le dan la forma de algo nuevo.

Esa historia trata del redescubrimiento de la humanidad que hay en sus propios hermanos, unas personas que la mayor parte del mundo había decidido que no tenían valor ninguno.

Aun después de haber sucedido lo peor en prácticamente todas las maneras imaginables, este relato trata sobre encontrar un modo nuevo

de entender lo que significa ser una familia.

LA FAMILIA GALVIN

PADRES

«DON»
DONALD WILLIAM GALVIN
nació en Queens, Nueva York, el 16 de enero de 1924
murió el 7 de enero de 2003

«MIMI»
MARGARET KENYON BLAYNEY GALVIN
nació en Houston, Texas, el 14 de noviembre de 1924
murió el 17 de julio de 2017

HIJOS

DONALD KENYON GALVIN
nació en Queens, Nueva York, el 21 de julio de 1945
se casó con Jean (divorciados)

JAMES GREGORY GALVIN
nació en Brooklyn, Nueva York, el 21 de junio de 1947
se casó con Kathy (divorciados), un hijo
murió el 2 de marzo de 2001

JOHN CLARK GALVIN
nació en Norfolk, Virginia, el 2 de diciembre de 1949
se casó con Nancy, dos hijos

BRIAN WILLIAM GALVIN
nació en Colorado Springs, Colorado, el 26 de agosto de 1951
murió el 7 de septiembre de 1973

«MICHAEL»
ROBERT MICHAEL GALVIN
nació en Colorado Springs, Colorado, el 6 de junio de 1953
se casó con Adele (divorciados), dos hijas
se casó con Becky

RICHARD CLARK GALVIN
nació en West Point, Nueva York, el 15 de noviembre de 1954
se casó con Kathy (divorciados), un hijo
se casó con Renée

JOSEPH BERNARD GALVIN
nació en Novato, California, el 22 de agosto de 1956
murió el 7 de diciembre de 2009

MARK ANDREW GALVIN
nació en Novato, California, el 20 de agosto de 1957
se casó con Joanne (divorciados)

se casó con Lisa, tres hijos

MATTHEW ALLEN GALVIN
nació en Colorado Springs, Colorado, el 17 de diciembre de 1958

PETER EUGENE GALVIN
nació en Denver, Colorado, el 15 de noviembre de 1960

MARGARET ELIZABETH GALVIN JOHNSON
nació en Colorado Springs, Colorado, el 25 de febrero de 1962
se casó con Chris (divorciados)
se casó con Wylie Johnson; dos hijas, Ellie y Sally

«LINDSAY»
MARY CHRISTINE GALVIN RAUCH
nació en Colorado Springs, Colorado, el 5 de octubre de 1965
se casó con Rick Rauch; dos hijos, Jack y Kate

PRIMERA PARTE

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 1

1951

Colorado Springs, Colorado

Cada dos por tres, justo cuando estaba empantanada haciendo otra cosa más que ella jamás se había imaginado que haría, Mimi Galvin se detenía, respiraba hondo y se preguntaba cómo había llegado hasta allí. ¿Fue por su negligencia y su romanticismo al abandonar su formación universitaria para embarcarse en un matrimonio en tiempos de guerra? ¿Fue por los embarazos y los niños, uno detrás de otro y sin pensar en echar el freno, si es que Don tenía algo que decir al respecto? ¿Sería acaso por el repentino traslado al oeste, un lugar tan rematadamente extraño para ella? Ahora bien, de todos los momentos inusuales, tal vez no hubiera ninguno comparable a aquel en que Mimi –refinada hija de la aristocracia texana llegada de la ciudad de Nueva York– tenía un pájaro vivo agarrado en una mano y aguja e hilo en la otra, dispuesta a coserle los párpados al animal y dejárselos cerrados.

Había oído a la rapaz antes de verla. Era de noche, y Don y los niños estaban durmiendo en su casa nueva cuando Mimi oyó un ruido que no reconocía. Ya les habían advertido sobre los coyotes y los pumas, pero aquel sonido era distinto, agudo, tenía algo de sobrenatural. A la mañana siguiente, Mimi salió al exterior y, en el suelo, no muy lejos de los álamos de Virginia, reparó en unas cuantas plumas esparcidas. Don sugirió que se las llevaran a un hombre al que acababa de conocer, Bob Stabler, un zoólogo que daba clase en el Colorado College, a un corto paseo a pie desde el lugar donde vivían ellos, en el centro de Colorado Springs.

La casa de Doc Stabler no se parecía remotamente a nada que hubieran visto en Nueva York: un hogar que también hacía las veces de almacén de reptiles, principalmente serpientes, incluida una fuera de su jaula, una mocasín de agua enroscada en el respaldo de una silla

de madera. Don y Mimi habían traído consigo a sus tres hijos, de seis, cuatro y dos años. Cuando uno de los críos pasó corriendo por delante de la serpiente, a Mimi se le escapó un chillido.

–¿Qué pasa? –le preguntó Stabler con una sonrisa–. ¿Teme que vaya a morder a su pequeño?

El zoólogo no tuvo el menor problema a la hora de identificar las plumas. Como pasatiempo, había estado adiestrando halcones y otras rapaces de la misma familia durante años. Don y Mimi no sabían nada de cetrería, y al principio fingieron un cierto interés mientras Stabler hablaba sobre el tema y les contaba que en la Edad Media nadie que estuviese por debajo del título de conde tenía siquiera permiso para poseer un halcón peregrino o que aquella parte de Colorado era una de las principales zonas de nidificación del halcón mexicano, primo hermano del halcón peregrino e igualmente majestuoso, toda una belleza. Y así, aun a sabiendas del error que cometían, tanto Don como Mimi se quedaron fascinados, como si les estuvieran dando acceso a uno de los grandes cotos privados de un mundo que ellos apenas empezaban a comprender. Aquel amigo nuevo conseguía que aquello sonara como si fuese un culto, un pasatiempo arcaico que hoy en día tan solo practicaban unas pocas personas muy reservadas. Los amigos de Stabler y él domesticaban los mismos tipos de aves que antaño amansaron Gengis Kan, Atila, María I de Escocia y Enrique VIII… Y lo estaban haciendo prácticamente de la misma manera.

En realidad, es posible que Don y Mimi hubieran llegado a Colorado Springs unos cincuenta años tarde. Medio siglo atrás, aquella parte del estado fue un agradable destino para Marshall Field, Oscar Wilde y Henry Ward Beecher[2], entre otros, que llegaron para admirar algunas de las maravillas naturales del oeste americano. Allí estaba el Pikes Peak, aquel pico de más de cuatro mil metros de altitud que recibía su nombre por un explorador, Zebulon Pike, que en realidad no llegó jamás a pisar la cumbre. Estaba el Jardín de los Dioses, ese despliegue natural de afloramientos de roca arenisca que parecían colocados a propósito con el fin de lograr el mayor efecto posible, como las cabezas de la Isla de Pascua. Y también estaba Manitou Springs, donde acudían algunos de los estadounidenses más pudientes y refinados a

probar las últimas curas pseudocientíficas. Sin embargo, en los tiempos en que llegaron Don y Mimi, en el invierno de 1951, el sitio ya había perdido aquella pátina de lugar selecto, y Colorado Springs había vuelto a ser aquella ciudad estrecha de miras, en medio de la nada y asolada por la sequía: un punto tan minúsculo en el mapa que, cuando se celebró allí el congreso internacional de los Boy Scouts, aquella convención resultó ser más grande que la propia ciudad.

De manera que Don y Mimi se toparon con una tradición tan grandiosa ante sus propias narices –la marca de la nobleza y la realeza, allí mismo, justo en medio de aquella nada–, que los dejó impresionados y conectó con la pasión que ambos ya sentían por la cultura, la historia y la sofisticación. Estaban perdidos. Ahora bien, unirse a aquel club requeriría su tiempo. Aparte de Doc Stabler, nadie más estaba dispuesto a hablar de cetrería con los Galvin. Al parecer, las rapaces eran algo tan exclusivo que no figuraban siquiera entre los intereses de los grupos convencionales de observación de los pájaros de aquellos tiempos.

Mimi jamás lograría recordar cómo lo hizo, pero Don consiguió hacerse con un ejemplar del *Baz-nama-yi Nasiri,*[3] un texto persa de cetrería que no se había traducido al inglés hasta apenas unas décadas atrás. Con aquel libro, Don y Mimi aprendieron a construir su primera trampa, una cúpula hecha con alambrada de corral fijada a un armazón circular del tamaño de un *hula hoop*. Siguieron sus instrucciones, cogieron unas cuantas palomas muertas y las clavaron al suelo con unas estacas dentro de la trampa, a modo de cebo, con unas tiras de sedal de pesca colgando del alambre de lo alto. Hicieron nudos corredizos en los extremos de aquellos sedales para capturar cualquier ave que cayese en aquella artimaña.

El primero en caer, un busardo colirrojo, quiso escapar volando y llevarse la trampa entera; el setter inglés de la familia echó a correr detrás de él y no lo perdió de vista. Era el primer pájaro que Mimi había sujetado en su vida. Igual que un perro que persigue a un camión de bomberos, ella no tenía ni idea de lo que iba a hacer si capturaba uno.

Otra vez se marchó a ver a Doc Stabler, rapaz en mano.

–Pues lo has hecho muy bien –le dijo él–. Ahora, cósele los párpados.

Stabler le explicó que los párpados protegen a estos falcónidos en los descensos que hacen en picado, a velocidades superiores a los trescientos kilómetros por hora, y que, para adiestrar a un halcón o un busardo como lo hacían los halconeros de Enrique VIII, había que coserle los párpados al ave de manera temporal. Sin distracciones visuales, se puede hacer que un halcón dependa de la voluntad de un halconero: con el sonido de su voz o el roce de sus manos. El zoólogo advirtió a Mimi: hay que tener cuidado de que los puntos no estén demasiado tensos ni demasiado laxos y de que la aguja nunca pinche en el ojo al halcón. Parecía haber una gran cantidad de maneras de hacerle un estropicio al pájaro. De nuevo, ¿cómo había llegado Mimi hasta aquel instante?

Estaba aterrorizada, aunque no carecía de preparación. La madre de Mimi había confeccionado vestidos durante la Gran Depresión –incluso tuvo su propio negocio– y se había cerciorado de que su hija aprendiese unas cuantas cosas. Con tanto primor como pudo, Mimi se puso a trabajar con el borde de cada párpado, uno detrás del otro. Cuando terminó, cogió la cola de hilo sobrante que colgaba de ambos ojos, ató la una a la otra y las escondió bajo las plumas de la cabeza del animal para evitar que el pájaro tirara de ellas.

Stabler alabó el trabajo de Mimi.

–Ahora –le dijo– hay que llevarlo posado en el puño durante cuarenta y ocho horas.

Mimi se mostró reacia. ¿Cómo iba a pasear Don con una rapaz cegada sobre la muñeca por la base de Ent, donde trabajaba como oficial de información de las Fuerzas Aéreas? ¿Cómo iba Mimi a fregar los platos o a cuidar de sus tres hijos pequeños?

Se dividieron la tarea. Mimi se encargó de los días, y Don se ocupó de las noches en el último turno en la base: ató al pájaro a una silla con un cordel dentro de la sala donde él pasaba la mayor parte del tiempo. Solo una vez entró allí un oficial de rango superior, que provocó que la rapaz se asustara y batiera las alas tratando de huir. Los documentos clasificados también volaron por todas partes. Don

tuvo una cierta reputación en la base desde entonces.

No obstante, pasaron aquellas cuarenta y ocho horas, y Don y Mimi habían conseguido domesticar a una rapaz de la familia de los halcones, un logro que hizo que ambos se sintieran enormemente orgullosos. Se trataba de abrazar la naturaleza salvaje, pero también consistía en ejercer un control sobre ella. Domar aquellas rapaces podía resultar brutal y agotador, pero, a base de constancia, devoción y disciplina, también era increíblemente gratificante.

Algo no muy distinto –solían pensar con frecuencia– de tener un hijo.

Cuando era pequeña, Mimi Blayney se sentaba debajo del piano de cola de su familia y escuchaba a su abuela tocar a Chopin y a Mozart. En las noches en que su abuela cogía el violín, Mimi se quedaba obnubilada viendo a su tía bailar como una gitana al son de la música, con el ruidoso crepitar de la leña en la chimenea a su espalda. Y, cuando no había nadie más por allí, la pequeña de piel clara y cabellos oscuros –con no más de cinco años– se aventuraba por territorios donde no tenía permiso para entrar. El gramófono se pasaba más tiempo estropeado que en condiciones de uso, y los discos que tenía la familia –unos gruesos, con surcos, que tenían más pinta de tapacubos que de LP– estaban repletos de una música que Mimi se moría de ganas de oír. Cuando no había moros en la costa, Mimi ponía un disco en el aparato, bajaba la aguja y lo hacía girar con el dedo. Así conseguía oír un par de compases de ópera, una y otra vez.

El abuelo de Mimi se dedicaba a la excavación de diques y le habían ido bien las cosas. Howard Pullman Kenyon era un ingeniero de caminos que, mucho antes de que naciese Mimi, fundó una compañía que dragaba los ríos de cinco estados y construía diques a lo largo del Misisipi. La madre de Mimi, Wilhelmina –o «Billy», para todo el mundo–, iba a un colegio privado en Dallas, y cuando el profesor le preguntaba «Y ¿a qué se dedica tu papá?», ella respondía con timidez: «Cava zanjas». En su máximo esplendor económico, durante los locos años veinte, la familia Kenyon era propietaria de su propia isla en la desembocadura del río Guadalupe, cerca de Corpus Christi, en el

estado de Texas, donde el abuelo de Mimi excavó su propio lago y lo llenó de lubinas. Durante la mayor parte del año, la familia vivía en una vieja y grandiosa mansión en el Caroline Boulevard de la ciudad de Houston. En la entrada de la casa tenían dos Pierce-Arrow aparcados, una flotilla que se iba incrementando con otro Pierce-Arrow adicional cada vez que uno de los cinco hijos del abuelo Kenyon cumplía la mayoría de edad.

Mimi creció rodeada de historias sobre los Kenyon, y, en sus últimos años de vida, recitaba aquellas historias a sus amigos, a sus vecinos y a todo aquel con el que se encontraba, como si fueran unos secretos demasiado jugosos como para guardárselos para sí: la primera casa donde vivió la familia en Texas se la vendieron a los padres de Howard Hughes… El mismísimo Howard Hughes fue compañero de clase de la madre de Mimi en la escuela Richardson, la institución académica preferida por la flor y nata de Houston… Obsesionado con la minería, el abuelo Kenyon viajó en una ocasión a las montañas de México en busca de oro y cayó prisionero de Pancho Villa, que lo retuvo poco tiempo, hasta que el abuelo consiguió impresionar al revolucionario mexicano con su dominio de la geografía local hasta tal punto que surgió una amistad entre ellos. Tal vez por inseguridad o tan solo por su inquietud intelectual, Mimi regresaba a aquellas historias como una manera de afirmar su estatus, su ascendencia. Se sentía bien al recordarse que había algo de especial allá, en el lugar de donde ella procedía.

Conforme a la norma entre los Kenyon, cuando Billy –la madre de Mimi– encontrara a alguien lo bastante bueno como para casarse, era del todo lógico que el novio no fuese tan solo un comerciante de algodón de veintiséis años, sino el hijo de un académico que había recorrido el mundo como consejero de confianza del banquero y filántropo Otto Kahn. Los linajes de Billy Kenyon y John Blayney estaban hechos el uno para el otro, dos familias que encajaban a la perfección, y la joven pareja parecía destinada a llevar una vida de idealismo aventurero. Formaron su propio hogar y tuvieron dos hijas: primero a Mimi, en 1924, y después a su hermana Betty, dos años y medio después. La primera y verdadera crisis de la familia se produjo

a comienzos de 1929, cuando el padre de Mimi, que no había conseguido estar a la altura de la reputación de su familia en prácticamente ninguno de los aspectos de importancia, contagió a Billy la gonorrea.

El abuelo Kenyon salió a buscar a su yerno con un rifle y se aseguró de que su hija tuviera un divorcio rápido. Billy regresó con las niñas a la casa de la familia en Houston; estaba sin recursos, a punto de caer en la desesperación: una madre con dos hijas pequeñas –Mimi tenía cinco años, Betty tres–, divorciada tras un escándalo, no iba a poder reconstruir su vida en los círculos en los que se movía la familia Kenyon. No parecía que fuese a haber solución para aquel problema, hasta que, unos meses más tarde, la madre de Mimi se enamoró de un artista neoyorquino.

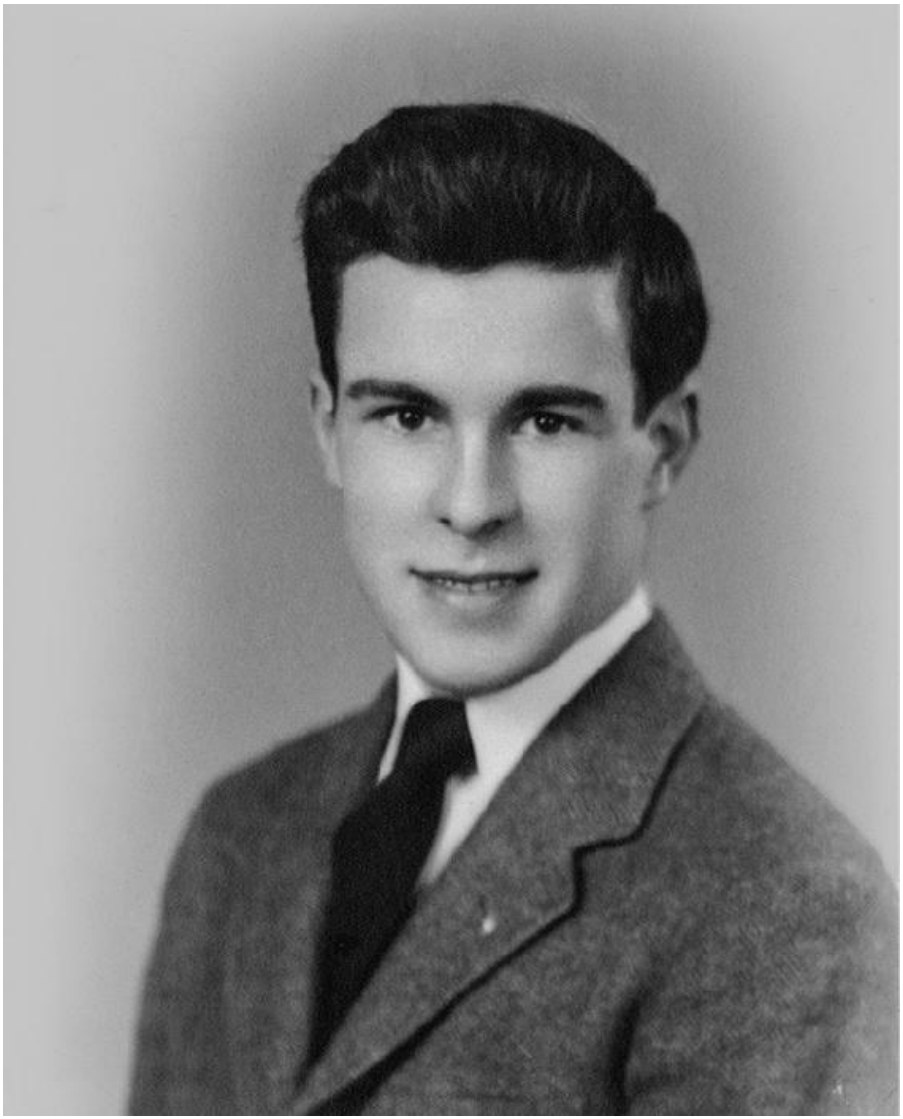
Ben Skolnick era un pintor que se encontraba simplemente de paso por la ciudad, de camino a California, donde iba a crear un mural. Ben era un hombre con buen gusto, de una familia de gente creativa, pero llamaba un poco la atención en Houston, y no solo por su manera de ganarse la vida, sino por ser judío. Los padres de Billy se aseguraron de que Mimi se encontrara con Ben fuera de la ciudad, donde nadie los viese, pero cuando Ben le propuso a Billy matrimonio, su madre la animó a aceptar. Con independencia de lo que su familia opinara de Ben Skolnick en particular o de los judíos en general, entendían que era lo mejor a lo que su hija podía aspirar.

En el verano de 1929, el abuelo Kenyon subió al coche a Mimi, a su madre y a su hermana pequeña y se las llevó a Galveston, Texas, a coger un barco que las llevaría por la costa del golfo de México hasta Nueva Orleans, donde subirían a bordo de un crucero de la naviera Cunard rumbo a Nueva York. Una vez a bordo, la futura señora Skolnick y sus hijas recibieron una invitación para sentarse a la mesa del capitán, donde uno tenía que hacer gala de unos perfectos modales, incluso con los lavafrutas. Mimi se mareaba con facilidad, y no consiguió disfrutar del trayecto ni siquiera en los momentos en que se encontraba bien. No por última vez, la niña se preguntaba si algo en su vida volvería a ser igual.

La recién formada familia comenzó de inmediato a pasar por serias

dificultades. Tras la debacle bursátil de ese mismo año, Ben fue incapaz de encontrar ningún mural que pintar. Billy consiguió un trabajo en los grandes almacenes Macy's gracias a su educación refinada y su buen ojo para las telas. Pasado un tiempo, pondría en marcha un negocio de ropa en el barrio de la moda en Manhattan que daría algo más de estabilidad a la familia, y mientras ella trabajaba, Ben y su familia cuidaban de las niñas en su minúscula casa en Bellerose, en Queens: prácticamente en la periferia de la ciudad, en el límite con Long Island.

Poco a poco, Mimi se fue haciendo a la ciudad de Nueva York. Con el almuerzo empaquetado en la mano, su hermana y ella podían coger por un centavo el autobús y el metro desde aquella punta de Queens hasta el Met –el Museo Metropolitano de Arte–, en Manhattan, y después atravesar Central Park, pasar por el obelisco de Cleopatra, llegar hasta el Museo de Historia Natural y estar de vuelta en casa antes del anochecer. Todos aquellos proyectos de obra pública llevados a cabo por la agencia estatal de empleo en los tiempos del New Deal permitían a Mimi asistir al teatro en campos de béisbol y auditorios de instituto. Sería el colegio quien la llevó por primera vez al acuario y al planetario. Su primer ballet, de Léonide Massine, fue una representación dentro del propio Met. Mimi jamás olvidaría aquella imagen de doce niñas que habían venido desde Rusia para bailar, y todo aquello –le parecía por entonces– solo para ella. Hasta ese momento, el mundo que Mimi conocía lo conformaban el gramófono, el piano de cola, el club de campo y la Junior League de Houston, y a este nuevo mundo que acababa de descubrir se entregó con mayor furia, si cabe. «Me encantó crecer en Nueva York –decía ella–. Esa es la mejor educación del mundo, en serio lo digo».



Y en los años venideros, siempre que las cosas parecían torcerse en su vida, las historias sobre su dichosa infancia en Nueva York y su dorada familia en Houston servían, en conjunto, para tapar la melancolía. El abuelo Kenyon pasó por ciertos aprietos durante la Depresión y se vio obligado a despedir a los leales sirvientes de la familia, pero tuvo la generosidad de permitir que se quedaran en sus tierras sin pagar alquiler ninguno… Mimi y su madre viajaron una vez a Texas en el mismo tren que Charlie Chaplin, y la niña estuvo jugando con los hijos de Charlot (que ya eran buenas piezas de por sí)

… En los años treinta, la madre de Mimi, Billy, acompañó al abuelo Kenyon de vuelta a México, donde estuvo tomando unos tragos con Frida Kahlo y estrechó la mano de su amigo, el exiliado ruso León Trotski…

Para Mimi, estas historias eran mejores que aquella otra sobre lo mucho que le gustaba beber a Ben Skolnick, o la que contaba que nunca volvió a ver a su verdadero padre, John Blayney, y lo mucho que le dolía eso. O la historia que hablaba de sus profundos y dolorosos deseos de llevar una vida que fuera tan estable y tan segura como extraordinaria.

Mimi conoció al hombre que le ofrecería esa vida en 1937, cuando ambos aún eran prácticamente unos críos. Don Galvin era un chico alto y pálido de catorce años, con el pelo casi tan oscuro como el de ella. Mimi era un año más joven, una chica estudiosa, pero también de risa fácil. Estaban en una competición de natación: ella había hecho una salida nula al zambullirse antes de que sonara el silbato, y a él lo enviaron al agua a traerla de regreso. Después de aquel encuentro, Don le pidió salir. Esa era la primera vez que a Mimi le pasaba algo similar. Dijo que sí.

Don era un chico de carácter serio, un joven muy lector y futuro universitario, y todo aquello atraía a Mimi. Ahora bien, también era apuesto en el sentido más completo y más americano: de mandíbula afilada y prominente con el pelo engominado hacia atrás, un galán en ciernes. No era extrovertido, y, aun así, la gente parecía escucharle cada vez que abría la boca. No era tanto lo que decía, sino más bien cómo sonaba: Don poseía la voz de un cantante melódico, un *crooner,* y casi podía decirse que cantaba todo lo que decía, suave y seductor. Con esa voz, diría más adelante uno de sus hijos –John–, «te tenía comiendo de la palma de su mano».

La madre de Mimi tenía sus recelos, y tal vez hubiera algo de esnobismo en ello. Los Galvin eran unos católicos devotos, un clan tan extraño para la episcopaliana familia Kenyon como lo habría sido una familia judía antes de que Billy conociese a Ben. El padre de Don trabajaba como experto en productividad para una compañía papelera, y su madre era maestra de escuela. Ninguno de estos dos

hechos impresionó demasiado a la madre de Mimi.

Ahora bien, había esnobismo por ambas partes. La madre de Don se fijó en que era Mimi quien tomaba siempre la palabra en aquella relación. ¿Significaba eso que iba a llevarse por delante a su hijo pequeño? Y después vino la muletilla que perseguiría a la pareja, procedente de ambas familias: «Sois muy jóvenes los dos».

No parecía haber nada que los convenciera de que no estaban hechos el uno para el otro. Cierto era que sus intereses no eran exactamente los mismos: a él le entusiasmaban los Dodgers,[1] a ella le encantaba el ballet, pero cuando tenían quince y dieciséis años, Mimi convenció a Don para que la llevara a ver *Petrushka,* con Alexandra Danílova, la bailarina que había salido de la Unión Soviética con George Balanchine. Cuando Don regresó a casa diciendo maravillas sobre la representación, sus hermanos estuvieron tomándole el pelo durante días. En verano, Billy se llevó a Mimi de viaje con el pretexto de ir a ver al abuelo Kenyon; el plan no muy secreto de la madre era alejar a Mimi del joven una temporada, pero no funcionó: Mimi se tiró todo el camino de ida y el de vuelta escribiendo cartas a Don. Cuando regresó a Nueva York, Don la llevó a ver *El mago de Oz,* y la pareja volvió a casa cantando y brincando todo el camino. Aquel otoño asistieron juntos a bailes, a partidos de baloncesto del instituto, a las quedadas de alumnos y a las hogueras de los viernes por la noche. Esa primavera salieron juntos en coche a Cedar Beach, en la costa sur de Long Island, a los pícnics playeros donde cocían almejas con el buen tiempo.

De manera paulatina, todo el mundo fue haciéndose a la idea. A Don le faltaba poco ya para graduarse, y sus padres invitaron a cenar a Mimi y a su familia. Los Galvin vivían en una casa mejor que la de la familia de Mimi, de estilo colonial holandés, con un salón enorme cubierto con una gruesa alfombra oriental de tonos rojos oscuros. Aquello no pasó desapercibido para Billy. A partir de entonces, Don se convirtió en un invitado bien recibido en la casa de Mimi los viernes por la noche para jugar al *Scrabble.* En sus correspondientes visitas a la casa de Don, Mimi hacía el payaso con él y sus dos hermanos, George y Clarke, que eran igual de guapos que Don. Incluso la madre de Don

templó algo su frialdad cuando Mimi y su hijo fueron a The Cloisters –el museo del gótico y románico europeo– y Mimi redactó un trabajo de clase para Don sobre los tapices que había allí. Mimi estaba ayudando a su hijo a mejorar, y eso le parecía muy bien.

No todo en su romance carecía de esfuerzos. Todos los fines de semana, Don celebraba bailes como gran maestre de la fraternidad Sigma Kappa Delta. Mimi se lo gastaba todo haciéndose vestidos nuevos cada semana, decidida a no consentir que nadie más acudiese con él. Tal vez hubiese que pagar un precio por mantener una relación formal con aquel chico de último curso del instituto, el delegado de los alumnos y todo un «Romeo», según el periódico del Instituto Jamaica. «Del muy reservado y tímido señor Don Galvin, no hemos sido capaces de obtener más que una rotunda negativa a comentar sus asuntos del corazón».

Algo había en él –no solo su aspecto, sino una seguridad en sí mismo, relajado y de trato fácil– que lo hacía irresistible y, de una extraña manera, inalcanzable. Don le sacaría partido a aquel aire de misterio durante gran parte de su vida. Desde el comienzo, fue como si Mimi fuera solo para Don, mientras él era para todo el mundo.

Mimi amaba a Don por aquella ambición que tenía, aunque en el fondo de su ser hubiera preferido que se quedara cerca de casa. Después del instituto, Don le dijo a Mimi que quería unirse al Departamento de Estado y viajar por el mundo. En el otoño de 1941, apenas unos meses antes del ataque a Pearl Harbor, se matriculó en la Escuela de Servicios Exteriores de la Universidad de Georgetown, en la ciudad de Washington. Un año después, Mimi se matriculó en el Hood College de Frederick, en Maryland, para estar más cerca de él, pero era tan solo cuestión de tiempo que ambos padecieran los efectos de la guerra.

En 1942, en pleno segundo año de carrera en Georgetown, Don se alistó en la Reserva del Cuerpo de Marines. Al año siguiente, el Ejército lo envió a Villanova, en Pensilvania, a recibir ocho meses de formación en ingeniería mecánica. Antes de terminar aquel curso, los alumnos recibían la oferta de tomar un atajo directo hacia el frente: si así lo deseaban, podían solicitar un traslado inmediato a la Marina con

la garantía de ser admitidos en la Escuela de Oficiales. Don aceptó aquel trato. El 15 de marzo de 1944 se marchó a Asbury Park, en Nueva Jersey, para recibir la instrucción básica de un guardiamarina de la Armada, y después a Coronado, en California, donde permaneció a la espera de que le asignaran una misión. Don recibió destino en noviembre: serviría como operador de barcazas de desembarco en el USS Granville, un flamante navío de transporte de tropas de ataque que zarpaba rumbo al Pacífico sur. Don se iba a la guerra.

Poco antes de Navidad, apenas unas semanas antes de embarcar, Don puso una conferencia de larga distancia a Mimi desde Coronado. ¿Vendría ella a visitarlo? Mimi le pidió permiso a su madre, y Billy se lo concedió. En cuanto llegó Mimi, Don y ella se marcharon en coche a Tijuana y se casaron. Tras una luna de miel de lo más breve, la pareja regresó a Coronado para despedirse entre lágrimas. Durante su largo viaje de vuelta a casa, en una parada que hizo en Texas para ver a sus parientes de la familia Kenyon, Mimi sufrió por primera vez las náuseas matinales.

De repente, aquella boda apresurada cobraba sentido: en la última visita de Don a Nueva York, varias semanas antes de que Mimi viajara al oeste para estar con él, la pareja había concebido un bebé.

Los padres de Don, devotos católicos, no quedaron satisfechos con una boda en Tijuana, así que, antes de embarcar, su hijo se las arregló para conseguir unos días de permiso y cruzó el país una vez más. El 30 de diciembre de 1944, Don y Mimi pronunciaron de nuevo sus votos, esta vez en la rectoría de la iglesia de San Gregorio el Grande de Bellerose, en el distrito neoyorquino de Queens. Al día siguiente, Don rellenó un formulario de la Marina para sustituir los nombres de sus padres como sus parientes más cercanos por el de la señora de Don Galvin.

La recién casada se pasó los siguientes meses vomitando. Los ataques irremediables de náuseas matinales serían una de las características distintivas de prácticamente todos los embarazos de Mimi, los doce. El navío de su joven esposo se aproximó a Japón en mayo de 1945, justo en el momento del clímax de la ofensiva estadounidense en el Pacífico. La función de su marido era transportar soldados en

pequeñas barcazas desde el navío hasta la costa. Mimi escuchaba la radio a la espera de cualquier información sobre el Granville, y estuvo a punto de venirse abajo cuando la voz femenina conocida como Tokio Rose anunció que el navío de Don había sido destruido. Aquella información resultó ser incorrecta, aunque solo por los pelos.

Anclado cerca de Okinawa, Don miraba a babor y a estribor y veía los barcos estallar por los aires por obra de los kamikazes, y estuvo horas tirando de los cuerpos de sus compañeros muertos para sacarlos del agua. Don jamás comentaría nada sobre lo que vio ni sobre lo que hizo, ni siquiera con Mimi, pero sobrevivió, y, el 21 de julio de 1945, dos semanas antes de que los Estados Unidos lanzaran las bombas que traerían el final de la guerra, recibió un telegrama de la Western Union a bordo del Granville: «Es un niño».

CAPÍTULO 2

1903

Dresde, Alemania

Tiene una cierta lógica que resulte prácticamente imposible leer la versión personal más analizada, interpretada, revisada y desmenuzada que tenemos sobre la experiencia de vivir la paranoia psicótica y de sufrir unos delirios desbocados.

Daniel Paul Schreber[4] creció en Alemania a mediados del siglo XIX, hijo de un reconocido experto en la educación infantil en aquel período, un hombre que tenía por costumbre convertir a sus propios vástagos en sujetos de estudio. Existe la teoría de que su hermano y él, de niños, fueron de las primeras personas que sufrieron las técnicas de Moritz Schreber: tratamientos con agua fría, dietas, regímenes de ejercicio y un aparato denominado *Schreber Geradehalter,* hecho de madera y unas cintas, que estaba diseñado para obligar a un niño a sentarse con la espalda recta. Schreber sobrevivió a aquella infancia y alcanzó la madurez con notable éxito, primero como abogado y después como juez. Se casó y formó una familia, y, con la salvedad de una breve depresión cumplidos ya los cuarenta, todo parecía ir bien. Entonces llegó el desplome, a los cincuenta y un años. Después de que se le diagnosticara en 1894 una «forma paranoide» de «demencia alucinatoria», Schreber se pasó los siguientes nueve años en el Sanatorio de Sonnenstein, cerca de Dresde, el primer hospital para desequilibrados mentales financiado con fondos públicos en Alemania. Aquellos años en el sanatorio establecieron el marco –aunque solo fuera en sentido físico– de su *Memorias de un enfermo de nervios,* la primera obra de relevancia sobre la misteriosa afección por entonces conocida como *dementia praecox* o «demencia precoz» y, un poco más adelante, renombrada como «esquizofrenia». Publicado en 1903, este libro se convirtió en un punto de referencia de prácticamente cualquier debate o comentario sobre la enfermedad durante el

siguiente siglo. En la época en que enfermaron los seis hijos de los Galvin, todo lo referente al modo en que serían vistos y tratados por la psiquiatría moderna vendría teñido por las discusiones al respecto de este caso. Lo cierto es que Schreber no imaginaba que el relato de su vida fuera a llamar tanto la atención. Escribió aquellas memorias fundamentalmente a modo de súplica para que lo liberasen, lo cual explica por qué en muchos puntos parece estar escribiendo para un solo lector: el doctor Paul Emil Flechsig, el médico que lo había internado. El libro comienza con una carta abierta dirigida a Flechsig en la que Schreber se disculpa por haber escrito cualquier cosa que pudiera resultar demasiado perturbadora para el doctor. Solo hay una pequeña cuestión que a Schreber le gustaría aclarar: ¿es Flechsig quien le ha estado transmitiendo mensajes secretos y directos al cerebro durante los últimos nueve años?

Una fusión mental cósmica con su médico –«aun estando separados en el espacio, ejercía usted una influencia sobre mi sistema nervioso», escribió Schreber– fue la primera de decenas de experiencias extrañas y milagrosas relatadas por Schreber a lo largo de más de doscientas páginas. Y es posible que fuese también la más coherente. De un modo quizá descifrable tan solo para Schreber, escribía apasionadamente sobre los dos soles que veía en el cielo y sobre aquella vez en que se percató de que uno de ellos lo estaba siguiendo allá donde iba. Dedicó incontables páginas a una abstrusa explicación de un «idioma nervioso» tan sutil que la mayoría de los seres humanos no lo percibía. Las almas de cientos de personas, escribió, utilizaban aquel lenguaje nervioso para transmitirle a Schreber una información crucial: informes acerca de que Venus se estaba «inundando», que el sistema solar se estaba «desconectando», que la constelación de Casiopea estaba a punto de «concentrarse en un solo sol».

En este sentido, Schreber tenía mucho en común con el mayor de los hijos de los Galvin –Donald–, quien, años más tarde, recitaría su Sagrada Orden del Sacerdocio delante de la pequeña Mary de siete años en la casa de la familia en Hidden Valley Road. Igual que Donald, Schreber creía que lo que le estaba sucediendo a él no era solo físico, sino espiritual. Ni él, ni Donald, ni ningún otro de los hijos de los

Galvin observaban sus delirios desde fuera, con una sensación de curiosidad distanciada, sino que estaban totalmente inmersos en ellos, emocionados, asombrados, aterrorizados o desesperados, y en ocasiones todo ello a la vez.

Incapaz de liberarse de sus circunstancias, Schreber hizo lo que pudo con tal de atraer a todo el mundo al interior de aquello que estaba viviendo, quería arrastrarlos con él, con tal de compartir la experiencia. La sensación de hallarse en su universo podía ser de un éxtasis en ocasiones, y acto seguido ser de una impactante vulnerabilidad. En sus memorias, Schreber acusaba a su médico, Flechsig, de utilizar aquel idioma nervioso para cometer algo que él llamaba un «asesinato del alma» contra él (el alma –le explicaba Schreber– era una cosa frágil, «una pelota voluminosa o un fardo» comparable a «un relleno o una telaraña»). Entonces venía el rapto. «Debido a mi enfermedad –escribió Schreber–, entablé unas peculiares relaciones con Dios», unas relaciones que, en un principio, guardaban un tremendo parecido con la Inmaculada Concepción. «Tenía yo un órgano genital femenino, aunque uno poco desarrollado, y sentí en mi cuerpo un despertar como el de los primeros signos vitales de un embrión humano […]; dicho de otro modo: se había producido la fecundación». Según Schreber, su sexo había sufrido una transformación y se había quedado embarazado. Podría haberse sentido tocado por la gracia divina, pero Schreber, en cambio, se sentía violado. Dios era el cómplice obsecuente del doctor Flechsig, «cuando no el instigador», en una trama para utilizar su cuerpo «como el de una ramera». Gran parte del tiempo, el universo de Schreber era un lugar intenso y aterrador, lleno de horrores.

Tenía una sola y grandiosa ambición. «Mi objetivo tan solo es el de profundizar en el conocimiento de la verdad en un campo vital, el de la religión», reflexionaba, pero no fue así como resultó: lo que escribió Schreber contribuyó mucho más a la emergente, provocadora y cada vez más polémica disciplina de la psiquiatría.

Al principio –antes de que nadie convirtiera el estudio de la enfermedad mental en una ciencia y lo llamara «psiquiatría»–, la locura era una enfermedad del alma, una perversión que merecía la

cárcel, el destierro o un exorcismo. El judaísmo y el cristianismo interpretaban el alma como algo independiente del cuerpo, una esencia del propio yo a la que podía hablar y dirigirse el Señor, o que podía poseer el diablo. En la Biblia, el primer retrato de la locura es el rey Saúl[5], que perdió la cabeza cuando lo abandonó el espíritu del Señor y su lugar lo ocupó un espíritu maligno. En la Francia medieval, Juana de Arco[6] oía unas voces consideradas heréticas, obra de Satán, una impresión que se revisó tras la muerte de Juana, considerándola, desde la perspectiva opuesta, como la voz de un profeta. Incluso entonces, la definición de la locura era algo bastante volátil.

Hasta para aquellos observadores que no prestaban excesiva atención, resultaba obvio que la locura a veces era cosa de familia. Los ejemplos más notables se daban en la realeza. En el siglo XV, el rey Enrique VI de Inglaterra se volvió primero paranoico, después enmudeció, se encerró en sí mismo y, finalmente, sufrió delirios. Su enfermedad se convirtió en el pretexto para las luchas por el poder que se convirtieron en la guerra de las Dos Rosas. El monarca la adquirió de manera honorable: su abuelo materno, Carlos VI, estaba aquejado de lo mismo, igual que la madre de Carlos, Juana de Borbón, y el tío, el abuelo y el bisabuelo de Carlos. Sin embargo, hubo que esperar hasta los tiempos de Schreber para que los médicos y los científicos comenzaran a hablar de la locura como algo biológico. En 1896, el psiquiatra germano Emil Kraepelin utilizaba el término de «demencia precoz»[7] para sugerir que la afección comenzaba a una edad temprana, al contrario que la senilidad. Kraepelin creía que era una «toxina» lo que provocaba aquella demencia[8], o que estaba «relacionada con ciertas lesiones de naturaleza aún desconocida» que padecía el cerebro. Doce años después, el psiquiatra suizo Eugen Bleuler creó el término «esquizofrenia»[9] para describir la mayoría de los síntomas que Kraepelin había amontonado bajo la etiqueta de *dementia praecox*. Además, sospechaba que había un componente físico en aquella enfermedad.

Bleuler escogió este nuevo término porque su raíz etimológica –del griego σχι'ζειν, *schízein*– implicaba una escisión drástica y severa de las funciones mentales. Esta elección terminó resultando un error

lamentable. Casi desde el primer instante, una amplísima franja de la cultura popular –desde *Psicosis* hasta *Sybil* y *Las tres caras de Eva*– ha confundido la esquizofrenia con la idea de la personalidad múltiple. Un error que no puede ser más mayúsculo. Bleuler estaba tratando de describir una escisión entre la vida interior del paciente y la exterior, una división entre la percepción y la realidad. La esquizofrenia no consiste en una personalidad múltiple, sino en levantar un muro y aislarse por completo de la consciencia, primero de forma lenta, después de golpe, hasta que ya no eres capaz de acceder a nada de aquello que el resto de las personas acepta como lo real.

A pesar de lo que comenzaban a creer los psiquiatras acerca de la biología de la enfermedad, a todos ellos seguía resultándoles difícil comprender la naturaleza exacta de la misma. Aunque al principio pareciese que bastaba con decir que la esquizofrenia podía ser hereditaria, aquello no explicaba los casos –incluido, al parecer, el de Schreber– en los que cualquiera diría que surgía por sí sola. Esta cuestión esencial sobre la esquizofrenia –¿es cosa de familia o surge por las buenas, ya completamente formada?– consumiría durante generaciones a teóricos, terapeutas, biólogos y, en última instancia, a genetistas. ¿Cómo vamos a saber lo que es si no sabemos antes de dónde procede?

Cuando Sigmund Freud abrió por fin el libro de las memorias de Schreber en 1911[10], ocho años después de que se publicara, lo que leyó lo dejó sin habla. El analista y teórico vienés, ampliamente reverenciado ya por entonces como uno de los pioneros exploradores de los mecanismos internos de la mente, no mostraba interés alguno en psicóticos con delirios como Schreber. Freud ya había visto a ciertos pacientes de aquel tipo en su consulta de neurología, pero nunca consideró que mereciese la pena tomarse la molestia de llevar a ninguno de ellos al diván del psicoanalista[11]. El hecho de padecer esquizofrenia, argumentaba él, suponía que no tenías curación posible, que eras demasiado narcisista para participar en un intercambio significativo –o «transferencia»– con un analista.

No obstante, este libro de Schreber –que le había enviado su protegido, el terapeuta suizo Carl Jung, y llevaba años suplicándole

que lo leyera– lo cambió todo para Freud. Ahora, sin moverse de la butaca, Freud tenía un acceso muy cercano a todos y cada uno de los impulsos de la mente de un hombre con delirios, y lo que Freud vio allí sirvió para confirmar todo cuanto creía saber sobre el funcionamiento del inconsciente. En una carta de agradecimiento a Jung, Freud decía que aquellas memorias eran «una suerte de revelación»[12]. En otra afirmaba que al propio Schreber «lo tenían que haber nombrado catedrático de psiquiatría y director de una institución mental»[13].

Freud publicó sus *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia*[14] *(Dementia paranoides)* descrito autobiográficamente en 1911 (el mismo año en que falleció Schreber de manera bastante trágica, después de volver a ingresar en el sanatorio a consecuencia de la muerte de su madre). Gracias al libro de Schreber, Freud estaba ahora convencido de que los delirios psicóticos eran poco más que unos sueños involuntarios que tenía el paciente estando despierto[15], generados por las mismas causas que las neurosis cotidianas e interpretables de la misma manera exacta. Los mismos y famosos símbolos y metáforas[16] que Freud había encontrado en los sueños, decía él por escrito, estaban allí mismo, en aquellas memorias, claros como el agua. El cambio de sexo de Schreber y su Inmaculada Concepción, argumentaba Freud, consistían en un temor a la castración[17]. La fijación con su psiquiatra, el doctor Flechsig –según concluía Freud– tenía que ver con el complejo de Edipo. «No olvide que el padre de Schreber era médico»[18], escribió un Freud triunfal al establecer aquellas conexiones. «Esos absurdos milagros que se obran en él [Schreber] son una amarga sátira sobre las artes médicas de su padre».

Nadie parecía más confundido que el propio Carl Jung al ver lo que había escrito Freud. En su casa de Burghözli, en Suiza, Jung leyó uno de los primeros ejemplares y escribió a su mentor de inmediato, en marzo de 1911, para contarle que le había parecido «desternillante» y «magníficamente redactado»[19]. Tan solo había un pequeño problema: que Jung discrepaba en lo fundamental[20]. En el núcleo de sus objeciones se hallaba la cuestión de la naturaleza de la propia

enfermedad mental con sus delirios: ¿es la esquizofrenia algo con lo que se nace, una dolencia física del cerebro, o se trata más bien de algo que «se hace» a lo largo de la vida, después de que el mundo te deje marcado de una manera o de otra? ¿Es algo hereditario o es algo adquirido? Freud se distinguía de los demás psiquiatras de su tiempo al mostrarse tan seguro de que la enfermedad era por completo «psicogénica», o una invención del inconsciente, y lo más probable era que se hubiera ido formando o marcando producto de las experiencias formativas de la infancia, muy frecuentemente de naturaleza sexual. Entretanto, Jung mantenía una opinión más convencional: que la esquizofrenia era una enfermedad orgánica, biológica, al menos en parte: era muy posible que se tratara de un trastorno heredado de la propia familia.

El protegido llevaba años discutiendo con su mentor de forma intermitente al respecto de la cuestión[21], pero para Jung se trataba de la gota que colmaba el vaso. Le dijo a Freud que no todo consistía en el sexo, que a veces la gente enloquecía por otros motivos, quizá porque fuese algo con lo que se nace: «En mi opinión, el concepto de la libido […] se ha de complementar con el factor genético» escribió Jung[22].

En diversas cartas, Jung volvía a argumentar lo mismo una y otra vez[23]. Freud jamás mordía el anzuelo y no respondía, lo cual exasperaba a Jung, que reventó en 1912 y pasó al plano personal. «Esa técnica suya de tratar a sus discípulos como si fueran pacientes es un error garrafal»[24], escribió Jung. «De ese modo, lo que genera usted son unos hijos serviles o unos cachorritos insolentes […]. Mientras tanto, se mantiene usted por encima de todos como el padre, cómodamente sentado». Más adelante, ese mismo año, ante el público de la Universidad de Fordham en la ciudad de Nueva York, Jung se manifestó abiertamente en contra de Freud y arremetió de manera específica contra su interpretación del caso Schreber. La esquizofrenia, afirmó, «no se puede explicar únicamente por medio de la pérdida del interés erótico»[25]. Jung era consciente de que Freud consideraría aquello una herejía. Freud «cometió un terrible error»[26], reflexionaría más adelante Jung, «porque, simplemente, desconoce el espíritu de la

esquizofrenia».

La gran ruptura entre Freud y Jung se produjo en gran medida por el debate sobre la naturaleza de la propia demencia. La más grandiosa asociación de los comienzos del psicoanálisis había llegado a su fin, y, sin embargo, la discusión al respecto de los orígenes y la naturaleza de la esquizofrenia tan solo acababa de empezar.

Un siglo después, se calcula que la esquizofrenia afecta a una de cada cien personas en todo el mundo, o a más de tres millones de personas en Estados Unidos y a ochenta y dos millones de personas a lo largo y ancho del planeta[27]. Una estadística nos dice que los casos diagnosticados ocupan un tercio del total de camas en los hospitales psiquiátricos estadounidenses[28]. Otra nos dice que, cada año, se queda sin tratar aproximadamente el 40 % de los adultos afectados[29]. Uno de cada veinte casos de esquizofrenia termina en suicidio[30].

A estas alturas, el academicismo cuenta ya con un sinfín de estudios sobre Schreber, a cuál más alejado de Jung y Freud en sus interpretaciones sobre el paciente y la enfermedad que lo atormentaba. Jacques Lacan, el psicoanalista francés[31] y padrino del postestructuralismo, decía que los problemas de Schreber surgían de su frustración por no poder ser en cierto modo el falo del que carecía su madre. En la década de 1970, Michel Foucault[32], el teórico social francés e icono de la contracultura, presentaba a Schreber como una especie de mártir, una víctima de las fuerzas sociales que actuaban para aplastar el espíritu individual. Aun hoy, las memorias de Schreber continúan siendo el perfecto lienzo en blanco, y el propio autor es el paciente psiquiátrico ideal: el que no te puede llevar la contraria. Entretanto, la discusión central sobre la esquizofrenia planteada por el caso Schreber –¿es hereditaria o adquirida?– se ha convertido en parte integral de nuestra percepción de la enfermedad.

En el fragor de esta discusión nacieron los Galvin. Cuando aquellos chicos cumplieron la mayoría de edad, el campo de estudio se abría en canal y se dividía y subdividía prácticamente como una célula. Unos decían que el problema era bioquímico, otros decían que genético y otros que era medioambiental, viral o bacteriano. «La esquizofrenia es pasto de teorías»[33], afirma el historiador de la psiquiatría Edward

Shorter desde Toronto, y lo cierto es que el siglo XX alumbró centenares de ellas, fácilmente. Mientras tanto, la verdad sobre lo que era la esquizofrenia –qué la causaba y qué podría mitigarla– ha continuado encerrada bajo llave, en el interior de quienes la sufrían.

Los investigadores que van tras la clave biológica de la esquizofrenia nunca han cesado de buscar un individuo o un experimento que pudiera resolver de una vez por todas la cuestión de si es algo hereditario o adquirido. Ahora bien, ¿y si hubiera una familia entera de «schrebers», un grupo perfectamente delimitado con una herencia genética compartida, una muestra de individuos con tal incidencia de la enfermedad como para que resultara claro que tenía que estar sucediendo algo específico e identificable en algunos o incluso en todos ellos?

¿Una familia con una docena de hijos, como la de Don y Mimi Galvin?

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 3

En los primeros años de su matrimonio, a Mimi le gustaba bromear diciendo que su marido tan solo pasaba en casa el tiempo justo para dejarla embarazada.

Su primer hijo, Donald Kenyon Galvin, fue bautizado en septiembre de 1945, unos pocos días después de la rendición japonesa. Su madre lo trajo al mundo sin incidentes: el parto de Donald sería el único de los doce nacimientos en el que Mimi aceptaría la anestesia. El bebé y su madre se fueron a vivir a un pequeño apartamento de Forest Hills, en Queens, una zona tranquila de la ciudad de Nueva York próxima al famoso club de tenis. Entre paseo y paseo con el niño, Mimi aprendió por su cuenta a cocinar. Estuvo sola con el pequeño Donald durante seis meses, escuchando las noticias que llegaban del Pacífico sur y preguntándose cuándo iba a volver a casa el padre de su hijo.

Don regresó justo después de Navidad, se fue a vivir con su familia y pasó unos meses de servicio temporal como oficial de seguridad en las instalaciones de unos astilleros en Kearny, en Nueva Jersey. Después se volvió a marchar tres meses a Washington para terminar su licenciatura en Georgetown. A continuación, en el verano de 1947, se iría a la Academia General de la Marina en Newport, Rhode Island, apenas unas semanas después de que Mimi diese a luz a su segundo hijo, Jim. Esta vez, Don se llevó con él a su mujer y a los niños, y volvió a hacerlo un año después, a Norfolk, en Virginia, donde sirvió primero en el USS Adams y después en el USS Juneau, yendo y viniendo entre Nueva York y Panamá, Trinidad, Puerto Rico y el resto del Caribe, todo ello mientras Mimi se quedaba en casa sola con los críos durante semanas.

El sueño que abrigaba Mimi al respecto de su vida juntos después de la guerra era completamente distinto. Ella se imaginaba a su marido acudiendo a la Facultad de Derecho, igual que sus dos tíos y su abuelo paterno, Thomas Lindsey Blayney, al que adoraba a pesar de la condición de exiliado de la familia que tenía su padre. Mimi deseaba

estar en Nueva York, donde se encontraban las familias de ambos, donde sus hijos crecerían con sus primos, con sus tías y sus tíos, una infancia como la que le habían arrebatado de golpe a ella cuando se vio obligada a marcharse de Texas cuando era pequeña.

Don se había planteado aquella posibilidad, o eso parecía, pero él también tenía sus sueños. Con su habitual encanto, le explicó a su mujer que, para él, la Marina era un medio para lograr un fin, que pensaba que iba a ser capaz de conseguir que la Marina le financiara sus estudios de Derecho o, mejor aún, su verdadera pasión, las ciencias políticas. Aquello resultó ser un error de cálculo muy frustrante. A pesar de las brillantes evaluaciones de sus oficiales al mando y del entusiasmo que ponían en sus recomendaciones, Don se veía rechazado cada vez que solicitaba algún tipo de formación de nivel universitario. Era como si hubiera siempre alguien con buenos contactos, el hijo de un congresista o el sobrino de un senador, que se hiciera con el puesto en su lugar.

Sola en Norfolk, Mimi tuvo que apretarse el cinturón mientras su marido estaba en el mar. Los pequeños cheques de la Marina, de unos treinta y cinco dólares semanales, se perdían en el correo, y ella tenía que recurrir a la ayuda de sus vecinos con las comidas y otros productos del supermercado. Cuando Don estaba en tierra, aquello era otra historia. Con sus estudios en Georgetown, su dominio de los idiomas y su interés en las relaciones internacionales, el apuesto y joven teniente causaba una buena impresión. A bordo del Juneau, Don no era simplemente el encargado de la correspondencia en el navío, sino que era también el maestro de ajedrez de a bordo, el que derrotaba a todo el que lo retaba. Entre una misión y otra, era el compañero de tenis habitual del capitán, y Mimi y él hacían vida social con los oficiales de alta graduación en la Escuela Universitaria del Personal Militar de Norfolk, donde Don se hizo famoso por preparar su «telón de acero», un potente pelotazo a base de vodka y Jägermeister. Aquel aire afable y profesional de Don sirvió para impresionar a una buena cantidad de almirantes y generales…, y a una de sus esposas, al menos, que dio la casualidad de hallarse a bordo del Juneau como pasajera en uno de sus trayectos a Panamá. No

hay muchos lugares donde intimar con discreción en un navío de guerra, pero haberlos, haylos. De regreso al territorio continental, sin embargo, ya no es tan sencillo guardar un secreto. Quizá la mujer del oficial no supiera que una de sus amigas era conocida de la esposa de Don Galvin. Cuando Mimi tuvo noticia sobre aquel viaje del Juneau, se desvaneció de inmediato hasta el último ápice del atractivo que tenía aquello de ser la flamante esposa de un distinguido teniente de la Marina. Es posible que no hubiese nadie tan rendido a Don como lo estaba Mimi, pero ahora, con aquellos dos críos pequeños a los que cuidar, Mimi se daba perfecta cuenta de que ella lo necesitaba a él más de lo que él la necesitaba a ella.

Don presentó una solicitud de ingreso en una Facultad de Derecho a cambio de comprometerse con la Marina otros seis años. Fue rechazada. Pidió el traslado a Panamá, a Cuba o a la División Atlántica, todos ellos lugares donde la Marina ofrecía estudios de Derecho. De nuevo se lo denegaron.

Vino otro embarazo de violentas náuseas, seguido del parto de otro hijo: el tercero, John, que nació en Norfolk a finales de 1949. Don estaba ausente cuando se produjo, destinado en Glenview, Illinois, durante cuatro meses de instrucción para oficiales. Mimi y los niños se quedaron en Norfolk mientras Don hacía lo posible por que lo trasladaran de allí, a cualquier otro sitio. Don oyó entonces el rumor de que el Juneau iba a cambiar de puerto base y se trasladaba a Puget Sound, en el otro extremo del país, en la costa oeste, un paso más cerca de Corea, donde se avecinaba una guerra.

Mimi ya no pudo contenerse más. Había llegado la hora de que su marido abandonase la Marina. El 23 de enero de 1950, Don entregó su aviso en una carta en la que echaba la culpa sin rodeos a su situación familiar. «La privación de una vida familiar plena es suficiente motivo para mi renuncia –escribió Don–. Permanecer en la Marina privaría a mi esposa y a mis tres hijos de una vida familiar y un hogar normales». Don también parecía algo resentido por los rechazos, por todos aquellos momentos en los que la Marina no había reconocido su potencial. Ya estaba harto de que le pasara alguien por encima en el acceso a la Facultad de Derecho. «La motivación solo se tiene cuando

uno desea hacer algo, o cuando alguien te infunde el deseo de hacerlo. Yo no he sentido ninguna motivación en la Marina», decía por escrito.

Mimi se sintió aliviada. Por fin se terminaría su exilio en aquellas ciudades tan apartadas y desconocidas. Hicieron planes para trasladarse a Nueva York, donde Don se matricularía en la Facultad de Derecho de Fordham, en el Bronx, y comenzarían esa vida que tanto había deseado ella desde el principio. Buscaron una casa en Levittown, un nuevo enclave de viviendas asequibles que habían construido en serie en Long Island, a una aceptable distancia del centro en coche, y pusieron los ojos en un inmueble lo bastante grande para el pequeño Donald, para Jim y John y los que pudieran venir después.

Lo que Mimi no sabía era que Don también había estado hablando con su hermano Clarke, que poco tiempo atrás se había convertido en oficial de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Al contrario que en el caso de la Marina, todo lo relacionado con las Fuerzas Aéreas era todavía muy nuevo y se encontraba en pleno desarrollo. Los pilotos ni siquiera tenían aún los uniformes de color azul, sino que todavía utilizaban los de color verde y caqui –los llamados *pinks and greens*– heredados de aquel antiguo Cuerpo Aéreo del Ejército de los tiempos de la guerra. Al parecer, tenían una fuerte necesidad de enrolar a gente, tanto así que llegó a oídos de Don que, si se alistaba, lo harían oficial al instante.

El 27 de noviembre de 1950, diez meses después de haber dejado la Marina, Don se unió a las Fuerzas Aéreas como teniente primero. Mimi no se podía creer la ligereza con la que Don estaba incumpliendo todo cuanto ella creía que habían acordado al respecto de cómo querían vivir la vida. Estados Unidos iba a enviar tropas a Corea, ¿y él quería volver al Ejército? ¿Por qué su marido siempre iba medio paso a destiempo respecto de ella, siempre tan distante, tan ausente?

Don fue tan persuasivo con su mujer como de costumbre. Su hermano Clarke lo había llevado un día a ver la base aérea de Mitchel Field en Long Island, que iba a hacer las veces de cuartel general nacional de aquel cuerpo del Ejército. ¿De verdad le importaba a Mimi –le preguntó él– si salía de casa hacia el Bronx a estudiar Derecho o si

se iba a Long Island en tren? Iban a poder vivir en Levittown en ambos casos, y, además, él seguía teniendo un sueño. Estados Unidos era la nación que ahora lideraba el mundo, la que construía el futuro. La flota aérea que acababa de derrotar al fascismo estaría aterrizando y despegando prácticamente del patio trasero de su nueva casa. ¿Quería dedicarse Don a hacer papeleos en un rascacielos y coger el tren de las 17:05 de vuelta a casa todas las tardes, o prefería formar parte de todo aquello y convertirse algún día en un experto en asuntos exteriores con acceso a los presidentes de su país?

Don y Mimi reunieron el dinero suficiente para pagar la entrada de una casa, y ya tenían prácticamente cerrada la compra cuando las Fuerzas Aéreas anunciaron de manera bastante repentina que su nuevo cuartel general se hallaría en el centro del estado de Colorado. Esta vez, Don se indignó tanto como Mimi. Aquel movimiento se había planificado en Washington entre bambalinas. Ninguno de sus conocidos sabía nada al respecto.

Tras unos instantes de pánico, lograron recuperar el dinero de la entrada para la casa. Don se presentó en la base de las Fuerzas Aéreas de Ent en Colorado Springs el 24 de enero de 1951. Mimi y los niños se reunieron con él el Día de San Valentín.

Mirara adonde mirase Mimi, había rocas por todas partes, miles de ellas, y todas en diferentes tonos de rojo: unas praderas inmensas, abiertas y allanadas por la presión de los glaciares, salpicadas por doquier de bruscos afloramientos de roca que surgían imponentes de la planicie como el decorado sobre un escenario. Allí estaban los balnearios de Manitou Springs, manantiales de un agua mineral de supuestos y asombrosos poderes curativos; y también aquellas montañas que sirvieron para que la fiebre del oro del siglo XIX situara en el mapa aquella zona de Colorado. Mimi estaba rodeada de belleza, aunque no estuviese de ánimos para verla.

La ciudad no pasaba por su mejor momento cuando la familia Galvin se plantó allí. Mimi y los niños llegaron en plena sequía. Estaban racionando el agua. Incluso la casa de la madre de Mimi en Nueva York tenía flores y el verde del césped, pero, allá donde ella miraba ahora, lo único que veía eran colores pardos. Allí no había

ballet, ni arte, ni cultura: nada que se pareciese ni de cerca a la vida que Mimi había soñado de niña. La casa que Don buscó para la familia estaba situada en lo que pasaba por ser una avenida bulliciosa de Colorado Springs, una silenciosa calle llamada Cache La Poudre. Aquello distaba tanto de Levittown como cabía imaginar: un viejo granero para pienso reconvertido en vivienda, con una escalera de unos peldaños completamente torcidos y combados.

Mimi estuvo llorando varias noches y echando humo de indignación durante algún tiempo más. Según decía ella, la casa era un estercolero y aquella ciudad, un pueblucho de mala muerte. ¿Se podía saber adónde la había traído a rastras su marido?

Aun así, Don era su esposo, y ella era la madre de tres hijos con idea de tener más –él era católico, al fin y al cabo– y mucho que hacer estuviera donde estuviese. Así pues, decidió tratar de sacarle el mayor partido posible. Los pájaros eran una ayuda: los juncos pizarrosos, los pinzones montanos nuquigrises y los carboneros montañeses. Había un álamo de Virginia bastante grande en el patio, y vio unas florecillas silvestres al observar el pardo de la arena con mayor detenimiento. Decidió que plantaría allí un jardín.

Mimi comenzó a llamar la atención de sus nuevos vecinos de la Cache La Poudre como lectora de libros bastante gruesos, una mujer capaz de recitar los nombres de todos los reyes y reinas, no solo de Inglaterra, sino de todos los países de Europa desde la Edad Media hasta aquellos días. Aquella gente no tardó en conocer todos los detalles sobre el abuelo Kenyon y Pancho Villa, sobre Howard Hughes y los años de Mimi en Nueva York. Con los modestos ingresos de su marido, Mimi buscó otras formas de parecer especial. Por su madre, Mimi lo sabía todo sobre las mejores telas, y así, le echaba el ojo a algún retal de cachemir que hubiera ido a parar a la beneficencia y después se jactaba de su captura. Encontró un coro local con el que cantar y se presentó voluntaria para organizar un grupo de ópera formado por aficionados. En un principio no iban a representar nada de su favorito, Mozart –incluso «eso» era demasiado difícil para ellos, se mofaba en privado–, pero sí pudo colaborar en la selección del reparto para *Il trovatore* y *Madama Butterfly,* todo el viejo repertorio

clásico.

Con el tiempo, Mimi llegó a adorar la belleza que tenía a su alrededor. La vegetación y la geología, tan ajenas para ella, conseguían ahora que cobrara vida ante sus ojos todo aquello que había visto a través de un cristal en el Museo de Historia Natural de Central Park West. Y descubrió la cetrería con su marido. El adiestramiento de aquellas aves silvestres lograba que la intensísima energía intelectual sobre la que ellos habían construido su relación se fusionara con algo tan salvaje como su nuevo hogar, un lugar aún por descubrir.

Amansar a un halcón –aprendieron ambos– era mucho más que atraparlo. Consistía también en imponerle tu voluntad de manera implacable, en mantener el control hasta que el pájaro desarrolla una especie de síndrome de Estocolmo, acepta quedarse contigo e incluso prefiere la cautividad en lugar de marcharse a recorrer el mundo. Tras dos semanas de llevar al pájaro ciego sobre el puño enguantado, o guantelete, le ataban una lonja –un cordel de treinta metros con el mismo peso que un sedal de pesca– para mantenerlo controlado durante el adiestramiento. Utilizaban un poco de carne en una bolsita de cuero para atraerlo e instar al ave a acudir volando cada vez desde más lejos, hasta que, por fin, ondeaban el señuelo a cierta distancia y enseñaban a la rapaz a hacer pasadas con descensos en picado. Y ellos presenciaban con una intensa emoción cómo hacía esos picados a velocidades superiores a los trescientos veinte kilómetros por hora.

Por peliagudo que fuera, el método para amansar a un halcón u otro falcónido en estado salvaje estaba bien articulado: Mimi y Don descubrieron que, si lo seguían correctamente, terminarían teniendo un pájaro obediente y educado, con buena conducta. Mimi aplicó aquella persistencia e inflexibilidad también en casa, donde en ocasiones se era más indulgente con los pájaros que con los niños. Las estanterías del garaje estaban llenas de caperuzas de cuero para las aves, y el propio garaje acabó convertido en una muda para las rapaces (cuando un vecino llamó a sanidad y los denunció, Don –que mantenía limpio el recinto– se libró de ellos sin mayores problemas). Mimi se había hecho con un conjunto barato de acuarelas, y comenzó

a pintar su manera de ver a los halcones. Juntos, los padres introdujeron a los niños en aquella obsesión nueva que tenían. Donald, el mayor de los hermanos, estaba en edad de ir a primaria cuando participó en la captura de su primer pájaro, una hembra de gavilán. La encontraron en el agujero de un árbol cuando fueron a observar los pájaros en Austin Bluffs, un pico de dos mil metros de altitud donde tiempo atrás había un sanatorio para tuberculosos y donde tiempo después se iba a ubicar uno de los campus de la Universidad de Colorado. Mimi llamó Killy-Killy a aquel gavilán, por el sonido de sus chillidos: *¡kiliiiii!,* y fue el propio Donald quien la adiestró. En una ocasión, el pájaro capturó un saltamontes, echó a volar hasta lo alto de la hoja de una puerta y comenzó a mordisquear el insecto como si fuera un cucurucho. Donald se quedó debajo del pájaro, junto a la puerta, llamándolo con paciencia: «¡Ven, Killy-Killy! ¡Ven, Killy-Killy!». Dentro de la casa, Donald dejaba volar en libertad al gavilán, y la familia aprendió a apartarse cada vez que el ave ladeaba la cola de cierta manera para defecar.

Los dos hermanos mayores –Donald y Jim– empezaron el colegio, y, antes de que el tercero –John– cumpliese los tres años, nacieron el cuarto y el quinto, Brian y Michael, en 1951 y 1953. Todos los chicos recibieron el pecho de pequeños, una opción que no gozaba precisamente de popularidad entre las madres que Mimi conocía. Ella se sintió bien desde el primer instante demostrando a todo el mundo que era capaz de hacerlo todo por sí sola, sin niñeras, ni siquiera en momentos puntuales. ¿Quién necesitaba de otra persona –pensaba Mimi–, cuando resultaba obvio que ella era la mejor para enseñar a los niños conforme iban creciendo para que aprendieran sobre la ópera, el arte y la observación de los pájaros, sobre la manera de examinar los insectos extraños y de identificar las setas silvestres? ¿Cuántos niños había en Colorado Springs que supiesen que la seta roja con puntitos blancos era la *Amanita muscaria?*

Uno detrás de otro, los niños fueron cogiendo las paperas, el sarampión y la varicela, y, con cada bebé que iba llegando, aumentaba la competición por acaparar las atenciones y el tiempo de Mimi. Don y Mimi no mencionaban la opción de plantarse ni siquiera con cinco

niños, y era incesante la cantinela que les llegaba por parte de ambas familias: «¿Por qué tantos hijos?». Al fin y al cabo, la atracción que Mimi sentía por lo más selecto en la vida –la cultura, el arte, el estatus social– era difícilmente compatible con tantas bocas que alimentar. Ahora bien, si no iba a poder tener lo primero, se quedaba más que contenta con probar con lo segundo. Tener tantos hijos y ser conocida como una madre capaz de poder con todo ello sin mayores problemas te otorgaba otra forma de distinción.

Al mismo tiempo, no había ambición social –por mucha que fuera– que pudiera explicar convincentemente el deseo de Mimi de tener una familia tan numerosa. Quizá hubiese además otra explicación más profunda: que los niños satisfacían una necesidad en Mimi que tal vez ni ella misma se había imaginado. Ya desde una edad temprana, Mimi tenía la costumbre de disimular las contrariedades más dolorosas que había sufrido en su vida: la pérdida de su padre, el exilio forzoso de Houston, un marido que se mantenía tan distante de ella. Aunque no lo reconociese, aquellas pérdidas le causaban dolor, y también le pasaban factura. No obstante, el hecho de tener tantos hijos le ofrecía a Mimi la posibilidad de vivir un relato nuevo y distinto, o, al menos, la distraía como si fuera un cambio de tema, la ayudaba a soportar las pérdidas, a pensar menos en lo que le faltaba. Para una mujer que se sentía abandonada con tanta frecuencia, aquello era una forma de crear toda la compañía que iba a necesitar.

La madre de Don, Mary Galvin, pontificaba desde su casa de Queens y decía –no sin cierta crueldad– que la única ocupación de Mimi era quedarse preñada, que era Mimi quien gobernaba ahora la vida de Don, que su nuera quería imponerse en todo, que estaba decidida a ser más católica que los verdaderos católicos de la familia, y que la manera más contundente de imponerse en esa competición era estar embarazada continuamente.

Para Mimi, la respuesta ante aquello era simple: cortar toda conversación. Los niños, decía, hacían feliz a su marido.

Él siempre tuvo más de académico que de soldado, y a Mimi, esa parte de Don siempre le había parecido tan adorable como frustrante. Sin dejar de insistir en que quería una casa llena de niños, Don anhelaba

una vida intelectual, de orden y soledad, pero por mucha tranquilidad y mucho orden que ella pusiera en casa, él siempre encontraba un motivo para estar fuera.

Como oficial de inteligencia en la base aérea de Ent, Don adoptó el carácter cauteloso propio del trabajo militar en la época de la Guerra Fría. «No le des a nadie más información de la estrictamente necesaria», solía decir, y la evasiva manera que tenía de decirlo le daba a su secretismo un toque casi conspirativo, algo de lo que participaban todos…, pero en realidad no lo hacían: lo único que Don le confiaba a Mimi era que los generales a los que él informaba no eran demasiado listos. Por muy bien que pareciese irle allí, sus ambiciones como militar en las Fuerzas Aéreas tenían sus límites. Incluso en 1953, cuando el presidente estableció su residencia oficial de verano en Denver y Don Galvin se vio redactando los informes de inteligencia que estaba leyendo el mismísimo Dwight Eisenhower, el trabajo militar solo le interesaba en la medida en que le hacía empeñarse más en conseguir algún día su doctorado en Ciencias Políticas.

La cetrería era algo que Don y Mimi solían hacer juntos, pero eso comenzó a cambiar. Él pasaba más tiempo fuera de casa, intentando atraer a las aves con otros halconeros locales, mientras las tareas de Mimi cuidando de los niños se hacían interminables. Esta desconexión tampoco era tan nueva, sino que revelaba algo sobre ellos que, probablemente, había sido así desde el principio. Desde el día en que se conocieron, siempre fue como si Don viviese con los pies a unos centímetros del suelo, mientras que Mimi esperaba paciente con los pies firmemente plantados en el suelo. Don se identificaba con sus pájaros, volando en las alturas por donde le placía para regresar tan solo cuando le venía bien, y Mimi, muy en contra de su voluntad, se veía interpretando el papel del halconero: amansando a Don, atrayéndolo a casa, engañándose con la impresión de tenerlo completamente domesticado.

Mimi halló sus propias formas de entretenerse, algunas pensadas para acercarse más a un marido al que veía cada vez más y más despegado de ella. Cumplió una promesa que había hecho a la familia

de Don y pasó por varios años de catequesis para convertirse al catolicismo. El hecho de profesar la misma fe que su marido convertía a los Galvin en una familia de verdad, así que Mimi lo hizo encantada: otra cumbre que coronar, otra materia que dominar. Trabó una amistad duradera con su tutor, el padre Robert Freudenstein, un cura local que la introdujo en conceptos como la transfiguración y el nacimiento virginal, todo ello tomándose unos cócteles. Aquel era el tipo de sacerdote que le iba a Mimi: Freudy, como lo llamaban, procedía de una familia acomodada y no temía dar muestra de ello al volante de su descapotable, tan rápido que espantaba a los pájaros a las puertas de la casa de los Galvin cuando llegaba. Freudy hacía trucos de magia y juegos de manos para los niños, y les contaba historias. Hablaba de libros con Don y Mimi, también de arte y de música, y los ayudaba a no sentirse tan ajenos a su nuevo hogar. Se llevó al matrimonio a ver el Royal Ballet cuando este vino a Denver. Poco tiempo después, el sacerdote ya se pasaba por su casa a todas horas, casi como otro miembro más de la familia, siempre que necesitaba escaparse de sus superiores en la parroquia de St. Mary. «Ay, monseñor Kipp se ha enfadado conmigo. ¿Puedo ir a desayunar con vosotros?», le contaba a Mimi, y ella siempre le decía que sí.

A la madre de Mimi no le parecía buena idea mantener aquella amistad, ni tan siquiera le parecía algo apropiado. Billy se subía al volante de su Studebaker y venía sola al oeste, donde se quedaba hasta que empezaba a hacer comentarios sobre la manera que tenía Mimi de llevar su casa. Freudy solía ser uno de los principales temas de conversación. Una cosa era casarse con un católico, decía Billy, pero ¿tenía que haber siempre un cura metido en la casa? Para Mimi, sin embargo, las visitas de Freudy eran la sorpresa más agradable de su conversión al catolicismo: ahora podía sentirse más cerca de Don y verse con herramientas para liderar la formación espiritual de la familia, pero además había hallado algo familiar, incluso divertido, en una nueva vida que a veces podía ser muy solitaria para ella.

Billy terminaba hartándose, agarraba la puerta y se marchaba, pero Mimi le daba poca importancia a los juicios de su madre. Mimi tenía ya más hijos que ella: tenía más galones que Billy.

Cuantos más hijos tenía, más se asentaba Mimi en esa nueva personalidad: una mujer distinta de aquella que había vivido decepcionada durante tantos años. Se avecinaban más mudanzas: un traslado de las Fuerzas Aéreas a una base en Quebec en 1954 y 1955, seguido de otros tres años en la base aérea de Hamilton, en el norte de California. Regresaron a Colorado Springs en 1958, con ocho niños. Richard nació en 1954, Joe en 1956 y Mark en 1957.

Don era el poli bueno cuando estaba casa, una presencia atenuada, salvo al amanecer, todos los días: «¡Diana! ¡Diana! ¡Arriba todo el mundo de buena mañana! ¡Vamos, a la carrera, de proa a popa todas las cubiertas y escaleras, a lo largo y ancho, todos en el comedor a las 6:00 para el rancho!». El resto del tiempo, era Mimi quien se encargaba de toda la supervisión, no siempre de un modo enriquecedor, sino más bien frío, brusco y altanero. Era feliz en la batalla, guerreando contra la mediocridad mañana, tarde y noche.

Todos los chicos vestían cazadora, corbata y mocasines con borla para ir a misa el domingo.

El pelo largo era inaceptable.

El ejército y la iglesia proporcionaban los dos reglamentos que había que seguir: el de Estados Unidos y el de Dios.

Mimi era dueña y señora de todos los aspectos de la vida de los niños, un empeño en el que no dejaba absolutamente nada al azar. Los niños crecieron con una serie de axiomas: «Más vale bueno que guapo», «Cuentista, no me cuentes cuentos, que la lengua se te caerá al momento, y los perros se la comerán con pimientos». Cada uno tenía su tarea asignada por la mañana: poner la mesa, preparar el almuerzo, hacer las tostadas, pasar el aspirador, quitar el polvo, fregar el suelo de la cocina, recoger la mesa o fregar y secar los platos. Apuntó a los niños a clases de lectura rápida. Con el buen tiempo, salían de paseo a observar los pájaros o a buscar setas. Las revistas que había en el salón de su casa no eran ni el *Reader's Digest* ni el *Ladies' Home Journal,* solo había números del *Smithsonian* y del *National Geographic.* Incluso cuando los niños de los vecinos venían a casa de los Galvin a pintar, dibujar o colorear, aprendieron a no esperar ningún elogio por sus obras, sino una detallada explicación de

todo cuanto estaban haciendo mal. «Mimi quería que todo el mundo fuera perfecto», recordaba un viejo amigo de la familia.

En aquellos momentos, Mimi no podía saber hasta qué terrible punto se iba a volver en su contra aquel temperamento. En la década de los cincuenta, la profesión psiquiátrica había puesto sus miras en madres como ella: los pensadores más influyentes en la psiquiatría estadounidense estaban utilizando un término concreto para aquellas mujeres. Las llamaban «esquizofrenogénicas».

CAPÍTULO 4

1948

Rockville, Maryland

El hospital psiquiátrico Chestnut Lodge abrió sus puertas en 1910, en un modesto edificio de ladrillo de cuatro plantas, antaño un hotel, rodeado de árboles en una finca rústica a las afueras de la ciudad de Washington. Durante sus primeros veinticinco años, los pacientes –a muchos de los cuales se les había diagnosticado una esquizofrenia– recibían un tratamiento de descanso, fundamentalmente, y de terapia ocupacional. El fundador del hospital vivía en el piso de abajo, mientras que los pacientes residían en el piso de arriba. En el campo de la psiquiatría, eran pocos los que tenían aquel lugar en alguna consideración, pero eso cambió en 1935, cuando recibió con los brazos abiertos a una nueva terapeuta llamada Frieda Fromm-Reichmann[34].

Recién llegada a Estados Unidos, esta mujer era una refugiada judía procedente de una Alemania con Hitler en el poder. Con una edad que ya rondaba los cuarenta y cinco años, Fromm-Reichmann ya se había hecho un nombre antes de la guerra como una psicoterapeuta experimentada y asertiva –de corta estatura pero con carácter, una mujer intensa y directa–, y venía con unas ideas frescas debajo del brazo, eso era innegable. Al contrario que algunos de la vieja guardia del Chestnut Lodge, Fromm-Reichmann formaba parte de una nueva ola de analistas inspirados por Freud que estaban dispuestos a arriesgarse mucho con sus pacientes, y las historias al respecto de los milagros que estaba haciendo no tardaron en comenzar a circular.

Estaba aquel joven que atacó a Fromm-Reichmann[35] la primera vez que la terapeuta intentó hablar con él. La mujer hizo guardia en la puerta del hombre a diario durante tres meses, hasta que él por fin la invitó a entrar.

Estaba aquel hombre que se tiró semanas en silencio durante las

sesiones con Fromm-Reichmann, hasta que un día colocó un papel de periódico en el lugar donde ella estaba a punto de sentarse[36]. Sus primeras palabras a la doctora fueron algo así como que no deseaba que la mujer se ensuciara el vestido.

Y también estaba la mujer que le tiraba piedras a Fromm-Reichmann y le gritaba: «¡Que Dios condene su alma al infierno!»[37]. Pasados unos meses, la nueva terapeuta le plantó cara, se acercó a ella y le dijo que aquello no tenía ninguna utilidad para nadie. «¿Por qué no dejarlo ya?». Y la mujer lo dejó.

¿Demasiado bueno para ser verdad? Tal vez, pero para Fromm-Reichmann la esquizofrenia era curable, y cualquiera que dijese lo contrario quizá no se estaba preocupando lo suficiente por las personas a las que estaba tratando[38]. Ninguno de los miembros de la familia Galvin llegó a conocerla jamás, pero es posible que nadie haya hecho más que ella para cambiar la manera en que se percibían la esquizofrenia y las enfermedades mentales en Estados Unidos durante la época en que vivieron ellos: para bien y, más adelante, para mal.

Fromm-Reichmann había llegado a Estados Unidos en unos tiempos en que el planteamiento dominante de la psiquiatría al respecto de la esquizofrenia era tan ineficaz como inhumano. Los sanatorios mentales estaban llenos de sujetos con los que se experimentaba y a los que se les obligaba a ingerir cocaína, manganeso y aceite de ricino, se les inyectaba sangre animal y trementina y se les gaseaba con dióxido de carbono y oxígeno concentrado (la conocida como «cura de gas»)[39]. En la década de 1930, el no va más de los tratamientos había sido la terapia de choque con insulina[40], que se inyectaba al paciente para inducirle un breve coma; la teoría de aquella terapia decía que los tratamientos con regularidad, un coma diario, podrían ir mitigando poco a poco los efectos de la psicosis. Entonces llegó la lobotomía[41], que consistía en seccionar los nervios del lóbulo frontal del paciente, algo que –como expresaba con suma delicadeza el psiquiatra británico W. F. McAuley– «priva al paciente de ciertas características a las cuales, y quizá precisamente debido a las cuales, no ha conseguido adaptarse».

Y los tratamientos que prodigaban a sus pacientes los colegas que

buscaban la causa biológica de la esquizofrenia tampoco eran mucho mejores. En Alemania, Emil Kraepelin, pionero en este campo con su concepto de la demencia precoz, había abierto un instituto para investigar un vínculo hereditario en la enfermedad y no había obtenido prácticamente ningún resultado[42]. Uno de los investigadores de su instituto, Ernst Rüdin, se convirtió en una importante figura del movimiento de la eugenesia[43], entre los primeros proponentes de la esterilización de los enfermos mentales. Franz Josef Kallmann, uno de los alumnos de Rüdin, fue aún más lejos: al hacer campaña a favor de la eugenesia en Estados Unidos después de la guerra, Kallmann pedía que se esterilizara incluso a los «portadores asintomáticos» del gen de la esquizofrenia una vez que se localizara dicho gen[44]. Los líderes de la psiquiatría biológica parecían haber decidido que los enfermos mentales no eran personas siquiera.[2]

Teniendo en cuenta unas fuerzas sociales tan perturbadoras, no resulta en absoluto sorprendente que analistas freudianos como Fromm-Reichmann rechazaran por completo la idea de una base biológica en la esquizofrenia. ¿Por qué debería la psiquiatría sumarse a una disciplina científica que trataba a los seres humanos como si fueran caballos que uno selecciona para criar? Por el contrario, Fromm-Reichmann creía que, en lo más hondo de su ser, los pacientes deseaban una cura, que estaban esperando a que les llegara la ayuda, como un pajarillo herido o un niño frágil necesitado de comprensión. «Todo esquizofrénico tiene una tenue noción de la irrealidad y la soledad de ese universo imaginario sustitutivo»[45], escribió ella, y la misión del terapeuta –la altruista empresa que una nueva vanguardia de psicoanalistas estadounidenses no tardó en adoptar–[46] consistía en atravesar las barreras que había erigido el paciente y en salvarlos de ellos mismos.

En 1948 ingresó en el Chestnut Lodge una adolescente llamada Joanne Greenberg[47], que con el tiempo haría pasar a la historia a Fromm-Reichmann. En 1964, Greenberg publicó un libro que gozó de gran popularidad, *Nunca te prometí un jardín de rosas* –unas memorias noveladas, lo llamaría ella más tarde–, el relato de una adolescente llamada Deborah Blau que vive atrapada en el reino imaginario de Yr.

La joven cree estar poseída por una fuerza externa, muy al estilo de como decía sentirse Daniel Paul Schreber medio siglo antes («Había otros poderes compitiendo por su lealtad»[48], escribe Greenberg). Deborah parece aislada para siempre del mundo, hasta que su terapeuta, la doctora Fried –una Fromm-Reichmann apenas disfrazada y con un apellido que sonaba a «Freud» de manera inconfundible–, consigue atravesar el muro, llegar hasta ella y rescatarla. La doctora Fried comprende los demonios que acosan a la joven Deborah: su origen y su razón de ser. «¡Todos los enfermos están asustadísimos de su poder incontrolable!»[49], cavila la doctora Fried en la novela. «Es como si fueran incapaces de creer que son personas, ¡y no hacen sino aferrarse a una ira de proporciones humanas!».

Lo que la doctora Fried hace por Deborah en este libro influyó sobre toda una generación de psicoterapeutas. Igual que Annie Sullivan en *El milagro de Ana Sullivan,* la doctora Fried era un modelo de perspicacia, compasión y dinamismo: conectaba con su paciente con serenidad y vehemencia, descifraba su particular código. Una de las claves, concluye la doctora, es reconocer que los propios padres de la niña, sin saberlo, habían avivado las llamas de la enfermedad mental en su hija. «Muchos padres decían –incluso pensaban– que querían encontrar ayuda para sus hijos, pero no dejaban de mostrar, de manera más sutil o más directa, que sus hijos formaban parte de una suerte de conspiración para su propia ruina»[50], reflexiona la doctora en las páginas de la novela de Greenberg. «La independencia de un hijo es un riesgo demasiado grande para el frágil equilibrio de algunos padres».

El misterio de la esquizofrenia, según parece, queda resuelto: los partidarios de la eugenesia se equivocan. La gente no nace con esquizofrenia, en absoluto. La culpa es de los padres.

Allá por 1940, Fromm-Reichmann ya había hecho saltar las alarmas sobre «la perniciosa y desaconsejable influencia que una madre dominante podía ejercer sobre el desarrollo de sus hijos»[51] y decía que esa clase de madres eran «el principal problema de la familia». Ocho años después, en el mismo año en que Joanne Greenberg se convirtió en su paciente, a Fromm-Reichmann se le ocurrió un término que

perseguiría durante décadas a mujeres como Mimi Galvin: la madre esquizofrenogénica. Para Fromm-Reichmann estas madres eran las principales responsables de la «severa desviación temprana y el rechazo» que hacían que el paciente esquizofrénico se mostrara «dolorosamente desconfiado y resentido ante otras personas».

Fromm-Reichmann distaba mucho de ser el primer psicoanalista que culpaba de algo a la madre. Al fin y al cabo, el planteamiento de Freud consistía en explicar casi todos los impulsos misteriosos como resultado de la pátina que las experiencias de la infancia dejaban sobre el inconsciente. Ahora, no obstante, en los años de la posguerra –en los albores de una nueva era de prosperidad en Estados Unidos–, muchos terapeutas tenían una nueva preocupación: las madres que se negaban a comportarse como las de la generación anterior. «Un esquizofrénico es siempre alguien que ha sido educado por una mujer que sufre de una perversión del instinto maternal»[52], decía John Rosen, un psiquiatra de Filadelfia, un año antes de que Fromm-Reichmann inventara el concepto de «madre esquizofrenogénica».

En sus propios escritos, Fromm-Reichmann insistía con inquietud en que «las esposas estadounidenses son con mucha frecuencia quienes llevan las riendas, y los maridos están a su servicio igual que las esposas están al servicio de sus maridos en las familias europeas»[53] y que «la esposa y madre suele ostentar la autoridad en el grupo familiar». A Fromm-Reichmann le disgustaba en particular el modo en que los padres, como Don Galvin, se convertían en los amigos y confidentes de sus hijos mientras las madres, como Mimi Galvin, eran las que debían imponer la disciplina. Una vez que Fromm-Reichmann le puso un nombre a esas madres, el concepto despertó un gran interés. John Clausen y Melvin Kohn, del Instituto Nacional de Salud Mental de Estados Unidos (el NIMH, por sus siglas en inglés), describían a la madre esquizofrenogénica como una persona «fría», «perfeccionista», «ansiosa», «excesivamente controladora» y «restrictiva»[54]. La psicóloga Suzanne Reichard y el psiquiatra de Stanford Carl Tillman la describían como el «prototipo de la mujer blanca estadounidense de clase media y origen anglosajón: remilgada, recatada, pero con una carencia total de afecto verdadero»[55].

Parecía faltar cierta coherencia en estas descripciones[56]. ¿Qué era, exactamente, lo que estaban haciendo estas madres a sus hijos? ¿Eran dominantes, o eran débiles? ¿Eran asfixiantes o reservadas? ¿Unas sádicas o unas apáticas? En 1956, el antropólogo –y marido de Margaret Mead– Gregory Bateson recopiló los diversos pecados de los que se suponía culpable a la madre esquizofrenogénica y los recogió en una teoría que él denominó «del doble vínculo»[57]. Este doble vínculo, explicaba él, era una trampa que ciertas madres tendían a sus hijos. Una madre le dice a su hijo «Súbete los calcetines», pero en la manera que tiene de decirlo hay algo que transmite un mensaje contradictorio: «No seas tan obediente». Así, aunque el niño obedezca, la madre lo desaprueba. El niño siente impotencia, miedo, frustración, ansiedad: se ve encerrado, sin salida. Según la teoría del doble vínculo, cuando los hijos caen en esa trampa con la frecuencia suficiente, desarrollan una psicosis como forma de sobrellevarlo. Atormentados por sus madres, se retraen a su propio mundo.

Bateson se inventó esta teoría sin tener ni diez minutos de experiencia en psiquiatría clínica, pero eso daba lo mismo. La teoría del doble vínculo, acompañada del concepto de madre esquizofrenogénica, contribuyó enormemente a que culpar a la madre se convirtiera en la norma en el campo de la psiquiatría, y no solo en el caso de la esquizofrenia. En las décadas de 1950 y 1960 resultaba complicado hallar algún trastorno emocional o mental que los terapeutas no atribuyesen de una manera u otra a los actos de la madre del paciente. La culpa del autismo recaía en las «madres frigorífico», que no eran capaces de mostrar a sus pequeños el afecto suficiente. El trastorno obsesivo compulsivo era culpa de ciertos problemas entre el segundo y el tercer año de vida, en la pugna con la madre a la hora de aprender a ir al cuarto de baño. La concepción pública de la demencia se entretejió de manera irreparable con la idea de la madre en el papel de monstruo. Así, en 1960, a nadie le extrañó lo más mínimo ver que en la película *Psicosis* de Alfred Hitchcock se cargaban las culpas del más famoso de los maníacos homicidas y con delirios de la historia del cine –Norman Bates– directamente sobre los hombros de su madre muerta.

Con todo esto iban a toparse los Galvin en el momento en que sus hijos comenzaran a enfermar: una profesión terapéutica envalentonada, cargada de superioridad moral, armada con los horrores de la eugenesia, la cirugía y la experimentación química, y más que dispuesta a buscar una explicación distinta para la enfermedad; una causa mucho más próxima al hogar. En 1965, Theodore Lidz –eminente psiquiatra de Yale, conocido por atribuir la esquizofrenia a la dinámica familiar del paciente– dijo que las madres esquizofrenogénicas «se convirtieron en una figura peligrosa para los hombres»[58] y que tenían unas relaciones «castradoras» con sus maridos. Como regla general, Lidz recomendaba que se aislara por completo de su familia a los pacientes de esquizofrenia.

A los padres de la época de Don y Mimi Galvin no les hacía falta conocer la teoría del doble vínculo ni el concepto de la madre esquizofrenogénica para tener claro que cualquier cosa que les pasara a sus hijos serviría para cuestionarlos a ellos. ¿Qué les había pasado a esos niños mientras estaban a su cuidado? ¿Quién había permitido que se volvieran así? ¿Qué tipo de padres eran los Galvin? La lección de aquellos tiempos estaba bien clara. Si daba la sensación de que le pasaba algo raro a tu hijo, lo último que debías hacer era contárselo a un médico.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

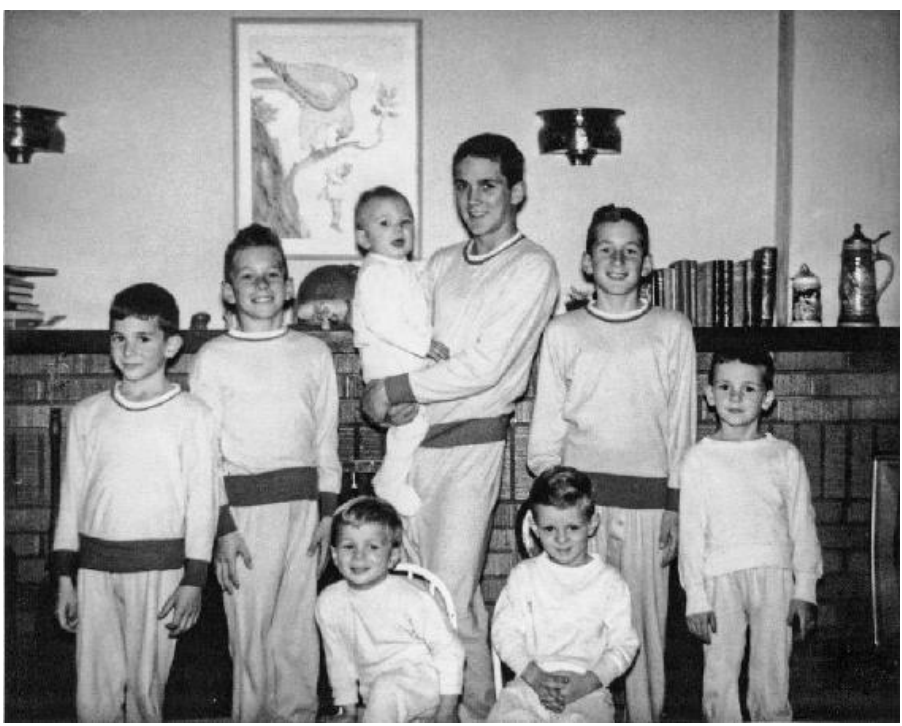
CAPÍTULO 5

Cuando los Galvin regresaron a Colorado Springs en 1958, después de cuatro años de destinos apartados, el pueblo polvoriento que habían dejado atrás ya se desvanecía y pasaba a la historia. La Academia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos había abierto sus puertas mientras ellos se encontraban fuera, y había miles de recién llegados –los cadetes, sus instructores y todo el personal necesario para dar soporte a una nueva institución militar de gran tamaño– que estaban modificando rápidamente el carácter de aquel paraje. En el lugar donde antes había un camino de tierra con un par de roderas y te encontrabas con una serie de vallas de alambrada de lado a lado cuya puerta tenías que abrir y cerrar tú mismo, ahora discurría el Academy Boulevard, pavimentado, que llegaba hasta una entrada protegida como si fuera el famoso *checkpoint* de control entre el Berlín occidental y el oriental. Dentro, la academia contaba con su propia oficina de correos, su economato y su central telefónica. Y los flamantes edificios de la propia academia en sí eran una obra maestra del modernismo: unos elegantes cubos de cristal diseñados por el estudio de arquitectos más grande de todo el país, Skidmore, Owings & Merrill, que surgían del barro del oeste americano y anunciaban el amanecer de una nueva era en Norteamérica.

Don tenía a su alcance formar parte de aquel futuro, justo como siempre había deseado. En su destino anterior, en el norte de California, había estudiado por las noches en Stanford para obtener una licenciatura en Ciencias Políticas. Ahora se hallaba de vuelta en Colorado para unirse al personal docente de la Academia como instructor e iniciar así una versión de aquella vida académica que él anhelaba.

Las Fuerzas Aéreas trasladaron a los Galvin a una de las viviendas militares unifamiliares de una planta que había dentro del laberinto de la zona residencial del nuevo campus. La suya estaba sobre una colina, con un poco de césped y la puerta principal orientada hacia el

sur. Don y Mimi colocaron cuatro literas en el sótano para los ocho niños. Aquello funcionó bien hasta que nació Matthew, el noveno, en el mes de diciembre. El mayor, Donald, tenía ya trece años y utilizaba los terrenos de la academia a modo de patio de recreo con sus hermanos, los de una edad más similar. Tenían todo aquello a su disposición: los centros de deporte y de juegos, al aire libre y bajo techo, las pistas de hielo, las piscinas, los gimnasios, las boleras e incluso el campo de golf. No había nadie que los retuviese. En una época de un febril cumplimiento de las normas de conducta, en la academia había también una cierta sensación de libertad: el espíritu de los pioneros del Oeste, quizá, o el optimismo de una nueva generación, recién llegada de la guerra, que estaba construyendo una institución que afrontaba el futuro con una serena confianza.



Don era igual que tantos otros profesores que había allí: héroes veteranos de la Segunda Guerra Mundial además de académicos, jóvenes con mucho desparpajo, erudición y una mentalidad más abierta que sus homólogos de West Point o de Annapolis, que creaban unos programas de estudio de filosofía y ética que habrían estado

fuera de lugar en una academia militar más antigua y acartonada. Con su plan de vida de nuevo encarrilado, Don se paseaba por los terrenos de la academia con una seguridad en sí mismo que resultaba contagiosa. Era el regreso de aquel Don desenvuelto y tranquilo de sus años de delegado escolar en el instituto…, y el mismo de sus años en la Marina, cuando jugaba al tenis con el capitán del USS Juneau.

Es cierto que, entre medias, habían transcurrido unos años en los que no podía decirse que le hubieran ido bien las cosas. En aquel período lejos de Colorado, Don había llegado a odiar sus obligaciones en Canadá hasta un punto que parecía desmesurado respecto de lo que podría justificar la situación. En calidad de oficial de información, manejaba documentos clasificados, y Mimi lo veía asustadísimo al hablar con ella sobre la laxitud que había allí; ver papeles por allí tirados parecía descolocar a Don de un modo en que Mimi no había visto nunca en él. Su estado emocional se volvió tan frágil como para verse obligado a estar de baja médica, primero en el hospital de la base aérea de Sampson, en Nueva York, y después durante un breve período en el Centro Médico Militar Nacional Walter Reed de la ciudad de Washington. Mimi pensaba que Don había sufrido un ataque de nervios no muy distinto del padecido por tantos otros veteranos de guerra, en particular aquellos que, como su marido, jamás comentaban ninguna de sus experiencias en combate. No obstante, su siguiente destino en California fue mejor: Stanford estaba cerca de su base, lo cual le permitía asistir a clase en la universidad, y ahora que había vuelto a Colorado, él –como tantos otros hombres de su generación– confiaba en que cuando uno hace lo que hay que hacer, y como hay que hacerlo, le suceden cosas buenas.

Un año antes de que se abriera la academia, Don Galvin ya había escrito al oficial al mando encargado de organizar la institución y las obras –el general Hubert Harmon– para proponerle que las Fuerzas Aéreas adoptaran el halcón como mascota igual que el Ejército de Tierra tenía a su mula y la Marina a su cabra. Él no había sido el único que se había puesto en contacto con ellos para sugerir una mascota –en los archivos de la academia había una carpeta llena de cartas de ciudadanos interesados en recomendar de todo, desde un perro (un

airedale terrier, por aquello del nombre de la raza) hasta un pavo real–, pero sí era el primero les sugería un halcón: una vez que las Fuerzas Aéreas aceptaron su idea, tanto él como Mimi no dejaban de señalar aquello como un logro duradero, su contribución a la historia militar estadounidense.

Los Galvin habían viajado con varios pájaros en sus mudanzas a Canadá y California, allá donde iban, con las jaulas metidas a presión en el maletero de su vehículo familiar, una Dodge Woody Station Wagon. Ahora que Don por fin formaba parte de la academia, se iba a encargar del programa de cetrería, y se entregó al trabajo como si de una vocación religiosa se tratara. Escribió a coleccionistas de todo el mundo con el objetivo de formar el criadero de aves de la academia y aceptó el obsequio de dos halcones procedente del rey Saúd de Arabia Saudí, se empleó a fondo para hacerse con varios halcones de Japón y escribió al estado de Maryland para solicitar un permiso para capturar halcones allí. Sus cadetes los hacían volar ante decenas de miles de personas en estadios por todo el país: desde la Universidad de Miami hasta el Coliseum de Los Ángeles (bajo la lluvia) y, entre medias, una aparición televisiva durante el partido universitario de fútbol americano de la Cotton Bowl, en Dallas. Don salió más de una vez con sus pájaros en las páginas de *The Denver Post* y del *Rocky Mountain News,* y tenía una columna prácticamente fija en la *Gazette* de Colorado Springs. Los pájaros regresaron también a casa, y toda la familia participó en el adiestramiento de Frederica, un azor que Don consiguió en un intercambio triple con unos coleccionistas de Alemania y de Arabia Saudí. Cuando no estaba arañando a los niños, Frederica se posaba en una percha en el jardín delantero, a la vista de todo el vecindario… y de un husky de Alaska. En una ocasión, el pájaro –que no estaba atado– se abalanzó sobre el perro. El husky huyó a la carrera con una uña enganchada en el pelaje.

Todo el mundo conocía a los Galvin, una familia tan numerosa, con aquel padre, el capitán que lo sabía todo sobre los halcones. El joven Donald se convirtió en una especie de perro de caza para su padre –su «muy capaz asistente», según decía Don en *Hawk Chalk,* el boletín informativo de la Asociación de Halconeros de Norteamérica, en cuya

fundación participó–, que iba corriendo por delante de Don y espantaba a los conejos antes de que su padre soltara a las aves. Cuando alguna de las rapaces no regresaba, Donald y algún otro de los hermanos mayores –John, Jim y Brian– se levantaban a las cinco de la mañana para ayudar a buscarlos, prestando el oído a los cascabeles que llevaban atados a las patas para situaciones como esas. A veces, desde su casita en lo alto de la colina, los hermanos pequeños podían ver con unos prismáticos a su padre y a sus hermanos mayores subiendo alguna montaña o descendiendo en rápel por algún cortado.

En casa, Don disfrutaba interpretando el papel del paterfamilias mientras Mimi se encargaba de gestionar los detalles. Una vez más, la cetrería le resultaba útil en ese sentido: no solo era una ocupación intelectual, sino que además le brindaba la oportunidad de excusarse de las actividades en las que prefería no participar. Hacía ya mucho tiempo que había adoptado la costumbre de referirse a sus hijos con un número («¡Número Seis, ven aquí!», le gritaba a Richard). Cuando comenzó a asistir a clases nocturnas en la Universidad de Colorado para doctorarse en Ciencias Políticas, tenía que renunciar a algo. En lugar de abandonar sus obligaciones como supervisor de cetrería de la academia, Don dejó la única actividad relacionada con sus hijos: entrenar a los equipos deportivos de los niños. Se había convertido, tal y como lo describía Mimi, en un «padre espectador».

Conforme iban creciendo los chicos, la vida de sus padres se volvía cada vez más ajetreada. Nunca sobraban el tiempo ni el dinero, pero era importante mantener la actitud correcta, y tanto él como Mimi continuaban convencidos de que la suya era una familia modélica en todos los aspectos. Todos los hijos de los Galvin hacían de monaguillos en misa, uno de ellos cada día de la semana. Su viejo amigo el padre Freudenstein continuaba participando en la vida de la familia, aunque ya no residía en Colorado Springs y se encargaba de tres parroquias distintas en el campo. Para Freudy, aquello no era precisamente un ascenso; la mayoría de los sacerdotes deseaban un traslado a una parroquia cada vez más grande, pero él continuaba siendo el consejero espiritual de Mimi, y se convirtió en el favorito de alguno de los hijos de los Galvin: famoso por decir misa en tiempo récord, con sus viejos trucos de magia y el tren eléctrico y la tragaperras que tenía en el sótano de su casa, al este de Denver, para enseñárselo a los niños. Fumador empedernido y bebedor impenitente, en una ocasión Freudy se vio privado del carnet de conducir, y el mayor de los hermanos, Donald –que ya iba al instituto–, se pasó una semana en el campo trabajando de chófer para el sacerdote y alojado con él.

En estos años, Don solo veía a los niños cuando lo ayudaban con los

halcones. Con él trabajando o fuera de casa la mayor parte del tiempo, era Mimi quien mantenía el hogar conforme a unas rutinas estrictas. Iba a la compra dos veces a la semana y se traía a casa veinte botellas de leche de dos litros, cinco cajas de cereales y cuatro barras de pan cada vez que iba. En más de una ocasión, tiraba sin más a la basura los juguetes que habían quedado desperdigados por toda la casa. Todas las mañanas pasaba revista a las camas de los niños con la costumbre militar de probar a ver si rebotaba en ellas una moneda de veinticinco centavos. Todas las noches preparaba cena para once: lechuga iceberg, pepino, zanahoria y tomate para la ensalada; filetes finos salteados con una pizca de sal y pimienta; una bolsa de patatas peladas con la que hacía puré. Cuando estaba en casa, Don preparaba cuatro o cinco tableros de ajedrez después de la cena, ponía en fila a varios de sus hijos y jugaba contra todos de manera simultánea. Las noches de los días laborables no eran para salir, sino para hacer los deberes del colegio y practicar al piano. Ya tarde, Mimi se dedicaba a lavar y doblar pañales.

En 1959, Don asistió a una fiesta del Mardi Gras en el Salón de Cristal del elegante hotel Broadmoor de Colorado Springs con un turbante en la cabeza y un azor de ala corta, vivo, posado en su mano izquierda. Le dijo a todo el mundo que iba vestido como un vidente o un místico de la Antigüedad, y así logró que su foto acabara en el periódico.

Mimi sonreía a su lado. Ella gozaba ya de su propia notoriedad, gracias a los niños. El *Rocky Mountain News* publicó su receta del cordero al curry, aderezado con cebolla, manzana y ajo, que servía con arroz hervido y judías verdes, lascas de almendra y corazones de alcachofa. El titular decía: «La mujer que sirve platos exóticos a su familia de nueve hijos».

Cuando no estaba lanzándose en paracaídas desde un C-47 con la agrupación juvenil de los Air Explorer Scouts, estudiando guitarra clásica, practicando judo, jugando al hockey o descendiendo en rápel paredes verticales con su padre, el primogénito de los Galvin, Donald, era una estrella del atletismo y del equipo de fútbol americano del Instituto de la Academia del Aire –seleccionado para el equipo estatal

en el puesto de *guard* ofensivo o de placador– con el número 77 en la camiseta. Ir a sus partidos era la gran salida familiar de la semana. En su último año de instituto, se hizo con el torneo estatal de lucha en su categoría por peso, su equipo de fútbol americano ganó el título del estado, y él salía con una animadora cuyo padre resultó ser el jefe de Don, el general al mando de la Academia de las Fuerzas Aéreas. En muchos sentidos, Donald era digno hijo de su padre –guapo, atlético, popular– y un modelo difícil de igualar para sus hermanos.

Sin embargo, en otros sentidos que Don y Mimi pasaron por alto o bien decidieron no ver, Donald no era precisamente lo que ellos daban por sentado. Su hijo era más callado de lo que fue su padre en el instituto, y, a pesar de todos sus logros en los campos de deporte, no era la típica persona a la que uno elige delegado de la clase. Sus notas se encontraban dentro de la media y terminaron sirviéndole para conseguir una plaza en la Universidad Estatal de Colorado, pero no en la más selectiva, la Universidad de Colorado. Y, aunque tenía el aspecto de su padre, el mismo encanto despreocupado, el hijo carecía del carisma para llegar a ser como Don. Desde su época de adolescente, era como si hubiese algo que impidiese a Donald conectar con el mundo de una manera convencional. Se le veía más cómodo escalando, descendiendo en rápel por paredes verticales y buscando aguileras en plena naturaleza, más a gusto consigo mismo. Aun así, cualquier sensación de dominio que Donald transmitiese en la naturaleza no tenía el mismo efecto entre la gente.

En casa, Donald ejercía una autoridad suprema sobre sus hermanos menores, en un primer momento como una especie de padre suplente y, después, como algo menos sano. Cuando sus padres no estaban, él se iba convirtiendo por turnos en un travieso, un abusón y en un instigador del caos. Comenzaba de un modo bastante inocente antes de alcanzar cotas que resultaban aterradoras para algunos de sus hermanos. Sus padres se marchaban de casa –Don al adiestramiento de los cadetes de cetrería, a alguna clase extraordinaria en alguna de las facultades locales o a estudiar para su doctorado; Mimi iba de voluntaria con la ópera–, y Donald, el mayor, tenía que hacer de niñera, algo que él no deseaba. Para entretenerse, hacía el ganso con

sus hermanos: «Abre la boca y cierra los ojos, que te voy a dar una sorpresa», y a continuación le llenaba la boca de nata montada.

Después, los juegos iban cambiando. Donald golpeaba a sus hermanos en el brazo donde más duele, en pleno músculo, y después se dedicaba a escenificar peleas. Michael contra Richard, Richard contra Joseph. Hacía que entre dos hermanos sujetaran a un tercero mientras él lo golpeaba, y después decía a los demás que se turnaran golpeando al hermano prisionero e indefenso. Para alguno de los menores, era imposible olvidar aquellas órdenes: «Si no le pegas, y si no le das fuerte, tú eres el siguiente».

Al principio, era como si todo aquello sucediera sin que Don y Mimi hiciesen mucho al respecto. No es que no llegara a sus oídos lo que hacía, sino que no se podían creer que Donald fuese capaz de hacer las cosas de las que lo acusaban sus hermanos. «Suplicaba a mis padres que no lo dejaran allí cuando yo estaba en casa», dice John, el tercero de los hermanos, cuatro años más pequeño que Donald. «Yo creo que Donald era el preferido de mi padre. Aceptaba su palabra antes que la de cualquier otro. Mientras tanto, yo me tenía que buscar un sitio donde esconderme». Según John, tampoco Mimi «sabía la mitad de las cosas que pasaban. Yo intentaba contarles lo de mi hermano mayor, y ellos hacían caso omiso». *Cuentista, no me cuentes cuentos, que la lengua se te caerá al momento…*

Es posible que en opinión de Don y de Mimi no tuviese mucho sentido implicarse demasiado en las quejas y las venganzas de unos hermanos adolescentes, tal vez. Las jerarquías eran algo inevitable en toda familia con muchos hijos. Donald tomaba el mando cuando no estaban sus padres, y Jim se hacía con el poder cuando no estaba Donald. «El hermano más mayor era el que controlaba la situación», recuerda Michael –el quinto hermano, que era ocho años más pequeño que Donald–, salvo en una ocasión en que él se dislocó el codo en una pelea con Richard, que era más joven y ascendió triunfal. Michael, por su parte, abofeteó una vez a Mark con tal fuerza que le dejó la mitad de la cara morada con un cardenal. El camino al colegio no era seguro. Si no formabas cada día una nueva alianza con varios de tus hermanos, estabas pidiendo a gritos que te sometiesen.

Don y Mimi pensaban a veces que era mejor dejar que los chicos solucionasen estos conflictos entre ellos. En caso de intervenir demasiado, podrían estar enviando un mensaje erróneo, y tal vez los chicos no aprendiesen jamás a llevarse bien los unos con los otros por sí solos. Además, aunque hubieran querido averiguar lo que estaba pasando en cada situación, les habría costado mucho descubrir quién era el culpable, ya que, por mucho que Donald se impusiera con puño de hierro a sus hermanos, Jim no dejaba de tratar de ocupar el lugar de Donald en lo alto de la pirámide.

Si Donald era el hijo modélico, Jim era más bien el incontrolable. Esto suponía adoptar el espíritu a lo James Dean o Marlon Brando de aquella época: la cazadora de cuero, el coche deportivo, la mirada desafiante. Primero había intentado parecerse más a Donald, pero se había quedado corto. Jugando de ala receptor o de *back* defensivo, Jim había sido lo bastante bueno como para conseguir en una ocasión interceptar un despeje y anotar un *touchdown* en la misma jugada, pero nunca fue capaz de superar los logros de Donald en el campo de fútbol…, ni tampoco en la cetrería, ya puestos. No tardó en no verle ninguna ventaja al hecho de seguir intentándolo. Jim no podía evitar percatarse de que las expectativas y las atenciones de sus padres nunca se centraban en él, sino que pasaban siempre de largo, hacia su hermano mayor, y eso lo enfurecía y lo avergonzaba. Como es natural, había una persona hacia la cual podía dirigir toda aquella ira. Así fue como, desde los años de su adolescencia en adelante, siempre parecía que Jim tenía alguna cuenta que saldar con Donald. «Era como una especie de pacto consigo mismo», dice Michael.

Era como si Jim y Donald no dejaran jamás de pelearse cuerpo a cuerpo: en el sótano, en las habitaciones, entre los arbustos del jardín. Jim era menos corpulento, así que, cuando su hermano mayor podía con él, se marchaba y se ponía a levantar pesas, o trataba de reclutar a algunos de sus hermanos pequeños para confabularse en contra de Donald. Aquello no le funcionó nunca. Los demás hermanos les tenían miedo a los dos. Una vez, Jim le cerró de golpe una contrapuerta en la cara a Brian y le produjo un corte en la boca. Las refriegas comenzaron a ir más allá de las noches en que Don y Mimi estaban

fuera y se extendieron primero a los momentos diurnos en que los padres no estaban, y después a todas las horas del santo día. Cuando las peleas empezaron a descontrolarse y a tomar el salón de la casa, Don y Mimi se dieron cuenta de que tenían que intervenir. Michael recordaba estar en tercer curso y ver a su padre, por lo general tan distante, persiguiendo a todo correr a un Donald adolescente y placarlo para evitar que hiciese daño a uno de sus hermanos menores. La hazaña dejó impresionado a Michael por aquel entonces, pero Don tenía que saber que solo era cuestión de tiempo. Donald era una estrella del fútbol americano. Todos los chicos estaban creciendo, y aquello únicamente avanzaba en una dirección.

Situaciones diferentes requieren de diferentes estilos de mando, así que Don comenzó a buscar el planteamiento adecuado, y al principio le pareció que todo era cuestión de dar con el tono correcto. El ambiente familiar rebosaba de vigor juvenil masculino, y una parte de su trabajo consistía en ayudar a todos y cada uno de sus hijos a encontrar su camino hacia la edad adulta. Sempiterno patriarca benevolente, Don trataba de convencer a los chicos para que leyesen libros con los que pudieran mejorar su personalidad, limar sus asperezas. *El poder del pensamiento positivo* era uno de ellos. Otro era *Psicocibernética,* el popular libro de autoayuda de los años sesenta de Maxwell Maltz que introdujo la idea de las visualizaciones creativas para una gran parte del público. Don pensaba que aquellos libros podrían ayudar a los chicos a superar sus conflictos. Los sentaba a todos en la larga mesa del comedor y les soltaba un sermón sobre la armonía. Cuando vio que aquello no funcionaba, Don decidió que al menos sí podría imponer orden, algo que le habían enseñado en el Ejército a base de bien. Así, se trajo a casa unos guantes de boxeo e implantó una nueva regla: no habría ninguna pelea sin ellos puestos.

Richard –el sexto hermano, nueve años más joven que Donald– recordaba el pavor que sentía al ponerse aquellos guantes de boxeo. «Todos los hermanos eran grandes atletas, ya te imaginas, en plena forma física», dice. «Así que, cuando empezaba una pelea, era una pelea de verdad».

El hogar de los Galvin se convirtió en un lugar donde coexistían dos

realidades: el foso de lucha libre y el coro de la iglesia; la agresividad de los chicos y la familia modélica que Don y Mimi creían que tenían. Siempre se podía restar importancia a alguna travesura, en especial en una base militar donde la competición, la fuerza y el poder prácticamente forman parte del aire que respiras.

No obstante, varios hermanos –John, Michael, Richard y Matt– se sentían cada vez más perdidos en la confusión, incluso abandonados, bastante desprotegidos, tratados como un número y no como una persona, educados para aceptar aquella protección ficticia como si fuera real.

En ocasiones, también resultaba difícil para otros cuadrar el rostro público de la familia con el privado. De visita en Queens para ver a sus primos, los chicos aprovechaban cada segundo que pasaban sin vigilancia para quebrantar todas las normas de la casa: subirse al tejado del garaje, disparar a las ventanas y a los pájaros con una escopeta de aire comprimido… Tenían entusiasmados y escandalizados a sus primos de la costa este. Unos meses después, recibirían tarjetas de Navidad de Don, Mimi y los niños: el retablo de una familia santa, todos perfectamente vestidos con sus pijamas alrededor del árbol. La desconexión les resultaba extraña, ya por entonces.

Por el momento, Don y Mimi se limitaron a considerar todo aquello como simples riñas. Eran chicos, y muchos, que vivían los unos encima de los otros. Sería poco realista pensar que no se iban a pelear nunca. Y el mayor de ellos, Donald, seguía siendo un orgullo para ellos: un adolescente pulcro cuya fotografía publicó en portada el periódico *The Denver Post* a media página, descendiendo en rápel de un nido de halcón en lo alto de Cathedral Rock. Exactamente igual que su padre.

Peter, el décimo hijo, nació el 15 de noviembre de 1960. Esta vez, Mimi tuvo una larga estancia en el hospital después del parto, con un prolapso severo y un trombo en la pierna izquierda. Ya no eran tantas las bromas con aquello de que Mimi se tendría que poner encima unos ajos cuando se fuera a la cama con tal de mantener a Don a raya por las noches. Su médico se puso muy serio y le dijo que sus tiempos de

traer hijos al mundo ya eran cosa del pasado. Quince años de embarazos y partos más o menos continuos eran más que suficiente para cualquiera, pero Mimi no parecía tener interés ninguno en hacer caso de lo que le decían, aunque se lo estuvieran suplicando.

«De verdad, querida, tendrías que darle un buen susto al pobre "mayor Galvin" en el hospital –le escribió a Mimi su abuelo paterno, Lindsey Blayney–. Pero, ahora en serio, estoy preocupado por ti».

Lo cierto es que pedir a Don y a Mimi que se plantaran en diez hijos era como pedirle a un maratoniano que se detuviera a un par de kilómetros de la meta. Les parecía absurdo plantarse, y no iban a hacerlo ahora que la situación de Don en la academia había mejorado y que ambos se sentían cómodos de vuelta en Colorado. Además, como si no fuera algo de sobra evidente para todo el mundo, todavía no tenían una niña.

En 1961, apenas unos meses después de haber dado a luz a Peter, Mimi se quedó embarazada por undécima vez. En Navidad, poco antes de que saliese de cuentas, los padres y los diez chicos posaron para una fotografía en la gran escalera del Arnold Hall, el lugar central de reunión en la academia. Los chicos iban idénticos, con trajes Eton de Lord & Taylor que había pagado Billy, la madre de Mimi. Cuando el abuelo Lindsey recibió una copia de la fotografía por correo, dijo que era «alarmante»: todos aquellos hijos y sin asomo de que la cosa fuera a acabar ahí. Se aventuró a decir que el siguiente parto de Mimi sería de gemelos, y que tendrían la docena clavada.

Se equivocó, pero Mimi si cambió el patrón el 25 de febrero de 1962, cuando dio a luz a Margaret Elizabeth Galvin. *The Greeley Daily Tribune* de Colorado se hizo eco de la noticia con un breve artículo: «¡Por fin, ha sido niña!». Don ya lo había predicho, pero eso no le impidió bromear con sus cadetes: «Maldita sea, se suponía que este iba a ser mi *quarterback*».

Mimi no se molestó en ocultar su alegría. «Es lo más precioso que ha llegado a nuestra familia –escribió en una carta–. Consigue que cada día sea el sueño de una madre». También encontró ocasión para presumir del resto de sus hijos. Sobre Donald, su madre escribió que «es maravilloso cómo toca la guitarra clásica y es un deportista

sobresaliente en el instituto. Sus notas son mejorables, pero, como dice su director, "ojalá todos los chicos fueran tan magníficos como Don"». Jim, decía Mimi, era «un buen chico en todo lo que hace, y es una gran ayuda para mí». John (el número tres), con «los rizos castaños y los ojos azules centelleantes», tocaba el clarinete y el piano con dedicación y, además, tenía una ruta de reparto de periódicos con sesenta y cinco paradas. Brian (el número cuatro) era «de momento nuestro prodigio más deslumbrante», que lograba que la obertura trágica de Chopin sonara «de lo más trágico» y que el cancán de la *Gaîté Parisienne* de Offenbach sonara «de lo más alegre». Michael (el número cinco), que tocaba la trompa de pistones y le gustaba leer, era «el miembro delicado de la familia». Richard (el número seis) era un «matemático» que también deseaba recibir clases particulares de piano, «pero, con los otros dos que ya las están recibiendo, él tendrá que esperar una temporada». Joe (el número siete) estaba en el jardín de infancia, aprendiendo los números, las letras del abecedario y la fonética. Y Mark, Matthew y Peter (los números ocho, nueve y diez) «son mi constante compañía en casa. Como si fueran oseznos, siempre andan metidos en una cosa o en otra. Un día me encontré con que habían aspirado los desperdicios de los platos en el fregadero, ¡con una Electrolux nueva!».

Por muchas horas extraordinarias que hiciese Don dando clase de Ciencias Políticas en las facultades locales, iban a andar más justos de dinero que nunca. El atuendo del colegio privado religioso –dos pares de zapatos, dos camisas y unos pantalones– costaba alrededor del centenar de dólares por niño. Entre las tomas de pecho de la pequeña y las comidas y meriendas de los demás, Mimi exprimía al máximo su máquina de coser Bernina y confeccionaba ella misma toda la ropa. Aun así, ella decía que el horizonte de su vida se volvió de color de rosa el día que nació Margaret. Como por arte de magia, el universo por fin se había puesto de acuerdo con ella y le había dado lo que más deseaba. También dijo que quería tener otro hijo –el duodécimo–, lo cual dejó encantado a Don y espantado al tocólogo.

Cuando nació Mary, su duodécimo y último vástago, el 5 de octubre de 1965, Mimi tenía cuarenta años. Su médico le había dicho de

manera rotunda que él se negaba a tratarla si volvía a quedarse embarazada. Le insistió en que se sometiera a una histerectomía, y Mimi accedió a regañadientes. Don y ella pensaron entonces que ya llegarían los nietos, antes o después, a los que habría que cuidar.

A finales de noviembre, Mimi se encontraba de nuevo en pie para anunciar en la *Gazette* de Colorado Springs que ya estaban asignados los papeles para la próxima producción de la Asociación de la Ópera de la localidad, la obra de Verdi *Un baile de máscaras.* Ese mismo año, la sección local del Knute Rockne Club of America de Notre Dame otorgó a Don Galvin su título de padre del año. Mimi tuvo que reírse: «Yo he traído al mundo a todos los críos –dijo en esa mezcla de dulzura y de lengua afilada que había perfeccionado ya tiempo atrás–. Él se ha llevado todos los títulos y los aplausos».

Una noche, cuando tenía unos diecisiete años, Donald se hallaba de pie ante el fregadero de la cocina en el momento en que estrelló diez platos y los hizo añicos, así, de repente.

Su padre lo pasó por alto. También su madre. Donald era un adolescente, taciturno. Eran los años sesenta. A otros chicos les iba mucho peor.

No obstante, el chico sabía que algo iba mal. Lo sabía desde hacía tiempo.

Sabía que él no era como su padre y que nunca lo sería, por mucho que tuviese una línea similar en el nacimiento del pelo y la mandíbula contundente. Sacaba unas notas mediocres, no las propias del hijo de un hombre cuyos niños lo consideraban el hombre más listo del mundo. Las peleas con sus hermanos menores no eran sino el torpe intento de controlar a los más pequeños tal y como debería hacerlo un padre. También había fracasado en eso.

Sabía que ser una estrella en el terreno de juego y mantener una amistad con otra persona eran cosas muy distintas. En ocasiones, diría más adelante, pensaba en los demás como en una especie de tarjetas de IBM que él iba pasando por su propia computadora y revisando en busca de información que le pudiera ser útil. Sabía que eso lo convertía en alguien inusual.

Donald reconoció lo atrapado que se sentía con frecuencia,

frustrado por no poder ser la persona que él quería ser; sin embargo, en otros instantes, cada vez más habituales, parecía completamente perdido, como si desconociese sus propias motivaciones y sus propios actos.

Algo estaba sucediendo, y él no era capaz de entender qué. Más que cualquier otra cosa, Donald estaba asustado.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 6

En otoño de 1963, los Galvin se mudaron de su vivienda en los terrenos de la academia y se fueron a vivir a una casa de dos alturas recién construida en Woodmen Valley, una zona de vaquerías muy poblada de pinos apenas a unos kilómetros del centro de Colorado Springs. Don había pagado unos miles de dólares por una parcela de algo más de una hectárea en la punta oeste de Hidden Valley Road, una pista de tierra de seis kilómetros y medio que terminaba en un extremo pedregoso y sin salida. La suya fue la primera de una serie de viviendas en las afueras destinadas a acoger a las familias de la academia que quisieran disponer de algo más de espacio. Antes de que comenzaran las obras, Mimi ató cuerdas alrededor de todos los árboles y arbustos de la finca para que los obreros no los talasen.[59]

Para muchos de sus amigos de la academia, Woodmen Valley era un lugar perdido en medio del campo, en la nada, pero Mimi, cuyos sentimientos acerca de vivir en la naturaleza se habían revertido por completo desde la primera vez que puso un pie en Colorado doce años atrás, adoraba la belleza tan natural e intacta que tenía todo aquello. Gran parte de Colorado Springs se había construido y pavimentado para el Ejército, y no solo por la Academia de las Fuerzas Aéreas, sino por el aeródromo de Peterson, Fort Carson y, de manera más reciente, el NORAD, el cuartel general de coordinación de la defensa nuclear en las entrañas del búnker de Cheyenne Mountain, entre Colorado Springs y la localidad de Pueblo. Woodmen Valley se encontraba apenas a quince minutos en coche desde el centro de Colorado Springs, y, aun así, Mimi se sentía allí tan lejos de la era nuclear como cabía estar: una vida más intemporal, más natural, más auténtica.

A un breve paseo de su nueva casa se alzaba un convento que antaño fue un hospital de tuberculosos: el Modern Woodmen of America Sanatorium, que había servido para dar nombre al valle a su alrededor, Woodmen Valley. La geología de aquel valle tenía un aspecto algo menos rojizo y más blanquecino que la del resto de

Colorado Springs por las gravas de cuarzo y feldespato resultado de la erosión de las montañas que se formaron allí millones de años atrás. Más allá de los pinares había tal cantidad de formaciones de roca enormes como para que se convirtiera en tiempos pasados en una atracción turística conocida como Monument Park. Los chicos podían pasarse el día explorando aquellas rocas, que eran tan famosas como para tener su propio nombre: Dog Rock, Grandma Grundy, Anvil Rock, las Dutch Wedding Rocks…, pero la magia de Hidden Valley Road consistía en que tenía los suficientes árboles y colinas concatenadas como para que pareciese un bosque apartado de semejante avalancha de piedras. Los ciervos se paseaban por delante de la puerta del patio a la hora del desayuno, y las charas azules chillaban desde la ramas de los pinos, allá en lo alto.

La casa propiamente dicha era como una caja achaparrada al estilo de comienzos de los sesenta, más alargada que alta, recubierta de una mezcla de piedra y de los materiales de revestimiento habituales. En el interior, un salón enmoquetado comunicaba con la cocina y con un comedor del tamaño justo para que cupiese una mesa gigantesca –hecha por un amigo de la familia– con capacidad para sentar a seis personas en cada lado y a otras dos en cada extremo en caso de necesidad. Desde el vestíbulo principal, medio tramo de escalera ascendía a los dormitorios y otro medio descendía a un nivel inferior que, por necesidad, los Galvin utilizaban también como espacio para dormir. Margaret, la undécima de los hijos de Don y Mimi, ya tenía dieciocho meses, y compartiría habitación con Peter, en el piso de arriba, cerca de sus padres, con una moqueta en color verde lima y un pino enorme frente a la ventana. Mark y Joe compartían habitación en ese mismo piso. Peter y Matt compartían una habitación con camas gemelas en la planta baja. Los chicos más mayores que aún quedaban en casa estaban en el piso inferior y dormían en sofás rinconeros que se abrían y se convertían en camas por la noche.

Para Mimi, todo en la casa de Hidden Valley Road venía marcado por la expresión «lo justo»: el salón era lo justo para los combates de lucha libre, la cocina era lo justo como para pasarte todo el día cocinando para la familia, el espacio exterior era lo justo como para

salir a respirar cuando te hacía falta, lo justo para jugar al fútbol, montar en bici o hacer volar a los halcones. Mimi y los hijos mayores dieron tres manos de pintura a todas las paredes, y ella misma comenzó a trabajar en un jardín rocoso en la parte de atrás, cerca del lugar donde hacía guardia Frederica, el azor. Don construyó una muda grande con una estructura en forma de A en lo alto de un promontorio en el jardín trasero que dio cobijo a más rapaces, incluidas Hansel y Gretel, dos halcones que la familia se llevaba a volar a las grandes extensiones de llanura verde de la cercana vaquería de la familia Carlson. Sus pájaros más preciados –Frederica y su sucesor, Atholl– también tenían permiso para posarse en la mesita de café del salón. Por primera vez, quizá, los Galvin tenían un hogar.

Mimi con sus doce hijos (tiene a Mary en sus brazos) delante de la fachada principal de la casa en Hidden Valley Road. La fotografía es de Don.

El primer año de Donald en la Universidad Estatal de Colorado coincidió con la mudanza a Hidden Valley Road. Ninguno de sus temores era evidente, no para su familia. Les dijo que quería ser médico, y vio lo orgullosos que se sintieron al oír aquello. Su tarea, después de salir de su casa, era mantener aquel barniz. En Hidden Valley Road, Jim ocupó el vacío de poder entre los hermanos.

Mucho tiempo después de haber dejado de competir en el terreno de su hermano mayor, Jim se propuso dominar en las áreas en las que Donald parecía más débil. Si Donald venció en la infancia –el primer asalto–, Jim ganaría el siguiente, la vida real. Jim trató de asumir el papel del hermano mayor guay para los pequeños: el hermano de la cazadora de motero, el que conducía un Chevy negro del 57, el que más probabilidades tenía de ofrecerte a escondidas un poco de Bacardí para la Coca-Cola. Los más pequeños de los hermanos Galvin lo agradecían a veces, pero se mostraban principalmente cautelosos, en particular después de que Jim comenzara a insinuarse a cualquier chica que ellos trajeran a casa. A Jim le gustaba ganarse la fama de provocativo, y si sonaba amenazador, mejor aún. Creía gozar de una cierta confianza o desparpajo del que carecían sus hermanos. «A los dieciséis, ya sabíamos que había algún problema con Jim», dice Richard, siete años más pequeño que él, «pero tampoco le dábamos importancia, cosas de adolescentes: salir a beber, las juergas, algo de delincuencia, saltarse las clases».

Liberado al fin del fardo de las exigencias de perfección de la familia Galvin, Jim bebía más que Donald, salía más y se metía en más líos, todo ello culminado con una trastada con la que logró que lo expulsaran del Instituto de la Academia del Aire mediado su último año, el mismo año en que la familia se mudó a Hidden Valley Road. Estaba con un amigo, haciendo el ganso con un avión en el centro de reactores de la academia. Jim se había metido en la cabina del avión, y su amigo estaba fuera, justo al lado, cuando Jim tocó un botón que hizo que el avión apenas se moviese, pero bastó para enviar al otro chico volando de espaldas y estamparlo contra la cola del aparato. Dos o tres centímetros hacia un lado u otro, y aquel chaval podría haber fallecido. Jim se vio obligado a trasladarse al colegio católico local, el St. Mary's. Esto habría sido un trauma de haberle sucedido a Donald, pero no tanto al tratarse de Jim. El consuelo de ser un desastre es la ventaja de unas bajas expectativas. Jim ya no podía sino mejorar.

La expulsión tampoco humilló a los Galvin como podría haber humillado a otra familia orgullosa y esforzada. Mimi ya sabía cómo encajar las peores noticias y apartarlas, pasar página como si algo

semejante no tuviese apenas importancia, para empezar. Había visto cómo lo hacía su propia madre, cuando su padre abandonó la familia envuelto en un escándalo. Don también sabía cómo borrar los aspectos más oscuros de su vida; había enterrado varios temas de los que no hablaba: los horrores que vio con sus propios ojos durante la guerra, su incapacidad para ascender en la Marina, su preocupante hospitalización cuando estaba destinado en Canadá. Así, ahora que habían cogido el ritmo en Colorado, no iban a permitir que nadie los encasillara por un estúpido error del tozudo de su hijo. A Don y a Mimi les resultó bien sencillo decidir que el problema de Jim –tal y como ellos lo veían– ya estaba en vías de resolución. Estaba terminando el instituto, y no tardaría en emprender su propio camino. Quizá se matriculara un año en la escuela técnica para limpiar su expediente académico de cara a estudiar una carrera de cuatro años. Ahora bien, como Don siempre le decía a Mimi, Jim tendría que madurar más tarde o más temprano. Todos los chicos lo harían.

Para Mimi, la llegada a Hidden Valley Road señalaba el comienzo de la tan esperada vida idílica al estilo de la familia Von Trapp. Con Donald, que ya no vivía en casa, y Jim a punto de marcharse, la madre tenía la sensación de que aquella vida perfecta estaba ya prácticamente al alcance de la mano de todos. ¿Y si lo que necesitaban desde el principio –Donald, Jim, todos ellos– fuese un poco más de espacio para abrir bien las alas? Ella quería una casa llena de música, y a tales efectos reclutó a los chicos para que la ayudasen. Los chicos aprendieron a tocar con un piano de media cola de ochocientos cincuenta dólares que Don y Mimi encontraron en la sección de oportunidades de un comercio del centro. John, Brian y Matt –y, con el tiempo, también el pequeño Peter– tocaban la flauta. Los fines de semana, Mimi ponía una sinfonía en el tocadiscos, les contaba la historia que había detrás de ella y les explicaba la música con enciclopédico detalle. Los chicos se hicieron con una grabadora de cintas magnetofónicas y comenzaron a grabarle a su madre la emisión del sábado por la mañana del Metropolitan Opera, y Mimi la reproducía durante toda la semana y la iba alternando con baladas y canciones folk de Burl Ives y John Jacob Niles que iba canturreando.

En el barrio, los chicos de los Galvin jugaban a «patada al bote», a «capturar la bandera», al «kickball» y a «Simón dice» con los hijos de los vecinos: los Skarke, los Hollister, los Turley, los Warrington, los Wood y los Olson. Mimi recorría los campos y bosques de Woodmen Valley con los niños y les enseñaba a identificar animales salvajes, como el lince rojo que vivía en la pequeña caverna oscura que había en aquellas paredes blancas de roca camino abajo.

Conforme avanzaban los años sesenta, los hábitos y motivaciones de la generación más joven de los Galvin se volvían más misteriosos y aterradores para los padres de sus amigos, pero no para Don y Mimi. Los Galvin continuaban siendo unos buenos católicos liberales de los tiempos de la «Nueva Frontera» de Kennedy: socialmente permisivos pero disciplinados en casa, tolerantes de corazón aunque de conducta estricta. Rezaron por el presidente que acababa de morir, apenas unas semanas antes de su mudanza a Hidden Valley Road, y rezaron por el presidente que ocupó su lugar. Y, a medida que iba escalando el conflicto en Vietnam, Don –coronel de las Fuerzas Aéreas– se mordía la lengua y se callaba sus opiniones. No sería hasta más tarde cuando les dijo a sus hijos que los desgraciados a los que habían enviado a combatir al sudeste asiático eran poco más que –en sus propias palabras– unos «asesinos de uniforme». La mayoría de sus hijos iban a fiestas, escuchaban música rock y se acostaban tarde. Mientras fueran a misa los domingos vestidos como Dios manda, todo iba bien.
Los Galvin habían hecho todo lo que había que hacer, y como había que hacerlo, así que ahora les llegarían las cosas buenas tal y como Don siempre había confiado en que sucedería.

Justo antes de mudarse, Don, que ya se acercaba al hito de los veinte años de carrera militar, fue trasladado a un nuevo puesto en el NORAD con el cargo de oficial de información. Era otro trabajo en el que debía pasar información a los generales, igual que había hecho años antes, pero el puesto tenía ahora una faceta de relaciones públicas, y lo enviaban a dar charlas a clubs y organizaciones por todo el país hablando sobre el centro de control de la defensa donde se coordinaba el primer sistema de alerta temprana de misiles balísticos de todo el continente además del despliegue –si se llegaba o cuando se

llegara a esa situación– de las armas nucleares localizadas en ochocientas instalaciones militares distintas en los Estados Unidos y Canadá. En casa, los chicos de los Galvin, que con sus compañeros de clase formaban parte de la primera generación que crecía con las perspectivas de una posible aniquilación nuclear, se emocionaban escuchando a su padre a hurtadillas después de la cena, cuando facilitaba a los generales los informes de final de la jornada desde el teléfono de la cocina. En el cuartel general, Don se encargaba de enseñar las instalaciones a los periodistas y los cargos públicos que venían de visita y, a menudo, se esforzaba por mencionar a su patulea de hijos y a sus amados halcones de la academia. El coronel Galvin «estaba al parecer prendado de los pájaros», escribió un columnista del *Daily Star* de Hammond, en el estado de Luisiana. «No cesaba de comentar a nuestro grupo que adiestra halcones (para cazar) y que tuvo un papel decisivo a la hora de conseguir que los equipos de deportes de la academia recibieran el nombre de "Falcons"».

La mejor de todas aquellas cosas buenas sucedió en 1966, cuando Don se retiró de las Fuerzas Aéreas y comenzó una nueva carrera a cargo de las subvenciones y supervisando programas de ayuda a los estados con fondos del Gobierno federal, primero como vicepresidente del Consejo Estatal de Colorado sobre las Artes y las Humanidades y después como el primer director ejecutivo a tiempo completo de la Federación de los Estados de las Rocosas. Esta nueva organización contaba con siete estados del oeste americano como miembros, desde Montana hasta Nuevo México. Arizona no tardó mucho en convertirse en el octavo. La Federación era un grupo cuasi gubernamental que se había formado para ayudar a la región a atraer actividad industrial, financiera y artística y grandes proyectos de infraestructura y transporte. Los gobernadores de cada uno de los estados miembro se turnaban liderando el grupo, pero en el día a día, el hombre que cargaba con la verdadera responsabilidad era Don Galvin. Estaba sacando buen partido tanto de su título de Ciencias Políticas como de su experiencia militar en un cargo con el perfil de una especie de diplomático en política interior, un nexo entre el Gobierno, el sector privado y el universo de las organizaciones sin ánimo de lucro. Entre

los que aún vivían en casa, Don tenía asombrados a los más mayores. «Mi padre le decía a los gobernadores lo que tenían que hacer», cuenta Richard, el sexto hijo, que tenía doce años en la época en que su padre comenzó en aquel trabajo. «Ya sabíamos que tenía la presencia necesaria, pero vaya, cuando oías su voz, cómo resonaba».

Con esta nueva carrera profesional, los horizontes de Don –y, por extensión, los de Mimi– no cesaban de ampliarse. Lo que antes era una vida tranquila en Colorado, rodeados de halcones, se convertía ahora en un peldaño en el camino de la escena internacional. En Washington, Don hacía campaña en los pasillos a favor de una nueva línea de ferrocarril entre Albuquerque (Nuevo México) y Cheyenne (Wyoming); también trataba de conseguir la construcción de un conducto que trajese agua al sur desde Canadá o desde Alaska, o la primera emisora pública de televisión de la zona oeste de los Estados Unidos. La Federación recaudaba fondos de capital riesgo para proyectos industriales experimentales, trabajaba para encontrar nuevos recursos minerales e hídricos, formó un consejo científico consultivo para el desarrollo tecnológico y promovió el turismo con exposiciones itinerantes de arte además de dar respaldo a las orquestas sinfónicas de Denver, Phoenix y Utah y al Utah Civic Ballet, que el propio Don rebautizó como el Ballet West. En realidad, el nombre nuevo había sido idea de Mimi: «Utah Civic suena a mormón lo mires por donde lo mires», decía en un gesto con los ojos en blanco. Pero ahí tenías a Howard Hughes, que acababa de bautizar como Air West a su nueva línea aérea; si seguían su ejemplo –sugirió Mimi–, tal vez Hughes hiciese una donación algún día, ¿no?

Con el dinero del organismo de Fomento Nacional de las Artes, Don comenzó a ofrecer invitaciones a los bailarines, coreógrafos y directores más prestigiosos y consumados de la costa este del país para que diesen clases magistrales. A finales de la década de los sesenta, Don, Mimi y todos aquellos de sus hijos que no tenían edad suficiente para quedarse solos en casa viajaban a Aspen y a Santa Fe para asistir a conciertos, recaudaciones de fondos, conferencias y galas. De aquel modo, con la Federación, los antiguos sueños de Mimi de gozar de una vida de arte, cultura y rodeada de lo mejor se estaban haciendo

realidad: primero la casa de sus sueños, después su vida soñada.

En Santa Fe, los Galvin eran habituales de fiestas cuyas listas de invitados incluían a Georgia O'Keeffe –con su habitual atuendo de sombrero negro y larga falda negra, el pelo recogido en una larga trenza que caía por el centro de la espalda– y Henriette Wyeth, la hermana de Andrew, que exigió pintar a Margaret y Mary, las hijas pequeñas de Don y Mimi, con aquellos vestidos de organza tan livianos con los que parecían recién salidas de un doble retrato de Gainsborough. Para Mimi, había pocas cosas comparables con la emoción de visitar el rancho de Henriette Wyeth en Roswell, en Nuevo México, y verse en aquel granero donde pintaban ella y su marido, el artista Peter Hurd, y que este se llevara a las niñas de excursión a ver los naranjos y aquella artemisa que hacía estornudar a la pequeña Margaret. O tomar el desayuno con el legendario director Maurice Abravanel y la coreógrafa Agnes de Mille (quien, como Georgia O'Keeffe, mostraba un extraordinario desinterés en las pequeñas Margaret y Mary). O ver a Don tratando de convencer a David Rockefeller a base de labia para que financiase el nuevo proyecto de la televisión pública de la Federación.

También trabaron nuevas amistades, como el prospector de petróleo Samuel Gary, cuyo descubrimiento en 1967 en el campo petrolífero de Bell Creek, en el estado de Montana, rindió aproximadamente unos doscientos cuarenta millones de barriles, el mayor hallazgo al oeste del Misisipi en aquella época. Sam contaba con que Don Galvin y la Federación le prestaran ayuda para remodelar Bell Creek y convertirlo en una ciudad capaz de recibir a cientos de nuevos trabajadores del petróleo. Si la calle principal de Bell Creek necesitaba un semáforo nuevo, Don Galvin estaba a un golpe de teléfono. En la época de finales de la década de los sesenta, los Galvin –acompañados de Margaret y Mary– visitaban a los Gary en su casa de la refinada zona de Cherry Hills de Denver. Sam y su mujer, Nancy, tenían ocho hijos, y algunas de las niñas eran más o menos de la misma edad que Margaret y Mary. Los niños jugaban juntos mientras los adultos jugaban al tenis o charlaban de política. A los Gary les encantaba ver a Don con sus halcones: al cabeza de familia de los Galvin le precedía

su fama como el hombre de las rapaces de la Academia de las Fuerzas Aéreas. En una ocasión, en Colorado Springs, Don y Mimi tiraron del joven Donald para que enseñara a Sam, a Nancy y a algunos de sus hijos a descender en rápel por una pared vertical en Cathedral Rock. En otra, cuando los Gary se llevaron a Don y a Mimi a Cedar Springs (Idaho) a ver *El lago de los cisnes* –en su avión privado, minúsculo y despresurizado–, Mimi se mareó durante el vuelo y se desmayó.

En Colorado Springs, Mimi y Don se convirtieron en invitados habituales en cenas donde Don pontificaba con autoridad sobre política, industria y arte. Todas las miradas estaban sobre su talentoso marido, y, en esas noches, Mimi se sentía como si lo tuviera todo. Don era guapo, inteligente y le iba un poco el galanteo. Las amigas de ella lo llamaban Romeo.

Nada es gratis en la vida, y Mimi no tardó mucho en descubrir cuál era el precio. Más que su marido, ella se daba cuenta de que estaba con la nariz pegada al escaparate de aquel mundo, viéndolo desde fuera. No tenía ninguna formación universitaria, y ni ella ni Don tenían dinero. La historia de su familia, el abuelo Kenyon y sus diques importaban muy poco entre los millonarios del nuevo oeste. En el mejor de los casos, ellos eran el servicio. Incluso en el más benigno de los sentidos, Sam y Nancy, sus nuevos amigos multimillonarios, eran el recordatorio andante de que ese universo por el que transitaban –el de la Federación, los gobernadores, los prospectores petrolíferos, los artistas y bailarines de fama mundial y los célebres directores de orquesta– no era ni mucho menos el suyo.

Y, por supuesto, aquel universo tampoco era tan perfecto como Mimi había deseado. Ella no se lo habría reconocido a sí misma en aquellos tiempos, y mucho menos se lo habría contado a nadie, pero si acaso necesitaba alguna clase de recordatorio, le bastaba con esperar a que sus dos hijos mayores vinieran a casa de visita. Donald y Jim continuaban peleándose, entre ellos y con sus hermanos menores. Cada visita a Hidden Valley Road –Navidad, Semana Santa, Acción de Gracias, otra vez Navidad– terminaba siempre en magulladuras. Richard recuerda una ocasión en que Donald bajó corriendo por el camino detrás de Jim, lo alcanzó, le soltó un gancho y lo tiró al suelo.

Jamás había visto a nadie pegar tan fuerte a alguien, en su vida.

Mimi se sorprendió al sentirse aliviada por que sus dos hijos mayores viviesen fuera de casa. A pesar de esa fachada de adultos capaces de tomar sus propias decisiones que ambos tenían –al menos en teoría–, aquella mentira se venía abajo cada vez que Donald y Jim aparecían por Hidden Valley Road; pero Mimi también era consciente de que la menor muestra de reconocimiento de que algo no iba bien en su familia suponía el riesgo de que marcara todos los demás aspectos de su vida: las nuevas perspectivas profesionales de Don, la imagen social de los demás hijos, la reputación de toda la familia.

Por eso mismo, Mimi solía estar de acuerdo –casi siempre– cuando su marido decía lo mismo que en otras ocasiones cada vez que pasaba algo con los chicos: que no había que mimarlos, que debían abandonar el nido, cometer sus propios errores y aprender de ellos, responsabilizarse de sus actos, madurar.

Mimi pensaba entonces en lo perfecta que era su vida más allá de eso, en lo frágil que le había parecido siempre la felicidad de su marido y en cómo, a veces, parecía como si el más leve movimiento en cualquier dirección pudiera provocar que todo se viniese abajo.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 7

Donald Galvin acababa de empezar su segundo año de estudios en la Universidad Estatal de Colorado, en Fort Collins, cuando hizo su primera visita al centro de salud del campus, el 11 de septiembre de 1964. Fue a que le curasen una pequeña herida en el pulgar de la mano izquierda, la marca de la mordedura de un gato. No dio ninguna explicación al respecto de lo sucedido, la razón por la que el gato había sentido la necesidad de morderle en lugar de arañarle sin más.

La primavera siguiente, Donald regresó al centro de salud. Esta vez, el problema era más personal, pero tan peculiar como el anterior. Dijo haberse enterado de que su compañero de habitación había cogido la sífilis, y que temía que se la pudiera contagiar a él por accidente. Hubo que sacarlo del error de que aquella enfermedad podía contraerse de algún modo que no fuera manteniendo relaciones sexuales. A Donald, el mismo que había dicho a sus padres que le gustaría estudiar Medicina algún día.

Unas pocas semanas después, en abril de 1965, Donald visitó el centro de salud por tercera vez. Dijo que estaba en casa de sus padres, en Hidden Valley Road, cuando uno de sus hermanos –no dijo cuál de ellos– saltó sobre él y le atacó por detrás. Pasó la noche en la enfermería con el diagnóstico de una dolencia muscular en la espalda.

Entonces se produjo el incidente del fuego.

Una noche, en el otoño de 1965, Donald entró tambaleándose por las puertas del centro de salud con quemaduras en el cuerpo. Dijo que se le había prendido fuego el jersey durante una quedada de alumnos antes de un evento deportivo. Tras un cierto tira y afloja, resultó que Donald había saltado directamente a la hoguera. Tal vez lo hiciese para llamar la atención, para impresionar a algún amigo o como grito de socorro. Él era incapaz de decirlo.

La universidad apartó a Donald de sus clases y lo envió a someterse a una evaluación psiquiátrica. El mayor Reed Larsen, psicólogo clínico del hospital de las Fuerzas Aéreas, vio a Donald cuatro veces a lo largo

de los dos meses siguientes. Era la primera vez que un profesional de la salud mental examinaba a Donald y la primera vez que sus padres se veían obligados a afrontar la posibilidad de que no todo fuera bien con su primogénito. No obstante, cualquier temor que Don y Mimi tuviesen al respecto de Donald se disipó cuando el mayor Larsen redactó su informe: «No hemos hallado pruebas de ningún trastorno serio del conocimiento ni síntomas derivados de un proceso psicótico», escribió el 5 de enero de 1966.

Don y Mimi se sintieron más tranquilos, aunque el aval que recibía su hijo distara mucho de ser rotundo. Para empezar, el mayor indicaba que una de las sesiones de Donald se había llevado a cabo con la ayuda del amital sódico, una variante del suero de la verdad. Las entrevistas bajo los efectos del amital no eran algo desconocido en el entorno de la psicoterapia, pero solían reservarse para los pacientes que tenían dificultades para comunicarse y, tal vez, para los que presentaban síntomas de la variedad catatónica de la esquizofrenia. Aun así, el mayor recomendaba que se permitiese a Donald regresar a la facultad siempre y cuando continuara recibiendo ayuda psiquiátrica. «Sí hemos descubierto una serie de conflictos emocionales que, tengo yo la sensación, son lo suficientemente perturbadores para el señor Galvin como para explicar su conducta errática en la universidad», escribió. También decía que aquel tratamiento lo podía pagar el nuevo programa público de salud del Ejército para los familiares de los militares.

¿Qué era lo que preocupaba tanto a Donald como para abalanzarse corriendo a una hoguera? Antes de que nadie consiguiera hallar una respuesta, Donald se lanzó de nuevo a la vida universitaria del campus a comienzos de 1966, decidido a recuperar el tiempo perdido. Ahora, Donald tenía unas ganas desesperadas de conectar con la gente, en especial con las mujeres, al tiempo que daba muestras de su inocencia a la hora de cómo buscarse novia. Aquella distancia que había sentido respecto de los demás parecía más pronunciada aún, pero seguía siendo guapo y estando en plena forma, y esperaba mantener aún intactas todas sus posibilidades de llegar a ser el hombre que sus padres pensaban que podía ser.

Comenzó a salir con una chica, una compañera de clase llamada Marilee. En cuestión de unos pocos meses, ya estaban incluso hablando de matrimonio. Aquello parecía ir muy rápido, aunque no tanto si uno está –como Donald– deseoso de llevar una vida normal, mantener relaciones sexuales sin que se considere un pecado, tener una familia como la de sus padres, estar bien. No obstante, los Galvin nunca tuvieron la oportunidad de llegar a conocer a Marilee. Cuando la pareja rompió, Donald se quedó destrozado y se reservó la noticia para sí mientras se afanaba por arreglar las cosas. Acumuló entonces una deuda de ciento cincuenta dólares al teléfono con Marilee, en llamadas de larga distancia. No pudo pagar el alquiler, pero tampoco estaba en condiciones de reconocer aquello ante sus padres, no podría soportarlo. La solución de Donald fue buscar un sitio donde pudiese vivir gratis, un lugar donde esconderse mientras averiguaba qué iba a hacer a continuación.

En otoño de 1966, Donald encontró una vieja despensa abandonada cerca del campus, una habitación donde guardaban fruta, con electricidad y una estufa vieja, pero sin agua. Dormía allí solo en un colchón, sin saber muy bien cómo se las iba a apañar para salir de aquel agujero que había cavado él solito. Pasaron los días, las semanas y los meses hasta que, el 17 de noviembre, Donald regresó al centro de salud diciendo que, una vez más, le había mordido un gato.

Cuando los médicos se enteraron de que se trataba de la segunda mordedura de gato en dos años, ese mismo día lo enviaron a pasar una revisión exhaustiva con un psiquiatra, y allí, por fin, se hizo evidente el alcance de los problemas de Donald. Fue como si se hubiera abierto a aquellos médicos de un modo en que no había hecho hasta entonces, tal vez ante nadie más. Las notas del ingreso mencionan otros actos «autodestructivos muy singulares» que Donald decía haber cometido: «Ha atravesado una hoguera corriendo, se ha atado una soga al cuello, ha abierto el gas e incluso ha acudido a una funeraria para ver precios de ataúdes, y es incapaz de ofrecer una justificación adecuada para todo esto».

Una horca, la espita del gas, una funeraria… Donald tenía una fijación con la muerte, con acabar con su vida. Aquella desconexión

que siempre había sentido no estaba desapareciendo en la universidad, sino que estaba empeorando, se estaba manifestando de maneras nuevas y aterradoras.

Y la caída libre no se detenía mientras Donald se hallaba en observación. Le contó a un médico que tenía la vaga idea de haber asesinado a un profesor. Días después contó otra fantasía, esta vez sobre matar a otra persona en un partido de fútbol. También habló más de su pasado, incluso para reconocer por primera vez algo que generó una especial preocupación entre los médicos. La nota del hospital era breve: «Dos intentos de suicidio a los doce años».

Nadie podía decir con exactitud en qué consistían aquellos intentos de suicidio. No había forma de saber si Donald se lo había contado alguna vez a alguien más o –asumiendo que hubieran sucedido– si sus padres lo habían sabido jamás. Aun así, el médico que estaba tratando a Donald ya había oído lo suficiente, en especial después de averiguar lo que había sucedido en realidad con el gato.

«Atrapó a una gata y le dio una muerte lenta y dolorosa», escribió el médico en sus notas. «La gata llevaba dos días viviendo con él y, al parecer, se trajo a otro gato (macho, probablemente) de la calle, lo cual hizo que el lugar comenzara a oler mal. La gata lo arañó. El paciente no sabe por qué la mató ni por qué la torturó. Se alteró emocionalmente al hablar sobre su comportamiento».

Donald estaba algo más que perplejo al contar aquello. Estaba aterrorizado.

«Este joven representa un riesgo para su propia integridad y tal vez también para la de los demás», escribió el médico. «Posible reacción esquizofrénica».

En el coche, Donald iba mascullando sobre Dios, sobre Marilee y sobre unas personas de la CIA que lo estaban buscando. Ya en casa, en la cocina, Donald estalló de pánico y se puso a chillar: «¡Al suelo! ¡Nos están disparando!». Todo el mundo a su alrededor se sobresaltó y se dio la vuelta para ver si era cierto aquello que decía.

Estaban a finales de 1966, en el momento justo en que Don comenzaba en su nuevo puesto en la Federación de los Estados de las Rocosas: una nueva vida para todos ellos, a punto de empezar. El

médico de la Universidad Estatal de Colorado dijo que Donald no podría continuar en la facultad hasta que se sometiese a más evaluaciones y tratamientos. Don y Mimi se desplazaron de inmediato a Fort Collins para ver a su hijo. Cuando lo encontraron, Donald se estaba lavando el pelo con cerveza, y decidieron llevárselo a casa, pero ahora que ya lo tenían allí, sus padres no tenían la menor idea de qué hacer con él.

Donald necesitaba ayuda, pero ¿qué tipo de ayuda tenía a su alcance? Asumiendo que estuviera dispuesto a ir, una institución privada como Chestnut Lodge en Maryland o la Clínica Menninger de Topeka –o un hospital llamado Cedar Springs, más cerca de casa– era una opción demasiado cara para los Galvin. Los hospitales públicos, por su parte, eran una perspectiva aterradora, lugares donde se mantenía la calma a base de medicamentos neurolépticos y correas de sujeción, lo que uno puede ver en el pesadillesco largometraje *Corredor sin retorno* de Samuel Fuller, estrenado en 1963. En 1967, el estado de Massachusetts copó los titulares por sus esfuerzos legales para detener la distribución de la película *Titicut Follies* del documentalista Frederick Wiseman, una exposición de las condiciones inhumanas en el Hospital Estatal Bridgewater, de aquel estado, plagada de imágenes de internos completamente desnudos, alimentados a la fuerza y acosados por las mismas personas que se suponía que debían mantenerlos a salvo. En Colorado, el enorme hospital de salud mental que había en Pueblo –a una hora en coche de Hidden Valley Road, más o menos– era famoso por tratar la esquizofrenia con la terapia de choque con insulina y un medicamento muy fuerte conocido como Thorazine. Don y Mimi iban a tener que agotar prácticamente todas las demás opciones posibles antes de acceder a enviar a Donald a semejante sitio. Un hospital público como el de Pueblo era para los casos perdidos, no para jóvenes sanos como su hijo.

Había una alternativa a la brutalidad de las instituciones públicas, pero difícilmente iba a resultar atractiva para Mimi. El planteamiento psicoanalítico defendido por Frieda Fromm-Reichmann y otros era el predominante en el hospital psiquiátrico de Colorado, en la ciudad de

Denver, dentro del sistema universitario. Este hospital estaba dominado por la doctrina de la esquizofrenia como un trastorno psicológico y se centraba en las causas «psicodinámicas» de la enfermedad mental: la madre esquizofrenogénica. Tal vez Don y Mimi desconocieran las particularidades de este planteamiento –que un psicoanalista querría conocer la manera exacta en que se había criado Donald y si había algo que ellos podían haber hecho de un modo distinto–, pero sí entendían el umbral que estarían cruzando si enviaban a su hijo a un hospital psiquiátrico, fuera del tipo que fuera.

Así que pensaron de nuevo: ¿de verdad estaban tal mal las cosas? Al fin y al cabo, sí parecía claro que el diagnóstico de la esquizofrenia era –y sigue siendo en muchos sentidos– más un arte que una ciencia. Tomados de manera aislada, ninguno de los síntomas era específicamente característico de aquella enfermedad, de manera que los médicos tan solo podían diagnosticarla a base de descartar otras posibilidades. Catorce años antes, la Asociación Psiquiátrica Americana había publicado la primera edición del *Manual estadístico y de diagnóstico de los trastornos mentales,* o *DSM* [por sus siglas en inglés]. La definición de la esquizofrenia ocupaba unas tres páginas e incluía los subtipos originalmente propuestos por Eugen Bleuler –esquizofrenia hebefrénica, catatónica, paranoide y esquizofrenia simple– y añadía cinco más: esquizoafectiva, infantil, residual, indiferenciada crónica e indiferenciada aguda. Aquella definición recibió unas críticas rotundas: en 1956, un destacado psiquiatra, Ivan Bennet, dijo que la definición de la esquizofrenia que figuraba en el *DSM* era «una clasificación diagnóstica para el cubo de la basura»[60] y que él prefería centrarse en los medicamentos que podrían resultar útiles a la hora de tratar los síntomas. Desde entonces, el *DSM* ha cambiado su descripción de la esquizofrenia en cada edición sucesiva, a menudo adaptada al estilo de tratamiento imperante. La segunda edición del *DSM,* publicada en 1968[61], añadía la «esquizofrenia aguda», caracterizada por alucinaciones y delirios y nada más, pero seguiría sin haber un consenso al respecto de qué era en realidad la esquizofrenia. ¿Una sola enfermedad o un síndrome? ¿Se heredaba o se adquiría por medio de un trauma? Don y Mimi entendieron que

para la gente que se encontraba en la situación de su hijo, tener o no tener esquizofrenia dependía de las prioridades de la institución en la que te examinaran.

Nadie hablaba de prevención, y muy poco se debatía sobre una cura, pero sí había una cosa que parecía clara: si ingresaban a Donald en cualquier sitio que tuviera la pinta de un hospital para enfermos mentales, lo único cierto serían la vergüenza y la deshonra, el final de la formación universitaria de Donald, ver cómo quedaba empañada la carrera de Don, la mancha que supondría en la posición social de la familia dentro de su comunidad y que sus otros once hijos perdieran la oportunidad de llevar una vida normal y respetable.

Ese fue el motivo de que, para Don y Mimi, la decisión más sensata –o, al menos, la más realista– fuese abrigar la esperanza de que las cosas mejoraran por sí solas, de alguna manera. Cuanto más pensaban en ello, más decididos estaban a ser optimistas. ¿Por qué no iba su hijo a dejar atrás lo de Marilee, a recobrar el equilibrio, salir de esa despensa de frutas para volver a la residencia estudiantil y ponerse mejor? Necesitaban creer que Donald era capaz de hacerlo, así que buscaron a alguien conocido y en quien confiaban para que tratase a su hijo, alguien capaz de ayudarlo a pasar aquella crisis, a volver a la universidad, volver a orientarlo en la dirección correcta.

Pensaron que la primera parada era evidente: regresar al hospital de la Academia de las Fuerzas Aéreas, donde la familia Galvin era de sobra conocida y donde esperaban ser capaces de orientar el proceso hacia un buen resultado. Esta vez, a Donald lo examinó el mayor Lawrence Smith, un médico que conocía bien a los Galvin. Llevaba en la Academia desde 1960, había coincidido tres años con Don y había seguido la carrera del joven Donald en el fútbol americano.

El 8 de diciembre, el mayor Smith escribió una carta a la Universidad Estatal de Colorado en nombre de Donald en la que culpaba de la «inadaptación situacional aguda» del joven a una confluencia muy inusual de bruscos cambios a peor: una vivienda sin los requisitos mínimos de habitabilidad, la ruptura con su novia y el estrés de los exámenes finales. El tono de la carta del médico militar era generoso y tranquilizador, cargado de buena voluntad. «Coincido

con que la reacción en diciembre cuando ustedes lo vieron fue bastante extraña –escribió–. De todos modos, tengo la sensación de que se ha recuperado del incidente, ha reflexionado sobre la situación y, hasta donde alcanza mi conocimiento, es probable que dicha conducta no vuelva a repetirse».

Por segunda vez en el plazo de un año, Don y Mimi habían conseguido que su hijo regresara a la universidad sin mayores escándalos. El médico militar no mencionaba la muerte de la gata ni las fantasías homicidas de Donald, pero había una buena razón para ello: nadie le había contado nada al respecto al mayor Smith. Jamás habló con nadie que hubiese examinado a Donald en la Universidad Estatal de Colorado, y ellos jamás tuvieron la oportunidad de contárselo.

Como es natural, Donald tampoco se ofreció para hacerlo.

Donald regresó a la universidad justo después de las vacaciones de Navidad. La despensa de fruta era cosa del pasado. Donald abandonaba el aislamiento y volvía una vez más al universo de sus compañeros de clase. Continuaba viendo a los terapeutas en el centro de salud y se sometía a evaluaciones psiquiátricas ocasionales. Después de una de ellas, su evaluador escribió: «Este alumno no tiene nada de psicótico».

Una vez más, parecía tener prisa por estar bien, por ser el hijo que deseaban sus padres. Salía con chicas, incluso. Aquella primavera, anunció que había conocido a alguien, una sucesora de su antigua novia, Marilee. Se llamaba Jean, una joven alta y de anchas espaldas, «un chicazo», tal y como Donald la describió en una ocasión. Físicamente, Jean hacía buena pareja con Donald, que conservaba la complexión de un jugador de fútbol americano. Igual que él, Jean era ambiciosa y quería conseguir un doctorado; Donald aún esperaba llegar a ser médico.

Estuvieron juntos unos meses hasta que Donald les contó a sus padres que, una vez más, se había prometido en matrimonio. Don y Mimi no sabían qué pensar. En cierto sentido, y por pequeña que fuera, se lo tomaban como una señal positiva de que Donald quería comenzar a vivir otra vez la vida. Incluso le reconocían a su hijo un

cierto mérito por haber tenido la suficiente previsión como para planificar una boda sin que hubiera un embarazo que la forzara. También sabían por experiencia personal que, en una situación como esa, cuando eres joven y estás decidido, las objeciones que ponga tu familia no significan nada, y además también suponía un pequeño alivio para Mimi, al menos en un sentido. Ante el resto del mundo, Don y ella habían estado manteniendo en secreto las crisis de Donald con la esperanza de que, quizá, pudieran quedar en el olvido. No había nada que ella deseara tanto como que Donald se enderezara. ¿Cómo se iba a oponer a la idea –a la esperanza– de que su hijo sentara la cabeza, que hallase un objetivo en la vida, se volviera predecible, un hombre asentado, con éxito e incluso feliz? ¿No era así como se suponía que tenía que transcurrir la historia? Los chicos y las chicas se conocían, se enamoraban y se casaban.

Ahora bien, por supuesto que sabían que el matrimonio era una idea terrible. Todo el mundo lo sabía. Al margen de los problemas personales de él, había un detalle muy importante que impediría que la pareja pudiera encajar. Quienes los conocían habían avisado a Donald de que Jean dejaba bien claro que no quería tener hijos. Ella deseaba licenciarse en Genética y ayudar a curar enfermedades. Los niños no entraban en sus planes, así de simple.

Donald no quería darse por enterado. La idea de no tener una familia propia lo entristecía tanto que no se podía creer que fuese cierto lo que ella le decía.

Unos pocos meses antes de la boda, en mayo de 1967, Donald se encontraba en una de sus visitas rutinarias al psiquiatra del campus, hablando de halcones. Mirando fijamente el dibujo abstracto en una tarjeta, dijo que veía una pared vertical con un agujero a través del cual –según él– se llegaba a un nido, un lugar donde podía encontrar pájaros recién nacidos para llevárselos a casa y criarlos.

Un pasadizo misterioso y oscuro como si de un canal del parto se tratase y a través del cual Donald podía encontrar una nueva familia: apenas acababan de comenzar con el test de Rorschach, y Donald ya le estaba dando al psiquiatra mucho con lo que trabajar.

Observó la segunda imagen y pensó en la tentación. Vio a una mujer

lista para mantener relaciones sexuales con un hombre, y este –conforme a las notas que tomó el médico durante la sesión– «sufría una angustia mental al respecto de si debería hacerlo o no». Finalmente, el hombre decidió «hacer honor a sus propios valores» y no mantener aquella relación.

La tercera imagen le recordó a un amigo suyo, un beatnik. «Estará colocado, imagino… Está inconsciente».

La cuarta y la quinta hicieron a Donald pensar en un padre y un hijo. Veía al hijo en la cama, y su padre venía a darle las buenas noches. El padre –dijo Donald– iba a salir por la puerta. Después vio a un hijo llorando en el hombro de su padre, pidiéndole ayuda. El hijo había hecho algo mal –dijo Donald–, y el padre iba a ofrecerle alguna orientación a su hijo.

Cuando vio la sexta, de repente se desencadenó un drama violento en su mente: un hombre planteándose una venganza, y una mujer que trata de convencerlo de que no lo haga. «Él solo le presta atención a medias», dijo Donald.

Para él, la séptima era otra escena de venganza. Esta vez, un hijo estaba vengando la muerte de su padre. Aquel hijo, dijo Donald, «se siente bien con lo que ha hecho, porque la otra persona cometió una injusticia con él y con su familia».

En la última imagen, Donald se vio a sí mismo.

«Estoy escalando una pared vertical –dijo–. Estoy en lo alto, y los halcones se lanzan en picado a por mí».

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 8

Mientras Donald lo pasaba mal en la Universidad Estatal de Colorado, Jim –el segundo hijo, el espíritu libre– salió del instituto y se pasó un año asistiendo a clase en una escuela técnica local y recomponiendo su expediente académico. Para sorpresa de todos, le fue lo bastante bien como para trasladarse al año siguiente, en 1965, a la Universidad de Colorado en Boulder. A nadie se le escapaba –y el propio Jim lo tenía más presente que nadie– que su nueva facultad era mejor que la de Donald. Y en lo que a Donald y él se refería, Jim jamás abandonaba la competición.

Jim llevaba ya unos dos años en Boulder –y era un habitual de varios bares de la ciudad– cuando conoció a Kathy. Él tenía veinte años, y ella diecinueve. Jim la vio en un restaurante con club de baile llamado Giuseppe's; Kathy estaba con una vieja amiga del instituto, y él se disculpó por interrumpirlas. Después fue a verla a casa de sus padres, donde ella vivía, y comenzaron a salir juntos. Ya desde el principio, Kathy percibió el desprecio que Jim sentía por Don y Mimi, sus propios padres. «Seguían teniendo hijos, y se desentendían de los más pequeños», dijo él una vez. También despotricaba sobre lo mucho que detestaba a su hermano mayor, de cómo Donald había sido el gran héroe del instituto y Jim nunca había estado a su altura. Todo aquello parecía haberse quedado atrás ahora –pensaba ella–, o así debería ser, al menos.

Cuando Kathy se quedó embarazada, Jim no se lo pensó dos veces antes de pedirle que se casara con él. Tal vez esta salida no fuese la ideal en opinión de Don y de Mimi, aunque –todo sea dicho– ellos hubieran hecho prácticamente lo mismo cuando tenían más o menos la edad de Jim. En cualquier caso, tampoco tenía sentido decir nada. Se trataba de Jim: haría lo que se propusiera, y, después de haber dado su bendición al enlace de Donald y Jean, llevaban todas las de perder.

La boda se celebró un año después de la de Donald y Jean, en

agosto de 1968. Se mudaron a vivir a una pequeña casita baja de ladrillo rojo en el centro de la ciudad, y a veces invitaban a los hermanos menores de Jim a visitarlos, pero no a Donald, a Donald jamás. Aunque Kathy se llevaba bien con los demás chicos de los Galvin, las cosas estaban tensas con Mimi, cuyas visitas eran más bien inspecciones. «No has quitado el polvo», le decía Mimi, a lo cual Kathy respondía: «No tengo tiempo. Ahí tienes el trapo del polvo si lo quieres». Eso le encantaba a Jim.

Kathy dio a luz a un hijo, Jimmy, que era apenas unos años más pequeño que la menor de Mimi, Mary. Jim dejó la universidad y se puso a trabajar de camarero en un bar, algo que distaba mucho de su objetivo de convertirse en profesor como su padre, pero tampoco parecía importarle lo más mínimo: ahora era un padre de familia, algo que lo situaba por encima de Donald –creía él– de todas las maneras imaginables. Cuando se agenció un puesto fijo en la barra del hotel Broadmoor, uno de los lugares más elegantes de la ciudad, se sintió envuelto en tal prestigio como para convencerse de que había ganado. Jim disfrutaba siendo padre y marido, aunque al mismo tiempo aprovechara cualquier oportunidad para romper sus votos nupciales. Ya era un mujeriego antes de casarse, y no tenía el menor interés en cambiar ahora.

Una noche, Kathy vio la motocicleta de su marido aparcada a la puerta de un bar, y allá que entró ella, se acercó a la mesa donde estaba sentado Jim con su cita, les tiró una jarra de cerveza por encima a los dos y se marchó. Quería darle un aviso: hacerle saber que ella tenía su orgullo.

Jim se desquitó más adelante, cuando estaban solos. Cuando Kathy decidió dejar su trabajo diurno y regresar a la universidad para obtener un título de magisterio, él le quitó las bujías del motor del coche para impedir que fuera a clase. «Búscate un trabajo», le dijo él. Kathy le pidió a su madre que la llevara, y Jim estaba esperándola cuando regresó a casa. Le cruzó la cara a su mujer de una bofetada.

Al ver que la violencia iba en aumento, Kathy se percató de que amenazarle con abandonarlo era lo peor que podía hacer. En una ocasión en que lo intentó, Jim le arreó tal puñetazo que Kathy

necesitó que le dieran puntos. Además, ella nunca se veía capaz de cumplir aquella amenaza. Cada vez que Kathy estaba a punto de marcharse, le daba por pensar que su marido quizá pudiera ponerse mejor, o que su hijo necesitaba a su padre. En las escasas ocasiones en que sí reunió el valor suficiente para salir de la casa, tan solo durante una noche o dos, el pequeño Jimmy decía «Quiero ir a casa con papá».

Kathy tenía otro motivo para no marcharse. Había empezado a fijarse en que Jim parecía atormentado por algo que no tenía nada que ver con ella, algo que casi le hacía sentir lástima por él. Jim oía voces. «Otra vez me están hablando», decía él. Las describía con la voz tensa de emoción: gente que le espiaba, gente que le seguía, gente que conspiraba contra él en el trabajo.

Jim dejó de dormir. Se pasaba las noches de pie en la cocina, delante de los fogones, encendiendo uno de ellos, disminuyendo la intensidad del fuego y apagándolo finalmente para volver a encenderlo. En aquel estado, actuaba de manera impulsiva y violenta, pero no contra Kathy ni contra su hijo, sino en su propia contra.

Una vez, paseando por Colorado Springs, Jim le dio un cabezazo a un muro de ladrillo.

En otra ocasión, se arrojó de cabeza a un lago, completamente vestido.

El primer ingreso hospitalario de Jim por un episodio psicótico fue en la noche de Halloween de 1969, cuando el pequeño Jimmy era todavía un bebé. Ingresó en el Hospital St. Francis, pero se marchó un día después. Kathy tenía miedo por ella y por su hijo, pero también estaba aterrorizada por Jim. Seguía siendo su marido y el padre de su hijo, y le parecía imposible abandonarlo ahora.

A Kathy no le gustaron nunca los padres de Jim –y su propio marido parecía preferirlo así–, pero tenía la sensación de que Don y Mimi debían saber lo que estaba pasando, así que había que contárselo. No se podía creer la reacción que tuvieron. Ella se esperaba las lágrimas, quizá una muestra de compasión o de empatía, al menos. En cambio, Kathy vio a dos personas que intentaban hacer como si aquella conversación no se estuviera produciendo y que, cuando ella les presionaba, ponían en tela de juicio la propia premisa de partida. ¿De

verdad estaba sucediendo todo tal y como Kathy decía que estaba pasando? Los padres de Jim no estuvieron mínimamente dispuestos a admitir que su hijo fuera responsable, ni tampoco que estuviese en peligro, siquiera. Lo que hicieron, en cambio, fue presentar lo que estaba sucediendo como un problema conyugal entre la joven pareja: algo que Jim y Kathy tenían que intentar resolver por sus propios medios.

Lo que más llama la atención, tal vez, al menos cuando uno echa la vista atrás, fue lo que Don y Mimi no dijeron: que Donald, el hermano de Jim, también había estado dando muestras de una conducta extraña. No le estaban contando a nadie lo de Donald, y no iban a empezar ahora contándoselo a ella.

Después de hablar con sus suegros, Kathy se llevó a Jim a ver a un sacerdote –una recomendación de Don y Mimi–, pero aquello no dio ningún resultado. Una noche en que Jim parecía completamente perdido, Kathy se lo llevó por fin al Hospital Universitario de Colorado, en Denver. Permaneció allí dos meses, regresó a casa y aceptó asistir a terapia como paciente externo en el Centro de Salud Mental de Pikes Peak, en Colorado Springs. Un médico le extendió unas recetas, y la medicación lo estabilizó el tiempo suficiente como para albergar ciertas esperanzas.

Solo perdía los nervios y volvía a pegar a Kathy de vez en cuando. En una ocasión vino un agente de policía, y ella prefirió no denunciar a su marido. Otra vez fue uno de sus vecinos quien llamó a la policía, y el agente se llevó a Jim de la casa, pero terminó regresando. Para bien o para mal, Jim siempre volvía, y en los años posteriores, ni Don ni Mimi intervinieron jamás. «Salvo en las ocasiones en que Jim se marchaba de casa, que regresaba a vivir con ellos –recuerda Kathy–, y a mí me parecía fenomenal. Poco después volvía a aparecer ante mi puerta».

Los doce hijos con Mimi y con Don, al recibir su doctorado (1969)

En un día de primavera de 1969, los doce hermanos Galvin se reunieron en una relativa paz y armonía para honrar a su padre en la ceremonia de graduación de la Universidad de Colorado. Don había conseguido doctorarse, por fin, a la edad de cuarenta y cuatro años. La instantánea que documenta ese día es una de las escasas fotografías de los álbumes familiares en que figuran todos los miembros, los doce hijos con ambos padres. Don luce toga y birrete, el pelo ya entrecano. Mimi está a su lado con un vestido primaveral de color pastel y un pañuelo de un tono amarillo canario, con el pelo recogido en la nuca. Las niñas, Margaret y Mary, aparecen delante de sus padres con vestidos blancos a juego, y los diez chicos forman dos filas, todos juntos a la derecha de sus padres, todos firmes como un palo.

Jim está en la fila de detrás, el cuarto por la izquierda, con el cabello oscuro alborotado y la cara pálida y sudorosa. En los años posteriores, Mimi señalaría aquella foto y diría que aquel momento, uno de los últimos días de felicidad sin complicaciones en la familia, fue cuando ella asimiló realmente por vez primera que Jim tenía un

problema serio: la manera en que siempre se había comportado no era la de un espíritu libre sin más, sino que estaba perdiendo la cabeza. Igual que Donald.

CAPÍTULO 9

1964

Instituto Nacional de Salud Mental Washington D. C.

En un día de primavera durante la Gran Depresión, en una bulliciosa ciudad de algún lugar de Estados Unidos, una pareja infeliz y mal avenida trajo al mundo a cuatro niñas idénticas: cuatrillizas. La prensa se apresuró a cubrir la noticia del alumbramiento, y los padres, que contaban con unos recursos limitadísimos, permitieron que un periódico local celebrara un concurso para elegir el nombre de las cuatro hermanas. También recibieron ofertas de patrocinio por parte de empresas locales de productos lácteos, que estaban entusiasmadas con la idea de utilizar a las niñas para vender leche, y los padres cobraban entrada a las visitas que se acercaban con la esperanza de echar un vistazo a las pequeñas en casa.

El dinero no resolvió los problemas de la familia. Una de las hijas sufrió un brote psicótico cuando tenía veintidós años, y las otras fueron detrás, una tras otra. Cumplidos los veintitrés años, a las cuatro hermanas les habían diagnosticado esquizofrenia, y en las primeras semanas del año 1955, las cuatro mujeres –cuatrillizas, de veinticinco años con ADN idéntico– fueron remitidas al Instituto Nacional de Salud Mental, el NIMH, en la ciudad de Washington.

Los psiquiatras del NIMH eran conscientes de la rarísima oportunidad que les ofrecían estas hermanas. Según sus cálculos, la probabilidad de que se diera el caso de unas cuatrillizas con esquizofrenia era de una cada mil quinientos millones de nacimientos. Quedaron bajo el cuidado de David Rosenthal, psicólogo e investigador del NIMH que, en parte gracias a las cuatrillizas, se convertiría en uno de los investigadores de la esquizofrenia especializados en la genética de la enfermedad más prominentes de todo el siglo.

Las hermanas permanecieron tres años en el NIMH, y Rosenthal y su

equipo de dos docenas de investigadores las estudiaron durante otros cinco más después de proteger su intimidad utilizando pseudónimos. Les pusieron el apellido Genain[62], por una expresión griega que significaba «nacimiento funesto», y un nombre de pila que empezaba por las letras del acrónimo del instituto en inglés, NIMH: Nora, Iris, Myra y Hester. Nunca se reveló la ciudad donde vivían, y se conoció a sus padres como Henry y Gertrude. En 1964, el año en que los Galvin se mudaron a su nuevo hogar en Hidden Valley Road, Rosenthal publicó *The Genain Quadruplets* («Las cuatrillizas Genain»), un estudio de seiscientas páginas sobre la esquizofrenia familiar que se convertiría en un clásico del género: un análisis que trata con escrupuloso detalle la cuestión sobre lo hereditario frente a lo adquirido y acabó siendo tan absolutamente trascendental para el estudio de la esquizofrenia –se decía en su época– como el caso de Daniel Paul Schreber[63].

En la época en que las hermanas Genain llegaron al NIMH, la búsqueda del marcador físico o genético de la esquizofrenia había pasado de moda en los círculos del psicoanálisis, al parecer barrida por los argumentos planteados por una nueva generación de terapeutas, con Frieda Fromm-Reichmann entre ellos. Sin embargo, en un ecosistema independiente –el de los laboratorios y hospitales que quedaban fuera del alcance de los psicoterapeutas–, los neurólogos y los genetistas se pasaron las décadas de los cincuenta y los sesenta continuando la búsqueda de un marcador biológico de la esquizofrenia. El no va más de aquellos trabajos era los estudios con gemelos. Según parece, no podía haber mejor forma de poner a prueba la potencia hereditaria de cualquier enfermedad que viendo cuántos gemelos idénticos la comparten para después comparar los índices de la enfermedad en gemelos dicigóticos. Investigadores europeos y americanos habían realizado y publicado muchos e importantes estudios de esta clase con gemelos[64], empezando con Emil Kraepelin en 1918 y siguiendo con otros en 1928[65], 1946[66] y 1953[67]. Cada uno de aquellos estudios ofrecía datos que mostraban la existencia de un elemento hereditario, aunque los números no fuesen abrumadores, y, en cada ocasión, la respuesta de los psicoanalistas era más o menos la

misma: ¿cómo sabemos que la enfermedad no se transmitió dentro de la familia debido a que la causa de la enfermedad fuera el propio entorno familiar? ¿Cómo sabemos que no fueron las madres?

En el NIMH, David Rosenthal se convenció de inmediato de que la existencia de cuatrillizas con una enfermedad mental en común podría resolver aquella discusión de una vez por todas. «En cuanto uno se entera de que las cuatrillizas son monocigóticas y también esquizofrénicas, es difícil no preguntarse qué otra prueba […] iba a necesitar nadie»[68], escribió Rosenthal. Pero él también sabía que la cosa no era tan simple. En sus documentos sobre el caso, dejaba constancia escrita de que muchos psicoterapeutas no estaban muy convencidos, incluidos algunos de sus propios colegas del NIMH. Era de suponer que los padres de las hermanas Genain las trataron a todas más o menos de la misma manera: las vestían igual, las enviaban a los mismos colegios, las ponían a jugar con los mismos amigos. Habría sido igualmente probable –argumentaban ellos– que aquellas chicas tuvieran todas esquizofrenia porque sus padres las criaron a las cuatro por igual.

Rosenthal y sus colegas se pusieron a recopilar el historial familiar de los Genain y hallaron al menos un caso de enfermedad mental. Según parece, la abuela paterna de las hermanas tuvo una crisis nerviosa en la adolescencia y tuvo unos síntomas que, en opinión de uno de los asistentes sociales del NIMH, sonaban a esquizofrenia paranoide. Aun así, la genética solo cuenta una parte de la historia de cualquier gemelo genéticamente idéntico, y las hermanas Genain sin duda eran diferentes entre sí, en ciertos aspectos. Nora era la primogénita[69] y la portavoz del grupo, por así decirlo, la que mejor tocaba el piano y tenía un cociente intelectual más elevado, aunque con una cierta tendencia a los berrinches. A Iris, por su parte[70], se la describe como «banal», pero también como una ayuda en la casa y una hábil esteticista, mientras que Hester era callada[71], seria y retraída; tal y como Rosenthal la describe, «desarreglada al estilo de una "Cenicienta junto al fuego"». Myra tenía una forma de ser más «chispeante»[72], pero, paradójicamente, había algo en sus afectos que parecía plano, como si estuviese interpretando el papel de otra

persona y no estuviera muy segura de cómo hacerlo. Desde una edad muy temprana, la madre de las niñas había intentado separar a Nora y a Myra de Iris y Hester[73] porque pensaba que las dos primeras eran más brillantes que las otras dos, de las que decía que eran «más bobas».

Después se planteó la cuestión de su vida familiar. Cuanto más averiguaban los investigadores, más extraña parecía: primero peculiar, después atroz. Tanto el padre como la madre las maltrataban. El padre bebía, tenía aventuras extramatrimoniales y se decía de él que había acosado sexualmente a dos de las hermanas. La madre, por su parte, sorprendió un día a dos de las chicas en plena masturbación mutua y las ató con correas por las noches, les administró sedantes y las obligó a las dos a someterse a la ablación femenina. En opinión de los investigadores del NIMH, Gertrude era el mismo tipo de madre que habían descrito Frieda Fromm-Reichmann y Gregory Bateson: tan controladora y ansiosa que debía de tener traumatizadas a sus hijas de alguna manera. «Resulta sencillo ver que cuanto más tiempo se encontrara mal y estuviera enferma la familia, más prolongada sería la gratificación para ella»[74], escribió Rosenthal. «Su casa era su hospital».

Al final, resulta que no había el menor asomo de normalidad en ningún aspecto de la infancia de las hermanas Genain: ni en su escolarización ni, desde luego, en su desarrollo sexual. Rosenthal llegó incluso a comparar las experiencias de aquellas niñas con el concepto de la «situación extrema»[75] desarrollado por Bruno Bettelheim –superviviente del Holocausto y teórico del trauma–, en el cual uno se ve superado por una situación de la que no puede escapar, desprotegido y en constante peligro. «Casi desde el preciso momento en que las cuatrillizas llegaron a casa recién nacidas desde el hospital, el hogar se vio sumido en un ambiente de temor, de sospecha y desconfianza respecto del mundo exterior»[76], escribió Rosenthal. «Las persianas estaban bajadas, levantaron una valla, cargaron las armas con las que patrullaba el señor Genain, siempre listas para disparar […]. El temor al secuestro era constante en la familia […]. Había amenazas por todas partes».

La naturaleza de la infancia de aquellas niñas parecía corromper aquel experimento. Desde luego, los investigadores del NIMH habrían tenido ante sí un experimento más atractivo sobre lo hereditario y lo adquirido si las hermanas Genain hubieran sido un poco más parecidas a los Galvin, por así decirlo: una familia más común, de clase media.

Aun así, Rosenthal no tuvo mayores problemas a la hora de achacar a una mezcla de factores genéticos y de su entorno cuanto les había pasado a las Genain. Rechazaba el argumento de que la enfermedad tuviera que estar provocada por un solo gen, pero también rechazaba la convicción de que la culpa residía únicamente en el entorno. En *The Genain Quadruplets,* Rosenthal se convirtió en uno de los primeros investigadores que sugirieron la posibilidad de que la genética y el entorno estuvieran interactuando para dar lugar a los síntomas de la esquizofrenia. Así, comenzó a estudiar qué trabajo sobre esta materia podría llevar a cabo en el futuro para salir de aquel punto muerto y lograr alcanzar un equilibrio.

«Debemos ser más cautos y más precisos aún en la construcción de nuestra teoría»[77], escribió Rosenthal. «Aquellos que hacen hincapié en la contribución de la genética rara vez tienen verdaderamente en cuenta el papel que puede desempeñar el entorno, y los partidarios del entorno suelen decir tan solo de boquilla que es posible que al final se deba tener también en cuenta los factores hereditarios». La investigación en el futuro –afirmaba él– tenía que tender un puente entre aquellas dos ideas. «Ambos factores, la herencia y el entorno, conciernen a todo el mundo», escribió.

Las conclusiones de Rosenthal no dejaron satisfecho a ninguno de los dos bandos, y, aun así, él se aferraba a su idea de que allí se entremezclaban lo hereditario y lo adquirido. No tenía forma de saber cuánto iba a tardar aquella idea en tener partidarios, pero terminó su período con las hermanas Genain completamente decidido a demostrar que el origen de la locura podría no ser lo hereditario por sí solo ni lo adquirido por sí solo, sino una fatídica combinación de ambos factores.

DON
MIMI

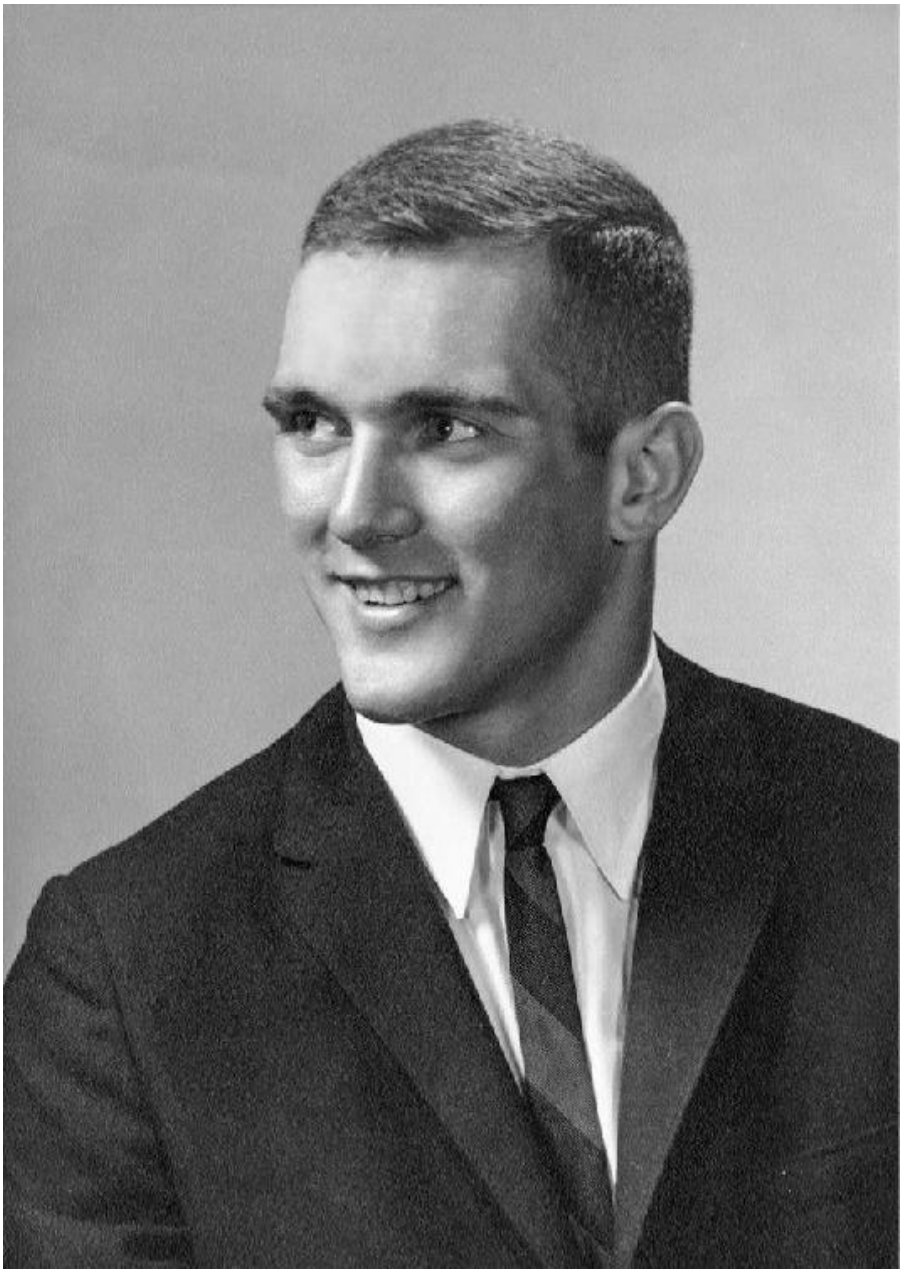
DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 10

Donald hablaba con el psiquiatra y no dejaba de darle vueltas a su matrimonio con Jean, si era feliz o infeliz.

Podía estar hablando sobre lo mucho que se habían divertido juntos en un viaje de seis semanas de acampada en México y, un momento después, reconocía que las cosas no habían ido bien ya desde el día de la boda. En los tres años transcurridos desde entonces –ya era junio de 1970–, Donald había llegado a la convicción de que se casó con Jean en un momento en que estaba tratando de olvidar el rechazo de su anterior prometida, Marilee, y que su vida con Jean ahora apenas podía considerarse un matrimonio.

Era una historia triste, pero Donald no la contaba como tal: sonaba cerril, indiferente, crítico, frío e incluso algo paranoico. El médico, un psiquiatra del hospital del campus de Fort Collins de la Universidad Estatal de Colorado llamado Tom Patterson, percibió en Donald un aire ensayado, un riguroso autocontrol que aplanaba su personalidad por completo, como si estuviera tratando de mantener puesta la tapa que retenía algo explosivo en su interior. «Vigila todos y cada uno de tus movimientos», anotó el médico.



Donald

Tanto Donald como Jean habían salido de la universidad, pero seguían viviendo en Fort Collins. Donald trabajaba como investigador ayudante, recibía clases de anatomía y de fisiología y seguía soñando con una carrera profesional en la medicina, en un futuro, mientras

Jean terminaba su título de posgrado. Aquel día, Donald dijo haber acudido al centro de orientación del campus porque un conocido le había recomendado que buscara un grupo de sensibilización que le ayudara a comunicarse mejor con su mujer. No tardó mucho en revelar la verdadera razón por la que estaba allí: Jean le había dicho que iba a abandonarlo en un plazo de tres semanas.

Donald habló con Patterson con franqueza sobre lo mal que habían ido las cosas en aquellos últimos días. Jean se había quejado de que él estaba distante la mayor parte del tiempo, y el resto se mostraba de lo más amenazador. Si antes era ella la que rechazaba el sexo, ahora Donald solo accedía a mantener relaciones cuando ella lo exigía, más o menos una vez a la semana. Comían por separado y dormían en habitaciones distintas. Él reconocía haber estado más retraído cuando se encontraba con ella, y también haberla amenazado, pero ya era demasiado tarde. Parecía que Jean ya estaba harta de él, y, ahora que tenía en perspectiva un puesto remunerado como profesora adjunta en un programa de doctorado en la Universidad Estatal de Oregon (Oregon State University) para el otoño, ya no necesitaba que Donald la mantuviese. «Dicho de otro modo, la relación marital es pésima, y cada cónyuge va a lo suyo», escribió Patterson.

Por tranquilo que pareciese Donald, Patterson estaba al tanto de toda su historia con los demás terapeutas que lo habían visto desde aquella primera vez, cuando atravesó corriendo la fogata unos años atrás. Se acordaba incluso de haber visto en una ocasión el test de Rorschach de Donald, que recordaba como algo «bastante patológico». En aquel día de junio, el psiquiatra intentaba profundizar un poco más en Donald, que el joven fuese más allá de la acuciante cuestión de su matrimonio y hablara más sobre sí mismo. Aquella charla se convirtió rápidamente en una sesión de terapia con todas las de la ley. Donald le contó al médico que llevaba años sin ser él mismo en absoluto, sino un reflejo de lo que otras personas querían que fuese. Le contó que había adoptado el hábito de interpretar las expresiones faciales de la gente, sus gestos y palabras en busca de pistas sobre la mejor manera de reaccionar. Dijo que aquella carrera alocada a través de la hoguera del campus había sido una súplica desesperada de atención y confesó

que había mentido en muchos exámenes psiquiátricos a los que se había sometido. Le contó que últimamente le había dado por la filosofía oriental: había hecho un ayuno de cuatro días, y ahora alardeaba de pesar 71,5 kilos. No dejó impresionado al médico. Significara lo que significase aquella terminología oriental que Donald vertía en la conversación, para el médico no eran más que palabras vacías; no es que Donald pareciese insincero, pero tampoco parecía genuino. Muchas veces Patterson tenía la impresión de que Donald estaba a punto de echarse a llorar, pero entonces se recomponía y lo cortaba él mismo antes de que apareciesen las lágrimas.

El psiquiatra acabó creyendo que, aunque Donald hubiese mostrado anteriormente síntomas de padecer esquizofrenia paranoide e incluso «tal vez haya hecho cosas muy extrañas o violentas», quizá no se encontrara tan mal ahora. «Mantiene un contacto sólido con la realidad», escribió en sus notas. «Es evasivo, y es probable que no se comprometa en una relación profunda con nadie […]. Tiene un umbral de tolerancia a la frustración muy bajo y renuncia con facilidad a las personas o situaciones que considera amenazadoras para él». El médico se preguntaba si las emociones que Donald tenía acumuladas serían el resultado de haber reprimido sus propios deseos y necesidades durante tanto tiempo, una teoría que –extrañamente– casi parecía culpar a Jean de los problemas de Donald. «Él ha cedido a las necesidades de ella, a sus deseos, y ha reprimido sus propios sentimientos de un modo tan severo y durante tanto tiempo que ahora tiene dificultad para expresar sus afectos», escribió el médico.

Patterson finalizó la sesión invitando a Donald a regresar al día siguiente para continuar charlando. Donald lo hizo y, cuando llegó, parecía extrañamente transformado: relajado, incluso feliz. Dijo que había hablado con Jean, y que ella había anulado el plazo para marcharse en cuanto supo que Donald estaba yendo ahora a ver a un terapeuta. Incluso salieron a cenar juntos, y Jean accedió a probar con la terapia de pareja.

Patterson se sintió con ánimos de aceptar a la pareja, pero, ahora que Donald quería algo de él, tuvo la sensación de que era el momento de pedirle algo a cambio. Le dijo a Donald que se iba a pensar lo de

encargarse de su terapia de pareja, siempre que él le diese permiso para estudiar su historial psiquiátrico y averiguar más cosas sobre él.

La expresión de Donald se ensombreció un poco. Le dijo al médico que él no creía en los tests psicológicos. Pensaba que no eran válidos los que le habían hecho –le dijo– y que no estaba seguro de que hubiera nada útil en su historial médico.

«La terapia será difícil por este motivo –escribió Patterson–. ¿Se podrá llegar a él sin que lo rechace?».

De camino a la puerta de salida, Donald accedió con recelo a llevarse a casa un test de personalidad, de aquellos de papel y lápiz.

COMPLETA ESTAS FRASES PARA EXPRESAR CÓMO TE SIENTES.
INTENTA HACERLAS TODAS.
ASEGÚRATE DE ESCRIBIR FRASES COMPLETAS.
ME GUSTA: Cetrería, sexo, nadar, viajar, esquiar. Comunicarme.
MI HOGAR: es un buen sitio al que ir de visita poco tiempo.
LOS HOMBRES: deben ser más flexibles en su forma de pensar.
UNA MADRE: debe preocuparse por el desarrollo de sus hijos.
ME SIENTO: tenso.
MI MAYOR TEMOR: No mantenerme fiel a lo que quería en un principio.
EL COLEGIO: es la mejor época de tu vida.
NO PUEDO: decir «lo dejo».
LOS DEPORTES: forjan el carácter.
CUANDO ERA NIÑO: Todavía lo soy.
SUFRO: de autocompasión (no mucho).
FRACASÉ: al suspender química.
A VECES: no me preocupo lo suficiente.
LO QUE ME CAUSA DOLOR: son otras personas sobre todo.
EN SECRETO, YO: quiero ser feliz cuando estoy a solas.
DESEO: demasiado.
MI MAYOR PREOCUPACIÓN ES: decidir qué hacer.

No había transcurrido aún una semana cuando Donald y Jean tuvieron otra pelea, un viernes de junio por la noche. Se trataba de los mismos conflictos, una vez más, pero peores, todavía más tensos que antes. Las cosas se pusieron tan mal que Jean se marchó del apartamento. Donald salió detrás de ella y la encontró sentada en el suelo, cerca de una acequia. O bien trataba de estar sola, o bien estaba intentando esconderse de él, y cuando Donald la encontró, se puso a hablar de las ganas que tenía de ahogarla.

Jean le quitó la idea de la cabeza. Los dos regresaron al apartamento, más o menos juntos, pero sí hubo una cosa que Jean le dejó clara: se marchaba a vivir a Oregón sin él.

El día siguiente era sábado por la mañana. Donald continuaba disgustado por la pelea y por la decisión de Jean de dejarle por fin. Ingirió mescalina, una experiencia que más adelante diría que no solo le proporcionó una increíble lucidez, sino que además le ayudó a que se le ocurriera la respuesta apropiada, el plan perfecto.

Esa noche –el 20 de junio de 1970–, Donald llegó a casa con dos comprimidos de cianuro que muy probablemente había conseguido en uno de los laboratorios de la facultad. Donald los echó en un vaso con ácido clorhídrico, agarró a Jean y trato de sujetarla para que se quedara quieta, los dos con la cara sobre el vaso mientras el cianuro se convertía en una nube de vapor.

El plan consistía en morir juntos.

Donald no se presentó a su siguiente cita. Patterson se enteró del motivo en cuanto abrió el periódico el lunes por la mañana.

> Policía de Fort Collins: a las 10:20 de la mañana, Donald Kenyon Galvin, de veinticuatro años y residente en el 27G de Aggie Village, ha sido puesto bajo custodia preventiva en relación a un supuesto intento de suicidio y, posiblemente, de asesinato. Esta mañana se encontraba retenido en la prisión municipal por orden del fiscal del distrito. Ha sido trasladado en primera instancia al centro de salud para alumnos de la Universidad Estatal de Colorado con el fin de recibir tratamiento.

El plan de Donald no había funcionado. Tal vez aflojase la sujeción sobre Jean, o quizá no estuviera haciendo tanta fuerza desde un principio, pero ella consiguió soltarse, salió corriendo de la habitación, histérica, y llamó a la policía. Después de leer la noticia en el periódico, Patterson encontró a Donald en un hospital, adonde lo habían enviado con una orden de «confinamiento y tratamiento» mientras la oficina del fiscal del distrito decidía si iba a presentar cargos contra él o si lo iba a internar. Para gran preocupación del médico, Donald no parecía haber aterrizado aún de aquella experiencia. Al hablar, el joven sonaba eufórico, incluso jactancioso, como el villano de un cómic cuando lo desenmascaran, alardeando de

haber estado engañando a todo el mundo durante años. Se puso a hablar de aquella época en que mató a la gata, pero esta vez, en lugar de mostrarse aterrorizado, prácticamente se regodeaba. También dijo que hacía poco tiempo que había descuartizado a un perro en la bañera, tan solo para fastidiar a Jean.

En las notas de Patterson sobre las sesiones de Donald no había nada que sugiriese que fuera capaz de hacer algo así ¿Donald le había quitado la venda de los ojos al médico de manera deliberada, o el joven se había desmoronado, simplemente, sin haber dado ninguna verdadera señal de alarma? ¿Había pasado por alto Patterson algún detalle violento en el joven? ¿Habría estado excesivamente dispuesto a creer en Donald?

Eso, por lo menos, se había terminado ya. Había un nuevo diagnóstico para Donald: «Es probable que sea un esquizofrénico paranoide inteligente con unos fuertes cambios de estado de ánimo, de la euforia a la depresión […]. Creo que lo correcto es proceder a la hospitalización del paciente», escribió Patterson.

*

El Hospital Estatal de Colorado es una conglomerado de edificios grandes y anodinos de ladrillo en el centro de Pueblo, una localidad que ha surgido en torno a sus instalaciones en gran medida para dar acomodo a una plantilla de trabajadores cada vez más numerosa para atender a una lista de pacientes cada vez más extensa. El hospital abrió sus puertas con poco más de una decena de pacientes[78] en octubre de 1879 bajo una denominación distinta –el Sanatorio Público Mental de Colorado–, con unas instalaciones que apenas eran las de una granja, y Pueblo era una localidad aletargada sobre una franja de llanura desértica a unos ciento sesenta kilómetros de Denver. La institución fue rebautizada en 1917, después de haberse ampliado para tratar ya por entonces a más de dos mil enfermos, todos ellos alojados allí y con poquísimas esperanzas de recibir jamás el alta.

Los primeros pacientes de Pueblo se veían sometidos a una batería aparentemente interminable de tratamientos químicos y eléctricos ideados con el fin de calmarlos. En la década de 1920, una época en la

que iba cogiendo fuerza el movimiento de la eugenesia, los médicos de Pueblo esterilizaban a sus pacientes femeninas a pesar de carecer de la autoridad legal para hacerlo. Parece que a ninguno de ellos se le ocurrió jamás pensar que tal vez aquello no fuese una buena idea. «Lo considerábamos una intervención menor»[79], dijo años después el eterno director del hospital, el doctor Frank Zimmerman, «para que no engendrasen más deficientes mentales».

Hacia la década de 1950, el hospital ya albergaba a más de cinco mil pacientes[80] y se había convertido en una pequeña comunidad autosuficiente –de un tamaño mayor que la cabeza de partido del condado más extenso del territorio estatal– en cuya nómina de trabajadores coincidían padres, hijos e incluso nietos, todos al mismo tiempo. Ante la imposibilidad de recurrir a la asamblea legislativa del estado en busca de financiación, el hospital dispuso que sus pacientes cultivaran sus propias cosechas y se encargaran de mantener una lechería, una granja de cerdos y una fábrica donde los internos tejían prendas textiles. Pueblo se había convertido en una colonia para enfermos mentales, un lugar donde la gente se quedaba ya para toda la vida. En aquellos años, los tratamientos más populares eran la terapia de electrochoque para la depresión, la terapia de choque con insulina para la esquizofrenia, la hidroterapia para los maníacos y la terapia de fiebre para la sífilis terciaria.

La brutalidad en Pueblo y en otros hospitales estatales no se convirtió en tema de debate público hasta que otras instituciones como Chestnut Lodge cambiaron de postura al respecto de las enfermedades mentales. Una de las primeras y más contundentes denuncias fue *Nido de víboras,* una novela semiautobiográfica de 1946 escrita por Mary Jane Ward –que más adelante se convertiría en un largometraje protagonizado por Olivia de Havilland– sobre la experiencia de los baños de agua abrasadora y la terapia de electrochoque como paciente de un hospital psiquiátrico público en Nueva York. En 1959, el Hospital Estatal de Pueblo aparecía también en una provocativa novela titulada *Los celadores,* basada en hechos reales –con nombres ficticios– y escrita por un antiguo trabajador del centro llamado Dariel Telfer. Si dejamos a un lado sus aspectos más

«de culebrón», al estilo de *Vidas borrascosas,* lo cierto es que *Los celadores* presentaba una imagen muy vívida de alguna de las prácticas más populares de los tratamientos de la época: la terapia de choque, el Thorazine, los tranquilizantes, el aislamiento, el luminal sódico o el amital sódico. Resulta especialmente reveladora la displicente descripción de una sala de alta seguridad del hospital que hace uno de los personajes al respecto: «Se trata de psicópatas, sobre todo[81]. Pueden hacer cualquier cosa que se les pase por la cabeza. Más que nada, lo que quieren es sexo, alcohol y pasarlo bien. Hay que mantenerlos ocupados, porque se ponen terriblemente mal cuando no tienen nada que hacer. Hay que ponerlos a trabajar, a todos y cada uno de ellos. Yo tengo a una en mi sala que lleva dos semanas sujeta con ataduras. Según su gráfico, lleva más de doscientas sesiones de terapia de choque. ¡Más de doscientas! ¡Imagínate!».

Una crítica en el *New York Times* dijo que *Los celadores* era un llamamiento para que se llevara a cabo una investigación y una reforma[82]. En efecto, en 1962, un gran jurado de ámbito estatal hizo público un cáustico ataque de treinta páginas[83] contra el Hospital Estatal de Pueblo en que se ponían de manifiesto muchos de los mismos problemas que se representaban en *Los celadores:* pacientes abandonados y sometidos a abusos, médicos sin licencia (uno de ellos, al menos, borracho en el puesto de trabajo), pacientes que se escapaban y se descontrolaban por las instalaciones. La escuela de terapia ocupacional se había convertido en un «centro de actividades inmorales», una oscura sección de los terrenos del hospital donde los pacientes se citaban para mantener relaciones sexuales y que había recibido el sobrenombre de «Villafelpudo». En un caso, una enfermedad sobre la que se informó un lunes no recibió atención hasta el sábado; aquel paciente falleció poco después.

Resultó que las reformas estaban a la vuelta de la esquina. La Ley de Salud Mental Comunitaria de 1963 del presidente norteamericano John F. Kennedy –inspirada, en gran parte, por la trágica experiencia de su familia con el internamiento y la lobotomización de la hermana mayor del presidente– ordenaba la reducción de tamaño de instituciones tan grandes como la de Pueblo. Esto había de ser una

buena noticia tanto para aquellas personas que habían quedado «aparcadas» de manera innecesaria como para aquellos casos más serios a los que les iba a venir muy bien una atención más individualizada, pero las cosas no salieron exactamente así. Al mismo tiempo que el Gobierno federal estaba vaciando las instituciones psiquiátricas de gran tamaño, los médicos de Pueblo apostaban de manera decidida por aquellos nuevos y milagrosos medicamentos neurolépticos con los que se podía tratar a los enfermos mentales sin necesidad de un contacto personal que resultaba caro.

Estos fármacos, el avance más trascendental en el tratamiento de la psicosis en el siglo XX, habían llegado una década antes a un campo bien alejado de la psiquiatría. En 1950, un cirujano francés llamado Henri Laborit estaba trabajando en un nuevo tipo de anestesia para el campo de batalla que mezclaba los narcóticos, los sedantes y las drogas hipnóticas. Este fármaco, al que llamó «clorpromazina», se probó por primera vez en seres humanos en el año 1952. Tal y como Laborit lo describía, los pacientes a los que se administraba este nuevo medicamento desarrollaban una «quietud eufórica»[84] y se quedaban «tranquilos y somnolientos, con una expresión relajada e indiferente». El propio Laborit llegó incluso a comparar los efectos con una «lobotomía química»[85]. La clorpromazina se estrenó en Estados Unidos en 1954 bajo el nombre comercial de Thorazine.

En los años en que los hermanos Galvin se hacían mayores de edad, el Thorazine tenía una aceptación cada vez mayor, como si fuera una especie de medicina milagrosa capaz de calmar a los pacientes y sacarlos de la psicosis en situaciones en las que no se podría haber conseguido sino por medio de la cirugía o la terapia de choque. En la época en que internaron a Donald y lo enviaron a Pueblo, en 1970, aquella medicación prometía lograr lo que parecía incapaz de conseguir la terapia: materializar aquella visión del tratamiento de la salud mental de los tiempos de Kennedy, dejar de «aparcar» a los pacientes y ayudar a algunos o incluso a muchos a abandonar el hospital. No obstante, el Thorazine no era una cura: atenuaba algunos síntomas, pero, en el mejor de los casos, lo que hacía era forzar una tregua inestable con la verdadera enfermedad. Además, ya planteaba

ciertas dudas desde el principio, empezando por los efectos secundarios[86]: temblores, inquietud, pérdida de tono muscular, trastornos posturales… Aquello que Laborit veía como tranquilidad y somnolencia a otros les parecía una sordina y una anestesia: una coz que los dejaba fuera de combate. En el caso de algunos pacientes, era como si nunca saliesen de su aletargamiento farmacológico, y si dejaban la medicación en algún punto, el siguiente episodio de psicosis solía ser más agudo que el anterior. Y también estaba la gran pregunta: ¿cómo funcionaba?

Ni siquiera hoy en día, nadie sabe con seguridad por qué el Thorazine y otros fármacos neurolépticos hacen lo que hacen. Durante décadas, los médicos han estado tratando la esquizofrenia farmacológicamente sin tener un conocimiento claro de la biología de la enfermedad. Al principio, los investigadores solo podían limitarse a examinar lo que el Thorazine le hace al cerebro del paciente y extrapolar teorías sobre la enfermedad basadas en lo que ellos percibían. La primera teoría creíble surgió en 1957, cuando un neurofarmacólogo sueco llamado Arvid Carlsson sugirió que el Thorazine[87] trataba los síntomas de la esquizofrenia a base de bloquear los receptores de la dopamina en el cerebro e impidiendo que muchos de esos mensajes trastornados y alucinógenos se descontrolaran. El trabajo de Carlsson sentó la base de lo que se conoció entre los investigadores de la esquizofrenia como la «hipótesis de la dopamina»[88]: la idea de que los receptores hiperactivos causaban de alguna manera la enfermedad.[3] El problema de la hipótesis de la dopamina fue que apareció otro fármaco neuroléptico, la clozapina, que aliviaba algunos de los síntomas de la esquizofrenia aún mejor que el Thorazine[89], pero ejercía justo el efecto contrario sobre aquellos mismos receptores de la dopamina: incrementaba los niveles de dopamina justamente allí donde el Thorazine los inhibía. Si tenían dos medicamentos antipsicóticos que eran eficaces y que estaban afectando a los niveles de dopamina en sentidos opuestos, entonces tenía que haber algo al margen de la hipótesis de la dopamina que explicara por qué ambos funcionaban.

Todos los fármacos que se han recetado para la psicosis desde los

tiempos de Donald hasta hoy han sido una variación del Thorazine o de la clozapina. El Thorazine y sus sucesores comenzaron a conocerse como medicamentos neurolépticos «típicos», mientras que la clozapina y sus herederos eran «atípicos», algo así como la Pepsi frente a la Coca-Cola, que sería el Thorazine. La clozapina podía resultar igual de peligrosa que el Thorazine: la preocupación generada por unos niveles de tensión arterial drásticamente bajos y por los ictus fue lo bastante seria como para retirarla del mercado durante más de una década. Aun así, la medicación se convirtió en el tratamiento común para la esquizofrenia, y el gran cisma en la profesión psiquiátrica no hizo sino agrandarse. En un bando, los médicos de los grandes hospitales públicos decían que la esquizofrenia requería de medicación, mientras que los terapeutas de ambientes más selectos seguían recomendando la psicoterapia.

Como la mayoría de las familias, los Galvin se encontraban a merced de algo que lo único que tenía de sistema sanitario de salud mental era el nombre, y se veían obligados a elegir entre dos opciones que ellos eran técnicamente incapaces de valorar. Al final, su decisión se redujo al aspecto económico. El seguro cubría a los familiares dependientes del personal de las Fuerzas Aéreas, pero Donald ya tenía veinticuatro años, y ya no estaba incluido. Así pues, la decisión ya estaba tomada. Pueblo era su única opción.

Donald llegó a Pueblo tras pasar seis días en la cárcel a la espera de que se tramitara el ingreso. Eso le ofreció seis días para ir aterrorizándose cada vez más ante la perspectiva de que lo internaran en un hospital psiquiátrico. En su entrevista de ingreso, intentó decir que tenía explicación perfectamente razonable para lo que había intentado hacerle a Jean y hacerse él con el cianuro: unas semanas antes había tomado peyote por primera vez –les contó–, y después supo que aquella sustancia pudo haber sido LSD. Dijo que ya se encontraba en perfectas condiciones y que iba a permitir que su mujer lo abandonara sin poner ninguna objeción al respecto; ya le había «entrado la neura» de aquella manera en una ocasión anterior, dijo él, cuando le dejó su primera prometida, y lo había superado por aquel entonces.

Los médicos de Pueblo no se fiaban. «Debería considerarse la posibilidad de un episodio psicótico», decían las notas. «Diagnóstico: neurosis depresiva o psicótico depresiva».

Al día siguiente, durante otra visita a los médicos, Donald se agarró a la mesa mientras insistía en que se encontraba bien y estaba preparado para valerse por sí mismo. No quería que lo ingresaran en un psiquiátrico, eso sí estaba claro. Aunque los médicos no se creyeran necesariamente lo que les decía, tampoco estaban seguros de cuán enfermo se encontraba, y eso a pesar del incidente con el cianuro. Donald recibió un nuevo diagnóstico: «neurosis de ansiedad, de moderada a severa, con rasgos obsesivos».

Cuando llegó Donald, Pueblo había quedado reducido desde su máximo histórico de seis mil pacientes hasta una cantidad cercana a los dos mil. Aun así, debido a la escasez de médicos titulados que había en plantilla para atender a los pacientes, el nivel de los cuidados apenas había mejorado. El personal que se encargaba de cuidar de los pacientes era lo que conocían allí como «técnicos de psiquiátrico», gente con una formación básica en enfermería pero, a menudo, sin título oficial de ninguna clase. Su principal responsabilidad era dispensar Thorazine, Haldol y otros fármacos: los sustitutos de los cuidados del médico. Las pastillas llegaban a granel a las salas, y aquellos técnicos de psiquiátrico se las entregaban a los pacientes, a menudo conforme a su propio criterio. «Era como repartir caramelos», recuerda Albert Singleton, que fue el director médico del hospital durante décadas.

A Donald le recetaron Tofranil, un antidepresivo de primera generación con unos efectos secundarios más fuertes que los que tenían los SSRI –los inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina de los tiempos del Prozac– y el Mellaril, un medicamento antipsicótico de primera generación del mismo corte que el Thorazine y que terminaron retirando del mercado cuando se descubrió que a veces provocaba arritmias cardíacas. Unas pocas semanas más tarde, el 15 de julio de 1970, después de cooperar con su tratamiento, Donald recibió el alta del hospital de Pueblo. Gracias a su ingreso en el psiquiátrico, no tendría que afrontar ninguna pena de cárcel.

Mientras él estaba en el hospital, Jane presentó una demanda de divorcio.

Con Donald de regreso en Hidden Valley Road, Don y Mimi tenían que tomar una decisión: ¿deberían dejarlo todo y quedarse en casa con su hijo enfermo, o debían darle la oportunidad de valerse por sí mismo y continuar viajando en pareja a los eventos de la Federación?

Al final, no les pareció que tuviesen tanta posibilidad de elegir, realmente. La Federación no era solo su única oportunidad de llevar la vida que siempre habían querido; era la única fuente de ingresos de la familia. Si Don y Mimi no mantenían las apariencias –si Don llegaba solo a Santa Fe o a Salt Lake City y contaba que estaban luchando con la enfermedad de uno de sus hijos adultos y que ese hijo estaba con ellos en casa porque había fracasado su matrimonio–, eso habría provocado muchas otras preguntas que ellos no estaban dispuestos a responder, así que jamás se plantearon seriamente la posibilidad de cambiar nada.

En lugar de eso, ayudaron a Donald a encontrar un trabajo en el departamento de admisiones de una escuela de negocios en Denver. La escuela envió a Donald a Dakota a conseguir alumnos, y estuvo fuera de la ciudad el tiempo suficiente para que Don y Mimi volaran a Salt Lake City primero en septiembre para asistir a una gala donde actuaría el Ballet West y de nuevo en noviembre para un almuerzo en honor del embajador de Argentina, Pedro Eduardo Leal, y su mujer. «Me senté al lado del jefe de la oficina consular de Ciudad de México. Donald ha estado hablando en español con él y con su mujer, y han disfrutado mucho todos», escribió Mimi a su madre en un papel con el membrete del propio hotel. Proseguía la carta alardeando sobre los setenta y cinco mil dólares que Don iba a conceder en ayudas a la orquesta sinfónica, el ballet y otros grupos. «¡Qué orgullosa deberías estar de sus buenas obras en tantísimos campos!». Cerraba la misiva hablando de las niñas: «Mary C. y Margaret tienen unas especiales ganas de verte. Están creciendo rapidísimo, ¡¡¡y es posible que este año sea el último que tengamos a todos aquí a la vez para poder verte!!!».

No mencionaba la hospitalización de Donald: el ataque a su mujer,

el divorcio, Pueblo, los fármacos. Mimi no se atrevió a decir una palabra sobre ello.

El trayecto de Donald en su viaje a Dakota no pasaba ni mucho menos cerca de Oregón, donde Jean estaba viviendo ahora. Sin embargo, aquello no le impidió convertirlo en una excusa para intentar hablar en persona con la mujer que se estaba divorciando de él. Hablaron durante cinco minutos, el tiempo suficiente para que ella le dijese que no quería verlo. Su tío Clarke –que no vivía muy lejos– fue a recogerlo y se lo llevó de regreso a casa.

De vuelta en Hidden Valley Road, a Donald le dio por afirmar que su matrimonio con Jean continuaba existiendo espiritualmente, porque –explicaba él– la Iglesia nunca había dado el visto bueno al divorcio. Anunció que quería ordenarse sacerdote y presentó una solicitud en el arzobispado, que envió a alguien a visitarlo. Tras unos minutos viendo a Donald hablar a toda velocidad sobre su sueño de construir una iglesia nueva en honor de san Judas, la reunión quedó más o menos finiquitada. Donald nunca volvió a saber nada de ellos.

Una tarde en que Margaret –de ocho años– regresó a casa del colegio, se encontró a Donald desnudo y soltando alaridos. Miró a su alrededor y vio la casa completamente vacía. Su hermano había sacado todos y cada uno de los muebles de la casa y los había amontonado en las pendientes de alrededor. Margaret recuerda la expresión de angustia en la cara de su madre cuando le pidió que fuera a encerrarse en el dormitorio principal, la única habitación de la casa que tenía pestillo en la puerta. Recuerda que se encontró allí a su hermana Mary, de cinco años, que ya estaba esperando a que alguien le hiciese compañía. Unos momentos después llegó su madre. Mimi les dijo que tenían que quedarse allí metidas mientras esperaban a que llegara la policía para llevarse a Donald.

A través de la puerta cerrada y con el pestillo echado, Margaret oía a su hermano mayor, que vociferaba citas bíblicas entremezcladas con palabras que no significaban nada. Recuerda que la policía tardó una eternidad en llegar. Finalmente, oyó crujir la gravilla del camino de entrada y vio los destellos de las luces rojas y azules en las paredes del dormitorio.

Recuerda que su madre salió de la habitación para hablar con la policía y dijo: «Es un peligro para sí mismo y para los demás».

Recuerda salir del dormitorio principal de la casa y ver a su hermano sentado en el asiento de atrás del coche patrulla, el azul y el rojo de las luces de emergencia, que desaparecían en la distancia.

Y recuerda que Donald siempre volvía a casa, antes o después.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 11

En un radiante lunes del mes de junio de 1971, un reactor aterrizó en el aeródromo de Sardy, en Aspen (Colorado), con setenta miembros de la compañía de baile del Ballet West a bordo. Todos los veranos, la *troupe* de Salt Lake City venía a Aspen por una temporada con un contrato para actuar ante un entregado público de gente acaudalada que tenía allí una bonita segunda residencia. Este verano era distinto: el Ballet West iba a ensayar y a representar seis nuevas producciones como avance de la gira europea que tendría lugar a finales del verano con varias estrellas invitadas: Linda Meyer, del San Francisco Ballet, Karel Shimoff, del London Festival Ballet, y, del New York City Ballet, uno de los mejores bailarines de su generación, Jacques d'Amboise.

Se abrió la puerta del avión y salieron los tres bailarines invitados, envueltos en glamur y sonrisas. Por la escalerilla metálica ascendía una niña con los calcetines blancos hasta la rodilla, unos zuecos y un vestido vaporoso cosido a mano por su madre. Margaret Galvin –de apenas nueve años, con el pelo oscuro y largo con la raya en medio y una pícara sonrisa– llevaba un ramo de flores para Jacques d'Amboise. La niña formaba parte del comité de bienvenida, feliz de que la hubieran elegido para entregar el ramo en nombre del grupo que había financiado el Ballet West durante años, la organización que dirigía su padre.

Los viajes que Don y Mimi hacían a Aspen con la Federación de Estados de las Rocosas eran una maravilla para Margaret. No soñaba con nada que no fuese la danza, con unirse al Ballet West cuando fuera más mayor; incluso lucía los mismos zuecos azules tan sencillos que preferían los miembros de la compañía. La niña recibía clases en Aspen durante los meses de verano –tres al día, además de pantomima y claqué– con un atuendo que le había comprado su madre en una boutique allí mismo. A los doce años, Margaret iba camino de ser bailarina: practicaba en Aspen todos los días desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, luego se marchaba a los ensayos, y

después a casa para picar algo rápido antes de irse a ver las representaciones, por la noche. Cuando ya tenía la edad suficiente, su hermana Mary se unía a sus aventuras por Aspen, se paseaban arriba y abajo por Maroon Creek buscando setas y se subían juntas al telesilla hasta Aspen Highlands. Las dos hermanas se daban cuenta de que la gente iba detrás de su padre para charlar y en busca de consejo, y veían lo cómodo y relajado que se mostraba él con todo el mundo, rara vez sin su Martini en la mano. Su madre también parecía disfrutarlo por muchas que fueran las noches en que, mientras se daba unos toquecitos de su perfume de Estée Lauder, decía inquieta a sus hijas que la familia no contaba con el dinero suficiente para que ella pudiera permitirse la ropa que debía lucir.

¿Y los chicos? En los años anteriores a su ingreso en Pueblo, Donald estuvo un tanto desaparecido, casado en Fort Collins, a no menos de dos horas en coche de Hidden Valley Road. Cuando enfermó, a veces estaba en casa, otras veces en el hospital, y en otras ocasiones intentaba vivir de manera independiente, buscándose trabajos en tiendas o vendiendo artículos puerta a puerta. Mientras Donald estuviera en condiciones como para intentar vivir en otro sitio, aquellos viajes a Aspen y a Santa Fe podrían continuar.

Jim estaba casado y vivía con Kathy y Jimmy en el centro de Colorado Springs. Los siguientes por orden de edad, John y Brian, estaban en la universidad, y los que venía detrás –Michael y Richard– estaban en edad de ir al instituto y solo venían a Aspen y a Santa Fe en ocasiones. El resto de las veces, se quedaban en casa y se ocupaban de cuidar a los cuatro hermanos pequeños –Joe, Mark, Matt y Peter–, de llevarlos a los entrenamientos y de asegurarse de que comían a su hora. Podían elegir si iban o no a aquellas salidas de sus padres con la Federación, pero preferían quedarse en la pista de hielo o en el campo de fútbol.

Sin embargo, aquellos viajes lejos de casa lo eran todo para las niñas. Margaret podía fingir que aquella era su vida todo el año. El hechizo se rompía siempre que sus hermanos venían con ellas. «Tenéis que largaros de aquí», pensaba Margaret al ver a Joe, a Mark, Matt o Peter soltándose latigazos con las toallas o tirándose en bomba a la

piscina. «Este sitio es mío». Lo último que ella deseaba era estar con cualquiera de sus hermanos, ni en Hidden Valley Road ni en ninguna otra parte.

Margaret apenas tenía edad de gatear cuando la familia se mudó a Hidden Valley Road, en 1963, y en aquellos primeros y felices años, su existencia era la de un accesorio de atrezo para sus hermanos. Todos los chicos habían pasado por un papel similar antes que ella. «Éramos el balón de fútbol americano», dijo una vez su hermano Richard al recordar cómo lo lanzaban de un lado al otro del antiguo salón de la casa, cuando él era el más pequeño. En el caso de las chicas, primero Margaret y después Mary se convirtieron en el juguete de todos.

En la intimidad, los diez chicos le hacían cosquillas, la fastidiaban y la metían en sus juegos de azotes sin mayor motivo que el de pasar el rato. Al principio, esto emocionaba a Margaret, que adoraba a sus hermanos. Era dos años más pequeña que el menor de sus hermanos, Peter, y diecisiete años más pequeña que Donald, el mayor. Cuando ya tenía el tamaño suficiente, Margaret se colaba entre los setos de robles enanos y se subía a los pinos para espiar a los chicos, que estaban construyendo un fuerte de tres pisos en un árbol en lo alto del promontorio, desde donde se dominaba todo el valle. Cuando sus hermanos terminaron el fuerte, Margaret tenía miedo de subir hasta allí, pero lo hizo de todos modos, cuando los chicos la tacharon de llorona.

Margaret era demasiado sensible como para no interiorizar el conflicto entre los hermanos –tanto forcejeo, los puñetazos y las peleas– aun cuando no tenía que ver con ella. Margaret iba creciendo y, poco a poco, iba dejando de ser una mascota y se iba convirtiendo en un objetivo, un blanco fácil. En su camino de vuelta a casa desde el colegio, sus hermanos le tiraban piñas de los pinos y globos de agua desde lo alto del promontorio. Cuando estaba en casa, el juego de los azotes continuaba estando a la orden del día, pero ahora había un evidente trasfondo sexual. A Mark le dijeron una vez sus hermanos mayores que viniera corriendo y «se lo hiciera» a Margaret. La toqueteaban y la manejaban de forma extraña, la acosaban con dureza, de un modo en que algunos de los chicos pudieron haber

considerado inocente y divertido.

¿Eran abusos, o se trataba más bien de una panda de chicos alterados, en plena forma y sin asomo de límites, sin ningún control interno, que buscaban el contacto físico los unos con los otros y también con ella? Margaret se haría aquella pregunta durante años. En cualquier caso, su inferioridad era excesiva como para entablar con ellos un combate abierto. Ella quería que la reconfortaran y la protegiesen, y eso nunca parecía ser una opción en Hidden Valley Road, sede de aquel perpetuo torneo de lucha libre que duraba las veinticuatro horas del día.

Una buena parte de los años de formación de Margaret –y después, de Mary– se desarrolló en las gradas del Broadmoor World Ice Arena, asistiendo a entrenamientos y partidos de hockey sobre hielo. Los cuatro hermanos más pequeños formaban su propio subgrupo dentro de la familia y participaban juntos en todos los deportes, aunque el hockey era el que mejor se les daba. Joe era afable e introspectivo. Mark era un prodigio del ajedrez, sensible y –para ser un Galvin, al menos– de un comportamiento asombrosamente bueno. Matt era travieso, pero también tenía talento para la alfarería. Peter, el más pequeño, era el insurrecto de la familia, más rebelde que cualquiera de los demás en el pasado, incapaz de contestar a Don y a Mimi cualquier otra cosa que no fuese un «no». Apenas pasaba una sola semana sin que uno de los cuatro hermanos del hockey saliese en la *Gazette* de Colorado Springs por su actuación en los partidos, cuyo punto culminante fue un momento glorioso, cuando tres de ellos iban juntos al instituto y compartían vestuario y pista de hielo en el mismo equipo, en una jugada en que Joe y Mark se pasaron la pastilla para asistir a Matt, que marcó un tanto, y el narrador exclamó: «¡Galvin para Galvin para Galvin!».

En sentido de las agujas del reloj, desde arriba: Peter, Mark, Joe y Matt

En casa, entre un entrenamiento y otro, los chicos se retaban con preguntas a ver quién sabía más de deportes, veían juntos cualquier partido que pusieran en la televisión, forcejeaban y se peleaban. Matt se rompió la mandíbula y el occipital durante un partido de hockey, hubo que llevarlo corriendo a urgencias, y se pasó varias semanas con un mar de clavos y puntos que le mantenían juntas las piezas de la

cabeza, e incluso aquello era también algo típico en casa de los Galvin, nada fuera de lo común. Margaret se refugiaba con su madre en la cocina y le echaba una mano mientras la escuchaba quejarse sin parar de los incordios cotidianos. Iba al mercado con ella y se encargaba de controlar el segundo carrito, necesario para una compra del tamaño que requería una familia como la suya. También se sometía obediente a las constantes observaciones que su madre le hacía al respecto de su conducta, de las notas de clase y de sus intentos con el dibujo y la pintura.

En sexto curso, un profesor alabó un cuadro que había pintado Margaret, y ella detectó algo nuevo en su interior. Solo había percibido algo similar cuando bailaba, la sensación de crear algo de la nada, de servir para algo, de ser algo más que una simple pieza del mobiliario en el cuarto de juegos de sus hermanos. Margaret había observado lo que hacía su madre con las acuarelas, cómo pintaba setas y pajarillos. Ahora se preguntaba si ella también podría hacer eso algún día.

Sin embargo, Margaret se sentía demasiado acobardada por la figura de su madre como para competir así con Mimi. Ella siempre había necesitado más refuerzo, apoyo y aprobación del que su madre estaba dispuesta a dar, así que cogió todos aquellos sentimientos y los metió en un cajón, por el momento.

En la época en que la familia Galvin se mudó a Hidden Valley Road, Donald vivía fuera, en la universidad, y solo venía a casa de visita. Tras recibir el alta del hospital de Pueblo, su estancia en el hogar familiar parecía indefinida, hasta que se pusiera mejor, quizá, o al menos hasta que se pudiera confiar en su capacidad para conservar un empleo y vivir solo. Aquel día parecía muy lejano para todos, y, para Margaret, que tenía ocho años cuando Donald vino a vivir a Hidden Valley Road, cada día con él allí traía el temor de algo nuevo. Donald oficiaba misa para una parroquia de una sola persona –él mismo–, vociferaba las bienaventuranzas, el Ave María y varios pasajes bíblicos. Después, se marchaba a la tienda de decoración y compraba unos marcos de fotos baratos que colgaba por las paredes de toda la casa con citas de una sola palabra como «sinceridad». Se sentía tan

confinado en la casa que se marchaba a caminar kilómetros y kilómetros por el vecindario, el condado y el territorio estatal.

Todos los domingos en misa, Mimi pedía a los niños que rezaran por Donald, pero en público se dedicaba a sonreír con disimulo y decía que su familia de doce hijos era un poco caótica y excéntrica, pero adorable, igual que la de *Vive como quieras.* Lo máximo que llegaba a decir sobre Donald era que su hijo no había vuelto a ser el mismo desde que lo dejó Jean. Aquella mujer no había sido una buena elección para su hijo. Su matrimonio había sido un absoluto error, para empezar. Ahora, Donald no parecía capaz de olvidarla. «Esa mujer no era una esposa… No lo era», decía Mimi con un gesto negativo con la cabeza, dando a entender –sin llegar a decirlo– que los problemas de su hijo eran consecuencia de un desengaño amoroso.

Mimi redoblaba los esfuerzos de su perfeccionismo, y las niñas se convirtieron en sus colaboradoras más leales. Las dos intentaban ayudar a su madre –sacaban la basura, fregaban el suelo, lavaban los platos, ponían la mesa, pasaban el aspirador, limpiaban los baños– y hacían como si no hubiera un hombre enfermo de veinticinco años merodeando por el jardín o retorciéndose en el suelo. La familia continuaba cenando a las seis, y a la mesa se debía sentar todo aquel que anduviese por la casa, aunque se hubiera tirado gran parte del día ataviado con la túnica de un monje como en el caso de Donald. Mimi también trató de incluir al mayor de los hermanos en las salidas de la familia, pero con resultados dispares. Cuando se lo llevó a un partido de hockey, Donald se arrodilló en medio del gentío y comenzó a rezar. Esa noche, cuando masticaba a dos carrillos un trozo de filete, dijo que se estaba comiendo el corazón de su padre.

Limitarse a tener la esperanza de que las cosas pudiesen cambiar para Donald no parecía estar funcionando en absoluto. Margaret cumplió los nueve años, los diez y los once en Hidden Valley Road con Donald allí, dominando todos los aspectos de su vida familiar. Margaret y Mary se acostumbraron a verlo intercambiando golpes con los hermanos que aún quedaban en casa: Joe, Mark, Matt y Peter. Una vez, Donald pensó que uno de sus hermanos se había llevado sus medicinas e intentó estrangularlo. En otra ocasión, Donald se tomó el

bote de pastillas entero y vino una ambulancia a buscarlo, una vez más. La única persona dispuesta a romper el silencio al respecto del problema de Donald era Jim, el segundo hijo, el espíritu libre, que disfrutaba pasándose por Hidden Valley Road para soltarles lo que él tenía claro que estaban pensando todos los demás. «Cierra la puta boca. Fuera de aquí. ¿Por qué no te vas? ¿Por qué no te largas de aquí? ¿Qué haces tú viviendo aquí a tu edad?».

A Jim se le ocurrió un mote para Donald: el Mongolo. Aquel nombre se le quedó. A la mayoría de los hermanos pequeños se le escapaba más de una vez al día. Meterte con Donald te hacía sentir mejor que andar evitándolo, algo que les quitaba toda capacidad de intervención. Convertir a Donald en el objeto de sus burlas les daba una sensación de control sobre una situación que no se podían explicar, pero también los tranquilizaba porque, fuera lo que fuese Donald, no era lo mismo que ellos.

Una tarde, Donald le sacó un cuchillo a Mimi. Margaret salió corriendo hacia el teléfono de la cocina e intentó llamar a la policía una vez más, pero esta vez, su hermano vino dando bandazos y arrancó el teléfono de la pared. Margaret comenzó a gimotear y a sollozar. El cable del aparato le había sacudido una descarga eléctrica.

Margaret vio que su madre tomaba el control: una vez más, le dio la orden de que se metiera en el dormitorio principal y cerrara la puerta con pestillo. Margaret obedeció a su madre, pero pegó el oído a la puerta. Transcurrido lo que a ella le pareció una eternidad, oyó un movimiento de pasos acelerados en la cocina, unos gritos: las voces de otras personas.

Mark y Joe habían regresado de su entrenamiento de hockey. Se estaban enfrentando a Donald, protegían a Mimi y, tal vez –pensó Margaret por aquel entonces–, le estaban salvando la vida a ella.

Donald se marchó airado de la casa, jurando que jamás iba a regresar al hospital. Margaret no oyó nada después de aquello, salvo el llanto de su madre.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 12

No sin una enorme satisfacción –más bien como si fuera la declaración de una gran victoria–, Jim intervino para proteger a los hermanos más pequeños frente a Donald. Era frecuente que Jim recibiera en su casa a todos los hermanos pequeños, que se quedaban a dormir. Se llevaba a Margaret y a Mary al cine, a patinar sobre hielo y a la piscina, a esquiar en las pistas de Broadmoor y a subir en el Manitou Incline, la famosa atracción turística con funicular donde trabajaba Jim. Enseñó a Margaret a volar la cometa y a montar en bici, y subía a todos los pequeños en su motocicleta Yamaha 550.

Cuando las cosas se ponían demasiado tensas en casa, Don y Mimi estaban encantados con que las niñas pasaran fines de semana enteros en casa de Jim y Kathy. Les parecía que Jim ahora mantenía la estabilidad, que su ingreso en el hospital había quedado atrás. Kathy se convirtió casi en una madre para las dos niñas, les cepillaba y les rizaba el pelo mientras veían todos juntos *Sonny & Cher* en la tele.

Era una decisión fácil para las niñas. Desde luego que preferían quedarse con Jim y Kathy si eso significaba evitar a Donald. Para sus padres, Jim venía al rescate y los liberaba de parte de la carga cuando más ayuda necesitaban.

Jim era tan cariñoso con las niñas, tan abierto y acogedor que, cuando empezó a toquetearlas, pareció prácticamente algo normal.
Sus acercamientos se producían siempre de la misma manera. Siempre muy tarde, por la noche. Solía estar borracho, después de su turno en el bar. La televisión estaba encendida, Kathy acostada ya, y él entraba en el salón y se tumbaba junto a Margaret, en el sofá de flores verdes donde ella dormía. Margaret recuerda el sonido de las burbujas del acuario y el diseño de damasco azul verdoso del sofá (heredado de Mimi), la mecedora de mimbre que miraba hacia la cocina y los discos puestos de pie, en fila en el suelo, entre unos bloques de hormigón ligero, la ventana que se asomaba al patio y a otro dúplex y el sonido del himno nacional que ponían cuando desconectaban las cadenas de

televisión. Jim penetraba a Margaret con los dedos y después lo intentaba con el pene, pero nunca fue capaz de conseguirlo.

Tal y como Margaret lo recuerda, Jim fue detrás de ella por primera vez cuando ella tenía unos cinco años, hacia 1967, unos pocos años antes del primer ingreso de Donald en Pueblo, cuando Margaret empezó a quedarse a dormir en casa de Jim de manera ocasional. Era demasiado pequeña para percibir lo que estaba ocurriendo como un acto de violencia. Manipulación, atención y depredación, todo entremezclado hasta el punto en que, sin nada más a su alcance con lo que compararlo, lo que sucedía se asemejaba un poco al amor. De manera que, cuando aquellas noches ocasionales se convirtieron en largos fines de semana, todo le pareció natural a Margaret. En una ocasión, estaba con Jim en una tienda donde vendían piedras pulidas decorativas, y se pasó un largo rato observando una llamada «el ojo del tigre». Jim se la compró. Margaret estuvo adorando aquella piedra durante años, hasta el día –años después– en que se percató de lo mal que estaba todo aquello.

Los sentimientos de Margaret hacia Jim comenzaron a cambiar cuando tenía unos doce años, antes de tener el período. Fue en esa época cuando comenzó a rechazarlo por la noche, a apartarlo. Aun entonces, siguió sin decirle a nadie lo que le había estado haciendo Jim, en especial a su hermana menor Mary, demasiado pequeña a ojos de Margaret para contárselo. Lo que la hermana mayor no había tenido en cuenta era que Jim iba a ir en busca de Mary en cuanto ella lo rechazó.

Mary tenía unos siete u ocho años cuando tuvo un momento a solas con su hermana mayor y le preguntó si a ella también la había incordiado Jim alguna vez. La respuesta de Margaret fue breve y definitiva, una manera de cortar la conversación: «No sé de qué me estás hablando».

Pasarían años antes de que las hermanas volviesen a hablar de Jim. Las chicas fueron de las primeras en ver que Jim era tan absolutamente inestable como su hermano Donald. Más allá incluso de lo que les hacía a ellas dos por las noches, bebía mucho, constantemente, y las peleas con Kathy eran cada vez más frecuentes.

Aunque Jim nunca pegara a sus hermanas, sí vieron cómo pegaba alguna vez a Kathy en unos arrebatos de furia breves como un relámpago, tan delimitados que parecía que se convirtiese en otra persona por un instante y volviera a ser él mismo de inmediato. No obstante, Jim comenzaba a tener dificultades para volver a ser él mismo. Mary recuerda haber tenido que marcharse de aquella casa más de una vez con Kathy y con el pequeño Jimmy, para alejarse de él.

En el análisis de su mentalidad preadolescente, bloquear los encuentros nocturnos con Jim y su violencia hacia su mujer como si no existieran era el precio que Margaret y Mary tenían que pagar por conseguir unos días de liberación de la casa de Hidden Valley Road.

Era más que eso. Estar con Kathy y con el pequeño Jimmy las hacía sentirse integradas en una medida que no percibían en su casa, no cuando era tantas las atenciones dispensadas en otra dirección. Las dos temían tanto a Donald que, en la competición entre Jim y él, ganaba Jim. Aquello bastaba de por sí para explicar por qué ambas seguían yendo.

Pero además había otra razón.

Las dos eran demasiado pequeñas como para saber con seguridad que lo que estaba haciendo Jim no estaba bien. Además, Jim no era el primero de sus hermanos que lo había intentado con alguna de las dos.

Uno de los primeros recuerdos de la infancia de Mary, con unos tres años, era el de Brian abusando de ella. Margaret también se acordaba de los toqueteos inapropiados de Brian, más de una vez. Brian le caía tan bien a todo el mundo y se había marchado tan rápido de la casa tras el instituto que las niñas tampoco le dijeron nada a nadie sobre él.

La verdad sobre los Galvin –lo que Don y Mimi no vieron jamás y nunca hubieran sido capaces de permitirse ver– era que, en la época de los acercamientos de Jim a las niñas, todo el mundo en la casa de Hidden Valley Road parecía vivir en un entorno donde no había consecuencias.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 13

Si Donald había sido el imponente líder de los chicos Galvin y Jim era el segundo hijo, el resentido, el tercero –John Galvin– hacía cuanto estaba en su mano con tal de mantenerse completamente al margen de la refriega. Era el intérprete de música clásica más entregado de toda la familia, practicaba con dedicación, acataba la disciplina en el instituto y se pasaba la mayor parte del tiempo evitando a sus hermanos mayores. Después de marcharse de casa en otoño de 1968 con una beca para estudiar música en el campus de Boulder de la Universidad de Colorado, rara vez regresaba a Hidden Valley Road.

John se enamoró en su tercer año de carrera, en otoño de 1970, y, con una cierta sensación de inquietud, tomó a su flamante novia, Nancy –también estudiante de música– y se la llevó a casa a conocer a su familia. John supo que la visita había sido una idea terrible desde el mismo instante en que cruzaron la puerta. Todo era mucho peor que cuando él se había marchado. Todos los miembros de la familia se habían encerrado en sí mismos. Si antes salían todos a recorrer los campos, a hacer volar a los halcones y a escalar por las rocas, ahora se dedicaban a esconder a Donald lo mejor que podían con tal de que nadie reparase en él. Vio que su madre contaba con todo un repertorio de peroratas prefabricadas e ideadas a modo de contraprogramación de las que soltaba Donald: muchísima charla sobre ser católicos, mucho mencionar nombres y mucho hablar de temas culturales para quedar siempre por encima de los demás; las viejas historias del abuelo Kenyon y las nuevas sobre Georgia O'Keeffe. Con un Donald que se dedicaba a hablar con el diablo en un cubo de basura o a pasearse toqueteándolo todo y balbuciendo sin parar, vieron lo peor de una Mimi que trataba de controlar a los ocho hijos que aún quedaban en casa al tiempo que negaba –al menos de cara al exterior– que hubiera el menor problema en aquella casa.

John y Nancy trataron de quitarle hierro al asunto. Tocaban para Mimi, y eso la dejaba encantada: mazurcas y estudios de Chopin y

sonatas de Beethoven hasta altas horas de la noche. Ahora bien, hay ocasiones en que los recién casados permiten a su pareja sentir cosas que a ellos les avergüenza sentir, y así, era Nancy quien hablaba más sobre lo que estaban presenciando. Ella procedía de una familia pequeña –«de tamaño normal», en sus propias palabras– y no podía dejar de comentar que la casa de Hidden Valley Road parecía sumida en un caos emocional, en la confusión y la anarquía. Las peleas interminables, la falta de un espacio personal, cuatro conjuntos de literas sin espacio para que ninguno de ellos tuviera un momento a solas: ¿cómo iba nadie a esperar de una madre que criara a tantos hijos en semejante olla a presión? Y aquellas niñas pequeñas… ¿cómo diantre se las arreglaban para tener algo de intimidad? Cualquier persona que viviera en esa casa, ¿cómo iba a disponer de un solo instante para pensar?

Cuando John miraba a sus padres, veía a dos personas que se esforzaban mucho por recuperar una pequeñísima porción de lo que habían tenido tiempo atrás. Qué prometedor se antojaba todo en sus primeros años, y ahora eran muchas las cosas que iban mal. Esto –pensaba John– explicaba que su padre se lo hubiera llevado aparte en una de sus visitas y le sugiriese que intentara que las cosas le fuesen mejor aún de lo que ya le iban, que dejara la música y se dedicara a la política.

–La música es una profesión egoísta –dijo Don–. Te pasas mucho tiempo metido en una sala de ensayo. No te relacionas casi con gente. ¿Para qué sirve lo que estás haciendo?

Las palabras de su padre entristecieron a John, pero no fueron una sorpresa. Él siempre había estado convencido de que su padre nunca tuvo un gran concepto de él. John se había pasado gran parte de su infancia en un segundo plano y nunca pensó que nada que él hiciese fuera a llamar la atención de su padre, y mucho menos impresionarlo. John no era el único que se sentía de esa manera. Don Galvin era una figura titánica en la vida de sus hijos: el halconero, el intelectual, el héroe de guerra, el oficial de inteligencia que manejaba información clasificada y ahora aconsejaba a gobernadores y magnates del petróleo. De una forma u otra, los diez chicos crecieron convencidos

de que jamás podrían ser como su padre.

Y así, nadie se quedó más asombrado que el propio John cuando, en el día de su boda con Nancy en 1971, Don le dijo en confianza a la madre de la novia:

–Se lleva al mejor de la camada.

*

Brian –el cuarto hijo, después de Donald, Jim y John– era el más apuesto de los Galvin: más guapo aún que Donald, la estrella americana de mandíbula contundente. Su padre lo había apodado el Caballero Negro por el color azabache de sus cabellos. Era el más veloz corriendo, el que lanzaba la pelota con más fuerza, y su talento natural para la música daba sopas con honda a todos los demás, incluido su aplicado hermano John. En un momento dado, Don y Mimi vieron que Brian era capaz de escuchar una pieza musical en la radio y tocarla perfectamente al teclado unos instantes después –clásica, jazz, blues, rock, cualquier cosa–, así que le pagaron unas clases particulares de piano.

A pesar su inmenso talento, Brian era también muy callado, casi tímido. Pasaba mucho tiempo jugando al ajedrez con Mark, el octavo hijo, que era seis años más pequeño que él y resultó ser un prodigio del tablero. No obstante, los hijos que no son muy expresivos tienen una cierta manera de atraer sin esfuerzo una mayor atención de sus padres, y de ese modo, el distanciamiento de Brian, su halo de misterio, hacía que Don y Mimi quisieran complacerlo todavía más. También estaban subyugados por el talento de Brian, y se alarmaban tanto con los altibajos emocionales del joven Donald que recibían con los brazos abiertos cualquier promesa de felicidad para el resto de los chicos. Así, cuando Brian y unos amigos del instituto formaron un grupo de música rock, Don le compró a Brian un bajo nuevo Höfner exactamente igual que el de Paul McCartney.

Los chicos bautizaron su grupo musical «Paxton's Backstreet Carnival» en honor a una canción de un disco de la banda Strawberry Alarm Clock. Tocaban versiones de los Beatles, los Doors, Steppenwolf, los Stones, la Creedence o los Zombies. Brian tocaba el

bajo y la flauta y, además, era el líder de facto del grupo, el que era capaz de desentrañar las complejidades de cualquier canción en un santiamén, anotar mentalmente la partitura y enseñar la canción al resto de la banda. Aprendió él solo a tocar la guitarra eléctrica durante las vacaciones de verano, y en otoño ya se encargaba de tocarla también con el grupo. «Yo creo que, en ciertos aspectos, Brian era el que tenía un mayor talento de todos nosotros», dijo Bob Moorman, el organista y vocalista del grupo, hijo del general Thomas Moorman, director de la Academia de las Fuerzas Aéreas.

Brian, primero por la izquierda, con su grupo

El grupo de Brian consiguió contratar bolos por todo el estado:

Glenwood Springs, Denver, South Trinidad… Tocaban en bailes de fin de curso, en un baile de la Legión Americana, en el encuentro nacional de la Organización de Jóvenes Católicos celebrado en Denver y, aunque eran menores de edad, tocaban con regularidad en un bar local, el VIP. En la primavera de 1968, estaban tocando en Denver cuando oyeron un tiroteo en la distancia, unos incidentes tras el asesinato de Martin Luther King Jr. Colorado Springs sería una plaza militar en la época de la guerra de Vietnam, pero los Paxton's Backstreet Carnival tenían tal aire de inocencia que contaban con todo el apoyo de la generación anterior. Cuando se torcían las condiciones climatológicas, el general Moorman le facilitaba la vida al grupo y se tomaba la molestia añadida de controlar la situación de la carretera interestatal para asegurarse de que los chicos podían llegar en coche hasta sus bolos sin mayores problemas. Después de clase, Brian y sus compañeros del grupo iban caminando hasta la casa de los Moorman, una residencia privada de gran tamaño a la vuelta de la esquina del Instituto de la Academia del Aire, donde contaban con más espacio para ensayar. El grupo se convirtió en un elemento tan habitual en la institución que incluso tocaban para las personalidades que venían de visita. Lucille Ball rodó en la Academia de las Fuerzas Aéreas las dos partes de un episodio de su nueva serie televisiva *Aquí está Lucy* y tuvo entonces la cortesía de escuchar a los Paxton's Backstreet Carnival y de estrechar después la mano de todos y cada uno de los miembros de la banda. Lo que nadie sabe es qué opinión se hizo del grupo. Cuando Richard Nixon vino a dar un discurso de graduación, cinco agentes secretos vestidos con su traje negro interrumpieron un ensayo del grupo, incrédulos al ver una banda de rock tocando en el garaje del director de la Academia de las Fuerzas Aéreas.

Cuando Mimi y Don estaban fuera –con las niñas en Aspen o en Santa Fe–, Brian abría las puertas de Hidden Valley Road para dar unas fiestas que, al parecer, atraían a toda la promoción de alumnos de último año, y la mayoría de ellos fumaba hierba delante de los hermanos pequeños de Brian. Él comenzó a tomar también LSD, pero para Don y Mimi, Brian nunca parecía ser un problema. ¡Con el talento que tenía! Y tan guapo, tan agradable a la vista. Jamás se les

pasó por la cabeza que Brian pudiera estar sufriendo sin que nadie lo viese, exactamente igual que le había pasado a Donald.

Tras la graduación, Brian siguió los pasos de John y estudió Música en Boulder. Aguantó un año antes de tomar la decisión de que la facultad no era para él. No quedaba nada que lo atase a Colorado –finiquitados ya los Paxton's Backstreet Carnival–, así que hizo planes para marcharse con el deseo de seguir tocando y de formar un grupo nuevo. Uno de los últimos bolos de Brian en Colorado hizo historia, aunque no fuese por él. El 10 de junio de 1971, hizo de telonero de Jethro Tull en Red Rocks, el auditorio de conciertos montado sobre una repisa natural de roca a las afueras de Denver. Las entradas se agotaron enseguida, y se presentó allí más de un millar de fans sin entrada; desviaron el exceso de aforo hacia una zona a una cierta distancia, pero algunas de aquellas personas comenzaron a escalar la pared que separaba su zona del anfiteatro que albergaba el auditorio. Otras cargaron contra las puertas. La policía sobrevoló la zona con un helicóptero y bombardeó a la muchedumbre con gases lacrimógenos.

Aquel concierto quedaría grabado durante décadas como un recuerdo infame, «los Disturbios de Red Rocks», una versión de Altamont en miniatura. Resultaron heridas veintiocho personas, cuatro de ellas agentes de policía, que recibieron atención médica en el hospital local. Richard y Michael Galvin, por entonces de dieciséis y dieciocho años, recuerdan ver a su hermano, la estrella del rock, desde un lugar seguro. Brian estaba en primera línea del escenario tocando la flauta cuando la policía cargó –«estaba solo con un guitarrista», cuenta Michael–, no tan lejos como para no llegar a inhalar los gases lacrimógenos, pero *sí* estaba demasiado concentrado como para percatarse de lo que estaba sucediendo.

*

Aquel mismo verano de 1971, Michael Galvin –el quinto y único hijo que aceptaba con orgullo la etiqueta de *hippie*– acababa de salir del instituto sin plan de vida de ninguna clase después de graduarse, y no podía estar más encantado al respecto. La universidad no entraba en sus planes. No era una persona ambiciosa, pero de alguna manera se

las arreglaba para hacer lo que quería en la mayoría de las ocasiones, y a él casi siempre le bastaba con eso. Ya se habían producido los incidentes del concierto de Altamont, los de la Familia Manson y los de la Universidad Estatal de Kent, pero los años sesenta no habían perdido aún su lustre a ojos de Michael ni de tantos de sus amigos. Con la guerra de Vietnam todavía en pleno auge, no es que Michael fuera realmente un objetor de conciencia, sino que nunca llegó a presentarse al sorteo para la incorporación a filas. Su plan –si es que se podía denominar así– era pasar con la mayor tranquilidad posible por cualquier situación en la que se viera envuelto y ver qué sucedía a continuación.

Aquel verano fue el comienzo de su separación del resto de la familia, el primer paso para convertirse en sí mismo. Primero hizo autostop hasta Aspen, donde todos sus conocidos estaban leyendo *El profeta,* de Kahlil Gibran, y *Las enseñanzas de don Juan, una forma yaqui de conocimiento,* de Carlos Castaneda. Michael agarró los dos libros, empezó a leerlos y, en cierto modo, nunca los soltó. En realidad no se trataba tanto de que el mensaje que quisieran transmitir los autores hubiera calado en él de manera específica, cuanto descubrir una cosmovisión que no tenía absolutamente nada que ver con la austera educación católica que se había visto obligado a soportar. Aquellas nuevas ideas entraban fácilmente con la marihuana, el hachís y el LSD, pero eso formaba parte de su atractivo.

Desde Aspen, Michael hizo autostop con un amigo hasta Indiana y continuó solo hacia el este con la esperanza de llegar a Nueva York a tiempo para asistir al Concierto para Bangladesh en el Madison Square Garden. Nunca llegó allí. Se detuvo en la localidad de Jerusalén, en el estado de Pensilvania, donde fue arrestado por bañarse en un río. Se pasó once días en la cárcel hasta que un juez se apiadó de él y lo soltó. Volvieron a detenerlo en Akron, en Ohio, esta vez por merodear con posibles fines delictivos. Delante del juez, Michael adoptó una actitud desafiante.

–¿De dónde es usted? –le preguntó el juez.

–Soy del planeta tierra –dijo Michael.

Se pasó unos cuantos días más en la cárcel antes de decidirse por fin

a llamar a casa.

–¿Puedes echarme una mano? –le preguntó Michael a su padre.

–Te enviaré un billete de avión –dijo Don.

Tal y como Michael lo recuerda, el simple hecho de que su padre respondiese por él bastó para que lo pusieran en libertad.

Los reveses de este tipo tampoco afectaban en exceso a Michael. «Yo creo que me tomaba todo con mucha calma», recordaba tiempo después. Para él, que lo metiesen en una celda, dormir en un parque o darse un baño en el río formaba parte de aquella misma aventura de descubrimiento que era más amplia, una consciencia cada vez mayor de que la realidad no era necesariamente lo que él había pensado que era, de que quizá hubiese algo más de lo que le habían enseñado a creer.

De todas formas, la realidad de su casa nunca había coincidido con lo que Michael tenía en la cabeza. En su opinión, los años sesenta habían pasado de largo sin detenerse en Hidden Valley Road. Mientras otros jóvenes andaban por el mundo tratando de encontrarse a sí mismos, sus hermanos y él aún tenían que vestirse todos igual, al menos para ir a misa, y tenían que ponerse la cazadora y la corbata el domingo. Igual que en el ejército, se suponía que todo el mundo había de ser igual, y se esperaba que todo el mundo obedeciese. Cuando uno de los hermanos Galvin decidía cuestionar a Mimi –algo que Michael convirtió en un hábito–, la madre rara vez se conformaba con menos de lo que había exigido en un principio.

La figura de autoridad que Michael desafiaba de manera instintiva era la de Mimi, no la de Don. «Mi padre estaba en las Fuerzas Aéreas, pero era mi madre quien tenía la mentalidad militar», cuenta Michael. «Él no estaba», tenía dos empleos y estaba estudiando para obtener el doctorado. «Ella era quien imponía la disciplina, así que, si teníamos la obligación de hacer la cama perfecta y remeter las esquinas de las sábanas como en un hospital, era por ella, no por él». Los sermones que Mimi largaba a los chicos eran colosales, y su capacidad para desconectar y no oír ninguna discrepancia era prácticamente infinita. «No ibas a conseguir que escuchara tus razones», dice Michael; con Mimi, «la conversación era siempre unidireccional».

Durante su adolescencia, la solución de Michael era no pisar mucho su casa. Salía con los amigos y, con un canuto en la mano, le gustaba la idea de que su padre hubiera pasado por Stanford a finales de la década de los cincuenta, más o menos la misma época en que estuvo Ken Kesey, el icono de la contracultura que escribió *Alguien voló sobre el nido del cuco* antes de liderar una banda de vagabundos que recorría los Estados Unidos experimentando con el LSD. Pensar en el coronel Don Galvin, el halconero, metiéndose ácido les hacía partirse con una risa histérica. En casa, Michael se volvió más atrevido y decidió rechazar el código de vestimenta de la familia Galvin, cortó el tacón de los zapatos que les ponía su madre con la idea de que pareciesen unos mocasines indios. Cuando empezó a llegar a casa colocado, su padre se sentó a hablar con él, pero no cambió mucho la situación.

Las cosas se pusieron tan mal que, en el otoño de 1968, cuando Michael tenía quince años, Don y Mimi lo enviaron a Jacksonville (Florida) a vivir con sus tíos durante el año escolar: era una oportunidad para aclararse las ideas, aprender a vivir por su cuenta y ser un problema menos para unos padres que, aunque Michael no lo sabía, se encontraban lidiando con las dificultades de Donald. Michael se adaptó a Florida con bastante facilidad. Sus primos, todos ellos un poco más pequeños que él, se quedaron fascinados con sus pretendidos aires en plan «Age of Aquarius». No tuvo el menor problema a la hora de hacer amigos en su nuevo instituto. Probó el LSD por primera vez el 22 de noviembre de 1968, y recuerda la fecha porque fue la noche en que Jimi Hendrix tocó en Jacksonville. Michael fue al concierto con uno de sus nuevos amigos, Butch Trucks –que acababa de montar una banda con Duane Allman–, y se pasó gran parte del año en casa de Butch. El año siguiente, el grupo de Duane y Butch se convirtió en los Allman Brothers.

Para entonces, Michael ya estaba de vuelta en Colorado, sometido a las reglas y regulaciones de la familia Galvin durante sus últimos años de instituto. La única ruptura de la monotonía se produjo en 1970, cuando Hidden Valley Road se convirtió en una sala de psiquiatría para Donald, perdido e inestable tras su divorcio y su hospitalización. Michael carecía de contexto alguno para poder comprender a Donald,

y no se mostraba muy tolerante con la pasión elegida por su hermano mayor, la autoritaria Iglesia Católica. Comenzó a perder la calma con él, y sus padres no tenían claro si aquello era culpa de Donald o si se debía a que Donald y Michael se parecían demasiado. Hasta cierto punto, la experiencia de Don y Mimi con el mayor, sumada a los episodios de delirios de Jim, les había abierto los ojos. Si ya tenían dos hijos capaces de perder el contacto con la realidad, estaban dispuestos a creer que eso también le podía pasar a Michael.

Así fue como sucedió el episodio más formativo hasta aquel momento en la primera etapa de la vida de Michael, en otoño de 1971 –no mucho después de su graduación en el instituto y de su regreso a casa tras su aventura por carretera con aquellas visitas a los calabozos de Pensilvania y Ohio–, cuando Don y Mimi lo enviaron al Hospital General de Denver, donde quedó ingresado en la sala de psiquiatría de la última planta, en observación.

A Michael le recetaron Stelazine, un antipsicótico estrechamente relacionado con el Thorazine. No estuvo mucho tiempo allí, más o menos una semana, antes de decidir que aquello no era para él. No estaba loco, sino experimentando con drogas psicodélicas: aquel «enciéndete, sintoniza y déjate llevar». Michael sabía perfectamente que aquel sitio no era para él, así que se marchó.

Se largó del hospital en la primera oportunidad que tuvo, hizo autostop hasta la casa de un amigo y telefoneó a sus padres.

–No podéis obligarme a volver allí –les dijo–. Y tampoco voy a volver a casa.

Don y Mimi estaban en un aprieto. Michael tenía dieciocho años, y, en sentido estricto, ya no les correspondía controlarlo. Se pusieron en contacto con él y le hicieron una contrapropuesta: ¿qué le parecía marcharse a California a visitar a su hermano Brian?

Michael sonrió.

Tras la marcha de Brian de Colorado, sus hermanos continuaron teniendo noticias de él de vez en cuando. En una ocasión, Richard recibió una carta que contenía un porro liado con papel rojo, blanco y azul, con una nota que decía: «Que lo disfrutes, de parte de Jefferson Airplane».

No pasó mucho tiempo, unos pocos meses, antes de que sus hermanos supieran que Brian había conseguido lo que se proponía. Había formado un grupo nuevo bautizado como Bagshot Row, por el nombre original de una calle de la Comarca, cerca de la casa de Bilbo Bolsón en *El hobbit*. Este era justo el tipo de aventura que Michael ansiaba en aquel instante. Nada podría resultarle más atractivo que la oportunidad de andar con un grupo de *hippies* y músicos por la zona de la bahía de San Francisco, con su hermano –el prodigio de cabellos negros, tan guapo él– a la cabeza.

Cuando Michael llegó, se enteró de que no todo en la nueva vida de Brian era como te lo contaban. Brian no había llegado hasta la bahía, ni mucho menos. Sus compañeros de grupo y él compartían una casa en Sacramento, a una hora en coche de la costa. Brian trabajaba el día entero para pagar el alquiler y dejaba solo a Michael gran parte del tiempo. Aquel viaje tan perfecto para él se había quedado en una especie de chasco. Eso sí, los Bagshot Row eran buenos: un híbrido de rock, blues y jazz con Brian como el solista de flauta de la banda. Una vez más, su hermano era el músico destacado, pero esta banda componía sus propios temas y pensaba grabar discos, no como su grupo musical del instituto. Michael hizo de *roadie* para ellos alguna vez, cargando y descargando el órgano Hammond de una furgoneta.

No llevaba mucho tiempo allí, apenas un mes, cuando se metió en un lío. Un día en que estaba solo y aburrido, Michael decidió que quería ir en busca del océano Pacífico. Sabía que tenía que estar a kilómetros de distancia, porque aquello era Sacramento, pero tenía todo el tiempo del mundo y sabía hacia dónde caía el oeste, así que pensó que podía seguir el curso de algún canal o un río, y que ya llegaría hasta allí. Se pasó la mayor parte de la jornada caminando, hasta que se rindió y se dio media vuelta de regreso hacia la casa de Brian. En el camino, atajó por un *camping* de caravanas y siguió por un camino de tierra. Entonces vio tirado un conector de una manguera de jardín en medio de aquel camino. Lo recogió, lo dejó en las escaleras de la caravana más próxima y llamó a la puerta. Aquello hizo que alguien le echara el ojo. La policía lo alcanzó y lo subió al coche apenas a unas manzanas de la casa de Brian. Michael oyó a un policía

pronunciar las expresiones «acceso sin autorización a una propiedad privada» e «intento de robo con allanamiento». Se quedó estupefacto. No veía que hubiera hecho nada malo, de ninguna manera, y se imaginó que le estaban haciendo la puñeta por ser un *hippie*. Se puso furioso, y entonces aprendió que la policía de Sacramento no era tan indulgente como aquel juez de Jerusalem, en Pensilvania.

En la cárcel, Michael se enteró de que el intento de robo con allanamiento era un delito grave. Él jamás se había metido en semejantes líos con la ley. Mientras aguardaba la fecha de la vista ante el juez, Michael intentó hacer amigos. El tipo de la celda de al lado le enseñó a tostar el pan de molde que les traían con cada comida: coges el papel higiénico, lo enrollas y le prendes fuego con las cerillas que te dan para el tabaco, te montas un pequeño fuego de campamento y pones el pan encima. Michael consiguió dominarlo, y también que le pillaran haciéndolo. Lo metieron en aislamiento, en una estancia oscura donde se encontraba absolutamente solo. Hasta que se vio metido allí dentro, Michael no tenía la menor idea de que realmente existiera un lugar como ese.

Estuvo allí en soledad durante días, hasta que le ofrecieron la oportunidad de hablar con un médico. Michael accedió, y el médico al que vio dispuso su traslado al área médica de la prisión. Ahora, Michael tenía un compañero de habitación y una tele. Aquello le pareció un movimiento en la dirección correcta, pero entonces llegó otro revés de la fortuna: no había una cama disponible para él en el Hospital General de Sacramento, así que le dijeron que lo iban a trasladar a Atascadero, el famoso hospital californiano de máxima seguridad para enfermos mentales, con dos mil internos.

Por segunda vez en el espacio de un año, Michael se veía camino de un hospital psiquiátrico –esta vez un psiquiátrico penitenciario–, y no podía tener más claro que a él no le pasaba nada malo en la cabeza. Había sido necesario aquel instante –el de verse encerrado con hombres que habían asesinado a su mujer, a sus hijos o a su banquero– que lo sacudiera y le abriese por fin los ojos. Lo que le estaba pasando no era ninguna broma, sino la vida real.

Le contaron que tan solo estaba en Atascadero en observación, pero

nadie le decía cuánto tiempo se suponía que iba a durar aquello. La incertidumbre era tan mala como lo peor.

Su padre vino de visita, pero esta vez no pudo hacer nada por él.

También vino Brian, pero el mejor consejo que fue capaz de encontrar para su hermano menor fue: «La vida consiste en el viaje, no en tu destino».

Transcurrieron cinco meses hasta que el tribunal permitió a Michael declararse culpable a cambio del tiempo que había estado retenido. No había forma de explicar lo sucedido, y Michael solo podía pasar página, sacudirse aquello de encima. Eso sí, en su período en Atascadero no le faltó entretenimiento: sí que conoció a un indio yaqui –un boxeador que contaba una historia sobre su hermano, que combatió con Sugar Ray Robinson–, pero la curiosa coincidencia de aquel encuentro le pasó desapercibida. Pensó que Brian tenía razón: la vida consistía en el viaje. Ahora bien, algunos viajes –decidió Michael– eran mejores que otros.

Michael sí estaba seguro de una cosa: él no era como Donald. Él no estaba loco. Se pasaría el resto de su vida demostrando a todos que se equivocaban, si es que tenía que hacerlo, incluidos sus padres. Lo que pasaba aquí –creía él– era un problema de catalogación. No todos los que veían el mundo de manera distinta padecían esquizofrenia. De ser cierto aquello, todos los *hippies* estarían locos.

Michael contaba con la ayuda de todo el espíritu de los años sesenta para presentar su argumento. Eran muchos los que opinaban entonces que cualquiera que se plantase y le dijese que no a la autoridad, o que rechazara la superestructura militar-capitalista, corría el riesgo de verse tildado de loco por los poderosos. En los años setenta, el debate público acerca de la enfermedad mental ya no se limitaba únicamente a Freud y el Thorazine. Consistía en ver el diagnóstico de la enfermedad mental como una herramienta de sometimiento y de poder, otra manera más de reprimir la libertad y el pensamiento independiente.

Se trataba de una postura contracultural, pero sus raíces se hundían en el movimiento antipsiquiatría, una ola de terapeutas y otros individuos que, más de una década antes, habían rechazado los

supuestos tradicionales sobre la demencia sin detenerse a pensar lo más mínimo, prácticamente. En los años cincuenta, Jean Paul Sartre había afirmado que los delirios no eran más que una manera radical de entregarse al mundo de la imaginación antes que a «la mediocridad existente»[90]. En 1959, el iconoclasta sociólogo escocés R. D. Laing –bajo la fuerte influencia de Sartre y de otros existencialistas– argumentaba en *El yo dividido* que la esquizofrenia era el acto de supervivencia de un alma herida[91]. Fue famosa la condena de Laing de «lobotomías y tranquilizantes[92] que implantan en el interior del paciente las barreras del manicomio y las puertas cerradas a cal y canto». Creía que los enfermos se retraían al interior de su propia mente como si fuera una manera de hacerse el muerto, de conservar su autonomía: era mejor convertirte tú mismo en una piedra –dijo una vez–, que ver cómo te lo hacía otro[93]. En 1961, el sociólogo Erving Goffman[94] publicó su libro *Internados,* donde exploraba la vida en las instituciones mentales y terminaba convencido de que el psiquiátrico daba forma a una enfermedad en los pacientes, en lugar de hacer lo contrario. Ese mismo año, el psiquiatra finés Martti Olavi Siirala escribía que los esquizofrénicos eran prácticamente unos profetas[95] que percibían de una forma especial las neurosis de nuestra sociedad: la enfermedad mental compartida de nuestro inconsciente colectivo. Y, de nuevo, ese mismo año, el padrino de la antipsiquiatría, Thomas Szasz, publicó su obra más conocida, *El mito de la enfermedad mental,* donde afirmaba que la locura era un concepto que los poderosos utilizaban contra los desfavorecidos[96], un paso en la marginación y la deshumanización de todo un segmento de la sociedad que piensa de manera distinta.

Un año después, en 1962, la antipsiquiatría se popularizó gracias a una contundente novela que trataba la brutalidad del típico hospital psiquiátrico público como metáfora del control social y de la opresión autoritaria. *Alguien voló sobre el nido del cuco* era la historia de Randle Patrick «Mac» McMurphy, un delincuente de poca monta, un espíritu libre, un rebelde ingresado en un manicomio donde libra una batalla de ingenio contra las malvadas fuerzas de la autoridad[97] y que acabará aplastado por ellas. Incluso antes de que se hiciera una

película, *Alguien voló sobre el nido del cuco* se convirtió en uno de los mitos fundacionales de la contracultura, tan romántica –a su manera– y tan potente como *Easy Rider* y *Bonnie & Clyde,* una forma perfecta de explicar el modo en que estaba funcionando el mundo en aquellos momentos y de sacar a la luz todo cuanto había apisonado la cultura de la generación anterior.

Si nos remontamos aún más, por supuesto, la idea de que todo cuanto la sociedad considera una enfermedad mental surge del mismo lugar que el impulso creativo y artístico ya lleva siglos con nosotros: el artista como iconoclasta, como aquel que dice la verdad, el único cuerdo en un mundo demencial. Incluso Frieda Fromm-Reichmann, en los últimos años antes de su muerte en 1957, llegó a creer en la presencia de un «elemento secundario»[98] en la soledad de algunos psicóticos que los convierte en «unos observadores más ávidos, sensibles y audaces». Escribió sobre los compositores, pintores y escritores con problemas mentales y sugería que su talento procedía de la dificultad que tenían para la comunicación directa y convencional. Igual que el bufón de la corte –decía Fromm-Reichmann por escrito– la gente con esquizofrenia solía expresar verdades incómodas que los demás preferiríamos no oír. Mencionaba «El licenciado Vidriera», una de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, que cuenta la historia del tonto de un pueblo al que la gente trata con ternura siempre y cuando puedan ridiculizar y tildar de delirios demenciales las dolorosas verdades que suelta aquel señor. Sin embargo, cuando el hombre se recupera, la comunidad le impide levantar cabeza, no fuera a ser que de repente tuvieran que tomarse en serio todo lo que dice.

A finales de los años sesenta, al movimiento de la antipsiquiatría ya no le interesaba solo el tratamiento de los enfermos mentales, ni consistía tampoco en la creatividad o el arte: trataba sobre política, justicia y cambio social. En su obra de 1967, *La política de la experiencia,* Laing argumentaba que los dementes nunca habían sido tales, sino que estuvieron siempre cuerdos, desde el principio, y que llamar esquizofrénico a alguien era, en esencia, un acto de opresión. «Si la raza humana sobrevive, sospecho que las futuras generaciones

observarán nuestra ilustrada epopeya como una verdadera época de Oscuridad»[99], escribió. «Seguramente paladeen la paradoja de la situación con más ligereza de la que nosotros podamos extraer de ella. Se reirán de nosotros. Verán que lo que denominamos "esquizofrenia" era una de las formas en que, a menudo a través de personas bien corrientes, la luz comenzaba a filtrarse por las rendijas de nuestra cerradísima mentalidad».

Michael consideraba que el único problema que tenía era la restrictiva educación que había recibido. «Había una especie de represión», decía. Michael creía que el sometimiento tenía un poder corrosivo, y sobre aquello cargaba las culpas de prácticamente todos los problemas de sus hermanos, pero ni siquiera él tenía la menor idea de cómo ayudarlos. Para Michael, parecían atrapados en una prisión que se habían fabricado ellos mismos y de la que nadie, ni siquiera él, tenía la llave.

En 1972, los autores Gilles Deleuze y Félix Guattari –en su pastiche freudiano marxista *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*– decían que la estructura familiar era una metáfora de la sociedad autoritaria[100]. Tanto la familia como la sociedad, afirmaban, mantenían a sus miembros bajo control, reprimían sus deseos y los consideraban locos en caso de que obraran en contra de los principios organizativos del grupo en general.

Ahora, la esquizofrenia se había convertido en una metáfora. Con su fijación por la revolución, los teóricos habían abandonado por completo la idea de la enfermedad. Mientras tanto, las familias como los Galvin también quedaban desamparadas –daños colaterales de la guerra cultural– a la espera de que llegara alguien que de verdad supiese cómo ayudarlas.

CAPÍTULO 14

1967

Dorado Beach, Puerto Rico

En un hotel tropical bajo el resplandeciente sol de finales de junio, David Rosenthal –el investigador del Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH) que había estudiado a las cuatrillizas Genain y había llegado a la conclusión de que la herencia y lo ambiental debían de estar actuando de manera conjunta– reunió a algunos de los más destacados pensadores del campo de la psiquiatría en una cumbre académica para tratar el debate abierto sobre lo hereditario frente a lo adquirido en la esquizofrenia. Hasta entonces no se había hecho nunca algo similar, pero ahora parecía una necesidad celebrar un encuentro.

En la década de los sesenta, la revolución del Thorazine había provocado que se doblaran las apuestas en aquel debate. Para quienes estaban a favor de la genética, o de lo hereditario, el impacto de los fármacos neurolépticos demostraba, como mínimo, que la esquizofrenia era un proceso biológico. Sin embargo, para los terapeutas del bando de lo adquirido, el Thorazine y otros fármacos similares no eran sino supresores de los síntomas –unos tranquilizantes con pretensiones– y no había sustituto de una exploración de los impulsos inconscientes que tenían que haber causado la enfermedad. Esta conferencia era, por tanto, la prudente tentativa de salir de aquel punto muerto. Aunque Rosenthal, como principal investigador de la esquizofrenia en el NIMH, fuese uno de los organizadores del evento, el bando de la psicoterapia también estaba bien representado por, entre otros, Theodore Lidz, el psiquiatra de Yale y pionero en el estudio de la dinámica de la familia. El título de la conferencia, «La transmisión de la esquizofrenia» fue elegido con un tacto diplomático: se pensó que el término «transmisión» no se decantaba por ninguno de los dos lados, ni por el de los biólogos ni por el de los psicoterapeutas. Incluso el propio escenario –Dorado

Beach, en Puerto Rico– parecía buscar la distensión y tal vez, solo tal vez, ayudar a construir una paz duradera.[101]

En los tres años que habían transcurrido desde que publicara su libro sobre la familia Genain, Rosenthal se había estado planteando la cuestión de lo hereditario frente a lo adquirido desde una perspectiva distinta. Hacia el final de su trabajo con las cuatrillizas, ya había comenzado a ver de manera clarísima las limitaciones que tenía el hecho de estudiar a unas hermanas que se habían criado en el mismo entorno. Empezó a preguntarse qué pasaría con una niña de una familia con un historial de esquizofrenia si la criaras lejos de su entorno familiar. Dicho de otro modo, ¿quién tendría más probabilidades de desarrollar la esquizofrenia, una niña genéticamente vulnerable que se criara entre sus parientes inmediatos, o una niña similar que hubiera sido adoptada y criada por personas que no tuvieran los mismos genes que ella? Ahora, en Dorado Beach, estaba en condiciones de anunciar el primero de sus hallazgos. Aquí tenía la prueba, le parecía a él, de que lo hereditario se llevaba el gato al agua en detrimento de lo adquirido.

Rosenthal y Seymour S. Kety, director de investigación del NIMH, encontraron una muestra de población para su estudio en Dinamarca[102], un país que hace las delicias de muchos investigadores de la genética gracias a su excelente registro de historiales médicos y su disposición a facilitarlos para la investigación científica. Tuvieron la posibilidad de revisar esos historiales en busca de personas que fueran adoptadas y después desarrollaran la esquizofrenia. Acto seguido se pusieron a escarbar entre los historiales médicos de las familias que los habían adoptado, en busca de correlaciones, para eliminar la posibilidad de que un enorme número de adoptados con enfermedades mentales resultaran acogidos por familias con muchos casos de este tipo de afecciones. Por último, compararon sus adoptados con un grupo de control: los pacientes de esquizofrenia que se habían criado en el seno de sus propias familias. El objetivo: ver cuál de los escenarios, el de lo hereditario o el de lo adquirido, parecía generar una mayor incidencia de la esquizofrenia.

No estuvo reñido, ni mucho menos. En Dorado Beach, Rosenthal

afirmó que era la biología, y no la proximidad a otras personas con un historial esquizofrénico, lo que parecía explicar prácticamente todos y cada uno de los casos documentados de la enfermedad. El lugar donde crecías y la gente que te criaba no parecían tener nada que ver con todo aquello. En general, las familias con un historial de esquizofrenia parecían tener cuatro veces más posibilidades de transmitir la enfermedad a futuras generaciones que el resto de la población, aunque, como siempre, el trastorno rara vez pasara directamente de padres a hijos.

Estas conclusiones decían mucho acerca de la manera en que la enfermedad iba y venía en el seno de las familias, y eso ya habría sido asombroso por sí solo, pero es que, además, en su análisis de los casos de adopción, Rosenthal y Kety no hallaron prueba ninguna que respaldara lo contrario, el punto de vista a favor de «lo adquirido»; es decir, que la esquizofrenia se pudiera transmitir de un padre o una madre enfermos mentales a un hijo adoptivo que no compartiese el historial genético de su familia adoptiva. Llegó a la conclusión de que la esquizofrenia, simplemente, no se puede causar o generar a la fuerza en alguien que no tiene una predisposición genética para desarrollar la enfermedad.

Rosenthal pensó que por fin había resuelto el debate y, por añadidura, que había desacreditado la idea de que una mala crianza por parte de los padres generaba la enfermedad. En la conferencia encontró al menos un alma gemela: un joven psiquiatra llamado Irving Gottesman que acababa de publicar en coautoría con James Shields un estudio que llegaba a una conclusión muy similar[103]. Aquel trabajo, «Una teoría poligénica de la esquizofrenia», argumentaba que este trastorno podía estar causado no ya por un solo gen, sino por un grupo de numerosos genes que trabajaban de manera conjunta con –o al menos se activaban por medio de– diversos factores ambientales. Su prueba demostrativa incluía a los gemelos, pero con una vuelta de tuerca: en lugar de concebir la enfermedad como la obra de un gen dominante o de dos genes recesivos, planteaban que en las enfermedades genéticas existía un «umbral de propensión», es decir, un punto teórico más allá del cual el individuo podría desarrollar la

enfermedad. Las causas que podrían llevar a alguien a las proximidades de dicho umbral podían ser genéticas o ambientales: una familia con un historial de la enfermedad y una infancia traumática, quizá; ahora bien, sin el conjunto crítico de estos factores, un individuo podría vivir toda la vida con una herencia genética de esquizofrenia sin llegar a desarrollar nunca los síntomas.

La teoría de Gottesman y Shields pasó a conocerse como la «hipótesis de la diátesis-estrés»: lo hereditario, activado por lo adquirido. Décadas más tarde se le reconocería una increíble clarividencia en su trabajo, el verdadero comienzo del fin de aquella gran discusión que se remontaba nada menos que hasta Freud y Jung. En cierto modo, la hipótesis de la diátesis-estrés se podía interpretar, incluso, como una solución intermedia entre los bandos a favor de lo hereditario y a favor de lo adquirido: si la teoría era válida, entonces parecía lógico pensar que el Thorazine y otros fármacos neurolépticos, cualquiera que fuese su manera de actuar, no podía ser más que una parte dentro de un tratamiento a largo plazo de la enfermedad.

En Dorado Beach, sin embargo, la idea se encontró con la resistencia habitual. Incluso uno de los colegas de Rosenthal en el NIMH argumentó frente a esto que una infancia sumida en el caos y la pobreza podría ser una causa[104]: cuanto mayor era el tamaño de la ciudad, sugerían los nuevos estudios, mayor relación había entre la clase social y la esquizofrenia. Ahora bien, ese mismo colega reconocía un problema de causalidad: ¿la pobreza provoca la esquizofrenia, o es la enfermedad mental congénita la que lleva a las familias a la pobreza?

También volvió a aparecer la madre esquizofrenogénica. Un participante de la Universidad de Helsinki utilizó su turno de palabra para ridiculizar a las madres «amargadas, agresivas e incapaces de prodigar afecto con naturalidad»[105] y «ansiosas e inseguras, a menudo con rasgos obsesivos». Aun así, el terapeuta de Helsinki no pudo explicar por qué, si la culpa era de la madre, unos hijos de la misma madre padecían esquizofrenia y otros no. Tan solo contaba con su convicción de que una mala madre tenía que ser la respuesta.

Después llegó Lidz con sus explicaciones de la dinámica de la

familia: un hijo puede no llegar a madurar de la manera adecuada, afirmó, si «percibe carencias en la crianza en sus primeros años, o si se ve seriamente traumatizado»[106]. El psiquiatra de Yale no citó datos que respaldaran su postura, tan solo su propio trabajo con familias afectadas por la esquizofrenia.

Así transcurrió una semana hasta que en la última jornada de la conferencia, el día 1 de julio, correspondió al organizador Rosenthal resumir el estado en que se hallaba el campo. Anduvo con pies de plomo y abrió la charla con un chiste. La controversia entre lo hereditario y lo adquirido –dijo– le recordaba a un «duelo de caballeros de camisola blanca a la francesa»[107] donde los duelistas «se las arreglaban para evitarse el uno al otro tan a conciencia que jamás llegaban a correr siquiera el peligro de coger un resfriado». Sin apartarse de la diplomacia, Rosenthal dijo que veía como una señal positiva el hecho de que todos ellos se hubiesen podido reunir. «Esta semana hemos sido capaces de sentarnos aquí día tras otro y escuchar a gente que exponía ideas compatibles y también contrarias a las nuestras, y, lejos de contraer un pavoroso mal, espero que lo único que haya prendido en nosotros sea el ánimo de prestar el mayor interés a los datos y las opiniones del otro».

No se iba a producir una verdadera reconciliación de manera inmediata. Tres años después, el jefe del Departamento de Estudios de la Familia en el NIMH, David Reiss –que también participó en Dorado Beach– seguía refiriéndose a genetistas y ambientalistas como «bandos enfrentados»[108]. Mientras tanto, las familias como los Galvin continuaban viviendo a merced de una profesión, la de la salud mental, que aún seguía enfrascada en un debate que no les servía de ayuda ninguna, ni de lejos. No obstante, había una buena razón para que se diera esta situación de punto muerto, un motivo que Rosenthal reconocía en sus comentarios finales: un misterio que aún requeriría del paso de otra generación para empezar a resolverse.

La buena noticia, decía Rosenthal, era que «todas las razonables dudas que se han planteado en los últimos años han quedado ya respondidas, y el argumento a favor de la herencia ha resistido de manera convincente»[109]. Esta conferencia, aventuró, «podría quedar

en el recuerdo como el momento en que los estudiosos más prominentes de las interacciones familiares con los que contamos coincidieran de manera abierta y definitiva en que la herencia interviene en el desarrollo de la esquizofrenia».

Sin embargo, aquel reconocimiento planteaba una cuestión más desconcertante. «En el más estricto sentido, no es la esquizofrenia lo que se hereda»[110], dijo. «Está claro que no todo aquel que tiene los genes desarrolla el trastorno». No cabía duda de que la esquizofrenia era genética, pero no siempre se transmitía, así que todos se quedaron haciéndose la misma pregunta: ¿cómo podía ser aquello?

«Los genes implicados –dijo Rosenthal– tienen un efecto cuya naturaleza no hemos sido aún capaces de desentrañar»[111].

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 15

Nada podía importarle más a Mimi que disfrutar de un impecable día de Acción de Gracias. Se pasaba la jornada entera cocinando, y solía preparar con antelación una casa de pan de jengibre, a tiempo para tenerla expuesta. En los últimos años, Mimi se había visto obligada a no hacer caso de las peleas por la comida y los latigazos con los trapos de cocina entre los hermanos, y cada mes de noviembre la seguía llenando de esperanza, le ofrecía la nueva oportunidad de vivir una bella experiencia.

Este año, 1972, Joseph y los otros tres hermanos jugadores de hockey continuaban viviendo en Hidden Valley Road con las dos niñas. También estaba Donald, llegado desde Pueblo. Jim, Kathy y el pequeño Jimmy se les unieron en el transcurso del día, igual que Brian, Michael y Richard. Solo faltaba John, que estaba con la familia de su mujer, Nancy. Con tantos Galvin juntos en un solo sitio, las probabilidades de un estallido eran elevadas. Las discusiones comenzaron pronto y se extendieron hasta la hora de la comida: los chicos se metían los unos con los otros y discutían por quién se había servido demasiado, quién cumplía con sus tareas de la casa, quién era un mariquita, quién era un gilipollas.

–¡Te has servido mucho!

–¿Y qué vas a hacer tú, eh?

–No me has dejado nada.

–Pues te fastidias.

–Quítate de en medio.

–Apestas.

–Tú das asco.

–Que te jodan.

–Serás gilipollas.

–No me toca a mí fregar los platos.

–Nunca echas una mano en casa.

–Mariquita.

–Tú sí que eres una nenaza.

–Dímelo en la calle.

–Madura ya.

Margaret se preparó para lo que le venía encima. En Acción de Gracias le tocaba a ella –ya con diez años– planchar los manteles y poner los cubiertos y las servilletas en la mesa, unas tareas que la mantenían cerca de su madre y lejos de sus hermanos. Siguiendo con la tradición familiar, los asientos estaban asignados. Don, el patriarca, se sentaba en el extremo este de la mesa, con Donald inmediatamente a su derecha, donde podía estar vigilado muy de cerca. La silla de Mimi estaba en el lado norte de la mesa, mirando hacia la ventana, con Mark el ajedrecista y Joe el introspectivo muy cerca de ella, y el rebelde Peter más cerca que nadie para poder mantenerlo así bajo control. Margaret siempre se sentaba en un extremo, porque era zurda, y no muy lejos de ella la pequeña Mary, que aún tenía solo siete años. Matt se sentaba enfrente de sus hermanas, cerca de Jim y Kathy. No obstante, este año no estaban aún sentados a la mesa cuando sucedió lo peor.

Jim y Donald estaban más enfrentados que nunca, y ya se peleaban cada vez que coincidían en la misma habitación. Jim miraba a Donald y veía a un enemigo debilitado, alguien a quien por fin podía derrotar; también es posible que viera un desagradable reflejo de sí mismo, sufriendo con aquellos delirios exactamente igual que le pasaba a él. De una forma o de otra, había que eliminar a Donald, y tenía que ser Jim quien lo hiciera. El mayor, mientras tanto, miraba a Jim y veía una plaga que parecía no desaparecer jamás. Ya lo habían humillado lo suficiente: una esposa que no accedía a continuar casada con él, unos hermanos que no le obedecían tal y como él antaño esperaba. Que Jim entrara por la puerta y asumiera que él estaba al mando suponía para Donald el insulto definitivo.

Así que se pelearon cuerpo a cuerpo en el salón, como en los viejos tiempos, en el sitio habitual. Antes Donald tenía ventaja, pero eso se acabó: había pasado por el hospital y estaba debilitado por los fármacos neurolépticos. Ahora parecían más a la par. En el momento en que alguien quitó de en medio a la pequeña Mary para protegerla,

la pelea se recrudeció.

Enseguida resultó imposible contenerlos en una habitación.

El salón de Hidden Valley Road se abría al comedor y, si querías llevarte una pelea al jardín, tendrías que pasar necesariamente por la mesa del comedor para llegar allí. En aquel día de Acción de Gracias, los dos hermanos comenzaron a moverse justo hacia allá, y lo único que se interponía en su camino era la mesa.

Donald corrió al extremo más alejado de la mesa del comedor y la levantó cuando Jim se acercaba por la otra punta. Según lo recuerda Margaret, volcó la mesa hacia un lado y tiró al suelo todo cuanto había. Según lo recuerda Mark, Donald levantó la mesa entera y se la arrojó a Jim. En cualquiera de los dos casos, el día perfecto de Acción de Gracias de Mimi se había ido al garete.

La madre se quedó mirando la casa, la mesa volcada, los platos y cubiertos tirados por todas partes, los manteles amontonados y arrugados. Es posible que no hubiera una manifestación mejor y más precisa de sus temores más profundos, una manera más clara de ilustrar cómo se sentía en aquel preciso instante: todo lo bueno que había hecho, tanto trabajo, tanta atención a los detalles y tanto amor –sí, amor– por su familia se había hecho añicos. No había modo ninguno de maquillar aquello. Si su madre –Billy– hubiera estado allí para verlo, habría sabido lo mal que estaban las cosas, lo profundo que era el fracaso de Mimi, sin la menor duda. Cualquiera lo habría sabido.

Dio la espalda al resto de la familia y volvió a entrar en la cocina. Todos oyeron entonces otro ruido, menos escandaloso esta vez: la casa de pan de jengibre machacada a golpes por la mujer que la había preparado.

–No os la merecéis, chicos –dijo Mimi entre lágrimas.

*

Prácticamente como si fuera una linde entre las parcelas de los Galvin y los Skarke, al final de Hidden Valley Road discurría un sendero de tierra que llevaba años sin que nadie lo utilizara, aparentemente. Un día, los Skarke compraron una minimoto Honda 90. Carolyn Skarke,

que tenía más o menos la edad de Margaret, subía con la moto por el sendero entre su casa y la de los Galvin para ir a ver a otra de sus amigas. En teoría, el camino se encontraba dentro de la finca de los Skarke, pero nadie había hablado nunca sobre el tema hasta que Carolyn comenzó a recorrerlo con la minimoto.

Un día, Carolyn bajaba en moto por el sendero, y ya había llegado prácticamente a su casa, al final del camino, cuando –por un simple golpe de suerte– se percató de que había un cable fino, como un alambre, atado de un lado al otro del sendero para impedir el acceso al extremo final de Hidden Valley Road. Fue capaz de girar y evitar el cable en el último segundo, justo antes de que la enganchara por el cuello y la tirara al suelo. Carolyn se llevó un susto de muerte y se lo contó su madre, y esta, en cuanto vio con claridad lo que había sucedido, salió airada de su casa, cruzó el sendero y se dirigió a la casa de los Galvin en busca de Mimi.

Carolyn recuerda ver allí de pie en aquel sendero a las dos mujeres, que siempre se habían tratado con cortesía, ahora enfrentadas como un entrenador de béisbol furioso y un árbitro testarudo.

–¿Por qué has hecho eso? –gritó su madre.

–No me gusta el ruido –dijo Mimi.

La madre de Carolyn ya no pudo aguantar más.

–O sea, que nosotros aguantamos todos esos coches de los hombres del sheriff que vienen a tu casa, ¿y a ti te molesta una Honda 90?

Todo el mundo sabía que pasaba algo en la casa de los Galvin. Sus vecinos más cercanos salían en coche con sumo cuidado porque eran conscientes de que Donald podría estar merodeando por el fondo de la calle, ofreciendo sus oraciones a todo conductor que pasara. Los hermanos menores comenzaban a labrarse también una fama. A Matt lo sorprendieron llevándose objetos de la casa de unos vecinos, cuando la familia regresó y se lo encontró allí. Peter había adoptado un aire atormentado con miradas amenazadoras de las que hablaban las chicas. Poco tiempo después, no eran solo sus miradas lo que las tenía preocupadas: en una ocasión, Peter agarró a una chica por la cabeza y le hundió la cara en la nieve hasta que ya no pudo respirar; después insistió en que no había sido más que una broma.

Prácticamente nadie venía ya de visita. Los Hefley no permitían que sus hijos fueran a casa de los Galvin a jugar, y, cada vez que pasaba cualquier cosa en el vecindario –cuando a alguien le destrozaban el buzón, o cuando entraban a robar en casa de alguien–, mucha gente culpaba con facilidad a los Galvin.

Mimi convirtió en una costumbre el negarlo todo. «Mis hijos no harían algo así». Nadie la creía. Se estaba ahogando en silencio, sola ante una situación que no estaba preparada para gestionar: no contaba con las herramientas, ni con la formación ni con una aptitud natural. Don y ella se habían dedicado a la cetrería porque para ellos tenía su lógica. En sus hijos no había lógica ninguna. Habían tratado de implantar procedimientos y rutinas para adiestrarlos, pero los hijos no son halcones.

Lo que sí cambió fue que Mimi se amargó. Ahora, cuando uno de sus hijos sacaba los pies del plato, la madre no era ya esa guerrera feliz: se había convertido en el general furioso. Su frecuente muletilla con Michael, Matt, Richard o Peter cada vez que desobedecían era «Eres exactamente igual que Donald». Tal vez no se diera cuenta de lo letal que podía resultar esa frase. Acusar a los chicos de ser como el Mongolo era lo peor que les podía decir, probablemente, un recordatorio de que llevaban la misma sangre que aquel tipo desconocido, aquel hombre que estaba convirtiendo su hogar en un lugar insoportable, el que les estaba destrozando la vida a todos.

Había períodos –de una semana o un mes– en que Donald tenía sus fogonazos de lucidez e incluso era capaz de conservar un empleo en la perrera, como vendedor de terrenos o trabajando en la construcción. En 1971 le cambiaron la medicación por otro fármaco antipsicótico del mismo estilo, el Stelazine, y sus perspectivas cambiaron de forma drástica. «En cuestión de una semana se percató de que una gran parte de sus cavilaciones espirituales era simples imaginaciones suyas, y no la realidad», anotó un psiquiatra de Pueblo llamado Louis Nemser. «Describió la relación que había entre su deseo de construir una iglesia y las ganas de parecerse más al padre de su exmujer, con el mágico anhelo de que, si [Donald] se pareciese más a él, ella lo aceptaría de vuelta».

Sus progresos se mantuvieron durante varios meses, hasta que, en abril de 1972, tras otra misión fallida para ver a Jean en Oregón, Donald fue al arzobispado a ver a un sacerdote católico con intención de hablar de su matrimonio. El cura le dijo a Donald en términos inequívocos que su unión con Jean ya era nula, inválida a los ojos de la Iglesia, un dictamen que lo envió directo de regreso a Pueblo, donde –según informaba el doctor Nemser de manera comprensiva– «parecía que no iba a dejar de llorar jamás».

El psiquiatra, en la línea de Freud y Frieda Fromm-Reichmann, parecía convencido de que Donald sí tenía alguna capacidad de salir por sí solo de aquel estado –«Era como si Donald hubiese decidido volver a la psicosis», escribió Nemser–, y por eso decidió pedir a los cuidadores que hiciesen todo lo posible por ayudar a Donald a elegir bien. El personal se desvivió por empatizar con él, lo cogían de la mano y le decían lo tristes que estaban por él. La estrategia sí tuvo algún efecto sobre el mayor de los Galvin. «Comenzó a expresarse con mayor libertad acerca de Jean, decía que aún la quería y que esperaba que fuera ella la que algún día se pusiera en contacto con él, pero que se negaba a ser él quien diera el paso porque cada vez que lo hacía, acababa siendo un desastre para él», escribió el médico.

Donald se buscó un trabajo para que volvieran a darle el alta, y se enteró de una oferta durante un día de permiso. Iba a ser vendedor de aspiradoras: bien pagado y con horario flexible, todo lo que parecía razonable esperar. Salió el 2 de mayo de 1972, y el ciclo volvió a empezar. Esta vez, su comportamiento resultó tan peligroso –amenazó de muerte a su padre y a su madre, dijeron– que Don y Mimi solicitaron a un tribunal local que dictase una orden para volver a internarlo en Pueblo en agosto. Cuando el hospital decidió ponerlo en aislamiento, Donald agarró las llaves de la puerta, empujó al celador al interior de la sala de aislamiento y lo encerró. Eso sí, no intentó escapar del hospital. Se quedó sentado ante la puerta de la sala diciendo que quería darle una lección a aquel celador. Los médicos le dieron una dosis elevada de Thorazine y otra dosis menor de Stelazine. De nuevo fue saliendo de aquella psicosis de manera gradual y recibió el alta el 28 de agosto con un pronóstico reservado.

La siguiente primavera, en 1973, Donald fue internado en el Hospital Estatal de Oregón después de que intentara ver de nuevo a Jean. Las notas sobre su ingreso lo describen como «muy poco dispuesto a cooperar y muy rebelde» y «confuso y desorientado» al decir, por ejemplo, que no recordaba haber estado nunca en aquel hospital a pesar de ser la tercera vez que pasaba por allí.

Entre aquellos ingresos hospitalarios, Donald estuvo en casa justo en las fechas para poder asistir a otra boda en la familia, esta un poco menos agradable que la de John un año antes. Richard, el hijo número seis, era el trapisondista de la familia Galvin: ambicioso, emprendedor, con arrojo y más que dispuesto a forzar las normas con tal de conseguir lo que quería. En su primer año en el Instituto de la Academia del Aire halló la manera de colarse en el economato del instituto pegando un chicle en la cerradura de una puerta. Con un amigo, se pasó meses robando pantalones vaqueros, comida y cualquier otra cosa a la que pudieran echarle el guante. Cuando lo sorprendieron, lo expulsaron durante un año y tuvo que trasladarse a otro instituto, lo cual enfureció a su padre.

–Vas a echarlo todo a perder si continúas por este camino –le dijo Don.

En 1972, Richard estaba de regreso en el Instituto de la Academia del Aire, terminando ya su último año, cuando anotó el tanto de la victoria en la final del campeonato estatal de hockey. Al terminar el partido, una chica del grupo de animadoras del otro equipo le preguntó si iba a ir a la fiesta de celebración de la victoria. En efecto, Richard fue a la fiesta, y ella se quedó embarazada esa misma noche.

Su boda se celebró unos meses después, bajo una cierta coacción, en el llamado Jardín de los Dioses, esa maravilla geológica de Colorado Springs. Richard asistió a la ceremonia colocado con setas. Su amigo Dustin tocó a la guitarra «The Times They Are A-Changing». Aun así, todo parecía ir como la seda hasta que se oyeron unas voces que lo interrumpieron todo. Donald se había subido a lo alto de las rocas y gritaba: «¡No voy a consentir este matrimonio! ¡Este enlace no está en la verdad de Dios!».

Consiguieron reducir a Donald entre Jim y Don, y la ceremonia

prosiguió.

En mayo de 1973, Don y Mimi accedieron a sacar a Donald de Pueblo una vez más. En esta ocasión duró cuatro meses.

El 1 de septiembre, un miembro de la oficina del sheriff se lo llevó de nuevo al hospital estatal con otra orden de «confinamiento y tratamiento», solicitada por sus padres. Donald contó al personal médico en su ingreso que se había tomado el Stelazine, tal y como le habían indicado, pero que cuando le pidió a Mimi un Benadryl, un antihistamínico para las alergias, ella se había negado a dárselo, preocupada por que le provocara demasiada somnolencia como para conducir con seguridad. Fue entonces cuando Donald perdió el control, la agarró por el cuello y comenzó a sacudirla. Una vez más, fue necesaria la intervención de varios de sus hermanos para evitar que Donald estrangulara a su propia madre.

De vuelta en Pueblo, Donald pidió ver a un sacerdote. «Niega las alucinaciones o los delirios paranoicos», decían las notas del personal médico que se reunió con él. «Lo único que reconoce son los problemas emocionales que tiene con su familia, que parecen incluir peleas físicas». Su pronóstico, una vez más, se indicaba como «reservado».

En el transcurso de apenas unos días, los problemas de Donald serían lo último que tendría en la cabeza cualquiera de los miembros de la familia.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
BRIAN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 16

En un hogar donde rara vez había ya un solo instante de paz, el hecho de que apareciese Brian –llegado desde California para ver a la familia– era un bálsamo muy bien recibido, un descanso de la tragedia y una inyección de energía: la vuelta a casa de la estrella del rock, o, al menos, la «versión Galvin» de una estrella del rock. A todos les llamó la atención que apareciese con una novia. La pareja compartió un rato con todos los Galvin en el salón de la casa, escuchando grabaciones de su grupo, Bagshot Row, en unas cintas de carrete que se había traído Brian. También se había traído la guitarra, estuvo tocando con sus hermanos, y la presión del ambiente en la casa cambió por completo. Mimi permitió, incluso, que la pareja durmiese en una habitación del piso de abajo, una dispensa especial que decía mucho del elevado estatus de Brian en la familia.

Lorelei Smith, Noni para los amigos, era una chica nacida en California, brillante, alegre y con los pies en el suelo, con unos cabellos rubios dorados por el sol y una sonrisa agradable. Era tres años más joven que Brian y había tenido una infancia mucho más acomodada que él. Las paredes del cuarto de su infancia estaban cubiertas de trofeos de equitación, pero la vida de Noni también tenía sus penas y sus conflictos, más que suficientes para suscitar el interés de Brian, que siempre parecía sentirse atraído hacia los aspectos más oscuros de la condición humana. Noni apenas era una adolescente cuando murió su madre por una combinación de alcohol y pastillas. Su padre, un pediatra con buen nombre en la ciudad, se casó con una mujer de los concursos de equitación que no era ni diez años mayor que Noni, que nunca volvió a vivir con su padre. Pasó tres años en un internado, y el último año estuvo en la casa de su hermana en Lodi para poder terminar el curso en el instituto local. En la época en que estaba con Brian, Noni había encontrado trabajo en la clínica de un veterinario al tiempo que estudiaba Empresariales en la facultad.

Prácticamente medio siglo después, quedan muy pocas personas que

se acuerden de Noni. Su padre, su madre, su madrastra y su hermana han fallecido todos ya. El primer marido de su hermana la recuerda como una chica feliz, agradable y encantadora. Su paso por el Instituto de Lodi había sido fugaz, de tan solo un año, y eso no era tiempo suficiente para dejar huella duradera. El único miembro de la siguiente generación que estaba vivo en la misma época que Noni es un sobrino, el hijo de su hermana, que ahora es un adulto casi con el doble de la edad que tenía Noni en 1973. Todo lo que le queda a ese sobrino es la idea de que hubo una chica que se llamaba Noni a la que disparó su novio y la mató… y que, después de eso, nadie en su familia volvió a ser el mismo.

Antes de marcharse a California, a Brian le había dado por la meditación filosófica en plan *hippie*. Por entonces hablaba de la muerte, pero no lo hacía de un modo sombrío ni fatalista, más bien como si se refiriera a un estado de la mente, un paso a otra dimensión. «Para él no era el final», dice John, el tercer hijo que compartió cuarto con él durante un año en el campus de Boulder, estudiando la carrera de música en la Universidad de Colorado. «Era simplemente un lugar distinto. Él siempre me hablaba en términos de "irse al otro lado"».

Para John, no parecía haber nada urgente ni peligroso en aquella manera de hablar de Brian. «Era la época», dice John. «Los tiempos de la psicodelia en los que vivíamos». Una parte de esto pudo verse avivado por las drogas, porque ninguno de los hermanos Galvin le daba más al ácido que Brian, pero aun así, había en él una suerte de oscuridad que nunca preocupó a sus hermanos, bien porque eran incapaces de verla, porque no querían verla o porque les parecía romántica.

En la tarde del viernes 7 de septiembre de 1973, el Departamento de Policía de Lodi recibió una llamada de teléfono de la esposa del jefe de Noni[112] en la clínica veterinaria Cherokee, preocupada porque la joven se había marchado a comer a casa al mediodía y no había regresado. No parece que la ausencia de uno de tus empleados durante una hora o dos sea como para llamar a la policía…, a menos que a Noni ya le estuviera pasando algo de lo que toda la empresa estuviera al tanto, algo que la colocaba en una situación vulnerable.

Noni y Brian habían roto un mes antes, aproximadamente. Habían estado discutiendo desde entonces. Ahora, Noni estaba viviendo sola.

El primer agente que llegó al 404½ de Walnut Street se encontró abierta la puerta del apartamento. Entró en la vivienda y se encontró a la joven pareja en el suelo, con un rifle del calibre 22 a su lado. Noni tenía el rostro cubierto de sangre. Había recibido un disparo en la cara. Brian tenía una herida de bala en la cabeza, una herida que los agentes de policía presentes en el escenario determinaron que se había causado él mismo.

Los más pequeños de los hermanos Galvin –Peter, Margaret y Mary– se despertaron con los sollozos de su madre.

En el piso de abajo, Mimi estaba encendiendo velas sobre la mesa de la cocina, y Mark intentaba tranquilizarla. Don estaba al teléfono, haciendo gestiones para conseguir un pase temporal para Donald y sacarlo de Pueblo de forma que pudiese asistir al funeral de su hermano.

La explicación oficial, al menos para los hermanos menores, fue un accidente de bicicleta. Margaret tenía once años, y Mary estaba a punto de cumplir los ocho, demasiado pequeñas para contarles que Brian había disparado y matado a su novia y que después se había pegado un tiro con el rifle. En cuanto a los demás, hubo varios que tampoco recibieron la versión completa. Unos creían que la pareja había sido víctima de un robo que se había torcido. Lo más probable es que no hubieran pensado eso si les hubiesen contado lo que ya sabía la policía: que Brian había adquirido el arma del crimen en una tienda local justo el día antes. Lo sucedido en Lodi parecía premeditado.

Años después, había otros en la familia que contemplaban otras teorías: que Brian y Noni hubieran pactado suicidarse, o que hubieran consumido LSD los dos juntos, pero lo que nadie sabía, a excepción de Don y Mimi –que no se lo contaron a nadie durante muchos años–, era que un tiempo antes de su muerte, los médicos le habían recetado Navane a Brian, un antipsicótico. No hay constancia del diagnóstico que hizo necesaria aquella prescripción médica: manía, psicosis depresiva, psicosis de origen traumático o un brote psicótico

provocado por el consumo habitual de drogas psicodélicas. Sus hermanos jamás supieron desde cuándo sus padres estaban al tanto de aquello, pero Don y Mimi tuvieron que ser conscientes de que una de las enfermedades que se tratan con Navane es la esquizofrenia. La idea de tener otro hijo demente –nada menos que el impresionante Brian– fue tan devastadora para ellos que guardaron el secreto de aquella receta durante décadas.

Michael estaba catatónico. Se había marchado a California, pero había pasado por Los Ángeles y se había detenido allí pensando que, bueno, ya iría hacia el norte a ver a Brian un poco más adelante. Ahora no se podía quitar de la cabeza la idea de que su hermano necesitaba que alguien hubiera interrumpido lo que le estaba pasando, fuera lo que fuese, y que él no estaba allí para ayudarlo. Ahora le pedían ayuda una vez más: su padre lo reclutó para que fuese con él a California, traerse el cuerpo de Brian y ver qué hacían con todas sus pertenencias. Se reunieron con la policía, pero Michael no fue capaz de soportar la conversación con aquel agente que les explicaba lo que creían que había sucedido. No quiso saber nada más y desconectó un segundo después de oír las palabras «asesinato y suicidio».

Aun sin tener conocimiento de la medicación que le habían recetado a Brian, los hermanos menores relacionaron el suceso con lo que les estaba pasando a sus hermanos mayores: primero a Donald, después a Jim y ahora a Brian. Nancy, la mujer de John, fue la primera que expresó en voz alta lo que todo el mundo debía de estar pensando: que lo que les pasaba a los hermanos Galvin tenía que ser transmisible. John y Nancy se marcharon de Colorado a Idaho, donde encontraron trabajo como profesores de música. Los demás hermanos comenzaron a distanciarse. Joe, el séptimo y el mayor de los cuatro jugadores de hockey, se fue a vivir a Denver en cuanto se graduó del instituto y se puso a trabajar en unas aerolíneas. Mark, el siguiente en orden, se graduó un año después y se marchó a estudiar a Boulder, a la Universidad de Colorado.

Donald regresó a Pueblo tras un breve permiso para el funeral de su hermano, «con su religiosidad muy intensa», anotó el personal médico aquel año, «extremadamente controlado» en su afecto y otra vez con

una «hostilidad subyacente próxima a la superficie». Estuvo ingresado más de cinco meses y regresó a casa en febrero de 1974 con una nueva medicación: Prolixin, un antipsicótico alternativo al Thorazine, y Kemadrin, un fármaco para el párkinson que se solía recetar para suavizar los efectos secundarios de los medicamentos neurolépticos. Sin contar a Donald, a Don y Mimi ya solo les quedaban en casa los cuatro hermanos pequeños: Matt, Peter, Margaret y Mary.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 17

Don se había pasado años poniendo distancia entre sus hijos y él. Incluso cuando empezaron a enfermar, él siguió trabajando, primero por necesidad, pero también como una forma de apartarse del dramatismo cotidiano, exactamente igual que siempre. Dos meses después de la muerte de Brian, sumó otro cargo adicional a sus tareas en la Federación: presidente de la recién formada Fundación de las Rocosas para las Artes y las Humanidades.

No obstante, a todos ellos les resultaba imposible dejar atrás lo sucedido con Brian, y mientras Mimi buscaba maneras de mantenerse ocupada con los niños que quedaban en casa, Don lo interiorizó todo. Bien temprano en una mañana del mes de junio de 1975, Don se estaba preparando para salir de la casa y llevar a Peter a un entrenamiento de hockey cuando cayó al suelo a plomo.

El derrame cerebral tuvo a Don hospitalizado durante seis meses. Tenía paralizada la mitad derecha del cuerpo y parecía haber perdido por completo la memoria a corto plazo. Aunque iba recuperando el control sobre su cuerpo, aún se veía incapaz de recordar el nombre de nadie ni gran parte de lo que había sucedido en su vida después de la Segunda Guerra Mundial.

Con reticencias, Don anunció que se retiraba. La carta de despedida de la Federación tuvo un tono cortés, aunque un tanto frío. «Teniendo en cuenta el reciente derrame que ha sufrido», escribió el gobernador de turno, a quien Don le había hecho todo el trabajo duro, «creo que su decisión de buscar un empleo que le ofrezca un mayor control sobre el tiempo, los viajes y las responsabilidades es una sabia y sensata decisión».

Tras pasar años dejando que su mujer se ocupara de los niños, Don necesitaba ahora que Mimi lo cuidara a él, que siempre había pensado que los chicos que estaban enfermos debían salir de la casa y recibir tratamiento fuera. «A Dios rogando, y con el mazo dando», decía él; si los chicos no estaban dispuestos a hacer nada, entonces no había nada

que nadie pudiera hacer por ellos. Sin embargo, Mimi ahora se salía con la suya sin protesta ninguna de Don en parte porque su marido, tan debilitado, había perdido la autoridad para tomar decisiones y en parte porque ambos habían permitido que Brian se marchase de casa, y mira lo que le había sucedido.

A Don no volvería a servirle de nada ninguno de sus antiguos argumentos: que Mimi había estado mimando a los chicos, que él creía en la dura escuela de la vida, que aquellos libros de autoayuda que él les daba a los chicos hablaban de salir adelante por uno mismo. Ahora que había sucedido lo peor, Mimi jamás iba a renunciar a ninguno de sus hijos enfermos.

*

Con sus catorce años, el más pequeño de diez hermanos varones, fue como si Peter sintiese con tal fuerza la presión de la autoridad que decidió despreciarla por completo: iniciaba discusiones y desafiaba las órdenes a la mínima ocasión. Era tan rebelde –una generación o dos más tarde le hubieran diagnosticado un trastorno negativista desafiante– que Mimi cogió la costumbre de llamarlo «niñato» y de criticar cualquier cosa que hiciera que se saliese de lo estipulado. Aunque esto pudiera parecer un tanto duro, a Mimi le daba la sensación de que estaba justificado: justo cuando parecía que las cosas no se podían poner más difíciles para la familia, cualquiera diría que Peter estaba haciendo lo imposible por conseguirlo y empeorarlas, pero lo que más preocupaba a su madre, por supuesto, era la sensación de que si Peter se desviaba demasiado del rumbo correcto, estaría tomando la misma senda que Donald, Jim y Brian.

Tal vez Peter hubiera sido siempre muy de llevar la contraria, pero fue como si el derrame de su padre –él había presenciado con impotencia cómo sucedía apenas a un metro de él– hubiera hecho saltar por los aires cualquier mecanismo de autocontrol que antes tuviera. Lo sorprendieron robando cosas e incluso provocando un pequeño incendio. Luego llegó aquella mañana en noveno curso, en clase de Álgebra, no mucho después del derrame de Don, cuando empezó a decir sandeces a los compañeros de clase que se sentaban a

su alrededor. Cuando la profesora le dijo que dejara de hacerlo, él caminó muy ufano hasta ella, se sentó en el borde de su mesa y continuó hablando. Después de que la profesora lograra que Peter regresara a su sitio, entraron en el aula el director y el jefe de estudios. Los acompañaba un tercer hombre, un profesor de Gimnasia, por si acaso Peter se ponía violento.

Peter ingresó en el Hospital Penrose de Colorado, pero solo por un breve período, lo justo para que los médicos lo estabilizaran. Cuando regresó a casa, su madre –que estaba al límite de su capacidad por la hospitalización de su marido– decidió enviarlo a un campus de hockey tal y como ya estaba programado. Fue allí donde Peter se derrumbó por completo: se orinaba en la cama, escupía en el suelo de la habitación, se pegaba con otros asistentes. Abandonó el campus camino del Hospital Brady, una clínica psiquiátrica privada de Colorado Springs, donde los médicos impidieron durante semanas que Peter recibiera visitas.

A comienzos de septiembre, Mimi por fin visitó a Peter y se lo encontró en calzoncillos, atado a una cama sin sábanas. Toda la habitación apestaba a orina. Mimi se lo llevó de allí de inmediato. Antes de que Peter se marchase, le recetaron una pequeña dosis de Compazine, un fármaco que se solía utilizar para las náuseas y los vómitos.

A Mimi se le agotaban las opciones. El psiquiátrico estatal de Pueblo que había tratado a Donald le parecía un exceso, demasiado extremo para un chico de su edad, así que la siguiente parada de Peter, bien entrada la noche de un sábado de septiembre de 1975, fue el Hospital Universitario de Colorado, en Denver. Peter estuvo tanto tiempo en la sala de espera que comenzó a orinarse. Una vez ingresó, arrastraba tanto las palabras que no se le entendía al hablar.

«Fue triste comprobar que en los momentos en que el paciente se volvía más provocador, su familia consideraba que esa era su conducta habitual», escribió el doctor.

El médico no pasó por alto que Mimi y Don –cuando el padre se encontraba lo bastante bien como para venir de visita– decían que Peter era el último de sus hijos en perder la cabeza. El personal

médico del hospital no tardó mucho en informarse acerca de los demás.

Supieron lo de Donald y también lo de la preocupante dinámica en la que parecía envuelto con Peter: cuanto más extraña era la manera de comportarse de Donald, mayor parecía ser la presión que sufría Peter en el instituto y mayor era el resentimiento que sentía hacia Donald en casa. «Es fácil ser el número uno», solía decir Peter, «pero no todo el mundo puede ser el número diez».

También supieron lo de Jim, que daba la casualidad de que había estado ingresado en el ala de psiquiatría de adultos del mismo hospital después de haber sufrido lo que el personal médico identificaba como «un estado esquizofrénico agudo manifestado por una ideación paranoide severa».

Supieron lo de Brian y el asesinato y suicidio, y vieron por sí mismos que algo le pasaba a Joe, el séptimo hijo, el introspectivo. Cuando Joe fue al hospital a visitar a su hermano, un médico anotó que «pudo contarle al terapeuta del paciente que en el pasado él había tenido en ocasiones una sintomatología similar a la de Peter».

He aquí lo que parecía ser el caso número cinco, que estaba a la vuelta de la esquina. No había nada en el historial médico de Joe que sugiriese que hubiera que hacer algo especial con él, más allá de vigilar atentamente la aparición de signos de la misma psicosis que ya se había apoderado de los demás. Esto confirmaba todos los temores de Don y Mimi. Algo les estaba pasando a todos los chicos uno por uno –primero Donald y Jim, después Brian, y ahora Peter y tal vez muy pronto Joe–, y no tenían ni idea de cómo detenerlo o siquiera si se podía detener.

Tratando de encontrar alguna pista, Don y Mimi se preguntaban si el desencadenante en cada uno de los hermanos no habría podido ser alguna clase de dolor emocional: las tribulaciones maritales de Donald y Jim, la ruptura de Brian con Noni, que Peter viese a su padre desplomarse con un derrame cerebral. Mimi también buscaba algo en sus historiales familiares: algún antecedente con parentesco lejano que hubiera podido ponerlos sobre aviso. Su suegra estuvo deprimida una vez, igual que su suegro después de la guerra. ¿Y aquel episodio

emocional que tuvo Don en Canadá? ¿No podría decirse que aquello fue una crisis? ¿Era Don portador de un mal que todos los chicos estaban destinados a sufrir antes o después?

O tal vez la culpa fuera de las drogas. Antes, los chicos escuchaban la ópera del Metropolitan, pero ahora ponían a todo volumen a Cream y a Jimi Hendrix. Brian, Michael y Richard le habían cogido el gusto al LSD, y también el afable Joe. A Mark, el prodigio del ajedrez, le iban las *black beauties* y otras anfetas. Incluso Mary fumó hierba a los cinco años gracias a Peter y a Matt, que probablemente se la habrían robado a alguno de sus hermanos mayores. Don y Mimi ya se habían percatado en parte de lo que estaba sucediendo en aquella época, pero sentían que tenían muy poco margen de maniobra con tantos chicos. Y jamás habrían podido prever que, así, tan de repente, las drogas estuviesen por todas partes, no al menos en el caso de sus excepcionales hijos.

Para ellos, la contracultura se convertía en sospechosa. Aquello que les estaba pasando a sus hijos, ¿no podría ser, de alguna manera, otro aspecto más de aquellos tiempos convulsos llenos de rebeldía que estaban viviendo?

Los médicos que vieron a Peter tenían otra teoría.

Las notas de la estancia de Peter en el hospital en 1975 son extraordinariamente duras con Mimi. Un médico escribió que la madre «se negaba o era incapaz de oír ninguna noticia desagradable» y que era una experta enviando a Peter «mensajes contradictorios o con doble sentido» –al parecer, una referencia a la teoría del doble vínculo en una maternidad deficiente– y que «conseguía frustrar cada vez que el paciente intentaba sacar a la luz posibles áreas conflictivas».

En las sesiones de terapia en las que Mimi estaba presente –tomó nota un médico–, Peter intentaba hablar de sus alucinaciones y sus temores, y la madre no permitía que continuara la conversación. «Resultó evidente que la madre ha estado interpretando este papel también con los demás hijos», escribió el doctor.

Al mismo tiempo, era incuestionable que Don y Mimi estaban preocupados por su hijo, y era indiscutible que Mimi era una fuente de

consuelo para Peter. Decía el médico que, «en ocasiones durante el encuentro familiar, el paciente apoyaba la cabeza en el pecho de su madre y mostraba una sonrisa, algo que te hacía pensar en un niño satisfecho». Según el médico, al menos, «para la madre y para los hijos era de lo más cómodo caer» en esta dinámica: una madre omnipotente y un niño pequeño que depende de ella.

En una reunión que Mimi jamás olvidaría, Don y ella, sentados a una mesa grande y rodeados de médicos, se vieron señalados de forma directa con la teoría de la madre esquizofrenogénica. Todo cuanto le estaban diciendo a Mimi significaba que ella era la causa primera de las crisis mentales de Peter y, por extensión, de todos los demás hermanos. Se quedaron aturdidos. Mimi, primero consternada, después horrorizada y, finalmente, se puso a la defensiva.

Decidió que jamás iba a permitir que los médicos de la universidad se volvieran a acercar a sus hijos. A partir de entonces, iba a ser Pueblo o nada.

Antaño, Mimi vivía feliz en el orden y la organización, pero su vida ya no le ofrecía nada parecido. Con cada hijo que enfermaba, ella era cada vez más prisionera: limitada por tanto secreto, paralizada por el poder que ejercía sobre ella aquel estigma de la enfermedad mental.

Ahora, la pretensión de la normalidad era un lujo. Mimi ya no podía seguir cerrando los ojos ante toda aquella angustia que había tratado de guardar en secreto durante tantos años.

¿Cómo había llegado Mimi Galvin hasta este momento, exactamente? Un hijo muerto, un asesino; su esposo postrado por un derrame cerebral que lo incapacitaba; dos hijos muy enfermos en casa, sin nadie que cuidara de ellos salvo ella. Solo quedaba un chico más, Matt –de dieciséis años– y las niñas, Margaret, de trece años, y Mary, de diez. Cuidar de todos ellos y de cualquier otro que pudiese caer enfermo a continuación era demasiado para Mimi, o para cualquiera.

Fue en ese momento cuando, en una tarde de las vacaciones de Navidad de 1975, sonó el teléfono en la cocina de los Galvin. Lo cogió Mimi. Era Nancy Gary, amiga de Don y Mimi de la Federación, la mujer del magnate del petróleo.

Nancy no habría sido jamás la persona con la que más ganas de

hablar podía tener Mimi en un momento como ese, ni de lejos. Oír aquella voz pragmática y sensata de Nancy al teléfono casi podía ser para Mimi como si estuviera oyendo un eco de su vida anterior, incluso, que la llamaba y se burlaba de ella. Lo de ir a Salt Lake City o a Santa Fe en el jet privado de Sam y Nancy era una vida que jamás volvería a disfrutar: un futuro ahora destinado para cualquier otra que no fuese ella.

Sin embargo, Nancy resultó ser la persona perfecta en el momento perfecto. Le preguntó a Mimi qué tal estaba, y, por primera vez, Mimi bajó la guardia. Hizo algo que nunca se había imaginado que haría: rompió en sollozos al teléfono ante una mujer a la que consideraba una amiga tan solo de manera superficial.

Nancy no era una persona emocionalmente muy expresiva, pero si había algo que se le daba bien, era utilizar la fortuna de su marido para lograr que desapareciesen los problemas.

–Tienes que sacar a esas niñas de ahí –dijo Nancy. Acto seguido, con la misma rapidez y facilidad con la que pediría el servicio de habitaciones, añadió–: Enviadme a Margaret.

Mary Galvin sabía que no debía mostrar sus sentimientos. Después de todo cuanto había sucedido, a su madre le iba a dar la histeria en cuanto una de las niñas perdiese el control.

No obstante, cuando su hermana Margaret –lo más parecido a un aliado que Mary tenía en aquella casa– empezó a hacer las maletas para marcharse, la pequeña lloró con más fuerza e intensidad de lo que recordaba haber llorado nunca. Estaba tan alterada que sus padres temieron que fuese a montar una escena cuando ellos dejaran a Margaret en casa de los Gary. Ni siquiera le permitieron subir al coche.

En un día de enero de 1976 que tiene grabado a fuego en la memoria, la pequeña Mary de apenas diez años se quedó plantada en la puerta principal de Hidden Valley Road, chillando desconsolada mientras se llevaban en coche a su hermana de trece años y la dejaban allí con Donald y Peter –con un tercer hermano, Jim, al quite para ofrecerle algo que le decían que era un refugio, pero que ella en su corazón ya sabía, incluso entonces, que no lo era– y sintiéndose más

tirada, abandonada e indefensa de lo que jamás se había sentido en toda su infancia.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 18

1975

Instituto Nacional de Salud Mental Washington D. C.

Eran muchos los días en que Lynn DeLisi tenía la sensación de estar en el peor sitio en el peor momento, la sensación de que la ciencia no era lo suyo y de que había sido una estúpida al pensar que alguna vez lo sería. No obstante, el peor de todos fue el día en que le dijeron que tal vez podría estar volviendo locos a sus propios hijos.

Aquel pronóstico se lo hizo nada más y nada menos que un psiquiatra del Instituto Nacional de Salud Mental, supuestamente a la vanguardia de la investigación psiquiátrica en Estados Unidos. Fue algo que dijo de pasada, en el transcurso de una conferencia. DeLisi era una de las pocas mujeres que había en la sala, residente de psiquiatría de primer año en el Hospital St. Elizabeths de Washington D. C., y era la única madre: tenía dos hijos muy pequeños que, en aquel preciso instante, estaban en casa al cuidado de una niñera. Este psiquiatra –igual que el de Yale, Theodore Lidz, el especialista en dinámica familiar– parecía convencido de la existencia de una conexión entre la enfermedad mental –la esquizofrenia, de manera específica– y el auge de la incorporación de la mujer al trabajo. Las madres, dijo el psiquiatra a los residentes, tenían que dedicarse a estar con sus hijos y a cuidar de ellos en todo momento durante los dos primeros años de la vida de estos.

DeLisi no pudo evitar sentirse señalada. De todas las madres del vecindario de DeLisi, en la zona residencial de Annandale, en Virginia, ella era la única que dejaba a sus hijos con una niñera mientras se iba a trabajar a Washington. Su marido también trabajaba, por supuesto, pero era a ella a quien le tocaba adaptar las exigencias de su residencia en función de la maternidad: para evitar las llamadas nocturnas, había llegado a un acuerdo especial por el que compensaba aquellas horas extendiendo su residencia más allá del período que le

correspondía.

Mientras los demás residentes de primer año guardaban silencio, DeLisi comenzó a cuestionarlo y a exigirle algún tipo de prueba.

–¿Dónde están los datos? –le dijo al psiquiatra–. Quiero verlos.

Sin embargo, aquel psiquiatra no tenía dato ninguno. No estaba citando ningún estudio, sino a Freud.

Después de aquello, DeLisi se pasó semanas sin poder dejar de pensar en que aquello que había dicho aquel hombre de manera tan rotunda no se basaba en la experimentación y la verificación, sino en la anécdota y el sesgo. Lo sucedido aquel día iba a marcar la carrera de DeLisi en los siguientes años. En una época en que el tratamiento de la esquizofrenia se debatía entre dos enfoques –la psicoterapia o la medicación psicoactiva–, DeLisi se sintió atraída hacia una tercera vía: la búsqueda de una causa neurológica verificable que provocara la enfermedad.

Siempre quiso ser médico, desde que era una cría en las afueras de Nueva Jersey. Su padre, un ingeniero electrotécnico, respaldó su sueño y lo fomentó, y sería el último hombre en hacerlo durante bastante tiempo. En un principio, DeLisi pensó en estudiar el cerebro y su relación con las enfermedades mentales en la Universidad de Wisconsin: leía todo cuanto podía sobre los efectos neurológicos de las drogas alucinógenas. El momento, sin embargo, no fue el más oportuno. Terminó su formación universitaria previa a la especialidad en 1966, cuando la guerra de Vietnam estaba siendo un aliciente para que muchos de sus compañeros masculinos solicitaran el ingreso en la Facultad de Medicina para conseguir una prórroga por estudios para su incorporación a filas. Las mujeres que solicitaban lo mismo que aquellos hombres ya se presentaban con una desventaja automática: ¿por qué le iba a conceder la Facultad de Medicina una plaza a una mujer cuando a todo hombre al que rechazaran podrían enviarlo a la guerra?

A Lynn le costó lo indecible encontrar una solución alternativa. Se tomó un año después del primer ciclo universitario y buscó un trabajo a tiempo completo como investigadora ayudante en la Universidad de Columbia y se matriculó en el turno de noche de unos estudios de

posgrado de Biología en la Universidad de Nueva York. En la biblioteca de ciencias conoció al hombre con el que se casaría, un estudiante de posgrado llamado Charles DeLisi. Antes de su boda, Lynn se matriculó en la única Facultad de Medicina dispuesta a aceptarla: la Facultad de Medicina para Mujeres de Pensilvania, en Filadelfia. Después de cursar su primer año, solicitó traslados a las facultades de Nueva York, donde Charles continuaba con sus estudios de posgrado. Un entrevistador le preguntó si la familia era para ella más importante que su carrera; otro le preguntó si pretendía utilizar medios anticonceptivos. Nadie la aceptaba.

Incluso su propio marido esperaba que Lynn dejara la Facultad de Medicina y se cambiase a un programa de posgrado menos exigente, pero ella continuó allí con la ayuda de la decana de alumnos –una mujer que tenía por norma defender la presencia de mujeres jóvenes en la profesión–, que realizó las gestiones para que DeLisi cursara su segundo año de clases en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York. El año siguiente, cuando su marido consiguió una plaza en un curso de posdoctorado en Yale, el matrimonio se mudó a New Haven; DeLisi volvió a la Facultad de Medicina para Mujeres en Filadelfia, y tenía que coger el tren todos los días para llegar hasta allí. Cuando se quedó embarazada de su primer hijo, la decana de alumnos intervino de nuevo para echarle una mano, y consiguió que pudiera asistir a clase en Yale durante todo su último año de carrera, entero.

DeLisi se tituló en Medicina en 1972. Una vez más, se mudaron a causa del trabajo de su marido, esta vez a Nuevo México, donde Lynn abrió una consulta de medicina general y atendía a trabajadores inmigrantes con escasos recursos. Allí dio a luz a su segundo hijo, y cuando su marido recibió una oferta de trabajo en Washington, ella solicitó allí plaza como residente.

–Me interesaba la esquizofrenia porque era una enfermedad real del cerebro –recuerda ella–. No era una simple ansiedad cotidiana, ya sabes, sino una enfermedad neurológica real.

La proximidad del NIMH, pensaba DeLisi, la situaba muy cerca de otras personas que pensaban lo mismo.

Tardó un tiempo en encontrar a esas personas. Aunque el St. Elizabeths tuviera salas llenas de pacientes con esquizofrenia, su estudio como una dolencia física no estaba en boga, al menos entre los supervisores de su programa de residencia. Había un problema práctico: era como si los pacientes nunca mejoraran. Más valía dedicar tu carrera a la depresión, a los trastornos alimentarios o de ansiedad, o al bipolar, algo donde pudiera hallar un rayo de esperanza, algo que a veces respondiese a la cura tradicional de las sesiones de terapia.

Después había otro problema más profundo, la misma discusión sobre lo biológico frente a lo adquirido que había dividido el campo de estudio durante décadas. Lo cierto es que el programa de DeLisi estaba regido por psicoanalistas, no por médicos psiquiatras como ella esperaba. Durante su residencia, a la gente que estaba interesada en la esquizofrenia, como ella, le permitía pasar su tercer año en Chestnut Lodge. El antiguo puesto de mando de Frieda Fromm-Reichmann continuaba funcionando a unos kilómetros carretera abajo, en una zona residencial de Maryland, y los terapeutas que había allí seguían considerando que los traumas de la infancia eran una de las principales influencias en el desarrollo de las enfermedades mentales graves, igual que tantos de los profesores de DeLisi en St. Elizabeth.

DeLisi continuaba leyendo cuanto era capaz de encontrar acerca de la biología de la esquizofrenia, y no dejaba de ver el mismo nombre relacionado con el NIMH: Richard Wyatt, un neuropsiquiatra que no exploraba la terapia, sino los efectos de la enfermedad mental sobre el propio cerebro. El laboratorio de Wyatt estaba al otro lado de la ciudad, separado del resto del programa de psiquiatría del NIMH, en el edificio William A. White, una construcción centenaria de ladrillo rojo en el campus del St. Elizabeths con espacio suficiente para alojar a pacientes que participaran en estudios a largo plazo. En 1977, hacia el final de su período de residencia en el St. Elizabeths, DeLisi fue a ver a Wyatt para hablar sobre una beca de investigación. La reacción de Wyatt distó de ser alentadora. Vería qué podía hacer –le dijo–, pero él solía traer a sus becados directamente de Harvard. Es más, le contó, nadie se iba a creer que una madre con dos críos pequeños pudiera gestionar las exigencias del puesto de trabajo.

DeLisi no se enfadó esta vez, tan solo se quedó abatida. Aunque había acordado extender la duración de su período de residencia, se había esforzado el doble en su trabajo para poder terminar a tiempo de todas formas. Ella era tan buena como cualquier hombre, fuese de Harvard o de cualquier otro sitio. ¿Cuántos de los hombres del laboratorio de Wyatt tenían hijos? ¿Se lo había preguntado alguien alguna vez?

Los mentores de DeLisi en su programa de residencia no alcanzaban a entender por qué estaba tan desanimada. Si de verdad quería estudiar la esquizofrenia, le decían, ¿por qué no pasaba el último año de su período como residente en Chestnut Lodge?

Entonces llegó la sorpresa que lanzaría su carrera. Wyatt le respondió con una oferta. Si ella lo deseaba, podía completar su residencia con un año en su laboratorio. Él tendría una trabajadora adicional, gratis, así que no se podía ver como ninguna clase de imposición. Si lo hacía lo suficientemente bien, le dijo él, podría continuar allí el año siguiente con una beca de investigación. No le prometía nada, pero DeLisi podía presentar su solicitud.

–Puedo colarte por la puerta de atrás, si tú quieres –le dijo Wyatt.

En tres plantas del edificio William A. White, Wyatt tenía laboratorios independientes para la bioquímica, la neuropatología y la electrofisiología del cerebro, un laboratorio del sueño, otro laboratorio donde su personal recopilaba cerebros humanos *post mortem* para su estudio e incluso un laboratorio animal donde otros experimentaban con trasplantes de tejido cerebral. El principal interés de Wyatt era aislar los factores bioquímicos que afectaban a la esquizofrenia: las plaquetas de la sangre, los marcadores de los linfocitos y las proteínas del plasma que podían desencadenar las psicosis o los delirios. Tenía salas de investigación con sujetos de estudio humanos, cada una de ellas con un número de entre diez y doce pacientes, trasladados desde lugares de todo el país para probar con medicaciones experimentales. A estos pacientes los atendían becados de investigación como DeLisi.

La mayoría de los investigadores de Wyatt estaban sacando provecho de la nueva tecnología de la tomografía computerizada en su búsqueda de anomalías en el cerebro de los pacientes de

esquizofrenia, y ya estaban hallando bastantes pruebas físicas de la esquizofrenia en el cerebro humano como para estar dispuestos a descartar por completo el entorno como causa o factor que contribuyese en la enfermedad. En 1979, el equipo de Wyatt publicó una investigación[113] que mostraba que las personas con esquizofrenia tenían más líquido cefalorraquídeo en los ventrículos cerebrales, la red de huecos en el sistema límbico cerebral donde se encuentran la amígdala y el hipocampo. Esta era la parte del cerebro responsable, entre otras cosas, de mantener la consciencia de cuanto tenemos a nuestro alrededor. Cuanto mayor era el tamaño del ventrículo, el paciente parecía mostrar una mayor resistencia a los fármacos neurolépticos como el Thorazine, y esto era una prueba más de que la enfermedad era física, no ambiental. O bien, tal y como lo expresaba uno de los coautores del estudio ventricular, un psiquiatra del St. Elizabeths llamado E. Fuller Torrey: «Si unos malos padres causaran cualquiera de estas enfermedades, todos tendríamos un problema muy muy serio».

El único contratiempo era que no había forma de saber si los ventrículos agrandados eran una causa o un efecto: algo con lo que nacían los pacientes o un trastorno que se desarrollaba una vez se tenía la enfermedad, tal vez incluso como un efecto secundario de la medicación. Ahí –había pensado DeLisi– era donde la genética resultaría crucial, pero el problema de estudiar la genética en 1979 era que la mayoría de los investigadores consideraba que algo así era poco menos que probar a ver si sonaba la flauta. La esquizofrenia era como el alzhéimer o el cáncer –producto claramente de la actuación conjunta de más de un gen, tal vez de decenas de ellos–, y, por tanto, era demasiado compleja para el análisis genético teniendo en cuenta lo rudimentaria que era la tecnología para semejante búsqueda en aquella época. Por ese motivo, el laboratorio de Wyatt se centraba en métodos más al alcance de la mano: resonancias magnéticas, tomografías computerizadas y, de manera más reciente, tomografías PET. Así que DeLisi también se puso a trabajar en eso durante una temporada.

En su época con Wyatt no faltaron las tensiones ni el conflicto.

DeLisi recuerda la intensa presión que sentía para que consiguiera unos resultados que condujesen a un estudio digno de un galardón. Se sintió explotada en más de una ocasión, como aquella en que le pidieron que asumiera la culpa de un error cometido por un colega porque aquel hombre apuntaba a un ascenso. Dijo que no; se negaba en redondo a decir amén a los chicos, aunque el hecho de negarse terminara yendo políticamente en su contra con Wyatt.

–Tardó dos años en hablarme del mismo modo en que hablaba a los hombres del laboratorio –recuerda DeLisi–. Ellos entraban en su despacho sin llamar y se ponían a charlar con él, y yo jamás conseguía un hueco para hablar con él.

Finalmente, más o menos en la misma época en que DeLisi consiguió refutar con éxito una hipótesis que Wyatt sostenía desde hacía mucho tiempo al respecto de la eficacia de un fármaco concreto para tratar la esquizofrenia, un avergonzado Wyatt le reconoció delante de todos los hombres que los había superado.

–Fue un gesto amable por su parte que dijera eso –opina DeLisi–, pero a los hombres no les gustó un pelo.

Al comienzo de su época en el laboratorio de Wyatt, una de las grandes figuras históricas del NIMH se puso en contacto con ella. David Rosenthal, que continuaba por allí como psicólogo investigador, consideraba que había llegado el momento de hacer un estudio complementario con las cuatrillizas Genain para que se publicara veinte años después del primero. Las hermanas tenían ya cincuenta años y continuaban vivas las cuatro. Esta vez las traerían para realizarles una serie de pruebas nuevas de carácter biológico y ver así qué más tenían en común.

DeLisi se sintió complacida ante la oportunidad de estudiar las raíces físicas de la enfermedad. Disfrutaba estando con las hermanas, viendo cómo una de ellas decía algo que la siguiente repetía como un loro un momento después, luego la tercera y después la cuarta. Les hizo tomografías, electroencefalogramas y análisis de sangre y de orina, pero el verdadero impacto que tuvo en DeLisi el hecho de pasar todo ese tiempo con cuatro hermanas idénticas con variaciones de la misma enfermedad fue que aumentó aún más si cabe su interés en la

genética.

El único investigador de la esquizofrenia en el NIMH que estaba observando la genética con detenimiento era Elliot Gershon. En 1978, Gershon había copublicado un estudio[114] que trazaba las líneas generales de la mejor manera de verificar un marcador genético de la enfermedad mental. Su idea consistía en estudiar familias con más de un miembro que tuviera la enfermedad. A estas familias, Gershon las llamó «familias multiplex». La clave, decía él, estaba en no centrarse únicamente en los enfermos de la familia, sino en toda ella, y lo ideal sería hacerlo en más de una generación. Si los investigadores conseguía de alguna manera hallar una anomalía genética que apareciese solo en los miembros enfermos de la familia y no en los sanos, ahí lo tenían: era la pista genética irrefutable de la esquizofrenia.

DeLisi acudió a ver a Gershon y le mencionó a las hermanas Genain: aquí tenían a una familia, las favoritas del ala de esquizofrenia del NIMH, con la enfermedad por las nubes, y las tenían allí de vuelta, preparadas para que las volviesen a examinar de arriba abajo.

–¿Qué tipo de estudio harías tú? –le preguntó DeLisi.

La respuesta de Gershon la detuvo en seco.

–No quiero formar parte de esto –dijo él.

DeLisi le preguntó el porqué, y cayó en la cuenta de lo fuera de lugar que estaba aquella pregunta en el instante en que él respondió.

–El N que tienes es solo de uno –le dijo Gershon: tan solo tenía un conjunto de datos, sin variación ninguna–. No vas a encontrar nada verdaderamente significativo.

Dado que las cuatro hermanas tenían el mismo material genético, no habría nada con lo que compararlo ni contrastarlo, por eso Gershon no veía que tuviera sentido estudiarlas. Sí, lo que había que buscar eran familias, le dijo él, pero familias con diversas mezclas de los mismos ingredientes genéticos de origen, ese era el tipo apropiado. Cuantos más hijos afectados, mejor.

Si DeLisi estaba dispuesta a ponerse a buscar familias como esa, le dijo Gershon, él la respaldaría en eso, quizá.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 19

Uno de los primeros recuerdos que conserva Mary Galvin –de cuando tenía unos cinco años, en 1970– era el de estar en la cama ya entrada la noche, intentando dormir, y oír a su hermano mayor, Donald, que había vuelto a casa del hospital y estaba lloriqueando en el pasillo ante la puerta del cuarto de sus padres.

–Tengo mucho miedo –decía su hermano–. No sé qué está pasando.

Recuerda a sus padres, tratando de hablar con él, diciéndole que todo iba a salir bien, que iban a buscar a un médico y que averiguarían qué le pasaba.

También recuerda que Donald se escapaba de vez en cuando –la mayoría de las veces a Oregón, a buscar a Jean– y que sus padres tenían que localizarlo y enviarle un billete de avión o de autobús.

Y recuerda a Donald, otra vez de noche, ahora aterrorizado, pidiendo a gritos que todo el mundo se pusiera a salvo. Decía que había alguien en la casa, alguien que estaba tratando de hacerles daño a todos.

Recuerda que ella creyó en lo que decía. ¿Por qué iba a mentir su hermano?

Mary era distinta de su hermana mayor. Margaret era cariñosa, empática y emocional: ella presenciaba las dificultades de su familia y las interiorizaba, apenas capaz de soportar el dolor. Mary, por su parte, quizá fuese exactamente igual de vulnerable, pero también era más pragmática, más espabilada y, tal vez ahora por necesidad, más independiente. En su clase de primer curso, ella fue la única que levantó la mano a favor de George McGovern y no de Richard Nixon cuando hicieron el simulacro de las elecciones presidenciales. Más adelante, cuando la sorprendieron con un cigarrillo en el colegio, su madre le preguntó a la niña qué deberían hacer ellos al respecto, y Mary respondió: «Poned letreros de “prohibido fumar”».

Después de que Margaret se marchase de casa y se la llevaran a Denver con Nancy y Sam Gary, Mary estuvo oscilando entre la furia y el silencio. La ausencia de su hermana la devoraba por dentro. Era incapaz de entender por qué la habían dejado allí a ella. Sus padres habían intentado explicarle que ella era muy pequeña todavía para ir al instituto privado al que Margaret asistía allí, pero no significaba nada para Mary, no cambiaba lo terriblemente repentino que había

sido todo aquello para ella.

En quinto curso, en 1976, Mary se encontraba prácticamente sola, presenciando las peleas entre los hermanos que aún estaban en casa. Peter ponía a prueba a todo el que había a su alrededor, entraba y salía del hospital de manera cíclica y chocaba con Matt, el último de los hermanos jugadores de hockey que aún vivía en la casa. Donald se había trasladado a la habitación de Margaret, junto a la de Mary. La idea era distanciarlo de los demás chicos, que dormían abajo, pero eso tan solo lo hacía más presente a ojos de Mary. Cuando no estaba dormitando a causa de la medicación, Donald se paseaba arriba y abajo, gesticulando y hablando solo. Mary se avergonzaba y le hablaba con malas formas. Cuando veía que eso no surtía efecto alguno, pasaba a las súplicas. Cuando eso tampoco funcionaba, se echaba a llorar, pero no lo hacía delante de nadie. Se pasaba horas en su cuarto, organizando y reorganizando su vestidor y los cajones de su escritorio, perdida en sus pensamientos, tratando de conseguir cualquier sensación de control.

De puertas hacia fuera, Mary pasaba a secundaria, donde era todo sonrisas: una niña con buena imagen y unas amigas en cuyas casas pasaba más tiempo que en la suya propia. Ella sabía que los demás niños ya no tenían permiso para pasarse por su casa, y ella tampoco quería estar allí, así que se ceñía a una rutina que la mantenía lejos de Hidden Valley Road el mayor tiempo posible: salía de clase y se marchaba a jugar al fútbol a media tarde, y a continuación, igual que los sábados, iba al estudio de ballet en el Colorado College; hacía largas visitas a la familia Hefley, que tenía un caballo a cuya cuadra siempre le venía bien una limpieza: en cualquier sitio menos en casa.

Su madre, después de haberse mostrado tan vulnerable ante Nancy Gary y haber permitido que su familia se llevara a Margaret para acogerla, había intentado volver a sus antiguos moldes: poner buena cara y sonreír en público. Con Mary, Mimi demostraba la importancia de no hablar de ello, de hacer como si no estuviera pasando: no llorar, no enfadarse, no dejar entrever la menor emoción, y esperaba ver la misma serenidad impuesta a la fuerza en todos sus hijos. En los trayectos en coche desde el colegio hasta el entrenamiento de fútbol, a

la librería Chinook de Colorado Springs o a tomar el té con los Crockett o los Griffith, Mimi no le ofrecía a su hija explicación ninguna acerca del motivo por el que sus hermanos eran como eran ni tampoco acerca de lo que podían hacer ellas para ayudarlos. Como mucho, le decía que los problemas de una niña de once años no eran nada en comparación con lo que estaban pasando sus hermanos.

Cuando Mary se sentía más indefensa de lo habitual, buscaba un lugar íntimo en el valle donde podía ocultarse, a unos cientos de metros de la casa, al otro lado del promontorio que había en el jardín de la parte de atrás. En ocasiones, los chicos lo llamaban Fairy Rocks. Entonces, Mary jugaba a que Fairy Rocks era su hogar: allí preparaba la cena y se iba a la cama, y allí se despertaba como si fuera la mañana siguiente, sola y en libertad.

Su padre se la llevaba con él a la piscina comunitaria de la Academia, donde se esforzaba por conseguir dar unos largos que lo ayudaran a rehabilitarse de su derrame. Don ya reconocía a la gente, pero seguía teniendo afectada la memoria a corto plazo, y parecía condenado a no recuperarla nunca por completo. Si antes tenía la costumbre de leer a toda velocidad dos y hasta tres libros al día, ahora se dedicaba a ver deportes en la televisión, un aparato que antaño ni siquiera quería que entrara en la casa. Su días con los halcones eran cosa del pasado, y regresar al trabajo era imposible. Sam Gary le había montado unos cuantos eventos como consultor en la industria del petróleo, pero Don no estaba en condiciones de realizar la tarea.

El único dinero que entraba en casa era el de la pensión militar de Don. Era imposible negar los esfuerzos que suponía cuidar de Donald y de Peter, pero cada vez que Don sugería que sus dos hijos deberían estar viviendo en otra parte, la respuesta de Mimi siempre era la misma: «¿Y adónde van a ir?». A estas alturas, aquello era una pantomima sin sentido: Mimi estaba al mando, los dos lo sabían a la perfección. Ahora bien, por mucho que lo que dijese su padre no llegara a ninguna parte, para Mary significaba algo que lo dijese. Al menos él decía lo que pensaba y defendía a los hijos sanos frente a los enfermos.

Mary se sentaba con su padre cuando se ponía a ver el golf en la

tele y lo observaba –con la memoria muchas veces al ralentí y tan falto de fuerzas–, la única persona dispuesta a ver con claridad la situación de su hija la pequeña, a tener empatía hacia ella, a ponerse de su parte. A solas con su padre, Mary le preguntó por qué continuaba siendo un católico devoto, por qué seguía creyendo en Dios después de todo lo que había sucedido. Aquello no era ninguna pregunta abstracta para ella, que aún tenía que ir a misa todos los domingos y deseaba saber qué sentido podía tener eso ya.

Don le contó que él también había tenido dudas muchas veces a lo largo de su vida, pero que encontró el camino de vuelta a Dios gracias a sus lecturas y a su propio intelecto.

Ahora bien, no animó a Mary a hacer lo mismo. Él sabía que era mejor no presionar a su hija.

Mary tenía a veces la sensación de que su familia se había partido en dos, y no entre los locos y los cuerdos, sino entre los que aún quedaban en casa y los que se habían marchado. Entre los que seguían en Hidden Valley Road, su hermano Matt era su entrenador de fútbol y una especie de protector, su defensor. En una ocasión, Mary escribió una redacción sobre él para el colegio y decía que era la persona a la que más admiraba. Sin embargo, Matt se graduó del instituto en la primavera de 1976 y también se marchó de casa. Ya era oficial: solo quedaban Mary y dos de los hermanos enfermos, Peter y Donald; de todas formas, Hidden Valley Road continuaba siendo la primordial parada y fonda para el resto de los hermanos enfermos, su única opción segura cuando no los querían en ninguna otra parte…, también para Jim, cuando estaba a malas con Kathy.

Recaía sobre los hombros de su madre la elección de los tratamientos adecuados, la búsqueda de soluciones, proteger a todos sus hijos. Mimi seguía profundamente convencida de la posibilidad de un milagro, y por un tiempo pensó que lo había encontrado por cortesía de un farmacólogo salido de Princeton, en Nueva Jersey, llamado Carl Pfeiffer. El recorrido de Pfeiffer por la medicina era un tanto heterodoxo y, en ocasiones, rarísimo. En la década de los cincuenta, fue uno de entre el reducido grupo de farmacólogos que utilizó la CIA[115] para llevar a cabo experimentos con LSD con

prisioneros que daban su consentimiento. Pasó a dirigir el Departamento de Farmacología de la Universidad de Emory, pero abandonó el academicismo tradicional en los años sesenta y comenzó a publicar una riada de estudios que se habían llevado a cabo sin el habitual método del «doble ciego» y se basaban en la ferviente convicción de que la estabilidad mental del individuo dependía de que la química cerebral se mantuviese en un equilibrio de las vitaminas muy concreto: unas combinaciones de suplementos que él estaba en disposición de facilitar a cualquiera, a cambio de un precio.

En 1973, Pfeiffer fundó el Brain Bio Center, una clínica privada que se convirtió en su cuartel general durante varias décadas. Mimi había estado leyendo todo aquello a lo que le podía echar el guante donde se sugiriese alguna manera de mejorar la química cerebral, y supo de Pfeiffer apenas unos años antes de que montara su clínica. Cuando se puso en contacto con él, el farmacólogo se mostró más que dispuesto a viajar a Colorado para conocer a aquella madre de doce retoños cuyos hijos varones estaban perdiendo la cabeza. Tras su visita, invitó a los Galvin a viajar a Nueva Jersey para someterse a un examen diagnóstico.

Todos los miembros de la familia que continuaban en Hidden Valley Road hicieron las maletas y se dirigieron al este, a Princeton. Mary recuerda que alguien le miró las uñas en busca de puntos blancos, le dijeron que tenía un déficit de cinc, y su madre se agarró a cada palabra que decía el farmacólogo y tomó buena nota de todo. Pfeiffer les contaba a todos los que pasaban por el Brain Bio Center que lo que la mayoría de la gente consideraba enfermedades mentales era probablemente déficits nutricionales. Incluso Marilyn Monroe y Judy Garland –decía Pfeiffer– estarían todavía vivas si hubieran hecho ciertos ajustes en los nutrientes en la sangre. Tal y como escribió él una vez, un hospital psiquiátrico no era más que un «contenedor temporal»[116]. Esto tuvo que sonar de maravilla a oídos de Mimi, una madre que se sentía juzgada a cada instante por los médicos –y por un marido– que sugerían que sus hijos estarían mejor en un psiquiátrico.

De vuelta en Hidden Valley Road, Mimi hizo a mano una taza de cerámica para cada uno de sus hijos. Todas las mañanas sin falta

llenaba aquellas tazas de color verde aguacate con zumo de naranja para ayudar a tragar las pastillas del doctor Pfeiffer. A Mary le entraban ganas de vomitar camino del colegio, le ardía el estómago por la combinación del zumo con las vitaminas, así que comenzó a guardarse las píldoras en el bolsillo conforme salía por la puerta y las tiraba en el bosque en cuanto desaparecía de la vista de la casa.

En marzo de 1976 –dos meses después de que Margaret se marchara de la casa–, un agente de la patrulla de carreteras de la policía estatal de Colorado vio a un hombre de cabello oscuro que iba caminando en dirección este por la carretera 24, justo por el centro de la calzada, tocando la doble línea amarilla con la punta del pie y hablando solo mientras los coches pasaban junto a él a toda velocidad a un lado y al otro. Cuando el agente de policía le pidió a Donald que se apartase de la carretera, hacia el arcén, él se negó. Cuando intentó arrestarlo, Donald comenzó a revolverse y a empujarlo. Para reducirlo, fue necesario que acudieran varios agentes además de unos bomberos locales. En los calabozos de Colorado Springs, la policía averiguó que llevaba varios meses sin tomarse la medicación.

La policía lo trasladó a Pueblo, donde Donald era ya bastante conocido a aquellas alturas. Los médicos supieron que acababa de regresar a Hidden Valley Road en enero después de haber estado fuera un tiempo. Se había marchado de nuevo a Oregón en busca de Jean, pero esta vez le dijeron que la mujer se había alistado en los Cuerpos de Paz estadounidenses. Donald se quedó una temporada en Oregón, trabajando en un barco marisquero. Cuando regresó, Don y Mimi accedieron a acogerlo con la indispensable condición de que acudiese con regularidad al Centro de Salud Mental de Pikes Peak para medicarse («Ya tienen contacto con otros hijos varones de la familia», según decía un informe de Pueblo). Donald lo aceptó, pero después lo rechazó y se convirtió en lo que los médicos de Pueblo denominaban un problema de gestión. «La familia y él coinciden en que no debería vivir en el hogar familiar a causa de su edad y de la mala influencia que ejerce sobre otros hermanos», dice el informe.

> Niega que estuviera teniendo alucinaciones, pero volvía la cabeza con frecuencia y miraba hacia un lado como si estuviera escuchando lo que le decía

> una voz. Tiene numerosas preocupaciones de carácter religioso y dice que hay símbolos que se le pasan constantemente por la cabeza. Uno de los símbolos que describió era un niño pequeño iluminado por el resplandor de Dios, que descendía sobre él. Se puso muy tenso en diversos puntos de la entrevista y expresó sentimientos hostiles como el deseo de partirme la cara…

Transcurridos unos pocos días, Donald continuaba confuso, inquieto y agresivo, o, en palabras del personal médico del hospital, «violento, destructivo, beligerante, suicida, hiperactivo, verborreico [y] grandilocuente». Le abrían expedientes por «masturbarse de forma abierta», por «exhibirse», por colarse en los dormitorios de las mujeres y, en una ocasión, en las duchas femeninas. Los médicos de Pueblo calmaron a Donald con Prolixin, pero él continuaba informándoles sin falta acerca de los símbolos y señales que se le seguían pasando por la cabeza.

Aun así, lo consideraron lo bastante estable como para darle el alta y enviarlo de vuelta a casa en abril.

Durante los fines de semana, Mary y Jimmy –el hijo de Jim y sobrino de Mary, pero apenas unos pocos años más pequeño que ella– formaban una especie de minicampamento lúdico de solo dos miembros. Jim le decía a Don y a Mimi que se los llevaba a la iglesia, y, en cambio, se marchaban a hacer algo divertido: patinar sobre hielo, o se iban al parque. Ahora más que nunca, los sábados y domingos de Mary con Jim y Kathy se convirtieron en algo con lo que sus padres contaban.

–Se producía una crisis –cuenta ella–, y mamá llamaba a Jim y a Kathy para que vinieran a recogerme.

Kathy llegó a ser como una madre para Mary, y semejante escenario convertía a Jim en la figura del padre.

Desde que Margaret se marchó, cuando Mary tenía unos diez años, Jim la había buscado en aquellas noches en que ella se quedaba en su casa. La penetraba con los dedos y la obligaba a practicar sexo oral, y ella lo toleraba en parte por pura negación y en parte por lo confundida que estaba. Mantenía una actitud pasiva sobre la base del mismo análisis que había hecho su hermana: porque ella quería a Kathy, porque cualquier cosa era mejor que estar en casa, porque una

parte de su ser se había acostumbrado a no resistirse y a interpretar aquellos actos como una forma de afecto.

Las cosas cambiaron cuando Mary entró en la adolescencia. Jim no había dejado nunca de pegar a Kathy, pero Mary lo veía ahora de un modo en que no lo había visto antes, cuando era más pequeña. Mary ya no tenía forma de racionalizar aquello como algo distinto de lo que realmente era: algo malo, feo y aterrador; pero tampoco podía abandonar a Kathy, así que continuaba yendo a aquella casa, incluso entonces. Y siguió soportando a Jim por el mismo motivo.

Una parte de ella comprendía que aquello se tenía que acabar. Sabía que su cuerpo estaba cambiando igual que había cambiado el de su hermana. Percibía que los actos de Jim iban a más, que se iba abriendo paso en busca de algo. Pensó en lo que podría suponer que Jim intentara ir hasta el final con ella, si eso significaba que ella pudiera tener un bebé.

Intentó con todas sus fuerzas no pensar en ello, pero aquella preocupación no desapareció, se quedó allí. Mary podía hacerle caso omiso, aunque no eternamente.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 20

Había un jardinero que podaba los setos, una señora que hacía toda la colada y un cocinero alemán que preparaba los filetes con patatas para cenar. El servicio constaba de siete personas en total, sin contar los pilotos del avión ni los instructores de las clases particulares de esquí.

La familia Gary vivía en Cherry Hills, un vecindario bastante aislado en la zona sur de Denver, a un mundo de distancia del ajetreo del centro. La casa estaba situada en un rancho de caballos de enormes proporciones. En el camino de entrada había aparcados un Porsche y un Mercedes, y tenían una cama elástica tremenda en el jardín trasero. Ya dentro, a la derecha de la entrada, el olor a cloro y la humedad surgían de una piscina con agua de color turquesa y un tobogán con forma de sacacorchos, y techada con una cúpula. Las paredes de todos los pasillos estaban cubiertas de cuadros: un Modigliani, un De Kooning, un Chagall, un Picasso… En el cuarto de juegos había un columpio gigantesco y una casa de muñecas de tamaño real con literas para quien se quedara a dormir. La habitación de Margaret tenía una cama de agua que la dejó atónita hasta que intentó dormir en ella. Le costó varias noches reunir el valor necesario para pedir una cama normal y corriente. Y le trajeron una.

Margaret tuvo la oportunidad de conocer a Trudy, el ama de llaves, una segunda madre para todos los hijos de los Gary y sus amigos, y a Katie, la lavandera, quien le traía su ropa limpia y doblada a su cuarto todos los días lectivos. Y pudo conocer a los ocho hijos de los Gary y trabar amistad con Suzy, que era unos años más pequeña que ella y un poco alborotadora, y con Tina, que era un poco más mayor y tiraba a hija modélica. Margaret iba con la familia a los viajes a los Cayos de Florida y a la estación de esquí de Vail, donde tenían un piso en la calle principal, y Margaret podía entrar en cualquier tienda y comprarse lo que necesitara: ropa de esquí, unos esquís Olin Mark IV nuevos, pases para el telesilla e incluso chucherías de la tienda de caramelos cuando terminaban de esquiar. Nancy Gary nunca iba de

tiendas; las tiendas venían a ella. Poco tiempo después, Margaret ya lucía los mismos polos de rugby y los Lacoste que los demás niños.

A finales del verano, toda la familia volaba a su casa en Montana, una joya modernista con una pared entera de cristal que ofrecía unas vistas espectaculares sobre el lago Flathead hasta la reserva protegida del Bob Marshall Wilderness Area. En las cuarenta hectáreas de terreno de la familia había una cala con una motora para hacer esquí acuático y con flotadores de cámara de neumático además de un catamarán pequeño Hobie Cat para navegar, una pista de tenis con una casa de invitados donde se quedaban a dormir profesionales de este deporte, un huerto de cerezos abierto para coger las que quisieras y unos establos para montar a caballo. A estos animales los transportaban desde Denver. El personal de servicio también viajaba, y hacía las camas y servía todas las comidas. En Montana, Nancy Gary hacía las veces de consejera delegada de las actividades infantiles, nombraba a Trudy, el ama de llaves, monitora jefe del campamento, programaba las clases de tenis, de equitación y de esquí acuático de cada niño. Sam Gary, que seguía gobernando su imperio petrolífero, iba y volvía en su avión entre Montana y Denver para enseñar a todos los niños a hacer esquí acuático. Se sentaba al borde del muelle con los pies colgando y los metía bajo los brazos del crío para sujetarlo hasta que la motora arrancaba y tiraba del niño hacia delante.

Los padres de Margaret decían que le habían ofrecido la posibilidad de quedarse en casa, de no marcharse a vivir con los Gary, pero lo cierto es que para ella nunca hubo tal opción. Le estaban dando la oportunidad de presentar su dimisión como ayudante de su madre: se acabó lo de quitarle el polvo al vestidor, pasar la aspiradora por las escaleras, dar de comer a los pájaros, traer la compra a rastras o tostar dos barras de pan para el desayuno. Ya había dicho adiós a sus veranos de baile en Aspen y Santa Fe: se terminaron con el derrame de su padre y su renuncia a su puesto en la Federación. Ahí tenía la oportunidad de despedirse de la asistencia obligatoria al hockey, al béisbol y a los partidos de fútbol; adiós a cuatro años en el Instituto de la Academia del Aire o, peor aún, en St. Mary's; adiós a la gimnasia, con cuyo entrenador nunca había congeniado; adiós al atletismo,

donde siempre había alguien que corría más rápido que ella; adiós al equipo de animadoras, lo que menos iba a echar en falta de entre todas aquellas actividades.

Le estaban ofreciendo la posibilidad de escapar de sus hermanos, Donald y Peter, que podían entrar en erupción en cualquier instante. Y también de aquel otro hermano que vivía camino abajo, en cuya casa se quedaba ella con regularidad y quien venía a buscarla a altas horas de la noche.

Fue este último motivo el que inclinó la balanza de su decisión. Cuando se mostraba sincera consigo misma, todo lo demás no era más que una excusa.

Y justo por ser ese el motivo, a ella nunca le pareció que fuese algo bueno ir a casa de los Gary. Por mucho que se estuviera divirtiendo, jamás podría dejar de interpretar lo que le estaba pasando como una suerte de expulsión o de exilio. ¿Cómo podía ser –se preguntaba ella– que Jim continuara siendo un miembro importante o incluso respetable de la familia y que fuera ella a quien habían enviado lejos?

El decimocuarto cumpleaños de Margaret llegó poco después de que Nancy Gary la sacara de Hidden Valley Road, en febrero de 1976. En casa, Margaret solía recibir algún regalo modesto: unos patines sobre hielo, una radio de la tienda Spencer Gifts… Aquí tenía una mesa cubierta de relojes y botas de la marca Frye además de un armario entero para completar la matrícula en la Kent Denver School, el mismo y exclusivo instituto privado al que asistían los hijos de los Gary.

A Margaret le costaba asimilar lo que veía en Kent. Todos los chicos tenían su propio coche, su propia cuenta bancaria, sus asignaciones y su dinero para comprarse ropa, podía recurrir a sus propios recuerdos de sus viajes al extranjero con su familia cuando estudiaban la historia de otros países. Mientras Margaret se había estado dedicando a ir a misa los domingos y a ayudar a su madre a dar de comer a una familia de catorce miembros, era como si todos en la Kent School hubiesen estado aprendiendo a hacer vasijas con el torno de alfarero y a serigrafiar camisetas. Parecían tener una vena artística y creativa muy superior a la suya, con tanta libertad en sus impulsos. Ella no pasó el

corte en las pruebas para la obra de teatro, sacó un aprobado por los pelos en su trabajo de creación literaria. Sus esculturas parecían figurillas deformes de Giacometti. Se pasó la mayor parte de su primer año con el ánimo dividido entre la gratitud y el terror, obsesionada con lo que la gente pensaba de ella. Se decía que las chicas que la marginaban no eran más que unas esnobs, aun cuando no dejaba de compararse con ellas.

Uno de los primeros libros cuya lectura le asignaron en su nueva clase fue *Grandes esperanzas,* que no pudo dar más en el clavo para una Margaret que, igual que Pip, estaba recibiendo la caridad de un misterioso benefactor. En el caso de Margaret, el misterio no hacía sino aumentar a causa de lo cariñosos que eran los Gary, lo dispuestos que parecían a compartir cuanto tenían. Sus relaciones con su familia de acogida la dejaban confundida y un tanto perdida. Una vez, en otro típico día más en Montana, Nancy estaba cortando una tarta de chocolate y comenzó a hacer el bobo cortando otra porción para Margaret, para los demás o comiéndosela ella misma, y otra más, y otra, y otra, todo ello bajo la pretensión de estar tratando de nivelar bien la tarta. Margaret se echó a reír, porque era divertido, pero después comprendió que aquella tarta no era suya, sino un regalo, y que jamás dejaría de ser nada más que eso.

Sam Gary tenía más o menos la misma edad que Don Galvin. También se había criado en Nueva York, igual que Don, aunque no en la periferia de Queens, sino en Park Avenue. Estuvo de servicio en la Guardia Costera después de la guerra, y estaba de permiso una noche cuando conoció a Nancy en un baile en Greenwich, Connecticut. En 1954, apenas unos años después de que los Galvin se mudaran a Colorado Springs, los Gary se trasladaron a Denver en plena fiebre del petróleo.

Igual que Don, Sam era un hombre agradable y simpático además de callado y modesto en persona, pero lo que Don tenía de profesional, Sam lo tenía de emprendedor, un vendedor nato. La imagen fundamental que Nancy tenía de su marido en los años cincuenta era la de verlo sentado en el porche de la casa de alguien, en una mecedora, en una charla distendida con el dueño de algún

terreno donde él quería perforar. «Al final, Sam decía: "Bueno, ¿qué te parece arrendarme esas hectáreas que tienes al norte?", o donde fuese, y el otro respondía: "Sí, claro". Lo hacía genial. Tenía muy buena mano con la gente».

También era temerario por naturaleza. Durante años fue conocido en la zona de Denver como «Sam Pozo Seco», un prospector petrolífero con verdadero don para perforar donde no era. A mediados de los sesenta, cuando todo el mundo en el negocio de las prospecciones petrolíferas se dedicaba a perforar en Wyoming, Sam comenzó a hacerlo justo al norte de la frontera del estado, en el rincón sureste de Montana. Sam perforó treinta y cinco pozos secos. Se juró que iba a abandonar aquel proyecto entero en más de una ocasión, pero continuaba regresando y poniéndose a perforar de nuevo. En 1967, Sam alcanzó otro acuerdo para perforar en dieciséis mil hectáreas de terreno donde el resto de compañías petrolíferas tenía la seguridad de que no había nada debajo. Terminó quedándose él con la mayoría de aquel proyecto, dijo más adelante, «en gran parte porque ya no podía vender nada». A la hora de obtener los derechos de perforación en aquellas tierras contó con la ayuda de su buen amigo de la Federación, Don Galvin.

El papel principal de Don en la Federación era el de facilitar la comunicación entre los reguladores de Washington y los emprendedores que deseaban invertir en negocios en el oeste americano. Cuando Don necesitaba apoyo para algún programa cultural o artístico, Sam era una de las personas a las que acudía, y cuando Sam necesitaba inversores para su último proyecto de prospecciones, Don ayudaba a Sam a establecer algunos de esos contactos. Lo que tenía una verdadera importancia para Sam era que Don le pasaba toda la información que le llegaba desde Washington sobre los contratos federales de las concesiones de los terrenos y cuándo expiraban. El 29 de junio de 1967, Sam encontró petróleo en uno de los pozos nuevos –el trigésimo sexto– en el campo petrolífero de Bell Creek, en Montana. Sam hizo cuatrocientos pozos nuevos y conservó la propiedad del 30 %, y así fue como, poco a poco en primera instancia y más rápido después, Sam se convirtió en uno de

los hombres más ricos de las Rocosas. Ni Don ni Sam dijeron nunca de forma explícita que Don hubiera guiado a Sam hacia esos contratos de explotación de terrenos tan decisivos que le habían hecho rico, pero si antes eran apenas unos conocidos, se hicieron más íntimos después de que Sam encontrara petróleo.

Con el tiempo, Margaret descubrió que había zonas restringidas en la vida de los Gary a las que nadie podía acceder jamás. Ellos, al igual que los Galvin, se enfrentaban también a su propia enfermedad familiar, la distrofia miotónica, una enfermedad genética incurable que debilita la musculatura. Cuatro de los ocho hijos de Sam y Nancy comenzaron a mostrar algunos síntomas cuando aún eran pequeños y terminarían falleciendo en su juventud por aquella enfermedad. La diferencia era que, a pesar de sus problemas, Sam y Nancy parecían decididos a vivir la vida con un sano espíritu de aventura, reuniendo a su familia y amigos para coger la mochila y salir de excursión o para viajar a esquiar. El dinero era una ayuda: su reciente bienestar económico les permitía llevar al menos parte de su carga con algo menos de peso, y también compartían lo que tenían. Margaret no era la única niña a la que habían acogido los Gary: había un niño al que la familia había conocido en un viaje a México y otra niña de Denver. Sam hablaba abiertamente sobre su filosofía de vida: por mucho que se hubiera esforzado en la vida, también había sido afortunado y sentía la necesidad de ayudar cuando podía a quienes lo necesitaban.

Un quinto hijo de la familia recibió tratamiento de forma temporal en la clínica privada Menninger, especializada en la esquizofrenia. Se trataba de una opción que Sam y Nancy tenían que saber que Don y Mimi jamás se podían haber permitido, pero claro, por supuesto que su ayuda tenía sus límites: no iban a ayudar a todos los miembros de la familia Galvin, así que acogieron a una hija, la que estaba en edad de ir a clase a la Kent Denver School.

Incluso en algunos de los momentos de mayor comodidad para Margaret allí, su pensamiento –su mayor enemigo ahora– se centraba en la naturaleza de aquella obra caritativa: la mente comenzaba a jugar al «¿y si?», y aquello le daba una sensación cada vez mayor de no estar pisando un suelo del todo firme. ¿Y si Sam no le hubiera

pedido nunca a su padre que lo ayudara a buscar aquellos contratos federales para las prospecciones petrolíferas? ¿Y si Sam se hubiera dado por vencido al trigésimo quinto intento, hubiera dejado de perforar y jamás hubiera amasado aquella fortuna? ¿Y si no la hubieran sacado a ella nunca de su casa? Y el hecho de que sí hubiera sucedido todo aquello, ¿se debía a que Sam y Nancy de verdad querían hacerlo, a que ella de verdad les caía bien, o era porque se sentían culpables?

De manera inevitable, actuó en consecuencia. Comenzó con pequeños hurtos que compensaban su sensación de no tener nada en comparación con todos los demás. Cuando asaltó la hucha de Suzy, Trudy la sorprendió, pero no la castigaron. Para Margaret, esto se convirtió en otra cosa más por la que sentirse culpable, por la que sentirse en deuda con los Gary, y para los Gary otra cosa más que disculpar por pura generosidad.

A pesar de todo, Margaret se fue integrando lentamente. Tras años de salidas por el campo y por el río y de expediciones por las montañas de San Juan, se convirtió en una buena esquiadora estilo Telemark y en una consumada senderista y mochilera. Los chicos de la Kent School no le prestaron la menor atención hasta que vieron que era una buena deportista, y el hecho de integrarse con ellos no le sirvió para congraciarse con las chicas, pero ya era algo. Su primer novio en Kent fue un chico con la suficiente popularidad como para abrirle a ella las puertas de la vida social. Con él, Margaret pasó de la hierba al opio, la droga preferida en Kent en aquella época. Probó la cocaína en un concierto de Eric Clapton en Red Rocks. Perdió el conocimiento después de abusar de los *brownies* de hachís en un concierto de Kenny Loggins en la Universidad de Denver.

Mantuvo relaciones sexuales con aquel novio, también. Después de lo que había pasado Margaret con su hermano Jim, aquello le parecía un intento de sentirse normal, de sentirse querida. Empleaba más energías de las que admitía en repeler la vergüenza de las enfermedades de la familia y en tratar de olvidar todo lo que le había hecho Jim.

No le contó a ninguno de sus amigos de Kent que uno de sus

hermanos había muerto, ni que otros tres entraban y salían del psiquiátrico de manera habitual. Si quería que esos secretos continuaran siéndolo, Margaret no podía contarle a nadie por qué había venido a vivir con los Gary. Ya tenía preparado su discurso tipo acerca de las oportunidades formativas que le ofrecía Kent y lo afortunada que era por disponer de ellas. Es posible que encubrir la verdad la hiciese parecer falsa ante algunos de sus compañeros de clase, pero eso era lo que tenía que hacer para poder seguir adelante, para construirse algún tipo de vida que no la hiciera sentir mal, para sobrevivir.

Ahora, Hidden Valley Road era para ella un hogar al mismo tiempo que había dejado de serlo. La familia de Margaret parecía lejos de ella, y eso era algo que le hacía sentir alivio, pero también le provocaba arrebatos de culpabilidad. Cuando sus padres vinieron un día de visita y pasaron despacio por delante de los diversos Mercedes con su Oldsmobile antediluviano, Margaret se ruborizó avergonzada. Ahora veía de un modo diferente la ropa que vestía su madre. Solo regresaba a Hidden Valley Road en vacaciones, que solían ser los peores momentos para ir de visita, con todos los chicos enfermos de la familia Galvin metidos juntos en la casa. Un año, hubo que llevar a Matt al hospital con una conmoción después de que Joe lo lanzase de espaldas contra el suelo del patio. Cuando la cabeza de Matt impactó contra el cemento y comenzó a correr la sangre, fue como si los hermanos se exaltaran más. Sin apenas solución de continuidad, se inició otra pelea en el piso de abajo, y Don se vio forzado a ponerle fin. Nada menos que Don, que aún se estaba recuperando de su derrame pero estaba demasiado furioso como para no intentar hacer algo para contener aquel caos.

Margaret recuerda la puerta de madera del garaje hecha pedazos y el silencio sepulcral que reinó en el lugar una vez terminó por fin la pelea, algo que solo sucedió cuando llegó la ambulancia y se llevó a Matt.

En 1976, Matt se matriculó en Loretto Heights, una universidad privada local en Denver, no muy lejos de la casa de los Gary, para estudiar Bellas Artes. El noveno hijo de los Galvin –uno de los

jugadores de hockey, cuatro años mayor que Margaret– era alfarero, y muy bueno. Incluso Mimi lo reconocía. También contaba con el respaldo de Nancy Gary, que había formado parte de la junta directiva de Loretto Heights. Los Gary le dijeron a Matt que podía pasarse por su casa cuando quisiera.

Un día, Matt trajo a casa de los Gary un jarrón que había hecho, con la intención de mostrarles lo que era capaz de crear. Margaret oyó un escándalo en el piso de abajo, y allí apareció Matt, completamente desnudo. Se había quitado toda la ropa, después cogió el jarrón y lo hizo añicos. Con otros de sus hermanos, al menos hubo alguna clase de señales de advertencia, pero la crisis de Matt pilló a Margaret desprevenida. Fue como si lo que fuese que hubiera estado apoderándose lentamente de sus hermanos estuviese acelerándose ahora.

Era la antigua vida de Margaret, que se abatía sobre ella para aplastar su nueva vida: un recordatorio de que aquel no era su sitio y de que no estaría a salvo en ninguna parte. Era solo cuestión de tiempo, tuvo ella la sensación, antes de que sus amigas de la Kent School se enterasen de la verdad sobre su familia…, sobre ella.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 21

–Aquí hay una señal telepática muy intensa[117] –dijo con voz rotunda aquel hombre enjuto de sonrisa fácil que observaba la franja de tela teñida con la técnica del *tie-dye* a su alrededor–. Si os quedáis en silencio un momento, la podréis percibir.

Stephen Gaskin era un exmarine[118] de metro noventa y tres[119] con una perilla rubia, entradas en el pelo y una larga mata de cabello que le caía por los hombros. Con los años de su período militar en un pasado ya lejano, Gaskin había prosperado mucho y se había convertido en una suerte de profeta. Consiguió atraer a un primer grupo de seguidores en San Francisco a finales de los sesenta por medio de una serie de conferencias tituladas «Monday Night Class»[120] en la que llenaba con regularidad una sala con capacidad para dos mil personas a base de discursos sobre los «viajes» con ácido, la actividad sobrenatural y la manera correcta de intentar conseguir una transformación social pacífica. En 1970 decidió llevarse de gira su Monday Night Class y se dedicó a recorrer el país con unos cuatrocientos seguidores formando una columna de sesenta autobuses que atrajo una gran atención de los medios de todo el país. El letrero que llevaban en el convoy lo decía todo: «A SALVAR EL MUNDO»[121]. Después de cruzar el continente de costa a costa y vuelta, la nueva comunidad de Gaskin –una tribu nómada de apacibles revolucionarios– pagó cerca de ciento veinte mil dólares por algo menos de setecientas hectáreas de terreno en los bosques de Summertown, en Tennessee, y se asentaron allí en la primavera de 1971[122]. En cuestión de unos pocos años, la Granja –como la llamó Gaskin– se convirtió en la comuna más grande de todo el país[123].

Michael Galvin llegó a la entrada de la Granja en 1974, en parte porque era un *hippie* en busca de una nueva forma de vida y en parte porque se había quedado sin más opciones. La tragedia de Brian y Noni había dejado destrozados a todos los miembros de la familia, pero fue Michael quien acompañó a Don a identificar el cadáver, y fue

Michael quien estuvo ahí delante cuando un agente de policía les explicó en términos fríos y clínicos lo que le había sucedido a su hermano y a aquella pobre chica. Él seguía convencido de que, en una realidad paralela, podía haber ayudado a su hermano: si hubiese ido directo a Sacramento y no se hubiera desviado hacia Los Ángeles, podría haber llegado a tiempo de hacer algo. Eso sí, era incapaz de saber qué.

Don y Mimi tuvieron que percibir lo difícil que aquello le resultaba a Michael, y decidieron enviarlo al este, a Nueva York, a quedarse con su tío George, el hermano de Don, que trabajaba como revisor en el Long Island Rail Road. Los padres de Michael pensaban que quizá él pudiera encontrarle un trabajo como guardafrenos. Cuando suspendió el examen de mecánica, Michael se marchó a ver a su abuela materna –la madre de Mimi, Billy, que por entonces vivía en Nueva Jersey–, a quien se le ocurrió otra idea.

En el punto culminante de su popularidad, la Granja acogía a una población de unas mil quinientas personas[124]. Es posible que Michael fuese el único que llegó hasta la puerta principal en un Buick conducido por su abuela. Antes de dejarlo pasar, le pusieron al tanto de las normas: había que mantener la ira a raya, nada de mentir, nada de dinero propio, nada de comer productos de origen animal, nada de fumar tabaco, nada de alcohol, nada de sustancias psicodélicas sintéticas como el LSD. Nada de sexo sin consentimiento (Stephen Gaskin tenía una licencia[125] del estado de Tennessee para celebrar matrimonios, y lo hacía con frecuencia: prefería casar a dos parejas entre sí[126], en lo que él denominaba «un matrimonio a cuatro»). Michael dijo que sí a todo.

A pesar de la aprobación sin reservas del sexo tántrico[127] por parte de Gaskin y del abundante suministro de setas alucinógenas de cultivo propio[128], Michael aprendió que la Granja no era un lugar donde todo vale. Siempre se supervisaba la conducta, y con frecuencia lo hacía el propio Gaskin, que se quejaba de que lo único a que se dedicaba en todo el día era a resolver los conflictos de los demás[129]. Y para ser un grupo de personas en contra de la autoridad, los habitantes de la Granja tenían un cabecilla cuya jerarquía jamás se ponía en tela de

juicio. Gaskin controlaba[130] qué drogas consumía la gente, quién se acostaba con quién y cuánto dinero operaba en la comunidad (cuyos miembros cedían a la causa dinero en metálico, coches, propiedades e incluso herencias). Gaskin se hizo famoso por imponer destierros que llamaba «treinta días»[131] durante los cuales se suponía que los miembros de la Granja debían aclararse las ideas. «Un caballo listo galopa en cuanto ve asomar el látigo»[132], dijo una vez. Exigía que algunas personas hiciesen voto de castidad, aunque él tuviera tres esposas que compartía con otros dos hombres, en su propio «matrimonio a seis»[133]. Una de esas mujeres, Ina May Gaskin, revolucionaría los partos naturales en Estados Unidos con un libro que publicó en 1975, *Spiritual Midwifery* [Partería espiritual]. En la Granja nacían cuatro bebés al mes, o más[134], lo cual mantenía bastante ocupadas a Ina May y a sus aprendices de partera. «Los de la Granja –decía ella– eran un tipo especial de *hippie:* trabajaban»[135].

Michael descubrió que no le importaba trabajar. De un modo extraño, era como si lo ansiara. Gaskin siempre había insistido en que la Granja no era una secta, sino un colectivo: el proyecto demostrativo de una forma de vida diferente. En sus charlas mencionaba las enseñanzas del yogui tibetano Milarepa[136], cuyo maestro lo empujó a las profundidades de la desesperación con el fin de modelar su carácter. La clave no residía en desconectar conforme al estereotipo del *hippie,* sino en percatarte de lo que está sucediendo a tu alrededor, en oír la señal. «Si te acostumbras demasiado y no prestas atención es lo mismo que vivir al lado de una cascada –dijo Gaskin–. La gente que vive junto a una cascada no oye caer el agua»[137].

Las charlas de Gaskin del domingo por la mañana –sesiones de meditación colectiva a las que asistía toda la comunidad de la Granja– le resultaban más valiosas a Michael que cualquier misa católica a la que hubiera ido jamás. Fue como si recibiera una validación y confirmación de cosas que solo había sospechado hasta entonces: que la ciencia solo describe el mundo físico, y no las cuestiones del corazón. Le encantaba esa forma que tenía Gaskin de decir siempre: «fomenta la sanación emocional»: si dejas algo pendiente con alguien, acude otra vez a esa persona y asegúrate de que todo malentendido

entre vosotros queda resuelto. En Hidden Valley Road jamás había habido sanación emocional de ninguna clase, tan solo rivalidades entre hermanos que se iban acumulando una encima de otra. Ni los intentos de su padre por conseguir que todo el mundo viviera en armonía funcionaron jamás. En lugar de aclarar las cosas, se sentaban a ver un partido de fútbol. ¿De verdad podía haber otra forma de vivir?

Los momentos más intensos para Michael tenían lugar en una tienda conocida como la Pulidora[138]. Apartada del resto de la comunidad, la Pulidora era el sitio al que Gaskin enviaba a aquellos hombres a los que consideraba más enfrentados, para que los unos analizasen los problemas de los otros: «Tenemos que hablar. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué lo haces?», hasta que –según se dice– limaban, o «pulían», todas sus asperezas. Gaskin ofrecía sus «comentarios constructivos» a los miembros de la Granja que estaban «en un viaje»[139]: demasiado tensos o enfadados, perezosos o poco empáticos. «Tú eres la única variable de la situación sobre la que tienes control –decía–. Si no estás siempre de buen rollo, averigua por qué y arréglalo»[140].

Michael jamás había experimentado nada similar. En su familia, todo había sido siempre muy vertical, dictatorial, con una jerarquía que invitaba a los hermanos mayores a victimizar a los menores. Cierto, en la Granja había un líder, pero la comunidad actuaba por consenso de manera que todo el mundo fuera corresponsable, y se escarbaba más y más hasta que las raíces subconscientes de los problemas llegaban a conocimiento de todos.

Aquello era como una investigación al estilo Watergate: la negación, la represión y el encubrimiento de un problema eran tan malos como el propio problema en sí.

Michael terminó encantado con la Pulidora. Le parecía que todo en la Granja era muy sano: personas bienintencionadas y progresistas que se trataban bien las unas a las otras. No obstante, mientras estaba allí, el desprecio que sentía por su propia familia no hacía más que crecer, y en ocasiones eclipsaba todo lo positivo que llegara a experimentar en ese instante. No había superado el hecho de que sus padres hubieran querido internarlo en una ocasión. Él sabía que no estaba

loco: ¿qué sistema, qué familia enviaría a alguien al hospital de esa manera? Don y Mimi eran tan represivos que Michael estaba convencido de que formaban parte del problema.

Transcurridos ocho meses, Michael y sus compañeros de la Pulidora se habían aislado del resto, de tal manera que Gaskin les dio la orden de abandonar aquella tienda y regresar a vivir más cerca del centro de la convivencia. Michael volvió a entrar en la tienda para coger una bolsa que había dejado allí y, cuando la abrió en su nuevo alojamiento, vio miles de huevecillos minúsculos de insecto que se salían por la abertura.

Michael interpretó aquello como una señal de que tal vez hubiera llegado a su fin su etapa en la Granja. Fue a ver a Gaskin y le dijo que necesitaba salir de allí. Resultó que había un autobús que partía hacia Albuquerque, así que lo cogió, y de allí salió mejor equipado para afrontar la vida.

Aún no estaba listo para volver a casa. Un viejo amigo se marchaba a Hawái, y Michael se buscó un billete por ciento treinta dólares desde Los Ángeles y lo acompañó. Se quedó allí cerca de un año, con trabajos temporales poniendo pladur y viviendo de los vales de comida de la beneficencia, absolutamente por su cuenta, sin su familia ni su segunda familia de la Granja.

Consiguió avanzar un poco más en su duelo, y estaba a punto de trasladarse a Filipinas con un nuevo amigo cuando su madre le llamó por teléfono y le dijo que lo echaba de menos y que quería enviarle un billete de avión.

Se le presentaba aquí la oportunidad de poner en práctica las lecciones de la Granja con la familia que había dejado atrás. Michael regresó a casa, en Colorado Springs, y se matriculó en una escuela universitaria para estudiar dibujo técnico. No obstante, lo que se encontró a su regreso fue un conflicto aún mayor de lo que se había imaginado. Allí estaba Donald, y Michael se ponía furioso con él: ¿por qué no estaba tomando las decisiones que le iban a ser de ayuda? ¿Acaso estaba ya demasiado mal para salvarlo? Las cosas estaban ahora todavía peor que cuando él se marchó. Peter también estaba enfermo. Su padre había sufrido un derrame. Todo parecía estar más

fuera de control de lo que él recordaba, y nadie aceptaba sus consejos. Michael quería que todos comieran arroz integral y meditaran, pero no querían saber nada de todo eso.

Terminó abatido. ¿Qué tenía que pasar para que sus hermanos consiguieran hacer lo mismo que él? ¿Cuándo iban a aprender a abandonar sus malas costumbres? ¿Cuándo se iban a dar cuenta del agua de la cascada que no dejaba de caer a su alrededor?

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY

CAPÍTULO 22

Mary nunca dejaba de presionar para ir a ver a Margaret. Sus padres le permitían pasar fines de semana en Denver cada pocos meses, cuando los Gary no se marchaban en su avión privado a alguna otra de sus residencias. Cuando llegó el verano, los Gary también pagaron la estancia de Mary de dos semanas en Geneva Glen, un campamento donde los participantes se alojaban y pasaban por toda una serie de escenas imaginarias: los caballeros de la Mesa Redonda, las tradiciones de los nativos americanos, etcétera. Por primera vez en su vida, Mary –lejos de su familia y lejos de Jim– se veía con permiso para bajar la guardia, para retirarse un poco la careta y olvidarse de lo que estaba pasando en casa. Al final de esas dos semanas en el verano de 1976, Mary llamó a casa y suplicó que le dejaran quedarse. Los Gary pagaron su estancia durante las ocho semanas completas, y regresó todos los veranos hasta que se marchó a la universidad.

Durante un par de semanas al final de cada verano, los Gary abrían su casa de Montana a toda una patulea de niños, incluidos amigos y primos, y allí estaba Mary. En su picardía, Suzy Gary y ella eran almas gemelas que daban a escondidas sorbitos de las cervezas Coors Light de Sam. Mary seguía sin entender que Margaret pudiese vivir en aquel mundo todo el tiempo y ella tuviese que rogar y suplicar que le dieran la oportunidad de venir de visita, pero, conforme fue creciendo y relacionándose más con los Gary, Sam y ella comenzaron a mantener conversaciones más extensas al respecto de su futuro. Cada vez que Mary decía que quería hacer algo por un bien mayor, la respuesta de Sam era siempre la misma: «Si quieres hacer algo así, ponte a ganar dinero y empieza a donarlo».

Tanto Mary como Margaret adoraban los viajes a Montana, pero si para Margaret se trataba de un lugar más donde ella jamás se sentiría verdaderamente como en su casa, para Mary era un atisbo de cómo podía ser la vida si no tuviera que estar en Hidden Valley Road.

Matt estuvo controlando los semáforos de Colorado Springs durante

una buena temporada. A continuación, anunció que él era Paul McCartney.

Después de su crisis en casa de los Gary, Matt había abandonado sus clases de alfarería en Loretto Heights en 1977 y se encontraba de nuevo en casa con Donald y con Peter. Mary, de doce años y la única de los hijos sanos que vivía en casa, ya no contaba con Matt como protector. Él ahora formaba parte del problema, era un riesgo. Un día, Peter se estaba poniendo muy pesado con Mary, y ella le pidió ayuda a Matt. Sus padres no estaban allí, tampoco Donald. Los dos hermanos se enfrentaron en el salón, exactamente igual que solían hacerlo Jim y Donald. Cuando soltaron los puños, el pretexto para la pelea dejó de importar. Los dos perdieron el control, tanto Matt como Peter, como si entraran en contacto con algo verdaderamente primitivo, algo que Mary no había visto nunca. Estaba segura de que se iban a matar el uno al otro.

En aquellas situaciones, solo había un paso claro que dar, algo que Mary ya conocía muy bien a aquellas alturas. Salió corriendo al dormitorio de Don y Mimi, cerró el pestillo una vez dentro y llamó a la policía. Fue entonces cuando Matt se volvió contra ella: lo último que él quería era tener a la policía en su puerta. Mary se quedó allí sentada, temblando, con el teléfono en la mano mientras Matt, aquel hermano al que tanto admiraba antes, intentaba tirar la puerta abajo.

La policía apareció antes de que Matt pudiese llegar hasta ella, y se lo llevaron al hospital. Para Mary, aquella era la primera vez que se sentía responsable de la hospitalización de uno de sus hermanos. Después de tantos años de sentir rabia hacia ellos, se quedó sorprendida por sentirse culpable por aquello.

Y también se quedó sorprendida al ver que realmente no deseaba que se hicieran daño el uno al otro, que después de haber acumulado tanto resentimiento hacia ellos, sus hermanos aún le importaban.

El primer ingreso de Matt en Pueblo se produjo el 7 de diciembre de 1978. Cinco días después, Peter se unió a él allí en su tercera visita a aquel hospital aquel mismo año. Donald también había estado entrando y saliendo de Pueblo en el 78: tres hermanos Galvin en salas separadas del mismo hospital, y esta no sería la última vez.

A partir de entonces, cuando se quedaba sola con Matt y Peter, Mary se encerraba en el cuarto de sus padres hasta que llegaba alguien más a casa.

Peter era el hermano de una edad más próxima a la de Mary, apenas cuatro años mayor. Ahora estaba en casa, y era un muro de noes: rechazaba toda ayuda y no aceptaba consejo alguno. Nunca pensaba que necesitara cuidados médicos de ninguna clase, de lo que se deduce que no creía necesitar su inyección de Prolixin cada tres semanas.

En 1978, el año en que Peter cumplía los dieciocho años, el personal médico de Pikes Peak ya conocía bien a toda la familia, en especial a Mimi, que se había convertido en una feroz defensora de todos y cada uno de sus hijos. Entre las visitas al hospital para consultas externas, Peter se quedaba en Hidden Valley Road tan solo mientras se veía capaz de soportarlo, o hasta que superaba la capacidad de sus padres para manejarlo y le mostraban la puerta. Entonces acampaba debajo de un puente durante días, o se marchaba a Vail haciendo autostop y se quedaba en la zona de la calle principal.

Ese año, Peter estuvo entrando y saliendo de los hospitales una media docena de veces. Una residencia de apoyo llamada CARES House de Colorado Springs lo acogió durante un período breve, pero después de que Peter se marchara de allí sin permiso, le dijeron que ya no podía regresar. El día 2 de julio, una discusión con sus padres acerca de si se medicaba con el Prolixin terminó con Peter reventando cuatro ventanales. Más adelante, Peter contó que él «en realidad no quería montar un follón, sino que sucedió sin más». Una vez más, sus padres lo echaron de la casa; esta vez, ya tenía edad suficiente para que lo enviasen al psiquiátrico estatal de Pueblo.

A lo largo de aquellas tres estancias en Pueblo, el personal médico tuvo oportunidad de ver las dos caras de Peter. Podía ser encantador: «un joven agradable, atento, orientado y bien arreglado que se comportaba de manera correcta durante la entrevista». No obstante, cuando la conversación giraba en torno a su familia, «su estilo en general era grandilocuente y paranoide», y después «beligerante » y «muy hostil». Peter anunció que tenía una entrevista de trabajo en el

túnel Eisenhower, luego dijo que había decidido ponerse a trabajar como instructor de esquí en cuestión de unas semanas, después mencionó que hacía poco que había trabajado como doble esquiando en la serie televisiva *Los ángeles de Charlie.* Había ocasiones en que el personal médico de Pueblo tenía que atarlo; acto seguido, cuando le retiraban las ataduras, Peter decidía que tenía que abandonar el hospital. Una vez llegó nada menos que hasta Ordway, un pueblecito de unos mil habitantes a ochenta kilómetros al este de Pueblo, donde se subió a un coche, intentó saltar a una camioneta en marcha y estuvieron a punto de atropellarlo. En otra ocasión dijo que era un agente del servicio secreto que trabajaba para la reina de Inglaterra. «En el momento presente, Peter está tan descontrolado y psicótico –decía un informe– que resulta infructuoso e improductivo entrevistarlo».

Quizá por vez primera, los médicos, sorprendidos por «su irritabilidad, sus exigencias, su hiperactividad leve [y] sus manipulaciones», sospecharon que era probable que el problema de Peter no fuese la esquizofrenia, en absoluto, sino un trastorno bipolar. De ser así, aquel diagnóstico revisado generaría toda una nueva serie de problemas: Peter era demasiado inestable como para confiar en que se tomara con regularidad el litio, el fármaco más recetado en aquella época para aquel trastorno. El litio es una de las pocas medicaciones psiquiátricas que resulta peligrosa en caso de una leve sobredosis: Peter no solo tendría que llevar el régimen de administración del fármaco, sino que además tendría que aceptar que le controlasen los niveles de litio en la sangre, y tal cosa no parecía probable. Mientras siguiera con el Prolixin, parecía estar más o menos bien, así que decidieron continuar con el diagnóstico de la esquizofrenia, concluyendo que «es probable que la distinción no tenga ninguna relevancia práctica en estos momentos».

Durante los años siguientes, a Peter le iban a recetar fármacos para tratar la esquizofrenia, cuando era bastante posible que sufriera una enfermedad completamente distinta.

Cuando Donald no estaba en casa o recibiendo tratamiento externo en el Centro de Salud Mental de Pikes Peak, en Colorado Springs, seguía

saliendo a caminar más de trescientos kilómetros a la semana. Los empleos iban y venían, pero las caminatas continuaban siendo su gran constante además de las prédicas y las visiones religiosas. En aquellos paseos, solo se metía en algún problema de vez en cuando. Lo trajeron de vuelta a Pueblo en septiembre de 1978, tras una riña con un dependiente de una tienda de material deportivo. Durante aquella estancia de cerca de tres meses, comunicó sus planes para abandonar el país en Navidad y renunciar a la nacionalidad estadounidense.

Regresó a Pueblo un años después, tras una discusión con una enfermera en Pikes Peak. Fue por aquel entonces cuando comenzó a hablar sobre diversas estrellas del cielo que le mostraban dónde encontrar en el suelo ciertos elementos que formaban parte de lo que él llamaba «química del cuchillo de piedra». Estaba convencido de que tenía que encontrar esos elementos, machacarlos con un martillo e ingerir el polvo.

Donald recibió el alta el 7 de enero de 1980 para acabar volviendo a ingresar en el mes de marzo –su sexta visita al psiquiátrico estatal de Pueblo en diez años– después de que Don y Mimi perdieran la paciencia con él y le dijesen que se buscara su propio apartamento. En la sala, Donald vociferaba sobre Jesús, y le aumentaron varias veces las dosis de Thorazine sin que sirviera de mucho. Recibió el alta en junio, cuando lo estabilizaron con un fármaco antipsicótico llamado Loxitane.

Sin embargo, regresó una vez más en noviembre. Dejó de tomarse la medicación y se tiraba despierto dieciocho horas al día, se paseaba desnudo por la casa y chillaba a pleno pulmón. Jean había regresado a sus pensamientos, y se refería a ella como su esposa. También hablaba sobre armas de fuego y cuchillos.

Según el informe del hospital, Don y Mimi tenían miedo de su hijo mayor. «Desean que Donald reciba el mensaje contundente de que ellos le quieren –dice el informe–, pero no lo pueden aceptar en casa hasta que se haya estabilizado por medio de la medicación».

John, el profesor de música, estaba en Idaho. Richard, antaño el trapisondista de la familia, trataba de poner en marcha un negocio en Denver. Los dos jugadores de hockey que no habían enfermado, Mark

y Joe, también se encontraban a varias horas de distancia, en Boulder y Denver: cerca pero no tanto, pudiendo evitar lo peor de todo aquello. Mark, el prodigioso maestro de ajedrez de la familia en el pasado, sentía un profundo dolor por lo sucedido con sus hermanos y compañeros de equipo, Matt y Peter. Joe conducía un camión cisterna en el aeropuerto y vivía sin llamar la atención, aunque parecía comenzar a dar muestras de algunos de los síntomas de alerta de la psicosis: una desconexión de la vida cotidiana y algunos problemas para captar las señales más básicas de la vida social.

Y después estaba Jim.

La norma más importante de la casa estaba bien clara: lo último que Mary debía hacer jamás era hablar sobre nada de aquello, pero no dejaba de ver lo que le estaba sucediendo a su familia. Aquello la enfadaba sobremanera, al tiempo incluso que una pequeña parte de ella se preparaba para ser la siguiente. Conforme se iba haciendo mayor, Mary dejó de ocultar su frustración. Ya tenía casi los trece años, no era una cría, y tampoco era buena idea jugar con ella. Ahora aporreaba las paredes por las noches sin control y sin reparo en un intento por conseguir que Donald se callase.

También percibió otros cambios. Durante el día, notaba un distanciamiento creciente entre su padre y su madre. Era como si Mimi se hubiera convertido ya en la cuidadora de su marido, y poco más. En una ocasión, su madre incluso se marchó durante unas semanas a casa de su hermana Betty, allá en el este, y dejó a Mary sola con su padre y sus hermanos. Otra deserción, otro abandono.

Mimi debió de darse cuenta de que Mary se sentía de aquel modo –reconoció la ira en el interior de su hija y, tal vez, incluso se identificó con aquel sentimiento– y comenzó a llevársela de compras al centro, ellas dos solas, y a tomar el té con sus amigas. Sin decirlo de manera explícita, Mimi se estaba esforzando por congraciarse con Mary, hacerle saber que a ella también la quería. En contra de su propia voluntad, Mary se sorprendió disfrutando de aquellos ratos con su madre, lejos de los demás. Cuando creía que lo único que deseaba era largarse de allí, quizá lo que de verdad quería era aquella sensación de intimidad, un amor sin complicaciones, libre de todo misterio, libre de

peligro.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
MARY **LINDSAY**

CAPÍTULO 23

Mary había intentado seguir los pasos de Margaret hacia la Kent School. Cuando rechazaron su solicitud para entrar en séptimo curso, se puso furiosa. «¿Que no puedo entrar en Kent? ¡Pero si mi hermana está en Kent!».

En el inicio del octavo curso, en 1978, Mary le dijo a su padre que quería estudiar en un internado. Don pidió consejo a Sam Gary, y Sam le preguntó a Mary si le parecería interesante un lugar como Hotchkiss, en Connecticut, su antiguo colegio. Teóricamente, a Sam lo había expulsado de Hotchkiss, pero aquello estaba ya perdonado.

Mary no lo dudó. Ya había estado haciendo todo cuanto podía para mantenerse lejos de la casa. Si entraba en un instituto célebre, impecable y refinado a más de tres mil kilómetros de distancia, existía la posibilidad de que nunca tuviera que volver a casa.

Mary solicitó el ingreso en Andover, Exeter, Hotchkiss y Taft, y la admitieron en todos, y eligió Hotchkiss porque le parecía el más bonito, el que más lejos estaba de una ciudad. Los Berkshires parecían un sustituto razonable de las montañas de Colorado: lo mejor que podría obtener.

La matrícula de Mary se pagó con una beca financiada por otro exalumno, y los Gary se ocuparon de otros gastos, como el transporte. Después de tres años buscando una manera de escapar, Mary se había ganado su billete.

Esta noche iba a ser distinta. Mary sabía que tenía que serlo.

Ella tenía trece años; Jim tenía treinta y uno, seguía casado con Kathy y seguía trabajando en el Manitou Incline. Detrás de la estación del funicular en lo alto de la montaña había una cabaña mohosa con un par de colchones viejos y sacos de dormir. Como encargado que era, Jim podía utilizar aquella cabaña sin restricciones, y, en ocasiones, en lugar de alojar a sus hermanos y hermanas en su casa, los invitaba a subir allí, en lo alto de la pendiente, donde podían estar a solas.

Esta vez, en un frío anochecer de la primavera de 1979, Mary estaba allí con Matt. Jim los había invitado a los dos a ir de acampada, a fumar maría y a beber cerveza. Cuando se hizo tarde, Mary se quedó dormida en una habitación de la cabaña, y los chicos en la otra. Matt estaba fuera de combate, pero la luz continuaba encendida, así que Mary fingió que estaba dormida, tal y como hacía siempre que sabía que Jim vendría a buscarla: lo disociaba fingiendo que no estaba pasando, al menos a ella.

Pero esa noche no pudo soportarlo. Mary había tenido el período, y estaba más aterrorizada de quedarse embarazada que de la furia de Jim al verse rechazado.

Por primera vez, cuando Jim se acercó a ella, Mary perdió el control y dijo cosas que no esperaba decir. «Déjame en paz. Aléjate de mí. Te odio».

Jim la forzó de todos modos. La penetró, algo que no había conseguido jamás con Margaret. Eyaculó. Después, jamás volvió a hablar con ella del tema. La evitó por completo.

Mary, por supuesto, pasó varias semanas de pánico ante la posibilidad de haberse quedado embarazada. Cuando quedó claro que no lo estaba, Mary esperaba sentirse aliviada. Lo había conseguido: le había plantado cara, se había protegido, y lo había hecho de tal forma que él jamás volvería a tocarla. Estaba casi exultante solo de pensarlo.

Pero entonces, de forma bastante inesperada, a una parte de ella le pareció absolutamente desgarradora aquella capacidad de Jim para desaparecer de su vida. Intentó hacer caso omiso de aquel sentimiento, pero no había manera de ocultarlo. Estaba dolida por la ruptura. Una parte de ella había creído realmente –tal y como haría una niña– que aquello era amor.

Ya era prácticamente libre. Jim ya no estaba en su vida, y Peter, Matt y Donald no tardarían en dejar de estarlo. Tenía su futuro en sus propias manos. A final de curso, el de octavo, no mucho después de haber sido admitida en Hotchkiss, Mary recibió una invitación para ir a una fiesta del instituto que daba el hermano mayor de una amiga. Dijo que sí de inmediato.

Mary le contó a su madre que iba a dormir en casa de su amiga,

pero omitió la parte sobre la fiesta. Cuando llegó, allí estaba el hermano mayor con otros dos tíos, tomándose unos cócteles Siete y Siete. Se unió a ellos.

Los chicos invitaron a las dos chicas a seguir bebiendo en un lugar conocido por las parejas para darse el lote. Su amiga dijo que no, que tenía que estar en casa para cuidar de sus hermanas pequeñas, pero Mary dijo que sí y se subió a un coche con ellos. Cuando regresaron, la amiga de Mary y sus hermanas ya estaban en la cama durmiendo, y ella estaba tan borracha que apenas se tenía en pie al entrar en la casa.

Los chicos buscaron algo de intimidad, encontraron un vestidor grande, abrieron la puerta y le cedieron el paso a Mary para que entrara. De uno en uno, los chicos fueron detrás.

Mary se despertó unas horas después sin la menor idea de dónde estaba. Abrió la puerta del vestidor y llegó hasta el salón de la casa. La luz del día entraba a raudales por las ventanas, y Mary se estremeció. Se suponía que su madre iba a venir a recogerla. Salió a trompicones de la casa y la esperó en el bordillo de la acera, sujetándose el estómago y tratando de entender lo que había pasado.

El plan era que su madre la llevara a una cita con el dentista.

–No puedo ir –dijo Mary en cuanto se subió al coche–. Me encuentro mal.

Mimi debió de imaginarse que su hija había estado bebiendo –era su duodécimo adolescente, al fin y al cabo–, pero no dijo nada.

Entonces, en el camino de vuelta a casa, fue cuando le vino todo a la memoria como una avalancha: dos chicos turnándose y un tercero que intentaba detenerlos aunque sin demasiado ahínco. Mary estuvo a punto de vomitarse encima en el coche. Un castigo merecido, pensó en ese momento, para una chica que se había portado tan mal. Había mentido a su madre, se había emborrachado y no se había largado cuando debía.

Con la mente demasiado nublada para culpar a nadie salvo a sí misma, Mary no le contó a nadie lo que había pasado. Se imaginó que todos sus conocidos se enterarían antes o después, y ese mismo día se hizo una promesa: una vez se marchara a Hotchkiss, jamás volvería a

vivir en Colorado Springs.

Se acabaron los chicos en los vestidores.

Se acabó Jim en la cabaña, en la cumbre del Manitou Incline.

Se acabó Donald, se acabaron Matt, Peter y cualquier otro que no fuera ella y solo ella.

*

No dejaban de ser las jornadas de presentación, demasiado pronto para que te encasillaran, esperaba ella. Lo único que quería era ser la última persona en Hotchkiss a la que consideraran rarita. Entonces, una profesora a la que acababa de conocer leyó el nombre que ponía en su etiqueta y frunció el ceño.

–Ya tenemos una Mary Galvin en esta escuela –dijo la mujer–. ¿Cuál es tu segundo nombre?

Mary no respondió de inmediato. Sabía que su nombre decía mucho más sobre ella de lo que deseaba que supiera nadie. Quería quitarse de la cabeza, por el momento, que el hecho de llamarse Mary Christine había servido para convertirla –a ojos de su hermano Donald– en la sagrada virgen madre de Cristo. Allí sentada con todos aquellos hijos e hijas de la clase privilegiada, en ese ambiente de protestantes anglosajones de raza blanca de la costa este, Mary tenía la sensación de que su nombre católico decía a gritos «no es de los nuestros».

Le vino de golpe a la cabeza otro nombre. Thomas Lindsey Blayney era su bisabuelo materno. Lindsey era un erudito y una eminencia para la familia: el sabio y bondadoso Don Galvin de su generación. Lindsey se había mantenido en contacto cercano con la familia, escribía a Don y a Mimi y adoraba a sus bisnietos.

A oídos de Mary, «Lindsey» sonaba a nombre de colegio privado, un nombre mejor, un nombre de Hotchkiss. Metió la pata al deletrearlo, un error que tenía la virtud de hacerlo completamente suyo. Tenía que hacer algo, tener alguna clase de gesto que borrara de un plumazo lo que le había sucedido en los primeros trece años de su vida.

–Lindsay –dijo Mary.

Y, desde aquel momento, Lindsay fue su nombre.

CAPÍTULO 24

1979

Centro Médico de la Universidad de Colorado Denver, Colorado

Robert Freedman y Lynn DeLisi nunca trabajaron en el mismo laboratorio ni tan siquiera en el mismo hospital o centro de investigación. Tan solo era dos de entre los cientos de investigadores de todo el mundo que estudiaban la esquizofrenia. Sus especialidades también eran diferentes: dos planteamientos dispares del mismo problema. Mientras DeLisi quería localizar los componentes genéticos de la esquizofrenia, Freedman iba en pos de un conocimiento fisiológico de la enfermedad. Ella quería averiguar de dónde venía; él quería averiguar cómo funcionaba.

Ninguno de los dos sabía que sus caminos confluirían un día en el estudio de una familia extraordinaria ni que lo que iban a averiguar sobre esa familia iba a ayudar a ambos a obtener nuevos conocimientos acerca de la enfermedad.

Mientras la senda de la carrera de DeLisi en la medicina estuvo plagada de desvíos, la de Freedman había ido más o menos como la seda. Cursó el primer ciclo universitario en Harvard y se graduó en 1968, dos años después de que DeLisi hiciera lo propio en la Universidad de Wisconsin, e ingresó directamente en la Facultad de Medicina de Harvard. En sus años de estudiante, a Freedman le había atraído la idea de que la mente humana fuera capaz de sintetizar su propia realidad independiente. «Me parecía que de existir una enfermedad específicamente humana y filosófica, esa era la esquizofrenia», decía. Al mismo tiempo, Freedman estaba fascinado con el cuerpo físico, en particular con los mecanismos de funcionamiento del sistema nervioso central. Tras la Facultad de Medicina, dirigió su carrera hacia el estudio del cerebro, y comenzó pensando que tenía que haber una manera mejor de averiguar por qué los fármacos neurolépticos como el Thorazine hacían lo que hacían.

A partir de un nuevo aluvión de investigaciones, Freedman comprendió que las personas con esquizofrenia podían tener dificultades para procesar de manera eficiente toda la información percibida por el sistema nervioso central. Esta «hipótesis de la vulnerabilidad»[141] –una actualización, o desarrollo, de la hipótesis de la diátesis-estrés de Irving Gottesman de 1967[142], presentada por un equipo de investigadores de Harvard y Columbia en 1977– buscaba un punto intermedio entre lo biológico y lo ambiental a base de sugerir que había ciertos rasgos genéticos que ponían directamente en peligro las funciones sensoriales y las de procesamiento de la información del cerebro, lo cual lo volvía especialmente vulnerable a todo tipo de desencadenantes medioambientales. Para estos investigadores, esos desencadenantes –que podían ser cualquier cosa, desde el típico problema sentimental hasta la pobreza crónica o unos abusos infantiles traumáticos– no provocaban tanto la esquizofrenia como sí proporcionaban «una oportunidad para que la vulnerabilidad germine en forma de trastorno»[143], y esa vulnerabilidad, pensaban muchos, en realidad consistía en un problema de «filtrado sensorial»[144], o la capacidad (o incapacidad) del cerebro para procesar de manera correcta la información entrante. Un trastorno en el filtrado sensorial era la explicación más común de la esquizofrenia que sufría John Nash[145] –el matemático galardonado con el Nobel representado en *Una mente maravillosa–,* que era capaz de detectar patrones donde nadie más podía hacerlo y también sufría delirios y visiones, creía que unos seres lo acechaban. Se decía que estos dos aspectos de la personalidad de Nash eran producto de la misma hipersensibilidad.

Las neuronas se comunican por medio de las sinapsis en el cerebro, las uniones entre las células nerviosas esenciales para el envío de mensajes a través del sistema nervioso central. Muchos investigadores llegaron a sospechar que los John Nash del mundo carecían de la capacidad para «podar» las sinapsis igual que la mayoría de la gente.[4] Algunas personas con esquizofrenia, pensaban ellos, podrían volverse sensibles a sonidos que los distrajeran y sentirse abrumados por un exceso de información, tal y como parecía sentirse a veces Peter Galvin, o como le había pasado a Daniel Paul Schreber allá por 1894.

Otros podrían volverse hiperactivos, cautelosos e incluso paranoicos como Donald Galvin, que sentía el misterioso impulso de sacar todos los muebles de la casa de Hidden Valley Road. Otros podrían ser incapaces de elegir en qué centrarse con algo de fiabilidad y tender a los delirios: tener alucinaciones y oír voces como Jim Galvin.

El filtrado sensorial no era más que una teoría, pero, una vez Freedman se puso con la materia en 1978 como investigador del Centro Médico de la Universidad de Colorado en Denver, comenzó a desarrollar un método que no era tan simple como parecía para medir el filtrado sensorial y, por extensión, para medir de manera indirecta la vulnerabilidad de un cerebro a la esquizofrenia. Freedman se dio cuenta de que los demás investigadores que estaban estudiando el filtrado sensorial –midiendo las reacciones de sus sujetos a diversas luces, sonidos, etcétera– estaban pasando por alto una parte importante del proceso. Como neurofisiólogo, Freedman conocía bien los reflejos físicos y la relación tan peculiar –e incluso antiintuitiva– que tenía con el cerebro. Él sabía que había neuronas –células nerviosas– que te daban la orden de mover los músculos, pero también neuronas que inhibían el movimiento de esos mismos músculos. Para caminar, por ejemplo, el sistema nervioso central necesita los dos tipos de neuronas, para la acción y la inhibición. De lo contrario, todo el mundo iría por ahí, cayéndose por todas partes. ¿Por qué, se preguntaba Freedman, no iba a ser igual con el pensamiento?

¿Y si el problema de los pacientes con esquizofrenia no fuese una carencia de capacidad para responder a tanto estímulo, sino que carecían de la capacidad para no hacerlo? ¿Y si no tuvieran una sobrecarga en el cerebro, sino que careciesen de inhibición y se vieran obligados a vérselas con todo lo que les llegaba, a cada segundo, todos los días?

En 1979, trabajando en su laboratorio en Denver, a poco más de una hora en coche de la casa de los Galvin en Hidden Valley Road, Freedman desarrolló un método para medir la inhibición y, además, indoloro para los pacientes: al sujeto de la prueba se le colocaba en el cuero cabelludo un pequeño electrodo que medía la actividad eléctrica en forma de ondas. Las ondas más grandes significaban que el cerebro

estaba esforzándose más para procesar la información; las ondas más pequeñas significaban que el trabajo del cerebro era menor. Freedman ideó un experimento: midió las reacciones de los sujetos al oír el mismo ruido exacto –un clic– que sonaba dos veces seguidas, con apenas un breve intervalo entre ambas, por lo general medio segundo.

Cualquier cerebro considerado «normal», un cerebro sin esquizofrenia, registraba una onda cerebral grande como reacción al primer clic seguida de otra más pequeña al reaccionar al segundo clic. El cerebro normal aprende de lo que percibe, no tiene que empezar de cero cuando oye lo mismo dos veces seguidas. Las personas con esquizofrenia, sin embargo, no eran capaces de gestionar aquello: en una prueba tras otra, realizadas en el laboratorio de Freedman en Denver, aquellos cerebros mostraban dos ondas de igual tamaño para los dos clics. Era como si tuvieran que reaccionar al segundo clic partiendo de cero de nuevo, aunque acabaran de oírlo exactamente igual apenas una fracción de segundo antes.

La prueba del doble clic no era un test para detectar la esquizofrenia en sí, sino para comprobar el filtrado sensorial, que era uno de los aspectos potenciales de la esquizofrenia. Este resultado generaba tanta expectación porque una deficiencia en el filtrado sensorial bien podía ser genética y, por tanto, trazable a lo largo de generaciones. Freedman tenía la sensación de hallarse al borde de un gran descubrimiento, no solo a la hora de comprender la esquizofrenia, sino de tratarla: ¿y si pudiera aislar la irregularidad genética que provocaba que la gente reaccionara de aquel modo al test del doble clic? De ser capaz de lograrlo, y si se les diagnosticaba realmente la esquizofrenia a aquellas personas, entonces podría haber demostrado la existencia de un gen relacionado con la enfermedad y haber abierto la puerta a un remedio genético.

Nadie había hecho nunca una cosa así, aunque muchos lo habían soñado. Se trataba de una estrategia bastante común en otras enfermedades: con la diabetes, por ejemplo, puede haber en juego entre diez y veinte genes distintos, pero la primera generación de la medicina que trataba la diabetes solo tenía como objetivo uno de esos genes.

Todo cuanto haría falta, pensó Freedman, sería la identificación de un solo gen. Lo que podría serle de ayuda en la búsqueda, pensaba él, era un grupo grande –una familia– con una incidencia de esquizofrenia extraordinariamente elevada.

Freedman no tenía ni idea de dónde iba a encontrar semejante familia, pero ahí estaba esa familia, en alguna parte, tal vez más cerca de lo que él creía.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 25

Las hermanas Galvin eran guapas las dos, con el cabello largo y castaño, los ojos brillantes, hoyuelos y unos pómulos altos. Cumplidos los veinte, incluso llegaron a posar como modelos para anuncios en prensa y revistas de actividades al aire libre. Lindsay posó con los esquís en lo alto de una montaña, con los cabellos al viento sobre una parka de color morado. Tuvieron sus novios, bastantes, y también consumían drogas –maría, fundamentalmente–, pero ninguna de las dos parecía divertirse mucho con ellas. Más bien eran una ayuda para tapar el pasado e intentar reemplazarlo con algo distinto.

De pequeñas, las hermanas nunca había llegado a conectar, no del todo. Antes de marcharse de casa, Margaret estaba demasiado ocupada buscando algún otro sitio donde estar como para dedicarle tiempo a una hermana tres años menor que ella. Lindsay, destrozada por la partida de Margaret, empezó a envidiar a su hermana mayor y a enfadarse por que Margaret pudiera marcharse y ella no, pero todo aquello comenzó a cambiar en cuanto las dos hermanas se encontraron siguiendo un rumbo similar, lejos de Hidden Valley Road. «Quiero muchísimo a esa cría –escribió Margaret en su diario cuando estaba en la universidad–, y tiene que saberlo. Tenemos una magnífica relación de hermanas. Me parece increíble que estemos tan unidas».

Por su parte, Lindsay escribió a Margaret un poema sobre la conexión que ahora existía entre ellas.

No está aquí ella cada día
que se hizo parte de mí
Me hizo, me abrió, me ha hallado
Miró dentro de mí, me halló
Hazte parte de mí
Ella escala altas montañas
Yo lo conseguí
Ella inhala el aire, yo exhalo
Su corazón se llena de naturaleza
Y rebosa en el mío

Ella es parte de las montañas, el aire, árboles y plantas
Ella es parte de mí
Ay, nosotras
Llora cuando río y ríe cuando lloro
Su alegría, mi pesar
Mi pesar su alegría
Siento su dolor, su placer siente por mí
Ser uno las dos, juntas en dos lugares diferentes
Ay, nosotras

A muchos en su familia les costó acostumbrarse a llamarla por su nuevo nombre. Algunos, como su madre, jamás lo harían, pero eso no suponía un problema para Lindsay: su nuevo nombre no era para ellos, era para su nueva vida, pero incluso tras aquella imagen nueva –al adoptar aquel personaje, o al intentarlo– Lindsay llamó la atención en Hotchkiss desde el principio. Había llegado en noveno curso a un instituto donde la mayoría de los alumnos comenzaba en décimo, y con eso ya bastaba para que sus compañeros comenzaran a hablar. Cualquiera que llegase fuera de tiempo tenía que estar pasando por algo raro. ¿La habían expulsado de otro colegio? ¿Se estaban divorciando sus padres? ¿O se trataba de alguna otra tragedia que tan solo podía tratar de imaginarse?

Lindsay también destacaba por otros motivos. Vestía como una niña bien, de colegio privado, con faldas de tablas y blusas. No sabía que las chicas de Hotchkiss iban en plan *hippie* fan de los Grateful Dead, y ella había crecido con la ideología liberal de su padre, y ahora se enteraba de que algunos de sus compañeros decían que quien se valía de las ayudas y subvenciones estatales se aprovechaba de los esfuerzos de los demás. Dio con algunos adultos comprensivos con ella, como las profesoras de Lengua y Filosofía, a quienes no les molestaba que ella irrumpiera en sus despachos y se echara a llorar, sollozando «¿Cómo han podido pensar eso?». Se montó una estrategia de supervivencia: como es obvio, no se iba a marchar de compras con nadie a Manhattan ni se iba a ir a París de vacaciones de Semana Santa, pero sí se iba a convertir en una gran deportista –de fútbol, sobre todo, y de lacrosse– con eso le bastó para salir airosa de su período por allí.

Lindsay, a la izquierda, y Margaret

Lindsay llevaba ya tanto tiempo practicando la manera de enmascarar sus emociones que ya le salía de forma natural. La interpretación de aquel papel –la permanente sonrisa y un aire de secretismo personal– le pasó una leve factura. No estaba sacando los sobresalientes que ella esperaba, pero sí leyó el *Walden,* como todos los alumnos de Hotchkiss, y el trascendentalismo de Thoreau fue un estímulo para ella y la reafirmó en su necesidad de estar en la naturaleza, igual –nada menos– que su madre. Hallarse por fin tan lejos de Mimi para caer en la cuenta de lo mucho que compartía con ella fue, por decirlo de manera suave, una sorpresa.

Una parte de su ser pensaba que no se merecía disfrutar de Hotchkiss, que podía fingir despreocupación, pero que aquel estado de ánimo siempre quedaría en realidad fuera de su alcance, quedaría reservado para otros. Cada dos por tres, algo le recordaba lo distinta

que era de los demás. Cuando acudió con una amiga a la proyección en el campus de *Alguien voló sobre el nido del cuco,* Lindsay no aguantó ni diez minutos. Salió corriendo del auditorio entre lágrimas, y su amiga se quedó preocupada. Cuando Lindsay masculló algo sobre los casos de enfermedades mentales que había en su familia, la amiga no hizo más preguntas.

Lindsay estaba en Hotchkiss en 1982 cuando Joe –el mayor de los cuatro hermanos jugadores de hockey, el séptimo hijo, afable y pensativo, nueve años mayor que ella– sufrió su brote psicótico.

Los médicos que habían hablado con él cuando fue a visitar a Peter una década antes ya habían intuido que le pasaba algo, pero Joe estaba en perfectas condiciones a ojos del resto de la familia, o al menos lo bastante bien como para vivir por su cuenta y trabajar. Al salir del instituto, Joe había encontrado un empleo en el aeropuerto de Denver, y de vez en cuando se llevaba a Lindsay a esquiar, la sacaba de la casa y la ayudaba a sentirse normal por un rato. Entonces consiguió un puesto de trabajo con la United en Chicago, de mozo de equipajes, se trasladó a vivir allí y se enamoró de la hija de un médico. La boda parecía inminente, hasta que le negaron a Joe un ascenso en el trabajo. Para él, aquello fue la culminación de los numerosos insultos que había soportado desde que empezó a trabajar allí, incluida una lesión en la rodilla que se había estado cuidando y por la que nunca solicitó la baja. Comenzó a enviar cartas con amenazas a sus jefes. Cuando la United lo despidió, Joe envió más cartas con amenazas, esta vez a la Casa Blanca.

Joe lo perdió todo de la noche a la mañana: el coche, el apartamento, a su prometida… Entonces empezó a tener visiones. Primero Donald y Jim, después Brian y Peter, ahora Matt y Joe: seis de los doce hermanos, perdidos.

Otra vez, Lindsay se desmoralizó. Cogió un avión a Chicago para reunirse con sus padres, que iban a visitar a Joe a un hospital. Lo que vio la dejó horrorizada. Joe estaba drogado y apenas respondía. Cayó en la cuenta de que no había ido nunca a Pueblo a visitar a ninguno de sus hermanos: jamás había visto lo que les pasaba a Peter, a Donald y a Matt cuando no estaban en casa. Por primera vez, comenzó a

pensar no solo en la conducta de sus hermanos, sino en el tipo de tratamiento médico que tenían a su alcance.

Joe regresó a Colorado Springs y se unió a Peter, a Donald y a sus padres en la casa de Hidden Valley Road. Ahora oía voces constantemente. Una noche salió corriendo por el medio de la calzada en una calle del centro de la ciudad, chillando a pleno pulmón: «¡Me persiguen los lobos!». Fueron necesarios dos agentes de metro ochenta y cinco para reducirlo. Se pasó gran parte del mes de mayo de 1982 en el hospital estatal de Pueblo.

Michael, el expupilo *hippie* de la Granja, vivía cerca por aquel entonces y se quedó tan impresionado como los demás por la rapidez con la que había cambiado Joe. Él aún sospechaba que sus hermanos jamás hubieran reventado de haber tenido una infancia con menos represión. Decidió que tal vez Joe no estuviera aún tan mal y que quizá él podría ayudar a traerlo de vuelta. Fue a Hidden Valley Road a ver a su hermano y se pasó una noche fuera conduciendo con él, intentando lograr que Joe sacara de dentro todas las ansiedades que tenía, llegar a conectar con alguna parte de él que mantenía oculta. «Tenemos que hablar. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué lo haces?». Se llevó a Joe a unos terrenos de la Academia de las Fuerzas Aéreas.

–¡Vamos, suéltalo ya! –recuerda Michael que le decía una y otra vez.

No funcionaba nada con él. Su hermano no respondía, estaba confundido y, con frecuencia, con la cabeza en otra parte. Michael pensó que aquello debía de ser lo mismo que hablar con un alcohólico, alguien demasiado ligado a su estado presente como para imaginarse cualquier otra forma de vida. No podía dejar de pensar que la enfermedad mental era algo que uno decidía, y que Joe estaba eligiendo mal.

Si Michael sentía frustración, Lindsay, que estaba de vuelta en su internado, se sorprendía al descubrir que su resentimiento se apaciguaba. Igual que Margaret, ella se había sentido marginada en su colegio privado tan exclusivo, pero Lindsay dejó de pensar que la solución hubiera de pasar por negar la existencia de su familia. En cambio, descubrió ciertas similitudes con sus hermanos enfermos. La

sociedad los mantenía a ellos en el ostracismo, y ella también se sentía así en ocasiones.

*

Margaret había viajado al este en el otoño de 1980 para comenzar su primer año universitario en el Skidmore College, en la zona norte del estado de Nueva York, a dos horas en coche de Lindsay, en Hotchkiss. En Skidmore, Margaret sufrió en parte aquel mismo choque cultural por el que ya había pasado en Kent y por el que su hermana estaba pasando ahora. Sus compañeros de clase leían el *Times* y el *Journal* todos los días, hijos de buena familia de la costa este a la sombra de los rascacielos de Nueva York. El corazón de Margaret era de estar en la naturaleza: de acampada, senderismo, escalada, ciclismo, rafting. Por medio de un amigo, Margaret le echó un primer vistazo al Departamento de Bellas Artes. Ella sabía que allí tenía todo lo que deseaba, y, aun así, la vida del artista era una extravagancia que no se podía permitir.

Margaret era una alumna con permiso de la universidad para estudiar y trabajar a tiempo parcial, limpiando y sirviendo a sus compañeros de clase en la cafetería. Ya no contaba con la ayuda del colchón financiero de ser un miembro secundario de la familia Gary, y empezaba a percatarse de que los últimos años que había vivido de la generosidad de los Gary eran, en cierto modo, irreales. Al final de su primer año, Margaret decidió trasladarse a la Universidad de Colorado en Boulder. Era un centro lo bastante barato como para poder permitírselo con becas Pell del Gobierno federal. Tenía amigos allí, y seguía estando a una distancia segura de su casa: demasiado lejos para ir y volver todos los días, lo bastante lejos como para excusarse si no le apetecía ir a casa de visita.

Todas las decisiones que tomaba Margaret iban orientadas de una forma u otra a tener la capacidad de evitar ir a Hidden Valley Road. Aquel hogar era donde Peter orinaba en el suelo porque había un diablo bajo la casa. Era el lugar donde Donald seguía despotricando y soltando peroratas sobre su exmujer, una década después de su divorcio. Aquel hogar era donde Matt estaba recuperándose de su

brote psicótico en casa de los Gary. Y era un lugar cuyas puertas continuaban abiertas para que Jim se pasara cuando quisiera.

En Boulder, Margaret iba a clase con muchos de sus antiguos amigos de Kent, aquellos ricos que viajaban a Francia o a Portugal en verano. Ella se esforzaba cuanto podía con tal de disponer de dinero suficiente para divertirse, aunque no saliera del país. Servía helados en Steve's Ice Cream y tenía un segundo empleo semipermanente repartiendo setas para un proveedor mucho más mayor, un tipo que le lanzaba miradas lascivas pero jamás intentó nada con ella. Con un antiguo novio de la Kent School, asistió por lo menos a cincuenta conciertos de los Grateful Dead por todo el país, en la mayoría de ellos hasta las cejas de cocaína y ácido. Margaret deseaba sentirse fuerte, capaz e independiente, pero una parte de ella estaba esperando a que la rescatasen, que le evitaran tener que afrontar jamás de manera directa cualquier cosa de una mayor profundidad.

> ¿Por qué sigo yendo a casa? Siento la cabeza como si le estuviera dando tanta cuerda que no fuese a dejar de darme vueltas jamás. Me veo incapaz de entender o de sobrellevar a mis hermanos, en especial a Matt, a Peter, a Joe y a Donald. Ahora mismo lloro porque no puedo con nada de esto […]. La vida no es más que las raíces con las que tu familia te envuelve y te ata. La mía me deprime, me impide avanzar en muchos sentidos. Me ha tocado cargar con unas demencias que nadie debería ir por la vida tratando de ignorar…
>
> Diario de Margaret, 3 de abril de 1983

Aquel verano, Margaret estaba en el este siguiendo una gira de los Grateful Dead cuando se sorprendió embelesada de una forma tal que tan solo había sido capaz de soñar. Chris era un alumno de los últimos cursos de Skidmore cuando Margaret estaba allí, y ya se había fijado en ella. En la universidad lo conocían como «Cuchillos Calientes», el nombre de una técnica en la que se toma un trozo de hachís, se aplasta entre las hojas de dos cuchillos al rojo vivo y se inhala el humo. Cuando Chris volvió a verla, en una fiesta en Connecticut, se lanzó.

Chris era unos años mayor que ella, con un intelecto agresivo y ágil. Su padre era ejecutivo en una petrolífera, y él era un fijo en el club náutico de su familia y de competiciones de vela de la clase Laser por

todo el mundo. Le pagó un billete de avión a Margaret para que fuese a verlo a Maine en agosto. Navegaron hasta las islas frente a la costa de Georgetown y Boothbay, tomaron bloody marys y daiquiris de arándanos, comieron langosta y se trajeron otras diecinueve más de regreso a Connecticut, donde él le presentó a su padre. Al día siguiente se fueron disparados a Manhattan en el BMW de él para ir de compras al Saks Fifth Avenue y a Bloomingdale's. Para Margaret, Chris no era otro tío más. Era una historia completamente distinta.

> Jamás pensé que iba a conocer a un hombre con tanto que ofrecer, y lo más increíble es que quiera compartirlo conmigo.
>
> 31 de agosto de 1983

Regresó en septiembre. Él cogió un avión a Colorado para venir a verla en octubre, y de nuevo en Acción de Gracias. Y en la noche de fin de año estaban juntos de nuevo en Manhattan, elegantemente vestidos y celebrando la llegada del año nuevo en el Rainbow Room del Rockefeller Center. Iban los dos prácticamente hasta arriba de champán, de coca y de maría cuando, en los primeros instantes de 1984, Chris se inclinó hacia ella con aire de complicidad.

–¿Sabes guardar un secreto?

–Claro.

–¿Quieres casarte conmigo?

–Tú no te casas con ese tío. Es ridículo.

Esto lo decía Wylie, compañero de Margaret en Boulder, otro posible amante, o al menos eso esperaba él. Mientras Chris se dedicaba a competir navegando, Wylie se pasaba los meses más cálidos pintando casas. Era un joven sensato con una voz por lo general tranquila y agradable, pero aquella noticia –y el anillo que Margaret lucía en el dedo– lo había pillado desprevenido.

No obstante, ella hablaba en serio. Nadie cuidaba ya de ella: ni su familia ni los Gary. Chris estaba listo. Ya tenían planeado su viaje a Alemania, a Creta y a Egipto.

Lindsay lo entendió. Quizá ella fuese la única persona del planeta que de verdad sabía de qué estaba huyendo Margaret. Era la oportunidad de su hermana de tener una nueva familia.

Don y Mimi también dieron su visto bueno. Conscientes de la acomodada familia de Chris, hipotecaron su casa para celebrar allí la boda más ideal que estuviera a su alcance. Mimi confeccionó ella misma todos los vestidos a partir de un patrón de Oscar de la Renta, seda rosa con volantes en la parte superior y la inferior.

Fijaron la fecha para agosto. Todo cuanto le quedaba por hacer a Margaret era recorrer un pasillo que discurría entre sus hermanos –los nueve– y llegar al altar sin que nadie montara una escena.

En los meses previos a la boda, Peter fue detenido en Vail por pedir dinero en la calle para lo que él decía que era una ayuda social para el cáncer. En el hospital, pidió a los médicos que le trajeran un chaleco antibalas para protegerse. La policía de Vail –dijo Peter– le tenía envidia e iba a por él. Pasado un tiempo, Peter regresó a Hidden Valley Road con Don y Mimi, sin salir de la cama, si asearse, subsistiendo a base de café y cigarrillos, alternando largos períodos de silencio con estallidos explosivos ocasionales. En una ocasión dejó a Mimi fuera de la casa y echó su medicina en el café del resto de la familia.

Dos de los tres hermanos jugadores de hockey, Joe y Matt, entraron y salieron de Pueblo a la vez. Joe estaba preocupado por la imaginería católica igual que su hermano Donald, pero nunca llegó a volverse tan amenazante como le pasaba antaño a su hermano mayor; las voces que oía en su cabeza no eran diabólicas –decía él–, sino más bien molestas. Las fantasías de Matt eran más paranoides, lo cual le dificultaba el mantenerse estable durante mucho tiempo. Entre las estancias en el hospital, lo detuvieron una vez por andar merodeando en Colorado Springs y lo pusieron en libertad bajo fianza.

Donald había estado viviendo en casa de manera más o menos pacífica desde su última visita al hospital en 1980. Ahora, el hermano del que más recelaban todos era Jim.

Un poco antes, ese mismo año y después de dieciséis de matrimonio, Kathy había abandonado por fin a su marido maltratador. Durante años, ella había trabajado y criado al hijo de ambos, Jimmy, mientras iba sorteando los picos y recaídas de Jim. Todos sus amigos sabían lo de Jim –su enfermedad mental y sus malos tratos–, y aun así Kathy

jamás actuó hasta la primera vez en que vio que pegaba a su hijo. Jimmy tenía catorce años. Jim jamás le había puesto la mano encima hasta entonces, pero en esta ocasión el hijo vio que su padre estaba a punto de pegar a su madre y le plantó cara por vez primera para tratar de protegerla. Al ver que Jim le asestaba un puñetazo en el estómago a su propio hijo, Kathy llamó a la policía. Poco después, se marchó de allí con Jimmy.

Ahora, Jim vivía solo y aún recibía inyecciones de un fármaco neuroléptico en consultas externas para mantener a raya los síntomas, pero cada vez trabajaba menos y bebía más. En su familia, nadie sabía de qué podría ser capaz.

Unos pocos días antes de la boda de Margaret, Jim se pasó por la casa de Hidden Valley Road, donde estaba Lindsay con un novio de visita durante el fin de semana. Cuando llegó Jim, Lindsay no estaba en casa, pero sí estaba el coche de su novio. Los demás en la familia vieron como Jim le rajaba las cuatro ruedas vociferando obscenidades con todas sus fuerzas y se largaba de allí.

Todos los que estaban en la casa se vieron obligados a abandonarla para que Jim no pudiese encontrarlos. De haber tenido Lindsay la más mínima duda de que Margaret hacía bien en comenzar una nueva vida con Chris, aquello la habría disipado. Una parte de ella pensaba que ojalá tuviera ella una oportunidad similar.

El ensayo de la cena se hizo en el club de campo del Jardín de los Dioses. No menos de doscientas personas asistirían a la ceremonia en la iglesia, a la que seguiría una recepción en el jardín de la nueva casa de un amigo de la familia en Old North End, la zona más lujosa de Colorado Springs.

La noche antes de la boda, Wylie telefoneó a Margaret con una oferta a la desesperada. Se encontraba en Massachusetts con su familia.

–Te envío un billete de avión para que vengas aquí si no te casas con él –le dijo.

Margaret estuvo llorando durante horas, y Lindsay le puso una bolsa de hielo en la cara para reducir la hinchazón. Margaret sabía que no estaba haciendo las cosas bien, que estaba a punto de casarse con un

hombre al que apenas conocía, pero ¿cuál era la alternativa? ¿Coger un avión e irse con Wylie? ¿Llorarle en el hombro? ¿Contarle que uno de sus hermanos había estado abusando de ella durante años, que otro se había suicidado y que había otros cuatro más en casa que iban por el mismo camino?

Eso no era una opción para Margaret, en absoluto. Wylie quería de ella más de lo que ella podía darle a nadie: que echara una mirada sincera y honesta a su vida. Con Chris, Margaret no tendría que volver a pensar jamás en su familia.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 26

No había contado con que fuese a echar tanto de menos las montañas.

Lindsay se graduó en Hotchkiss en 1984 entre los mejores de la clase. Podía haber encontrado una universidad más lejos de casa que Boulder, pero Colorado –se asombró al percatarse– la estaba llamando. No era Hidden Valley Road precisamente, pero algo tenía aquel estado que la hacía sentir en su propia casa. Ahora que estaba de regreso, quería escalar todos los cuatromiles que viese, sin parar. Y por un breve período tuvo la posibilidad de volver a sentirse unida a aquel lugar, hasta que regresaron sus temores de toda la vida.

En la Universidad de Colorado sacaba todo sobresalientes sin apenas tener que esforzarse y, sin embargo, había algunos momentos en que era presa del pánico. Tenía su vida social, novios, fiestas, drogas…, nada sofocaba aquella ansiedad, y se vio leyendo todos los libros de autoayuda que era capaz de encontrar en cualquier librería, intentando descubrir por qué.

Cuando probó las setas por primera vez, pensó que así era como debía de ser tener esquizofrenia: absolutamente aterrador. No le hacían falta las setas para tener miedo, ya tenía motivos más que suficientes para preocuparse sin ellas.

Se cansó de fingir que allí no pasaba nada. Buscaba ayuda, pero no tenía muy claro dónde buscarla.

–Háblame de tu familia –le dijo la terapeuta del campus.

Lindsay comenzó a hablar, y entonces sucedió algo. Cuando empezó a contar que tenía diez hermanos varones mayores que ella y que seis de ellos sufrían esquizofrenia, a la terapeuta le cambió la expresión de la cara.

Al principio dio la sensación de que la mujer no creía a Lindsay, de que pensaba que estaba inventándoselo todo. Pero después Lindsay vio claramente lo que estaba sucediendo en realidad: la terapeuta se preguntaba cuánto de todo aquello estaba únicamente en la cabeza de Lindsay. Creía que la loca era ella.

La sesión no llegó a ninguna parte. ¿Quién iba a escucharla? ¿Quién la iba a creer?

En ese otoño, Lindsay comenzó a salir con un chico, alguien a quien conocía desde hacía años. Tim Howard era sobrino de Sam y Nancy Gary. Igual que Lindsay, él llevaba toda la vida yendo a la casa del lago de los Gary en Montana, era otro más de aquellos niños a los que alojaban Sam y Nancy. Como tantos otros chicos, Tim se sentía intimidado ante las hermanas Galvin: ambas impresionantes, tan atléticas y sin esfuerzo. Ahora, Lindsay y él iban juntos a la universidad en Colorado.

Lindsay y Tim llevaban saliendo unos meses cuando recibieron una invitación de los Gary para ir a Vail durante unas vacaciones universitarias, y se quedaron en el piso de la familia en la calle principal. Llegó un momento en que por fin tuvieron la casa solo para ellos –todos los demás estaban esquiando o de compras–, y estaban a punto de acostarse juntos.

Lindsay no pudo.

Tim le preguntó qué le pasaba.

Lindsay se quedó mirándolo.

Aquel no era un novio enfadado exigiendo unas relaciones sexuales. Era un chico un año más pequeño, más o menos, que llevaba cerca de una década perdidamente enamorado de ella, un chico al que de verdad le gustaba y que no la iba a juzgar. Él ya sabía algo acerca de su familia, aunque no conociera los detalles más escabrosos. Y se trataba de Tim, no era un desconocido. Es posible que no hubiera nadie a quien fuese más seguro contárselo.

Lindsay se deshacía en lágrimas mientras hablaba. Al principio, aquello dejó a Tim descolocado, con lo dura que ella le había parecido siempre, una *shtarker,* como solía llamarla Sam, el término en yidis para referirse a un tipo duro, alguien que sabe ponerse y hacer lo que hay que hacer…, pero Tim permaneció con ella en la habitación. La escuchó.

Lo que ella no le dijo fue que había sido Jim. No quería decirle quién había abusado de ella, y él no se lo preguntó. Cuando Lindsay terminó de hablar, a él le costó encontrar qué decir.

–No sé qué hacer –le dijo Tim finalmente–, pero sí sé quién lo sabrá.

Se vistieron, salieron del piso y Tim vio a Nancy en la distancia, caminando hacia ellos por la avenida principal. Tim dejó un instante a Lindsay y se marchó corriendo al encuentro de su tía.

–¿Puedo hablar contigo un minuto?

Lindsay se quedó allí, rodeada de nieve en el suelo, mientras Tim hablaba con Nancy. Apenas había transcurrido un instante cuando Nancy se separó de Tim y vino por la acera con paso decidido hacia Lindsay. Las dos entraron en el piso y continuaron hablando.

*

Louise Silvern recuerda que conoció a Lindsay en 1984, cuando escuchó a aquella joven de diecinueve años tan guapa, tan serena, hablar sobre su familia y lo que le había sucedido a ella. La descripción de Lindsay de su familia y de la experiencia cotidiana que suponía crecer en aquella casa era de lejos la historia más traumática –sin la menor duda– que ella había oído en boca de un paciente, y cuando Lindsay llegó a la parte sobre la terapeuta del servicio médico de la universidad, la que no la creyó, Silvern recuerda que se quedó indignada. Ella siempre ha pensado que la primera tarea era no cerrarle la puerta al paciente.

Existe un relato, o un mito, acerca del trauma y la terapia, en particular tras unos inenarrables abusos en la infancia, que es muy del gusto de nuestra sociedad. Este mito comienza con un niño que es incapaz de hablar, pero que alza el vuelo cuando el terapeuta apropiado es lo bastante sensible y amable como para llevar al niño a un momento de revelación. Este es el molde establecido por la doctora Fried, el doble de Frieda Fromm-Reichmann en *Nunca te prometí un jardín de rosas.* Cuando el niño saca todo lo que lleva dentro, el trauma desaparece como si hubiera sido un mal sueño. Podemos dar a ese paciente por curado: aliviado, sin aquella carga y listo para lanzarse al mundo de nuevo. En los libros y las películas, este momento de revelación se produce en una sesión de terapia muy tensa, cargada de furia y llena de lágrimas, tal vez entrada la noche, después de que alguna pequeña crisis haya desencadenado algo en el paciente que

este ha tratado de reprimir durante años.

En el caso de Lindsay, ese mito era cierto a medias. En Silvern –la segunda terapeuta de Lindsay, en Boulder, a la que llegó por medio de Nancy Gary– Lindsay halló a una profesional que sabía escuchar y quien, sí, por medio de la sensibilidad y la amabilidad, generó ese espacio seguro de aceptación que era necesario para que Lindsay se pusiera a los mandos de su propia historia.

El punto donde el mito se viene abajo es en lo referente al momento de revelación. En el caso de Lindsay se trató más bien de una filtración que se fue produciendo de manera gradual a lo largo de veinticinco años, producto de un trabajo intenso y constante en unas sesiones que a veces tenían lugar tres por semana. Mientras Lindsay asistía a clase, sacaba sobresalientes, salía con chicos y se iba a esquiar y a hacer montañismo, se marchaba disparada durante una hora a la semana, a veces dos o tres, a contarle a la terapeuta los secretos de su familia. Y, aunque esto le llevó mucho tiempo, Silvern se aseguró de que no hubiera presión para acelerar el ritmo. Al contrario que los terapeutas de las películas, ella no quería parecer demasiado volcada en el resultado de cada sesión. Ese tipo de presiones puede convertir a un paciente en el equivalente de una foca en el circo, que se limita a hacer lo que cree que espera el terapeuta, y, en el peor de los casos, esa presión puede volver a traumatizarlo.

Como primer paso, básicamente se limitó escuchar a Lindsay con detenimiento durante varias sesiones, prestando atención a los temas que resultaban apabullantes o «fraccionadores» para ella y con los que se cerraba por completo. «Fragmentarse», le explicó Silvern, era estar tan separada por unos muros respecto de los elementos complicados, traumáticos de una misma que esas dificultades no hacían sino fortalecerse, se volvían más insistentes, más destructivas. La solución, o el objetivo, era ayudar a Lindsay a encontrar sus propios puntos fuertes y desarrollarlos para así ayudarse ella a sobrellevar aquellos temas complicados, a «integrar», tal y como lo expresaba Silvern, las partes complicadas de su psique en el resto de su vida, en lugar de acordonarlas.

Lindsay quería avanzar más rápido, por supuesto, deseaba resolver

el problema, que alguien, quien fuese, le quitara la preocupación. No obstante, por su propio bien y por el de sus hermanos, también quería que Silvern le diera respuestas acerca de la naturaleza de la enfermedad mental, de las causas. ¿El trauma o los abusos podían provocar la demencia? ¿Era posible que Peter, Joe o Matt estuviesen en Pueblo a causa de algo que les había hecho Jim?

Le parecía que aquella explicación cuadraba lo suficiente, pero de ser cierto eso –y, por cierto, ningún estudio ha sugerido jamás que los abusos sexuales provoquen esquizofrenia– significaría que Lindsay se encontraba en una situación de riesgo.

Después de todo aquel tiempo, Lindsay continuaba aterrorizada ante la posibilidad de enfermar mentalmente. Silvern le dejó claro que para superar aquel temor iba a necesitar una enorme valentía.

Aquellas sesiones las pagó Lindsay. Todo lo que ella no podía pagar, Silvern lo ponía en su cuenta para más adelante, y Lindsay continuó pagándoselo durante años, después de graduarse, y lo saldó por fin cuando arrancó su propio negocio cerca ya de cumplir los treinta.

Nunca pidió a sus padres que lo pagaran. Don y Mimi rechazaban la propia idea de la terapia. «¿Por qué ponerse otra vez a remover todo eso? Que el pasado se quede en el pasado»; es decir, la respuesta exacta que hacía que Lindsay se avergonzara en primera instancia, que temiese contarles la verdad de lo que Jim le había hecho.

Silvern se concentró en conseguir que Lindsay contara su propia historia, que rescatara el pasado en sus propios términos. Aquello era algo más que un intento de afrontar la realidad, consistía en retirar todos los filtros que le habían impuesto. Los niños, le explicó Silvern, recurren a los adultos que hay a su alrededor para que interpreten lo que les está sucediendo a ellos. Utilizan los sistemas de constructos de sus padres: esto es bueno y esto es malo; esta persona no es de fiar, pero sí puedes contar con esa otra. La vergüenza y la culpa son formas en que los niños suelen procesar esos traumas cuando les han fallado los adultos que tienen a su alrededor.

La «prueba A» de Lindsay era, por supuesto, Jim.

Jim seguía formando parte de la vida de todos, era un miembro de pleno derecho de la familia Galvin que se dejaba caer por Hidden

Valley Road los días de fiesta y cada vez que Lindsay iba de visita, incluso estuvo viviendo una temporada de nuevo en casa después de que Kathy lo dejara. Ahora que estaba de vuelta en Colorado, Lindsay hacía unos enormes esfuerzos con tal de obligarse a aceptar aquello sin más, asistiendo a celebraciones como la boda de Margaret como si todo fuera fenomenal…, pero Jim se volvía cada vez más volátil ahora que su mujer y su hijo habían desaparecido del mapa, y Lindsay estaba empezando a cansarse de fingir.

Le preguntó a su terapeuta:

–¿Cómo puedo estar en la misma habitación que él? ¿Cómo puedo ir a casa, sabiendo que él se va a pasar por allí en cualquier momento? Y si me niego a ir por casa, ¿cómo puedo afrontar el malestar que generaría eso?

Silvern ayudaría a Lindsay a fantasear sobre lo que haría con su ira hacia Jim. Lindsay pensaba en matarlo –muchas veces– y después se sentía culpable por haberlo pensado. No obstante su mayor preocupación, aún mayor que la de plantarle cara a Jim, era que tendría que contárselo a su madre. ¿Y si Mimi no la creía? «Entonces –pensó ella–, yo sería algo así como otra loca más».

Se encontraba encallada en el mismo dilema por el que pasó cuando era pequeña: si te enfadabas, eras una persona inestable. Si llorabas por haber sacado solo un notable en un examen, quizá hubiese llegado el momento de que te enviaran a Pueblo.

Lindsay continuaba teniendo idealizado a su padre: al menos para ella, Don seguía siendo su único aliado en Hidden Valley Road, a pesar de su fragilidad. Sin embargo, Silvern y ella hablaron mucho sobre la particular manera que tenía Mimi de silenciar a Lindsay. No le decía «Cállate». Era más bien un «¿De verdad crees que lo tuyo son problemas?». Atacaba las emociones de Lindsay a base de minarlas, despreciarlas o invalidarlas.

Los sentimientos eran algo aterrador en la familia Galvin, decía Silvern. Con el exceso de situaciones horrorosas y descontroladas que habían vivido, no podía ser de otra manera.

Silvern decía que la resiliencia era «ese maravilloso término con el que nos referimos a algo que no entendemos». La resiliencia ha sido objeto

de tropecientos estudios académicos, por supuesto, y si hubiera alguien capaz de desentrañarla, iría corriendo a embotellar la solución. En experiencia de Silvern, en ocasiones se trataba de una cuestión de suerte el hecho de que una persona contara con el temperamento apropiado para absorber el trauma de tal manera que aun así les permita continuar abiertos a nuevas experiencias, ir por la vida con armadura.

Aunque hay todo tipo de mecanismos para salir adelante, algunos más limitantes que otros para el individuo. Lindsay era una chica dura de pelar, que lucía una máscara de seguridad en sí misma y de tozudez que le dio buen resultado durante su infancia, una careta que terminó por fusionarse con su verdadero rostro. La cuestión era si aquella máscara continuaba funcionándole bien ahora: hipervigilante, incómoda con el fracaso, aterrada ante la posibilidad de mostrarse ante los demás como algo que no fuera la perfección.

Silvern le dijo a Lindsay que cuando uno sale adelante a base de acorazarse más, eso puede acabar obstaculizándote más tarde. Tu senda para avanzar es más estrecha: llevas una vida más encerrada y claustrofóbica. Lo que ella esperaba para Lindsay era que terminase en una situación donde estuviese dispuesta a confiar en gente nueva, a quitarse la armadura en las circunstancias apropiadas.

Para llegar ahí, Lindsay tendría que aprender a reconocer el estrés postraumático en el preciso momento en que se manifestara en ella y así ser capaz de darse cuenta, por ejemplo, que una discusión acalorada que había tenido una noche con un amigo se debía en parte a la escena de una violación en la película que acababan de ver.

Llegó un momento en sus sesiones en que Lindsay decidió hablar de lo que le había sucedido en aquella fiesta cuando estaba en octavo, contar lo de la noche en aquel vestidor. Al principio hablaba con vaguedades: «Hubo un incidente con unos chicos».

Silvern sabía que Lindsay tenía que ir a su propio ritmo. En primer lugar, tenía que resolver paso a paso toda la culpa que cargaba sobre sí misma.

Mintió a su madre y se fue a una fiesta a la que no debía haber ido. ¿No se merecía lo que le pasó después?

Venga ya, le dijo Silvern. No.

¿No estaba pidiendo que se aprovecharan de ella?

No, le dijo Silvern.

¿No estaba enviando alguna clase de señal sexual, como la víctima de los abusos de su hermano, equiparando el sexo con el afecto de alguna manera equivocada?

No, por supuesto que no.

¿Y por qué no se largó de aquel vestidor?

Porque allí dentro había tres chicos con ella.

Entonces, Silvern se arriesgó y utilizo aquel término.

–Te violaron –dijo Silvern.

Lindsay no se escandalizó. Si acaso, se sintió aliviada. Alguien le estaba dando un nombre a lo sucedido.

La definición de los términos concretos fue como si le arrojaran un vaso de agua fría en plena cara. Los abusos sexuales eran abusos sexuales. Una violación era una violación. Ser una víctima era ser una víctima. No pudo escapar del vestidor aquella noche por el mismo motivo que no pudo marcharse de la cabaña de Jim en la cumbre del Manitou Incline: porque alguien más poderoso que ella estaba traicionando su confianza, la estaba victimizando, le estaba impidiendo hacer cualquier cosa que no fuera lo que él quería que hiciese.

A continuación vino el meticuloso despliegue de los detalles. Si las particularidades de cada incidente se hallaban antes completamente fuera de toda discusión, recitar ahora aquella pavorosa lista de minucias estaba ayudando a Lindsay a recuperar una sensación de control. Los detalles reforzaban hasta qué punto habían sido irreales algunos de los sentimientos de culpa de Lindsay (poco realistas, pero comprensibles: por lo general, los niños no tienen otra forma de procesar el trauma más allá de su propia experiencia, de manera que, con demasiada frecuencia, se culpan a sí mismos). Y para Lindsay era toda una novedad el hecho de articular todo aquello delante de Silvern: ver que sí era posible que alguien que de verdad se preocupara por ella aún viese sus puntos fuertes, la respetase y supiese quién era ella realmente, aunque esa persona estuviera al tanto de

todo por lo que ella había pasado. Silvern le dio a Lindsay algo que nadie de su familia había sido capaz de ofrecerle jamás: un lugar donde ella pudiera hacer suyas sus propias emociones y expresarlas con regularidad.

Hablar con su terapeuta sobre la violación a la que la sometieron aquellos chicos fue, de por sí, un paso tremendo para Lindsay. También fue un ensayo general perfecto para lo que tenía que venir a continuación. Tendría que ser con su familia igual de transparente que con su terapeuta, pero, esta vez, el tema de conversación sería Jim.

*

Lindsay y su madre estaban en el coche, yendo a casa de Eleanor Griffith, la amiga de Mimi. Llegaron, aparcaron y caminaron tranquilamente hasta la entrada. Eleanor no estaba aún en casa.

Estaban a solas, madre e hija, en un momento inesperado. Decidió entonces hablar de ello.

Lindsay ya se estaba abriendo más a Mimi, le escribía unas largas cartas filosóficas desde la universidad acerca de la familia y sus enfermedades. Le contaba cómo había sido crecer junto a Donald, que nadie prestara atención al dolor que eso le causaba a ella. Le hablaba del estado de temor en el que ella vivió aquellos años. La reacción de Mimi siempre era la misma. Primero admitía lo que su hija le estaba diciendo y después la instaba a pasar página –a perdonar– recordándole siempre que había gente que tenía peor suerte aún. Era una llave magistral de jiu-jitsu materno: dar la impresión de interesarse por el sufrimiento de su hija solo de boquilla cuando lo que estaba haciendo en realidad era desdibujarlo, vaciarlo de toda relevancia, taparlo por completo.

Así que no debió de ser ninguna sorpresa para Lindsay cuando, allí de pie ante la casa de los Griffith, comenzó a contarle a su madre que su hermano Jim había abusado sexualmente de ella incontables veces a lo largo de varios años y su madre respondió diciéndole que a ella le había pasado lo mismo cuando era niña.

En la versión oficial de la infancia de cuento de hadas de Mimi en Nueva York –la historia con la que había criado a sus hijas y que con

tanto orgullo contaba a amigos y vecinos–, el padrastro de Mimi, el pintor Ben Skolnick, la iniciaba en la música y el arte. Mientras su madre trabajaba en el negocio de ropa en Manhattan, su padrastro la ayudaba a apreciar la cultura de un modo en que nadie lo había hecho. Todo aquello era cierto. Le ponía discos de Chaikovski y, cuando Mimi quedó postrada con un esguince de tobillo, le sugirió *Carmen*.

Sin embargo, no era menos cierto que Ben bebía, y también era cierto que se propasaba con Mimi. Cuando Lord & Taylor comenzó a vender las faldas con vuelo que hacía la madre de Mimi, la mujer tuvo que dedicarle más tiempo y comenzó a quedarse a dormir en la ciudad la mayoría de los días lectivos, lo cual dejaba a Mimi en casa con su padrastro. Fue entonces cuando Ben Skolnick se le insinuó.

De manera deliberada, Mimi ofreció escasos detalles, y Lindsay no la presionó para que se los diese, pero estaba claro que el hombre había abusado de ella y la había tocado de manera inapropiada.

Cuando Mimi le contó aquello a su hija, Lindsay tuvo la sensación de que comenzaban a encajar algunas de las piezas sueltas del relato de la infancia de su madre. Ahora entendía por qué no había durado el matrimonio entre Ben y la madre de Mimi, por qué vivieron separados después de la guerra. Y Mimi dijo algo que hizo que Lindsay viera a su madre de un modo completamente distinto. Mimi le dijo que ella por fin se lo contó todo a su madre cuando Ben comenzó a ir a por su hermana pequeña, Betty.

Lindsay conocía perfectamente el valor que habría necesitado una chica en esa situación para alzar la voz, para poner su propia credibilidad en juego con tal de salvar a su hermana. Si de verdad su madre había hecho aquello, entonces Lindsay no la conocía tanto como ella creía.

Es posible que aquella conversación con Mimi fuese el momento emocionalmente más complicado de toda la vida de Lindsay. Una parte de ella se quedó noqueada por la franqueza de su madre y, después de oír el relato de Mimi, se sintió más unida a ella que nunca, pero, al mismo tiempo, Lindsay tenía la sensación de que le habían negado algo a ella: una vez más, las desgracias de otra persona tenían

preferencia ante las suyas. Mimi estaba hablando sobre su propia experiencia y pasaba por alto los detalles acerca de cuanto Lindsay le estaba contando sobre Jim. Lindsay necesita que su madre se pusiera de su lado, que le dijera que todo aquello que le había hecho Jim estaba mal.

Sin embargo, Mimi no lo hizo. Jamás se había puesto del lado de un hijo sano contra un hijo enfermo, y no iba a empezar ahora. Lo que hizo fue ponerse a hablar de que Jim sufría una enfermedad mental.

Lindsay se sofocó. Para ella, la esquizofrenia no era excusa para lo que Jim le había hecho. Ciertamente, no había investigador ni psiquiatra más o menos convencional que afirmara que si Jim era un pedófilo se debía a sus delirios psicóticos.

Sin embargo, Mimi no estaba dispuesta a separar ambas cuestiones. Aunque Lindsay ya se esperaba algo por el estilo, se sintió profundamente dolida. ¿Por qué le costaba tanto a su madre sentir un poco de empatía por alguien distinto de sus hijos varones? Era como si hubiera consumido toda su compasión con sus hijos enfermos, incluso con Jim, y no hubiera dejado nada para nadie más.

No obstante, Lindsay estaba lista aquel día. Le dijo a su madre que jamás iba a aceptar hallarse de nuevo en la misma habitación que su hermano.

*

Jim no debía estar allí. Sus padres le habían asegurado que no iba a estar allí.

Lindsay regresaba a Hidden Valley Road de visita para cenar un domingo después de una larga ausencia, la primera vez que volvía tras aquella noche ante la puerta de la casa de los Griffith. Allí estaban sus padres. También estaba Joe, medicado, sombrío y, al contrario que sus otros hermanos enfermos, plenamente consciente de su propia enfermedad. Una noche tranquila para los Galvin, hasta que llegó Jim.

Su padre le pidió que se marchara de inmediato.

–Jim, este no es tu sitio. Vete a casa, por favor.

–¿Cómo que este no es mi sitio? –respondió Jim.

Mimi no dijo nada.

Lindsay se mordió el labio, pero no sirvió de ayuda ninguna. Perdió la compostura. Se puso en pie y comenzó a gritar.

–¡Tú, cabrón de mierda! ¡Abusaste de mí sexualmente!

Jim no estaba en buenas condiciones. Su mujer y su hijo lo habían abandonado, estaba tomando una medicación muy fuerte y, por uno de los efectos secundarios de aquella medicación, iba camino de la obesidad, claramente. Aun así, no reconocía nada, y estaba más que dispuesto a contraatacar. Cogió una guitarra que había por allí y la partió por la mitad, dijo que Lindsay era una mentirosa y se puso a gritar y a chillar.

–¡Eso no es verdad! ¡Son imaginaciones tuyas!

No obstante, Jim podía ver lo que estaba pasando allí, y vio que nadie le hacía caso a él. Entonces vio a su padre, diciéndole que se marchara y que nunca quería volver a verlo por allí.

Jim se fue, y Lindsay se pasó el resto de la velada entre lágrimas. Sus padres la dejaron a solas y se fueron a la cocina a fregar los platos. Joe la reconfortó.

–No estás mintiendo –le dijo al abrazarla–. Yo sé que no estás mintiendo.

Aquello sería lo que más recordaría Lindsay en los siguientes años: que su hermano Joe la creyó y que su padre la creyó también.

CAPÍTULO 27

> Los nuevos sistemas de diagnóstico por imagen[147] –incluidos el TAC y la tomografía PET– han mostrado que hay diferencias fisiológicas en el cerebro de algunos pacientes de esquizofrenia. Ahora, con el uso de esta y de otras tecnologías, el NIMH, de la mano de la psiquiatra Lynn DeLisi, trata de identificar un marcador genético en familias en las que más de un miembro sufre de esquizofrenia […].
>
> Para este estudio, es necesaria la participación tanto de los miembros enfermos como de los sanos. Los pacientes continuarán siendo tratados por sus médicos habituales y se pagará a los participantes.
>
> Los posibles participantes pueden ponerse en contacto con la doctora Lynn DeLisi en el 496-3465.
>
> *The Washington Post,* 20 de julio de 1984

Desde su silla ante la larga mesa de madera hecha a mano en la cocina de Hidden Valley Road, Lynn DeLisi vio de inmediato la carga que Mimi había llevado sobre sus hombros en todos aquellos años.

Su marido estaba frágil de salud y no trabajaba. Podía ayudar en las tareas de la casa e incluso conducir, pero todas las noches se iba a la cama preguntándose si al día siguiente se iba a acordar de lo que había leído.

Donald, el mayor, también estaba ahora en casa más o menos todo el tiempo. Otros tres hijos enfermos andaban entrando y saliendo de la casa, yendo y viniendo entre el hospital y sus propios apartamentos, que de manera inevitable terminaban dejando o los echaban de ellos. Incluso Jim merodeaba por allí de vez en cuando, antes de que Don se percatara y le exigiera que se marchase.

La violencia ya era menos frecuente en aquellos días. Todos se iban haciendo mayores y estaban medicados de un modo más constante. Dependía de Mimi el mantenerlos a todos activos, gestionar sus cuidados, traerlos y llevarlos a sus citas médicas y administrarles los fármacos.

Teniendo todo ello en cuenta, DeLisi quedó asombrada ante la buena disposición que mostraba la matriarca de los Galvin. «No

puedes andar desconsolada todos los santos días», le gustaba decir a Mimi.

En los años previos, antes de que Lynn DeLisi entrara por la puerta de la casa de los Galvin, seguía sin haber una teoría sobre la esquizofrenia que fuese aceptada de manera universal. El funcionamiento exacto de la enfermedad continuaba siendo un misterio, y aún se libraban muchas de las batallas entre lo biológico y lo adquirido. No obstante, había ciertas cosas que estaba cambiando muy despacio y sin grandes alharacas.

Transcurridas tres décadas, la teoría de la madre esquizofrenogénica estaba perdiendo apoyos. En 1982, un psiquiatra australiano llamado Gordon Parker publicó un artículo sobre la investigación de la madre esquizofrenogénica[148] en *The Journal of Nervous and Mental Disorder* y concluyó que, si bien existía sin la menor duda la madre distante y controladora, no había prueba ninguna de que esta fuera más propensa a tener hijos con esquizofrenia que cualquier otra madre. El año siguiente, Chestnut Lodge –la institución que, bajo la dirección de Frieda Fromm-Reichmann, había ignorado empecinada todo llamamiento a tratar la esquizofrenia como un trastorno biológico– sufrió un dramático revés. Thomas McGlashan, que se había unido al hospital como terapeuta en la década de los setenta, hizo público un estudio de la información registrada de todos los pacientes tratados allí entre 1950 y 1975[149]. Su conclusión fue que tan solo un tercio de los pacientes de Chestnut Lodge se había recuperado o había tenido una moderada mejoría. Cuando uno –como los psicoanalistas de Chestnut Lodge– está convencido de que prácticamente cualquier paciente psicótico se puede curar con la terapia apropiada, un índice de éxito del 33 % no es algo de lo que estar muy orgulloso, en especial cuando la industria farmacéutica estaba afirmando obtener un índice de éxito mucho más elevado en el tratamiento de los síntomas de la psicosis. «Frieda […] se embarcó en un experimento grandioso»[150], dijo McGlashan en aquella época. «Ahí están los datos. El experimento fracasó».

Después de décadas de debate, las ideas sobre la esquizofrenia parecían estar consolidándose alrededor de la naturaleza física de la

enfermedad. En 1983, el psiquiatra E. Fuller Torrey del NIMH fue al programa televisivo *The Phil Donahue Show*[151] a promocionar la publicación de su libro *Surviving Schizophrenia* [Sobrevivir a la esquizofrenia], una de las obras más populares e influyentes sobre esta enfermedad en aquella década y en años posteriores, y allí mostró al público imágenes de tomografías computerizadas de cerebros sanos en contraste con otros cerebros con ventrículos de mayor tamaño que correspondían a pacientes de esquizofrenia. «Lo que están viendo es la enfermedad en el cerebro»[152], dijo Torrey. En un estudio publicado ese mismo año[153], Torrey y sus colegas del equipo de Richard Wyatt habían descartado la posibilidad de que los fármacos neurolépticos fueran la causa de aquellos ventrículos más grandes: era la enfermedad, no la medicación, lo que parecía generar aquella diferencia. Ahora, todo aquel que siguiera siendo incapaz de reconocer que la esquizofrenia era algo físico, bromeaba él, debía llevar algo de retraso en sus lecturas. «Por desgracia, hay un segmento de la comunidad psiquiátrica que únicamente lee el *National Geographic* –dijo Torrey–. Aún no les ha llegado la noticia»[154].

Aquellos eran los tiempos de la psiquiatría biológica, seguida no muy de lejos por la psicofarmacología. El último *DSM* –el *DSM-III,*[155] publicado en 1980– había reducido los criterios de diagnóstico de la esquizofrenia para parecerse menos al síndrome que era y para identificarse más con una enfermedad específica. Sobre la base de estos nuevos criterios, se decía incluso de Joanne Greenberg –la autora de *Nunca te prometí un jardín de rosas*– que había sido mal diagnosticada en Chestnut Lodge. La adolescente que sufría delirios no tenía esquizofrenia[156], afirmó un equipo de investigadores en 1981, sino que sufría un episodio de un trastorno de somatización, antaño conocido como histeria: breves alucinaciones asociadas a un dolor físico agudo aunque transitorio. Quizá la paciente estrella de la esquizofrenia no estuviese tan enferma, para empezar.

De todas formas, era todavía demasiado pronto para proclamar la victoria en la guerra entre lo biológico y lo adquirido. Con la terapia conversacional contra las cuerdas, los fármacos neurolépticos estaban al alza. Estos medicamentos le cambiaban la vida a miles de personas

al ayudarlas a poner un espacio de por medio con sus delirios. En la imaginación popular e incluso entre muchos médicos, se consideraba que los fármacos neurolépticos eran reveladores, como la insulina para la diabetes, pero ¿cómo podía ser eso cuando la propia esquizofrenia continuaba siendo tan desesperantemente misteriosa y aquellos fármacos podían provocar daños físicos? Los fármacos causaban obesidad en algunos pacientes, en otros entumecimiento y torpeza, a otros los dejaban prácticamente catatónicos…, y esto sucedía con unos medicamentos aclamados casi como si fueran milagrosos. Para los enfermos mentales crónicos, la definición del éxito había quedado reducida hasta un punto en el que comenzaba a parecerse mucho a un fracaso.

Las únicas beneficiadas de manera real y sin ambages por el uso de aquellos medicamentos fueron, por supuesto, las compañías farmacéuticas, las cuales –todas ellas– continuaban desarrollando variaciones del mismo fármaco original, el Thorazine, que se desarrolló allá por los años cincuenta. Pero claro, parecía que su propia eficacia había sofocado la innovación. ¿Por qué se daba la situación de que todo medicamento nuevo que salía al mercado era una versión o bien de neurolépticos como el Thorazine o bien de neurolépticos atípicos como la clozapina, sin que irrumpiera una tercera clase de fármaco que espoleara los avances?

Por primera vez, un gran número de familias con enfermos mentales comenzaban a alzar la voz, formaban un movimiento de defensa de los derechos del paciente y organizaciones de apoyo en un intento por transmitir el modo en que sus hijos e hijas, hermanos y hermanas, sus maridos y sus esposas, que sufrían y luchaban, acababan sintiéndose en tierra de nadie: fuera del alcance de la psicoterapia tradicional y con la única calma de los fármacos. Para los numerosos pacientes a los que no les servía la terapia farmacológica, la decisión de tratar la esquizofrenia como una enfermedad física los había encadenado a un tratamiento en el que no había esperanza ninguna de una cura. El suyo era un dilema real además de doloroso, sin una respuesta clara. Quienes rechazaban las terapias farmacológicas argumentaban –como hicieron R. D. Laing y otros en el movimiento antipsiquiatría de los

años sesenta– que no toda sociedad anestesia a sus pensadores poco convencionales. Aun así, para la mayoría de las personas que tenían a un ser querido con esquizofrenia diagnosticada era casi imposible presenciar por lo que pasaban y no ver en ello otra cosa que no fuera sufrimiento. Más difícil les resultaba aún pensar algún otro tipo de ayuda que no fueran aquellos fármacos tan potentes.

Hasta que fuéramos capaces de entender mejor la enfermedad –descifrar el código de la esquizofrenia y dar lugar a una terapia apropiada que pudiera llevar a una cura–, estos pacientes, incluidos los Galvin, lamentablemente, eran un mercado cautivo.

DeLisi comenzó a recopilar el material genético de familias con casos de esquizofrenia como investigadora del laboratorio de Elliot S. Gershon en 1984, casi una década después de sus primeros y vacilantes días en el NIMH. Lo que en sus primeros años le parecía imposible, ahora se encontraba a su alcance de una forma tentadora. Los avances en la biología molecular ahora facilitaban la copia rápida de un fragmento de ADN miles de millones de veces, lo cual permitía que el código genético, antaño el gran desconocido de la biología humana, se explorase a fondo por vez primera. Con estas nuevas herramientas, otros investigadores ya habían aislado el gen de una enfermedad: la fenilcetonuria o PKU, que provocaba discapacidades intelectuales, y había otros que iban tras la enfermedad de Huntington, pero aquellas enfermedades eran muy distintas de la esquizofrenia, al respecto de la cual casi todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía que ser obra no ya de un solo gen dañado, sino de muchos. Una enfermedad tan compleja como la esquizofrenia tenía probablemente una composición genética que nadie podía ver por completo con las herramientas que había disponibles en la época. A muchos de sus colegas de otros laboratorios del NIMH, la idea de recorrer el país recogiendo muestras de ADN de las familias era una pérdida de tiempo.

No obstante, DeLisi estaba más segura que nunca de que las respuestas estaban en las familias multiplex. No le importaba que los demás pensaran de ella que se estaba aventurando. «Lynn seguía líneas de pensamiento que otros no seguían –recuerda Gershon–. Ella

podía ir en direcciones diferentes».

Encontró su primera familia sin tener que salir del hospital. Resultó que un paciente al que había estado tratando Gershon en su consulta tenía un hermano al que también le habían diagnosticado la esquizofrenia. DeLisi se enteró de que los padres de aquellos hermanos, Jim y Carol Howe, se encontraban entre los fundadores de la Alianza Nacional para los Enfermos Mentales (ahora conocida como Alianza Nacional sobre las Enfermedades Mentales, o NAMI, por sus siglas en inglés), una organización de apoyo que se originó en Minnesota en 1979 y que ahora se expandía con nuevas delegaciones por todo el país. Si quería encontrar familias rápidamente –pensó DeLisi–, la NAMI sería el aliado perfecto.

DeLisi se puso en contacto con las delegaciones regionales de la NAMI y les pidió que anunciaran su estudio en sus boletines. Las familias que respondían solían tener dos o tres de sus miembros con esquizofrenia; una o dos familias podían llegar a tener hasta cuatro. Al ver que respondían más, DeLisi contrató a un trabajador social que visitara a las familias a las que ella no podía ver en persona, pero cuando se enteró del caso de la familia Galvin de Colorado Springs, DeLisi supo que tenía que coger un avión e ir a verlos con sus propios ojos.

Nada más entrar por la puerta de la casa de Hidden Valley Road, no pudo evitar reconocer una muestra perfecta. Podía ser la familia con más enfermos mentales de todo Estados Unidos.

DeLisi pidió a todos los miembros de la familia Galvin, incluso a los que no se les había diagnosticado una enfermedad mental, que participaran en entrevistas psiquiátricas con el fin de confirmar o descartar un diagnóstico para cada uno de ellos. Después obtuvo muestras de sangre con la esperanza de percibir algo en la organización genética que pudiera indicar una propensión a la enfermedad mental. Algunos miembros de la familia podían ser portadores que no enfermaban, de eso estaba convencida; los marcadores podían estar presentes en todo el mundo.

Todos los hermanos enfermos participaron sin crear demasiado problemas: Mimi había facilitado el trabajo de DeLisi gracias a la

forma que siempre había tenido de supervisar muy de cerca el cuidado de todos sus hijos enfermos. Entre los seis hermanos que estaban bien, todos accedieron salvo Richard –el sexto hijo, antaño el trapisondista de la familia, ahora un inversor en minería en Denver–, al que aún le alteraba demasiado la enfermedad de la familia como para involucrarse en ninguno de los tratamientos de sus hermanos (John, el tercer hijo, ahora profesor de música en Idaho, hizo que le extrajeran sangre allí y la envió al laboratorio de DeLisi).

Lindsay y Margaret salieron de allí con la esperanza de que aquella investigación pudiese llevar, algún día, a un descubrimiento decisivo. Mientras tanto, la expresión en la cara de Mimi era prácticamente de felicidad. En su opinión, aquel avance decisivo, el más importante, ya se había producido: llevaba décadas esperando a que viniera alguien como Lynn DeLisi y llamara a su puerta. Por fin estaba allí.

La primera visita a Hidden Valley Road de Robert Freedman tuvo lugar muy poco después de la de Lynn DeLisi. Aquel día –y en consecutivas visitas de varios de los Galvin a lo largo de muchos años al laboratorio de Freedman en Denver–, Freedman y su equipo del Departamento de Investigación Psiquiátrica del Centro Médico de la Universidad de Colorado registraron las ondas cerebrales de los Galvin, les sacaron muestras de sangre y repartieron cuestionarios. Conforme iba conociendo a la familia, Freedman se maravillaba ante el hecho de que Mimi hubiese mantenido a los chicos en casa mucho más tiempo que otras muchas familias. «Era encantadora», dice.

Freedman se quedó asombrado ante la decisión de separar a una de las hijas, Margaret, y enviarla a vivir con otra familia. Qué cosas tan horribles debían de estar pasando en aquella casa –pensó él– para que Don y Mimi se plantearan siquiera la posibilidad de tomar una decisión tan drástica. Vio que la salud de Don estaba en declive y que los hijos enfermos eran unos cuantos, pero, por encima de todo, lo que le impactó –igual que a DeLisi– fue la determinación de Mimi para cuidarlos a todos. «En aquellos tiempos, los fármacos dejaban a los chicos muy entumecidos y sin respuesta ante cualquier estímulo, así que se quedaban ahí sentados como un fardo y sin hablar, y a ella le tocaba encargarse de ellos. Era como si llevara una pensión».

DeLisi había informado a Freedman sobre la existencia de los Galvin, consciente de que él estaba buscando familias con las que poner a prueba su teoría del filtrado sensorial. Freedman se había pasado los primeros años de la década de los ochenta haciendo sus estudios del doble clic, diseñados para medir la capacidad del cerebro para filtrar la información. Seguía convencido de que el filtrado sensorial era un mecanismo del cerebro, algo genético que hacía que ciertas personas fueran susceptibles a la esquizofrenia, y tenía la sensación de estar cada vez más cerca de algo. En 1984, justo antes de conocer a los Galvin, había estudiado[157] las capacidades para filtrar que tenían los pacientes de esquizofrenia y sus familiares más inmediatos, y había descubierto que la mitad de los familiares más inmediatos mostraba las mismas carencias en el filtrado que los miembros de la familia a los que se les había diagnosticado la esquizofrenia. Esta era otra señal de que iba en la dirección correcta, una prueba de que el filtrado sensorial era hereditario.

Lo que continuaba siendo un misterio era por qué unos hermanos con problemas para el filtrado sensorial terminaban manifestando los síntomas de la esquizofrenia y otros no. El siguiente paso de Freedman fue tratar de localizar la parte específica del cerebro responsable del filtrado sensorial. Gracias a DeLisi, Freedman ahora tenía acceso a una familia con una manifestación abrumadora e inconmensurablemente profunda de la esquizofrenia.

En febrero de 1986, meses después de su primera visita a los Galvin, DeLisi utilizó los datos de aquellas familias para confirmar lo que había descubierto el equipo de Richard Wyatt en el NIMH acerca de la correlación de la esquizofrenia con un mayor tamaño de los ventrículos cerebrales[158]. Un año después, utilizó los datos en un estudio que analizaba un posible vínculo entre la esquizofrenia y los antígenos leucocitarios humanos[159], o HLA, un conjunto de genes que participa en la regulación del sistema inmune. No quedó demostrado tal vínculo, pero, aun así, la base de datos de familias multiplex había comenzado ya a hacer sus aportaciones al conjunto del conocimiento sobre la enfermedad. Para DeLisi aquello no era más que el comienzo.

Envió las muestras de sangre de los Galvin al Instituto Coriell de

Investigación Médica, unas instalaciones en Camden, en el estado de Nueva Jersey, donde conservan ingentes cantidades de líneas celulares de diferentes enfermedades. Esto dio pie a la posibilidad de que otros utilizasen el ADN de la familia como recurso en decenas o incluso cientos de estudios en el futuro, en laboratorios de todo el mundo. DeLisi se aferraba a su convicción de que si era capaz de hallar un marcador de la esquizofrenia inserto en los datos genéticos de una familia como los Galvin, era posible que la esquizofrenia se convirtiese algún día en algo equivalente a una enfermedad cardíaca, un trastorno con sus parámetros y sus factores de riesgo particulares que se podía medir. En 1987, la Universidad Estatal de Nueva York, en Stony Brook, acudió al NIMH para reclutar a DeLisi con la oferta de una cátedra y un programa de estudios propio que dirigiría ella. Allí continuó estudiando las familias multiplex: ya tenía cuarenta, incluidos los Galvin. Con una beca del NIMH, siguió incrementando aquella lista de manera constante y llegó a alcanzar el millar de familias, más de lo que nadie había conseguido reunir hasta entonces.

Llegaron entonces varios años de barbecho. Los estudios de las familias estaban proporcionando unos resultados asombrosos en otras enfermedades, incluidos el cáncer precoz de mama y el alzhéimer, pero no llegaba aquel descubrimiento decisivo en la esquizofrenia. En 1995, DeLisi publicó dos estudios basados en sus propio conjunto de datos sobre las familias. El primero parecía confirmar[160] que los mismos genes responsables de la esquizofrenia están relacionados con otras enfermedades mentales como la depresión o el trastorno psicoafectivo. El segundo no logró hallar un vínculo entre la esquizofrenia y el trastorno bipolar[161], al menos en un cromosoma concreto donde parecían hallarse las raíces de la enfermedad bipolar. DeLisi continuaba confiando en que alguien, en alguna parte, sería capaz de hallar una huella genética en aquel conjunto de datos y demostrar que era lo biológico, y no lo adquirido, lo que determinaba aquella enfermedad. «No estoy muy convencida de que el medio ambiente tenga algún efecto en absoluto»[162], le dijo DeLisi a un periodista en 1999.

El trabajo de DeLisi continuaba teniendo sus apoyos. «Es crítico que

se evite una desilusión prematura»[163], escribió en 1993 Kenneth Kendler, de la Facultad de Medicina de la Universidad Pública de Virginia. «El cerebro humano es muy complejo, y resulta bastante difícil acceder a él». No obstante, uno de los antiguos colegas de DeLisi en el laboratorio de Richard Wyatt en el NIMH, Daniel Weinberger, comenzó a sospechar que la investigación con las familias era un callejón sin salida. «Según los criterios actuales de diagnóstico, más del 90 % de los parientes de los esquizofrénicos no tiene esquizofrenia»[164], le dijo a un periodista en 1987.

Weinberger tenía razón. Las probabilidades de que unos hermanos de la misma familia compartan la enfermedad son bajas, sin duda[165]. Por el contrario, el hermano de un individuo con esquizofrenia seguía teniendo una probabilidad más o menos diez veces superior de tener la enfermedad que cualquier otra persona de una familia sin aquel trastorno[166]. En comparación con la probabilidad de heredar muchas otras enfermedades, estas resultaban extraordinariamente elevadas, más altas incluso que las de las enfermedades cardíacas o la diabetes[167]. Visto de esa manera, parecería estúpido dejar de estudiar a las familias.

En el NIMH continuaba la búsqueda de otros signos físicos de la esquizofrenia, aunque la dirección de aquellas investigaciones prácticamente pareciese carecer de rumbo. El laboratorio de Wyatt había utilizado resonancias magnéticas para examinar a gemelos idénticos con un hermano esquizofrénico y comparar el tamaño del hipocampo de cada gemelo. En efecto, en 1990 sí hallaron diferencias. El hipocampo del cerebro de un individuo esquizofrénico era más pequeño que el de una persona sana[168]. Este hallazgo, como el de los ventrículos cerebrales de mayor tamaño una década antes, parecía revelar algo nuevo acerca del funcionamiento de la enfermedad: el hipocampo te ayuda a recordar dónde te encuentras en cualquier momento dado, y está menos desarrollado en los gemelos a los que se les ha diagnosticado la esquizofrenia y tienen un menor contacto con la realidad.

«Aquello nos tenía locos de alegría –recuerda Daniel Weinberger, coautor de ambos estudios–, pero yo no dejaba de tener una sensación

de runrún en la cabeza». Todo lo que estaba haciendo aquella investigación cerebral, pensaba él, era confirmar diferentes versiones de la misma idea: que un cerebro esquizofrénico es físicamente distinto de un cerebro normal. Esto no era una sorpresa para quienes trataban a pacientes de esquizofrenia a diario. «Podías charlar cinco minutos con aquellas personas –decía Weinberger– y ya sabías que su cerebro no podía estar funcionando igual».

Con el paso del tiempo, los estudios con resonancias magnéticas parecían cada vez menos valiosos: no eran sino piezas de una sola esquina de un rompecabezas mucho más grande. Weinberger sospechaba que la única razón por la que los investigadores los apreciaban tanto era que disponían de las herramientas para llevarlos a cabo. «Algo que ha caracterizado eternamente la investigación psiquiátrica es aquel viejo dicho sobre "perder las llaves y ponerte a buscarlas allí donde hay luz". Todo ha sido: "Mira, esta herramienta es lo que tenemos. Es un martillo, así que vamos a buscar clavos". Y entonces encontrábamos cosas, porque así es la naturaleza de la fenomenología: uno encuentra cosas». Ahora bien, si se trataba de pistas prometedoras o más bien de pistas falsas, nadie lo sabía con seguridad.

En 1987, Weinberger publicó una teoría que iba a cambiar la manera práctica en que todos los investigadores pensaban en aquella enfermedad[169]. Hasta entonces, los investigadores de la esquizofrenia estaban empeñados en que el momento de aparición de la esquizofrenia era el período posterior a la adolescencia. Los escáneres cerebrales prácticamente lo confirmaban: el lóbulo frontal es la última parte del cerebro humano en madurar, al final de la adolescencia, y los estudios con resonancias magnéticas del cerebro de numerosos pacientes de esquizofrenia muestran que hay problemas en la actividad del lóbulo frontal. Ahora bien, con esta nueva teoría, Weinberger sugería que los problemas del cerebro se iniciaban de manera silenciosa en un momento muy anterior en la vida. Reformuló el concepto de la esquizofrenia como un «trastorno del desarrollo» donde las anomalías que los pacientes poseían de nacimiento, o incluso en el útero, desencadenaban una serie de sucesos que, en

esencia, hacían que su cerebro fuese descarrilando de manera gradual, a lo largo del tiempo. Todo cuanto hacían los genes, decía él, era preestablecer un mapa del desarrollo y la función cerebral. El resto sucedía más tarde, día a día, con la ayuda del entorno.

Si Weinberger estaba en lo cierto, la fase adolescente de la maduración cerebral tan solo era el último capítulo de la historia. El cerebro pasa por dificultades a lo largo de todo el proceso de la gestación, el nacimiento y la infancia, pero nadie nota nada hasta la última fase de la construcción, cuando el cerebro ya ha madurado. Vista así, la aparición de la esquizofrenia se parecía en cierto modo a la bola de una partida de bolos, que se va desviando ligerísimamente a la derecha o a la izquierda desde el preciso instante en que abandona la mano del jugador e impacta con la tarima de la pista. Durante unos escasos metros, la bola parece ir bien, en línea recta, y solo cuando se halla cerca de los bolos se hace evidente que se ha ido desviando de manera gradual, tanto que apenas tira el bolo de un extremo o cae al canal lateral de la calle de los bolos. Allá por 1957, Conrad Waddington, de la Universidad de Edimburgo, había propuesto una metáfora similar para explicar las diferentes direcciones que tomaban las células en su desarrollo y multiplicación. Se imaginó un montón de canicas que descendían rodando por una pendiente, una carrera de obstáculos con un complejo sistema de baches y bultos. Cada canica termina siguiendo un recorrido distinto pendiente abajo. Esa pendiente es lo que él denominó «paisaje epigenético»[170]: en parte arquitectura, en parte azar.[5]

De un modo intuitivo, a Weinberger le parecía lógica esta idea. Para todos nosotros, la adolescencia es un período crucial en que se limpia y se ordena un cerebro que ha estado trabajando con gran esfuerzo durante más de una década de una extrema expansión y renovación. Esta fase tan exigente del desarrollo cerebral explica, por ejemplo, por qué los adolescentes necesitan dormir más, o por qué, tras la adolescencia, a la mayoría de la gente le cuesta más aprender un idioma o recuperarse de una lesión cerebral. No puede sino resultar lógico, entonces, que si tus genes muestran únicamente el potencial de desarrollar la esquizofrenia, será entonces cuando esto sucederá.

Aunque no hiciera otra cosa, la hipótesis del desarrollo de Weinberger explicaba por qué, por ejemplo, si un miembro de una pareja de gemelos idénticos tenía esquizofrenia, las posibilidades de que su gemelo también la tuviese eran aproximadamente del 50 %, pero cada uno seguía teniendo la misma probabilidad de transmitir la enfermedad a las futuras generaciones. «El riesgo se transmite –ha escrito el genetista del Trinity College Kevin Mitchell– con independencia de que el individuo llegue a desarrollar la enfermedad o no»[171].

Que desarrolles la enfermedad o no, según parece, depende de lo que sucede una vez la bola entra en contacto con la calle de los bolos.

En los años posteriores, conforme se ampliaba el alcance de la investigación genética, la hipótesis del desarrollo fue ganando popularidad entre otros científicos. Para combatir de manera eficaz esta enfermedad, sugería esta teoría, tal vez hubiera que tratar al individuo antes de que enfermara. En aquellos tiempos, eso habría requerido haber aislado la composición genética de la esquizofrenia. Otros se unían a DeLisi y Freedman en la búsqueda de unas mutaciones genéticas que, a su manera, pudiesen contar por fin el relato al completo.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 28

Cuando los investigadores del NIMH y de Denver vinieron a Hidden Valley Road, Donald se había quedado mudo y ausente, ganaba peso y se movía con un aire entumecido. Más o menos, había abandonado ya la idea de encontrar un trabajo y también había dejado incluso sus paseos por el vecindario tal y como solía hacer antes. Era un ermitaño salvo a la hora de las comidas. Por doloroso que resultara ver aquello para Mimi, tener a Donald en casa también era útil para ella, en aspectos cotidianos, pero también más profundos: la acompañaba cuando iba a hacer la compra y hacía por ella las tareas de la casa, y además le daba un propósito a la vida de su madre.

Donald consiguió mantenerse fuera de Pueblo durante siete años, con visitas externas habituales a Pikes Peak para sus dosis de Mellaril, un antipsicótico, y Lithobid, un fármaco de liberación prolongada de litio que tiene como objetivo el trastorno maníaco. Cada dos por tres, intentaba marcharse a vivir a una pensión, pero nunca duraba mucho. Fue durante una de esas estancias, hacia las Navidades de 1986, cuando se descompensó por completo. Ingresó en Pueblo por octava vez en el mes de enero, donde se negó a responder a cualquier pregunta acerca de su estado civil (tal vez siguiera obsesionado con el fracaso de su matrimonio con Jean) y se puso a predicar la Biblia. En un nuevo giro, ahora también hablaba de ciertos lituanos que lo estaban buscando y pretendían hacerle daño.

Donald contó al personal médico del hospital que había dejado de tomar su medicación porque se le había parado el reloj. Cuando le preguntaban sobre su madre, él se refería a ella como «la mujer de mi padre». Había decidido que Mimi no era su madre, porque lo habían intercambiado en el hospital: él descendía de un pulpo. Cuando le insistieron en que explicara su relación con su familia, Donald se puso a hablar sobre una discusión con sus padres sobre tener un coche. Al preguntarle si tenía carnet de conducir, dijo que tenía un carnet «Ricitos de Oro y los tres osos» emitido por el estado de Colorado.

En cuestión de unas pocas semanas, lo estabilizaron con una nueva medicación, y regresó a casa con Don y Mimi. A comienzos de la primavera de 1990, después de varios años viviendo en su habitación sin hacer mucho ruido, Donald se enteró de la posibilidad de que Peter volviese a vivir a Hidden Valley Road. Donald pensó que Peter iba a exigir su habitación y decidió actuar al respecto. Telefoneó al Ejército y a las Fuerzas Aéreas y les pidió que lo destinaran a Groenlandia. Entonces anunció que prefería comer en su cuarto en lugar de hacerlo en la cocina; después se marchó al mercado, compró un pulpo crudo en la pescadería y se lo llevó a su cuarto, donde dejó que se pudriese. Entonces fue cuando Mimi se percató de que Donald había estado faltando a sus citas para pincharse el Haldol Decanoato. Cuando sus padres vieron que se negaba a tomarse el Kemadrin dos veces al día, lo enviaron de regreso a Pueblo.

–Mi familia y yo hemos roto a causa de unos problemas financieros –afirmó Donald a su llegada al hospital estatal–. Yo no quiero vivir en la misma casa que Peter.

Jim estaba viviendo por su cuenta, arreglándoselas a base de Prolixin. A ojos de quienes apenas lo veían, parecía sumido en una depresión: desarmado por años de fármacos neurolépticos, obeso y frágil. Tenía débil el corazón, le dolía el pecho cada vez que respiraba y, aun así, la paranoia y los delirios nunca desaparecían por completo. Aunque Jim ahora era prácticamente un proscrito, su madre continuaba viéndolo. A pesar de todo lo sucedido, era su hijo, y ella nunca podría cerrarle la puerta por completo a ninguno de ellos. Las chicas nunca preguntaban por él, y ella intentaba no mencionarlo en las conversaciones.

De todos los hermanos enfermos, Joe era el que más conmovía a Lindsay y a Margaret en su sufrimiento. Estuvo viviendo una temporada con Matt y después solo, en un apartamento financiado por las ayudas federales de la Sección 8, y él sabía que veía cosas que en realidad no estaban ahí. Se ponía a hablar de historia de China y decía que había vivido allí en una vida anterior, y lo hacía al mismo tiempo que reconocía lo raro que era eso. En una ocasión señaló al cielo emocionado y le dijo a Lindsay que las nubes eran de color rosa y que había un emperador chino que le hablaba desde su vida anterior.

–Estoy teniendo una alucinación –le dijo entonces, aun creyéndoselo a medias–. ¿No lo ves?

Joe estaba lo suficientemente bien como para vivir solo en un apartamento en Colorado Springs, pero no lo bastante como para valerse por sí mismo. Cuando sus ayudas sanitarias no daban para cubrir sus gastos, iba acumulando una deuda excesiva en la tarjeta de crédito, demasiado grande como para poder saldarla. Se declaró insolvente con ayuda de Michael, que le dijo que no podía volver a pedir otra tarjeta de crédito, pero Joe se buscó una igualmente. Dijo que tenía que tener una tarjeta de crédito con el logotipo de los Broncos. Antes guapo y delgado, cogió una cantidad tremenda de peso, y aquella obesidad no hacía sino empeorar cualquier pequeño problema. Le fallaba la vista, desarrolló una prediabetes, y entonces llegaron los problemas similares a los de Jim: dolor en el pecho, delirios, estrés y pánico. Pero Joe aún tenía su sentido del humor, o parte de él, al menos. Hablaba con Michael constantemente sobre meditación trascendental y urdía planes para intentar marcharse a la India. En ciertos pequeños aspectos, continuaba siendo el mismo. «Tenía esa especie de capacidad para separarse de alguna manera –dice Lindsay–. Era el único que decía cosas como "quiero que esto pare ya"».

Joe jamás dejó de querer un contacto con su familia, les enviaba tarjetas de cumpleaños de temáticas religiosas y se gastaba en regalos un dinero que no se podía permitir. Una vez, una de las hijas mayores de Michael se quejaba de que necesitaba dinero para los libros de la universidad, y en Navidad apareció un sobre con dinero en su buzón. Dentro había quinientos dólares con una nota que decía «para libros». Todos coincidieron en que nadie más que Joe habría hecho una cosa así.

Según Matt, el antiguo alfarero y segundo más joven de los hermanos jugadores de hockey, su vida dio un caprichoso giro el día en que su madre tomó la decisión de enviarlo a un psiquiatra, después de su crisis de adolescente en la casa de los Gary. «Me llevó al Centro Médico de la Universidad de Colorado en 1977», dijo una vez. «Me metieron en una sala de Psiquiatría, pero eso no me convierte en un

enfermo mental».

En su madurez, Matt se estaba volviendo más canoso, más corpulento que Jim, que Joe y que Donald, pero también más peludo, con una barba muy poblada, y también más hosco, con el imponente porte de un motero de los Ángeles del Infierno. Los mejores amigos de Matt eran veteranos de Vietnam y tipos sin techo que, como él, subsistían a base de ayudas de la Seguridad Social y de vales de alojamiento de la Sección 8. Los médicos de Matt averiguaron que vendía sus medicinas en la calle en más ocasiones de las que se las tomaba.

Estuvo entrando y saliendo de Pueblo hasta 1986, cuando los médicos le cambiaron la medicación a la clozapina. Matt notó la diferencia prácticamente con la primera dosis. Comenzó a acudir a todas sus citas de salud mental, sin falta. Contó a su familia que se sentía como si se hubiera despertado de una pesadilla. Ya no pensaba que era Paul McCartney. La clozapina, un neuroléptico atípico que funcionaba de manera ligeramente distinta que los neurolépticos típicos como el Thorazine, también había resultado ser de ayuda para Donald y para Joe, pero no había tenido apenas efecto en Peter. «Cuando funciona –dice Albert Singleton, director médico de Pueblo–, la diferencia entre la clozapina y otros fármacos es como la diferencia entre una aspirina de Bayer y la oxicodona».

Mientras tuvo un coche para conducir, Matt ocupaba el día haciendo recados para sus amigos. De ese modo se sentía útil, y lo era. Durante años, estuvo acudiendo como voluntario a un comedor para veteranos sin techo; muchas de las personas a las que servía allí eran sus amigos. El Departamento Federal de Veteranos le envió una carta de agradecimiento por sus servicios en una ocasión. «Esa pequeña responsabilidad suya con otra gente lo mantiene en pie –observó una vez su hermano Michael–. Bueno, creo que es algo que nos pasa a todos».

Incluso con un fármaco mejor, Matt aún podía caer en unas largas lloreras llenas de autocompasión en las que aireaba los agravios que había sufrido por parte de todos los miembros de la familia y también del Gobierno. En sus sesiones mensuales en el Centro de Salud Mental

de Pikes Peak, en Colorado Springs, se esforzaba cuanto podía para convencer a los doctores de que ya no necesitaba la medicación. Y todos los meses salía de allí decepcionado. No obstante, al contrario que Peter, que dejaba de tomar la medicación sin más, la reacción fundamental de Matt era quejarse, convencido de que el mundo entero conspiraba contra él y de que su familia lo había abandonado. Solo volvía a perder un poco el contacto con la realidad en sus momentos de mayor furia, que era cuando él se convencía de que su tratamiento médico no solo no era necesario, sino que además era la causa de una buena cantidad de sucesos que se producían en el mundo.

–Cuanto más me mediquen, más gente acabará muriendo –dijo Matt una vez–. Si habéis visto algo en las noticias últimamente, por ejemplo, cuatrocientas ochenta personas han muerto en cuatro accidentes distintos de avión. Ocho mil personas murieron en un terremoto en el Himalaya; ciento cincuenta hombres han sido abatidos a tiros en Nigeria; veintidós personas muertas en una iglesia; veintidós muertos en un accidente de avión. Dejad de medicarme, o estas cosas continuarán ocurriendo.

–¡Yo soy el profeta del que tanto habéis oído hablar!

En noviembre de 1985, a Peter Galvin –de veinticinco años y flaco como un palo, su corpulencia de los tiempos del hockey ya era cosa del pasado– lo vieron rezando en medio de una calle del centro de Colorado Springs. Unos días más tarde, la policía se topó con él, pero esta vez estaba alterado y hostil. Cuando le dijeron que lo más probable era que fuese camino del hospital público, Peter perdió la calma y amenazó con enfrentarse a quien tratara de llevárselo. Cuando se le acercó uno de los policías, Peter le dijo que le iba a arrancar la arteria carótida. Después lo atacó.

Este sería el octavo ingreso de Peter en Pueblo. Llegó muy furioso y se negó a comer cuando fue su hora. Mientras estaba en observación, sus contradicciones se hicieron muy conocidas entre el personal médico: «Es interesante ver cómo se comporta. Te dice que se va a tomar su medicación, pero, cuando le recuerdas que hace poco se ha negado a hacerlo, te dice: “Tienes razón, lo he hecho”, como si esta incoherencia no significase nada para él», escribió un psiquiatra.

Los médicos de Pueblo decidieron enviar a Peter ante el tribunal en cuanto se estabilizara, para enfrentarse a la acusación de asalto. Hasta ese momento, lo dejaron alojado en CARES House, la residencia supervisada de donde lo echaron unos años antes. Peter intentaba escapar, y saltó por la misma ventana cuatro veces en cuatro días para acudir a Hidden Valley Road. Mimi lo subía en el coche cada vez y lo llevaba de vuelta… para verlo entrar de nuevo tan tranquilo por esa misma puerta al día siguiente.

Después de pasar años poniendo en duda su diagnóstico, los médicos por fin habían comenzado a recetarle litio sobre la base de la teoría de que sus síntomas estaban más en línea con el trastorno bipolar. Pero el litio solo funciona si te lo tomas. A Mimi y a Don ya les costaba horrores actuar de árbitros en los choques de Peter con Donald. Ahora, Peter también se negaba a tomarse el litio y el Prolixin, y, según dice una comunicación de Mimi que figura en un informe médico, «no come ni bebe, se queda en la cama, no habla, mira fijamente a los miembros de la familia y no responde a ningún estímulo, con arrebatos de ira ocasionales». Su conclusión: «La madre tiene la sensación de que Peter está tratando de morirse de hambre y tiene tendencias suicidas […]. Además, hacia Halloween, su conducta se volvió tan explosiva como para llegar a ponerse violento con un hermano mayor», que sería Donald, el único hermano que aún vivía en casa. «La familia percibe la amenaza de esto como algo inminente, a cada minuto del día, y la madre tiene "un miedo espantoso a lo que pueda pasar"».

Los médicos trabajaban con el supuesto –o quizá el deseo– de que en alguna parte podía existir la combinación perfecta de fármacos que fuese de ayuda para traer a Peter de nuevo a un punto de partida manejable. En una reunión en Pueblo, Mimi opinó que a Peter le iba mejor con una combinación de litio y Prolixin, pero Don dijo que a él le preocupaban unos temblores que Peter parecía sufrir cuando se tomaba el Prolixin. Los médicos sugirieron que Peter probara a tomar otro fármaco para el trastorno bipolar llamado Tegretol además del litio. Peter accedió, pero en opinión de los doctores aún parecía irritable e incluso paranoico.

Peter le dijo al psiquiatra del hospital que quería escribir un libro sobre su vida. Le contó que se iba a marchar al Tíbet a estudiar artes marciales, que había sido crucificado y había resucitado, y que estaba cubierto de la sangre de Cristo. En ocasiones se ponía a cantar. «Estoy curado. Estoy bien», dijo en mayo de 1986, de nuevo en Pueblo por novena vez. «El sacerdote me ha ungido y me ha sanado todo el cuerpo […]. Creo que cuando te ungen con aceite, eso es motivo para el arrepentimiento y quedas curado sin medicación».

Dos meses más tarde, en el mes de julio, entró en la sala para una entrevista con una Biblia en la mano y alardeando de haber convertido al cristianismo a varios de sus compañeros pacientes la noche previa, pero también dijo ser consciente de que tenía una enfermedad y que sabía que el objetivo del litio era evitar que él se pusiera «tan revolucionado, por trabajar veinticuatro horas al día, igual que me pasaba cuando tenía tres empleos a la vez». Sin el litio, dijo, «me bombea la sangre rapidísimo».

Fue más o menos en esta época cuando Peter acudió a una evaluación en la que soltó algo nuevo sobre él, algo de lo que no había hablado hasta entonces. Comenzó tan irreverente como de costumbre. Cuando le preguntaron por su estado civil, dijo: «Me divorcié de los Estados Unidos». A la pregunta sobre si tenía alguna formación vocacional, dijo: «Estoy en la Federación», un guiño al antiguo puesto que ocupaba su padre. Cuando le preguntaron si tenía alguna alergia, citó el litio y el Prolixin.

Entonces llegaron algunas de las típicas preguntas de salud mental.

¿Has estado oyendo voces?

–Voces de Dios. Me dice que obedezca los mandamientos y que nos amemos los unos a los otros.

¿Has tenido pensamientos suicidas?

–Sí, porque como agarre un cuchillo o una cuchara, me los trago. Una vez me tomé un bote de litio entero.

¿Has hecho daño a alguien alguna vez?

–Sí, a gente de todo tipo.

¿Alguna vez has participado en abusos sexuales o físicos?

–Sí –dijo Peter–. Cuando era pequeño, mi hermano abusó de mí,

pero no te voy a decir cuál de ellos.

*

Los hermanos que no habían enfermado habían estado haciendo cuanto podían con tal de seguir adelante con su vida, con diversos grados de éxito.

Cuando John, el entregado estudiante de música clásica, se marchó a vivir a Boise, en Idaho, en la década de los setenta, pensó que era un lugar que no destacaba en absoluto, en medio de la nada. Entonces salió a pescar con mosca por primera vez, y se percató de que no tenía a nadie que se lo impidiera. En ese momento supo que había encontrado su nuevo hogar. En este sentido, John era la encarnación de la doble naturaleza de la familia Galvin: amantes de las actividades al aire libre, pero también llamados al estudio; en buena forma física y competentes, pero atraídos por la vida intelectual. Era el único hermano que había sacado partido en la práctica de aquellas clases de piano de la infancia y tenía una nómina estable enseñando música a escolares de primaria. Era muy poco frecuente que viajara a Colorado con su mujer, Nancy –también profesora de música–, de visita a casa porque, según decía John, suponían un gasto excesivo para una familia de maestros de escuela.

Ahora bien, también era más cómodo no ir de visita. Lo que les estaba sucediendo a sus hermanos tenía aterrorizados a John y a Nancy, y cada viaje de regreso a Colorado no hacía sino justificar aquellos temores. En una ocasión, dejaron a sus dos hijos pequeños en Hidden Valley Road para que se los cuidaran durante unas pocas horas, y al regresar se encontraron con las luces de los coches de policía en la entrada de la casa. Se había producido otro arrebato entre los hermanos enfermos, y Mimi se había llevado a los hijos de John y Nancy y los había metido en un vestidor hasta que llegara la policía. Los niños estaban perfectamente, pero la visitas de John y Nancy se fueron haciendo menos frecuentes, y ya nunca volvieron a quedarse a dormir en Hidden Valley Road.

Para algunos de sus hermanos y hermanas, era como si John hubiese abandonado prácticamente a la familia, pero la verdad tal y

como John la veía era que él se sentía distanciado de ellos, como si aquella enfermedad tan desagradable le hubiese robado la posibilidad de tener una familia. Cuando llegó el momento de contarles a sus propios hijos que tenían media docena de tíos enfermos mentales –y que podría haber una herencia genética en la familia que llegara a afectarles algún día– John y Nancy no les dijeron nada. Los hermanos enfermos de la familia Galvin jamás eran tema de conversación en su casa, y sus hijos no sabrían demasiado sobre aquella enfermedad en la familia hasta cumplidos los veinte.

Michael, antiguo residente de la Granja, se había buscado la vida en Manitou Springs, una localidad muy próxima a Colorado Springs donde los *hippies* eran bien recibidos. Se casó y tuvo dos hijas, y después se divorció. Vivía de esto y de aquello, ayudando a cuidar a personas mayores, realizando trabajos de manitas en casas, algún concierto de guitarra clásica de vez en cuando. Seguía mostrándose escéptico ante los tratamientos de la medicina convencional para sus hermanos: aún le dolía el diagnóstico erróneo que le habían hecho años atrás y seguía desconfiando de cualquier impulso conformista, no dejaba de pensar, esperanzado, que sus hermanos enfermos tenían la capacidad de salir de aquello.

Richard, el rehabilitado trapisondista de la adolescencia, tenía más del abuelo de su madre, el abuelo Kenyon, que los demás: gallito, inquieto e impulsivo. Todo aquello era una fachada, por supuesto: la muerte de Brian le había hecho preguntarse si tan solo era cuestión de tiempo que él también enloqueciera. «Aquello me tenía acojonado –dice–. Durante veinte años, me dediqué a mantenerme anestesiado con la esperanza de que no llegara a suceder. Aparté a mi familia». Su boda adolescente, motivada por un embarazo, dio lugar a un matrimonio que no duró mucho, y Richard se esforzó por mantener los vínculos con su hijo tras el divorcio, pero también se pasó gran parte de todos aquellos años, antes de cumplir los treinta, yendo de juerga, tocando el piano en clubes locales de jazz por las noches y compartiendo su cocaína con sus hermanos más pequeños y sus hermanas cuando estos se lo pedían. Cada vez más, evitaba pasar por Hidden Valley Road, y le ponían al tanto de las últimas crisis cuando

se dejaba caer por Acción de Gracias o por Navidad. «Escuchaba aquellas historias tan horrendas… "Dios mío, no te vas a creer lo último que ha hecho Donald", o lo que acaba de hacer Jim, o lo que habían hecho Matthew, Peter o Joseph».

A los veintipocos años, Richard fue contratado por una compañía minera relacionada –indirectamente, al menos– con las familias Koch y Hunt del negocio del petróleo. Se pasó muchos años trabajándose aquellas relaciones para conseguir diferentes empleos y conseguir inversores para proyectos de minería por todo el mundo. Richard nunca quiso que los problemas de su familia empañaran sus perspectivas profesionales, así que mantuvo las distancias. Solo muy de vez en cuando se enteraba de lo que estaba pasando con sus hermanos. En 1981, cuando dispararon a Ronald Reagan, resultó que Richard conocía a un pariente cercano de John Hinckley Jr. Se enteró de que el FBI había ido a por la familia de Hinckley para recabar información y hacer preguntas. A Richard se le metió aquello en la cabeza antes de que tuviese oportunidad de impedirlo: ¿cuánto tiempo iban a tardar en llamar también a su puerta?

A mediados de los ochenta –cuenta Richard–, compró una mina que quedó bajo el control del programa federal Superfund de limpieza de residuos tóxicos justo después de que él se hiciera con ella. El litigio con el anterior propietario duró dos décadas, y su resolución le costó a Richard tres millones de dólares; lo que vino después fue una declaración de insolvencia. Mientras tanto, él continuaba metido en otros negocios y alardeando de su éxito delante de sus hermanos. Cuando llegaron los investigadores genéticos para examinar a la familia, Richard hizo lo mínimo: ofreció muestras de sangre y se sentó para mantener una entrevista, pero a continuación se mantuvo al margen de los esfuerzos médicos. Veía a solas a su madre y se presentaba ante ella como una agradable distracción: una visita entretenida que le podía quitar de la cabeza a Mimi todos sus problemas. Tanto para su sorpresa como para la del resto, descubrió que disfrutaba de una relación bastante cariñosa con Mimi después de tantos años de verla del mismo modo que sus hermanos, como la mujer que imponía disciplina con mano dura.

Mark, el octavo hijo, ya de pequeño daba la impresión de ser el más inteligente de los chicos, capaz de ganar a sus hermanos mayores al ajedrez con solo diez años. De niño era el pacificador de la familia, el que intentaba separarlos cuando se peleaban. «Creo que yo era algo así como el angelito de mamá», dijo una vez. «A lo mejor era menos dura conmigo que con todos mis hermanos. Era incapaz de hacer nada malo». No obstante, la pérdida de tantos de sus hermanos le afectó profundamente. Abandonó la universidad en Boulder, se casó, tuvo tres hijos y jamás regresó a la facultad. Se divorció y se volvió a casar, y terminó encontrando un trabajo estable como encargado de la librería de la Universidad de Colorado. «Yo creo que decidió que se tenía que quitar de encima toda aquella presión y llevar una vida sencilla», dice Lindsay. «Esa fue su solución».

Mark mantuvo un contacto estrecho con sus hermanas y con sus padres, y tenía tendencia a pasar por momentos de un fuerte sentimentalismo, se echaba a llorar con frecuencia cuando pensaba en los tiempos de la infancia. Tal vez él no desarrollara la enfermedad de la familia, pero sí que lo había dejado solo, en esencia: Joe, Matt y Peter eran sus compañeros de equipo, con los que pasaba todas y cada una de las horas del día cuando era un crío. Eran los hermanos del hockey, y los demás miembros de la familia habían sido poco más que una especie de actores secundarios. Cuando ellos tres sufrieron sus brotes psicóticos, uno detrás de otro, fue como si las tres personas más importantes del mundo para Mark hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

El patriarca de la familia Galvin ya superaba los sesenta años, y además había envejecido de manera considerable por su derrame y por otros problemas de salud más recientes. En los años ochenta, Don recibió su primer diagnóstico de cáncer: un carcinoma del tamaño de una moneda de cinco centavos en lo alto de la cabeza. El cáncer se extendió, y recibió tres tratamientos a lo largo de los siguientes quince años, incluida una disección en el pecho para extraer tejido canceroso de cuarenta y cinco nódulos linfáticos, una operación de próstata y una extirpación de pólipos en el colon. En los noventa se medicaba la hipertensión, y, a partir de ahí, la insuficiencia cardíaca estaría casi a

la vuelta de la esquina.

Lejos quedaban ya los días de sus viajes por el mundo con el ejército y de defender el país con el NORAD, de ir en avión a encuentros y celebraciones con políticos con la Federación de Estados de las Rocosas. Don se pasaba ya todo el día en casa, coleccionando mapas de Alaska y sentado durante horas planificando expediciones para buscar azores con sus viejos amigos de la cetrería. Aquellos planes eran fantasías suyas: Don tenía los tobillos demasiado hinchados, el corazón demasiado fatigado, la cabeza demasiado vulnerable como para hacer semejante viaje, pero Don hablaba por teléfono con aquellos amigos y les escribía postales y cartas aferrado a la idea de la cetrería como una referencia simbólica del hombre que había sido, imaginándose rodeado de los reyes, los ornitólogos y naturalistas que habían convertido el adiestramiento de un ave rapaz en un arte sublime. Sin aquello, es posible que Don no tuviera nada en absoluto.

No solo era que todo cuanto había construido Don en su vida –su erudición académica, su rango militar, sus conocimientos– pareciese no significar nada ahora: si antes observaba a sus hijos después de un largo día de trabajo y se sentía parte de algo importante, el orgulloso líder de una tribu legendaria, ahora sin embargo ya solo podía limitarse a contemplar con asombro la magnitud de lo sucedido. Don iba pasando los álbumes de fotos con sus visitas, sonreía, señalaba retratos de un hijo enfermo tras otro y mencionaba con sarcasmo la cantidad que recibía todos los meses en ayudas de la administración: «A este le dan cuatrocientos noventa y tres dólares, pero a este le dan seiscientos noventa y seis…».

Lindsay a veces se preguntaba si su padre estaba decepcionado con todos ellos, si tenía la sensación de que incluso los seis que habían escapado de la enfermedad le habían fallado de alguna manera. En un momento u otro, John, Michael, Richard, Mark, Margaret y Lindsay estuvieron convencidos de que jamás llegarían a igualar al hombre que su padre fue antaño. Todos sintieron esas mismas expectativas, y todos ellos pensaron que no habían estado a la altura.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 29

Las hermanas Galvin estaban juntas en Boulder, charlando sentadas una noche, cuando Lindsay por fin sacó el tema. Aquello suponía un riesgo, en su opinión. Aún recordaba la otra ocasión en que se lo había mencionado a su hermana, la manera de Margaret de cerrarse en banda.

Esta vez fue distinto. Esta vez Margaret le dijo:

–¿A ti también?

Margaret no recordaba que Lindsay le hubiese preguntado jamás por Jim. Hasta ese punto estaba ella decidida a vivir como si aquello no hubiera sucedido en absoluto. Ahora, sin embargo, las dos estaban listas. Pusieron en común los detalles de lo que había hecho Jim: unos traumas paralelos que se producían sin que la otra lo supiese. Al principio se sorprendieron de lo similares que habían sido sus experiencias, como quien se percata de la presencia de un gemelo que, aunque no sabe muy bien cómo, ha estado a su lado todo el tiempo.

Las dos sentían un cierto agotamiento: estaban llenas de temor e incluso de remordimientos por haber dicho una sola palabra. Hablar de ello lo convertía en algo aún más real.

Con el tiempo, eso también dio paso a un alivio sencillo y agradecido: el simple hecho de saber que había otra persona que sabía de lo que estaban hablando y comprendía la profundidad de aquel dolor. El hecho de que perteneciesen a la misma familia y entendieran del mismo modo lo sucedido suponía un pequeño e inusual golpe de suerte para las dos. Tras años de evitarse en primera instancia la una a la otra y después de andar de puntillas la una alrededor de la otra por no querer reventarle la burbuja a la otra, Lindsay y Margaret descubrieron que por fin eran capaces de ofrecerse un consuelo mutuo.

Durante años, las hermanas hablaron sobre todo ello. «¿Te acuerdas de eso?», «¿De verdad pasó eso?», «¿Recuerdas aquella noche?». Cocinaban juntas, hacían deporte juntas e iban deconstruyendo juntas

su infancia. Este fue el período en el que estuvieron más unidas, en el vínculo de aquella misión para entender lo que les había sucedido.

Se hicieron la promesa mutua de que si alguna de ellas sentía el más mínimo impulso suicida, llamaría a la otra.

Lindsay habló a Margaret sobre la ayuda que estaba recibiendo ahora, que habló con Tim y que este habló con Nancy Gary, que la ayudó a encontrar la terapeuta apropiada. Margaret la escuchaba con atención. Lindsay le recomendó un libro, *El coraje de sanar*. Margaret le prometió que lo leería.

El matrimonio de Margaret con Chris había durado apenas un año. Se fueron de luna de miel a Grecia y después a El Cairo, donde contaron con un guía particular que había contratado el padre de Chris, el ejecutivo del petróleo. Poco después de que llegaran a casa, Margaret descubrió que estaba embarazada. No lo había buscado, y, ahora que había sucedido, no sabía muy bien qué pensar. Cuando Chris le exigió que abortara –y amenazó con abandonarla a ella y también al bebé si no lo hacía–, Margaret ya había comenzado a tener bastante claro que no pintaban nada casados el uno con el otro.

Se sometió a aquella intervención, pero el matrimonio acabó de forma abrupta cuando Chris presentó una demanda de divorcio… nueve meses después de que ella se hubiera dado cuenta de que se había quedado embarazada, una curiosa coincidencia temporal que no se le pasó por alto a Margaret. Se mudó de nuevo a Boulder, a vivir cerca de su hermana y tratar de terminar la carrera universitaria y empezar de cero. Se sacó su título en 1986, pero no antes de iniciar otra relación complicada, esta vez con un escalador que traficaba con setas, un tipo fibroso, de anchas espaldas y con unos ojos azules que te atravesaban con la mirada, un hombre que hacía pan todas las mañanas antes de marcharse a Eldorado Canyon a pasar el día. En algún momento después de su graduación, Margaret se libró de aquel novio. Hasta nunca, le dijo el tipo; en lo que a él se refería, las dos hermanas Galvin eran unas aguafiestas.

> La luna debe de estar en Escorpio […]. Desesperada, intento sentirme mejor, y la desesperación me está matando. Vivo en una anestesia emocional, y mis reacciones a las distintas situaciones no han sido las mejores. Tal vez sea

porque no he reaccionado lo suficiente. No lo sé.

Diario de Margaret, 23 de abril de 1986

Margaret buscó una consulta externa de rehabilitación, donde acudía una vez a la semana para ver a un orientador. En lugar de fumar hierba todas las mañanas, salía a correr por las cuestas de Flagstaff Mountain. Encontró un empleo en una tienda de pequeños objetos decorativos en el Pearl Street Mall, comenzó a hacer yoga y meditaba sobre nuevas formas de pensamiento, frases como «adentrarse en la tersura de mi ser». Era como trabar una nueva amistad, pensaba ella en ocasiones.

No obstante, al contrario que su hermana, Margaret no tenía un verdadero deseo de hurgar en los problemas de su familia ni de buscar una terapia que profundizara más. Lo que deseaba era no ser dura consigo misma. Se marchó de acampada y a hacer *mountain bike* en el Moab, en Utah, cautivada por las inmensas rocas rojas del entorno. Recorrió pedaleando más de ciento sesenta kilómetros a lo largo de la senda del White Rim dentro del parque nacional de las Canyonlands: cuatro días y tres noches. El *Almanaque de nutrición* se convirtió en su nueva Biblia, hacía prácticamente toda la compra en Alfalfa's, la única tienda de alimentación saludable que había en Colorado en aquellos tiempos. Lentamente, se fue sintiendo capaz de observar con detenimiento algunas de las cosas de las que había estado huyendo durante años. El dolor de afrontar el fracaso de su matrimonio, los años de abusos sexuales ejercidos por Jim. Los asuntos que tenía sin resolver con toda la familia.

Lindsay y ella comenzaron a compartir una casa nueva, un piso cuyo alquiler pagaban a medias. «Somos muy afortunadas de tenernos la una a la otra –escribió Margaret en su diario en 1987–, y tenemos que recordarlo siempre». Wylie vino a verla a Colorado. Él era estable, lo conocía antes de casarse y era el más apropiado para ella. Estaba trabajando en el parqué de la Bolsa Mercantil de Chicago. Él quería estar con ella, siempre lo había deseado.

Margaret seguía temiendo que estar con Wylie significara mostrarse sincera sobre sí misma. «Él es genial –escribió en su diario–, pero me apabulla con lo de abrirme y hace que me retraiga».

Margaret se enfrentó a Jim unos pocos años después de que lo hiciera Lindsay. Si Lindsay lo había hecho en persona, aunque de un modo un tanto sobre la marcha, Margaret lo hizo por teléfono, a una distancia lo bastante segura para ella.

Jim lo negó todo, igual que había hecho con Lindsay, y, cuando Margaret se abrió con su madre y le habló de Jim, Mimi reaccionó del mismo modo que con Lindsay: le habló sobre su propia experiencia con su padrastro y le otorgó a Jim un cierto beneficio de la duda porque estaba enfermo.

Margaret estaba tan enfadada que apenas fue capaz de hacer nada durante días. Ahora se veía en el alambre y a una gran altura; se podía caer hacia un lado u otro. Si se mantenía con aquel miedo, apenada y avergonzada de su familia, pensaba que tal vez no conseguiría salir viva, pero tampoco estaba segura de ninguna otra posibilidad.

Wylie estaba allí ahora para respaldarla. Margaret necesitaba a su lado a alguien de su confianza mientras ella recalibraba lo que significaban para ella el sexo y la intimidad. Vivieron juntos en Chicago durante unos años y regresaron también juntos a Boulder. Se casaron en 1993 y formaron una familia mientras ella continuaba buscando una manera de seguir adelante.

Encontró una terapeuta cuyo contacto le había ofrecido la terapeuta de Lindsay, y esto lo complementó con incontables regímenes nutricionales y de ejercicio y ciertas formas poco tradicionales de terapia, esto último una suerte de especialidad en Boulder. Practicaba la arteterapia con un maestro muy valorado de la Universidad de Naropa y la meditación con un instructor budista. Se instruyó en el Proceso Hoffman, una especie de retiro a modo de amalgama de misticismo oriental, Gestalt y terapias de grupo donde Margaret se entregaba a la visualización creativa: convertir su caos en un dragón y después tratar de matarlo. Durante unos años, halló consuelo en el *brainspotting,* una terapia vanguardista sobre los traumas que se concentraba en controlar los movimientos de tus ojos en medio de una visualización creativa. El *brainspotting* era un derivado de la terapia más conocida de la desensibilización y reprocesamiento por movimientos oculares (o EMDR) que pretende ayudar al paciente a

revivir los sucesos traumáticos, pero esta vez con una sensación de control y de seguridad («se está nutriendo la niña cuyo recuerdo estamos activando», decía su terapeuta, Mary Hartnett). En las sesiones de seguimiento de la dirección y el objetivo concreto de sus visualizaciones, Margaret fue recorriendo el catálogo entero de recuerdos traumáticos, comenzando por los elementos de menor tamaño: Jim rajándole los neumáticos al coche de Lindsay antes de que Margaret se casara. Donald desnudo y tirado en el suelo de la casa vacía después de haber trasladado todos los muebles al jardín; Matt completamente desnudo en casa de los Gary. De manera gradual, y con la orientación de su terapeuta, se fue abriendo paso hasta los grandes traumas: los abusos sexuales de Jim, el asesinato-suicidio de Brian.

Durante las sesiones, había veces en que Margaret se tiraba una hora y media entre lágrimas, llorando la pérdida de la vida que podía haber tenido si todos ellos hubieran sido personas normales. Entonces se iba directa a la cama y dormía toda la noche de un tirón.

Al replantearse su vida, Margaret no dejaba de regresar una y otra vez a la figura de su madre: ¿por qué había tenido Mimi tantos hijos? ¿Por qué protegía a los enfermos a expensas de los sanos? ¿Por qué expuso a sus hijas al peligro al enviarlas los fines de semana a quedarse con Jim, del que sabía que estaba loco? Poco a poco, hizo cuanto pudo con tal de ver a su madre de un modo distinto. Comenzó a pensar que Mimi no había sido capaz de ver los abusos sexuales que se estaban produciendo delante de sus narices porque ella, Mimi, nunca había llegado a reconocer los abusos que había sufrido ella misma. ¿Podía aquello haber sido también la razón de que Mimi hubiera continuado teniendo un hijo después de otro y después de otro, sin sentido de los límites, de la medida ni de la proporción? Su madre había estado atiborrándose de familia, huyendo del pasado e intentando construir algo ideal. Algo impecable.

Por primera vez en mucho tiempo –tal vez en toda su vida–, Margaret sintió una afinidad con su madre, como una superviviente. Estaba cada vez más cerca de la sanación, pero, salvo con su hermana, Margaret necesitaba mantener las distancias con su familia para

terminar de conseguirlo.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 30

Lindsay acudió a la cárcel de Boulder y observó a su hermano con detenimiento y atención. Peter tenía treinta y un años, pero aún podía pasar por un universitario de Colorado, con su tez rubicunda y su vestuario a lo Eddie Bauer: abrigo de plumas, calcetines de lana y botas de senderismo. En muchos sentidos, era el mismo espíritu rebelde que había sido de niño: brillante, charlatán, encantador y siempre metido en algún lío, peleándose con sus padres, yendo y viniendo como una pelota de *ping-pong* entre Hidden Valley Road y el hospital. Sin embargo, este patrón se estaba intensificando, y Peter parecía perdido, incapaz ya de moderarse ni siquiera un poco, y Lindsay por fin se sentía en un punto de su vida desde el que sí podría ayudarlo, tal vez.

En casa con Don y Mimi, Peter saltaba por los aires en arrebatos de ira, y en una ocasión hizo añicos la mayor parte de las ventanas de la casa. En una estancia en el hospital Penrose –donde, al aparecer el síndrome de abstinencia del alcohol, comenzó a sentir que unos bichos le corrían por la piel y veía gusanos que le caían en la boca desde el techo– le abrieron un expediente por «una conducta sexualmente inapropiada con las enfermeras de la sala» y por tratar de atacar a una de ellas, incluso. Fuera de allí, Peter vivía en la calle o en casa de algún conocido. Una vez, después de ser detenido por apuntar con una luz a los ojos de los conductores que pasaban por delante de él, en el arcén de una carretera, anunció que era un piloto y que tenía que rescatar a la ciudad. En sus momentos más fantasiosos, daba su palabra de que dirigiría la Federación de Estados de las Rocosas exactamente igual que hizo su padre, y que iba a recuperar aquel trono para la familia.

Se encontraba ingresado en el Hospital Estatal de Pueblo por orden judicial cuando decidió marcharse de allí y hacer autostop para ir a ver a sus hermanas pequeñas, y así fue como apareció en Boulder. Y se metió en líos en cuanto llegó allí. El 18 de mayo de 1991, localizaron

a Peter robando un paquete de cigarrillos en un 7-Eleven. Cuando un empleado de la tienda quiso echarlo de allí, Peter se sentó delante de la entrada y se negó a moverse. Llegaron dos agentes de policía y, cuando uno de ellos le preguntó su nombre y su fecha de nacimiento, Peter respondió «1851» antes de intentar escapar. Cuando los agentes trataron de impedírselo, a Peter le entró el pánico y soltó varios puñetazos que impactaron en la cara de ambos agentes. Más tarde, diría que tan solo trataba de quitárselos de encima, pero la policía lo esposó y lo acusó de un asalto en segundo grado a un agente de la ley.

Tras la visita de Lindsay a Peter en la cárcel, el juez lo trasladó a Pueblo, y de nuevo a la cárcel en septiembre con la recomendación de que lo declarasen incapacitado y de que no siguiera adelante el procedimiento penal. Lindsay aprovechó la oportunidad: sacó a Peter bajo fianza y se lo llevó a casa. Tenía un plan. Pensó que el apoyo de alguno de sus hermanos sumado a la terapia podría servir de ayuda para normalizar a Peter, sacarlo de aquella puerta giratoria suya entre Hidden Valley Road y Pueblo. Era el más joven de los hermanos Galvin, de manera que Lindsay imaginó que podría haber más esperanzas para él que para los demás, que tal vez él no estuviese tan perdido. Atrapado en aquellos laberintos institucionales desde los catorce años, a ojos de Lindsay su hermano era algo más que una víctima, tanto del sistema como de la familia Galvin.

Margaret, Peter y Lindsay, de visita en Hidden Valley Road

Lindsay habló con su madre. Esperaba que Mimi trataría de proteger su territorio, que se mostraría herida, desafiante, a la defensiva, pero la vio temerosa.

–Ay, Mary, es mejor que tú no cargues con eso.

–Tengo que intentarlo –dijo Lindsay–. A ver, si no lo intento, me voy a tirar toda la vida preguntándome qué habría pasado.

Lindsay llevaba siete años viendo a su terapeuta, Louise Silvern. Al salir de la universidad, comenzó a sacarle partido a su título de marketing en la estación de esquí de Eldora, colaborando en la organización de eventos como los campeonatos del mundo de esquí alpino. En cuestión de uno o dos años, se convirtió en directora comercial de la estación de esquí, montando y coordinando eventos corporativos en aquellas instalaciones. Conoció a su novio, Rick, cuando trabajaba en Eldora, y se casaría con él varios años después. Ya estaba preparada para mantener una relación más profunda y por fin se veía capaz de imaginar aquel tipo de vida para sí. En 1990, con apenas tres años de experiencia, Lindsay utilizó los contactos que había hecho en la estación de esquí para establecerse por su cuenta y montar un negocio de planificación de eventos corporativos. Es

posible que su mejor momento antes de los treinta fuese cuando se llevó a Don y a Mimi a comer y se encargó de la cuenta de manera subrepticia.

Era capaz de estar trabajando a todas horas sin que le fallasen las energías, pero nunca conseguía mantener durante mucho tiempo la sensación de éxito. Siempre había algo que se torcía un poco, algo que requería de algún ajuste. Finalmente, en las sesiones con su terapeuta, se dio cuenta de lo culpable que se sentía por aquel cruel accidente del destino del que ella se había librado, pero que había golpeado con fuerza a sus hermanos. Quería compensar aquel daño, equilibrar la situación, pero, por encima de todo, estaba tan contenta con lo útil que estaba siendo para ella la terapia que no podía evitar preguntarse si no sería lo mejor para sus hermanos que dejaran de enviarlos a Pueblo y ofrecerles el mismo tipo de ayuda que le había cambiado la vida a ella.

La nueva idea de Lindsay –mantener a sus hermanos fuera de Pueblo– recibió una avalancha de críticas por parte de su madre. Lindsay estaba convencida de que, a lo largo de toda su infancia, Mimi había utilizado la idea de Pueblo a modo de cachiporra para mantener a los chicos bajo control, para maniatarlos, infantilizarlos, mantenerlos prisioneros de sus peores defectos. Aun así, más que cualquier otra cosa y en lo referente a los tratamientos de sus hermanos, Lindsay era de una opinión bastante similar a la de Michael: estaba convencida de que allí faltaba alguna pieza del rompecabezas y de que nadie había ofrecido a los chicos en Hidden Valley Road lo que su terapeuta le había dado a ella: la oportunidad de contar su propia historia y recuperarse.

Ella creía que a sus hermanos no les había hecho ningún bien –incluso les había penalizado– una profesión que no parecía servir para mucho más que para administrarles fármacos. Por muy buenas que fuesen las intenciones de las recetas de los neurolépticos, para Lindsay aquellos fármacos no eran sino otro tipo de lobotomía: una manera de aparcar el alma de la gente. ¿Y si hubiera otra vía? ¿Y si hubiera alguien que les preguntara a sus hermanos qué pensaban ellos que necesitaban y que después escuchara la respuesta con atención?

En un sentido más amplio, Lindsay quería tener un nuevo papel en la familia. Ahora que la necesidad de evitar a Jim ya no la mantenía apartada, pensaba que el siguiente paso en su recuperación, en el proceso de toma de control de su vida, sería intentar regresar y ayudar a los que parecían haberse quedado atrás.

«¿Por qué no me tocó a mí?», pensaba Lindsay. «Estoy en deuda con él por no haberme tocado a mí».

Margaret no estaba en situación anímica de ayudar a Lindsay con su nuevo proyecto. Decía que la idea le parecía demasiado improvisada, una ocurrencia que no sabía muy bien hacia dónde iba. Tenía su parte de razón.

Pero lo cierto es que Margaret también tenía miedo. Ella tenía una edad más cercana a la de Peter que Lindsay. De niña, había sido objeto de muchas de las burlas, las provocaciones y el acoso de los cuatro hermanos jugadores de hockey, incluido Peter. ¿Y Peter se dedicaba ahora a romper ventanas y pegar a policías? La simple idea de estar cerca de él la hacía sentir vulnerable. Su reacción fue completamente opuesta a la de Lindsay: «Yo no quiero eso en mi vida. No lo puedo tener en mi vida. No quiero ni acercarme a eso».

Lindsay no podía comprender aquella reacción. Ella deseaba estar en el ojo del huracán, aunque una parte de su ser sufriese a causa de ello. Se moría por disfrutar de la oportunidad de reconfortar a sus padres, demostrarles lo mucho que se habían equivocado, lo mal que lo habían gestionado todo: ser la dueña de su destino de un modo en que jamás lo había sido de niña.

Si Margaret quería reconstruir la sensación de haber tenido una infancia normal, recuperar lo que había perdido, Lindsay estaba decidida a no volver a ser una niña jamás.

El estado nombró a Lindsay tutora legal de Peter: una buena cantidad de papeleos para una joven de veintiséis años con un trabajo a tiempo completo, pero ahora ya podía gestionar los cheques de las ayudas de Peter, organizar su terapia y solicitar un alojamiento federal de la Sección 8. Trabajó durante meses con la oficina del sheriff de Boulder para que se retiraran las acusaciones penales de Peter, que volvió a Pueblo en diciembre de 1991 durante seis meses y después regresó a

Boulder con la intención de quedarse allí bajo el cuidado de su hermana.

Lindsay llevaba a Peter a todas su citas, lo inició en la terapia en el campus de Boulder de la Universidad de Colorado, donde no le cobraban, y también lo presentó en el Centro de Salud Mental de Boulder, donde apostaban por complementar la medicación con terapia. Los dos hermanos asistían juntos a las sesiones, y Lindsay vio que a Peter parecía agradarle el disponer de un lugar donde se prestaba atención a sus sentimientos, donde se le hacía sentir que era valioso y que se merecía la comprensión de los demás por todo cuanto había soportado.

Lindsay aprendió más sobre la situación de su hermano. Si bien la mayoría de los pacientes bipolares o esquizofrénicos terminan rindiéndose y sometiéndose al sistema, Peter jamás dejaba de combatirlo. Eso no fue tanta sorpresa para ella, pero sí le resultó interesante el motivo. Los médicos de Peter decían que son muchos los pacientes que despotrican cuando se les obliga a hacer algo, pero Peter se encontraba entre los poquísimos que apuntaban a los inconvenientes sistémicos del núcleo de sus problemas, él alzaba la voz contra una estructura en la medicina que en su opinión le impedía ponerse mejor o, al menos, hacer lo que él se sentía con derecho a hacer. En consecuencia, se resistía aún más y terminaba quizá más enfermo de lo que estaría de otro modo.

Enterarse de esto le sirvió a Lindsay para sentirse más segura que nunca de que estaba haciendo lo correcto al acoger a Peter. Cuidando de él en Boulder, podía romper ese ciclo de resistencia y enfermedad y ayudarlo a recuperar una sensación de control sobre su propia vida. Peter y ella tenían ahora una misión en común, una forma de unirse y decir al unísono: «Nuestra familia importa. No nos barráis debajo de la alfombra. ¿Por qué no puede ser distinta la vida para nuestra familia?».

Rick, el novio de Lindsay, se llevaba a Peter a esquiar y a patinar sobre hielo, que era cuando se activaba su memoria muscular, y él se relajaba en su propio yo, como si su cuerpo reconectara de repente con todos aquellos años que había pasado jugando al hockey con sus

hermanos. «Es como si fuera un tío diferente –recuerda Rick–. Su tono de voz, su confianza. Su magia estaba en la pista de hielo». Eran momento felices y alentadores en los que Peter parecía tener la capacidad y la disposición de responder y recuperar así parte de la persona que había sido.

A Lindsay le parecía que Peter tenía unas ganas desesperadas de demostrar a todo el mundo, incluido a sí mismo, lo bien que podía estar, que no era un caso perdido, y Lindsay creía ver mejoras. Peter era un escandaloso, un impulsivo y un mandón, pero también era encantador y tenía muy buen humor. Y por lo general no tenía delirios. Reconocía la realidad. Era capaz de conservar un empleo sencillo.

Uno de los encargados del caso de Peter en Boulder observó que parecía empeñado en formar parte de la solución, consciente del sistema de salud mental a su alrededor y de las deficiencias de ese sistema, se le veía entregado con tal de ayudar a mejorarlo. Lindsay lo llevó a un encuentro de la CAMI, la Alianza de Colorado para los Enfermos Mentales, donde su hermano intervino de manera conmovedora al hablar sobre sus encontronazos con la policía y sobre la necesidad de una formación específica para sensibilizarlos al respecto de personas como él, para no mostrarse amenazadores al tratarlos, no provocarlos.

Lindsay creía que Peter veía que Margaret y ella habían podido sobrevivir bien a su infancia, y que ahora él empezaba a considerarse capaz de conseguirlo también.

Los períodos buenos como este duraban una temporada –un mes, tal vez más–, hasta que Peter se confiaba tanto que dejaba de tomarse sus medicinas. Entonces se quedaba despierto toda la noche, hablando muy rápido y sin apenas detenerse para respirar, dándole vueltas a las mismas viejas fantasías sobre que iba a dirigir la «Federación de papá». Cogía la bicicleta, subía a lo alto del Boulder Canyon y bajaba, y lo volvía a hacer otra vez, y otra, y otra. Todavía ansioso, recurría al alcohol, a la marihuana o a algo más fuerte con lo que automedicarse. Entonces se pasaba todo el día en el Pearl Street Mall, la principal vía peatonal de Boulder, donde se sentaba con la gente de la calle y se

ponía a tocar la flauta dulce, y también era frecuente que se trajera a sus nuevos amigos al apartamento de Lindsay, de fiesta.

Fue entonces cuando las fuerzas del orden volvieron a implicarse en su caso. En lugar de ir a Pueblo, iría a un hospital estatal en Denver llamado Fort Logan, hasta que se encontrara una vez más lo suficientemente bien para que Lindsay se lo llevara a casa.

Una noche en Pearl Street, Peter alzó la mirada de la flauta que estaba tocando y vio a un niño pequeño que lo estaba observando. Junto al crío había un hombre al que conocía. Peter sonrió.

–¡Hola, doctor Freedman!

A esas alturas, Robert Freedman conocía ya muy bien a la familia Galvin, después de haber estudiado la capacidad de filtrado sensorial de la mayoría de los hermanos en su laboratorio de Denver. Lo que no sabía era que Peter estaba en Boulder. Ahora que Peter había acabado en Fort Logan, Freedman se encargaría de tratarlo y de informar a Lindsay de cómo evolucionaba su hermano. Después de varias visitas, Lindsay comenzó a oír que el doctor Freedman utilizaba el término «quebradizo» para describir a Peter. Aquello significaba que cualquier cosa, por nimia que fuera –una noche de insomnio, saltarse una dosis–, podría provocarle otro brote psicótico.

Freedman le contó que aquello era resultado de años de no hacer las cosas como es debido, y no se refería solo al hecho de negarse a tomar la medicación, sino a que le recetaran la medicación incorrecta cuando en primer lugar le diagnosticaron la esquizofrenia, luego un trastorno psicoafectivo y, por último, un trastorno bipolar. Todo aquel concepto de la no conformidad –entendida como incumplimiento– parecía culpar al paciente, pero lo que resultaba especialmente doloroso para Lindsay era la sensación de que tal vez hubiera llegado tarde en ayuda de su hermano, que fuera posible que Peter ni siquiera hubiese estado recibiendo durante años la medicación correcta.

Todavía peor, cuando se fijaba en sus otros hermanos, Lindsay veía hasta qué punto la medicación supuestamente correcta también estaba convirtiéndolos en quebradizos: más frágiles, más retraídos, menos capaces de asimilar la más leve variación en sus rutinas. Terminó pensando que todos sus hermanos estaban condenados, sin importar lo

que hicieran o dejaran de hacer.

El experimento de Lindsay parecía condenado al fracaso. Nada que ella hiciese lograba mantener a Peter lejos de aquella puerta giratoria durante mucho tiempo. Freedman le advirtió que su hermano iba a continuar empeorando con el paso del tiempo, y que los mejores médicos para él no estaban en Fort Logan, sino en Pueblo.

Gracias a Freedman, Lindsay se enteró de que algunos investigadores creían que una predisposición genética a la esquizofrenia –una «vulnerabilidad», tal y como la llamaba Daniel Weinberger en su hipótesis del desarrollo– se podía desencadenar por medio de un factor de estrés del entorno. Era posible que no hubiese nada que Lindsay hubiera podido hacer para ayudar a Peter a enfrentarse a ese factor de estrés concreto, fuera lo que fuera.

No obstante, cuando Lindsay se puso a reflexionar acerca de aquella mezcla de lo biológico y lo ambiental, decidió que, dado que ella poseía la misma vulnerabilidad genética que sus hermanos, ella era la prueba viviente de que el entorno sí es relevante: después de pasar por su propio trauma, Lindsay recibió el tratamiento apropiado y jamás enfermó como sus hermanos. Su trauma fueron los abusos sexuales, pero cada hermano tenía el suyo propio: el de Donald fue que su mujer lo abandonara; el de Brian, romper con su novia; el de Joe, que su prometida lo dejara; el de Matt vino ocasionado por dos lesiones importantes en la cabeza (una del hockey, la otra cuando se estampó la cabeza contra el suelo del patio en una pelea con Joe).

Parecía bastante fácil saber cuál era el trauma de Peter: a los catorce años vio cómo su padre sufría un derrame cerebral; su primera hospitalización en el psiquiátrico se produjo unas semanas después de aquello. No obstante, había algo más. Ya que ahora tenían una relación mucho más íntima, Lindsay le preguntó a Peter si él había sufrido alguna vez los abusos sexuales por parte de Jim, igual que Margaret y ella. Peter le dijo que sí, aunque no se extendió más al respecto.

Lindsay no se sorprendió, precisamente. Parecía que Jim se había propasado con todos y cada uno de los críos que tenía a su alrededor…, pero ¿no era este trauma el mismo que el de Lindsay? De

golpe, tras años de esfuerzo, Lindsay volvía a preguntarse qué tenía ella –su química cerebral, sus genes, la intensidad con la que se había volcado en la terapia– que había evitado que terminara exactamente igual que Peter.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 31

Lindsay y Margaret nunca dejaban de asombrarse ante el hecho de que para tanta gente de fuera de Hidden Valley Road, su madre, ya muy mayor, parecía prácticamente una santa por la devoción que le profesaba a su familia. «A pesar de algún que otro achaque no parece dispuesta a permitir que esto la detenga», escribió un médico de Pueblo en 1987. «Su actitud es que debe seguir adelante y que las cosas ya se arreglarán de alguna manera».

En sus visitas a los médicos de Pueblo, a las consultas externas del Centro de Salud Mental de Pikes Peak, al Hospital Penrose o las instalaciones de CARES donde sus hijos ingresaban en ocasiones, Mimi jamás dejaba de causar buena impresión ni de entretener a los médicos con sus historias sobre la ópera y Georgia O'Keeffe o sobre su abuelo y Pancho Villa. «Era siempre encantadora», recuerda Honie B. Crandall, una psiquiatra que, como directora médica de Pikes Peak, trató prácticamente a todos los hermanos Galvin en un momento u otro. «Nunca la vi perder el control, ni ser desagradable, pero siempre te decía: "Tienes que dejarlo todo ahora mismo y venir a hacer esto. Ven y ocúpate de esto"». Mimi volvía a ser la guerrera feliz, pero la guerra había cambiado ya.

Sola con sus hijos enfermos, el aguante de Mimi era un poco menor de lo que cabría pensar para alguien de fuera. La falta de higiene de Matt la sacaba de quicio, se la llevaban los demonios con la insolencia de Peter y se metía con Joe por el peso tan excesivo que había cogido. Tenía un poquito más de paciencia con Donald, que seguía siendo el hijo con el que tenía un vínculo más estrecho. Tras muchos años tratando de vivir en una residencia, Donald se había rendido y había regresado a Hidden Valley Road, al parecer para siempre. «No podía tolerar estar con otros enfermos», explicaba Mimi, no su hijo, tan excepcional. Ahora, Donald tenía un temblor en las manos: los médicos le diagnosticaron una discinesia tardía, un efecto secundario común de los fármacos antipsicóticos que provoca movimientos

espasmódicos y agarrotados involuntarios. La explicación que daba Donald a aquellos temblores era que los tenía porque su padre «nos obligaba a ponernos firmes porque quería que fuésemos médicos».

Gran parte de lo que decía Donald en un día cualquiera seguía sin estar vinculado de manera inteligible a la realidad, pero con la ayuda de esos mismos medicamentos que lo estaban ralentizando, Donald tenía también períodos de lucidez. En un día bueno, Mimi y él salían a observar a los pájaros, y Donald se animaba un poco más cuando veía algo: «¡Mira, un colirrojo!», o: «¡Allí, un águila…!», y entonces recordaba cuando salía con su padre a soltar a los halcones para que volasen. Mimi se lo llevaba a todas las visitas que hacía a otros parientes: era su acompañante para toda la jornada, que solía quedarse sentado en silencio junto a su madre hasta que llegaba la hora de irse. Aun así, con el paso de los años, Mimi comenzó a hartarse del lado más escandaloso de Donald. Tenía que esconder los álbumes de fotos de la familia para impedir que Donald les quitara las páginas y las rompiese. Hizo añicos una figura grande de san José que llevaba años sobre la chimenea de Mimi. En una ocasión en que acompañó a su madre al banco, le dijo a un cajero que quería abrir una cuenta y cambiarse el nombre. No obstante, Donald no salía de su cuarto la mayor parte de los días. Incluso en Navidad, saludaba a todo el mundo con un abrazo y se retiraba a un escondite. Una de las nietas de Mimi lo encontró una vez, cuando tenía unos cinco años: «Mimi –muchos de sus nietos, adorables, la llamaban por su nombre siguiendo el ejemplo de Margaret y Lindsay–, Donald está sentado dentro del vestidor».

Aun en aquellos momentos, Mimi seguía sintiendo lástima por Donald. «Las vacaciones son extremadamente duras –decía–. Todo el mundo se junta y comenta adónde van, a qué se dedican y cuántos hijos tienen, etcétera. Es una época muy dura». Y duro era también para ella que le recordaran todo cuanto había deseado con esperanza para él. Cuando miraba a Donald, Mimi solía referirse al niño que era antes de enfermar. «La gente decía: “Ay, qué modales tan maravillosos tiene”. Si ellos supieran».

En sus conversaciones, Mimi comenzó a citar un libro que le habían

regalado, con el título *Saints, Scholars, and Schizophrenics* [Santos, eruditos y esquizofrénicos], sobre unas comunidades en Irlanda donde cuidaban a los enfermos mentales e incluso los trataban como a unas personas con una visión especial de un mundo en el que nadie más reparaba. El simple hecho de saber que existía semejante sitio ya era un consuelo para ella, la sugerencia de que Donald y los demás podrían tener algo distintivo que compensara en alguna pequeña medida lo que se habían perdido.

La vida de Mimi también había cambiado cuando la enfermedad irrumpió por primera vez en la familia. Era como si todo aquel futuro con el que siempre había contado –como que el sol sale por la mañana– nunca llegara a producirse. Nunca se quejaba abiertamente de nada de eso, pero a veces, cuando sus dos hijas venían de visita, las chicas percibían una nueva amargura en Mimi. Sus monólogos ya no trataban sobre Howard Hughes y Jacques d'Amboise, sino que hacía hincapié en lo mucho que había querido que su esposo, el padre de sus hijas, fuera abogado, aunque finalmente él se empecinó en dedicarse a la carrera militar; que ella siempre había querido vivir en la costa este, pero Don se la llevó por todo el país hasta Colorado. Que ella jamás pensó en tener doce hijos, pero que Don quería doce, así que tuvieron doce. Ella hizo lo que hace una esposa –decía–, incluso convertirse al catolicismo, porque ese era su papel. Ella había servido a todos los demás –decía– y enumeraba los grandes sacrificios que había hecho para hacer tal cosa.

En sus peores momentos, Mimi culpaba de la enfermedad a la familia de Don. El hijo de uno de los hermanos de Don parecía estar ahora un tanto desequilibrado, tal vez fuese bipolar. Mimi decía que era solo cuestión de tiempo que la ciencia demostrara que lo sucedido a sus hijos era una enfermedad heredada por la rama paterna, la de los Galvin.

Esto parecía mezquino, incluso cruel, a ojos de Margaret y de Lindsay. Su padre no era más que una sombra del hombre que fue y se pasaba la mayor parte del tiempo delante de la televisión. Cuando salía el tema de alguno de los hijos enfermos, Don no parecía ya capaz de observar detenidamente la situación, y le temblaba la barbilla

cuando alguien hablaba sobre lo que Jim había hecho a las chicas. Eso sí, al menos en opinión de Margaret, nunca llegó a asumir ninguna responsabilidad, pero ya no era tan distante como antaño. Se había desgarrado. ¿Por qué cargar ahora contra él?

Algo tenía preocupada a Mimi, y estaba relacionado con sus hijas. Sabía que, a ojos de ambas, ella era tanto la villana como la heroína de la familia: una madre que vivía en la negación y que estaba tan unida a sus hijos enfermos que había abandonado cruelmente a sus hijas, y una madre que mantenía unida a la familia, que se había quedado sola al cuidado de tantos hijos enfermos. Mimi tenía la sensación de que la estaban juzgando, y se sentía frustrada al ver que, a pesar de lo mucho con lo que había cargado, cualquiera diría que algunos de sus propios hijos estaban entre las personas que menos la valoraban. No sería capaz de soportar aquello durante mucho tiempo.
En los años noventa, Mimi se enteró de un secreto que jamás vio venir, algo devastador que, cuanto más lo pensaba, más espantosamente creíble le parecía. Sin motivo aparente de ninguna clase, Donald le confesó a su madre que había sido víctima de abusos sexuales cuando era un adolescente. Cuando Mimi le preguntó el nombre de la persona que había abusado de él, la respuesta fue un hombre al que ella había considerado un amigo íntimo.

A finales de los años cincuenta, cuando era apenas un crío, Donald fue el primero de los hermanos Galvin que hizo de monaguillo en St. Mary's para el padre Robert Freudenstein, el mismo sacerdote que había formado a Mimi en el catolicismo y la había bautizado. En los años en que Freudy se hizo íntimo de la familia, confidente tanto de Don como de Mimi, el joven Donald también tuvo una relación estrecha con él. Cuando tenía dieciséis años, se quedó una semana con Freudy en la pradera, haciendo de chófer para el cura en el coche de este cuando le retiraron el carnet de conducir. Ahora, Donald estaba diciendo que el hombre había abusado de él.

Mimi no tenía la menor idea de cómo reaccionar. Estaba cerca de cumplir los setenta años: ¿cuántos horrores más iba a tener que soportar? Por otro lado, Donald siempre hablaba de más y casi siempre decía cosas sin sentido. Intentó no hacerle caso, pero Donald

seguía insistiendo en que era cierto, y lo decía de esa manera suya tan plana e inexpresiva. Además, la crisis de los abusos sexuales en el seno de la Iglesia católica estaba ahora en las noticias todos los días. Por lo que se sabía de los casos que salían a la luz, la mayoría de la gente lo denunciaba décadas después, igual que estaba haciendo Donald, tras haberse visto silenciados por la vergüenza y, en algunos casos, por la intimidación.

El padre Freudenstein no había salido nunca en las noticias, pero Mimi no podía dejar de pensar en ello, y pensar que tal cosa le hubiera sucedido a su hijo cuando se suponía que ella debía protegerlo le hundió los ánimos hasta un punto al que no había llegado en años, tal vez desde la muerte de su hijo Brian. Cuanto más pensaba en Freudy, más se percataba de la manera que tenía de imponer su presencia, de cómo se había hecho indispensable para ella y de cómo había sabido ganarse su confianza para que lo dejara a solas no solo con Donald, sino con todos sus hijos mayores. Y cuantas más historias oía sobre curas y niños, más se preguntaba cuántos de sus hijos podrían haber sido víctimas de Freudy.

Al principio era como si no hubiese nada que hacer. Había pasado mucho tiempo, y Donald era Donald, diagnosticado de esquizofrenia y fuertemente medicado durante décadas. Sin embargo, su hijo le repetía aquello a cualquiera que le preguntase. Jamás vacilaba. Los demás hermanos tenían un recuerdo de Freudy que variaba de unos a otros. Si bien John recordaba que el cura se metía con él, Michael y Richard recuerdan que a ellos les caía bien. Richard recuerda que Freudy se llevaba a sus hermanos mayores –Donald, Jim, John y Brian– a hacer senderismo por Glenwood Springs en salidas de un par de días. «Aquello aliviaba a mamá y a papá –dice Richard–. Contaban con un sacerdote de confianza».

Fue Richard quien, por absoluta casualidad, se enteró de algo más acerca de Freudy. Renée, la novia de Richard, tenía un pariente cercano, un hombre llamado Kent Schnurbusch, que contó a la pareja que había conocido al sacerdote en 1966, cuando él era un adolescente. Dijo que Freudenstein supo ganarse su afecto para luego abusar sexualmente de él. Años después, Kent asistió a una reunión de

la Red de Supervivientes de Abusos Sexuales de Sacerdotes (SNAP) y mencionó el nombre de Freudenstein. Otros dos hombres distintos dijeron haber oído hablar de él: era homosexual –dijeron ellos– y alcohólico, algo que de por sí ya podría explicar por qué lo trasladaban con tanta frecuencia a parroquias pequeñas y jamás ascendía en la jerarquía eclesiástica. Freudy había dejado el sacerdocio en 1987 y pasó sus últimos años en un severo declive antes de su muerte en 1994.

Kent decidió acudir al arzobispado y presentar allí su queja, para ver qué más podría averiguar sobre el cura que se había aprovechado de él. La reunión fue tan breve que se quedó sin habla. En lugar de llevarle la contraria a Kent, los sacerdotes del arzobispado se limitaron a preguntarle por la cantidad que esperaba recibir en concepto de daños y perjuicios. Él les pidió ocho mil dólares, y el arzobispado le dio diez mil.

Cuando Kent contó todo esto a Richard y a Renée, se quedó tan asombrado como ellos de que el sacerdote conociese tan bien a los hermanos Galvin, apenas unos años antes de su experiencia con él. Kent tenía dieciocho años cuando conoció a Freudy, un adolescente como lo era Donald cuando se marchó con él al campo para hacer de chófer.

Cuando Mimi conoció la historia de Kent, lo que antes era una posibilidad se convirtió para ella en una certeza. Allí tenía la confirmación e incluso los signos de un *modus operandi.* No le importó que el nombre de Freudy no figurara en ninguna de las listas que publicaban los grupos de apoyo a las víctimas de los abusos ni que jamás apareciese su nombre en ninguna denuncia pública. En cuanto a ella, todo encajaba. A saber cuántos incidentes no se hacían públicos ni cuántos curas ignominiosos veían cómo barrían sus pecados debajo de la alfombra. Mimi se convenció de que Freudenstein había estado examinando a sus hijos como quien mira las cajas de cereales en el supermercado hasta que encuentra la que más le gusta. «Él eligió a mi familia –dijo Mimi–. Sabía que era una familia con muchos niños varones».

A partir de ahí, Mimi se apresuró a sacarle partido al padre

Freudenstein como su nueva explicación para todo, el gran motivo de que las cosas hubieran ido tan mal en su familia. ¿No tenía todo el sentido –decía ella– que el cura hubiese abusado sexualmente de Donald, que este a su vez hubiera abusado físicamente de sus hermanos y que, como mínimo uno de ellos, Jim, abusara por su parte de sus hermanas? ¿Y si Jim hubiera sufrido también abusos sexuales del padre Freudenstein? ¿No explicaría eso que se hubiera convertido en un pedófilo? Quizá toda la esquizofrenia de la familia –que hasta el momento Mimi creía de corazón que tenía que ser genética– hubiera tenido como factor desencadenante el estrés generado por esta concatenación de abusos, ¿no? Mira cómo Donald y Peter se habían vuelto hiperreligiosos en lo peor de su enfermedad: ¿de verdad podía ser eso una coincidencia, o se trataba quizá de la imaginería católica en el ambiente, lista para actuar con otro propósito distinto después de aquel trauma?

Mimi estaba sacando diversas conclusiones precipitadas, por supuesto. Los abusos sexuales no provocan la esquizofrenia, eso es seguro. Ni siquiera un torrente de abusos sexuales como el que se había imaginado Mimi podría dar respuesta a la gran pregunta sobre el motivo por el cual se habían producido tantos casos de enfermedad mental en su familia. Lindsay comprendió el modo en que su madre estaba fusionando ambas cosas, los abusos sexuales y la enfermedad mental, y creyó saber por qué lo hacía. Culpar al padre Freudenstein tenía, al menos para Mimi, el lado bueno de descargarla a ella de parte de la culpa…, siempre que no te detuvieras demasiado en la cuestión de hasta qué punto tenían que estar dedicándose un padre y una madre a mirar hacia otro lado para que un cura con malas intenciones tuviera un acceso a sus hijos tan libre de restricciones.

Mimi renegó de su fe. Dijo a sus hijos que no quería un entierro católico, que quería que la incinerasen. Comenzaba a darle la espalda a todo aquello. Se le acababa el tiempo y quería que el mundo supiera quién era el responsable.

Un tiempo después de que Donald le contara lo del padre Freudenstein, Mimi decidió –sin abandonar su habitual cantinela de que eran una familia perfecta antes de que apareciesen los problemas

mentales– abrirse más acerca del pasado, compartir con sus hijas una información que jamás había pensado desvelar. Lo que ninguna de sus hijas se esperaba era que aquellas revelaciones fueran sobre su padre.

Mimi comenzó entrando en detalle al respecto de ciertos episodios a lo largo de toda su vida matrimonial que –según creía ella– ofrecían una perspectiva diferente al respecto de Don. El primero se produjo en 1955, dijo Mimi, poco después del traslado de la familia desde Colorado Springs hasta Canadá, cuando Don acabó en el Hospital Walter Reed de Washington D. C., aquejado de lo que Mimi decía ahora que era una fuerte y profunda depresión. Más adelante tuvo un episodio más suave, dijo ella, cuando vivían en el norte de California, algo parecido a un ataque de pánico. Don se había pasado metido en casa muchos de los últimos años, cada vez más y más abatido tras una cascada de problemas de salud, y eso lo habían visto todos. Ahora, Mimi estaba diciendo que ella creía que Don tenía un historial de depresión clínica a lo largo de toda su vida.

Ni Lindsay ni Margaret la creyeron, al menos al principio. Aquello parecía otra de las distracciones de Mimi, una cortina de humo en forma de negación con el fin de mantener las críticas alejadas de ella…, y tal vez de dar a entender que la culpa de los problemas mentales de sus hijos la tenían los genes de Don. No obstante, sin pretenderlo, las hermanas comenzaron a pensar en su padre de un modo distinto. ¿Y si el trastorno de estrés postraumático de la guerra hubiese ido calando en todo lo que hizo su padre durante la infancia de sus hijos? ¿Les transmitió él sus traumas a los chicos de alguna manera? Y la pregunta más perturbadora era: ¿pudo Don haber sido el origen de esa vena violenta en la familia que culminó en lo que Donald le hizo a Jean, en lo que Brian le hizo a Noni y lo que Jim les hizo a ellas? Tanto Margaret como Lindsay habían pasado muchos años centradas en su madre, en todo cuanto ella hacía y dejaba de hacer. Aquí había toda una batería de preguntas que jamás se les había ocurrido preguntar.

Las hermanas estaban menos preparadas aún para el siguiente anuncio de su madre. Mimi les contó que, en los años previos al derrame de Don, había habido muchas otras mujeres en la vida de su

padre, no menos de seis, según sus cuentas. La primera vez fue en Norfolk, Virginia, justo después de la guerra, cuando Don recorría el Atlántico a bordo del USS Juneau. Mimi contó a Margaret y a Lindsay que ella tenía que haber ido en uno de esos viajes con Donald y Jim, que aún eran muy pequeños. Fue en aquel viaje –dijo ella– cuando Don conoció a la mujer de un oficial superior y tuvieron una aventura. De haber podido ir Mimi a aquel viaje –le dijo a Margaret–, es posible que aquella aventura jamás se hubiese producido. Mimi lo descubrió más tarde, contó ella, y se marcharon con un traslado lejos de Norfolk. Ahora bien, Don no se iba a contener eternamente.

Aquello sorprendió a las dos hermanas, aunque, de una extraña manera, esa nueva imagen de su padre también llenaba un vacío en el conocimiento de la relación de sus padres. Muchas de las cosas que habían visto en casa tenían más sentido ahora, como el hecho de que su padre, en sus mejores tiempos, siempre parecía estar en cualquier otro sitio. O aquellas cenas en casa de los Crockett en que las esposas de sus vecinos llamaban «Romeo» a su padre. Y cuanto más pensaban en ello, muchos más eran los detalles de su infancia que quedaban explicados con aquellas aventuras extramatrimoniales; incluida, quizá, la denodada búsqueda de Mimi del hogar perfecto.

Mimi se había sincerado acerca de todo aquello para demostrarles a sus hijas que Don era humano, que no era perfecto y que se merecía el mismo tipo de escrutinio que ella o que cualquier otro. Era a ella a quien sus hijas deseaban entender mejor ahora. ¿Por qué se había quedado con Don durante todo aquel tiempo? ¿Se quedó con él porque quería o porque, después de haber tenido todos los hijos que él deseaba, no le quedaba más opción? ¿Por qué había aceptado quedarse a merced de su marido, mientras él tenía toda la libertad para hacer lo que le placía?

Margaret pensó en uno de los cuadros de su madre, ahora en poder de Lindsay, de un Pinocho que colgaba de sus cuerdas de marioneta enganchadas en el pico curvo de un halcón. Para Margaret, aquel cuadro era una metáfora evidente del verdadero sentir de su madre: hecha para cuidar de doce hijos mientras su marido andaba por ahí fuera en cualquier otra parte. Se preguntaba si todos aquellos rasgos

que ella había adjudicado a su madre –la incapacidad para estar de verdad presente o mostrarse vulnerable– eran más de su padre, en realidad. Decid lo que queráis sobre Mimi, pero ella jamás se marchó. Ella nunca dejó de intentarlo.

CAPÍTULO 32

1998

Centro Médico de la Universidad de Colorado Denver, Colorado

A lo largo de toda la década de los noventa, la mayoría de los miembros de la familia Galvin que vivían en Colorado –Don y Mimi, Lindsay, Margaret, Richard, Michael, Mark y los hermanos enfermos Donald, Joe, Matt y Peter– iban a Denver y se sometían a largas jornadas de pruebas en el laboratorio de Robert Freedman. Siempre que Freedman tenía oportunidad de comentar su investigación, sus descripciones del filtrado sensorial y la vulnerabilidad, las dificultades del cerebro esquizofrénico para cortar la información siempre sonaban lógicas, al menos a oídos de Lindsay, que pensaba en aquellas situaciones en que alguno de sus hermanos se mostraba especialmente sensible con algo que para ella era un ruido de fondo, como el zumbido de un ventilador.

Freedman nunca había tenido sus experimentos de electrofisiología cerebral –el test del doble clic que medía la capacidad de filtrado sensorial del paciente– por una prueba infalible de la esquizofrenia. Los veía más bien como una de muchas posibles estrategias para asomarse al interior del cerebro de sus sujetos de estudio. Con los Galvin, Freedman descubrió que muchos de los miembros de la familia no eran capaces de inhibir el segundo clic, incluidos algunos de los Galvin sanos como Lindsay, pero otros sí podían. El siguiente paso era ver si los que no pasaban la prueba tenían en común algún rasgo genético concreto que los otros no tuvieran.

Esto situaba a Freedman en un territorio desconocido para él. Lo suyo era el sistema nervioso central, él no era un genetista como Lynn DeLisi. «Yo llegué tarde a la genética –dice–. Lynn iba muy por delante de mí».

De lo que sí sabía él era del funcionamiento del cerebro. Conocía bien que el hipocampo –esa franja de materia encefálica con forma de

caballito de mar localizada en ambos lóbulos del cerebro, en el derecho y en el izquierdo– es la parte del cerebro que ayuda con la consciencia de la situación, para saber en todo momento dónde estás, por qué estás ahí y cómo has llegado hasta ahí. Había visto, y sus pruebas del doble clic lo habían confirmado, que ese proceso no requiere solo de neuronas, o células cerebrales, para hacer llegar la información sensorial, sino también de las interneuronas inhibidoras que borran del cerebro al instante la información sobre la situación. Sin las interneuronas inhibidoras, terminaríamos procesando la misma información una vez más, desperdiciando tiempo y esfuerzo, machacando nuestros engranajes, desorientándonos y, quizá, acabaríamos ansiosos, paranoicos e incluso delirantes.

Ahora bien, Freedman se preguntaba si aquellas interneuronas inhibidoras encendían y apagaban algo en el plano celular, un mecanismo que no estuviera funcionando correctamente en los hermanos que habían enfermado. Una sección del laboratorio de Freedman comenzó a realizar ensayos con células cerebrales de rata y averiguó que el circuito de encendido y apagado de la neurona inhibidora estaba controlado por un elemento crucial de una célula del hipocampo llamado receptor nicotínico α7 (o alfa 7). El nombre parece complicado, pero su razón de ser es más o menos clara. El receptor α7 es un comunicador principal que envía mensajes de neurona a neurona de forma que el circuito funcione correctamente. Ahora bien, para realizar su trabajo, este receptor necesita acetilcolina, un compuesto que se comporta como neurotransmisor. Freedman se preguntó si las personas con esquizofrenia tenían receptores α7 defectuosos o si, simplemente, carecían de la suficiente acetilcolina para conseguir que aquellos receptores funcionaran tal y como debían. Si Freedman estaba en lo cierto, esto supondría que a algunos de los hermanos Galvin, en esencia, se les hubiera quedado sin combustible la maquinaria que impedía que se les fuera la cabeza.

Para demostrar esto, Freedman tenía que pasar de las ratas al ser humano, de manera que, a finales de la década de los noventa, se embarcó en uno de los primeros estudios genéticos de su carrera. Recopiló datos de nueve familias, incluidos los Galvin: ciento cuatro

personas en total, incluidos treinta y seis pacientes de esquizofrenia. Freedman buscó un patrón genético común entre aquellos miembros de la familia que respondían mal al test del doble clic. A partir del análisis de esas muestras de tejido, Freedman pudo localizar el punto exacto donde tenía lugar el problema del receptor: un cromosoma que albergaba un gen llamado CHRNA7, que el cuerpo utiliza para formar el receptor α7.

En 1997, Freedman identificó el CHRNA7[172] como el primer gen asociado de manera definitiva con la esquizofrenia[173]. Sus colegas y él habían hecho historia y, lo más importante, había dado un paso crucial para llegar a comprender el funcionamiento de la esquizofrenia. Ahora tenía que averiguar qué le estaba sucediendo a ese gen. Ya contaba con una importante pista: los cerebros de las familias que estaba estudiando, incluidos los Galvin, contaban con cerca de la mitad de los receptores α7 que tenía un cerebro típico. Los receptores que sí tenían funcionaban a la perfección: el problema era que no tenían la suficiente acetilcolina para conseguir que se activase el interruptor que hacía que se formasen más receptores iguales.

Margaret recuerda que estaban descorchando champán cuando ella entró en el laboratorio de Freedman. Wylie y ella habían acudido a que les aconsejaran sobre si Margaret debía tener hijos o no. Freedman y su equipo acababan de hacer su descubrimiento del CHRNA7, y el médico dejó encantado las celebraciones por unos momentos para explicarles lo que podría suponer aquella nueva información para los Galvin.

Lo último que Freedman deseaba era quitarles a Margaret y a Wylie el deseo de tener hijos. Si bien los hermanos y hermanas de los esquizofrénicos tienen una probabilidad mucho más elevada de lo normal de sufrir también la esquizofrenia –diez veces mayor, para ser precisos–, Freedman les indicó que no se podía decir lo mismo de padres e hijos, o de tíos y sobrinos. Él mantenía que la explosión genética en la familia de Margaret no era necesariamente un indicador de alguna clase de supergén que fuese a afectar a las futuras generaciones. La esquizofrenia tiene la costumbre de desaparecer en las familias y reaparecer después, y no había razón para creer que los

hijos de Margaret estuvieran abocados a sufrir una enfermedad mental.

Parecía difícil imaginar que ellos tuvieran un riesgo tan bajo como el de cualquier otro, pero eso era lo que estaba diciendo Freedman, exactamente. ¿Y qué pasaba con todo lo que su laboratorio acababa de descubrir sobre el gen relacionado con la esquizofrenia? Freedman se fue a una pizarra blanca grande y la llenó de información: sobre el lugar del cromosoma habían localizado el punto problemático con la ayuda de los datos de la familia de Margaret. No había nada en aquella irregularidad genética que se pudiera utilizar para predecir la esquizofrenia, les dijo Freedman. Tan solo serviría para indicar qué había que tratar una vez apareciese la esquizofrenia. Y él ya tenía una idea bastante clara de cómo hacerlo.

El descubrimiento de Freedman no fue algo que sucediera en el vacío. Decenas de investigadores estaban realizando otros estudios sobre las mutaciones en otros genes de otros cromosomas. Hacia el año 2000 ya se habían aislado al menos otras cinco áreas problemáticas más[174], y otras muchas estaban aún por llegar.

No obstante, el receptor α7 destacaba de entre la multitud debido a su especial relación con la nicotina. Nadie experimenta esto de manera más marcada que los fumadores habituales: la nicotina potencia los efectos de la acetilcolina que este receptor necesita para funcionar, y a los fumadores –o los receptores α7 de su cerebro– les gusta esta acetilcolina potenciada. Esta es la sensación que los fumadores obtienen de los cigarrillos, la de una nicotina que favorece la concentración mental durante períodos breves, o que los tranquiliza. Freedman se preguntó si podría ser una simple coincidencia que muchos pacientes de esquizofrenia –Peter Galvin entre ellos– no se cansaran de fumar un cigarrillo detrás de otro. Por unos instantes muy breves, la nicotina podría aliviarles sus delirios, al menos parcialmente. Si Freedman fuera capaz de amplificar esos efectos, reproducirlos en el laboratorio, empaquetarlos y ofrecérselos a todos los diagnosticados de esquizofrenia, ¿podría tratar los síntomas de la enfermedad de un modo más eficaz y menos dañino que el Thorazine?

En primer lugar, necesitaba más pruebas tangibles. En 1997, Freedman ideó un experimento[175]: proporcionó nicotina a esquizofrénicos, por lo general en forma de múltiples chicles de Nicorette, y acto seguido medía sus ondas cerebrales con el test del doble clic. En efecto, los pacientes de esquizofrenia que masticaban tres chicles de Nicorette pasaban el test de manera brillante: respondían al primer sonido y no respondían al segundo, exactamente igual que las personas que no padecían esquizofrenia. Los efectos no duraban mucho tras decaer la nicotina, pero aun así, Freedman se quedó impresionado.

Su estudio recibió el aplauso de una gran cantidad de sus colegas, incluido Richard Wyatt, el antiguo jefe de Lynn DeLisi en el NIMH, que dijo del experimento con Nicorette que era «importante y emocionante»[176], y que las prometedoras expectativas de la nicotina «parecían muy sólidas». Freedman fue a por todas con la nicotina. Planificó el desarrollo de un fármaco que hiciera lo mismo que la nicotina le hacía al receptor α7, pero mejor: tanto que los pacientes de esquizofrenia pudieran hallar un alivio de sus delirios no ya durante unos minutos, sino durante horas o incluso días. Con el objetivo de realizar ensayos con el fármaco, obtuvo financiación de la NASRAD, la Asociación Nacional para la Investigación de la Esquizofrenia y la Depresión (ahora conocida como la Fundación para la Investigación del Cerebro y la Conducta), un grupo respaldado por donantes que sería el equivalente de la Sociedad Norteamericana contra el Cáncer pero para las enfermedades mentales. «Pensábamos que quizá conseguiríamos hacer una nicotina mejor», dice Freedman.

Encontró la anabaseína, una sustancia natural que imitaba la función de la nicotina. Un investigador de Florida había estado cultivando una versión sintética sin tener una idea clara de la utilidad que podría tener el fármaco. Le contó a Freedman que llevaba diez años esperando a que lo llamara alguien como él. Freedman cultivó aquel fármaco, lo llamó DMXBA (abreviatura de 3-2,4 dimetoxibencilideno anabaseína) y comenzó a ensayarlo. El fármaco tenía los mismos efectos que la nicotina en el test del doble clic. Y en 2004, cuando puso a prueba[177] el fármaco en un grupo de pacientes

de esquizofrenia en un estudio controlado por el método del doble ciego, los resultados le parecieron milagrosos. Una mujer que recibió el verdadero fármaco, no el placebo, le dijo a Freedman que le había estado costando terminar de escribir un relato corto que tenía entre manos, pero ahora se veía capaz de concentrarse lo suficiente como para lograrlo. Otro sujeto le dijo: «No oigo mis voces». La madre de un tercero le contó a Freedman que, por primera vez, veía a su hijo capaz de fijarse en su entorno, en las cosas que tenía a su alrededor, divertirse viendo los conejos en el campo sin distraerse con sus propias alucinaciones.

Un año después, varias compañías farmacéuticas ya estaban trabajando en serio en la creación de sus versiones de este fármaco. No podían comprarle el suyo, sin más, porque la patente –propiedad de la Universidad de Florida– ya existía desde hacía demasiado tiempo: ninguna farmacéutica estaba dispuesta a comprar una patente a la que apenas le faltaban unos años para caducar. «No había mucho incentivo económico para que utilizaran el fármaco que nosotros conseguimos que funcionara en los ensayos clínicos –dijo Freedman–, así que tenían que ponerse a hacer el suyo propio».

En calidad de asesor no remunerado, Freedman habló con cada una de las compañías sobre el fármaco y sus propiedades con la esperanza de que diseñaran su propia versión utilizando los principios que él les había sugerido, y alguna de ellas llegó bastante lejos. Una compañía, Forum Pharmaceuticals, estuvo trabajando en unos ensayos que se interrumpieron después de que demasiados de los individuos que participaban sufrieran estreñimiento. Otra compañía, AbbVie, la división de investigación de Abbott Laboratories, llegó hasta la tercera fase de los ensayos clínicos con un fármaco basado en el DMXBA con resultados desiguales y después detuvo su investigación. El problema, tal y como lo veía Freedman, era que en Abbott insistían en una única dosis diaria. El equipo de Freedman ya lo había probado y había visto que el fármaco únicamente funcionaba cuando se administraba en tres o cuatro pequeñas dosis a lo largo del día. En Abbott pensaban que jamás serían capaces de comercializar un fármaco que hubiera que tomarse con esa frecuencia y con un horario tan riguroso (pensemos

en Peter Galvin, saltándose constantemente su régimen de medicación para desembocar en el enésimo brote psicótico). Su dosis única diaria también fracasó. «Yo creo que los farmacólogos de la compañía eran lo bastante inteligentes como para saber todo esto –dice Freedman–, pero es su gente de *marketing* la que impone cómo hacen ellos sus fármacos. Y así, puede decirse que estaban condenados al fracaso».

Freedman vio aquella experiencia como la perfecta demostración de cómo funcionaban las compañías farmacéuticas. «Fue decepcionante, porque pienso que estaban trabajando en la buena dirección para obtener un buen medicamento». Después de unas expectativas tan prometedoras, se encontraba de nuevo en el punto de partida. Si quería estimular el receptor α7 y fortalecer la capacidad del cerebro para procesar la información, Freedman tendría que buscar otra manera.

CAPÍTULO 33

2000

Campus de Stony Brook de la Universidad Estatal de Nueva York

Había transcurrido una década desde que Lynn DeLisi conociera a la familia Galvin, y ella continuaba en su empeño de reclutar familias, seguía recopilando ADN con la esperanza de hallar una anomalía genética que ayudara a explicar la esquizofrenia. No estaba teniendo mucha fortuna, ni tampoco la estaban teniendo los demás. En 1994, la revista *New England Journal of Medicine*[178] publicó un estudio de la investigación de la esquizofrenia que concluía que era poquísimo lo que se había averiguado sobre la enfermedad y que no se había logrado ningún avance en su tratamiento. Todo cuanto podían hacer los médicos era recetar una medicación y cruzar los dedos, y esto tratándose de una enfermedad de la que el editor de la revista *Nature* había dicho unos pocos años antes que era «posiblemente el peor mal que afecta a la humanidad, incluido el sida»[179].

En 1995, sin embargo, el trabajo de DeLisi llamó la atención de un potente inversor: Sequana Therapeutics, una compañía farmacéutica de propiedad privada que terminaría asociándose con Parke-Davis para desarrollar fármacos para la esquizofrenia. El director de genética de Sequana, Jay Lichter, tenía muy claro lo que podía ofrecer DeLisi: «La doctora DeLisi y sus colaboradores[180] han reunido una de las mayores colecciones de familias entre cuyos miembros hay una o más parejas de hermanos con esquizofrenia», dijo. Sequana pensaba que DeLisi se encontraba en una posición de ventaja para hallar un vínculo genético con la enfermedad, el avance que todo el mundo estaba esperando. A cambio, la compañía ofrecía a DeLisi el acceso a los equipos de análisis genético más sofisticados que había, una tecnología que «trasciende las capacidades prácticas de un pequeño laboratorio»[181], dijo ella. «En consecuencia, esperamos avanzar mucho más rápido».

Con DeLisi al mando, la compañía financió el mayor estudio hasta la fecha con familias multiplex a cargo de un solo investigador[182] para analizar las conexiones de unos trescientos cincuenta marcadores distintos a lo largo de toda la extensión del genoma. El ADN de la familia Galvin fue parte de ese estudio. DeLisi parecía estar lista para realizar un gran descubrimiento, pero en el transcurso de apenas unos pocos años, aprendió por las malas –igual que Robert Freedman– cómo eran los vaivenes del mercado. En el año 2000, Parke-Davis fue adquirida por Pfizer. Casi al mismo tiempo, DeLisi tuvo noticia de que Pfizer iba a cancelar su proyecto. Todo el trabajo se detendría de forma inmediata, y todo el material genético que había ido acumulando en Parke-Davis, incluido el ADN de la familia Galvin, seguiría siendo propiedad de Pfizer: inaccesible para DeLisi, que no podría utilizarlo a menos que encontrara otra compañía dispuesta a financiar el proyecto.

¿Cómo es que Pfizer no estaba interesada en la investigación de DeLisi con las familias? Sus avances se habían producido de manera muy lenta, eso es cierto, pero en investigación, solo tienes que darte prisa cuando hay otro que te va a adelantar.

El Proyecto del Genoma Humano[183] era el esfuerzo –muy publicitado– por esquematizar y comprender la estructura, organización y función de todos y cada uno de los genes humanos: los planos completos del ADN para construir un ser humano. El proyecto arrancó en los años ochenta en el Departamento de Energía de los Estados Unidos, que entró en una especie de competición amistosa con los Institutos Nacionales de Salud estadounidenses (o NIH) para recaudar fondos para aquel esfuerzo. En 1990, el proyecto se lanzó ya en serio con una financiación estimada de unos tres mil millones de dólares. En biología, aquello era el equivalente al lanzamiento de un cohete a la Luna. Si el proyecto lograba trazar con éxito el diagrama del genoma humano, nada volvería a ser igual en lo referente al estudio de prácticamente cualquier enfermedad genética, incluso en el caso de enfermedades complejas como la esquizofrenia.

Antes del Proyecto del Genoma Humano, Lynn DeLisi y otros habían estado trabajando con la idea de que cuando uno quiere ponerse a

buscar las mutaciones genéticas de la esquizofrenia, el lugar más sencillo donde encontrarlas era en las familias como los Galvin. El hecho de que sus estudios de las conexiones hubieran sido infructuosos hasta la fecha –pensaban ellos– demostraba lo compleja que era la enfermedad. La alternativa –buscar las mutaciones de la esquizofrenia estudiando el código genético de la población general– les había parecido absurdo. No obstante, todo eso cambió con el Proyecto del Genoma Humano.

Los seres humanos tenemos más de veinte mil genes que, al codificar las proteínas que forman nuestro organismo y lo mantienen en funcionamiento, desempeñan un papel decisivo a la hora de que seamos lo que somos: un gigantesco pajar donde ponerse a buscar una aguja. Ahora bien, toda vez que el Proyecto del Genoma Humano recopilase y esquematizase la información de los suficientes individuos, de repente resultaría mucho más sencillo buscar en ese pajar. En ese momento, todo lo que tendría que hacer uno era tomar los genomas de una muestra de personas enfermas –de cualquier enfermedad genética, escoja el lector la que prefiera– y compararlos con los de un grupo de control, y entonces resultaría imposible no reparar en cualquier anomalía que hubiese en el genoma de los enfermos. Así de fácil, las compañías farmacéuticas tendrían un gen en el que poner sus miras, un proceso genético específico que manipular por medio de la medicación.

Con el Proyecto del Genoma Humano, daba la impresión de que los nuevos tratamientos y curas de una buena cantidad de enfermedades estaban apenas a la vuelta de unos pocos años. En 1995, el investigador del cáncer Harold Varmus[184], director del NIH, organizó un taller de dos jornadas sobre la esquizofrenia en la Academia Nacional de las Ciencias. Varmus, que obtuvo con J. Michael Bishop un premio Nobel por la identificación del origen celular de ciertos genes cancerosos, había invitado a muchos de los habituales de la materia –E. Fuller Torrey, Irving Gottesman, Daniel Weinberger, Patricia Goldman-Rakic de la Universidad de Yale– para que presentaran sus últimas investigaciones. Varmus no se quedó impresionado. Weinberger recuerda que Zach Hall[185] –recién llegado

al NIH como jefe del Departamento de Trastornos Neurológicos– se puso en pie en un momento concreto y dijo: «Miren, llevan ustedes treinta años estudiando esta enfermedad, y lo que se ve desde donde yo me encuentro es que no han conseguido prácticamente nada».

Muchos de los investigadores asistentes al evento se quedaron consternados. Algunos trataron de rebatirlo, y entonces intervino el propio Varmus para decir lo que muy probablemente tenía pensado decir ya desde un principio: «Ustedes no lo entienden». Todos los que estaban allí podían olvidarse ya de todo lo relacionado con sus investigaciones con enzimas, sus estudios con resonancias magnéticas, las tomografías computerizadas y las PET. Si no se dedicaban a estudiar los genes, les dijo Varmus, «van a ser ustedes unos dinosaurios».

Con colaboraciones por todo el mundo, los científicos del Proyecto del Genoma Humano pensaban que el trabajo se alargaría durante quince años, pero terminaron antes de la fecha prevista, en el año 2003. Ahora, no solo resultaba legible el libro de recetas de la vida humana, de principio a fin y por vez primera, sino que por el camino los científicos habían identificado nuevos marcadores genéticos espaciados por todo el genoma que se podían utilizar para la investigación. Mientras que DeLisi se había visto antes limitada a unos pocos centenares de marcadores distintos distribuidos por todo el genoma, el Proyecto del Genoma Humano abría la puerta al descubrimiento de millones más, literalmente. Con esta abundancia de nuevos marcadores, los investigadores podían ahora desarrollar una herramienta para analizar rápidamente el genoma, centrarse en regiones del ADN que parecían estar asociadas a la enfermedad: el estudio de asociación del genoma completo o GWAS (por sus siglas en inglés).

El primer paso en un GWAS realizado con éxito es recoger tantas muestras de ADN como sea posible entre los pacientes a los que se les ha diagnosticado la enfermedad que nos interesa (por ejemplo, la esquizofrenia) y, del mismo modo, recoger muestras de un grupo grande de personas aparentemente sanas, que no tengan esa enfermedad: cuantas más muestras, mejor. Con ayuda de un

ordenador, el método del GWAS compara la información de estos dos grupos y busca cualquier marcador que sea mucho más común entre los que están enfermos. Al realizar esta comparación, dice la teoría, debería quedar desenmascarado el marcador genético de cualquier enfermedad, casi al instante, a la vista de todo el mundo.

En la primera década del nuevo milenio, ya había un GWAS en marcha, y a menudo más de uno, sobre prácticamente todas las enfermedades de las que se sospechaba que tenían un origen genético: trastornos cardíacos, diabetes, artritis reumatoide, la enfermedad de Crohn, el trastorno bipolar o la hipertensión. En 2005, DeLisi estaba presidiendo un encuentro de la Sociedad Internacional de Genética Psiquiátrica en Boston cuando Edward Scolnick, un investigador del Instituto Broad del MIT y Harvard, anunció que su organización pretendía convertirse en un centro de intercambio de datos genéticos sobre la esquizofrenia con el objetivo de identificar los genes de la esquizofrenia con un GWAS. En 2008, prácticamente todos los investigadores de aquel campo, incluida DeLisi, participaron en un nuevo grupo denominado Consorcio del GWAS Psiquiátrico (ahora el Consorcio de Genómica Psiquiátrica), que recogió unas cincuenta mil muestras de ADN de personas con enfermedades psiquiátricas diversas, incluidas las muestras que tenía DeLisi de la familia Galvin. En 2009, utilizando información procedente de ese consorcio, un estudio de setenta y cinco mil anomalías en más de tres mil personas con esquizofrenia y trastorno bipolar reveló «miles de alelos [posibles genes mutados] en común con un efecto muy limitado»[186].

Este GWAS psiquiátrico estaba hallando ubicaciones genéticas potencialmente relevantes por todas partes y sugería una nueva manera más profunda de entender el funcionamiento de la enfermedad mental en el cerebro. En los años posteriores, esta información ayudaría a los genetistas a ver que la esquizofrenia y otras enfermedades mentales guardaban relación con los errores de copia –o variaciones en el número de copias (CNV)–[187], donde fragmentos enteros de ADN se generan de más o bien faltan por completo. Esto no era muy alentador, que digamos, para quienes tenían la esperanza de que el planteamiento del GWAS hallara tan solo

unos pocos genes a los que responsabilizar, y esto no era más que el comienzo. Los estudios GWAS sobre la esquizofrenia que vinieron a continuación identificaron las primeras ubicaciones genéticas –varias– que parecían en especial relevantes para la enfermedad. Un GWAS, publicado en *Nature Genetics*[188] en 2013, incluía unas veintiuna mil muestras genéticas y halló veintidós de aquellas ubicaciones. En otro GWAS, publicado en *Nature* en 2014[189], participaron treinta y seis mil novecientos ochenta y nueve pacientes, y se hallaron ciento ocho ubicaciones. El gen CHRNA7 de Robert Freedman se encontraba en una de estas ubicaciones sospechosas, lo cual le suponía una cierta validación externa que estaba muy bien, pero cuantas más ubicaciones encontraban, menos significativos parecían los resultados.

Cada una de estas irregularidades genéticas, si se tomaba de forma aislada, tan solo explicaba un incremento minúsculo de las probabilidades del individuo de padecer la esquizofrenia. Ya que tenían limones, los investigadores trataron de hacer limonada y consideraron en conjunto todos estos factores insignificantes, los combinaron para idear lo que publicitaron como una «puntuación de riesgo poligénico»[190]. Ahora bien, para muchos investigadores, aquella puntuación de riesgo poligénico no era más que una simple agrupación de trivialidades para formar algo que solo era ligeramente menos trivial. Los marcadores genéticos identificados en el GWAS de *Nature* de 2014, tomados en conjunto, tan solo incrementarían las posibilidades del individuo de desarrollar la enfermedad en un 4 %, más o menos[191]. «Esa puntuación no tiene mucho sentido»[192], dice Elliot Gershon, el antiguo jefe de DeLisi en el NIMH, que se había marchado a la Universidad de Chicago unos pocos años después de que se fuera DeLisi. «Lo cierto es que no se puede decir nada a partir del factor de riesgo poligénico».

La estrategia del GWAS no estaba dando los pulcros resultados que esperaban los genetistas como Varmus. Ante tan tremenda decepción, los responsables del Instituto Broad, que había estado liderando los esfuerzos del GWAS en la esquizofrenia, decidieron redoblarlos y realizar un GWAS mejor y más grande. «Entre mis colegas se calcula que necesitaremos doscientos cincuenta mil pacientes de

esquizofrenia[193] –dijo Steven Hyman, responsable del Centro Stanley de Investigación Psiquiátrica del Instituto Broad–, que es una tarea de enormes proporciones, pero factible para esta enfermedad». Cuando hubiesen terminado, predijo Hyman, «habrá miles de variantes en cientos de genes», y todas ellas apuntarían hacia la esquizofrenia.

Algunos sospechaban que todo aquel proceso podría estar desviando de su camino el campo de investigación: que estuviera poniendo a los investigadores a buscar las llaves, una vez más, donde había luz, únicamente, y no donde podrían estar realmente las llaves. Después de tanto trabajo, la naturaleza subyacente de la esquizofrenia continuaba siendo objeto de un intenso debate. «¿Es un clásico trastorno biomédico con un fundamento orgánico –como se pensaba que era el alzhéimer, por ejemplo, se preguntaba en 2015 el genetista psiquiátrico Kenneth Kendler–, o es el extremo severo de un espectro de síndromes que se agregan en algunas familias?»[194].

Lynn DeLisi sabía lo que opinaba sobre la cuestión. Lo sabía desde hacía años. «Lo que yo pensaba era "Mira, yo no creo que esos centenares de genes o de marcadores vayan a conducir a nada" –decía–. Yo quiero ver qué está causando la esquizofrenia en esas familias numerosas como los Galvin».

Cuando Pfizer finiquitó la investigación de DeLisi con las familias con esquizofrenia en el año 2000, se vio obligada a detener todo el trabajo que estaba haciendo. Igual que las dos partes de un divorcio, Pfizer y ella se dividieron las muestras físicas justo por la mitad. En investigación se habla de una «partición alícuota»: Pfizer y ella salieron de allí con una mitad de cada una de las muestras de sangre recopiladas por DeLisi, suficiente material, en teoría, para que ambas partes continuaran trabajando, pero no seguiría adelante trabajo ninguno por una cruel paradoja: DeLisi tenía la voluntad de seguir adelante, pero no el dinero, mientras que Pfizer tenía el dinero pero no la voluntad de hacerlo.

¿Qué motivo tendría una gran compañía farmacéutica para no querer desarrollar un fármaco mejor para la esquizofrenia, uno que atacase un objetivo genético y resolviera problemas que jamás estarían al alcance del Thorazine y sus derivados? Según los profesionales que

tratan con dichas compañías, el razonamiento que siguieron en aquella época estaba muy claro. Incluso con un objetivo genético como el receptor α7 de Freedman, el proceso para desarrollar y ensayar tal fármaco era extremadamente caro y requería de sujetos humanos dispuestos a sufrir unos efectos secundarios impredecibles, algo que tampoco sería un problema si hubiera un probable beneficio económico al final de dicho proceso. Por aquel entonces, la situación era que el Thorazine y sus derivados llevaban ya tanto tiempo en el mercado que prácticamente todas las compañías tenían su propia versión, y eran unos fármacos tan estables y tan eficaces a la hora de suavizar los episodios psicóticos que resultaba difícil justificar en términos económicos el gasto de dinero en el desarrollo de algo nuevo.

DeLisi dijo que lo sucedido con Pfizer había sido «un desastre»[195]. Sin más opciones, guardó en un refrigerador su mitad del más de un millar de muestras de sangre de trescientas familias –incluida su mitad de cada una de las muestras de los miembros de la familia Galvin– en su nuevo puesto en la Universidad de Nueva York. Tras un apagón eléctrico en la ciudad de Nueva York en 2003, DeLisi le entregó sus muestras a un colega de otra institución para que se las guardara bien a salvo, primero en Cold Spring Harbor, después en el campus de San Diego de la Universidad de California.

Las muestras de las familias de DeLisi no se habían perdido, sino que estaban en algo así como un exilio, y ella no tenía la menor idea de cuánto tiempo iba a tardar en tenerlas de nuevo consigo.

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 34

Después de la época que pasó en Boulder con Lindsay, Peter regresó a su puerta giratoria entre Pueblo y Hidden Valley Road. Su hermana renunció a la tutoría legal para que Peter pudiese recibir tratamiento como tutelado por la administración estatal, lo cual le permitiría permanecer largos períodos en hospitales públicos en caso de ser necesario. En ese momento, su diagnóstico era el de un trastorno bipolar rematado con algún episodio ocasional de delirios. Durante una década, cada hospitalización duró justo lo suficiente para volver a ponerlo en situación de valerse por sí mismo, y cada salida al mundo real tan solo duraba mientras él se tomase la medicación.

En 2004, Peter ya tenía cuarenta y tres años, se le veía más desmadejado, más flaco, más aturullado. El 26 de febrero, tras una estancia de dos meses en Pueblo, recibió el alta con una medicación de Risperdal, un antipsicótico, y Depakote, un fármaco para la epilepsia que también actúa como estabilizador anímico para los pacientes bipolares. Volvió a ingresar tres días después sin haberse tomado ninguno de los dos, el 29 de febrero, convencido de que George W. Bush estaba bombardeando el hotel Broadmoor del centro de Colorado Springs. Aquel sería su vigésimo quinto ingreso en Pueblo.

Esta vez, los médicos le dieron tres fármacos neurolépticos distintos: Thorazine cada dos horas y otros dos neurolépticos atípicos, clozapina y Zyprexa, dos veces al día. También le daban una vez al día Neurontin, un fármaco contra los ataques que en ocasiones se recetaba para el alcoholismo. Nada parecía funcionar. En abril, dos pacientes femeninas de psiquiatría dijeron que las había agarrado y besado. En junio lo sorprendieron vomitando a propósito la medicación en el cuarto de baño. En el transcurso del verano, se abalanzó sobre un miembro del personal médico del hospital, aporreó las paredes e insultó a otros pacientes llamándolos «maricón», «cabrón» y «gilipollas». A una empleada del hospital le dijo: «Ni se te ocurra

acercarte a mí con tu medicación, puta»; a otra le dijo: «Te voy a matar». Peter agarraba el auricular del teléfono cuando otros pacientes estaban en plena llamada y colgaba, apagaba la televisión cuando otros la estaban viendo, inundó el cuarto de baño… y comenzó a predicar a todo el mundo a su alrededor. «Soy Moisés. Arderéis en el infierno. Quitaos la ropa. Sois todos unos leprosos. Estáis muertos. Voy a coger un bate y os voy a arrear en la cabeza. Callaos u os voy a joder a todos». En más de una ocasión recibió la máxima medida disciplinaria en aquellos tiempos: aislamiento y ataduras. Llegado el mes de agosto, la medicación de Peter se había ampliado para incluir ocho fármacos distintos: Geodon, Risperidone, Neurontin, Risperdal Consta (un inyectable), Zyprexa, Prolixin, Trileptal y Thorazine. Esto tampoco funcionó.

Así, el 14 de septiembre, por primera vez, después de que los médicos consiguieran la orden judicial apropiada, Peter comenzó un tratamiento con TEC, más conocida como «terapia de choque».

No hay procedimiento surgido de entre los tiempos más oscuros de los tratamientos de las enfermedades mentales al que la cultura actual haya rehabilitado de manera más inesperada que la terapia electroconvulsiva, o TEC. El uso de la electricidad para provocar un ataque y calmar el cerebro ha sido un símbolo cultural de las torturas médicas durante décadas, tal vez desde que Ken Kesey lo convirtiera en el clímax de la barbarie infligida sobre McMurphy en *Alguien voló sobre el nido del cuco.* Sin embargo, en la época en que Peter recibió aquel tratamiento por primera vez, había una versión más precisa y afinada de la misma técnica de la que se decía que era eficaz, segura e incluso relativamente indolora[196]. La capacidad de la terapia electroconvulsiva para cortar de raíz las manías en los pacientes bipolares está tan bien documentada que solo era cuestión de tiempo, tal vez, que Peter se convirtiera en uno de sus principales candidatos.

Todo en esta TEC nueva y mejorada parecía diseñado para contrarrestar lo que se decía de ella décadas atrás. Los pacientes están sedados cuando reciben las descargas. Se les da un relajante muscular para reducir la ansiedad, y todo sucede mientras están dormidos. Se sabe que este procedimiento continúa teniendo efectos secundarios en

la memoria de los pacientes, en particular después de muchos tratamientos, y aun así, en algunos casos la TEC parece capaz de ajustar los niveles de serotonina y dopamina de manera más eficaz que cualquier otra medicación. Ya contamos con numerosas historias sobre personas con éxito y talento –Vladimir Horowitz, el senador Thomas Eagleton, Thelonious Monk, Carrie Fisher y Dick Cavett entre ellos– que usaban la TEC para enderezarse, por lo general con apenas unas sesiones o incluso una sola.

Lo que sucede cuando te hace falta recibir más de una o dos sesiones ya es otra historia. ¿Peter iba a perder la memoria, su sentido del yo, su personalidad? Riesgos aparte, la decisión ya no estaba en manos de Peter. Ahora se encontraba bajo la tutela legal del estado, y sus médicos tenían la capacidad de presentar una solicitud en su nombre ante un juez. Mimi, asumiendo que llegaran a consultarla siquiera, no tenía la tendencia de cuestionar ninguna de las decisiones que tomaban los médicos. Esto podría ser lo único que fuera de verdad de ayuda para Peter, solía decir ella. ¿Cuánto peor iba a estar su hijo sin la terapia?

En la segunda planta de Pueblo, Peter se cambiaba de ropa, se ponía un batín de hospital, se tumbaba en una camilla y recibía la anestesia general. Tenía la boca cubierta; una máquina lo ayudaba a respirar. Le daban una pastilla de cafeína para disminuir su resistencia a los ataques –y permitir a los médicos el uso de un menor voltaje– y un fármaco llamado Robinul que evitaba el babeo. No había espasmos con el cuerpo arqueado, ningún movimiento en absoluto, salvo quizá en la mandíbula. Cuando se despertaba, Peter estaba grogui. Le administraban más cafeína –en pastilla u ofreciéndole un café– para despejarle la cabeza.

A Peter nunca le gustó aquello.

–Yo no me hago esa mierda –dijo el 8 de noviembre de 2004–. Me fastidia los huesos. Voy a llamar a la Academia de las Fuerzas Aéreas y voy a hacer que bombardeen este sitio.

Durante el mes de diciembre lo pusieron en aislamiento con ataduras en muchas ocasiones, en una de ellas durante cuarenta horas seguidas. Aún estaba recibiendo sesiones de TEC una vez a la semana,

y no dejaba de ponerse a la defensiva cada dos por tres. Le dijo a una empleada del hospital: «Eres una zorra. Te van a despedir si te metes conmigo y con mi abogado. Te voy a demandar por cincuenta mil millones de billones de dólares […]. Sois las putas de Babilonia […]. Anoche me rompí el brazo, pero ya me lo he curado yo».

Cuando una enfermera le dijo que no tomase ningún líquido la noche antes de su sesión de TEC, él le dijo: «Que te jodan, zorra. Puedo hacer lo que me dé la gana. Vas a morir». Ese mismo mes, le propinó una patada en un costado a una trabajadora del hospital y le fracturó una costilla.

Fueron necesarias más órdenes judiciales para que el psiquiátrico recibiese la autorización para administrarle más sesiones, y cuando incrementaron la frecuencia, los médicos sí notaron un cambio. Peter recibió una media de tres sesiones de TEC a la semana durante el mes de enero de 2005. En mayo, finalmente, los médicos dijeron que ya no tenía síntomas. «No daba muestras evidentes de peligrosidad. Gozaba de permisos y privilegios por buena conducta. Salió de permiso con unos familiares, y todo fue bien», dice su documento de alta hospitalaria. «El problema es que el señor Galvin continúa sin ser consciente de su enfermedad […]. No acepta la idea de que la TEC sea tan necesaria para su estabilidad en el futuro, ni tampoco es algo cuya continuidad de forma indefinida él se imagine». Por este motivo, los médicos optaron por definir su pronóstico a largo plazo como «reservado».

Un año después, en junio de 2006, Peter se encontraba de regreso en Pueblo, diciendo: «Mi espíritu se ha recuperado». Se negaba a comer porque creía que los alimentos estaban envenenados. Había estado hablando con Jesucristo. Peter era san Pedro, y el diablo venía a por él.

El personal médico de Pueblo solicitó más vistas judiciales para mantener la frecuencia de sus sesiones de TEC: una vez a la semana o más, incluso, si fuera necesario. Peter no quería eso, pero no estaba en su mano; nunca lo había estado. Tal y como dijo en una consulta de ingreso –cuando le pidieron por enésima vez que recitara su historial médico–: «El sistema de Salud Mental me tiene atrapado y me ha

destrozado la vida».

DON
MIMI

DONALD
JIM
JOHN
MICHAEL
RICHARD
JOE
MARK
MATT
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 35

Jim Galvin llevaba semanas entrando y saliendo de Urgencias en el Hospital Penrose de Colorado Springs, quejándose de dolores de cabeza y de un cosquilleo en las extremidades. Los médicos lo enviaban a casa una y otra vez restándole importancia a lo que decía, tomándolo como otra muestra más de su habitual paranoia.

Hacia el final, Jim estaba convencido de que tenía un agujero en el pecho. «¿Es que no ven que me han disparado?», decía.

Jim murió solo en su apartamento de Colorado Springs el 2 de marzo de 2001, a la edad de cincuenta y tres años. Los médicos registraron la causa de la muerte como un fallo cardíaco relacionado con su consumo de fármacos neurolépticos. Su familia interpretó que había muerto a causa del llamado síndrome neuroléptico maligno, un trastorno raro con riesgo de muerte que, en la mayoría de los casos, provocan los mismos fármacos que deberían ser una ayuda. Los investigadores ya predispuestos en contra del uso indiscriminado de la medicación para tratar a los enfermos mentales atribuían a este síndrome decenas de miles de muertes[197]. Algunos de los síntomas, como la agitación y los delirios, se confunden fácilmente con la psicosis, lo cual explica por qué es habitual que el síndrome no se identifique hasta después de la muerte del paciente. Hay otros síntomas, como los calambres y los temblores, que suelen coincidir con los efectos secundarios que provocan los fármacos. Los síntomas de Jim eran tan pronunciados que en el momento en que murió tenía recetada la prociclidina, un medicamento que se suele utilizar para paliar los efectos del párkinson.

Para Margaret y Lindsay, la lección de la muerte de Jim estaba clara: la cura era tan mala como la enfermedad. Las hermanas miraron a su alrededor, vieron a otros cuatro hermanos –Donald, Joe, Matt y Peter– y se preguntaron cuál sería el siguiente.

Mientras tanto, Mimi continuaba explicando la enfermedad de Jim a partir de sus circunstancias vitales: un mal matrimonio y, tal vez,

debido al trauma causado por un nefasto sacerdote, acabar convirtiéndose en un abusador de menores. La madre no estaba en disposición de darle la espalda a ninguno de sus hijos, ni siquiera a Jim, a pesar de lo que sus hijas le habían revelado sobre él. «Fue la presión de aquel matrimonio, creo yo, tanto como cualquier otra cosa, y probablemente su propio sentimiento de culpa», diría Mimi. «Pero todos los hermanos lo adoraban».

La exmujer de Jim, Kathy, y su hijo Jimmy no asistieron al funeral. Por aquel entonces vivían en California, estaban rehaciendo su vida e intentando olvidar al hombre que tanto los había atormentado.

Había una pregunta sobre su infancia que Margaret y Lindsay no habían hecho a nadie hasta entonces. Ahora que Jim ya no estaba, las hermanas vieron la oportunidad. Sus padres ya sabían que Jim era mentalmente inestable muy al comienzo de su matrimonio: ya lo habían hospitalizado, incluso. ¿Por qué habían permitido que las dos hermanas pasaran las noches en casa de su hermano, un fin de semana tras otro y a solas con él?

Un día de 2003, grabadora en mano, Margaret le planteó la pregunta a Mimi, a quemarropa.

–¿Por qué me dejaste ir a su casa durante tanto tiempo?

Mimi respondió de inmediato.

–Porque se había recuperado –dijo–. Se había recuperado. Volvió al trabajo. Su mujer cuidaba de él y todo parecía ir bien. Y después tuvo otras crisis (de hecho, estuvo acudiendo a la consulta externa de un médico), pero se recuperó de todas ellas y, luego, en cada caso, tras superarlas, estaba perfectamente durante seis meses.

A Margaret se le quebró la voz al contestar a su madre, una voz tenue como la de una niña.

–Nadie me dijo nunca que estuviera enfermo.

–Cielo santo –dijo Mimi, más exasperada que asombrada por tener que volver a pasar otra vez por lo mismo.

–Jamás lo supe –dijo Margaret.

–Mira, Margaret, en aquella época no lo sabían ni ellos –dijo Mimi, que ahora hablaba más rápido–. Ya sabes, espabilan y se ponen bien así por las buenas, o eso parecía. Y era lo que hacía Jim: volvía,

regresaba al trabajo y mantenía la compostura. Pero siempre se excedía y hacía de más. No se limitaba a un solo empleo, tenía que intentar tener dos. Trabajaba dieciocho horas al día o algo por el estilo, se comportaba de esa manera, y entonces sufría un colapso. Y por aquella época bebía. Sí, es cierto, bebía.

*

Cuando el cáncer se llevó finalmente a Don Galvin –el 7 de enero de 2003, a los setenta y ocho años–, se había consumido hasta tal extremo que pesaba menos de cuarenta y cinco kilos. Recibió un funeral con plenos honores militares en la capilla de la Academia, la joya arquitectónica que él había ayudado a presentar al mundo. Llevaron allí a uno de los halcones que participaban en los espectáculos de la Academia, posado en el puño de un cadete de las Fuerzas Aéreas durante toda la ceremonia.

Michael tocó la guitarra clásica mientras entraban los asistentes. El viejo profesor de piano de los chicos tocó «Be Not Afraid» como canto de apertura. Mark, el antiguo prodigio del ajedrez, leyó en voz alta la descripción del hombre sabio que figura en el capítulo 39 del Libro del Eclesiástico, que encajaba bastante bien con la manera en que el propio Don deseaba que todo el mundo lo viese: «Indaga la sabiduría de los antiguos y dedica su ocio a estudiar las profecías. Conserva los relatos de los hombres célebres y penetra en las sutilezas de las parábolas…».

Richard leyó parte del libro de Juan. John, el profesor de música llegado de Idaho, dirigió el rezo de la Oración de los Fieles. Donald –de ya casi sesenta años– leyó de las Bienaventuranzas, sobre las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Michael y Lindsay leyeron unos poemas cada uno, y Margaret hizo un panegírico. «Le fallaba la memoria en la etapa final de su vida», dijo, «pero eso no significa que la suya fuese una vida ordinaria. Su vida fue extraordinaria».

La ceremonia se cerró con «On Eagle's Wings». Los Thunderbirds de las Fuerzas Aéreas debían volar en honor de Don sobre los terrenos de la Academia de las Fuerzas Aéreas –el lugar donde él había sido más

feliz–, pero los aviones se quedaron en tierra a causa del mal tiempo.

Enviaron el cuerpo de Don a la Universidad de Colorado, donde el equipo de Robert Freedman examinó su cerebro. Se quedaron sorprendidos al descubrir que el cerebro de Don no presentaba ninguno de los atributos físicos asociados con las discapacidades o las enfermedades mentales.

Poco tenía que decir Mimi al respecto. Ella sabía lo que sabía.

*

La última vez que habló con su madre, Joe –el afable séptimo hijo que vivía solo en su apartamento de protección oficial– le contó que tenía los pies entumecidos y que no podía caminar. Estaba nevando, y Mimi no podía conducir con el mal tiempo. Le dijo que iría a verlo por la mañana. Para entonces, ya era demasiado tarde.

Joseph Galvin murió solo en su casa el 7 de diciembre de 2009, a los cincuenta y tres años. El informe del médico forense del condado indicaba como causa de la muerte un fallo cardíaco provocado por una intoxicación con clozapina. Aquel neuroléptico atípico tan potente había resultado de ayuda para Joe en ciertos aspectos, pero por lo visto el fármaco también había ido desgastándole el cuerpo muy lentamente. El recuerdo de la muerte de Jim se hacía patente. Era otro probable ejemplo del síndrome neuroléptico maligno.

Cuando murió Jim, ni Margaret ni Lindsay sintieron la tentación de llorarlo. Joe era distinto. De pequeñas, las dos hermanas jugaban con la fantasía de no tener hermanos. Lo cierto era que, para ellas, ver cómo desarrollaban la esquizofrenia alguno de los hermanos a los que sí querían, como Joe, fue lo mismo que verlos desaparecer de la faz de la tierra. Así, cuando Joe murió de verdad, a las dos les costó mucho lidiar con algo que se les presentaba como una pérdida real y además como un recuerdo de aquella otra pérdida que sufrieron años atrás, cuando la enfermedad mental se lo llevó.

La familia se reunió para esparcir las cenizas de Joe. Peter seguía teniendo el rostro rubicundo; a pesar de su ropa raída, de su olor a tabaco, conservaba aún ese aire infantil, el centelleo en sus ojos azules y brillantes, el cabello negro como el azabache. Donald le dijo al

grupo que, cuando él muriese, quería que se lo comiera un elefante. Michael quería que esparcieran sus cenizas, pero aún no estaba del todo seguro de dónde. Richard sí tenía un lugar en mente: el Paso de Bóreas en las Montañas Rocosas. Margaret dijo que a ella le gustaría estar en Maroon Creek, en Aspen. Lindsay escogió las hondonadas de las Back Bowls de Vail, un paraíso para una esquiadora.

Todos ellos recordaron juntos sus mejores momentos con Joe. Donald mencionó verlo jugar al hockey. Mark recordaba una vez que le echó una carrera a un Datsun 240Z con su GTO y ganó. Peter recordaba haber vivido con él durante un breve período en Chicago, cuando Joe aún se dedicaba a cargar maletas para la United. Margaret contó que Joe le había enseñado a conducir un coche con cambio de marchas manual, fuera de la carretera en Arapahoe Road.

Mimi retrocedió en el tiempo más que cualquiera de ellos, tal vez pensando no solo en el niño que había sido Joe, sino en aquella época de su propia vida en que todos sus hijos eran todavía unos críos, cuando la felicidad todavía era la sensación de algo maravilloso que estaba por venir. Joe, dijo Mimi, era un bebé precioso cuando dormía. Como un ángel.

CAPÍTULO 36

2009

Cambridge, Massachusetts

En 2009, Stefan McDonough encaraba su séptimo año en Amgen: era un neurobiólogo que había abandonado el ámbito académico atraído por la perspectiva de trabajar en una de las empresas más grandes del mundo en el campo de la biotecnología y avanzar así en el desarrollo de tratamientos y curas que fueran aplicables en la práctica. Después de varios años investigando nuevos fármacos analgésicos, el repertorio de McDonough en el Departamento de Neurociencia se había ampliado a las enfermedades del cerebro, incluida la esquizofrenia. Amgen estaba buscando un gen que pudieran identificar como objetivo, algo que hubiese que reajustar para ayudar a la gente con esquizofrenia. Si McDonough era capaz de dar con ese gen, Amgen se pondría a trabajar en el desarrollo de un fármaco para atacarlo.

McDonough se puso manos a la obra en su despacho de Cambridge, en Massachusetts. Mostraba tal entusiasmo acerca del potencial de la revolución de la genómica que solicitó permiso para asistir como oyente a las clases de Genética en Harvard, adonde acudía después de salir del trabajo, una semana tras otra, y se sentaba en una vieja silla de madera con un solo brazo y su tablilla sobre la que escribir, soñando con hallar aquel gen que fuese la prueba irrefutable de la esquizofrenia. Sin embargo, McDonough comenzó a sentir la frustración muy pronto. A pesar de tanto bombo y platillo, estaba claro que todas las ubicaciones genéticas que se habían asociado con la esquizofrenia desde que se completó el Proyecto del Genoma Humano –y ya eran más de un centenar– tenían un efecto tan minúsculo que la idea de crear un fármaco dirigido a cualquiera de ellas se antojaba ridícula. En ese momento, McDonough comenzó a buscar otra vía: un atajo para estrechar la búsqueda. Y pensó si no sería más fácil tratar de encontrar un pajar más pequeño donde

ponerse a buscar. En lugar de buscar entre el código genético de muchos miles de personas sin relación entre sí, ¿por qué no estudiar un grupo limitado de personas que pudiera haber heredado el trastorno debido a una irregularidad genética que tuvieran todos ellos en común?

¿Cómo es que no había nadie –pensó él– que estuviese investigando a las familias?

No es que McDonough desconociese los inconvenientes. Sabía que la mutación genética de una familia –o, tal y como se la llama en este campo, una «variante genética que causa una enfermedad»– podía ser única y no aparecer en otra familia, y por tanto carecería de sentido emplear recursos en ello. Aun así, también sabía que una anomalía en una familia podría revelar algo fundamental sobre la enfermedad, algo que todo el mundo estuviera pasando por alto. Tenía que encontrar a alguien que tuviera esa mismo pálpito que él: una persona experta en la esquizofrenia y las familias que pudiera enseñarle más. Encontró a una catedrática en Harvard –una cómoda parada en su camino de vuelta a casa desde el trabajo, en Cambridge– que tuvo la amabilidad de charlar con él sobre el uso del diagnóstico por imagen con el cerebro de los pacientes de esquizofrenia. Las familias no eran lo suyo.

Sin embargo, aquella mujer conocía a Lynn DeLisi.

–Mi nombre ya figura en más estudios publicados de los que necesito –le dijo DeLisi–. Lo que yo quiero es encontrar esos genes y ayudar a curar esta enfermedad.

No estaba trabajando muy lejos de McDonough, en Brockton, donde acababa de entrar a formar parte del personal del Departamento de Psiquiatría del Sistema de Salud para Veteranos en Boston. Ese mismo año, en 2009, se había trasladado desde Nueva York a Massachusetts, donde también estaba dando clases en la Facultad de Medicina de Harvard. Desde su divorcio con Pfizer en el año 2000, DeLisi había estado apartada de su propia investigación: no había ninguna farmacéutica interesada en retomarla donde se había quedado en el momento de la venta de Parke-Davis, hasta ahora.

Mientras escuchaba a McDonough, que le contaba lo que él quería hacer, era difícil de decir qué fue lo que DeLisi sintió con una mayor

intensidad: la sorpresa de que una compañía farmacéutica estuviera interesada en su trabajo después de tanto tiempo, o la impaciencia por volver a ponerse en marcha otra vez. Para McDonough, DeLisi lo tenía todo: era una investigadora de talla mundial y una pionera en su campo, entregada a la práctica clínica, que valoraba mucho la relación cara a cara con los pacientes, una genetista decidida que ansiaba encontrar una cura, y lo mejor de todo era que había estado recopilando el ADN de familias con esquizofrenia desde antes de que McDonough se graduara en el instituto. Y era una mujer agradable, algo que él agradecía, dado el carácter tan territorial y reservado que pueden llegar a mostrar algunos investigadores académicos cuando los aborda alguien del entorno de las farmacéuticas.

DeLisi invitó a McDonough a que se uniera a ella en sus rondas por el ala de pacientes internos de Psiquiatría en el Hospital del Departamento Federal de Veteranos. Aquel sería el primer contacto cara a cara del investigador de biotecnología con personas que sufrían la enfermedad que él quería curar. Observó a DeLisi, con su voz amable pero firme y directa, en una visita a un paciente que parecía calmado, con los delirios bajo control, y poco después se enteró de que había cometido un crimen atroz. Otros pacientes en el hospital de veteranos parecían completamente aplacados por la medicación, pero reconocían con total naturalidad que sí, que seguían oyendo voces. «Me están pidiendo que mate a alguien», dijo uno.

McDonough comenzó a ver que muchos de los enfermos estaban presentes en el plano cognitivo, pero carecían de las emociones que te suelen dar la impresión de que una persona está realmente ahí. Aun así, no entendió la difícil situación de todos los que estaban allí hasta que por fin vio a un paciente que estaba sufriendo una fuerte crisis, se atrincheraba en su habitación y bufaba con ira a todos los asistentes que tenía a su alrededor. «Los han tenido aparcados en un lugar donde nadie puede tratar de verdad con ellos», dice McDonough.

Aquí estaba el verdadero motivo, pensó él, por el que las grandes farmacéuticas podían permitirse ser tan caprichosas e inconstantes en lo referente a la búsqueda de nuevos fármacos para la esquizofrenia, por qué pasaban las décadas sin que nadie encontrara siquiera nuevos

objetivos hacia los que orientar esos fármacos: se percató de que aquellos pacientes no podían defender sus intereses.

DeLisi llegó a un acuerdo con Amgen para trabajar con McDonough en un nuevo estudio sobre la esquizofrenia. Había una montaña de burocracia con la que lidiar. Primero se planteó la duda de si DeLisi era realmente la propietaria de sus muestras de las familias, ya que el trabajo de recopilación de la mayoría de ellas se había producido mientras ella formaba parte de una institución, la Universidad Estatal de Nueva York, de la que ya se había marchado. A continuación, Amgen necesitaba documentos que demostraran que todos y cada uno de los donantes de la colección de DeLisi habían dado su consentimiento para que se pudieran utilizar sus datos biológicos en una investigación. Tras cientos de correos electrónicos, DeLisi y McDonough recuperaron una selección de muestras que Lynn había almacenado en el Instituto Coriell, el ADN de unas trescientas familias, conservados perfectamente en cultivos.

McDonough se quedó impresionado cuando echó un primer vistazo a la antigua investigación de DeLisi. La secuenciación completa del genoma era imposible en los años noventa, y aun así, el nivel de análisis que había alcanzado DeLisi con aquellas muestras era muy adelantado a su tiempo. Esas muestras habían despertado ahora, un poco al estilo Rip van Winkle, en los tiempos del análisis genético por computadora, un análisis que ahora iba a ser más fácil que nunca, y también más preciso, más detallado y con una mayor cantidad de matices.

Para este nuevo estudio tan solo querían los casos más palmarios y llamativos de familias multiplex que pudieran encontrar. Tenía que haber un mínimo de tres personas con esquizofrenia en cada familia y debía haber otras tres sanas. Se decidieron por nueve familias, cuatro con las que DeLisi se había puesto en contacto mientras trabajaba en el Departamento de Veteranos y otras cinco de su antigua colección. Los Galvin formaban parte de este segundo grupo, con diferencia el mayor número de hermanos dentro de una misma familia en toda la muestra.

El objetivo de McDonough y DeLisi era ver si alguna de estas

familias era portadora de una mutación o irregularidad genética rara que tuvieran en común sus miembros enfermos. Este era el motivo de que el tamaño de las familias de su análisis fuese de tal relevancia: los dos investigadores sabían que cualquier variante genética hallada en una persona esquizofrénica podría estar también presente en cualquier familiar afectado, padres o hermanos, por simple casualidad, y no porque fuera una causa del trastorno que tenían en común. Al fin y al cabo, los padres tienen la mitad de sus genes en común con sus hijos, y una variante presente tan solo en un hermano tiene un 50 % de probabilidades de estar presente en otro hermano o hermana. Ahora bien, según aumenta el número de miembros de la familia con esquizofrenia, el hecho de que todos y cada uno de ellos tengan una misma variante genética concreta se vuelve mucho más significativo. Entonces se reduce la probabilidad de que la mutación sea inocua o de que no esté relacionada con su esquizofrenia, y, si discurre paralela a la enfermedad en más y más miembros de la familia, esa mutación tendrá cada vez más probabilidades de ser la causa. El supuesto que sí estaban asumiendo era que cualquier mutación rara que hallasen les iba a ofrecer una nueva perspectiva sobre la enfermedad. «Aunque dicha mutación en particular pueda ser exclusiva de esa familia», dice DeLisi, «es posible que la anomalía en ese gen forme parte de una ruta bioquímica global que puede ser anormal en la esquizofrenia».

En efecto, DeLisi y McDonough encontraron algo tentador en los Galvin[198]: una mutación que tenían todos los hermanos de los que DeLisi había tomado muestras en los años ochenta, en un gen llamado SHANK2. La mutación que hallaron estaba vinculada con un proceso importante del cerebro, relacionado de manera vital con la esquizofrenia. El SHANK2 colabora en las comunicaciones de las células cerebrales, es un gen que codifica las proteínas que ayudan a las sinapsis del cerebro a transmitir señales y a las neuronas a reaccionar con rapidez. La mutación de los Galvin altera de forma significativa la proteína que produce el SHANK2. «La mutación se encontraba justo en uno de los puntos funcionales conocidos del SHANK2», dice McDonough, «justo en uno de los lugares que sabemos que son críticos para la función del SHANK2». Así, aquella mutación

marcaba el rumbo hacia algo nuevo, posiblemente, relacionado con la enfermedad: un proceso molecular con un pequeño defecto que podría compartir más gente aparte de aquella familia, y la esquizofrenia formarse en ese proceso. «Ciertamente, conforme a los estándares científicos, no se trata de una prueba demostrativa de que esta mutación causara la enfermedad», dice McDonough. «De lo que nos habla, realmente, es de un mecanismo de la esquizofrenia».

Otras variantes igualmente raras han alterado la investigación de otras enfermedades. Los investigadores del párkinson, por ejemplo, hallaron una mutación genética que afectaba a la proteína α-sinucleína en una familia italiana que les indicó el camino para desarrollar nuevos fármacos. El mayor ejemplo de todos podría ser el desarrollo de las estatinas, los fármacos que disminuyen los niveles de colesterol LDL en miles de personas con riesgo de padecer afecciones cardíacas. Hacía años que los científicos sabían que el colesterol alto contribuía a estas afecciones, pero no se logró ningún avance en la disminución de estos niveles hasta que dos investigadores del Centro Médico Suroeste de la Universidad de Texas en Dallas dieron con unas familias en las que se había producido una aparición muy temprana de los trastornos cardiovasculares y que tenían unas mutaciones que afectaban a la capacidad del cuerpo para eliminar el colesterol de la sangre. Esta mutación no estaba presente en la mayor parte de las personas con trastornos cardíacos, pero daba igual: el estudio de esas mutaciones descubrió la manera en que se pueden reducir los niveles de colesterol, y no solo en esas familias, sino en prácticamente todo el mundo. El fármaco que se desarrolló para corregir ese problema concreto con el LDL terminó revolucionando el tratamiento de las afecciones cardíacas.

Este podría ser el verdadero milagro que ofreciese el Proyecto del Genoma Humano: no tanto la posibilidad de hallar una prueba irrefutable del gen, que podría existir o no, sino la capacidad para ver cómo cobra forma la esquizofrenia en el cerebro. El SHANK2 no era más que un ejemplo de esto; tenemos otro en el modo en que el CHRNA7 de Robert Freedman arrojó algo de luz sobre los problemas del procesamiento de la información. Y, al mismo tiempo que DeLisi y

McDonough trabajaban en lo suyo, un equipo del Instituto Broad en Cambridge[199] –aquella colaboración entre el MIT y Harvard que se había encargado de los esfuerzos con los GWAS en la esquizofrenia– publicó un estudio muy divulgado sobre la identificación de una mutación en un gen llamado C4A –más común que la del SHANK2, pero aún demasiado rara como para atacarla con un fármaco– que parecía intervenir en el podado excesivo de las sinapsis cerebrales. Su investigación sugería que en las personas con esquizofrenia se podían haber cortado durante la adolescencia ciertas sinapsis que iban a ser necesarias más adelante en la vida: otro ángulo desde el que observar el proceso de la esquizofrenia. Aunque no está claro que los Galvin tuvieran esa mutación del C4A, sí participaron también en aquel estudio, ya que se hallaban entre las primeras familias que donaron su ADN a la bolsa de datos analizados por el equipo del Instituto Broad.

El estudio de DeLisi y McDonough se publicó en *Molecular Psychiatry* a finales de 2016. No era posible decir con seguridad si esta variante concreta del SHANK2, en ese gen específico, provocaba la esquizofrenia de los Galvin, pero esa conclusión era coherente con lo que vieron DeLisi y McDonough. Treinta años después de que la doctora conociese a la familia en el salón de su casa en Woodmen Valley, DeLisi había llegado a lo que podría ser una respuesta a la pregunta que acuciaba a los Galvin: ¿por qué?

Y aquella respuesta llegó con algunas sorpresas. La primera implicaba la vinculación de los tres genes SHANK diferentes –SHANK1, SHANK2 y SHANK3– no solo con la esquizofrenia, sino con otras enfermedades mentales. Antes de esta investigación, otros habían realizado estudios independientes[200] sobre la relación de cada uno de los genes SHANK con el autismo y con otros trastornos cerebrales. Ahora, tomados en conjunto, toda la investigación indicaba que al menos algunas variedades de la enfermedad mental se dan en un espectro: alguna gente con ciertas mutaciones de los genes SHANK puede tener autismo, mientras que otras son bipolares y otras tienen esquizofrenia.

El concepto de un espectro de enfermedad parece muy relevante en el caso de la familia Galvin. Peter, por ejemplo, iba pasando de un diagnóstico a otro, de la esquizofrenia al trastorno bipolar. A Donald

también le diagnosticaron una manía y le recetaron litio muy temprano, antes de que los médicos pasaran al surtido habitual de neurolépticos. La lista de síntomas de Joe era distinta de la de Jim, y la de Jim era distinta de la de Matthew… y, desde luego, no había ningún otro como Brian. Aun así, siete de los diez hermanos –los siete que facilitaron muestras a DeLisi incluidos algunos no diagnosticados– tenían todos la misma mutación en un gen que ya había aparecido de manera destacada en otras enfermedades mentales.

«Lynn tenía razón», dice McDonough. Estudiar las familias con múltiples casos del trastorno mental era, al fin y al cabo, estudiar un problema genético en común, un problema que se manifiesta de manera diferente dependiendo de cada persona. «Estamos hablando de familias multiplex, y desde luego que parece que los mismos determinantes genéticos pueden dar lugar a trastornos levemente distintos».

Es posible que los descubrimientos como la mutación de la familia Galvin pudieran marcar el rumbo hacia una concepción completamente nueva de la enfermedad mental, y eso podría suceder más pronto que tarde: ya está sucediendo en algunas esferas. En 2010, el psiquiatra Thomas Insel, por entonces director del NIMH, hizo un llamamiento a la comunidad investigadora para redefinir la esquizofrenia como «una colección de trastornos del desarrollo neurológico»[201], y no como una sola enfermedad. El final de la esquizofrenia como un diagnóstico monolítico podría suponer el comienzo del final del estigma que rodea a esta enfermedad. ¿Y si la esquizofrenia no fuese ni siquiera una enfermedad, sino un síntoma?

«La comparación que utilizo yo es que, hace años, los profesionales clínicos solían ver la “fiebre” como una enfermedad», dice John McGrath, un epidemiólogo del Centro Queensland para la Investigación de la Salud Mental en Australia y una de las autoridades mundiales en la cuantificación de poblaciones de enfermos mentales. «Después la dividieron en diferentes tipos de fiebres, y entonces se dieron cuenta de que tan solo era una reacción inespecífica a diversas enfermedades. La psicosis solo es lo que hace el cerebro cuando no está funcionando bien».

La segunda sorpresa se produjo con Mimi. Durante décadas, la madre de los Galvin había insistido en que la enfermedad de la familia venía por el lado de Don. En lo que a ella se refería, el historial de depresiones de su marido lo demostraba, y nadie que hubiera investigado a la familia había tenido nunca motivo alguno para llevarle la contraria. «Estábamos buscando algo transmitido por el lado paterno», dice McDonough.

Sin embargo, la mutación del SHANK2 venía por el lado materno de la familia, lo cual sugería que podría haber sido Mimi desde el principio la portadora de la mutación responsable de la enfermedad de la familia. Otro estudio del SHANK2 y la esquizofrenia[202] que se publicó más o menos hacia la misma época que el de DeLisi y McDonough señalaba otros ejemplos en que una madre no afectada transmitía una mutación a un hijo varón que sí desarrollaba la enfermedad. También debería ser posible que un padre fuese el portador no afectado: el SHANK2 no es un gen específico de un sexo, no se encuentra en los cromosomas X o Y, que determinan el sexo, sino en el cromosoma 11.

¿Cómo es que seis de los diez hermanos varones desarrollaban una enfermedad mental grave, pero no lo hacía ninguna de las dos hermanas? Podría ser cuestión de simple azar: se echa la moneda al aire y les sale cara a las dos chicas y a cuatro de los diez chicos. Podría ser que el problema del SHANK2 en los Galvin apuntara, tal y como sugerían DeLisi y los otros coautores en el estudio, a «una influencia dependiente del sexo no descrita aún» sobre el modo en que se desarrolla la enfermedad…, aunque eso no explicaría el caso de los hermanos varones que no desarrollaron la enfermedad.

O podría ser que la mutación por el lado materno se estuviera entremezclando con algo más por el lado paterno, es decir, que la mutación del SHANK2 no haga nada por sí sola, sino que requiera de otra mutación en alguna otra parte para que se abone el terreno para la enfermedad. Esto sucede a veces con las mutaciones genéticas. El genetista Kevin Mitchell ha apuntado[203] que las mismas mutaciones concretas se pueden manifestar de manera distinta en personas diferentes: la misma mutación puede desencadenar una epilepsia en

algunas personas mientras que en otras desencadena el autismo, la esquizofrenia o nada en absoluto. Y, a veces, una segunda mutación rara en cualquier otra parte de su genoma sugiere un efecto combinado.

Es posible, incluso probable, que el defecto genético que causó la esquizofrenia en los hermanos Galvin no fuese culpa de Mimi o de Don, sino el efecto de las anomalías de ambos a la vez: un cóctel completamente original y lo bastante potente como para cambiarles la vida a todos ellos.

CAPÍTULO 37

2016

Centro médico de la Universidad de Colorado, Denver, Colorado

Mientras DeLisi y sus nuevos socios de Amgen seguían la pista del gen SHANK2 en Cambridge, Robert Freedman continuaba con su trabajo en Denver. Igual que DeLisi, Freedman había pasado por un primer período largo de expectativas muy prometedoras al que le había seguido un doloroso revés de la fortuna: la emoción de aislar el primer gen que desempeñaba un papel confirmado en la esquizofrenia y la angustia de ver que los ensayos con los fármacos que activaban el receptor cerebral de ese gen se quedaban en nada. Freedman se había topado con un muro, y ahora estaba buscando alguna otra puerta de entrada, una nueva estrategia para ayudar a reparar o a fortalecer el único gen que él sabía que marcaba una diferencia.

No dejaba de darle vueltas a la idea de que, en lo que a su valioso gen se refería, el CHRNA7, quizá los investigadores hubiesen llegado demasiado tarde como para ayudar a unos pacientes adultos como los hermanos Galvin. Como tantos otros genes, este se desarrolla por completo en el vientre de la madre, antes del nacimiento. Freedman solía pensar en el desarrollo del cerebro de un bebé como si fuera una serie de actualizaciones en un ordenador: un feto comienza con un sistema operativo muy sencillo, y, conforme crece, ese sistema operativo va instalando la siguiente versión, más sofisticada. El gen CHRNA7 aparece muy pronto en el útero, y, hasta donde Freedman podía saber, su propósito es ayudar a instalar el sistema operativo definitivo, el que utilizamos cuando somos adultos. Esto significaría que la suerte ya está echada en el momento en que nace el bebé. Si Freedman estaba en lo cierto y la esquizofrenia depende de la situación en que se encuentre el CHRNA7, la única opción podría consistir en tratar de arreglarlo durante el embarazo.

La tarea de Freedman parecía clara: si era capaz de reparar los

defectos del CHRNA7 en el vientre materno, tendría la posibilidad de cortar de raíz la esquizofrenia, antes de que el trastorno se materializara siquiera. Si pudiera conseguirlo, entonces Freedman quizá evitase el desarrollo de los síntomas en toda una generación –y todas las generaciones posteriores– de personas con predisposición genética a sufrir la enfermedad. Difícilmente podría imaginarse un objetivo menos realista. La FDA, la Administración Estadounidense de Alimentos y Medicamentos, tendría que dar el visto bueno a un fármaco para mujeres embarazadas, y eso parecía poco probable, por decirlo de la manera más suave. Medicar a un feto, administrarle un fármaco a un niño que aún no ha nacido, era algo que no iba a suceder.

Lo que necesitaba Freedman era un método que no implicara ninguna cirugía ni fármacos sintéticos. Lo que descubrió de un modo tal vez milagroso fue que la acetilcolina –la sustancia que gestiona la operación concreta del cerebro que él quería atacar, la del procesamiento de la información– no era exactamente lo que más necesitaba el CHRNA7 en sus momentos iniciales. Lo más necesario para este gen durante la etapa fetal era un nutriente más que benigno e inocuo que estaba a la venta en todas las parafarmacias y tiendas de suplementos nutricionales de Estados Unidos.

La colina se encuentra en una gran cantidad de alimentos que comemos todos los días, como las verduras, la carne, los huevos y las aves de corral. Una mujer embarazada le dosifica la colina a su futuro hijo como parte de su dieta diaria, a través del líquido amniótico. La idea de Freedman era bien sencilla: ¿qué pasaría si la futura madre de un hijo con predisposición a desarrollar la esquizofrenia tomase unas dosis enormes de colina mientras aún lo lleva en su seno? Podría tratarse de un suplemento nutricional, igual que el ácido fólico en las vitaminas prenatales que se insiste en que tomen las embarazadas para evitar la espina bífida y el paladar hendido. Tal vez entonces, el cerebro de un niño en situación de riesgo se desarrollara de forma sana, algo que de otro modo no haría.

La FDA sí dio el visto bueno a este experimento. El equipo de Freedman en Denver llevó a cabo un estudio de doble ciego en el que

unas embarazadas recibían unas dosis elevadas de colina: las mujeres del grupo de control se quedaban en observación para tener la seguridad de que ingerían la suficiente carne y huevos, para tener la certeza de que nadie en el estudio se quedaba sin tomar al menos la cantidad adecuada de colina. Cuando nacieron los bebés, los que habían recibido la colina en el útero pasaron el test del doble clic de Freedman para medir el filtrado auditivo: el 76 % de ellos tenía un filtrado sensorial normal, en contraste con el 43 % del grupo de control.[6] Incluso los bebés con la irregularidad del gen CHRNA7 tenían, en más casos, un filtrado auditivo normal. Las buenas noticias se mantuvieron conforme iban creciendo los niños. A los cuarenta meses, el equipo de Freedman observó que el grupo de la colina tenía menos problemas de atención y un menor retraimiento social en comparación con el grupo de control. Parecía que la colina funcionaba bien prácticamente con todos.

El estudio de Freedman sobre la colina se publicó en 2016[204], el mismo año que el estudio del C4A del Instituto Broad y el estudio del SHANK2 de DeLisi. En 2017, la Asociación Médica Americana aprobó una resolución[205] según la cual las vitaminas prenatales debían incluir unos niveles más altos de colina para ayudar a evitar la aparición de la esquizofrenia y otros trastornos del desarrollo cerebral. Habían sido necesarios treinta años, y por el camino se había topado al menos con un callejón sin salida. Solo el tiempo nos dirá con certeza la diferencia que podrá suponer la colina después de varias décadas, pero gracias en parte a su trabajo con los Galvin, Freedman había dado con una estrategia decisiva de cara a la prevención de la esquizofrenia.

En otoño de 2015, Freedman viajó a Nueva York para asistir a un simposio anual patrocinado por la Fundación para la Investigación del Cerebro y la Conducta, el grupo anteriormente conocido como NARSAD, que recaudaba millones de dólares para la investigación de nuevos tratamientos para las enfermedades mentales. Los resultados del trabajo de Freedman con la colina ya eran bien conocidos, y Freedman acudía para recibir uno de los más altos honores en su campo: el Premio Lieber por un Logro Destacado en la Investigación de la Esquizofrenia.

Para celebrarlo con él en Nueva York estaba Nancy Gary, quien, junto con su marido, Sam, había donado fondos para una cátedra en el Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Colorado, donde trabajaba Freedman. Nancy se había entusiasmado con el estudio de la colina. Años antes, Sam y ella habían financiado la construcción de un pabellón en el hospital de la universidad para niños con trastornos psiquiátricos. Ahora, una Nancy con más de ochenta años y un Sam con más de noventa se habían comprometido a respaldar el siguiente proyecto de Freedman: hacer un seguimiento durante varias décadas de los niños que habían recibido los suplementos de colina cuando aún estaban en el útero. Entendían bien lo que podría suceder si la colina realmente suponía tal diferencia: algunas variedades de esquizofrenia podían seguir el mismo camino que el paladar hendido. «Ese hombre es brillante. Lo apoyaría en lo que fuera que hiciese, porque así de bueno es», decía Nancy.

En su avión a Nueva York, Nancy se trajo a una invitada, alguien a quien Freedman hacía años que no veía, desde los tiempos en que ella vivía con su hermano Peter en Boulder. Hasta que Nancy le volvió a presentar a Lindsay, el médico no tenía ni idea de que existiera un vínculo entre ellas. Para él, aquel momento fue como uno de esos programas de la tele donde te traen a gente a la que no ves hace siglos: una de sus mayores benefactoras había estado ayudando también a la familia más grande de entre las que habían contribuido en su investigación.

Después de pasar muchos años en Boulder, Lindsay y Rick se habían mudado a Vail, donde ella continuaba al frente de su negocio de organización de eventos corporativos y él trabajaba como instructor de esquí. Juntos veían crecer a sus hijos: una niña, Kate, y un niño, Jack, que ya eran unos adolescentes. Lindsay y Nancy habían perdido el contacto durante varios años, hasta que la una se topó con la otra en las pistas de Vail, donde Jack estaba en el mismo grupo de esquí que uno de los nietos de Nancy. Volver a conectar con Margaret y Lindsay fue una gran alegría para ella, y así, invitó a las hermanas a las reuniones familiares en Vail. Mimi no participó del reencuentro –sus días de vida social con Nancy Gary eran ya cosa de un pasado muy

lejano–, pero sus dos hijas sí se emocionaron al volver a tener un trato habitual con la familia que había tenido una influencia tan grande en la vida de ambas.

Lindsay se había traído a su hija al simposio de Nueva York. Nancy las alojó en el hotel Pierre, y se sentaron todas juntas a ver a Freedman dar su discurso al recoger su galardón. «Bueno, una de las desgracias de dedicarte a la investigación del ciclo vital del ser humano es que coincide con el ciclo de tu propia vida», dijo Freedman, que arrancó una carcajada entre el público. «Cuando se haya terminado este estudio, yo tendré ciento treinta y cinco años. Algún investigador joven tendrá que venir a verme a la residencia de ancianos a contarme si esto ha salido tal y como yo pensaba».

Después, cuando el doctor tuvo más tiempo para charlar, Nancy sonreía de oreja a oreja mientras le contaba a Freedman que había sido ella quien envió a Lindsay a Hotchkiss, que las sacó a ella y a su hermana del hogar de la familia Galvin cuando las cosas no podían ir peor.

Lindsay sonreía en silencio y sin querer entrar en detalles técnicos, como que no fue Nancy quien pagó su matrícula en Hotchkiss y que fueron tres los años que pasaron en los que los Gary ya se habían llevado a Margaret de la casa y a ella no. Y sonrió un poco más cuando Nancy comenzó a alabar a Lindsay y todo cuanto había hecho. Allí estaba la chica a la que había rescatado, la que había sobrevivido: la «Chica Que Consiguió Vivir».

MIMI

DONALD
JOHN
MICHAEL
RICHARD
MARK
MATTHEW
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 38

Hola, familia Galvin:

¡Hay novedades en el tema de la investigación! A la gente del estudio de Harvard le gustaría obtener muestras de sangre de los nietos de papá y Mimi que ya sean mayores de edad. Su esfuerzo en la investigación de la esquizofrenia es continuo.

Papá y Mimi han participado de forma activa en las investigaciones desde los años setenta. La doctora DeLisi nos enviará a un flebotomista este mismo otoño, y he pensado que podíamos convertirlo en una celebración.

Sé bien que a todos nos gustaría encontrar la cura de esta enfermedad tan trágica. Estamos en contacto para ver cuándo y dónde nos reunimos.

¡Os quiero a todos!

MARY

Correo electrónico de Lindsay
a los miembros de la familia,
9 de septiembre de 2016

En un domingo de noviembre, más de una docena de miembros de la familia Galvin estaban invitados en casa de Margaret en Boulder. El propósito de la reunión era recoger tantas muestras de ADN como fuera posible de aquellos miembros de la familia Galvin que no padecieran una enfermedad mental con el fin de utilizarlas como grupo de control frente a las muestras que ya tenían los investigadores. Un ayudante de DeLisi había llegado en avión con un flebotomista que se llevaría las muestras de la familia de regreso a Boston.

–Es como una fiesta de vampiros –dijo Margaret–. Tenía que haber sido en Halloween.

DeLisi se había puesto en contacto con los Galvin aquel verano, poco antes de la publicación de los resultados del SHANK2. Hasta entonces, nadie en la familia tenía la menor idea de que sus muestras de sangre eran la piedra angular de la investigación del NIMH sobre la genética de la esquizofrenia, que formaban un conjunto de datos que había intervenido en prácticamente todos los estudios genéticos de la

enfermedad desde aquel entonces. Llevaban décadas sin saber nada de DeLisi, tal vez desde finales de los ochenta, cuando uno de sus compañeros se puso en contacto con ellos para hacer un seguimiento tras la primera visita de DeLisi. Fuera quien fuese el miembro de la familia que atendió la llamada se negó a concertar una cita y les pidió que no volvieran a llamar. Es algo que sucede en ocasiones: las familias cambian de opinión o el investigador llama en un momento inoportuno.

El nombre de la familia no figuraba en el propio estudio, por supuesto, pero DeLisi compartió encantada la noticia de la mutación con Lindsay, que se lo comentó a su hermana y su madre. Mimi, que acababa de cumplir los noventa, lo sintió como una pequeña cura de humildad. Se había pasado tantos años culpando de la enfermedad a la rama paterna de la familia que ahora tenía poco que decir al respecto salvo reírse con timidez. Sin embargo, para Margaret y Lindsay no fue una satisfacción menor el ver a su madre rebatida de un modo tan definitivo, y también era un motivo de emoción para ellas que continuase la investigación iniciada tantos años atrás, ahora con la posibilidad de tener algo que poner sobre la mesa. Por primera vez en muchos años, sintieron algo similar a la esperanza.

A ninguno que acudiese a la extracción de sangre le iban a decir si era portador de la mutación del SHANK2 o no; los resultados de las pruebas de ADN se iban a utilizar de forma anónima, únicamente con fines investigativos. «Somos números, no nombres», dijo Margaret. Aun así, Lindsay y ella se sorprendieron al ver quienes acudían y quienes no: los que sí querían reconocer el problema genético del que podrían ser portadores y los que no tendrían el menor inconveniente en comportarse como si el problema jamás hubiera existido. Vino su hermano Michael, pero no le hizo mucha gracia; aquello le hacía sentir como si le echaran sal en una vieja herida. La tía Betty, hermana de Mimi que ya iba camino de los noventa años, se había casado y había tenido unos hijos que no parecían sufrir la enfermedad mental que había perseguido a la familia de Mimi. Ella seguía viviendo en la costa este, demasiado lejos para hacer el viaje, y tampoco acudieron sus hijos ni sus familiares. La siguiente generación

tuvo una asistencia especialmente desigual. Vinieron los hijos de Michael, no así los de Mark, y el hijo que Richard tuvo a los diecisiete años dio la sensación de ofenderse ante la sola sugerencia de que debería acudir allí.

El personal sanitario le contó a Lindsay que no era en absoluto inusual que hubiera personas que no se presentaran. La enfermedad las aterroriza, y, simplemente, no quieren ni pensar en ella.

Una semana después, Mimi salió a paso de tortuga de su habitación, descendió un breve tramo de escaleras y llegó hasta una silla ante la mesa de su cocina en Hidden Valley Road. Se movía con confianza, pero con la ayuda de un andador con una bombona de oxígeno portátil colgada de un lateral.

–Estoy muy artrítica, y me han puesto unas prótesis en varias articulaciones –había dicho al teléfono apenas unos meses antes–. Soy como la Mujer Biónica. –Esperó a oír una risa y continuó–: No tiene gracia, querido. Espera a llegar tú ahí. Dos intervenciones en la cadera, tengo noventa años, y les gustaría hacerlo otra vez, pero ya soy muy mayor. Estoy agotada, solo eso.

Un coágulo en un ojo le dificultaba a Mimi la lectura. «No hay nada como la sensación de tener un buen libro en las manos, pero ya tengo tan mal las manos que no lo puedo ni sujetar», dijo aquel día en la cocina. En ambos oídos llevaba unos audífonos que no dejaba de toquetear en su esfuerzo por entender a la gente cuando hablaba en grupo, pero sí podía escuchar aún una grabación en Salzburgo de *Don Giovanni*. «Cuando estoy aquí sola, puedo poner la ópera tan alta como quiera, o un ballet, o lo que sea». Tenía la cabeza tan despierta como siempre; continuaba siendo ella, negándose a cambiar: inteligente y muy leída, lo bastante fuerte para haber soportado gran cantidad de tragedias horribles, y aun así completamente reacia al autoanálisis.

Ambas hermanas conocían a la perfección la facilidad con la que su madre podía cambiar de tema cuando quería y desviar una conversación desagradable hacia sus experiencias con la Federación en cuanto podía –«Casi podría escribir un libro sobre la gente a la que conocimos en aquellas veladas tan maravillosas…»– o hacia sus años de la adolescencia en que exploraba Nueva York, o a la carrera militar

de Don. Se atribuía el mérito de la idea de convertir el halcón en la mascota de las Fuerzas Aéreas. «Mucha gente dice que fueron ellos los primeros en sugerir el halcón, pero eso no es cierto», decía Mimi.

Con mano izquierda, las hermanas intentaron llevarla a cuestiones más relevantes, aunque eso significara hacer que se sintiera incómoda. Aunque no sacó ella el tema, sí respondió algunas preguntas sobre Nancy Gary y los años en que Sam, Nancy, Don y ella hacían vida social juntos.

–Estábamos bastante unidos –dijo Mimi, aunque ella nunca tuviera una amistad muy personal con Nancy–. Nancy nunca fue de tener amistades de las de estar a partir un piñón, tal y como yo lo veo –dijo con toda naturalidad.

–¿Y por qué me fui yo a vivir con ellos, entonces? –le preguntó Margaret.

Mimi se dio la vuelta hacia su hija.

–Ah, pues porque ya teníamos a cuatro hijos en el hospital en un…

–Que sí, que ya me sé esa parte de la historia –dijo Margaret–. Pero ¿por qué me iban a acoger bajo su techo, si no erais tan buenos amigos?

Mimi le restó importancia a la cuestión.

–No lo sé, la verdad. Bueno, Nancy vio que Brian había muerto, y me llamó por teléfono.

Siempre que se veía en un aprieto, Mimi se aferraba a su antiguo perfeccionismo.

–Yo ya no pinto –dijo Mimi mirando a Margaret–, sobre todo porque no puedo competir con mi hija.

Margaret había comenzado a pintar, finalmente, ahora que sus hijas eran más mayores, y lo hacía muy bien. Escogía temas de la naturaleza igual que su madre en sus cuadros antiguos, pero los suyos eran más atrevidos, con más inventiva, e incluso estaba consiguiendo vender algunos, de inmediato.

Entonces, Mimi se dio la vuelta y miró a Lindsay.

–Esta siempre anda metida en algo. Monta unas fiestas enormes y maravillosas, ¡pero ese contrato que perdió…! –Y soltó una leve risa–. Iba a organizar la fiesta de la compañía petrolífera por un millón de

dólares, así de golpe.

El rostro de Lindsay no perdía la sonrisa. Con la mayor naturalidad posible, enumeró algunos de sus eventos más recientes, para una compañía de inversiones y otra de seguros de salud.

–Menuda clientela ha conseguido en veinte años –dijo Mimi–. Me dijo: «Madre, no me voy a dedicar a esto mucho tiempo, no tiene mucho de intelectual», pero estaba muy bien pagado. ¡Tendría que haberse doctorado en la Universidad!

Miró a Lindsay.

–¿Lo vas a dejar el año que viene?

–Con un poco de suerte –dijo Lindsay.

–Con un poco de suerte –repitió su madre–. ¡Y entonces abrirá una librería para poder ponerse a leer!

Lanzó una mirada a sus dos hijas.

–A las dos…, bueno, a las tres nos gusta leer –dijo con una sonrisa de orgullo de oreja a oreja–. Somos todas muy lectoras.

Ninguno de los chicos vivía ya con Mimi. Donald se había marchado a la residencia medicalizada Point of the Pines tres años antes, después de que su madre, apartada durante varios meses por un derrame cerebral, se viera demasiado frágil para cuidar de él ella sola en su casa. Aquello la entristeció; le gustaba contar con su compañía. Aun así, Mimi seguía viéndolos a todos y continuaba alterándose ante sus hijos enfermos, en particular ante Peter y Matt, cuya higiene la tenía horrorizada. «¡Súbete la cremallera! ¿Dónde te has dejado el cinturón? Anda y ve a darte una ducha».

Margaret y Lindsay entendían que lo hiciera, hasta cierto punto. Ahora bien, ¿acaso les irían mejor las cosas a los chicos si fueran por ahí luciendo una corbata y una cazadora? ¿Venían a cuento aquellas críticas a estas alturas?

–Es incapaz de decirte lo que siente de verdad sobre cualquier cosa concreta –dijo Margaret fuera del alcance del oído de su madre–, pero sí que puede ser muy crítica con tu forma de hacer el arroz.

Ante la mesa de la cocina, las dos hermanas se echaron a reír.

–Mamá –bromeó Lindsay–, si hubieras dicho que sí más a menudo, no habría ninguna esquizofrenia.

La respuesta de Mimi llegó de manera inmediata.

–Mi problema fue que dije que sí demasiadas veces.

Despacio, con sus hijas a su lado, Mimi se dejó convencer para hablar de lo que de verdad había sucedido… y de cómo se sentía en realidad.

Se acordó de Jim, amenazándola con un una cazuela grande cuando tenía dieciséis años, y de Donald intentando estrangularla aquella vez en que no encontraba su medicina.

–Me dejó aterrorizada –dijo Mimi–. De no haber sido por otros tres o cuatro de sus hermanos, yo creo que estaría muerta, porque me tenía sujeta por el cuello con una llave.

No tuvo el menor reparo en decir que tanto Jim como Joe habían muerto por las medicinas que supuestamente tenían que ayudarlos.

–Fueron los dos al hospital quejándose de que les dolía el pecho, y no recibieron atención ninguna –dijo Mimi–, porque eran unos enfermos mentales, y los dos se estaban muriendo por problemas del corazón.

Recordó hasta qué punto la destrozó enterarse de lo del padre Freudenstein. Don y ella no sospechaban nada, dijo Mimi, porque ¿quién iba a sospechar?

–A ver, tampoco fuimos unos padres muy espabilados, en absoluto. Éramos inocentes hasta decir basta, y dejábamos que los niños se fueran con él.

Habló del frágil estado mental de su marido, que, según la impresión que tenía ella, estaba relacionado con sus vivencias en la guerra.

–Entró en acción muchas veces, pero nunca hablaba de ello: yo creo que se lo guardaba todo dentro, sin más. –Su hospitalización durante su destino en Canadá se produjo diez años después de la guerra–. A las Fuerzas Aéreas les entró el pánico, porque era un oficial de inteligencia, y lo querían fuera de allí enseguida. Por eso se lo llevaron al Walter Reed. No encontraron enfermedad alguna. No le hicieron ninguna prueba sobre el trastorno por estrés postraumático.

Mimi volvió a erguirse y a poner la espalda recta cuando se puso a hablar sobre el hecho de que la culparan a ella de la enfermedad mental de sus hijos.

–Estábamos todos inmersos en una discusión con los médicos –dijo Mimi– y nos crucificaron. Éramos los peores padres del mundo. Nos hizo sentir terriblemente mal, nos dejó traumatizados, nos quedamos los dos paralizados mentalmente. Es algo que te deja de piedra, porque no sabes qué hacer, no tienes a nadie con quien hablar. Éramos una familia ejemplar, modélica para todo el mundo, así que pasamos una vergüenza de muerte la primera vez que ocurrió.

Ahora ya podía hablar de la vergüenza, libre por fin de aquella carga.

–Ah, en eso consistía todo, qué vergonzoso era. Cuando se pusieron a echar las culpas, eso me traumatizó de verdad, hasta el punto de darme la sensación de que no se lo podía contar a ninguna amiga, ni nada. Me lo guardaba todo y esa parte fue realmente dura. Creo que fue ahí donde me sirvió más o menos de ayuda apoyarme en la Iglesia. Estaba aceptándolo como si esa fuera mi suerte en la vida.

»Así que todo eso me dejó devastada –dijo Mimi–, porque pensaba que yo era muy buena madre. Hacía una tarta y un pastel todas las noches, o al menos tenía gelatina de frutas con nata montada.

*

A pesar de esos momentos de empatía con su madre, Margaret seguía siendo muy crítica con ella: todo en la vida de Mimi estuvo centrado en Donald y los demás hermanos enfermos hasta el punto de llegar a excluir todo lo demás, también la posibilidad de tener la relación que Margaret quería con ella.

–Yo nunca tuve a mi madre –dice Margaret–, por Donald.

Ahora la veía con tristeza, como una mujer que había sembrado vientos y recogía tempestades.

–Se salió con la suya –dice Margaret–, y eso tuvo un coste muy elevado en lo que se refiere a su relación con sus hijas y sus otros hijos, los que no tenían una enfermedad mental. Así que al final salió perdiendo. Apartó a la gente con la que ella podía haber mantenido una relación.

En opinión de Margaret, eso incluía a su padre.

–No lo sé, no estoy excusando sus aventuras, pero tampoco creo que

ninguno de los dos se dedicara a pensar mucho en nada de esto.

Ahora, Margaret era capaz de imaginarse la situación de un modo en que no había podido cuando era más joven. Las cosas se descontrolaron porque, con una familia tan numerosa, el milagro habría sido que alguna vez hubiera algo bajo control, eso para empezar.

–Yo creo que era una inconsciencia el hecho de tener doce hijos, de entrada –dice Margaret–, y después pensar que los iban a poder educar a todos para que llegaran a convertirse en unos ciudadanos de la élite estadounidense.

Margaret y Wylie tenían ya su propia familia –dos hijas adolescentes, Ellie y Sally–, pero los aspectos aterradores de su infancia seguían vivos muy dentro de ella. Margaret jamás olvidó lo insegura que la hacían sentir Donald y sus hermanos cuando era niña, así que se negaba a ver a Donald a solas y tampoco quería verlo cerca de sus hijas. No obstante, ahora que estaba casada y le iba bien con su familia, también se sentía culpable por disfrutar de lo que muchos de sus hermanos no tenían. El hecho de comprar unos leotardos caros a sus hijas en Lululemon podría desencadenar una espiral de juicios sobre sí misma. Sus hermanos enfermos jamás tuvieron la oportunidad de disfrutar de aquella vida.

«Ellos se estaban volviendo locos y yo me iba a nadar a la piscina del club de campo», escribió Margaret en su diario. «Ellos siguen estando locos y yo sigo yendo a nadar a la piscina del club de campo».

Así que trató de actuar, a medias. Margaret ayudaba desde la distancia, enviaba dinero y tarjetas regalo y apoyaba a su hermana por teléfono, escuchándola con actitud comprensiva, pero seguía sintiéndose demasiado vulnerable como para formar parte de la vida de sus hermanos.

–Es como intentar llenar un pozo sin fondo. No lo vas a conseguir jamás, es inútil intentar ayudarlos. Y no es que ellos no quieran estar mejor, es que nunca mejoran. Si te hablo con honestidad, yo me mantuve mucho más en un segundo plano que Lindsay.

Dejó de ir de visita a los hospitales y dejó de llevar a sus hijas las escasas ocasiones en que se presentaba.

–Me siento muy sola en el camino para superar el trauma por lo de mi familia –dice Margaret.

Lindsay agradecía tener a su hermana para hablar –«basta saber que hay alguien más que sabe de lo que estás hablando y que conoce la profundidad de ese dolor»–, pero el distanciamiento de Margaret con respecto a la familia le parecía ahora otro abandono. Ella decidió hacer justo lo contrario: continuar preocupándose por sus hermanos, seguir viendo a su madre y haciéndolo todo. Lindsay se ponía al frente y hacía de punta de lanza en todas las dificultades burocráticas a las que se enfrentaban su madre y sus hermanos: pelear por ayudas de la Seguridad Social, buscar la situación perfecta en cuanto a la vivienda, supervisar sus cuidados médicos, sugerir medicaciones distintas cuando parecían fallar las actuales… Aceptó los poderes notariales de sus hermanos, y también de Mimi, y al asumir el papel de cuidadora se sintió como si estuviera encarnando todo cuanto había admirado en su madre: aquella dedicación incansable que ambos doctores, Freedman y DeLisi, habían percibido cuando conocieron a toda la familia.

–Mis padres estaban destrozados –dice Lindsay–. Mi padre se vino abajo, es la verdad, y mi madre se transformó y se convirtió en esta defensora.

Lindsay sabía que lo que estaba haciendo la situaba en un rumbo de colisión con su hermana. Mientras Margaret se mantenía apartada, Lindsay se preguntaba por qué no había nadie más ayudando a hacer algo tan obviamente necesario.

–Me dejaba la piel y no pedía ninguna ayuda a nadie –dice Lindsay–, y después estaba resentida.

*

Lindsay fue la primera en llegar, como de costumbre, cuando Mimi sufrió otro derrame, a principios de 2017. Una vez ingresada su madre en la UCI, Michael y Mark relevaron a Lindsay. Incluso vino Matt.

En marzo, Mimi estaba en casa con cuidados paliativos, postrada en la cama pero sin cables ni monitores. A menos que uno pudiera permitirse una atención a tiempo completo, los cuidados paliativos no

significaban que enviaran a alguien a cuidarte, sino que te suministraran cosas como la morfina y unas indicaciones para que tú mismo cuidaras de tu ser querido. En el caso de Mimi, esto suponía ocuparse de la incontinencia y los catéteres.

Margaret se unió a ellos cuando Mimi ya estaba de vuelta en casa. Pasaba ratos cogiendo de la mano a su madre, dándole mensajes breves. Michael tocaba piezas brasileñas con la guitarra. Lindsay ordenaba la casa. Los tres hermanos charlaban sobre películas antiguas y disfrutaban de la compañía mutua. Así pasaron diez días, hasta que, de buenas a primeras, Mimi comenzó a comer de nuevo.

–Pensaba que me estaba muriendo –dijo Mimi–, por eso no comía nada.

Entonces pidió un huevo pasado por agua.

Margaret tenía programado un viaje a la costa oeste, donde su hija mayor, Ellie, estaba yendo a ver universidades. Habló del tema con su hermana Lindsay y estuvieron de acuerdo en que Margaret debía marcharse, por el bien de Ellie.

No obstante, el mismo día que Margaret se marchó, se produjo una confluencia de sucesos que se le vino encima a Lindsay de un modo en que ella no se esperaba.

Primero su hermano Matt –su antiguo entrenador de fútbol, que ahora se alojaba en una vivienda subvencionada por la administración y estaba medicado con clozapina– se plantó en Hidden Valley Road al volante de su viejo cacharro con ruedas.

Después llegó Peter –su antiguo compañero de piso en Boulder que ahora estaba ingresado en Pueblo, donde recibía con regularidad sus sesiones de TEC–, al que Michael se trajo en coche.

Entonces llegó Donald –el primero de la familia al que tuvo encima día y noche cuando era niña, el mismo al que una vez soñó con quemar en la hoguera–: Debbie, la asistenta de Mimi, se lo trajo desde la residencia donde vivía.

Los tres chicos enfermos estaban de nuevo en Hidden Valley Road, y Lindsay no tardaría en quedarse allí sola con ellos y con su madre.

Y Margaret estaba saliendo por la puerta.

Lindsay ya sabía que aquello no iba a durar toda la vida, que sus

hermanos solo estaban de visita, pero eso daba igual. Así, de golpe, volvía a tener diez años y se veía allí sola, abandonada, olvidada y atrapada. Se esforzó tanto como pudo, pero aquel recuerdo la recorrió de arriba abajo como el instinto de la memoria muscular: *Otra vez está pasando lo mismo.*

En las semanas siguientes, Margaret se pasaría por allí durante una hora o dos, pero no mucho más. Siguió adelante con sus planes para irse de viaje con unos amigos a Cabo San Lucas en abril, y desde allí se marchó de vacaciones a Crested Butte con Wylie y sus hijas.

Lindsay, furiosa con su hermana, se vio echando pestes de todo miembro de la familia que no venía a ver a Mimi. Mark vivía en Denver, por Dios bendito: ¿qué le impedía coger el coche y pasar el día en Colorado Springs? Lo mismo que Richard, siempre tan atento con Mimi: ¿dónde estaba ahora? Incluso John, al que ella adoraba, había decidido no volver a ver a Mimi. Decía que prefería recordarla tal y como a él le gustaba, y que no deseaba verla de aquel modo.

–Mis hermanos piensan que es algo raro que yo me involucre así –dice Lindsay–, y yo pienso que lo raro es no querer hacerlo.

La excepción era su hermano Michael. En 2003, el *hippie* y antiguo inquilino de la Granja se casó con su segunda esposa, Becky, que más adelante conseguiría un puesto en el ayuntamiento de la cercana localidad de Manitou Springs. Michael, que seguía llevando el pelo recogido en una coleta, echaba una mano a Becky con su negocio de horticultura y tocaba en pequeños bolos en restaurantes locales: llevaba una vida completamente sana y funcional, sin brotes psicóticos, sin delirios ni esquizofrenia. Con aquella manera suya de ver a sus hermanos enfermos, Michael se granjeó el afecto de Lindsay.

–Él piensa que la psiquiatría tradicional ha causado mucho daño a nuestros hermanos, y así ha sido. A ver, es que no se puede negar –dice ella.

Bastaba observarlos –con sobrepeso, temblores, incapaces de abandonar sus hábitos ni de pensar en nadie más que en sí mismos– para ver que no estaban más cerca de la cura que cuando sufrieron sus primeros brotes psicóticos.

Pero claro, Lindsay ya lo había probado todo.

–Yo no sé cuál es la alternativa –dice ella–. Lo que yo le digo es: «Mira, Mike, si estás dispuesto a llevártelos a tu casa sin que se tomen la medicación, pues adelante, claro que sí.

Michael tenía experiencia en el terreno del cuidado de enfermos. A lo largo de los años, se había ocupado de un hombre de Boulder, de su suegro y también de su propio padre, Don, hacia el final de su vida. Lindsay le pidió a Michael que se encargara de cuidar a Mimi, que compartiese las tareas con Debbie –la asistenta– y con un amigo de la familia, Jeff Cheney. Mimi se encargaría de pagar a los tres, también a Michael, con una mezcla de la pensión militar de su padre y de unos ahorros que ella manejaba.

A Michael le venía bien el dinero, pero la oportunidad de cuidar de la mujer que había proyectado una sombra tan alargada sobre su vida hacía que aquel trabajo pareciera irresistible. No tardó en averiguar que, por muy frágil que estuviera su madre, Mimi continuaba al mando. Consciente de lo mucho que le gustaba el Kentucky Fried Chicken, Michael se lo ofrecía para cenar, pero ella lo rechazaba diciendo que ya lo había cenado ayer. Entonces le preparaba unos espaguetis, y ella le decía que había hecho demasiada cantidad.

–Fue un poquito frustrante –dice Michael–. Estuve a punto de tirárselos por la cabeza.

MIMI

DONALD
JOHN
MICHAEL
RICHARD
MARK
MATTHEW
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 39

–Tengo que…, muy despacito –dijo Mimi con voz entrecortada, arrastrando las palabras pero con la sonrisa intacta–. Tuve un problema en la maleza –«cabeza»–. Y la mía está muy loca. Pero hay que hablar bien y más fuerte.

La mitad de las palabras que salían de los labios de Mimi no eran las que ella pretendía. Se tiraba un minuto entero arrancando y parando tan solo con la palabra «Austria», cuando ella en realidad se refería a la «India». «La mayoría de las palabras que decía sonaban como si dijera "agua"», dice Jeff Cheney, el amigo de la familia que ayudaba a cuidar de ella. Eso sí, Mimi nunca dejaba de tratar de explicarse, y siempre tenía dibujado en los labios algo parecido a una sonrisa.

–Margaret está aquí. Ella es como…, ya sabes. Y ahí tengo la boca… También habrá que irse, lo mismo…, ya se verá…, pero como soy…, ya sabes…, el mío eran ocho dólares por ser vieja, por hacerme tan vieja.

A Mimi se le escapó una risilla ahogada de exasperación.

–Fatal, pero puedo probar. A veces digo «niño, el cole», pero hoy, ¡«niño» o «el profe»!

Se volvió a reír.

–Lo intento un poco. Va fatal. Nada bien. Pensaba que ahora ya… habría terminado. –Se rio más fuerte, y entonces dijo algo absolutamente claro–: Bueno, como dijo Mary, «¡Madre, ahora es solo que tardas un poco más!».

A su alrededor, la gente había aprendido a descodificar gran parte de lo que ella intentaba decir a través de su afasia. Le pusieron una cama de hospital en el sótano de la casa, con un acceso más sencillo para sus cuidadores. Cada jornada traía alguna novedad: una infección de la vejiga, el estómago revuelto, náuseas, fuertes dolores que amortiguaba la morfina…, pero Mimi aún podía ver la tele –películas, las noticias de las cadenas por cable, y su favorita, Rachel Maddow–. Más incapaz de lo que estaba acostumbrada a verse, se alarmaba al

encontrarse sola y se echaba a llorar por cosas que ella creía que había que hacer en la casa, la mayoría de ellas imaginarias, como cuando creía que el pozo séptico rebosaba. Por primera vez en su vida, Mimi sufrió sus propios delirios.

Cuanto más se quedaba Lindsay con su madre, más la comprendía, o eso pensaba ella. Cuando quería decirle algo más complejo a Mimi, a veces le escribía una nota. Cuando su madre insistía en negarse a comer y en pedir algo distinto, Lindsay le escribía y le decía que pensaba que esos eran los últimos intentos de su madre por tratar de controlar lo que estaba pasando en su vida. Mimi estaba de acuerdo con Lindsay, pero continuaba haciéndolo de todas formas.

Lo que Mimi ya no podía seguir haciendo, por culpa de la afasia, era controlar la conversación.

–Este es mi hijo –dijo Mimi para presentar a Donald. Su hijo mayor había decidido venir a visitarla y traerle flores, algo que ella agradecía visiblemente–. No me ve mucho, pero hoy sí hemos *haplado,* y ahora vuélvete con cada uno con más frecuencia para venir más. Uno loco, ya sabes. –Se echó a reír.

Con sus habituales pantalones cortos con bolsillos y la camisa por fuera, Donald estaba sentado a los pies de la cama de su madre. No podía decirse que le afectara la situación de Mimi, no de manera perceptible, al menos. Ahora Donald se mantenía ya tan inmóvil la mayor parte del tiempo que solía ser muy difícil adivinar lo que estaba pensando. Aun así, Lindsay se había dado cuenta de que se desenvolvía con una mayor ligereza y sonreía más desde que se había mudado a la residencia. «Yo creo que el aislamiento social que tenía en casa de mi madre no era nada bueno para él», dice Lindsay. Debbie, la asistenta de Mimi, hacía también las veces de acompañante de Donald a tiempo parcial, lo recogía cada dos o tres días y se lo llevaba a hacer recados, o se iban a pasear por Woodland Park. En más de una ocasión, el plan era ir a visitar a Mimi, pero Donald decidía no hacerlo en última instancia.

–Es muy mandona –le decía a Debbie.

Hoy, sin embargo, sí había venido a verla, y con Mimi incapaz de intervenir, Donald se había apoderado de la conversación,

desinhibido, y daba buena muestra de tener un completo y preciso conocimiento de los nombres de todos sus familiares, incluidos sus cónyuges e hijos, y de las ciudades en las que vivían. Era como si hubiese estado prestando una atención muy detallada a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor a lo largo de los años, aunque tampoco tardó mucho en desviarse hacia sus fantasías, casi como si hubiera pegado un volantazo para salirse de una autopista y tirar campo a través.

–Yo avalé el sistema de cetrería de la Academia –dijo–. La mascota. Yo lo puse en marcha. También soy un arquitecto allí, en todo eso. Yo diseñé la capilla de los cadetes. La construyó Nuestra Señora de los Señores, pero lo hizo según mis deseos, para agradecerme algo que yo había hecho.

Dijo que Don y Mimi no eran sus verdaderos padres, que en realidad él había nacido cinco años antes de lo que decía su partida de nacimiento, y no en Estados Unidos, sino en Irlanda, en el seno de otra familia distinta que también llevaba el apellido Galvin.

–Mis padres utilizaban el apellido Galvin, pero ellos no eran de los Galvin –dijo.

Según Donald, él vino a vivir con esta familia cuando murieron sus verdaderos padres.

Se refería a Mimi como su esposa, y a su difunto padre como «el marido de ella». Don Galvin, el hombre que lo había criado, era «un santo», decía, «un neurocirujano» que lo había formado a él en aquella especialidad, aunque Donald había escogido otro camino profesional.

–Me hice científico biológico, y también científico en todos los campos de la medicina. Tengo diecinueve mil profesiones a las que me podría dedicar, pero ya he hecho seis mil seis.

Su favorita, decía él, era «la cetrería».

En todas sus historias, era como si Donald tuviera una especial insistencia en ser el cabeza de familia: un papel diseñado para él antes de caer enfermo y también un papel que no puede asumir ahora salvo en sus ensoñaciones más freudianas. En esas fantasías, Donald no solo está al mando, sino que tiene una potencia sobrehumana: decía haber engendrado a todos y cada uno de los miembros de su familia, salvo a

aquellos que no le caían bien. Peter, por ejemplo, era lo que él llama «un niño intercambiado». También lo era Matt. Sus hermanos eran su progenie, pero no en un sentido sexual. Él había inseminado y generado –el término que él utilizaba era «engendrar»– a sus hijos por medio de algo que él denominaba la «Mueca Americana», que consistía en quedarse mirando fijamente a alguien de la manera adecuada, con un gesto parecido al dolor, y su simiente llegaba a esa persona.

–La manera de hacer esto es ponerte a pensar en tus testículos, entonces bloqueas la cabeza y mueves los ojos así –decía, y entrecerraba los ojos de forma exagerada durante una fracción de segundo–. Esto se llama «mueca». La Mueca Americana, que da la simiente de Dick Tracy… y viaja hasta los ojos de la mujer, se matematiza y cae hasta su seno. Le llenas todo el cuerpo con la simiente por medio de las matemáticas. Y entonces entra. Así es como los niños salen bien.

Cuando le preguntaban, Donald hablaba de forma breve sobre el sacerdote que él decía que había abusado de él.

–Era un hombre ruin, y le pagaron para hacerme daño –decía. También decía no saber si el cura había abusado de alguien más, y que a él le pasó tan solo una vez. Ahora se le veía más animado al respecto de aquello–. Sufrí daños y cicatricé y lo superé. La naturaleza sana sola.

Mencionó el medicamento que debía tomar, pero esa conversación también se desvarió.

–Sé apreciarlo –dijo–. La medicina es para las infecciones de estafilococos, para vivir en grupo. El Haldol es para vivir en el pasillo con la gente. Soy farmacéutico. Siendo arquitecto, monté nueve mil farmacias nuevas en Estados Unidos, y por eso puedo ser farmacéutico, tomarme las pastillas. El Gobierno chino me lo ha propuesto, a ver si me atrevo, para que podamos conquistar el mundo y tener farmacias para todos. Por eso me gusta China. Soy un químico neurofisiólogo. Eso es a lo que me dedico en mi campo científico, como científico.

Donald sonrió. Lo mismo hizo Mimi, una sonrisa infeliz.

–Sí, claro –dijo Donald–. La vida sigue, ¿verdad?

*

El 13 de julio de 2017, Lindsay había ido a pasar el día en Colorado Springs para ayudar a Matt. Unas pocas semanas antes, su hermano había destrozado su vieja camioneta y ahora necesitaba que lo llevasen a sus citas. Lo llevó a que le sacaran sangre y después a la farmacia a buscar su clozapina, después a su clínica para pedir la autorización apropiada para la receta y de nuevo de regreso a la farmacia. Y más recados a continuación: dos entregas a un par de amigos discapacitados que contaban con su ayuda, siempre que él tuviera su camioneta.

Después de volver a dejar a Matt en su apartamento, Lindsay se pasó por Hidden Valley Road para ver a su madre, que ya no salía nunca de la cama. Hoy, Mimi estaba sufriendo un dolor de cabeza horrible. Jeff, su cuidador, había probado a darle Tylenol y un sedante, Lorazepam, pero estaba empeorando.

Lindsay lo sintió en el estómago: exactamente así fue como empezó la última vez, con un fuerte dolor de cabeza.

–Está sufriendo un derrame –dijo.

Su madre no permitía que Lindsay se fuera de su lado. Cada vez que intentaba tomarse un descanso y subir las escaleras, Mimi se ponía a vocear lo mejor que podía con su afasia :

–¿Mary? ¿Dónde está Mary?

Por teléfono, el servicio de cuidados paliativos le dijo a Lindsay que le diese a Mimi más morfina que nunca: diez miligramos cada hora. Los dolores de Mimi tardaron entre cuatro y cinco horas en remitir. Hacia las cuatro de la tarde, Mimi sufrió un serio derrame. Aferrada a Lindsay, temblando y fuera de control, consiguió decir:

–Me voy ya, me voy ya.

Quedó inconsciente.

Lindsay, Jeff y Michael se turnaron para dormir y sentarse con Mimi, administrarle morfina y Haldol, y si se retrasaban con la frecuencia en alguna ocasión, Mimi se ponía muy agitada e incómoda. Con la medicación, su cadencia respiratoria continuaba sonando fuerte

pero rítmica. A través de un monitor para bebés, los tres oían la respiración de Mimi, que llenaba la casa como si fuera un fuelle. De vez en cuando dejaba de respirar durante varios segundos, y, cada vez que sucedía, ellos estaban seguros de que era el final. Entonces, Mimi comenzaba a respirar de nuevo.

Pasaron tres días. El domingo, Lindsay fue en coche a Pueblo a buscar a Peter, que vino con un ramo grande de rosas de color rosa para Mimi y rezó un rosario por ella. Se trajo a Donald de Point of the Pines y a Matt de su casa en Colorado Springs, y los dos tuvieron también su oportunidad de despedirse de ella. Vino Mark, y también Richard y Renée, que cocinó para todos. John estaba en Idaho, pensando en venir dentro de una semana. Margaret, por teléfono desde Crested Butte, dijo que ella estaba ya en paz con su madre y que no iba a conducir tres horas para volver a verla.

En las primeras horas de la madrugada del lunes 17 de julio, Lindsay le administró a Mimi una dosis de analgésicos y volvió arriba a dormir. A las dos de la mañana, a través del monitor, Michael sintió que cambiaba el ritmo respiratorio de Mimi, así que se levantó a comprobar cómo estaba. Se quedó de pie ante su madre, observando cómo inhalaba y exhalaba profundamente, unas diez veces.

Finalmente, se hizo el silencio.

Michael despertó a Lindsay. Ninguno de los dos pudo volver a dormir. Lindsay lloró, y se quedaron los dos juntos unas horas más, encendiendo velas y quemando incienso, sentados en la terraza de la parte de atrás de la casa, escuchando la lluvia. Había algo reconfortante en el sonido de las inclemencias del tiempo, a su alrededor.

La lluvia continuaba cayendo al día siguiente. Lindsay abrió la puerta principal de la casa. El cielo se veía gris, pero el sol estaba allí, por alguna parte, tiñendo las nubes de lluvia en lo alto con un tono azulado. Lindsay salió al jardín y permaneció allí fuera un rato largo, con los brazos abiertos, mirando al cielo mientras se empapaba de lluvia.

Hizo un gesto a su hermano Michael, que se unió a ella, y allí se empaparon juntos los dos, riendo bajo la lluvia. Eufórica, Lindsay

intentó que Michael bailase con ella, y entonces descubrió que su hermano apenas sabía dar un solo paso a derechas.

–¡Que soy músico, siempre estoy sentado sin moverme en el escenario! –le dijo Michael.

Lindsay se echó a reír. Y cuando su hermano la cogió de la mano, se quedó petrificado. Era exactamente igual que la mano de su madre, tal y como él la recordaba de tantos años atrás.

DONALD
JOHN
MICHAEL
RICHARD
MARK
MATTHEW
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 40

En el abrasador día de julio previo al funeral de su madre, en la habitación de Peter en Riverwalk –una clínica residencial a unas manzanas de distancia del hospital psiquiátrico de Pueblo– había un altavoz cutre que atronaba con rock clásico y una pantalla grande de televisión a todo volumen mientras él hacía caso absolutamente omiso de ambos.

–Esto es maravilloso –dijo Peter, mirando a su alrededor, con Lindsay a su lado–. Tengo la Biblia y todo.

Sacó un álbum de fotos para mostrarlo, lleno de fotografías de familia de los Galvin. Señalaba las caras y decía sus nombres.

–Don, Jim, John, Brian, Robert, Richard, Joseph (este soy yo, Peter), Mary está en la silla –dijo mientras iba señalando en la foto con un índice tembloroso–. Son todos maravillosos. Ese es mi papá. Fue teniente coronel de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Hacía volar sus halcones en los partidos de fútbol de las Fuerzas Aéreas. En el descanso venían los Thunderbirds… Don, Jim, John, Brian, Robert, Richard, Joseph, Mark, Matt, y este soy yo, Peter. Margaret, Mary… –Sonrió–. Esa es mi pequeña, Mary. Es maravillosa.

–Peter, ya sabes que te lo puedes traer si quieres, ¿verdad? –le dijo Lindsay.

–Claro, claro. Creo que debería. Creo que debería cooperar, con la Biblia. ¡Te quiero!

–Jeff va a venir a recogerte mañana por la mañana –dijo Lindsay–. Hoy tenemos que irnos a comer.

–¿Puedo ir a comer contigo?

Lindsay se echó a reír.

–¡Pues claro! –Esa era la idea desde el principio, por supuesto.

Peter estaba ahora más que flaco: huesudo, con los pantalones atados para que no se le cayesen. Había salido de su habitación al encuentro de su hermana luciendo una sonrisa, una camiseta de hockey, una bata de franela de cuadros escoceses, una cazadora de

esquí raída, una gorra de béisbol, unas contundentes botas de trabajo y guantes de invierno. Tenía la voz grave y rasposa, el bigote desaliñado, pero seguía conservando ese aire de picardía, tan solo empañado ligeramente por el agotamiento a causa de la terapia de choque. La visita de Lindsay cayó en martes, y Peter acababa de regresar de su sesión semanal de TEC en el hospital.

Cuando Peter no estaba sumido en una invectiva y afirmando que sus médicos trabajaban para Satán, esos mismos médicos lo encontraban tan encantador como siempre, incluso cariñoso. «Es el único paciente con el que me he desviado tanto de mis costumbres cuando salimos a pasear», dijo uno de sus médicos, Matt Goodwin, que estuvo tratándolo durante años cuando Peter vivía en el propio hospital de Pueblo y que aún le administraba con frecuencia sus sesiones de TEC. «Me lo llevaba a comer por ahí». En las salas de Psiquiatría, Peter daba serenatas a pacientes y a médicos con su flauta dulce, tocando «Yesterday», «Let It Be» y «The Long and Winding Road». Todas las Navidades sacaba la foto de su familia en las escaleras de la Academia de las Fuerzas Aéreas, le enseñaba a todo el mundo quién era cada uno y no dejaba de hablar de salir a hacer volar los halcones con su padre.

En 2015, Goodwin solicitó al tribunal responsable de controlar los cuidados de Peter que obligara al condado de El Paso –donde se encuentra la localidad de Pueblo– a reservarle una plaza a Peter en una de las residencias medicalizadas locales que tenían disponibles. Siempre que recibiera sus sesiones de TEC con regularidad, argumentó Goodwin, Peter no tenía necesidad ninguna de vivir metido en un psiquiátrico. Un mes más tarde, el 17 de diciembre, Peter se trasladó a Riverwalk, una residencia para personas con alzhéimer y demencia senil, fundamentalmente. Peter era, de lejos, el residente más joven, y su diagnóstico: trastorno bipolar tipo 1 y psicosis. Su medicación: el estabilizador anímico Depakote, el antipsicótico Zyprexa y el Latuda, un antidepresivo que se solía recetar a los pacientes bipolares.

Ya en Riverwalk, a Peter le gustaba mantener un horario. Sus descansos para fumar tenían que ser a unas horas concretas, y si no ocurría así, se agitaba. «Para él supone algo que hacer fuera de la

monotonía de la jornada –dice un supervisor de Riverwalk–. Le proporciona una actividad». Nunca se mostraba violento ni agresivo, aunque a veces sí podía ser un tanto escandaloso e insistente («¡Me dijiste que ibas a ir a buscar mis cigarrillos!»). Solía tocar la flauta dulce en la residencia de cuidados a largo plazo que había en la otra acera de la calle, donde los pacientes le aplaudían y le pedían que siguiera tocando. Peter habría ido allí todos los días si le hubieran dejado.

Lindsay consiguió que Peter renunciara a la bata de franela para salir a comer; era pleno verano. No había comido nada desde la noche antes, y el tratamiento lo dejaba exhausto, pero estaba entusiasmado con la idea de salir con Lindsay.

–Creo que me voy a pedir una Coca-Cola de un litro –dijo–. Quiero tomarme una taza de café. Me gusta el café… Me he lavado todo el pelo con champú y lo he limpiado todo y me he puesto los calcetines y zapatos nuevos y calzoncillos nuevos… Oye, ¿no podemos parar a por un paquete de cigarrillos? Quiero parar y comprar un paquete de cigarrillos con un billete de cinco dólares.

¿Qué piensa Peter sobre la TEC?

Su expresión se oscureció.

–Me dejaron KO. Me dejaron KO de golpe con oxígeno.

¿Cómo se siente después?

–Yo me limito a cooperar plenamente y hago todo lo que me dicen.

De camino a la calle, Peter se detuvo en el vestíbulo, sacó la flauta dulce y tocó uno de sus villancicos preferidos –«Angels We Have Heard on High»– antes de salir con paso agarrotado por la puerta.

–¡Quiero ir a comer una hamburguesa! –exclamó en el asiento de atrás del SUV de Lindsay, y sacó el dinero de su cartera–. Tengo el dinero, veinticinco dólares, aquí mismo.

–Muy bien, pero ya tengo yo –dijo Lindsay.

–Vale, voy a cooperar plenamente.

–Bueno, Peter, va a haber mucha gente mañana –le dijo Lindsay.

–Sí, mucha.

–¿Tienes algo bonito que te puedas poner?

–Sí.

–Van a venir todos los nietos y los bisnietos de Mimi.

–¡Voy a ir a fumar! Ojalá hubiera conseguido cigarrillos.

–Después de comer podemos ir a por tabaco.

Se detuvieron delante de una taberna en el centro de Pueblo, donde Peter pidió una Coca-Cola grande y una hamburguesa con patatas fritas y kétchup. Devoró primero las patatas. Unos trabajadores de Riverwalk lo vieron desde la otra punta de la sala, se acercaron a saludarlo sonrientes y le preguntaron qué tal estaba hoy.

–¿Quiénes eran esos, Peter? –le preguntó Lindsay cuando regresaron a su mesa.

–No lo sé –dijo Peter.

–¿No eran del hospital?

Peter no respondió.

–¿Te encuentras bien?

–No. Estoy harto de todo lo que me ha pasado. Quiero conseguir un paquete de cigarrillos y cooperar. Voy a ir yo a comprarlo y voy a cooperar contigo plenamente para hacer todo lo que tú quieras que haga. Pero no te los fumes tú. Ya me los fumo yo solo… No me puedo tomar este kétchup con queso. Creo que se me ha revuelto el estómago. El kétchup me sienta raro… Estoy cooperando plenamente. Yo quiero cooperar…, hacer por ti todo lo que pueda.

Después de comer, Lindsay detuvo el coche delante de un comercio y dejó salir a Peter a comprar tabaco, él solo, lo cual le dio a ella un instante para hablar de forma abierta sobre la situación de su hermano.

–Me lo explicó el doctor Freedman –dijo Lindsay–. Han sido demasiados años tomando muchísima medicación, por eso le dan las sesiones de TEC, porque los fármacos ya no funcionan.

Se trataba de una versión del mismo problema que tenían todos sus hermanos enfermos. Cuanto menos constante eres tomándote la medicación, peor parado sales: cuantos más brotes psicóticos sufres, más irrecuperable es tu situación. Era una trampa sin escapatoria que resultaba doloroso ver en un ser querido: no tomarse la medicación hace que empeoren, y tomársela, en algunos casos, los hace enfermar. Sí, era un tipo distinto de enfermedad –reconocía Lindsay–, pero no

dejaba de serlo.

–Me contó que la medicación termina por no tener ningún efecto con el paso del tiempo –dijo Lindsay–, y son las sesiones de TEC lo que le ha provocado la mayor parte de la pérdida de memoria, en realidad. Aunque lo que le pasa, más bien, es que tiene un pensamiento desorganizado. No es capaz de responder a las preguntas. Y luego está ese mantra de «yo coopero plenamente» que dice todo el rato…

Aquella expresión, tan específica, debía de tener algún sentido para Peter. Tantos años oyendo a sus padres y médicos decirle que no estaba cooperando, cuenta Lindsay: tal vez aquello lo dejara marcado.

Peter volvió a subirse al coche, sonriente.

–Madre mía, qué rápido va todo ahí. Tengo un cartón entero. ¿Me puedo encender uno aquí dentro?

–¡No! –dijo Lindsay con tono alegre.

–Vale –dijo Peter, que masculló–: Voy a cooperar plenamente. –Un momento después se le volvió a iluminar el rostro–. Tengo un cartón entero de Marlboro. Es que sois maravillosos.

*

La siguiente parada de Lindsay aquel día fue en casa de Matt, en los apartamentos Citadel de Colorado Springs, un edificio pequeño y funcional pagado con un vale de la Sección 8 federal. Matt jamás prestaba atención a su higiene personal, pero sí mantenía su casa como el Diógenes más ordenado del mundo.

–Estoy segura de que tiene una fortuna en vinilos coleccionables –dijo Lindsay al detener el coche en el aparcamiento.

La colección más preciada para Matt era su montaña de películas, en DVD y en cintas VHS. La mayoría de las veces en que Matt estaba hablando por teléfono con su familia, se podía oír atronando de fondo *Por un puñado de dólares* o *El bueno, el feo y el malo.*

–Le conté que Clint Eastwood es republicano –dice Lindsay, sonriendo–. Fue muy decepcionante para él.

Pero Matt continuó viendo todas las películas.

Las visitas y las llamadas de teléfono con Matt siempre eran impredecibles. En ocasiones bramaba contra el hecho de que lo

etiquetasen como enfermo mental, contra su madre por haberlo medicado, contra el Gobierno federal por los millones de dólares que él decía que le debían después de haber construido todas las carreteras y puentes del estado de Colorado, contra la profesión médica de la psiquiatría por haber matado a su padre y a dos de sus hermanos, Jim y Joe. «¡Ya puestos, podrían matarme a mí también!», se quejaba: ya no le quedaba nada por lo que vivir. No obstante, hoy, el día antes del funeral de su madre, Matt estaba relativamente bien: sin delirios, tan solo cabizbajo y, como de costumbre, un poco cáustico. Había estado viendo *Cometieron dos errores* cuando apareció Lindsay. Matt tenía una pinta un tanto imponente en vaqueros y con un chaleco de motero de cuero negro, alto y corpulento, con el pelo largo y rebelde, la barba desaliñada y aquellos ojos hundidos en la cara al estilo de los de su hermano Donald. Siempre que lo veían, los hijos de Lindsay comentaban lo mucho que se parecía a Hagrid. Incluso tenía una voz grave como si mascullara entre gruñidos.

–Bueno, pues no puedo tener el hombro peor de lo que está –dijo Matt al hundirse en el asiento de atrás del SUV.

–¡Pero tienes una cita con el médico! –dijo Lindsay con aire triunfal.

A Matt no le había gustado nunca lo de ir al médico. Lindsay se había tirado años tratando de convencerlo de que se arreglara los dientes, pero su hermano estaba convencido de que el dentista le iba a implantar algo en la cabeza.

–Tengo una cita en Park View el diez de agosto –dijo Matt, que se puso entonces a repasar otros temas antiguos, preocupado por cerrar algunos flecos que quedaban de su accidente con la camioneta, el mismo con el que le había estado ayudando Lindsay justo antes de la muerte de Mimi. Lo cierto es que Matt estaba haciendo una buena obra cuando se produjo el accidente. Estaba ayudando a su amigo Brody –un veterano de Vietnam, parapléjico– y lo llevaba a Denver a buscar una bolsa nueva para su catéter. Venían ya de regreso en plena hora punta de un viernes por la noche cuando Matt vio un coche detenido en el carril del centro y clavó los frenos. Consiguió evitar el impacto con ese coche, pero los dos que venían detrás se estamparon contra él, uno detrás del otro.

–He recibido una carta del depósito municipal de vehículos que dice que cuesta… ¿ochocientos cincuenta dólares?

–Lo sé –respondió Lindsay, que ya se había pasado horas al teléfono con la policía, el juzgado y la compañía de seguros, enviando copias del documento del poder que Matt le había firmado y así demostrar que ella se podía encargar de todo en nombre de su hermano–. Si te llaman, o lo que sea, si te mandan otra carta, tú me la das a mí.

–Yo solo quiero arreglar eso.

–Lo haremos, pero va a tardar bastante tiempo, Matt. El tribunal ni siquiera le ha asignado todavía un número de caso definitivo.

Lindsay intentó sacar el tema del funeral del día siguiente, igual que había hecho con Peter. Matt tampoco se dio cuenta de eso. En cambio, y ante un bocadillo en un restaurante cercano, se dedicó a soltar la letanía de sus numerosas lesiones y heridas.

–Me han operado seis veces distintas en la boca, y me quitaron un coágulo de sangre del cerebro en 1979, cuando tenía doce años y medio.

–Yo estuve en ese partido de hockey –dijo Lindsay.

–Fue en la Academia de las Fuerzas Aéreas –dijo él–. Era el campeonato de liga. Ganamos a Mitchell. Ellos tenían veintidós jugadores de campo, dos porteros y un entrenador. Nosotros éramos once tíos. ¿Sabes lo que le dice un palo de hockey a una pastilla? Anda y que te den.

Lindsay sonrió. Estaba acostumbrada a los chistes de Matt, y la mayoría eran mucho más verdes.

–Nuestro equipo pasó al campeonato estatal –dijo Matt–, pero no pude jugar porque me había partido la cara. El tío me agarró por debajo del culo, me levantó y me tiró contra los paneles.

–¡Lo recuerdo! –exclamó Lindsay–. Me senté a tu lado en el asiento de atrás del coche, y tenías un ojo colgando de la cara.

Matt le mostró a Lindsay una cicatriz en un lado del rostro.

–Me dieron ciento cincuenta y siete puntos de sutura –dijo Matt, que siempre exageraba cuando contaba aquella historia–. La línea del monitor se quedó plana, y utilizaron las descargas. ¿Sabes lo de la serie esa de *Urgencias,* con las descargas? Me las dieron diez veces, y

yo me quedé con la línea plana durante siete minutos y medio, y entonces dijeron «hazlo otra vez». A la de once, dijeron que habían recuperado el pulso y yo me desperté dos semanas y media después.

Matt recordaba algo de sus tiempos universitarios en Loretto Heights: las chicas en las residencias, el frisbee por los pasillos, todos los jugadores de hockey a los que conoció allí. Recordaba que dejó los estudios después de un año y se puso a trabajar en la bolera, que tenía una ruta de reparto de periódicos y que vivió con su hermano Joe durante una temporada.

–Cuando Joe murió, Mark, Mike y yo fuimos para allá y nos repartimos sus cosas entre los tres –dijo con aire sombrío–. A mí me tocó su tele.

El tema de Joe lo llevó hacia un terreno más difícil.

–Donald hizo de mi vida una pesadilla –dijo Matt–. Descargaba su ira sobre toda la familia. Me reventaba contra el suelo.

Cuanto más hablaba sobre su infancia, más hondo caía en la autocompasión. Lindsay nunca dejaba de tener presente que Matt –el mismo que antaño fue entrenador de su equipo de fútbol, el mismo sobre el que escribió aquella redacción diciendo que era su héroe– era en realidad una víctima, exactamente igual que ella.

–Donald, Brian, Jim…, todos abusaron de mí –dijo Matt, aunque, siendo él quien hablaba, no había manera de saber en qué medida era cierto aquello–. Así que me aparté de la familia durante ocho o diez años. Y volví, y Jim tuvo un ataque al corazón, allí, en la calle principal. Y Joe tuvo un ataque al corazón. Y murió mi padre. Y después murió mi madre. Y yo perdí a mi familia. Y no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

–Yo estoy aquí –dijo Lindsay.

Su hermano la miró.

–Es bueno ver a alguien aquí todavía.

*

Esa noche, la casa de Mimi en Hidden Valley Road acogió a una multitud de familiares Galvin que habían venido a la ciudad para el funeral. Michael llegó en coche desde Manitou Springs con su mujer,

Becky, y una de sus hijas; él no había dejado aún de desentrañar la experiencia de cuidar de Mimi cuando ella se marchó de este mundo.

–Le dije a Mary que en realidad era un privilegio cuidar de alguien así –dice Michael–, porque, si no tienes más remedio, pues lo haces, pero como hay dinero suficiente, la mayoría de nosotros no tiene que hacerlo.

–¡Qué pasa, niño! –dijo John al ver a Michael.

John, el profesor de música ya jubilado, había venido de Idaho con Nancy; era su primera vez en la casa desde el nonagésimo cumpleaños de su madre, tres años atrás.

A Michael se le iluminó la cara.

–¡Pero bueno, si estás aquí! –Se abrazaron los dos hermanos–. Tío, creo que has encogido cinco centímetros.

–Sí, bueno. A lo mejor un poco –dijo John.

–No, seguro que sí –dijo Michael–. Tú siempre fuiste más alto que yo, ¿no te acuerdas?

–Sí, claro –dijo John. Se había caído de una escalera dos años antes y había pasado por una larga y dolorosa recuperación–. Tres operaciones de espalda, cuatro de rodilla, tres de tobillo. Me he pasado dos años prácticamente como un inválido.

–Oye, tengo cosas que hacer si te quieres subir a una escalera –le dijo Michael con una sonrisa.

John y Nancy habían venido a la ciudad en su autocaravana, un capricho de jubilados. Camino de la tercera edad en Boise, ahora tenían algunas comodidades materiales: un piano antiguo que habían restaurado ellos mismos de manera meticulosa, un estanque con peces japoneses en el jardín trasero y una pequeña pérgola donde cultivaban uvas para un vino que hacían y embotellaban en pequeños lotes. Utilizaban la caravana para viajar por el país, lo cual hacía que las visitas a Colorado fueran algo más factibles. Ahora bien, ellos se habían construido una vida al margen de los Galvin, en parte porque así lo quisieron y en parte, decían ellos, por necesidad.

–Es probable que Margaret y Mary se hayan llevado la peor parte en lo que respecta a los cuidados de los hermanos enfermos, atendiendo sus necesidades –dijo John–, y cuentan con el dinero para hacerlo.

Pero ahora que estaba aquí, John se sentía un poco molesto. Había ensayado una pieza de piano para la ceremonia de su madre, y se acababa de enterar de que no podría tocarla. Lindsay había organizado un encuentro en el exterior, en una pradera. A él le hubiese gustado montar algo más solemne para su madre, aunque comprendía de manera racional que él en realidad no tenía ningún derecho a sentirse así, dado que el funeral se dispuso de manera que coincidiese con un viaje a Colorado Springs que ya tenía organizado previamente. Aun así, aquello le incomodaba, no era la despedida que él quería. John se estaba viendo sumido en un relato que le resultaba desconocido, que no podía controlar. Así es como funciona muchas veces. Si te has marchado a vivir a otra parte, como John, puedes aferrarte a tu verdad. Venir a casa es correr el riesgo de que te contradigan. Incluso la gente que se marcha, como John, puede sentirse prácticamente rechazada.

Hace mucho tiempo que John decidió vivir su vida lo mejor que pudiese, y jamás se vio en el papel de cuidar de sus hermanos.

–Intento ver a Matthew y a Peter si tienen un hueco cuando voy por allí, una vez al año, quizá –dijo–, pero a mi hermano mayor, Donald…, bueno, con él no se puede mantener una conversación, básicamente.

Matt decidió no acudir a la cena. Le había ido bastante bien durante la comida con Lindsay aquel mismo día, pero le resultaba difícil aquello de ver a todo el mundo en Hidden Valley Road. A Peter no lo invitaron a la cena; parecía demasiado para él lo de juntarse con la familia en la noche previa a la ceremonia: demasiado agotador, tanto para él como para todos los demás a su alrededor. No obstante, al día siguiente, Matt y Peter acudirían al funeral, y, una vez allí, Matthew se quedaría al fondo, sudando incómodo y tratando de pasar desapercibido, mientras Peter se situaba delante de todo el mundo con una sonrisa de oreja a oreja, tocando «My Favourite Things» con su flauta dulce a modo de acto de cierre entre aplausos y, como si fuera un bis, recitando una versión muy personal y un tanto divagante del Credo Niceno: «Creo en el único Dios, el Padre Todopoderoso creador del cielo y de la tierra…».

Mark Galvin llegó de Denver para la cena de la noche antes del funeral: el octavo hijo, antigua estrella del hockey y prodigio del ajedrez, y ahora el más joven de los hermanos varones de la familia que no padecía una enfermedad mental. Calvo, con perilla y un corpachón, Mark no se parecía a ningún otro en la familia salvo quizá a Michael en la forma de hablar. John, Michael y él mantuvieron una charla elevada sobre política, música y ajedrez: cultos a la manera en que su madre siempre habría esperado de ellos. Mark se había jubilado como encargado de la librería de la universidad, un puesto de empleado público con una pensión que ya había comenzado a recibir. En su retiro, Mark había convertido su coche en un servicio de taxi privado y solía trabajar con dos de los hoteles más lujosos de Boulder, el St. Julen y el Boulderado. Esta nueva ocupación le había hecho cruzarse con algunas de las personas de las que Mimi habría querido saber, como el director artístico de la Filarmónica de Boulder, que contrató a Mark para que llevase a sus artistas invitados desde y hasta el aeropuerto.

–Tengo entradas para Vivaldi en enero –dijo Mark–. Voy a llevar a Simone Dinnerstein –la pianista de fama mundial– de vuelta al aeropuerto desde Boulder, después de que me hayan dado entradas gratis a cambio.

Hacía ya décadas que Mark se sentía solo dentro de su familia, con los otros hermanos del hockey muertos o enfermos. Había días en que toda su infancia era para él como un espacio en blanco: un mecanismo de impulso para pasar página, tal vez, o bien para que dejara de dolerle. Sin embargo, algunos de los recuerdos más vívidos no habían desaparecido. Mark conservaba un nítido recuerdo de aquella bronca terrible entre Donald y Jim el día de Acción de Gracias, cuarenta y cinco años atrás: Donald agarrando la mesa del comedor y arrojándosela a Jim. «Una casa de locos», dijo Mark mientras negaba con la cabeza.

De los hermanos que estaban bien, solo Richard y Margaret no acudieron a la cena en Hidden Valley Road. Parecía que Richard estaba evitando una confrontación. Poco antes había enviado una retahíla de correos electrónicos en contra de Lindsay por el tema del

testamento de Mimi y argumentando que Lindsay no debería ser la albacea, pero recibió una respuesta contraria del resto de los hermanos sanos, que salieron en defensa de Lindsay.

En opinión de ella, lo único que sucedía era que Richard estaba disgustado por no haber sido incluido en el testamento. Lindsay decía que Mimi había tomado la decisión de dejarlo fuera tan solo porque Richard ya había aceptado un dinero de Don y Mimi varios años antes, para ayudarlo a salir de una mala racha. «Mi padre no podía aguantar a Richard», decía Lindsay. Sin embargo, no podía negar que Mimi sí tenía una elevadísima opinión de su hermano, y se reía y cotilleaba con él siempre que venía de visita. «Mimi nos enfrentaba a los unos con los otros para conseguir lo que ella quería –decía Lindsay–. Es un rasgo que intento no tener yo, por todos los medios».

Cuando Michael veía que Richard adulaba a su madre de aquella manera, casi se echaba a reír. «Tiene muchísimas ganas de ser como su padre y de sentirse en la cima del mundo –decía–. Creo que se esfuerza demasiado».

Según lo cuenta Richard –comiendo un día, varias semanas después–, él chocaba con Lindsay porque a él le daba la sensación de que su hermana solo sabía hablar de los hermanos enfermos.

–Me disgusté tanto que le dije: «Mary, lo que yo quiero es cenar charlando sobre la luna, el cielo y las estrellas, y sin hablar de las enfermedades mentales». El tema se volvió muy deprimente para mí.

Cualquiera diría que Richard había salido más a su madre que a su padre, tan decidido a hablar únicamente de temas agradables como sus viajes a Pebble Beach y a Cabo, y sus asuntos de negocios en Dubái. Igual que Mimi, Richard también estaba convencido del valor de tener un pedigrí, de haber sido criado en un buen linaje. Esto quedaba perfectamente claro cuando contaba sobre su padre unas historias que no contaba nadie más en la familia. En la versión de Richard sobre la vida de su padre, Don Galvin no era el segundo al mando en el USS Juneau: era el capitán. Don Galvin no era un simple oficial de información en la base aérea de Ent: tenía una relación personal con el presidente Eisenhower. Don Galvin no fue solo el primer director ejecutivo de la Federación de Estados de las Rocosas:

él la fundó. Don Galvin no obtuvo su premio al padre del año del Knute Rockne Club: aquel premio venía directo del presidente Nixon. Don Galvin no fue solo el presidente del grupo local de ornitología de Colorado Springs: él «trajo a Audubon al oeste».

Y Don Galvin no era solo un oficial de comunicaciones en el NORAD.

–Papá estaba en la Oficina de Servicios Estratégicos –dijo Richard–, que luego se convirtió en la CIA.

Richard hablaba largo y tendido sobre las misiones encubiertas de su padre en Islandia, Ecuador y Panamá, y todo ello mientras utilizaba sus empleos en la Academia y en el NORAD como tapadera. Todo esto, decía Richard, lo había deducido a partir de sus conversaciones con su madre.

–Ella te decía que había cosas de las que él nunca podía hablar –contaba Richard.

La idea de que Don Galvin era un espía no está corroborada por ninguna información disponible de ninguna de las ramas del Ejército ni de ninguna agencia de inteligencia. Aun así, esta visión romántica de su padre era útil para Richard. En último caso, era preferible, por ejemplo, a la historia de un padre cuya carrera militar se había estancado –quizá porque mantenía las opiniones políticas de un académico, no las de la línea dura de un oficial del Ejército– y que se quedó apretando los dientes cuando lo retiraron del servicio y lo convirtieron en un relaciones públicas con pretensiones.

En lugar de pensar en Don Galvin de aquella manera, Richard optó por un oportuno autoengaño. No es el tipo de delirio que encaje en los criterios diagnósticos del *DSM,* pero todos tenemos historias que nos gusta contarnos.

Margaret le había dicho a Lindsay que no quería pasar la noche en la casa, sino que prefería llegar directa al funeral a la mañana siguiente con Wylie y sus dos hijas. Una vez más, Lindsay se sintió abandonada, y no sabía qué hacer con aquel sentimiento. Pasó la mayor parte de la noche sin comentarlo… hasta que John se volvió hacia Lindsay en la cocina.

–Así que Margaret no ha venido.

–Bah, yo qué sé… –dijo Lindsay.

–¿Qué problema hay?

Lindsay se tomó unos segundos, sin estar muy segura de cuánto debería mesurar su respuesta.

–Yo creo que es el tremendo sentimiento de culpa que tiene Margaret –dijo ella por fin– por no haber movido un puto dedo… mmm, nunca.

–Claro, está centrada en lo suyo –dijo John con pies de plomo.

–Está centrada en lo suyo –dijo Lindsay, y se le agrandó la sonrisa–. ¡Pues mira, ahí lo tienes! Esa es la explicación.

Lindsay salió al patio y se abrazó a Michael y a Mark. Charlaron sobre quién había confirmado su asistencia al funeral y si los cielos iban a aguantar despejados lo suficiente antes de que cayese una tormenta en el momento más inoportuno. Entonces comenzaron a rescatar recuerdos: la epopeya que fue aquel viaje de la familia de una punta del país a la otra para ir a la Exposición Universal en Nueva York en 1964, el equipaje del techo del coche que salió volando cuando papá calculó mal la altura de la entrada a un restaurante A&M, y entonces metieron todas las maletas dentro del coche, a presión con los niños y los pájaros.

–¿No se salió de la carretera en Kentucky en otra tormenta? –preguntó Mark.

–Sí –dijo John–. Y en esa tormenta, una piedra golpeó contra la camioneta, nuestro autobús… Y después, papá tuvo que llevarlo a New Paltz, en Nueva York, a un taller oficial. Se le cayó un tornillo en el rotor. Vamos, el mecánico encontró el tornillo dentro del rotor.

–Me acuerdo de la tormenta –dijo Michael–, pero no de todo lo demás.

–¿No te acuerdas del pedrusco que dio contra el coche? –le preguntó Mark, y todos se echaron a reír.

–¿Y quién narices tiene halcones en su casa? –dijo Lindsay–. Cada vez que se lo cuento a alguien, se queda como… «¿Qué?».

–Pues yo me paso el día contándole historias a la gente en el taxi –dijo Mark.

John se volvió hacia Lindsay, muy serio de repente, pensando en el

funeral.

–Oye, ¿cuál es el plan B si se pone a llover?

–Paraguas –dijo Lindsay–. Si llueve, John, podrás tocar el piano en el restaurante.

–Pero es un teclado electrónico –dijo John–. No es exactamente lo mismo.

Lindsay le sonrió y le hizo un gesto para que la acompañase hasta el piano que Mimi había conservado en la casa.

–Intentaré convencerles para que lo suban del sótano y lo saquen al campo.

Más risas, otra vez.

Donald estaba solo en el salón de la casa, apartado del resto y sonriendo con amabilidad a todo aquel que le sonreía a él. Daba la casualidad de que hoy era su septuagésimo segundo cumpleaños, y Lindsay le había pedido a Debbie que le trajera una tarta para darle una sorpresa. Aun así, él estaba encerrado en sí mismo, en silencio casi todo el rato, hasta que le preguntaron si había tenido oportunidad de despedirse de su madre.

–Sí, la primera vez que se fue –dijo Donald–. Me dijo «gracias», y yo también le dije «gracias» a ella. Le di las gracias solo por estar ahí.

¿Iba a echarla de menos?

–No –dijo Donald–. Ha sido engendrada. Está fuera de peligro. Ahora mismo está en el mar, quiero decir, como unas trillizas.

¿Su madre era unas trillizas?

–La he engendrado en forma de trillizas, en el mar ahora mismo.

¿Como un ser humano, o como un pez?

Donald frunció el ceño; aquella pregunta le parecía ridícula.

–Como un ser humano.

Pero ¿está en el mar?

–Claro –dijo Donald–. Las trillizas viven con un pulpo.

¿Un ser humano vive con un pulpo?

–Sí. Los pulpos tienen la capacidad de hacer hombres, de hacer muchos humanos, todos los animales. Cuando llegan las inundaciones, ellos los mantienen vivos en el agua a veces.

¿Y Mimi está allí, en forma de trillizas?

–Claro. Ahora es pequeñita. Una bebé pequeña. Está allí lejos, y hoy ya tiene unos cinco meses.

¿Te gustaría que eso te pasara a ti cuando mueras?

–Ah, pues no me importaría –dijo Donald.

Sacaron la tarta justo antes de que Donald tuviera que regresar a Point of the Pines: chocolate con trozos cortados de chocolatina Snickers por encima. Donald había estado tan silencioso durante toda la noche que casi no había estado presente, como una sombra, pero ahora se le veía complacido por la atención, con una leve sonrisa y sin abrir los labios.

Debbie encendió las velas y sacó la tarta al patio, donde estaba sentado todo el mundo, aquel mismo patio donde antaño tenían a Frederica y a Atholl y donde Matt se estampó la cabeza contra el suelo en una pelea con Joe. Mientras todos le cantaban el «Cumpleaños feliz», Donald –el más mayor de todos ahora, el paterfamilias– se colocó ante las velas y se le dibujó una sonrisa más amplia. Entonces se cruzó de brazos y cerró los ojos, como si estuviera pidiendo un deseo.

TERCERA PARTE

DONALD
JOHN
MICHAEL
RICHARD
MARK
MATTHEW
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 41

Lindsay se había marchado de Hidden Valley Road cuando tenía trece años, decidida a no volver jamás a esa casa. Se había mudado de Boulder a Vail, y después a Telluride, manteniendo la distancia, pero ahora que Mimi ya no estaba, volvía por allí con más frecuencia que en el pasado para ver a Donald, echarle un ojo a Matt, conducir hasta un poco más allá para ver a Peter y también para preparar la casa y ponerla a la venta. Mientras recorría en coche las calles de Colorado Springs, los recuerdos se le iban revelando, como aquellas cabañas al oeste de la ciudad, no muy lejos de donde se había escondido una vez con Kathy, cuando Jim se puso violento.

–Ahora paso por allí constantemente –dijo Lindsay.

Aún se sentía como la más pequeña, como si todo en la familia le hubiera ido cayendo en cascada. Una parte de ella siempre querrá reivindicarse, y es posible que nunca dejara de sentirse un poco abandonada, un poco insegura, paseándose de puntillas por el filo de la navaja. Esto podría explicar por qué trabajaba ahora más que nunca, entregándose en cuerpo y alma, además de asumir los cuidados médicos de sus hermanos enfermos. Había días en que reconocía las bondades de estar tan atenta a los detalles, hipervigilante.

–Louise se reía en la terapia… Tan solo se considera una señal de alerta cuando comienza a crearte problemas en tu vida, pero, por lo demás, ponerte a organizar el cajón de los calcetines es un mecanismo de supervivencia de lo más sano –se rio–. Soy muy ordenada.

Su decisión de hacer todo aquello –quedarse allí y no abandonarlo todo– era para ella un misterio tan absoluto como lo había sido siempre.

–Durante todo mi proceso terapéutico –dijo Lindsay–, los terapeutas que he tenido me decían cosas como «Joder, me tienes que estar tomando el pelo. ¿Que tú sobreviviste a eso?». Pero claro, ¿cuál era la alternativa? ¿Sucumbir a ello? ¿Y cómo habría acabado eso? ¿Como adicta a la heroína? No lo sé. De niña y en mis primeros años de

juventud, deseaba profundamente que se muriesen mis hermanos enfermos mentales, pero ese deseo era devastador…, me dejaba destrozada.

La casa de Hidden Valley Road se puso a la venta unos meses después del funeral. En el verano de 2018, la que terminaría siendo la compradora escribió un correo electrónico al agente inmobiliario:

> Buenos días, familia Galvin:
> Gracias por permitirnos a mi marido y a mí el placer de ver anoche el hogar de su familia, es verdaderamente increíble. Al recorrer la casa, pudimos sentir de forma clara todo el amor y los buenos momentos que se han vivido allí, y de inmediato nos entraron ganas de continuar esa historia. Esperamos que consideren detenidamente nuestras oferta, porque nos encantaría formar allí nuestra familia.
>
> Muchas gracias, ¡y esperamos que pasen un maravilloso día!

Durante una de sus visitas a Colorado Springs, Lindsay se acercó al hospital psiquiátrico de Pueblo para rescatar lo que aún quedaba de los viejos historiales médicos de sus hermanos. Quizá debería haberse preparado para que saliesen a la luz varios secretos familiares más. Estaba en un sótano del edificio principal del hospital hojeando aquellos papeles –dos carritos de la compra llenos de carpetas de acordeón rebosando de papeles que sobresalían en todas las direcciones– cuando tuvo noticia por primera vez sobre el intento de Donald de suicidarse y de matar a su mujer, Jean, con cianuro y ácido. Durante todos aquellos años, Mimi se había limitado a decir que Donald enfermó porque lo había abandonado su mujer. La verdad era algo muy distinto: un intento de asesinato y suicidio, no muy diferente del caso de Brian y Noni tres años después.

Lindsay también vio el informe médico de la Universidad Estatal de Colorado en el que Donald contaba que había intentado suicidarse cuando tenía doce años. Esto también era algo de lo que jamás habían tenido noticia ni ella ni el resto de sus hermanos, y si Mimi lo sabía, nunca dijo nada al respecto; de nuevo, era como si le resultara más sencillo creer que a Donald se le había torcido todo después de marcharse de casa, no mientras estaba bajo el cuidado de su madre.

Cuando Margaret se enteró de aquello, se volvió a sentir engañada, una vez más.

–Yo no tenía ni idea de que mi hermano hubiera intentado matar a su mujer –dijo–. Y eso también me explica muchas cosas. Jamás me satisfizo la respuesta que me ofrecían…, que era muy vaga: tan solo me decían que estaba enfermando.

Hasta el día en que murió, Mimi había conservado parte del espejismo, había mantenido aquel cuadro del «antes», hasta que ya no quedó nada que proteger. Margaret no pudo evitar preguntarse qué podría haber cambiado si sus padres hubieran sido más abiertos en cuanto a Donald, si todo el mundo hubiera sabido lo que había intentado hacer con Jean. ¿Habría habido una mayor sensibilidad con el estado anímico de Brian? Si sus padres hubieran tenido tan solo un punto menos de secretismo, ¿podría haber evitado alguien que Brian hiciera lo que hizo? ¿Lorelei Smith seguiría viva hoy?

Margaret sintió aquel secretismo como un insulto: otro rechazo.

–Mis padres me habían hecho tragar un montón de mentiras. Quizá querían hacerme creer que Donald era mejor de lo que era, tiene que ser eso.

En Pueblo, Lindsay halló documentos de todos sus hermanos y también un expediente sobre su padre, que supuso una sorpresa más. Lindsay se enteró de que su padre, durante varios años antes de morir, había estado acudiendo a Pueblo con regularidad para someterse a sesiones de TEC, la terapia electroconvulsiva. El motivo que se indicaba era una depresión que había estado sufriendo desde comienzos de los años noventa, después de múltiples diagnósticos de cáncer y de la muerte de uno de sus hermanos. Pero, por supuesto, esta nueva información tan solo planteaba más preguntas. ¿Se sometía su padre a la TEC por una depresión clínica que era genética, ligada a la esquizofrenia? ¿Era lo mismo que le había pasado en Canadá allá por 1955, tal y como pensaba Mimi? ¿O había caído su padre en una depresión completamente nueva al final de su vida? Porque ¿a quién no le sucedería en su misma situación, con uno de sus hijos que se había suicidado tras cometer un asesinato, otros cinco hijos sumidos en un delirio sin remedio, uno de los cuales, además, resultó ser un

abusador compulsivo de menores? ¿O después de que tan poquitas cosas en su vida le hubiesen salido de un modo siquiera remotamente parecido a lo que él deseaba?

Mimi tenía que estar informada de las sesiones de TEC de Don. Ella lo habría acompañado y, sin duda ninguna, lo habría traído a casa en coche después, como mínimo una vez al mes durante años y años. También se había guardado aquel secreto. Ser un Galvin significaba no dejar nunca de andar detonando cargas explosivas en tu recorrido por el campo de minas que era la historia de la familia, enterradas en lugares extraños, escondidas por pura vergüenza.

Lindsay no supo cómo reaccionar ante aquello, salvo quedarse cavilando una vez más sobre el daño causado por aquel secretismo e intentar vivir su vida de manera distinta. Tal vez –pensó ella–, la historia de su familia no girara tanto en torno a los secretos o la enfermedad, sino en la posibilidad de que toda aquella experiencia sirviera para que otras personas tuvieran una vida mejor con la ayuda de los doctores Freedman y DeLisi.

¿Y a ellos les iba a merecer la pena? En realidad no, pero a lo mejor había algo a lo que ella se pudiese aferrar ahora gracias a los ensayos de Robert Freedman con la colina y la revelación de Lynn DeLisi sobre el SHANK2, la sensación de que su sacrificio podía facilitar las cosas a las futuras generaciones. ¿No es así como funciona la ciencia, como funciona la historia?

DONALD
JOHN
MICHAEL
RICHARD
MARK
MATTHEW
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 42

Una noche, varios años antes de que Mimi enfermara, Margaret se despertó llorando de un sueño que no pudo soportar.

En aquel sueño, su hermana y ella se encontraban en Vail después de pasar el día esquiando. Lindsay no le dijo adónde iban –y el hecho de ser consciente de que su hermana pequeña lo supiese y Margaret no, ya es quizá un detalle revelador por sí solo–, pero Margaret no tardó en darse cuenta de que se dirigían al piso de Sam y Nancy Gary. Cuando llegaron, la puerta no estaba cerrada con llave.

Lindsay entró, y Margaret fue detrás de ella. Estaban solas. La casa no estaba en las mejores condiciones, y Lindsay le dijo que ahora la utilizaban los hijos de Sam. Eso hizo que Margaret se pusiera a pensar en todos los miembros de la familia Gary a los que había conocido y a los que hacía años que no veía. En efecto, Nancy y Sam entraron por la puerta con sus hijos y sus amigos. Estaba claro que estaban celebrando algo con una fiesta.

Margaret se sintió incómoda. No sabía por qué estaba allí, y no lo comprendió hasta que vio a su hermana midiendo las dimensiones de la habitación con una cinta métrica. Les habían pedido que echaran una mano para planificar una fiesta para Sam y Nancy.

Pero ya era demasiado tarde para organizarla: entraban más invitados por la puerta, que formaban una fila a lo largo de una pasarela de madera y entraban en el salón. Margaret vio allí a la secretaria de Sam, a los chóferes de los Gary, sus cocineras, las asistentas e incluso al instructor de tenis que venía a Montana a dar clases a Margaret y a los demás junto a la casa del lago. Todos eran ya más mayores, pero Margaret los reconoció igualmente.

Estaba inquieta, convencida de que aquel no era su sitio. Entonces se acercó uno de los profesores particulares de la familia y le sonrió.

–No sé por qué he estado fuera tanto tiempo –le dijo Margaret.

–Sois una gente magnífica, todos vosotros –le respondió el profesor–. Bueno, tenemos que meterte a ti en la historia de nuestra

familia.

Margaret se sintió mejor, pero aquella sensación tampoco duró mucho. Oía que otros invitados estaban hablando de otras fiestas a las que no había sido invitada. De repente, todo le vino de vuelta a la cabeza: su inferioridad ante los círculos sociales de Denver, el hecho de que ella nunca encajara allí y que el único motivo por el que ella tuvo contacto con esa vida fuese que su propia familia se desmoronara. Todo se remontaba a aquel profundo pozo de rechazo…, de dolor. Entonces surgieron las lágrimas.

Cuando uno no tiene la sensación de percibir amor ni de encontrar su sitio allá donde se encuentra, comienza a buscarlo en cualquier otro lugar. En el caso de Margaret, y tal vez también en el de Lindsay, la primera parada en esa búsqueda había sido bastante trágica, la casa de Jim: un sitio al margen del hogar de la familia, con otro familiar que sí le prestaba atención. Para Margaret, el hogar de los Gary y la Kent Denver School representaron una oportunidad más de encontrar su sitio en alguna parte, pero también de un modo problemático, a su manera.

Después vino su época de los Grateful Dead, viajando con una tribu de nómadas afines, y su primer matrimonio, tan breve. Al echar la vista atrás, se sentía afortunada. «¿De verdad me casé a los veinte años con un tío que se dedicaba a pasar droga?», escribió en su diario.

Y, por último, su decisión de sentar la cabeza con Wylie y formar su propia familia.

–Me gusta decir de él que es un puerto seguro –dice Margaret.

En los años en que Margaret tuvo a sus hijas con Wylie y se convirtió en madre a tiempo completo, comenzó a preocuparse por mantener una cierta sensación de equilibrio emocional. «Tú eres el vigía de la familia», solía decirle Mimi a Margaret, y, al menos en este punto, ella estaba de acuerdo con su madre. En su terapia, Margaret había dicho que la muerte de Brian había sido el momento decisivo de su infancia, tan desgarrador incluso como los abusos sexuales que había sufrido: tenía once años en aquel momento, edad suficiente para ver la factura que aquello le pasó a todo el mundo. Aun así, el trauma sobre el que ella reflexionaba con mayor frecuencia era el del

abandono: no solo el hecho de que la enviaran lejos con los Gary, sino también que la desatendieran antes en favor de tantos otros de sus hermanos.

–Los niños que no reciben atención suelen ser los que más la necesitan –dice Margaret–. Al menos, eso fue por lo que yo pasé.

Ella piensa a menudo en algo que siempre decía su madre sobre su hermana y ella: «Las rosas después de tanta espina». Lindsay y ella eran las rosas, y sus hermanos, los diez chicos, eran las espinas. Lo que la mayoría de la gente entendía como ternura, a Margaret le parecía algo feo, pasivo-agresivo. ¿Cómo se tenían que haber sentido los chicos al crecer oyendo a su madre decir algo semejante? Y ¿cómo iban a sentir seguridad las chicas oyendo aquellas alabanzas hacia ellas acompañadas de semejante burla y desprecio?

Siendo una de aquellas dos rosas, Margaret jamás se sintió con capacidad para acceder al amor de su madre. Si de verdad Mimi la quería, jamás la habría obligado a hacer las maletas a los trece años. Margaret tenía en ocasiones la sensación de que su época con los Gary la separaba de su madre de manera permanente, que ella jamás había superado aquel rechazo y se había tirado el resto de su vida tratando de protegerse de la posibilidad de que le volviesen a hacer tantísimo daño. «Ya me han desechado como a un despojo, un descarte», escribió Margaret una vez en su diario. Con el paso del tiempo, se iba sintiendo cada vez más con derecho a poner distancia con todos los demás. «Quiero la cercanía de una familia normal, pero, francamente, la familia en la que nací no es normal».

Para Margaret, su madre y su hermana eran como dos gotas de agua. Mimi le daba muebles a Lindsay para su casa e incluso le cosía ropa, y Lindsay parecía no mostrar la más mínima ambivalencia a la hora de cuidar a cambio a su madre. A Margaret le molestaba en ocasiones la conducta de las dos, pero también las necesitaba a las dos.

Uno de los recuerdos más vívidos de Margaret de la época justo anterior a que la sacaran de Hidden Valley Road –aquellos meses posteriores a la muerte de Brian, cuando ella veía a su padre y a sus hermanos desmoronarse a su alrededor– era que su madre se quedaba

levantada hasta muy tarde, mucho después de que los niños estuviesen ya en la cama, para pintar y dibujar: pájaros y setas, fundamentalmente. Cuando Margaret se detuvo a pensar en aquello más adelante, se sintió confusa. ¿Cómo podía Mimi seguir entreteniéndose por la casa, vigilando a ver si veía al zorro y a la familia de ciervos que deambulaban por su jardín para dar cuenta de la dramática pérdida de aves en el comedero de los pájaros? Aquella era la misma mujer a la que acababa de ver gimiendo de dolor por la muerte de Brian. ¿Qué era lo que tenía dentro su madre que Margaret no tenía? ¿Era fortaleza, era negación o era algo que ella no alcanzaba a comprender? Aún tardó en llegar a la conclusión de que el entorno natural de Colorado del que tanto se enamoró Mimi le ofrecía un minúsculo consuelo, que era para ella una suerte refugio que la ayudaba a sobrellevar todo lo que estaba sucediendo.

Siendo ya una mujer adulta, cuando Margaret por fin reunió el valor necesario para comenzar a pintar, la mayoría de las veces su temática era justo aquella que se había pasado la vida tratando de evitar: su familia. Pintaba las flores que adoraba su madre, y lo hacía con un realismo conmovedor. Pintó un cuadro sobre los Gary, titulado *Gris tranquilidad,* otro titulado *Sofisticación,* acerca de su propio recorrido vital, aprendiendo a ser vulnerable, y otro titulado *Compartimentar el dolor*. Dio un giro hacia la abstracción en una impresionante serie de doce cuadros basados en los doce hermanos Galvin. *Donald* es rojo y blanco; *Jim* es de un blanco y negro fantasmales; *John, Brian, Michael* y *Richard* son variaciones de un amarillo verdoso; *Joseph* es amarillo con filtraciones de rojo; *Mark, Matthew* y *Peter* son todos estudios en rojo, pero solo el de Peter cuenta con unos fogonazos de azul.

Mary es un entrelazado de pinceladas gruesas de un tono rosa claro salpicadas de matices negros aquí y allá, y el autorretrato de Margaret es similar al cuadro de su hermana, pero con menos rosa y con unos trazos más vivos de tonos óxido.

Unos años antes de la muerte de Mimi, cuando Margaret echó una mano en la mudanza de Peter a su residencia, aquello le inspiró otra pieza: *Trasladando a Peter,* que parecía un paso adelante para ella: una obra compleja, de varias capas y cargada de aquellos sentimientos que

tantísimo le costaba procesar de cualquier otra manera.

–Se convirtió así en un desahogo emocional –dice Margaret.

Ese fue el cuadro que adquirió Nancy Gary, que se hizo con él antes de que un antiguo compañero de clase de Margaret en la Kent Denver School tuviera oportunidad de comprarlo.

CAPÍTULO 43

Nuestra cultura ve las enfermedades como si fueran problemas que hay que solucionar. Nos imaginamos que todas las dolencias son como una especie de polio: completamente incurable hasta que llega un medicamento milagroso capaz de barrerla de la faz de la tierra. Ese modelo, por supuesto, tan solo funciona a veces. Con demasiada frecuencia, los científicos se pierden en sus propios silos, convencidos de que su teoría funciona y excluye las de todos los demás. Ya fueran los partidarios de Freud, los de Kraepelin o los especialistas en las dinámicas de familia y los genetistas, la total ausencia de una voluntad para colaborar los expone a todos a caer en el sesgo de confirmación: con una visión de túnel. El investigador de la esquizofrenia Rue L. Cromwell ya describió este dilema en los años setenta: «Igual que cuando te subes al tiovivo[206], tú escoges tu caballito. Y puedes convencerte de que tu caballito es el que guía a todos los demás. Entonces, cuando se termina el viaje, es cuando te tienes que bajar y no te queda más remedio que ver que ese caballo no ha llegado en realidad a ninguna parte. Aun así, ha sido una experiencia emocionante, e incluso es posible que te entren unas ganas locas de volver a subirte».

No obstante, hay otro modelo para el progreso –el opuesto al modelo de la polio– en el cual las soluciones no equivalen a grandes avances. El progreso llega de manera gradual, a menudo con dolor, en arrebatos y arrancadas y únicamente después de que mucha gente haya malgastado su carrera a golpe de fracasos y discusiones para, finalmente, reconciliarse. Antes o después, unas ideas van decayendo mientras otras arraigan, y –tal vez solo en retrospectiva– entonces podremos ver hasta dónde hemos llegado realmente y decidir por qué camino vamos a seguir avanzando.

¿Qué aspecto tendría el progreso en el caso de la esquizofrenia? Si los hermanos Galvin hubieran nacido medio siglo después o más –si estuvieran creciendo hoy, digamos, y no en los años cincuenta o

sesenta–, ¿sería ahora distinto su tratamiento en algún sentido? En algunos aspectos, poco ha cambiado. El mercado de nuevos fármacos para la esquizofrenia sigue sumido en una suerte de letargo. Los fármacos antipsicóticos requieren de unos ensayos caros y arriesgados, incluso en sus primeras fases, donde las ratas no son sustituto del ser humano. También han continuado las viejas disputas sobre lo biológico frente a lo adquirido, aunque a un nivel más atomizado. Si la conversación giraba antaño en torno a Freud, ahora es sobre la epigenética: los genes latentes, activados por desencadenantes medioambientales. Los investigadores ahora discuten sobre qué podría estar actuando como desencadenante: ¿algo ingerido como la marihuana, o algo infeccioso como una bacteria? A los investigadores se les ha ocurrido toda una variedad de sospechosos diferentes –lesiones en la cabeza, enfermedades autoinmunes, trastornos de encefalitis, microbios parasitarios– todos los cuales tienen sus defensores y sus detractores. Aquí todo el mundo sigue escogiendo su caballito del tiovivo y son muy pocos los que están dispuestos a dejar de subirse a uno.

Hay, sin embargo, ciertos cambios más sutiles, como si hubiese variado un poco el ambiente alrededor de la enfermedad, imbuido de un nuevo sentido de la tolerancia. La antipsiquiatría, en su última materialización, se ha convertido en un movimiento preocupado por legitimar y normalizar el concepto de las alucinaciones, el movimiento Hearing Voices[207] («Oír Voces»), no muy diferente de los movimientos que tratan de legitimar la sordera y la ceguera como diferencias y no como discapacidades. La neurodiversidad –un término utilizado con mayor frecuencia para otros cuadros, como el autismo– es un concepto que jamás se tuvo en consideración hace décadas, cuando se trató a cualquiera de los hermanos Galvin. Ahora existe un robusto movimiento antimedicación, activistas armados de estudios que demuestran que muchos pacientes de esquizofrenia experimentan una evolución favorable a largo plazo sin que se les recete ninguna medicación[208]. Este movimiento cuenta con el apoyo de numerosos terapeutas descontentos con la noción de la psiquiatría como una fábrica de pastillas y nostálgicos de la edad de oro de la psicoterapia,

cuando un médico podía pasar algo más que unos pocos minutos con un paciente antes de enviarlo a casa con su receta.

Si hay un cambio significativo, es que hay más gente que reconoce el carácter esquivo de los diagnósticos de la esquizofrenia, conscientes de que no existe una definición donde quepan todos. Cada año hay más pruebas de que la psicosis se halla dentro de un espectro[209], con nuevos estudios genéticos que muestran un solapamiento entre la esquizofrenia y el trastorno bipolar y entre el trastorno bipolar y el autismo. La investigación más reciente sugiere que un número sorprendente de nosotros podría estar al menos un poquito enfermo mentalmente: un metaanálisis publicado en 2013[210] descubrió que un 7,2 % de la población general ha experimentado alucinaciones o delirios; otro estudio de 2015[211] sitúa la cifra en el 5,8 %. Un tercio de las personas contabilizadas en este último estudio tan solo tuvo un episodio, mientras que otras tenían unos síntomas más persistentes. Unos resultados como estos sugieren que, como mínimo, la respuesta médica a una conducta aberrante debería ser más capaz de distinguir entre aquellos que necesitan de un tratamiento más tradicional y aquellos a los que les podría venir bien una observación y espera. Es mucho lo que hay en juego en tales decisiones: los investigadores ya cuentan con pruebas suficientes para confirmar que cada brote psicótico sucesivo causa más daños permanentes en el cerebro, una mayor pérdida de la materia gris necesaria para procesar la información.

Por desgracia, el grave dilema de los fármacos neurolépticos continúa siendo el mismo: la medicación puede evitar que se produzcan más crisis cuando se toma con regularidad (a riesgo de sufrir efectos secundarios a largo plazo), pero también hay abundantes pruebas de que los pacientes que se mantienen en regímenes de medicación recaen con la misma frecuencia que los que no lo hacen. Aunque los hermanos Galvin que aún viven sigan dependiendo de los neurolépticos tanto como siempre, el mayor cambio para los que vienen detrás de ellos podría ser que la medicación y la terapia no sean opciones excluyentes. Incluso los investigadores de la esquizofrenia con una formación más tradicional abogan por lo que

Jeffrey Lieberman –jefe de Psiquiatría del Centro Médico de la Universidad de Columbia en el Hospital Presbisteriano de Nueva York– llama «un modelo de cuidados de detección e intervención temprana»[212]. Una oleada relativamente nueva de investigaciones respalda la efectividad de las conocidas como «intervenciones blandas»[213]: una mezcla de terapia conversacional y apoyo familiar diseñada para mantener al mínimo la cantidad de medicación. Durante décadas, en países como Australia y los escandinavos[214] se ha utilizado este planteamiento más holístico con resultados positivos (podría decirse que Michael Galvin encontró este tipo de intervención blanda en la Pulidora de la Granja, su comuna en Tennessee, asumiendo que alguna vez llegara a estar realmente en situación de riesgo, para empezar). Lo complicado es ser capaz de decir a quién se puede tratar con éxito con neurolépticos, a quién es posible que no le sean de mucha ayuda estos fármacos y quién podría sufrir a la larga por culpa de la medicación tanto como por la enfermedad.

Para una gran cantidad de investigadores, la consigna es la prevención, el desafío de diagnosticar de manera precisa a las personas en situación de riesgo de desarrollar la esquizofrenia antes de que sufran su primer brote psicótico. Lieberman está desarrollando en Columbia[215] una serie de técnicas nuevas para medir la función del hipocampo. Con el tiempo, los nuevos fármacos sí podrían evitar que aparezca la esquizofrenia, exactamente igual que los fármacos que se están desarrollando ahora y que podrían evitar los síntomas del alzhéimer. Y además está la colina. En Denver, Robert Freedman continúa con su estudio de la colina a largo plazo con un nuevo ensayo –con el apoyo de Sam y Nancy Gary, entre otros–, siguiendo la pista a los niños desde el momento del embarazo en que sus madres comienzan a tomar los suplementos de colina hasta el momento en que sus hijos alcanzan la posadolescencia, los años fundamentales para la aparición de la esquizofrenia. Como ya sugirió él mismo en su discurso en la ceremonia de entrega del premio en Nueva York, no cabe duda de que Freedman no estará vivo cuando lleguen los resultados. Tampoco lo estarán los Gary ni otros muchos de sus patrocinadores. «Son un grupo de constructores, promotores…,

magnates del petróleo como Nancy. Me dijeron: "Claro que sí, vamos a por todas. Así es como llevamos nuestros negocios"», dice Freedman. Y si los resultados no aparecen en algún momento por el camino –le contaron–, pues quedarían todos a cenar y dirían que fue una bonita experiencia.

Freedman también inició una colaboración con el Instituto Lieber para el Desarrollo Cerebral en la Universidad Johns Hopkins –cofundado por Daniel Weinberger, del NIMH, autor de la hipótesis del desarrollo– para centrarse en la salud fetal desde un nuevo ángulo: estudiar si el riesgo de padecer esquizofrenia está ligado a la salud de la placenta de la embarazada[216]. Con Freedman, Weinberger ha comenzado a investigar si la colina podría intervenir para mejorar la salud de la placenta. Ambos investigadores tienen la esperanza de eliminar una gran cantidad de casos potenciales de esquizofrenia de una sola tacada, antes incluso de que los pacientes nazcan.

Para Freedman, la prevención es algo más que una buena práctica médica: es cuestión de sentido común. Todos los años se gastan miles de millones de dólares en el desarrollo de fármacos para tratar los síntomas de la enfermedad mental una vez que esta ya se ha manifestado. ¿Y si se dedicara una parte de ese dinero a la prevención, y no solo en el útero, sino también en la infancia? Pensemos en todos los jóvenes que desarrollan una enfermedad mental lejos de la atención de quienes pueden prestarles ayuda. ¿Y si pudiéramos prevenir algunas de esas crisis –incluso suicidios– a base de apuntalar y fortalecer las vulnerabilidades de la mente antes de que las cosas empeoren? «De su presupuesto anual de mil cuatrocientos millones de dólares, el Instituto Nacional de Salud Mental de los Estados Unidos solo gasta cuatro millones trescientos mil en la investigación de la prevención fetal, todo ello en estudios con ratones –comentaba Freedman recientemente–, a pesar de que la mitad de los jóvenes que provocan tiroteos en los colegios muestran síntomas de haber desarrollado esquizofrenia»[217].

No hay manera de saber en qué medida habría sido distinta la vida de los hermanos Galvin si la cultura de la enfermedad mental hubiera sido menos rígida, si hubiera tenido una menor inclinación a aislar a

la gente de la sociedad en general y si hubiera sido más proactiva en cuanto a intervenir con la aparición de los primeros signos de advertencia. No obstante, hay motivos para tener la esperanza, quizá, de que las cosas sí puedan ser distintas –e incluso transformarse por completo– para aquellas personas como los Galvin que nazcan dentro de cincuenta años.

*

–Creo que la tendencia está regresando hacia el estudio de las familias –dice DeLisi tomándose un café a poca distancia en coche desde su casa en Massachusetts.

En 2016, el mismo año de su estudio del SHANK2, publicó un artículo[218] en *Molecular Neuropsychiatry* donde argumentaba que la investigación de las familias con esquizofrenia era ahora más importante que nunca. Por primera vez en mucho tiempo, Lynn DeLisi no es la única científica que lo afirma.

–Creo que las familias tienen una enorme importancia –dice Daniel Weinberger.

Tiempo atrás, cuando trabajó con DeLisi en el NIMH, Weinberger se mostraba escéptico en cuanto al estudio de las familias, casi displicente al respecto del planteamiento de su compañera. Ahora, igual que ella, Weinberger considera valioso utilizar a las familias a modo de taller –como un banco de pruebas– para las teorías que surgen de un GWAS. «En última instancia, las familias serán críticas a la hora de trasladar la genética al modo en que enferma cada individuo». Weinberger reconoce que el estudio de familias como los Galvin pueden apuntar hacia nuevas vías de tratamiento que ningún GWAS puede percibir. «Alguien me dijo en una ocasión: “Si le hicieras el genotipo a todas y cada una de las personas del mundo, ¿llegarías a entender qué es la esquizofrenia?”. Lo que yo imagino es que no lo vas a entender únicamente a partir de la secuencia genética de todo el mundo. Eso no te va a dar una explicación de la esquizofrenia. Te contará muchas cosas sobre lo que representa el estado de riesgo, pero dudo que vayamos a obtener una respuesta plena a partir de eso».

El trabajo de DeLisi pasó desapercibido durante años. Hoy en día

sigue siendo una desconocida: sí, da clase en la Facultad de Medicina de Harvard y mantiene su actividad en los grupos internacionales de investigación de la esquizofrenia, pero no ha recibido el reconocimiento de galardones ni becas como sus coetáneos. Aunque sus investigaciones sobre el SHANK2 condujeran a otro gran avance, es posible que no le atribuyesen el mérito. Así es como funciona el progreso científico: si no te encuentras entre los poquísimos que quedan inmortalizados, te limitas a formar parte de la gran procesión anónima de los investigadores, un actor más dentro de una obra dramática de unas proporciones mucho mayores.

–Quizá me moleste en algún que otro aspecto –dice DeLisi–. Pero es algo que tengo bastante claro desde el principio. Lo que cuenta es lo que hice para que todo esto sea posible.

En el momento en que se publicó el estudio del SHANK2, Stefan McDonough ya se había marchado de Amgen. Poco tiempo después de aquello, al teléfono con su antiguo colaborador, DeLisi se enteró de que McDonough se había ido a trabajar a Pfizer, la misma compañía que le había cancelado a ella su investigación con las familias multiplex dieciséis años antes.

En su interior, una pequeña parte de ella supo ver aquella paradoja. Tal y como Mimi Galvin sabía, uno acaba pagando por todos sus errores si es que vive el tiempo suficiente.

DeLisi jamás le había mencionado nada de esto a McDonough. Hasta donde él sabía, los datos que tenía DeLisi eran suyos; nunca tuvo noticia de aquel divorcio del año 2000, cuando ella se llevó una mitad y Pfizer la otra. Así, durante aquella llamada telefónica, Lynn decidió contarle que Pfizer aún era propietaria de un conjunto de sus muestras de las familias multiplex, incluidas muchas de las que ya habían utilizado ellos en su estudio del SHANK2.

Los dos sabían lo que podía significar aquello: suponiendo que nadie las hubiese tirado a la basura para hacer sitio en un refrigerador, las muestras de DeLisi –incluida la información genética de la familia Galvin– estarían allí guardadas en alguna parte. DeLisi no tenía ni idea de dónde, y aunque lo supiera, tampoco tenía voz ni voto al respecto de cómo ni cuándo o siquiera si se podrían volver a utilizar.

–¿Con quién hablabas tú aquí? –le preguntó McDonough.

Tal vez él pudiese dar con esa persona y preguntarle.

DeLisi le dio el nombre.

McDonough no se lo podía creer. Pfizer tenía miles de empleados por todo el mundo, y dio la casualidad de que justo aquel al que buscaban se encontraba en aquel preciso momento sentado a poco más de un metro de él.

¿Cómo se iba a resistir McDonough? Estaban al final del año, y aún le quedaba un dinero en su presupuesto.

–Fui y pedí que me secuenciaran algunas de las muestras –dice.

Escogió las familias con el número más alto de miembros con esquizofrenia que pudo encontrar. La familia Galvin ya había sido analizada, pero había otras, tal vez no tan grandes, pero sí lo suficiente.

–Insisto, Lynn se había adelantado a su tiempo –dice McDonough–. Nuestra intención es ver si hay algo ahí. Pfizer no va a tener ningún interés en los usos que descubramos para sus propios fármacos, así que nuestro incentivo está en publicar y dar a conocer esta información científica a todo el mundo.

Estas familias tienen aún algo que decir, y ahora hay alguien que está escuchando.

DONALD
JOHN
MICHAEL
RICHARD
MARK
MATTHEW
PETER
MARGARET
LINDSAY

CAPÍTULO 44

En los seis meses posteriores al funeral de Mimi, Margaret y Lindsay apenas cruzaron unas pocas palabras, ni siquiera se enviaron mensajes de texto. Fue Margaret quien cortó el contacto. Era tanto lo que veía hacer a Lindsay que le causaba dolor: su hermana se sumergía en el cenagal de la familia Galvin sin sacar siquiera la cabeza para coger aire y, quizá, estaba incluso dañando su relación con su marido y con sus hijos, y acto seguido se daba media vuelta y reprendía al resto por no estar haciendo lo mismo. Margaret no la veía detenerse jamás, ni siquiera bajar el ritmo.

–Yo creo que en nuestra familia hay mucha manipulación –dice Margaret–, y me parece que todos hemos estado en el papel del manipulador y después en el de la víctima. Y yo, conforme voy haciéndome más mayor, me veo cada vez más tajante con mi familia y les digo: «Mira, ya está bien».

Ahora, momento en que su madre ya no estaba allí para atraer la atención de ambas, Margaret se estaba dando cuenta de lo mucho que se había distanciado de su hermana.

–A Michael y a Lindsay no les gusta que yo no participe como ellos en la disfunción familiar –dice Margaret–, pero a mí me ayuda el hecho de poner límites.

Lindsay estaba convencida de que si Margaret decía que el contacto con la familia no era sano para ella, era para quitarse de en medio y poco más: trataba de adelantarse a cualquier crítica al respecto de que ella, Margaret, no estaba arrimando el hombro lo suficiente. Tal y como lo veía Lindsay, la pasión de Margaret por cuidar tanto de sí misma dependía en realidad de la ira no resuelta que sentía su hermana.

–Margaret tiene un nivel mucho más alto de ira hacia mi madre y mi padre por el modo en que manejaron la situación –dice Lindsay–. Siente mucha ira hacia mis hermanos enfermos, en particular hacia Donald y Jim. Lo que yo sigo viendo ahí es un perfil de víctima

bastante claro.

Lindsay repitió algo que había aprendido de Louise Silvern, su antigua terapeuta, también de Nancy Gary y –de ser sincera consigo misma– de su propia madre.

–Me enseñaron a aceptar las cartas que te han tocado, porque si no, es algo que te come viva. Si vas a la esencia de lo que te pasa, descubrirás que solo se obtiene paz en tu propio trauma a base de querer y de ayudar.

En su opinión, esta era la gran diferencia entre su hermana y ella.

–Las dos nos hemos esforzado mucho por salir adelante –dice Lindsay–, pero ella no veía que intentar ayudarlos formase parte de ello, mientras que yo sí.

Unos años antes, Lindsay le preguntó a Sam Gary por qué a ella no se la llevaron a su casa igual que a Margaret. «Tus padres y yo pensamos entonces que tú eras más fuerte –le dijo Sam–. No eras tan frágil». Aquello era nuevo para Lindsay.

Aun así, Lindsay era humana. Ella también necesitaba ayuda. Durante toda su vida, cuando algo acerca de la familia la roía por dentro, tan solo había otra persona en el mundo que lo iba a entender. Cuando Lindsay pasaba por sus peores momentos, allí estaba su hermana, prueba viviente de que no estaba sola. Sin Margaret en su vida, Lindsay tuvo la sensación de haber sufrido no una, sino dos pérdidas: una madre y una hermana.

–No me puedo imaginar haber pasado todo esto sin ella –dice Lindsay.

Hola, panda:

La semana pasada le robaron el coche a Matt después de que le destrozaran una camioneta nueva hace un año: él no tiene ninguna culpa, tan solo sufre las consecuencias, ¡aj!

Así es, la vida no le da un respiro al pobre.

Con lo divertida que es la esquizofrenia…

Acabo de hacerle un pedido con la compra para que se la lleven a casa mañana. Muy fácil: https://www.instacart.com…

Él no tiene manera de ir a buscarla, y, francamente, es incapaz de hacer la compra en el supermercado.

Le gustaría mudarse, ya que vive en una zona muy mala: estoy intentando arreglarlo con la Sección 8 y con la familia Villanni, que me han dicho que lo

alojarían en uno de sus edificios. Ha sido divertido ver cuánta gente lo conocía en Safeway. «¡Hola Matt!».

Agradecería mucho si alguno os pudierais pasar y saludarlo. Nada de culpas: tan solo pido un poco de bondad humana y sincera.

Gracias,
MARY

Correo electrónico de Lindsay a Margaret, Michael, John y Richard en junio de 2018

Entre los hijos que quedaban vivos de Don y Mimi Galvin, se asumió que lo obtenido de la venta de la casa sería en beneficio de los tres hermanos enfermos restantes. Lindsay estuvo debatiendo con Michael acerca de las pequeñas cosas que podía hacer por ellos con el dinero. Matt iba a recibir una camioneta nueva. Peter podría asistir a terapia de mascotas o a terapia musical, e incluso una nueva flauta tenor le haría feliz. A Donald le encantaba la ópera: ¿y si contrataban a un acompañante que lo llevara a esas representaciones del Metropolitan que ponen en los cines?

Al pensar en todo aquello, Lindsay se percató de que la persona que de verdad sabía lo que le gustaba a sus hermanos, lo que le importaba a cada uno de ellos, era su madre. Esto era lo que no le dejaba dormir ahora: la idea de que tal vez la verdadera defensora de la familia, la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de la Empatía, hubiera sido Mimi Galvin desde el principio.

–Ahora, de repente, sin ella –dice Lindsay–, comprendo de dónde venía.

Lindsay solía hablar con su madre sobre lo biológico y lo adquirido. Mimi, que seguía recelando de que la juzgaran, tenía la sensación de que la influencia del entorno no podía haber tenido nada que ver con lo que le había sucedido a su familia. «Bueno, era algo genético», diría Mimi. Lindsay le decía a su madre que ella no lo tenía tan claro, que pensaba que algunas personas tienen una predisposición genética «que puede tirar hacia un lado o el otro, dependiendo del curso de tu vida y tus traumas». Hay ciertas cosas que pueden marcar la diferencia, decía Lindsay, como «el amor y la aceptación».

Ahora bien, dejó de criticar a su madre por aquello.

–Sí, estoy convencida de que nuestros padres no nos proporcionaron

tanta ayuda como debíamos haber tenido –dice–, pero es que ellos ni siquiera sabían de qué iba eso.

Lindsay estaba decidida ahora a encarnar lo que fuese que tuviera su madre que le servía de ayuda para conectar con sus hijos enfermos. Muchísima gente –incluidos sus hermanos sanos– había dejado de ver a Donald, Peter y Matt como seres humanos hacía ya bastante tiempo. Es posible que la inaccesibilidad de la esquizofrenia sea lo más destructivo que hay en ella, lo que impide que mucha gente conecte con las personas que sufren la enfermedad.

Aun así, el error –la tentación, en especial si eres un familiar– es confundir la inaccesibilidad con una pérdida del yo. «Las emociones siempre vienen acompañadas de alguna clase de proceso cognitivo»[219], escribió el psiquiatra Silvano Arieti, cuyo libro *Interpretación de la esquizofrenia* modeló el pensamiento dominante sobre la enfermedad en los años cincuenta y volvió a hacerlo –con una reedición galardonada con el National Book Award– en los setenta. «El proceso cognitivo podrá ser inconsciente, automático o podrá estar distorsionado, pero siempre está ahí».

Los momentos en los que Lindsay percibía esto de manera más clara en sus hermanos era cuando alguien tenía con ellos algún gesto de amabilidad. «Matt me ha llamado esta mañana lleno de gratitud, pura y simple –dijo Lindsay poco después de haberlo ayudado con la compra–. Ojalá pudiese aprovechar eso».

Después de insistir en tono amable, algunos de los hermanos sanos respondieron y comenzaron a acercarse más a los enfermos. Richard y Renée llamaron a Lindsay para pedirle sus números de teléfono. Lindsay pensó en comprarle a Matt unos pases de temporada de la liga de hockey para ver a Colorado College, y tal vez Mark quisiera llevarlo a los partidos, con lo mucho que les gustaba jugar juntos. «Prácticamente todos los evitan como la peste, pero cuando les digo de forma clara y con toda la intención: “Oye, ¿te importa salir con ellos y llevártelos, ya sabes, a lo que sea, a tomar un café y un dónut?”, eso sí lo hacen».

Las hermanas tardaron seis meses en tratar de tender puentes entre ellas. Comenzaron a hablar en enero, después de pasar las Navidades

separadas. Al final de una larga conversación cara a cara, Lindsay empezó a ver las cosas con mayor claridad.

–Vi que estaba enfadada con todo el mundo en mi familia por no haberme ayudado con mi madre al final –dice Lindsay–, y Margaret percibía que mi forma de ayudar no tenía por qué ser algo necesariamente bueno.

Margaret, por su parte, reconocía que Lindsay era más capaz de gestionar los asuntos familiares de lo que ella podría haber sido jamás, pero entre ellas continuaba habiendo una brecha enorme.

Hablaron de la incapacidad de Margaret para ayudar con Mimi y de lo mucho que eso molestaba a Lindsay. «No puedo con ello, simplemente», le dijo Margaret, y Lindsay se sintió lo suficientemente cómoda como para decir que la decisión de su hermana no le parecía ni medio bien, que la hacía sentirse, tal y como ella misma recordaría más adelante, «triste, frustrada y enfadada por la sensación de que ahí se quedaba ella con aquella vieja tan difícil».

Charlaron un poco sobre las personas que sobreviven a los traumas de la infancia, de cómo es habitual que sigan buscando a lo largo de su vida a gente que los victimice, para poder seguir recibiendo ayuda. ¿Estaba Lindsay desempeñando ahora ese papel para Margaret? ¿Lo hacía Margaret para Lindsay?

Al final de la conversación, Lindsay le planteó una pregunta a su hermana: ¿Estaban dispuestas a aceptarse la una a la otra tal y como eran, o iban a continuar por el mismo camino, pensando la una que la otra tiene alguna clase de problema serio y que es imposible estar cerca de ella?

Después de aquella visita, Lindsay decidió que tenía que dejar que todos sus hermanos hicieran las cosas a su propia manera exactamente igual que ella las hacía a la suya.

–Se trata de que cada uno tiene su propio recorrido –dice Lindsay, que intenta hallar una cierta distancia también para sí–, su propia manera de arreglárselas con la vida que les ha tocado vivir.

Por lo que veía en su familia, Lindsay se percataba ahora de que todos tenemos la maravillosa capacidad para moldear nuestra propia realidad, al margen de los hechos. Podemos vivir toda la vida metidos

en una burbuja y sentirnos muy cómodos, y puede haber otras realidades que nos negamos a admitir, pero que son tan perfectamente reales como la nuestra. Lindsay no estaba pensando ahora en sus hermanos enfermos, sino en todos ellos, en toda la familia, incluida su madre e incluida ella.

–Podría comportarme como si fuera multimillonaria, como hace mi hermano Richard, o podría mudarme a Boise como John, o podría tirarme todo el día tocando la guitarra clásica como hace Michael. Cada cual tiene su propia estrategia, así de simple, y hay que respetarlo. Todos hemos logrado sobrevivir de algún modo, y tiene que estar bien que cada cual haya encontrado la forma de hacerlo.

Por fin, Lindsay estaba muy cerca de comprender el modo en que lo biológico y lo adquirido funcionan en conjunto. Su madre, a la defensiva, siempre insistía en que la enfermedad era genética, y tenía su parte de razón. La biología es cosa del destino, hasta cierto punto; eso no se puede negar. No obstante, ahora Lindsay comprendía que se trata de algo más que nuestros simples genes. De un modo u otro, somos producto de las personas que nos rodean, la gente con la que nos toca crecer y la gente con la que elegimos estar más adelante.

Nuestras relaciones pueden destrozarnos, pero también pueden cambiarnos y restaurarnos, y nos definen, aunque nunca lleguemos a ver cómo sucede.

Somos humanos porque las personas que nos rodean nos hacen humanos.

DONALD
JOHN
MICHAEL
RICHARD
MARK
MATTHEW
PETER
MARGARET
LINDSAY

KATE
JACK

CAPÍTULO 45

La hija de Lindsay, Kate, se iba haciendo mayor y se parecía mucho a su madre: el mismo brillo en los ojos, la misma sonrisa relajada. Igual que sucedió con Margaret y Wylie, el doctor Freedman aseguró a Lindsay y a Rick antes de tener hijos que las probabilidades de transmisión de la enfermedad mental de padres a hijos –incluso en el extraordinario caso de la familia Galvin– seguían siendo muy bajas. Sin embargo, unos padres no dejan nunca de preocuparse, y Lindsay tampoco había sido jamás de las que dejan nada al azar.

Cuando era pequeña, Kate comenzó a sufrir estremecimientos y ataques en entornos ruidosos como el aula y el patio del colegio. Eran problemas de procesamiento sensorial. Kate necesitaba una terapia ocupacional, eso estaba claro, pero cuando tienes seis hermanos enfermos mentales y tu hija comienza a tener unas pataletas que te ves incapaz de controlar, es inevitable que te preguntes si se trata del comienzo de una historia que no terminará bien.

Lindsay se temió lo peor. Probó con Kate todas las posibles soluciones que se le ocurrieron. La envió a terapia para aprender técnicas de relajación para calmarse, le compró una hamaca para su cuarto que la ayudara a desestresarse, compró un cargamento de aceites esenciales para tenerla tranquila. ¿Estaba teniendo una conducta hipervigilante, o tan solo estaba siendo una madre proactiva y responsable? No lo sabía, pero algo de todo aquello funcionó, o al menos no le hizo daño.

Kate salió adelante. Se matriculó en todas las asignaturas del bachillerato avanzado en su último año de instituto y sacó sobresalientes en todas ellas, incluida una clase de arte en la que ganó un premio por una serie de obras sobre la salud mental. Kate fue aceptada en Berkeley, pero rechazó la oferta: en el otoño de 2016 se matriculó como estudiante de segundo año en la Universidad de Colorado, en Boulder, donde continuó sacando sobresalientes y se pasaba los veranos asistiendo a clases. Era aplicada y trabajadora,

igual que su madre, sin el menor romanticismo sobre la infancia, deseosa de convertirse en adulta lo antes posible.

Es más, cuando Kate echaba la vista atrás sobre su infancia, lo que mejor recordaba era que, en cuanto ella dejó atrás sus problemas sensoriales y comenzó a ir bien, su madre desvió su preocupación y sus atenciones hacia Jack, su hermano pequeño.

Jack también recibió terapia de niño, aunque de manera profiláctica, para prevenir. Más adelante le diría a sus padres que eran todas aquellas pruebas y la terapia lo que más tensión le generaba: se sentía bajo la luz de los focos, como si lo estuvieran sometiendo a una constante vigilancia. Y no se equivocaba: Rick y Lindsay sabían que la enfermedad de los Galvin no había afectado a ninguna de las chicas y sí a seis de los chicos. Jack era el nieto de Don y Mimi Galvin. ¿Cómo no iban a estar pendientes sus padres?

Durante su primer año de instituto, Jack comenzó a saltarse las clases para irse al parque de *skate* con un nuevo grupo de amigos. Le habían diagnosticado un trastorno de déficit de atención, y él había complementado su medicación a base de fumar hierba. Siendo un adolescente, buscaba llamar la atención, tal vez por aburrimiento: igual que su madre, tanto Kate como Jack eran precoces en el aspecto académico y tenían dificultades para sentirse motivados en clase.

Para Lindsay y para Rick, un hijo varón de la familia Galvin que fumara hierba era el equivalente de un incendio virulento. Fueron en busca de otras personas que les aconsejaran, y encontraron justo a dos que comprendían las dificultades de los trastornos en la infancia y también los problemas particulares de su familia: Sam y Nancy Gary.

Justo después del Día de los Trabajadores, el primer lunes de septiembre en Estados Unidos, Jack se inscribió en Open Sky («Cielo Abierto»), un programa de noventa días de terapia para jóvenes en plena naturaleza. Este programa, uno de los más caros de su estilo, está diseñado para sacar a los chicos de los entornos tóxicos o disfuncionales y reformular sus perspectivas. Tiene un planteamiento budista donde se enseña meditación y otras técnicas para ayudar a los jóvenes con trastornos negativistas y problemas con los estupefacientes. Aquella factura la pagaron los Gary. «No iba a

permitir que nada le sucediera a Mary, ni tampoco a Margaret –dice Nancy–. La ayudaría en todo lo que fuera necesario».

Este tipo de programas breves como el de Open Sky suelen ser el preludio de otros tratamientos a más largo plazo. Cuando Jack completó sus noventa días, se matriculó en un internado terapéutico, la Academia Montana. Aquello también lo pagaron los Gary: ocho mil trescientos dólares al mes durante veintiún meses. A la Academia Montana acuden chicos con diversidad de problemas con los estupefacientes y también de salud mental: bulimia, anorexia, trastornos de ansiedad… Y fue allí donde Rick y Lindsay se enteraron de que los problemas de Jack tenían más que ver con la ansiedad que con el trastorno de déficit de atención: era el temor a convertirse en un enfermo mental.

Jack estaba furioso. Le habían endilgado una herencia genética que él no había pedido jamás y le habían hecho sentir como un bicho raro. Lindsay se culpó de aquello. «Hice un tremendo esfuerzo consciente para exponer a mis hijos la enfermedad mental de sus tíos, para que no tuvieran ningún sesgo ni sintieran ninguna vergüenza. Creo que el tiro me salió por la culata, un poco».

No obstante, no eran exactamente sus tíos lo que afectaba a Jack. Tanto para él como para su hermana Kate, era ver la presión que su madre tenía sobre los hombros, la carga que llevaba a cuestas. «Mis hijos han visto cuánto dolor ha causado todo esto a lo largo de los años, y yo creo que son un poco protectores conmigo –decía Lindsay–. Cada vez que me toca encargarme de algo, ya sea mi hermana, mi madre o uno de mis hermanos, es algo que está envuelto en angustia y frustración».

Cuando Lindsay miraba a su hijo Jack, una parte de ella tenía que reconocerse: aquella niña pequeña que fue, la que daba vueltas alrededor de su hermano Donald para tensar la cuerda con la idea de quemarlo en la hoguera, la niña que reventaba de ira y de vergüenza.
Al comienzo del programa, Lindsay le pidió a su hermana Margaret que fuese con ella a Montana a dejar a su hijo, para darle apoyo moral. Los Gary los llevaron hasta allí en su Cessna, como en los viejos tiempos: siempre con los brazos abiertos para ellas, siempre dispuestos

a ayudar. Fue como un salto en el tiempo para las dos hermanas: aquellas praderas con sus verdes, sus amarillos y sus ocres, la nieve espolvoreada sobre los árboles, la casa tan impresionante, las pistas de tenis, el huerto y los caballos. Allí seguía incluso Trudy, la asistenta, para dar un cariñoso abrazo a las dos hermanas.

Aquel fin de semana, el pasado le volvió a Margaret al pensamiento como en un segundo plano, y no solo por hallarse de nuevo en Montana con Sam y Nancy, sino por ver a Lindsay y a Rick en la misma situación en la que debieron de estar sus padres tanto tiempo atrás, cuando decidieron enviarla a ella con los Gary. Pero Margaret había venido a ayudar a Lindsay, no a revivir su pasado. Lindsay estaba atravesando unos tremendos bandazos emocionales. Por un lado, era consciente de la situación de privilegio en la que se hallaba. Por otro lado, iba a estar lejos de su hijo durante dos años enteros. ¿Qué tipo de madre hace algo así? Por supuesto, Margaret y ella conocían la respuesta a esa pregunta.

A ambas hermanas estar con los Gary les generaba aquella sensación a la que se habían acostumbrado tanto tiempo atrás: la consciencia de encontrarse, de manera simultánea, entre las personas más afortunadas y las más desafortunadas sobre la faz de la tierra.

Las cosas le fueron bien a Jack cuando regresó a casa, asistiendo a clase, manteniéndose sobrio y volviendo a sacar buenas notas. Había aprendido a gestionar su ansiedad con la escalada, la meditación e incluso llevando un diario, aunque también se apresuraba a reconocer que todas aquellas técnicas no eran más que distracciones de la cuestión principal. «No existe una forma de esquivar la ansiedad –decía él ahora–. Tienes que pasarla». Era tal la influencia de la terapia en él, que ahora se dedicaba a supervisar al resto de la familia. «Nos llama la atención constantemente por nuestros rollos, y utiliza todo el vocabulario técnico», dice Lindsay llena de alivio.

Nancy le regaló a Jack una caña de pescar con mosca por su graduación. «Es un chico diferente», decía Nancy. En cuanto a la universidad, Jack estaba pensando estudiar algo relacionado con la educación en la primera infancia. Después de eso, quería dedicarse profesionalmente a las terapias al aire libre, en la naturaleza.

Ahora, cuando Lindsay mira a su hijo Jack, ya no piensa en sí misma, sino en Peter, Donald, Matt y en todos sus hermanos enfermos. ¿Qué tipo de intervención temprana podría haberlos ayudado antes de que la medicación les pasara factura y los anulara sin llegar a curarlos? ¿Y qué pasaba con esos miles de personas que no se podían permitir lo que sí había tenido su hijo, gente que languidece por la falta de recursos o por el estigma social que acarrea su enfermedad?

–Los ricos tienen estas opciones, y los pobres no –dice Lindsay–. Ver a un chico que coge esa otra dirección y conseguir que salga tan bien… Con qué facilidad podría haber salido al revés. Creo sinceramente que, de haber tenido la oportunidad de hacer algo como esto, es posible que mis hermanos no hubieran enfermado tanto como lo hicieron.

*

En el verano de 2017, en su laboratorio de Denver, Robert Freedman dio el inusual paso de permitir que una estudiante universitaria lo siguiera a todas partes por las instalaciones: una chica en sus primeros años de la carrera de Medicina en el campus de Boulder de la Universidad de Colorado, una joven con un especial interés en la neurociencia. Quería dedicarse a la investigación, como Freedman, y centrarse en la esquizofrenia, la enfermedad de su familia.

En un soleado día del mes de junio, Kate entró en el laboratorio de Robert Freedman por primera vez y conoció a los técnicos y ayudantes, todos ellos alumnos de posgrado, unos cinco años mayores que ella. Cuando se enteraron de que tan solo tenía dieciocho años, entonces le prestaron atención. Aquel puesto estaba muy solicitado. Uno de ellos hizo una broma al respecto de que tenía que ser de una familia de unos magníficos donantes para haber conseguido colocarla allí.

Kate sonrió con suficiencia.

–Bueno, ¿estamos hablando de dinero o de tejido? –preguntó ella.

La hija de Lindsay pasó por una sala como aquella donde su madre, su tía y varios de sus tíos habían entrado para poner a prueba su filtrado auditivo, escuchando aquellos dobles clics con unos electrodos

pegados en la cabeza, años antes de que ella naciese. Recorrió los mostradores donde habían analizado el material genético de su familia y el de otras en busca de indicios de la anomalía del CHRNA7. Se detuvo cerca del lugar donde se estudiaban los datos de los ensayos con colina en niños pequeños en busca de signos de esquizofrenia, unos ensayos que podrían cambiarlo todo para las futuras generaciones gracias a seis de sus tíos.

Lo más probable era que el cerebro de su abuelo anduviese por ahí guardado en alguna parte, y Kate se preguntaba cuánto iba a tener que esperar hasta que le permitieran echarle un vistazo.

AGRADECIMIENTOS

A comienzos de 2016, mi gran amigo Jon Gluck me presentó a Margaret Galvin Johnson y a Lindsay Galvin Rauch. Las hermanas estaban buscando la manera de dar a conocer al mundo el relato de su familia, y sabían que, para hacerle justicia a su historia, todos los miembros vivos de la familia Galvin tendrían que acceder a participar –a hablar con franqueza y sin reservas sobre lo que, hasta entonces, habían sido unas cuestiones familiares privadas y por lo general muy sensibles– y el autor habría de tener la independencia necesaria para seguir el relato en cualquier dirección. Estoy agradecidísimo por que todos aceptaran. Mi más profundo agradecimiento a Margaret y Wylie Johnson, Lindsay y Rick Rauch, Peter Galvin, Matthew Galvin, Mark Galvin, Richard y Renée Galvin, Michael Galvin, John y Nancy Galvin y Donald Galvin; y, de la manera más conmovedora, a Mimi Galvin, que se mostró tan dispuesta a abrirse al respecto de su vida antes de fallecer en 2017. Este libro da fe de la generosidad y la franqueza de toda la familia, así como de la íntima convicción de que su relato podría ser de ayuda para otros.

Lindsay y Margaret se merecen un especial reconocimiento. Como albacea testamentaria de su madre y responsable legal de sus hermanos enfermos mentales, Lindsay trabajó de manera incansable para localizar unos historiales médicos que nadie sabía que aún existían, rellenando montañas de papeles y poniéndose en contacto con todo un ejército de profesionales de la salud mental y de administradores de hospitales. Margaret, por su parte, me ofreció décadas de cuadernos de notas personales, diarios y ensayos biográficos que aportaron numerosos y valiosísimos detalles sobre la vida en Hidden Valley Road. Ambas hermanas me han dedicado horas interminables en persona, por teléfono y por correo electrónico sin mostrarse reacias ni una sola vez ante las preguntas más indiscretas ni dejar de atender las peticiones más insignificantes. Mi más sentido agradecimiento es para ellas.

También estoy profundamente agradecido con los psiquiatras e investigadores que estudiaron a la familia –Lynn DeLisi, Robert Freedman y Stefan McDonough– y que pasaron muchas horas conmigo explicándome sus investigaciones y, con el visto bueno de la familia, hablando públicamente por primera vez sobre la relación que tienen los Galvin con su trabajo. Varios expertos más en los campos de la genética, la psiquiatría, la epidemiología y en la historia de la ciencia me ayudaron a ampliar mi conocimiento sobre los debates y teorías acerca de las enfermedades mentales: Euan Ashley, Guoping Feng, Elliot Gershon, Steven Hyman, John McGrath, Benjamin Neale, Richard Noll, Edward Shorter, E. Fuller Torrey y Daniel Weinberger. Estaré eternamente agradecido a Kyla Dunn, cuyos expertos conocimientos en genética me ayudaron a plantear las preguntas apropiadas al comienzo de este proyecto y me ahorraron una buena cantidad de vergonzosos errores al final del mismo (cualquier otro error que haya subsistido es, por supuesto, mío).

Quiero darles las gracias también a otros miembros adicionales de la familia, a muchos de los cuales no se les menciona de manera directa, pero cuya perspectiva sí contribuyó a la construcción del relato: Eileen Galvin Blocker, Kevin Galvin, Levana Galvin, Melissa Galvin, Patrick Galvin, Betty Hewel, George Hewel, Ellie Johnson, Sally Johnson, Mary Kelley, Kathy Matisoff, Jack Rauch y Kate Rauch. Gracias también a Nancy Gary (miembro honorario de la familia Galvin donde los haya) y a las terapeutas Mary Hartnett y Louise Silvern por sus reflexiones acerca de Margaret y Lindsay, y a toda una pléyade de profesionales de la salud mental que han tratado a los hermanos Galvin: Honie B. Crandall, Kriss Prado, Rachel Wilkenson y, en el Instituto de Salud Mental de Colorado en la localidad de Pueblo, Carmen DiBiaso, Kate Cotner, Sheila Fabrizio-Pantleo, Matthew Goodwin, Julie Meecker y Al Singleton.

Además, hubo otras personas que me ofrecieron sus puntos de vista sobre temas específicos: Bob Campbell, Jeff Cheney y Ashley Crockett me proporcionaron unas excelentes reflexiones sobre la vida en Colorado Springs. Estoy en deuda con muchos otros amigos íntimos y vecinos de la familia: Mike Bertsch, Marie Cheney, Ann Crockett, Beck

Fisher, Janice Greenhouse, Merri Shoptaugh Hogan, Tim Howard, Ellie Crockett Jeffers, Suzanne King, Ed Ladoceur, Jenna Mahoney, Catherine Skarke McGrady, Roo McKenna, Lynn Murray, Joey Shoptaugh, Carolyn Skarke Solseth, Malham Wakin y Mark Wegleitner. Gracias a Mike Dupuy por compartir conmigo sus conocimientos de cetrería. Gracias a Jerry Craig, Merrill Eastcott, Relva Lilly, George T. Nolde Jr., Vern Seifert, Hal Webster y, en los archivos de la Academia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, a Mary Elizabeth Ruwell por ofrecerme sus recuerdos sobre la época de apogeo de la cetrería en los tiempos de Don Galvin. Gracias a Nick Jannakos y a Robin McKinney Martin por sus recuerdos sobre la Federación de Estados de las Rocosas y la vida social en Aspen y Santa Fe. Gracias a Nell y a Bob Mitchell por sus inigualables conocimientos históricos sobre el hospital psiquiátrico de Pueblo. Gracias a Kent Schnurbusch, Lee Kaspari, Craig Hart y –en la asesoría legal de la archidiócesis católica de Denver, en Colorado– a Douglas Tumminello por sus respectivos puntos de vista sobre el padre Robert Freudenstein. Gracias a los antiguos compañeros de Brian Galvin en el grupo de música Scott Philpot, Robert Moorman y Joel Palmer por sus recuerdos sobre él. Y gracias a Robert Gates, Brandon Gates y Claudia Shurtz por sus recuerdos sobre Lorelei Smith, «Noni».

Durante diez años, he tenido la inmensa suerte de contar con el apoyo de dos extraordinarios agentes, David Gernert y Chris Parris-Lamb, que creyeron en este libro desde el principio y me condujeron hasta la editorial perfecta, Doubleday. Gracias a Bill Thomas y a Suzanne Herz, y mi agradecimiento extra a mi editora, la brillante Kris Puopolo, quien, de plato en plato de taramasalata –y no fueron pocos–, me ayudó a comprender todo lo que podría y debería ser este libro. Gracias también a Dan Meyer por su colaboración editorial y por bregar con las fotos, a John Fontana por el diseños de la sobrecubierta, a Maria Carella por el diseño de la maqueta, a Rita Madrigal por su gestión de la producción, a Fred Chase por las revisiones, a Dan Novack por su revisión legal, y a Anne Collins de Random House Canadá por su extremadamente útil lectura del manuscrito. Mucho antes de que este libro estuviese siquiera en

camino, yo acumulaba ya una importante serie de deudas con los editores que me habían ofrecido su orientación en el pasado, incluidos Jerry Berkowitz, Robert Blau, Dan Ferrara, Barry Harbaugh, David Hirshey, Adam Moss, Raha Naddaf, Genevieve Smith y Cyndi Stivers.

Además de presentarme a los Galvin, Jon Gluck me ha aconsejado en todas las etapas por las que ha pasado este proyecto. Jennifer Senior me ha ayudado a entender la manera de salir de incontables callejones sin salida y atolladeros narrativos. Tanto ellos como otros amigos, colegas y seres queridos tuvieron la amabilidad de leerse partes de esta obra o la obra entera en sus fases previas: Kristin Becker, Kirsten Danis, Kassie Evashevski, Josh Goldfein, Pete Holmberg, Gilbert Honigfeld, Alex Kolker, Caroline Miller, Chris Parris-Lamb, William Reid y Frank Tipton. Otros me ayudaron con su entusiasmo, su apoyo moral, su orientación vital y sus habitaciones de invitados: Franco Baseggio, Peter Becker, Yvonne Brown, Brewster Brownville, Gabriel Feldberg, Lee Feldshon, Kirsten Fermaglitch, Tony Freitas, David Gandler, Meryl Gordon, Amy Gross, Linda Hervieux, Michael Kelleher, Elaine Kleinbart, Mark Levine, Kevin McCormick, Doug McMullen, Benedict Morelli, Kenneth Mueller, Emily Nussbaum, Saul Raw, Nancy Rome, Phil Serafino, Abigail Snyder, Rebecca Sokolovsky, Clive Thompson, John Trombly y Shari Zisman. Dos investigadores, Samia Bouzid y Joshua Ben Rosen, fueron de gran ayuda con temas específicos, y la maravillosa Julie Tate se encargó de la comprobación de los datos, algo esencial.

Mi madre, Judy Kolker, fue mi primera lectora de verdad, la que me dijo antes que nadie que oía mi voz mientras leía mis líneas. Ella también pasó veinticinco años como consejera psiquiátrica en nuestro hospital local de Columbia, en Maryland. Mientras me documentaba para este libro, ya había comenzado a hablar con ella sobre él, y estaba deseando ofrecerle el manuscrito (y examinar al detalle sus meticulosas correcciones y sugerencias). El 23 de mayo de 2018 –ni un año después de que los Galvin perdiesen a su matriarca, Mimi–, falleció mi madre a los setenta y nueve años. Su pérdida ha supuesto un duro golpe para toda la familia. Este libro está dedicado a ella y a mi padre, Jon, quien, en una época tan difícil, ha sido un increíble

modelo de fortaleza, de sensibilidad, generosidad y gentileza. No podía haber deseado tener mejores padres. Una inmensa gratitud y amor también para mi hermano, Alex Kolker, y mi hermana, Fritzi Hallock, ambos grandes modelos de conducta, también, y para toda mi familia, incluidos los Kolker y los Hallock de Maryland e Iowa y los Danis de Massachusetts, Georgia y Carolina del Norte.

Y, por último, mi agradecimiento a Audrey, con su ya deslumbrante forma de escribir, y a Nate, cuyos consejos a la hora de darle estructura al libro (y a la de vivir la vida) me han ahorrado una gran cantidad de tiempo y de penalidades. Y a mi mujer, Kirsten, tan valiosa para mí: gracias por tu amor, tu belleza y tu inspiración. Todo cuanto escribo es para ti.

UNA NOTA SOBRE LAS FUENTES

Los chicos de Hidden Valley Road es una obra de no ficción que bebe de cientos de horas de entrevistas con todos y cada uno de los miembros vivos de la familia Galvin (incluida Mimi Galvin, antes de su muerte en 2017) además de con decenas de amigos, vecinos, profesores, terapeutas, cuidadores, compañeros, parientes e investigadores. No hay una sola escena inventada: todos los diálogos han sido presenciados y grabados por el autor o bien se basan en versiones publicadas o en los recuerdos de las fuentes que estaban presentes en su momento.

Se ha recurrido a otras fuentes adicionales con el fin de unir las piezas que forman el relato de la familia, incluidas –de manera muy destacada– unas extensas entrevistas con los investigadores de la esquizofrenia Lynn DeLisi, Robert Freedman y Stefan McDonough, además de todos los historiales médicos disponibles de los hermanos Galvin y de Don Galvin, la hoja de servicio militar de Don en la Marina y en las Fuerzas Aéreas, la correspondencia personal entre Don y Mimi, una serie de breves entrevistas con Mimi grabadas y realizadas por su hija Margaret en 2003 y 2008 así como varias páginas de los diarios personales y los ensayos autobiográficos de Margaret. El propio texto especifica de forma clara cuándo se ha utilizado alguna de estas fuentes.

En cuanto al resto del material que requería una cita más detallada –incluidos todos los pasajes y capítulos sobre ciencia al respecto de la esquizofrenia, la genética y la psicofarmacología–, a continuación se ofrece una serie de notas.

NOTAS

1.

Epígrafe: Charles McGrath, «Attention, Please: Anne Tyler Has Something to Say», *The New York Times,* 5 de julio de 2018.

CAPÍTULO 1

2.

Marshall Field, Oscar Wilde y Henry Ward Beecher: Sprague, *Newport in the Rockies.*

3.

Don consiguió hacerse con un ejemplar: Husam al-Dawlah Timur Mirza, *The Baz-nama-yi Nasiri: A Persian Treatise on Falconry,* traducción al inglés de Douglas C. Phillott, B. Quaritch, Londres, 1908.

CAPÍTULO 2

4.

Todas las descripciones de la enfermedad de Daniel Paul Schreber proceden de sus memorias, *Memoirs of My Nervous Illness.* [Hay edición en español. Para más información, en este y el resto de casos, consultar la bibliografía]

5.

El rey Saúl: Freedman, *The Madness Within Us,* p. 5.

6.

Juana de Arco: Ibíd.

7.

Kraepelin utilizaba el término de «demencia precoz»: Arieti, *Interpretation of Schizophrenia,* p. 10. [Hay edición en español]

8.

Kraepelin creía que era una «toxina» lo que provocaba aquella demencia: McAuley, *The Concept of Schizophrenia,* pp. 35, 27.

9.

Eugen Bleuler creó el término «esquizofrenia»: Gottesman y Wolfgram, *Schizophrenia Genesis,* 14-15; DeLisi, *101 Questions & Answers About Schizophrenia: Painful Minds,* p. xxiii.

10.

Cuando Sigmund Freud abrió por fin el libro de las memorias de Schreber en 1911: Bair, *Jung: A Biography,* p. 149.

11.

nunca consideró que mereciese la pena tomarse la molestia de llevar a ninguno de ellos al diván del psicoanalista: Thomas H. McGlashan, «Psychosis as a Disorder of Reduced Cathectic Capacity: Freud's Analysis of the Schreber Case Revisited», *Schizophrenia Bulletin* 35, n.º 3, 1 de mayo de 2009, pp. 476-481.

12.

«una suerte de revelación»: *The Freud/Jung Letters,* 214F, 1 de octubre de 1910. [Hay edición en español]

13.

«director de una institución mental»: Ibíd., 187F, 22 de abril de 1910.

14.

Freud publicó sus *Puntualizaciones psicoanalíticas:* reimpreso en Freud, *Complete Psychological Works,* vol. 12. [Hay edición en español]

15.

los delirios psicóticos eran poco más que unos sueños involuntarios que tenía el paciente estando despierto: Lothane, *In Defense of Schreber,* p. 340, según cita de Smith, *Muses, Madmen, and Prophets,* p. 198.

16.

Los mismos y famosos símbolos y metáforas: *The Freud/Jung Letters,* 214F, 1 de octubre de 1910.

17.

un temor a la castración: Ibíd., 218F, 31 de octubre de 1910.

18.

«No olvide que el padre de Schreber era médico»: Ibíd.

19.

«desternillante» y «magníficamente redactado»: Ibíd., 243J, 9 de marzo de 1911, según cita de Karen Bryce Funt, «From Memoir to Case History: Schreber, Freud and Jung», *Mosaic: A Journal for the Interdisciplinary Study of Literature* 20, n.º 4, 1987, pp. 97-115.

20.

Jung discrepaba en lo fundamental: Karen Funt, «From Memoir to Case History»; y Zvi Lothane, «The Schism Between Freud and Jung over Schreber: Its Implications for Method and Doctrine», *International Forum of Psychoanalysis* 6, n.º 2, 1997, pp. 103-15.

21.

El protegido llevaba años discutiendo con su mentor de forma intermitente al respecto de la cuestión: *The Freud/Jung Letters,* 83J, 18 de abril de 1908, y 11F, 1 de enero de 1907.

22.

«En mi opinión, el concepto de la libido»: Ibíd., 282J, 4 de noviembre de 1911.

23.

Jung volvía a argumentar lo mismo una y otra vez: Ibíd., 287J, 11 de diciembre de 1911.

24.

«Esa técnica suya de tratar a sus discípulos como si fueran pacientes»: Ibíd., 338J, 18 de diciembre de 1912.

25.

«no se puede explicar únicamente por medio de la pérdida del interés erótico»: Jung, *Jung contra Freud,* pp. 39-40.

26.

Freud «cometió un terrible error»: Bair, *Jung: A Biography,* p. 149.

27.

se calcula que la esquizofrenia afecta a una de cada cien personas: la mayoría de los análisis de prevalencia de la esquizofrenia disponibles se mueven en torno a esta cifra del 1 %. Un ejemplo reciente: Jonna Perälä, Jaana Suvisaari, Samuli I. Saarni, Kimmo Kuoppasalmi, Erkki Isometsä, Sami Pirkola, Timo Partonen *et al.,* «Lifetime Prevalence of Psychotic and Bipolar I Disorders in a General Population», *Archives of General Psychiatry* 64, n.º 1, enero de 2007, pp. 19-28.

Tenemos un análisis más detallado extraído de Michael J. Owen, Akira Sawa y Preben B. Mortensen, «Schizophrenia», *The Lancet,* Londres, 388, n.º 10039, 2 de julio de 2016, pp. 86-97: «La esquizofrenia se produce en todo el mundo, y, durante décadas, se ha pensado de forma general que tenía un riesgo mórbido uniforme a lo largo de toda la vida de un 1 % en el tiempo, la geografía y el sexo. Esto implicaría que dichos factores medioambientales no son factores de riesgo importantes o que las exposiciones relevantes se dan de manera constante en todas las poblaciones estudiadas. Esta postura del riesgo uniforme no fue desmantelada con eficacia hasta 2008, en una serie de metaanálisis llevados a cabo por McGrath y otros *[Epidemiologic Reviews* 30, 2008, pp. 67-76]. Ofrecieron unos cálculos fundamentales de una incidencia anual en poblaciones de 100 000 individuos de aproximadamente quince en hombres y diez en mujeres, una prevalencia puntual de un 4,6 por 1000 y un riesgo mórbido durante toda la vida de alrededor de un 0,7 %. Estos cálculos se basaban en unos criterios diagnósticos bastante conservadores; al aplicar criterios amplios –al incluir otros trastornos psicóticos como el trastorno delirante, el trastorno psicótico breve y la psicosis no especificada de otro modo–, los índices se multiplicaban por dos o por tres».

28.

un tercio del total de camas en los hospitales psiquiátricos estadounidenses: «U.S. Health Official Puts Schizophrenia Costs at $65 Billion». Comentarios de Richard Wyatt, jefe de neuropsiquiatría del Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH), en una reunión de la Asociación Americana de Psiquiatría. Disponible en la página web Schizophrenia (**http://www.schizophrenia.com/news/costs1.html**), 9 de mayo de 1996.

29.

aproximadamente el 40 % de los adultos: estadísticas del NIMH, según cita de McFarling, Usha Lee, «A Journey Through Schizophrenia from Researcher to Patient and Back», *STAT,* 14 de junio de 2016.

30.

Uno de cada veinte casos de esquizofrenia termina en suicidio: Kayhee Hor y

Mark Taylor, «Suicide and Schizophrenia: A Systematic Review of Rates and Risk Factors», *Journal of Psychopharmacology,* 24, n.º 4, suplemento, noviembre de 2010, pp. 81-90.

31.

Jacques Lacan, el psicoanalista francés: Jacques Lacan, «On a Question Preliminary to Any Possible Treatment of Psychosis», *Écrits: A Selection,* traducción al inglés de Alan Sheridan, W. W. Norton. Nueva York, 1977, pp. 200-201 [hay edición en español], según cita de Martin Wallen, «Body Linguistics in Schreber's "Memoirs" and De Quincey's "Confessions"», *Mosaic: A Journal for the Interdisciplinary Study of Literature* 24, n.º 2, 1991: pp. 93-108.

32.

En la década de 1970, Michel Foucault: Foucault, *Discipline and Punish,* p. 194 [hay edición en español]; y Noam Chomsky y Michel Foucault, *The Chomsky-Foucault Debate,* p. 33. [Hay edición en español]

33.

«La esquizofrenia es pasto de teorías»: entrevista del autor con Edward Shorter.

CAPÍTULO 4

34.

La información biográfica sobre Frieda Fromm-Reichmann y la información histórica sobre el Chestnut Lodge, salvo donde se especifique lo contrario, proceden de Fromm-Reichmann, *Psychoanalysis and Psychotherapy,* prólogo de Edith Weigert, pp. v-x.

35.

aquel joven que atacó a Fromm-Reichmann: Fromm-Reichmann, «Remarks on the Philosophy of Mental Disorder», 1946, *Psychoanalysis and Psychotherapy,* p. 20.

36.

aquel hombre que se tiró semanas en silencio: John S. Kafka, «Chestnut Lodge and the Psychoanalytic Approach to Psychosis», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 59, n.º 1, 1 de febrero de 2011, pp. 27-47.

37.

la mujer que le tiraba piedras: Fromm-Reichmann, «Problems of Therapeutic Management in a Psychoanalytic Hospital», 1947, *Psychoanalysis and Psychotherapy,* p. 147.

38.

cualquiera que dijese lo contrario quizá no se estaba preocupando lo suficiente por las personas a las que estaba tratando: Fromm-Reichmann, «Transference Problems in Schizophrenics», 1939, *Psychoanalysis and Psychotherapy,* p. 119.

39.

la conocida como «cura de gas»: Heinz E. Lehmann y Thomas A. Ban, «The History of the Psychopharmacology of Schizophrenia», *The Canadian Journal of Psychiatry* 42, n.º 2, marzo de 1997, pp. 152-162.

40.

la terapia de choque con insulina: W. C. Shipley y F. Kant, «The Insulin-Shock and Metrazol Treatments of Schizophrenia, with Emphasis on Psychological Aspects», *Psychological Bulletin* 37, n.º 5, 1940, pp. 259-284.

41.

Entonces llegó la lobotomía: McAuley, *The Concept of Schizophrenia,* p. 132.

42.

Kraepelin […] no había obtenido prácticamente ningún resultado: Gottesman, *Schizophrenia Genesis,* p. 82.

43.

Ernst Rüdin se convirtió en una importante figura del movimiento de la eugenesia: Martin Brüne, «On Human Self-Domestication, Psychiatry, and Eugenics», *Philosophy, Ethics, and Humanities in Medicine* 2, n.º 1, 5 de octubre de 2007, p. 21.

44.

Kallmann pedía que se esterilizara incluso a los «portadores asintomáticos»: Müller-Hill, *Murderous Science,* pp. 11, 31, 42-43, 70.

45.

«Todo esquizofrénico tiene una tenue noción»: Fromm-Reichmann, «Transference Problems in Schizophrenics», 1939, *Psychoanalysis and Psychotherapy,* p. 118.

46.

una nueva vanguardia de psicoanalistas estadounidenses no tardó en adoptar: Silvano Arieti, «A Psychotherapeutic Approach to Schizophrenia», en Kemali, Bartholini y Richter, eds., *Schizophrenia Today,* p. 245.

47.

Joanne Greenberg: Greenberg, *I Never Promised You a Rose Garden.* [Hay edición en español]

48.

«Había otros poderes»: Ibíd., pp. 83-84.

49.

«¡Todos los enfermos están asustadísimos […]!»: Ibíd., p. 46.

50.

«Muchos padres decían –incluso pensaban–»: Ibíd., p. 33.

51.

«la perniciosa y desaconsejable influencia que una madre dominante»: Fromm-Reichmann, «Notes on the Mother Role in the Family Group», 1940, *Psychoanalysis and Psychotherapy,* pp. 291-292.

52.

«una perversión del instinto maternal»: Rosen, *Direct Analysis,* 97, 101, según cita de Carol Eadie Hartwell, «The Schizophrenogenic Mother Concept in American Psychiatry», *Psychiatry* 59, n.º 3, agosto de 1996, pp. 274-297.

53.

«las esposas estadounidenses son con mucha frecuencia quienes llevan las riendas»: Fromm-Reichmann, «Notes on the Mother Role in the Family Group».

54.

«fría», «perfeccionista», «ansiosa», «excesivamente controladora» y «restrictiva»: John Clausen y Melvin Kohn, «Social Relations and Schizophrenia: A Research Report and a Perspective», en Don D. Jackson, *The Etiology of Schizophrenia,* p. 305.

55.

«prototipo de la mujer blanca estadounidense de clase media y origen anglosajón»: Suzanne Reichard y Carl Tillman, «Patterns of Parent-Child Relationships in Schizophrenia», *Psychiatry* 13, n.º 2, mayo de 1950, p. 253, según cita de Hartwell, «The Schizophrenogenic Mother Concept in American Psychiatry».

56.

Parecía faltar cierta coherencia en estas descripciones: Hartwell, «The Schizophrenogenic Mother Concept in American Psychiatry», p. 286.

57.

«del doble vínculo»: Gregory Bateson, Don D. Jackson, Jay Haley y John Weakland, «Toward a Theory of Schizophrenia», *Behavioral Science* 1, n.º 4, 1 de enero de 1956, pp. 251-264.

58.

«se convirtieron en una figura peligrosa para los hombres»: Lidz, *Schizophrenia and the Family,* p. 98, p. 83, según cita de Hartwell, «The Schizophrenogenic Mother Concept in American Psychiatry».

CAPÍTULO 6

59.

La información geológica sobre Woodmen Valley procede de John I. Kitch y Betsy B. Kitch, *Woodmen Valley: Stage Stop to Suburb,* Filter Press, Palmer Lake, 1970.

CAPÍTULO 7

60.

«Una clasificación diagnóstica para el cubo de la basura»: McNally, *A Critical History of Schizophrenia,* pp. 153-154.

61.

La segunda edición del *DSM,* publicada en 1968: Seymour S. Kety, ed., «What Is Schizophrenia?», *Schizophrenia Bulletin* 8, n.º 4, 1982, pp. 597-600.

CAPÍTULO 9

62.

Salvo allí donde se especifique lo contrario, todo el material referente al estudio de la familia Genain realizado por el NIMH procede de Rosenthal, *The Genain Quadruplets.* Más adelante figuran las citas concretas de dicho texto.

63.

tan absolutamente trascendental […] como el caso de Daniel Paul Schreber: Irving I. Gottesman, «Theory of Schizophrenia», *The British Medical Journal* 1, n.º 5427, 1965, p. 114.

64.

Investigadores europeos y americanos habían realizado y publicado muchos e importantes estudios de esta clase con gemelos: Mads G. Henriksen, Julie Nordgaard y Lennart B. Jansson, «Genetics of Schizophrenia: Overview of Methods, Findings and Limitations», *Frontiers in Human Neuroscience* 11, 2017.

65.

1928: H. Luxenburger, «Vorläufiger Bericht über psychiatrische Serienuntersuchungen an Zwillingen», *Zeitschrift für die gesamte Neurologie und Psychiatrie* 116, 1928, pp. 297-326.

66.

1946: F. J. Kallmann, «The Genetic Theory of Schizophrenia; an Analysis of 691 Schizophrenic Twin Index Families», *American Journal of Psychiatry* 103, 1946, pp. 309-322.

67.

1953: Eliot Slater, «Psychotic and Neurotic Illnesses in Twins» 1953, en Slater, *Man, Mind, and Heredity,* pp. 12-124.

68.

«En cuanto uno se entera»: Rosenthal, *The Genain Quadruplets,* p. 7.

69.

Nora era la primogénita: Ibíd., p. 362.

70.

A Iris, por su parte: Ibíd., pp. 16-17.

71.

Hester era callada: Ibíd.

72.

Myra tenía una forma de ser más «chispeante»: Ibíd., p. 364.

73.

la madre de las niñas había intentado separar a Nora y a Myra de Iris y Hester: Ibíd., p. 73.

74.

«Resulta sencillo ver que»: Ibíd., p. 567.

75.

el concepto de la «situación extrema»: Ibíd., p. 548.

76.

«un ambiente de temor, de sospecha y desconfianza»: Ibíd., p. 566.

77.

«Debemos ser más cautos y más precisos aún en la construcción de nuestra teoría»: Ibíd., p. 579.

CAPÍTULO 10

78.

El hospital abrió sus puertas con poco más de una decena de pacientes: Nell Mitchell, *The 13th Street Review,* p. 7.

79.

«Lo considerábamos una intervención menor»: Mike Anton, «Colorado Routinely Sterilized the Mentally Ill Before 1960», *Rocky Mountain News,* 21 de noviembre de 1999.

80.

Hacia la década de 1950, el hospital ya albergaba a más de cinco mil pacientes: Nell Mitchell, *The 13th Street Review,* p. 47.

81.

«Se trata de psicópatas, sobre todo»: Telfer, *The Caretakers,* p. 218. [Hay edición en español]

82.

Una crítica en el *New York Times* dijo que *Los celadores* era un toque de rebato: Frank G. Slaughter, «Life in a Snake-Pit», *The New York Times,* 22 de noviembre de 1959.

83.

un cáustico ataque de treinta páginas: «Pueblo Grand Jury Blasts State Hospital Program», *Colorado Springs Gazette-Telegraph,* 19 de mayo de 1962.

84.

«quietud eufórica»: M. Lacomme *et al.,* «Obstetric Analgesia Potentiated by Associated Intravenous Dolosal with RP 4560», *Bulletin de la Fédération des Sociétés de Gynécologie et d'Óbstetrique de Langue Française* 4, 1952, pp. 558-562, según cita de Bertha K. Madras, «History of the Discovery of the Antipsychotic Dopamine D2 Receptor: A Basis for the Dopamine Hypothesis of Schizophrenia», *Journal of the History of the Neurosciences* 22, n.º 1, 1 de enero de 2013, pp. 62-78.

85.

«lobotomía química»: H. Laborit y P. Huguenard, «L'hibernation artificielle par moyens pharmacodynamiques et physiques», *Presse médicale* 59, 1951, p. 1329, según cita de Heinz E. Lehmann y Thomas A. Ban, «The History of the Psychopharmacology of Schizophrenia», *The Canadian Journal of Psychiatry* 42, n.º 2 marzo de 1997, pp. 152-162.

86.

efectos secundarios: Theocharis Kyziridis, «Notes on the History of Schizophrenia», *German Journal of Psychiatry* 8, n.º 3, 2005, pp. 42-48.

87.

Arvid Carlsson sugirió que el Thorazine: Arvid Carlsson y Maria L. Carlsson, «A Dopaminergic Deficit Hypothesis of Schizophrenia: The Path to Discovery», *Dialogues in Clinical Neuroscience* 8, n.º 1, marzo de 2006, pp. 137-142.

88.

lo que se conoció entre los investigadores de la esquizofrenia como la «hipótesis de la dopamina»: Bertha K. Madras, «History of the Discovery of the Antipsychotic Dopamine D2 Receptor: A Basis for the Dopamine Hypothesis of Schizophrenia».

89.

aún mejor que el Thorazine: S. Marc Breedlove, Neil V. Watson y Mark R. Rosenzweig, *Biological Psychology,* 5.ª edición. Sinauer Associates, Sunderland, 2007, p. 491. [Hay edición en español]

CAPÍTULO 13

90.

«la mediocridad existente»: Sartre, *The Psychology of Imagination,* p. 169 [hay edición en español], según cita de Laing, *The Divided Self,* pp. 84-85. [Hay edición en español]

91.

la esquizofrenia era el acto de supervivencia de un alma herida: Laing, *The Divided Self,* pp. 73, 75, 77.

92.

«lobotomías y tranquilizantes»: Ibíd., p. 12.

93.

una manera de hacerse el muerto […]: era mejor convertirte tú mismo en una piedra: Ibíd., p. 51.

94.

el sociólogo Erving Goffman: McNally, *A Critical History of Schizophrenia,* p. 149.

95.

los esquizofrénicos eran prácticamente unos profetas: Arieti, *Interpretation of Schizophrenia,* pp. 125-126.

96.

la locura era un concepto que los poderosos utilizaban contra los desfavorecidos: Szasz, *The Myth of Mental Illness,* pp. 188, 176. [Hay edición en español]

97.

una batalla de ingenio contra las malvadas fuerzas de la autoridad: Kesey, *Alguien voló sobre el nido del cuco.* [Hay edición en español]

98.

un «elemento secundario»: Fromm-Reichmann, «On Loneliness» (ensayo publicado a título póstumo), *Psychoanalysis and Psychotherapy,* p. 328.

99.

«Si la raza humana sobrevive»: Laing, *The Politics of Experience,* p. 107. [Hay edición en español]

100.

decían que la estructura familiar era una metáfora de la sociedad autoritaria: Deleuze y Guattari, *Anti-Oedipus,* pp. 34-35. [Hay edición en español]

CAPÍTULO 14

101.

El relato sobre la conferencia de Puerto Rico procede de Rosenthal y Kety, eds., *The Transmission of Schizophrenia.* Las citas específicas figuran a continuación.

102.

su estudio en Dinamarca: David Rosenthal, «Three Adoption Studies of Heredity in the Schizophrenic Disorders», *International Journal of Mental Health* 1, n.º 1/2, 1972, pp. 63-75.

103.

un estudio que llegaba a una conclusión muy similar: Irving Gottesman y James Shields, «A Polygenic Theory of Schizophrenia», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 58, n.º 1, 1 de julio de 1967, pp. 199-205.

104.

una infancia sumida en el caos y la pobreza podría ser una causa: Melvin L. Kohn, «Social Class and Schizophrenia», en Rosenthal y Kety, eds., *The Transmission of Schizophrenia,* pp. 156-157.

105.

«amargadas, agresivas e incapaces de prodigar afecto con naturalidad»: Yrjö O. Alanen, «From the Mothers of Schizophrenic Patients to Interactional Family Dynamics», en Rosenthal y Kety, eds., *The Transmission of Schizophrenia,* pp. 201, 205.

106.

«percibe carencias en la crianza»: Theodore Lidz, «The Family, Language, and the Transmission of Schizophrenia», en Rosenthal y Kety, eds., *The Transmission of Schizophrenia,* p. 175.

107.

«duelo de caballeros de camisola blanca a la francesa»: David Rosenthal, «The Heredity-Environment Issue in Schizophrenia: Summary of the Conference and Present Status of Our Knowledge», en Rosenthal y Kety, eds., *The Transmission of Schizophrenia,* p. 413.

108.

«bandos enfrentados»: David Reiss, «Competing Hypotheses and Warring Factions: Applying Knowledge of Schizophrenia», presentado por primera vez en 1970 y publicado más tarde en *Schizophrenia Bulletin* 8, 1974, pp. 7-11.

109.

«el argumento a favor de la herencia ha resistido de manera convincente»:

Rosenthal, «The Heredity-Environment Issue in Schizophrenia», p. 415.

110.

«En el más estricto sentido, no es la esquizofrenia lo que se hereda»: Ibíd., p. 416.

111.

«Los genes implicados»: Ibíd.

CAPÍTULO 16

112.

una llamada de teléfono de la esposa del jefe de Noni: «Apparent Murder-Suicide of Lodi Girl, Boyfriend», *Lodi News-Sentinel,* 8 de septiembre de 1973.

CAPÍTULO 18

113.

En 1979, el equipo de Wyatt publicó una investigación: Daniel Weinberger, E. Fuller Torrey, A. N. Neophytides y R. J. Wyatt, «Lateral Cerebral Ventricular Enlargement in Chronic Schizophrenia», *Archives of General Psychiatry* 36, n.º 7, julio, 1979, pp. 735-739.

114.

En 1978, Gershon había copublicado un estudio: R. O. Rieder y E. S. Gershon, «Genetic Strategies in Biological Psychiatry», *Archives of General Psychiatry* 35, n.º 7, julio de 1978, pp. 866-873.

CAPÍTULO 19

115.

uno de entre el reducido grupo de farmacólogos que utilizó la CIA: «Private Institutions Used in CIA Effort to Control Behavior», *The New York Times,* 2 de agosto de 1977.

116.

«contenedor temporal»: Carl C. Pfeiffer, «Psychiatric Hospital vs. Brain Bio Center in Diagnosis of Biochemical Imbalances», *Journal of Orthomolecular Psychiatry* 5, n.º 1, 1976, pp. 28-34.

CAPÍTULO 21

117.

«Aquí hay una señal telepática muy intensa»: Gaskin, *Volume One,* p. 13.

118.

exmarine: «Why We Left the Farm», *Whole Earth Review,* invierno de 1985.

119.

de metro noventa y tres: Jim Ricci, «Dream Dies on the Farm», *Chicago Tribune,* 2 de octubre de 1986.

120.

«Monday Night Class»: Ibíd.

121.

«A SALVAR EL MUNDO»: Moretta, *The Hippies,* p. 232.

122.

pagó cerca de ciento veinte mil dólares por algo menos de setecientas hectáreas: Ibíd., p. 232.

123.

la comuna más grande de todo el país: cálculo de la National Science Foundation, según cita de Ricci, «Dream Dies on the Farm».

124.

una población de unas mil quinientas personas: Moretta, *The Hippies,* p. 236.

125.

Stephen Gaskin tenía una licencia: Ibíd., p. 233.

126.

prefería casar a dos parejas entre sí: Ibíd., p. 240.

127.

aprobación sin reservas del sexo tántrico: Ibíd.

128.

abundante suministro de setas alucinógenas de cultivo propio: Ibíd., p. 242.

129.

se quejaba de que lo único a que se dedicaba en todo el día era a resolver los conflictos de los demás: Gaskin, *Volume One,* pp. 11, 13, 14.

130.

Gaskin controlaba: Moretta, *The Hippies,* p. 238.

131.

«treinta días»: Stiriss, *Voluntary Peasants,* capítulo 3, loc. 786, Kindle.

132.

«un caballo listo galopa en cuanto ve asomar el látigo»: Ibíd.

133.

«matrimonio a seis»: Ibíd.

134.

cuatro bebés al mes, o más: Ibíd.

135.

«un tipo especial de *hippie»:* Moretta, *The Hippies,* p. 233.

136.

yogui tibetano Milarepa: Gaskin, *Volume One,* pp. 19-21.

137.

«La gente que vive junto a una cascada no oye caer el agua»: Ibíd., 13.

138.

la Pulidora: Moretta, *The Hippies,* 240.

139.

«comentarios constructivos» a los miembros de la Granja que estaban «en un viaje»: Stiriss, *Voluntary Peasants,* capítulo 3, loc. 218, Kindle.

140.

«Tú eres la única variable»: Ibíd.

CAPÍTULO 24

141.

«hipótesis de la vulnerabilidad»: Joseph Zubin y Bonnie Spring, «Vulnerability–A New View of Schizophrenia», *Journal of Abnormal Psychology* 86, n.º 2, abril de 1977, pp. 103-126.

142.

una actualización, o desarrollo, de la hipótesis de la diátesis-estrés de Irving Gottesman de 1967: Irving Gottesman y James Shields, «A Polygenic Theory of Schizophrenia», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 58, n.º 1, 1 de julio de 1967, pp. 199-205.

143.

«una oportunidad para que la vulnerabilidad germine en forma de trastorno»: Zubin y Spring, «Vulnerability».

144.

«filtrado sensorial»: Freedman, *The Madness Within Us,* p. 35.

145.

explicación más común de la esquizofrenia que sufría John Nash: Robert Freedman, «Rethinking Schizophrenia–From the Beginning», conferencia en la Brain and Behavior Research Foundation, 23 de octubre de 2015.

146.

la «hipótesis de la poda»: Irwin Feinberg, «Schizophrenia: Caused by a Fault in Programmed Synaptic Elimination During Adolescence?», *Journal of Psychiatric Research* 17, n.º 4, 1982-1983, pp. 319-334.

CAPÍTULO 27

147.

«Los nuevos sistemas de diagnóstico por imagen»: Sandy Rovner, «The Split over Schizophrenia», *The Washington Post,* 20 de julio de 1984.

148.

un artículo sobre la investigación de la madre esquizofrenogénica: Gordon Parker, «Re-Searching the Schizophrenogenic Mother», *The Journal of Nervous and Mental Disease* 170, n.º 8, agosto de 1982, pp. 452-462.

149.

un estudio de la información registrada de todos los pacientes: Anne Harrington, «The Fall of the Schizophrenogenic Mother», *The Lancet* 379, n.º 9823, abril de 2012, pp. 1292-1293.

150.

«Frieda […] se embarcó en un experimento grandioso»: Ann-Louise Silver, «Chestnut Lodge, Then and Now», *Contemporary Psychoanalysis* 33, n.º 2, 1 de abril de 1997, pp. 227-249.

151.

al programa televisivo *The Phil Donahue Show:* Peter Carlson, «Thinking Outside the Box», *The Washington Post,* 9 de abril de 2001.

152.

«Lo que están viendo es la enfermedad en el cerebro»: Modrow, *How to Become a Schizophrenic*.

153.

En un estudio publicado ese mismo año: Daniel Weinberger y R. J. Wyatt, «Cerebral Ventricular Size: Biological Marker for Subtyping Chronic Schizophrenia», en Earl Usdin e Israel Hanin, eds., *Biological Markers in Psychiatry and Neurology,* Pergamon Press, Nueva York, 1982, pp. 505-512.

154.

«Por desgracia, hay un segmento»: Modrow, *How to Become a Schizophrenic*.

155.

El último *DSM* –el *DSM-III:* Seymour S. Kety, «What Is Schizophrenia?», *Schizophrenia Bulletin* 8, n.º 4, 1982, pp. 597-600.

156.

La adolescente que sufría delirios no tenía esquizofrenia: Dava Sobel, «Schizophrenia in Popular Books: A Study Finds Too Much Hope», *The New*

York Times, 1 de febrero de 1981.

157.

En 1984, justo antes de conocer a los Galvin, había estudiado: C. Siegel, M. Waldo, G. Mizner, L. E. Adler y R. Freedman, «Deficits in Sensory Gating in Schizophrenic Patients and Their Relatives. Evidence Obtained with Auditory Evoked Responses», *Archives of General Psychiatry* 41, n.º 6, junio de 1984, pp. 607-612.

158.

DeLisi utilizó los datos de aquellas familias para confirmar: L. E. DeLisi, L. R. Goldin, J. R. Hamovit, M. E. Maxwell, D. Kurtz y E. S. Gershon, «A Family Study of the Association of Increased Ventricular Size with Schizophrenia», *Archives of General Psychiatry* 43, n.º 2, febrero de 1986, pp. 148-153.

159.

que analizaba un posible vínculo entre la esquizofrenia y los antígenos leucocitarios humanos: Lynn R. Goldin, Lynn E. DeLisi e Elliot S. Gershon, «Relationship of HLA to Schizophrenia in 10 Nuclear Families», *Psychiatry Research* 20, n.º 1, enero de 1987, pp. 69-77.

160.

El primero parecía confirmar: Sarah Henn, Nick Bass, Gail Shields, Timothy J. Crow y Lynn E. DeLisi, «Affective Illness and Schizophrenia in Families with Multiple Schizophrenic Members: Independent Illnesses or Variant Gene(S)?», *European Neuropsychopharmacology* 5, enero de 1995, pp. 31-36.

161.

El segundo no logró hallar un vínculo entre la esquizofrenia y el trastorno bipolar: Lynn E. DeLisi, Ray Lofthouse, Thomas Lehner, Carla Morganti, Antonio Vita, Gail Shields, Nicholas Bass, Jurg Ott y Timothy J. Crow, «Failure to Find a Chromosome 18 Pericentric Linkage in Families with Schizophrenia», *American Journal of Medical Genetics* 60, n.º 6, 18 de diciembre de 1995, pp. 532-534.

162.

«No estoy muy convencida de que el medio ambiente tenga algún efecto en absoluto»: Jamie Talan, «Schizophrenia's Secrets: "Hot Spots" on Chromosomes Fuel Academic, Commercial Studies», *New York Newsday,* 19 de octubre de 1999.

163.

«Es crítico que se evite una desilusión prematura»: Kenneth S. Kendler y Scott R. Diehl, «The Genetics of Schizophrenia: A Current, Genetic-Epidemiologic Perspective», *Schizophrenia Bulletin* 19, n.º 2, 1993, pp. 261-285.

164.

«más del 90 % de los parientes de los esquizofrénicos»: Deborah M. Barnes y Constance Holden, «Biological Issues in Schizophrenia», *Science,* 23 de enero de 1987.

165.

Las probabilidades de que unos hermanos de la misma familia: Gottesman, *Schizophrenia Genesis,* pp. 102-103.

166.

una probabilidad más o menos diez veces superior: Kevin Mitchell, *Innate,* p. 221.

167.

más altas incluso que las de las enfermedades cardíacas o la diabetes: Ibíd.

168.

El hipocampo del cerebro […] era más pequeño: R. L. Suddath, G. W. Christison, E. F. Torrey, M. F. Casanova y D. R. Weinberger, «Anatomical Abnormalities in the Brains of Monozygotic Twins Discordant for Schizophrenia», *The New England Journal of Medicine* 322, n.º 12, 22 de marzo de 1990, pp. 789-794.

169.

En 1987, Weinberger publicó una teoría: Daniel R. Weinberger, «Implications of Normal Brain Development for the Pathogenesis of Schizophrenia», *Archives of General Psychiatry* 44, n.º 7, 1 de julio de 1987, p. 660.

170.

lo que él denominó «paisaje epigenético»: Weinberger y Harrison, *Schizophrenia,* p. 400.

171.

«El riesgo se transmite»: Kevin Mitchell, *Innate,* p. 75.

CAPÍTULO 32

172.

En 1997, Freedman identificó el CHRNA7: Robert Freedman, H. Coon, M. Myles-Worsley, A. Orr-Urtreger, A. Olincy, A. Davis, M. Polymeropoulos *et al.,* «Linkage of a Neurophysiological Deficit in Schizophrenia to a Chromosome 15 Locus», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 94, n.º 2, 21 de enero de 1997, pp. 587-592.

173.

el primer gen asociado de manera definitiva con la esquizofrenia: Carol Kreck, «Mental Institute to Focus on Kids», *Denver Post,* 3 de marzo de 1999.

174.

Hacia el año 2000 ya se habían aislado al menos otras cinco áreas problemáticas más: Ann Schrader, «Schizophrenia Researchers Close in on Genetic Sources», *Denver Post,* 13 de agosto de 2000.

175.

En 1997, Freedman ideó un experimento: Freedman *et al.,* «Linkage of a Neurophysiological Deficit in Schizophrenia to a Chromosome 15 Locus».

176.

«importante y emocionante»: Denise Grady, «Brain-Tied Gene Defect May Explain Why Schizophrenics Hear Voices», *The New York Times,* 21 de enero de 1997.

177.

Y en 2004, cuando puso a prueba: Laura F. Martin, William R. Kem y Robert Freedman, «Alpha-7 Nicotinic Receptor Agonists: Potential New Candidates for the Treatment of Schizophrenia», *Psychopharmacology* 174, n.º 1, 1 de junio de 2004, pp. 54-64.

CAPÍTULO 33

178.

En 1994, la revista *New England Journal of Medicine:* William T. Carpenter y Robert W. Buchanan, «Schizophrenia», *New England Journal of Medicine* 330, n.º 10, 10 de marzo de 1994: pp. 681-690.

179.

«posiblemente el peor mal que afecta a la humanidad, incluido el sida»: «Where Next with Psychiatric Illness?», *Nature* 336, n.º 6195, noviembre de 1988, pp. 95-96.

180.

«la doctora DeLisi y sus colaboradores»: «Sequana to Participate in Multinational Effort to Uncover the Genetic Basis of Schizophrenia», *Business Wire,* 20 de abril de 1995.

181.

«trasciende las capacidades prácticas de un pequeño laboratorio»: Ibíd.

182.

el mayor estudio hasta la fecha con familias multiplex a cargo de un solo investigador: Ibíd.

183.

El Proyecto del Genoma Humano: Bijal Trevedi, Michael Le Page y Peter Aldhous, «The Genome 10 Years On», *New Scientist,* 19 de junio de 2010.

184.

En 1995, el investigador del cáncer Harold Varmus: Samuel H. Barondes, Bruce M. Alberts, Nancy C. Andreasen, Cornelia Bargmann, Francine Benes, Patricia Goldman-Rakic, Irving Gottesman *et al.,* «Workshop on Schizophrenia», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 94, n.º 5, 4 de marzo de 1997, pp. 1612-1614.

185.

Weinberger recuerda que Zach Hall: transcripción de una entrevista con Daniel Weinberger a cargo de Stephen Potkin en el congreso anual número 48 del American College of Neuropsychopharmacology en Boca Ratón, Florida, el 12 de diciembre de 2007.

186.

«miles de alelos [posibles genes mutados] en común»: Shaun M. Purcell, Naomi R. Wray, Jennifer L. Stone, Peter M. Visscher, Michael C. O'Donovan, Patrick F. Sullivan y Pamela Sklar, «Common Polygenic Variation Contributes to Risk

of Schizophrenia and Bipolar Disorder», *Nature* 460, n.º 7256, 6 de agosto de 2009, pp. 748-752.

187.

variaciones en el número de copias (CNV): James R. Lupski, «Schizophrenia: Incriminating Genomic Evidence», *Nature* 455, n.º 7210, septiembre de 2008, pp. 178-179.

188.

Un GWAS, publicado en *Nature Genetics* en 2013: Stephan Ripke, Colm O'Dushlaine, Kimberly Chambert, Jennifer L. Moran, Anna K. Kähler, Susanne Akterin, Sarah E. Bergen *et al.,* «Genome-Wide Association Analysis Identifies 13 New Risk Loci for Schizophrenia», *Nature Genetics* 45, n.º 10, 25 de agosto de 2013, pp. 1150-1159.

189.

En otro GWAS, publicado en *Nature* en 2014: Stephan Ripke, Benjamin M. Neale, Aiden Corvin, James T. R. Walters, Kai-How Farh, Peter A. Holmans, Phil Lee *et al.,* «Biological Insights from 108 Schizophrenia-Associated Genetic Loci», *Nature* 511, n.º 7510, 22 de julio de 2014, pp. 421-427.

190.

«puntuación de riesgo poligénico»: Brien Riley y Robert Williamson, «Sane Genetics for Schizophrenia», *Nature Medicine* 6, n.º 3, marzo de 2000, pp. 253-55 (la explicación completa de la puntuación de riesgo: «El análisis de la concordancia en parientes de primer, segundo y tercer grado sugiere que son necesarias unas variantes en tres o más lugares independientes para conferir susceptibilidad, y que estas variantes alélicas incrementan el riesgo de un modo multiplicativo más que sumatorio con un riesgo total que es superior a la suma de los riesgos individuales conferidos por cada variante»).

191.

en un 4 %, más o menos: Jonathan Leo, «The Search for Schizophrenia Genes», *Issues in Science and Technology* 32, n.º 2, 2016, pp. 68-71.

192.

«Esa puntuación no tiene mucho sentido»: entrevista del autor con Elliot Gershon.

193.

«Entre mis colegas se calcula que necesitaremos doscientos cincuenta mil pacientes de esquizofrenia»: entrevista del autor con Steven Hyman.

194.

«¿Es un clásico trastorno biomédico con un fundamento orgánico…?»: Kenneth Kendler, «A Joint History of the Nature of Genetic Variation and the Nature of Schizophrenia», *Molecular Psychiatry* 20, n.º 1, febrero de 2015, pp. 77-83.

195.

«un desastre»: Joan Arehart-Treichel, «Psychiatric Gene Researchers Urged to Pool Their Samples», *Psychiatric News,* American Psychiatric Association, 16 de noviembre de 2007.

CAPÍTULO 34

196.

de la que se decía que era eficaz, segura e incluso relativamente indolora: Scott O. Lilienfeld y Hal Arkowitz, «The Truth About Shock Therapy: Electroconvulsive Therapy Is a Reasonably Safe Solution for Some Severe Mental Illnesses», *Scientific American,* 1 de mayo de 2014.

CAPÍTULO 35

197.

Los investigadores ya predispuestos en contra del uso indiscriminado de la medicación: Whitaker, *Mad in America,* pp. 207-208.

CAPÍTULO 36

198.

En efecto, DeLisi y McDonough encontraron algo tentador en los Galvin: O. R. Homann, K. Misura, E. Lamas, R. W. Sandrock, P. Nelson, Stefan McDonough y Lynn E. DeLisi, «Whole-Genome Sequencing in Multiplex Families with Psychoses Reveals Mutations in the SHANK2 and SMARCA1 Genes Segregating with Illness», *Molecular Psychiatry* 21, n.º 12, diciembre de 2016, pp. 1690-1695.

199.

un equipo del Instituto Broad en Cambridge: Aswin Sekar, Allison R. Bialas, Heather de Rivera, Avery Davis, Timothy R. Hammond, Nolan Kamitaki *et al.,* «Schizophrenia Risk from Complex Variation of Complement Component 4», *Nature* 530, n.º 7589, febrero de 2016, pp. 177-183.

200.

otros habían realizado estudios independientes: Audrey Guilmatre, Guillaume Huguet, Richard Delorme y Thomas Bourgeron, «The Emerging Role of SHANK Genes in Neuropsychiatric Disorders: SHANK Genes in Neuropsychiatric Disorders», *Developmental Neurobiology* 74, n.º 2, febrero de 2014, pp. 113-122. Véase también Ahmed Eltokhi, Gudrun Rappold y Rolf Sprengel, «Distinct Phenotypes of SHANK2 Mouse Models Reflect Neuropsychiatric Spectrum Disorders of Human Patients with SHANK2 Variants», *Frontiers in Molecular Neuroscience* 11, 2018.

201.

«una colección de trastornos del desarrollo neurológico»: Thomas R. Insel, «Rethinking Schizophrenia», *Nature* 468, n.º 7321, 11 de noviembre de 2010, pp. 187-193.

202.

Otro estudio del SHANK2 y la esquizofrenia: S. Peykov, S. Berkel, M. Schoen, K. Weiss, F. Degenhardt, J. Strohmaier, B. Weiss *et al.,* «Identification and Functional Characterization of Rare SHANK2 Variants in Schizophrenia», *Molecular Psychiatry* 20, n.º 12, diciembre de 2015, pp. 1489-1498.

203.

El genetista Kevin Mitchell ha apuntado: Kevin Mitchell, *Innate,* pp. 233-234.

CAPÍTULO 37

204.

El estudio de Freedman sobre la colina se publicó en 2016: Randal G. Ross, Sharon K. Hunter, M. Camille Hoffman, Lizbeth McCarthy, Betsey M. Chambers, Amanda J. Law, Sherry Leonard, Gary O. Zerbe y Robert Freedman, «Perinatal Phosphatidylcholine Supplementation and Early Childhood Behavior Problems: Evidence for CHRNA7 Moderation», *The American Journal of Psychiatry* 173, n.º 5, mayo de 2016, pp. 509-516.

205.

En 2017, la Asociación Médica Americana aprobó una resolución: Carrie Dennett: «Choline: The Essential but Forgotten Nutrient», *Seattle Times,* 2 de noviembre de 2017.

CAPÍTULO 43

206.

«Igual que cuando te subes al tiovivo»: Rue L. Cromwell, «Strategies for Studying Schizophrenic Behavior», *Psychopharmacologia* 24, n.º 1, 1 de marzo de 1972, pp. 121-146.

207.

el movimiento Hearing Voices: Leudar y Thomas, *Voices of Reason, Voices of Insanity*.

208.

muchos pacientes de esquizofrenia experimentan una evolución favorable a largo plazo sin que se les recete ninguna medicación: M. Harrow y T. H. Jobe, «Does Long-Term Treatment of Schizophrenia with Antipsychotic Medications Facilitate Recovery?», *Schizophrenia Bulletin* 39, n.º 5, 1 de septiembre de 2013, pp. 962-65. Véase también M. Harrow, T. H. Jobe y R. N. Faull, «Does Treatment of Schizophrenia with Antipsychotic Medications Eliminate or Reduce Psychosis? A 20-Year Multi-Follow-up Study», *Psychological Medicine* 44, n.º 14, octubre de 2014, pp. 3007-3016.

209.

más pruebas de que la psicosis se halla dentro de un espectro: S. Guloksuz y J. van Os, «The Slow Death of the Concept of Schizophrenia and the Painful Birth of the Psychosis Spectrum», *Psychological Medicine* 48, n.º 2, enero de 2018, pp. 229-244.

210.

un metaanálisis publicado en 2013: R. J. Linscott y J. van Os. «An Updated and Conservative Systematic Review and Meta-Analysis of Epidemiological Evidence on Psychotic Experiences in Children and Adults: On the Pathway from Proneness to Persistence to Dimensional Expression Across Mental Disorders», *Psychological Medicine* 43, n.º 6, junio de 2013, pp. 1133-1149.

211.

otro estudio de 2015: John J. McGrath, Sukanta Saha, Ali Al-Hamzawi, Jordi Alonso, Evelyn J. Bromet, Ronny Bruffaerts, José Miguel Caldas-de-Almeida *et al.,* «Psychotic Experiences in the General Population: A Cross-National Analysis Based on 31,261 Respondents from 18 Countries», *JAMA Psychiatry* 72, n.º 7, 1 de julio de 2015, pp. 697-705.

212.

«un modelo de cuidados de detección e intervención temprana»: «Early Detection and Prevention of Psychotic Disorders: Ready for “Prime Time”?»,

conferencia de Jeffrey Lieberman para la Brain and Behavior Research Foundation, 12 de febrero de 2019.

213.

conocidas como «intervenciones blandas»: John M. Kane, Delbert G. Robinson, Nina R. Schooler, Kim T. Mueser, David L. Penn, Robert A. Rosenheck, Jean Addington *et al.,* «Comprehensive Versus Usual Community Care for First-Episode Psychosis: 2-Year Outcomes from the NIMH RAISE Early Treatment Program», *The American Journal of Psychiatry* 173, n.º 4, 20 de octubre de 2015, pp. 362-372.

214.

Australia y los escandinavos: Benedict Carey, «New Approach Advised to Treat Schizophrenia», *The New York Times,* 21 de diciembre de 2017.

215.

Lieberman está desarrollando en Columbia: «Early Detection and Prevention of Psychotic Disorders: Ready for "Prime Time"?», conferencia de Jeffrey Lieberman para la Brain and Behavior Research Foundation, 12 de febrero de 2019.

216.

si el riesgo de padecer esquizofrenia está ligado a la salud de la placenta de la embarazada: Gianluca Ursini, Giovanna Punzi, Qiang Chen, Stefano Marenco, Joshua F. Robinson, Annamaria Porcelli, Emily G. Hamilton, Daniel Weinberger *et al.,* «Convergence of Placenta Biology and Genetic Risk for Schizophrenia», *Nature Medicine,* 28 de mayo de 2018, p. 1.

217.

«la mitad de los jóvenes que provocan tiroteos en los colegios tienen síntomas del desarrollo de la esquizofrenia»: Peter Langman, «Rampage School Shooters: A Typology», *Aggression and Violent Behavior* 14, 2009, pp. 79-86.

218.

En 2016, el mismo año de su estudio del SHANK2, publicó un artículo: Lynn E. DeLisi, «A Case for Returning to Multiplex Families for Further Understanding the Heritability of Schizophrenia: A Psychiatrist's Perspective», *Molecular Neuropsychiatry* 2, n.º 1, 8 de enero de 2016, pp. 15-19.

CAPÍTULO 44

219.

«Las emociones siempre vienen acompañadas…»: Arieti, *Interpretation of Schizophrenia,* p. 216.

BIBLIOGRAFÍA

Arieti, Silvano, *American Handbook of Psychiatry,* volumen 3, Basic Books. Nueva York, 1959.

——. *Interpretation of Schizophrenia,* 2.ª edición, extendida y revisada por completo, Basic Books, Nueva York, 1974. [Hay edición en español: *Interpretación de la esquizofrenia,* Labur, Barcelona, 1965]

Bair, Deirdre, *Jung: A Biography,* Little, Brown, Boston, 2003.

Bentall, Richard P., *Doctoring the Mind: Is Our Current Treatment of Mental Illness Really Any Good?,* New York University Press, Nueva York, 2009. [Hay edición en español: *Medicalizar la mente: ¿sirven de algo los tratamientos psiquiátricos?,* Herder, Barcelona, 2011]

Breedlove, S. Marc, Neil V. Watson y Mark R. Rosenzweig, *Biological Psychology: An Introduction to Behavioral, Cognitive, and Clinical Neuroscience,* 5.ª edición, Sinauer Associates, Sunderland, 2007. [Hay edición en español: *Psicología biológica. Una introducción a la neurociencia conductual, cognitiva y clínica,* Ariel, Barcelona, 2001]

Brown, Alan S. y Paul H. Patterson, eds., *The Origins of Schizophrenia,* Columbia University Press, Nueva York, 2012.

Buckley, Peter, ed., *Essential Papers on Psychosis,* New York University Press, Nueva York, 1988.

Chomsky, Noam A. y Michel Foucault, *The Chomsky-Foucault Debate: On Human Nature,* Nueva York, New Press, 2006. [Hay edición en español: *La naturaleza humana: justicia versus poder,* Katz, Buenos Aires y Madrid, 2006]

Conci, Marco, *Sullivan Revisited-Life and Work: Harry Stack Sullivan's Relevance for Contemporary Psychiatry, Psychotherapy and Psychoanalysis,* Tangram, Trenton, 2010.

Cromwell, Rue L. y C. R. Snyder, *Schizophrenia: Origins, Processes, Treatment, and Outcome,* Oxford University Press,

Nueva York, 1993.

Davis, Kenneth L., Dennis Charney, Joseph T. Coyle y Charles Nemeroff, eds., *Neuropsychopharmacology: The Fifth Generation of Progress. An Official Publication of the American College of Neuropsychopharmacology,* Lippincott Williams & Wilkins, Filadelfia, 2002.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia,* University of Minnesota Press, Mineápolis, 1972. [Hay edición en español: *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia,* Paidós, Barcelona, 1985]

DeLisi, Lynn E., *100 Questions & Answers About Schizophrenia: Painful Minds,* 2.ª edición, Jones & Bartlett, Sudbury, 2011.

Dorman, Daniel, *Dante's Cure: A Journey Out of Madness,* Other Press, Nueva York, 2003.

Eghigian, Greg, ed. *The Routledge History of Madness and Mental Health,* Routledge, Milton Park y Nueva York, 2017.

Foucault, Michel y Jean Khalfa, *History of Madness,* Routledge, Nueva York, 1961 y 2006. [Hay edición en español: *Hitoria de la locura en la Época Clásica,* FCE, Ciudad de México y Madrid, 2018]

Foucault, Michel y Alan Sheridan, *Discipline and Punish: The Birth of Prison,* Penguin Londres, 1975. Referencias a la segunda edición de Vintage Books, 1995. [Hay edición en español: *Vigilar y castigar,* Siglo XXI, Ciudad de México, 2018]

Freedman, Robert, *The Madness Within Us: Schizophrenia as a Neuronal Process.* Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 2010.

Freud, Sigmund, James Strachey, Anna Freud y Angela Richards, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, vol. 12: The Case of Schreber, Papers on Technique, and Other Works,* Hogarth Press, Londres, 1966. [Hay edición en español. El célebre ensayo de Freud sobre Schreber aparece en *Memorias de un enfermo de nervios,* Sexto Piso, Ciudad de México y Madrid, 2008]

Freud, Sigmund y C. G. Jung, *The Freud/Jung Letters,* editado por

William McGuire, traducción al inglés de Ralph Manheim y R. F. C. Hull, Princeton University Press, Princeton, 1974. [Hay edición en español: *Correspondencia,* Trotta, Madrid, 2012]

Fromm-Reichmann, Frieda, *Principles of Intensive Psychotherapy,* University of Chicago Press, Chicago, 1971.

——. *Psychoanalysis and Psychotherapy,* selección de documentos de Frieda Fromm-Reichmann, prólogo de Edith Weigert, University of Chicago Press, Chicago, 1974. [Hay edición en español: *La psicoterapia y el psicoanálisis,* Hormé, Buenos Aires, 1961]

Gaskin, Stephen, *Volume One: Sunday Morning Services on the Farm,* The Book Publishing Co., Summertown, 1977.

Gillham, Nicholas W. *Genes, Chromosomes, and Disease: From Simple Traits, to Complex Traits, to Personalized Medicine,* FT Press, Upper Saddle River, 2011.

Gottesman, Irving I. y Dorothea L. Wolfgram, *Schizophrenia Genesis: The Origins of Madness,* Freeman, Nueva York, 1991.

Greenberg, Joanne, *I Never Promised You a Rose Garden,* Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1963. [Hay edición en español: *Nunca te prometí un jardín de rosas,* con el pseudónimo de Hannah Green, Barral Editores, Barcelona, 1974]

Hornstein, Gail A. *To Redeem One Person Is to Redeem the World: The Life of Frieda Fromm-Reichmann,* Free Press, Nueva York, 2000.

Jackson, Don D., *The Etiology of Schizophrenia: Genetics, Physiology, Psychology, Sociology,* Basic Books, Nueva York, 1960.

Jaynes, Julian, *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind,* Houghton Mifflin, Boston, 1976.

Johnstone, Eve C., *Searching for the Causes of Schizophrenia,* Oxford University Press, Oxford, 1994.

Jung, C. G., Sonu Shamdasani y R. F. C. Hull, *Jung Contra Freud: The 1912 New York Lectures on the Theory of Psychoanalysis,* Princeton University Press, Princeton, 1961.

Kemali, D., G. Bartholini y Derek Richter, eds., *Schizophrenia Today,* Pergamon, Oxford y Nueva York, 1976.

Kesey, Ken, *One Flew Over the Cuckoo's Nest,* Penguin, Nueva York, 1962. [Hay edición en español: *Alguien voló sobre el nido del cuco,* Anagrama, Barcelona, 2006]

Laing, R. D. *The Divided Self: An Existential Study in Sanity and Madness,* Tavistock, Londres, 1959. [Hay edición en español: *El yo dividido,* FCE, Ciudad de México y Madrid, 2006]

——. *The Politics of Experience,* Pantheon, Nueva York, 1967. [Hay edición en español: *La política de la experiencia,* Crítica, Barcelona, 1978]

——. *Sanity, Madness, and the Family,* Penguin, Londres, 1964.

Leudar, Ivan y Philip Thomas, *Voices of Reason, Voices of Insanity: Studies of Verbal Hallucinations,* Routledge, Londres y Nueva York, 2000.

Lidz, Theodore, Stephen Fleck y Alice R. Cornelison, *Schizophrenia and the Family,* International Universities Press, Nueva York, 1965.

Lieberman, Jeffrey A. y Ogi Ogas, *Shrinks: The Untold Story of Psychiatry,* 1.ª ed. Little, Brown, Nueva York, 2015. [Hay edición en español: *Historia de la psiquiatría,* Ediciones B, Barcelona, 2016]

Lionells, Marylou, John Fiscalini, Carola Mann y Donnel B. Stern, *Handbook of Interpersonal Psychoanalysis,* Routledge, Nueva York, 2014.

Lothane, Zvi. *In Defense of Schreber: Soul Murder and Psychiatry,* Analytic Press, Hillsdale, 1992.

Macdonald, Helen, *Falcon,* Reaktion, Londres, 2006.

——. *H Is for Hawk,* Random House, Londres, 2014. [Hay edición en español: *H de halcón,* Ático de los Libros, Barcelona, 2015]

McAuley, W. F., *The Concept of Schizophrenia,* John Wright, Bristol, 1953.

McNally, Kieran, *A Critical History of Schizophrenia,* Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2016.

Mitchell, Kevin J., *Innate: How the Wiring of Our Brains Shapes*

Who We Are, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2018.

Mitchell, Nell. *The 13th Street Review: A Pictorial History of the Colorado State Hospital (Now CMHIP),* My Friend, The Printer, Inc., Pueblo, 2009.

Modrow, John, *How to Become a Schizophrenic: The Case Against Biological Psychiatry*, Apollyon Press; distribuido por Publisher's Distribution Center, Everett y Traverse City, 1992.

Morel, Benedict A., *Traité des maladies mentales,* Masson, París, 1860.

Moretta, John, *The Hippies: A 1960s History,* McFarland, Jefferson, 2017.

Müller-Hill, Benno, *Murderous Science: Elimination by Scientific Selection of Jews, Gypsies, and Others, Germany, 1933-1945,* Cold Spring Harbor Laboratory Press, Woodbury, 1988.

Nasar, Sylvia, *A Beautiful Mind,* Simon & Schuster, Nueva York, 1998. [Hay edición en español: *Una mente prodigiosa,* Mondadori, Barcelona, 2001.

Niederland, William G., *The Schreber Case: Psychoanalytic Profile of a Paranoid Personality,* Analytic Press, Hillsdale, 1984.

Noll, Richard, *American Madness: The Rise and Fall of* Dementia Praecox, Harvard University Press, Cambridge, 2011.

Pastore, Nicholas, *The Nature-Nurture Controversy,* Kings Crown Press, Columbia University, Nueva York, 1949.

Peterson, Roger Tory, *Birds over America,* Dodd, Mead, Nueva York, 1948.

Powers, Ron, *No One Cares About Crazy People: The Chaos and Heartbreak of Mental Health in America,* Hachette, Nueva York, 2017.

Richter, Derek, *Perspectives in Neuropsychiatry; Essays Presented to Professor Frederick Lucien Golla by Past Pupils and Associates,* H. K. Lewis, Londres, 1950.

Rosen, John N., *Direct Analysis: Selected Papers,* Grune & Stratton, Nueva York, 1953.

Rosenthal, David, ed., *The Genain Quadruplets,* Basic Books,

Nueva York, 1963.

Rosenthal, David y Seymour S. Kety, eds., *The Transmission of Schizophrenia: Proceedings of the Second Research Conference of the Foundations' Fund for Research in Psychiatry, Dorado, Puerto Rico, 26th June to 1 July 1967,* Pergamon Press, Oxford, 1969.

Saks, Elyn R., *The Center Cannot Hold: My Journey Through Madness,* Hachette Books, Nueva York, 2015.

Sartre, Jean-Paul, *The Psychology of Imagination,* Routledge, Londres, 2016. [Hay edición en español: *Lo imaginario,* Losada, Buenos Aires, 2015]

Scheper-Hughes, Nancy, *Saints, Scholars, and Schizophrenics: Mental Illness in Rural Ireland,* University of California Press, Berkeley, 1977.

Schiller, Lori y Amanda Bennett, *The Quiet Room: A Journey Out of the Torment of Madness,* Grand Central Publishing, Nueva York, 2011.

Schreber, Daniel Paul, *Memoirs of My Nervous Illness*, New York Review Books, Nueva York, y Bloomsbury, Londres, 2001. [Hay edición en español: *Memorias de un enfermo de nervios,* Sexto Piso, Ciudad de México y Madrid, 2008]

Sheehan, Susan, *Is There No Place on Earth for Me?,* Houghton Mifflin, Boston, 1982.

Slater, Eliot, James Shields e Irving I. Gottesman, *Man, Mind, and Heredity: Selected Papers of Eliot Slater on Psychiatry and Genetics,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1971.

Smith, Daniel B., *Muses, Madmen, and Prophets: Rethinking the History, Science, and Meaning of Auditory Hallucination,* Penguin, Nueva York, 2007.

Sprague, Marshall, *Newport in the Rockies: The Life and Good Times of Colorado Springs,* Swallow Press/Ohio University Press, Athens, 1987.

Stiriss, Melvyn, *Voluntary Peasants: A Psychedelic Journey to the Ultimate Hippie Commune,* New Beat Books, Warwick, 2016, Kindle.

Sullivan, Harry Stack y Helen Swick Perry, *Schizophrenia as a*

Human Process, W. W. Norton, Nueva York, 1974.

Szasz, Thomas, *The Myth of Mental Illness,* Harper & Row, Nueva York, 1961. [Hay edición en español: *El mito de la enfermedad mental,* Amorrortu, Buenos Aires, 1994]

Telfer, Dariel, *The Caretakers,* Simon & Schuster, Nueva York, 1959. [Hay edición en español: *Los celadores,* .R. Torres, Barcelona, 1976]

Thomas, Philip, *The Dialectics of Schizophrenia,* Free Association Books, Londres y Nueva York, 1997.

Torrey, E. Fuller, *American Psychosis: How the Federal Government Destroyed the Mental Illness Treatment System,* Oxford University Press, Oxford, 2014.

——. *Schizophrenia and Manic-Depressive Disorder: The Biological Roots of Mental Illness as Revealed by the Landmark Study of Identical Twins,* Basic Books, Nueva York, 1994.

——. *Surviving Schizophrenia: A Family Manual,* Harper & Row, Nueva York, 1983.

Wang, Esmé Weijun, *The Collected Schizophrenias: Essays,* Graywolf Press, Mineápolis, 2019. [Hay edición en español: *Todas las esquizofrenias,* Sexto Piso, Ciudad de México y Madrid, 2022]

Ward, Mary Jane, *The Snake Pit,* Random House, Nueva York, 1946. [Hay edición en español: *Nido de víboras,* Argos Vergara, Barcelona, 1978]

Weinberger, Daniel R. y P. J. Harrison, *Schizophrenia,* Wiley-Blackwell, Chichester y Hoboken, 2011.

Whitaker, Robert, *Mad in America: Bad Science, Bad Medicine, and the Enduring Mistreatment of the Mentally Ill,* edición revisada en tapa blanda, Basic Books, Nueva York, 2010.

White, T. H., *The Goshawk,* Jonathan Cape, Londres, 1951. [Hay edición en español: *El azor,* Ático de los Libros, Barcelona, 2017]

Williams, Paris, *Rethinking Madness: Towards a Paradigm Shift in Our Understanding and Treatment of Psychosis,* Sky's Edge, San Francisco, 2012.

NOTAS DEL TRADUCTOR

1.

El equipo de béisbol jugaba por aquel entonces en el distrito neoyorquino de Brooklyn con el nombre de «Brooklyn Dodgers». [N. del T.]

2.

La idea de esterilizar a los desequilibrados y a las personas «de mente débil» ya había calado mucho antes en Estados Unidos. La eugenesia fue uno de los elementos distintivos de la llamada «era progresista» de finales del siglo XIX y comienzos del XX en Estados Unidos, que influyó en Rüdin y Kallmann y, entre otros, en los nazis.

3.

Años más tarde, Carlsson colaboraría en el primer inhibidor selectivo de la recaptación de la serotonina (o SSRI, por sus siglas en inglés) que llegó al mercado, un precursor del Prozac. El impacto de este trabajo con la dopamina en los tratamientos de la enfermedad de Parkinson le supuso el galardón del Premio Nobel en el año 2000.

4.

En 1982, Irwin Feinberg, de la Universidad de California en Davis, codificó esta idea como la «hipótesis de la poda»[146]. La esquizofrenia, propuso él, solía aparecer primero en el transcurso o justo después de la etapa final de la adolescencia a causa de «un defecto en el proceso de maduración» del cerebro donde «las sinapsis que se eliminan son muchas, son muy pocas o son erróneas».

5.

El modelo del «paisaje epigenético» de Waddington de 1957, si bien es famoso por derecho propio, no se ha de confundir con el uso más reciente del término «epigenética», o la idea de los genes activados por el entorno ambiental.

6.

Recordemos que el test del doble clic no es una prueba infalible de la esquizofrenia, sino una medición del filtrado sensorial, que solo es uno más de entre el número desconocido de los aspectos de la esquizofrenia, y ese es el motivo de que el 57 % de un grupo de control puede no desarrollar la esquizofrenia a pesar de no haber superado el test.

ÍNDICE

PRÓLOGO
LA FAMILIA GALVIN

PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE

AGRADECIMIENTOS
UNA NOTA SOBRE LAS FUENTES
NOTAS
BIBLIOGRAFÍA